HUMANIDADES

E. P. THOMPSON
DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

EDICIÓN CRÍTICA
ALEJANDRO ESTRELLA

PRÓLOGO
BRYAN D. PALMER

DCSH UAMC

E. P. THOMPSON
DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

EDICIÓN CRÍTICA
ALEJANDRO ESTRELLA

PRÓLOGO
BRYAN D. PALMER

CLACSO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

DR. SALVADOR VEGA Y LEÓN
Rector General

M. EN C. Q. NORBERTO MANJARREZ ÁLVAREZ
Secretario General

DR. EDUARDO ABEL PEÑALOSA CASTRO
Rector de la Unidad Cuajimalpa

DRA. CARIDAD GARCÍA HERNÁNDEZ
Secretaria de la Unidad

DR. RODOLFO R. SUÁREZ MOLNAR
Director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades

DR. ÁLVARO JULIO PELÁEZ CEDRÉS
Secretario Académico DCSH

MTRO. CARLOS FRANCISCO GALLARDO SÁNCHEZ
Jefe del Proyecto de Difusión y Publicaciones DCSH

E. P. THOMPSON
DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

EDICIÓN CRÍTICA
ALEJANDRO ESTRELLA

PRÓLOGO
BRYAN D. PALMER

Casa abierta al tiempo
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Unidad Cuajimalpa

CLACSO

E. P. Thompson, democracia y socialismo [recurso electrónico] / edición crítica Alejandro Estrella ; prólogo Bryan D. Palmer ; traducción América Bustamante Piedragil . – México : UAM, Unidad Cuajimalpa, 2017.

Datos electrónicos (1 archivo: 1.48 MB) – (Humanidades)

ISBN: 978-607-28-1155-3

1. Thompson, E. P. (Edward Palmer), 1924-1993 – Pensamiento político – Crítica e interpretación – Colecciones de escritos. 2. Materialismo histórico – Historia – Siglo XX. 3. Socialismo y guerra - Historia – Siglo XX. 4. Derechas e izquierdas (Política) – Historia – Siglo XX.

Estrella, Alejandro, ed. II. Palmer, Bryan D., pról. III. Bustamante Piedragil, América, tr.

Dewey: 335.43092 T46 LC: HX244.7.T45 T46

Esta obra fue dictaminada positivamente por pares académicos mediante el sistema "doble ciego" y evaluada para su publicación por el Consejo Editorial de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM, Unidad Cuajimalpa.

Primera edición, 2017

D. R. © 2017, De los textos originales en inglés, *New Left Review*

D.R. © 2017, De esta edición, Universidad Autónoma Metropolitana,
Unidad Cuajimalpa
Avenida Vasco de Quiroga 4871
Col. Santa Fe Cuajimalpa
Del. Cuajimalpa de Morelos, 05348, Ciudad de México
www.cua.uam.mx

Traducción: América Bustamante Piedragil

Diseño de colección y portada: Selva Hernández López

ISBN: 978-607-28-1155-3

ÍNDICE

PRÓLOGO
BRYAN D. PALMER 11

ESTUDIO INTRODUCTORIO
ALEJANDRO ESTRELLA 17

EL SOCIALISMO
Y LOS INTELECTUALES (1957) 63

EL SOCIALISMO Y LOS INTELECTUALES.
UNA RÉPLICA (1957) 103

EL HUMANISMO SOCIALISTA.
UNA EPÍSTOLA A LOS FILISTEOS (1957) 127

ACCIÓN Y ELECCIÓN.
UNA RESPUESTA A LA CRÍTICA (1958) 221

LA NUEVA IZQUIERDA (1959) 263

EL PUNTO DE PRODUCCIÓN (1960) 309

REVOLUCIÓN (1960) 333

¡REVOLUCIÓN OTRA VEZ!
O TÁPATE LOS OÍDOS Y CORRE (1960) 371

BIBLIOGRAFÍA 425

Un estado socialista puede hacer poco más que proveer
"circunstancias" que alienten al hombre social y desalienten
al hombre adquisitivo, que ayuden a la gente a construir su
propia comunidad igualitaria a su propia manera, porque la
tentación de la Bondad se hace demasiado grande para resistirla.
El socialismo puede llevar agua al valle, pero debe dar
"el valle a los aguadores, pues éste dará fruta".

E. P. Thompson. *Fuera de la Ballena*

PRÓLOGO

BRYAN D. PALMER

ENTRE BELLOS E INÚTILES UTÓPICOS Y FACCIOSOS VOCIFERADORES

En una ocasión, antes de conocer mejor a Edward Thompson, cometí el error de escribirle sobre mi interés en su trabajo. Esto fue a finales de la década de 1970. En ese momento, hasta donde sabían los norteamericanos, E. P. Thompson era el autor de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, publicado en 1963. Sus escritos y su labor editorial en publicaciones como *Universities and Left Review, New Reasoner* y las primeras ediciones de *New Left Review* eran, en gran medida, desconocidos. Imprudentemente, le comenté a Thompson que quería escribir algo abordando sus artículos políticos de finales de la década de 1950 y principios de 1960, relacionándolos con su investigación histórica posterior. Pero mi elección de palabras fue torpe e inapropiada al referirme a sus "artículos académicos mejor conocidos" y a "las polémicas más oscuras". En breve recibí una mordaz respuesta: "¡Al diablo con tu esnobismo académico transatlántico! En lo que respecta al movimiento socialista británico, las polémicas son bien conocidas; los oscuros son los artículos académicos. Todo depende de dónde te encuentres. ¿O no?".[1] Es evidente que yo estaba en el lugar equivocado, y había sido bruscamente devuelto al lugar al que pertenecía.

Pocas cartas han tenido un efecto tan devastador en mí como lo hizo esta cortante correspondencia. Pero, entonces, Thompson procedió a contestar mis preguntas, me aconsejó, y cuando le contesté avergonzado con todo lo que pude ofrecer como una disculpa y una promesa de ya no molestarlo más, me respondió de manera

1. Edward Thompson a Bryan Palmer, 18 de junio de 1978.

generosa y de buen humor diciéndome que había exagerado y que él era excesivamente arisco porque estaba demasiado ocupado como para escribir cartas. Algún tiempo después, llegó un paquete de Merlin Press que contenía *The Poverty of Theory & Other Essays (La miseria de la teoría y otros ensayos*) de Thompson y una tarjeta en el libro explicando que había sido enviado a petición del autor.

Así inició una amistad que duró década y media, hasta la muerte prematura de éste, resultado del colapso de su sistema inmunológico bajo el peso de su ardua campaña global por el desarme nuclear de 1978 a 1988. Durante este periodo, en el cual pude conocer mejor a Thompson, que tuvieron lugar muchas conversaciones sobre la investigación e interpretación histórica, así como fuertes discusiones sobre política, estaba claro cuánto de su pensamiento había sido forjado en el crisol de 1956 y sus repercusiones inmediatas. Este periodo consolidó su comprensión del humanismo socialista y cristalizó el proyecto de oposición para toda su vida: rechazar de igual manera las incitaciones del capitalismo consumista y las falsas libertades del mercado, así como las devociones hacia la reducción mecánica estalinista del marxismo y la cruda destrucción de la necesidad humana. Fue en sus escritos en *Universities and Left Review*, *New Reasoner* y en la temprana *New Left Review*, que Thompson afianzó su comprensión de lo que significaba ser un disidente comunista y de cómo mantener un compromiso con la transformación socialista a la par de la crítica de dónde y cómo el marxismo se había equivocado. Más tarde, en la década de 1970, él habría de referirse a una *internacional dispersa*, una de Occidente y Oriente, Norte y Sur, un movimiento en parte nacional y en parte internacional, que había inspirado y desarrollado esta perspectiva a la que Thompson había atribuido que le debía todo. Fueron tan importantes los artículos que había elaborado en este contexto que siempre intentó publicarlos en un volumen complementario a *The Poverty of Theory & Other*

Essays, uno que, sin duda, habría sido muy similar a los ensayos reunidos en esta colección.[2]

Los artículos políticos de Thompson reunidos aquí, sacados de tres revistas inglesas de la Nueva Izquierda y concentrados exclusivamente en los años de 1957 a 1960, son de importancia fundamental por varias razones. Primera, en ellos se aborda el papel de los intelectuales, sus obligaciones y su compromiso con la creación de una alternativa socialista al capitalismo, que es también un desafío a la influencia deformadora del estalinismo, uno que ha enrarecido el significado del comunismo en las bocas de incontables oponentes anticapitalistas a lo largo del devenir del siglo XX. Segunda, éstos rompen con las tendencias más mecánicas de un marxismo compenetrado con la estructura y la determinación –a pesar de lo importante que puedan ser– para en su lugar acentuar la importancia de la acción humana. Tercera, sin pasar por alto el papel central de la clase trabajadora en la transición a una alternativa socialista, estos ensayos señalan la necesidad de la organización política y la construcción de instituciones de izquierda que se extiendan más allá del tan anunciado punto de producción. Cuarta, en el momento preciso –a finales de la década de 1950 y principios de la de 1960– en que se decía que la abundancia capitalista sería contundentemente corrosiva del socialismo que permanecía en el poder, Thompson subrayó la importancia de insistir en la posibilidad y la prominencia de la revolución, incluso si esta noción tenía que ser repensada y conceptualizada de manera diferente a la de sus defensores en el pasado.

El ensayo clave en este conjunto concentrado de los escritos políticos de Thompson es, sin duda, el artículo más largo y rápidamente escrito: "El humanismo socialista. Una epístola a los filisteos",

2. E. P. Thompson. *The Poverty of Theory & Other Essays*. Londres: Merlin, 1978, I-V. E. P. Thompson. "C. Wright Mills: The Responsible Craftsman", *Radical America*, 13 (Julio-agosto, 1979), 61-73.

donde ataca a aquéllos que han corrompido la promesa socialista –los estalinistas–, así como a aquellos guerreros de la Guerra Fría en el Occidente capitalista que no lograron comprender que el comunismo no es, inevitablemente, el estalinismo. Para Thompson, el llamamiento del humanismo socialista hizo eco en los oídos de la oposición libertadora comunista, cuyos orígenes yacían en décadas de descontento con la tiranía del socialismo realmente existente. La inmediatez de 1956 estaba enmarcada por los eventos históricos que ningún internacionalista de izquierda podía ignorar: las revelaciones de Nikita Kruschev en el Congreso del Partido, los tanques soviéticos entrando a Budapest, y las ejecuciones y los encarcelamientos de militantes en la Unión Soviética, Hungría, Polonia y Checoslovaquia.

Exigiendo el fin del antiintelectualismo y del nihilismo moral que animaba tanto a la metáfora base-superestructura del estalinismo y del marxismo, así como a la esencia explotadora del capitalismo, Thompson defendía un humanismo socialista razonado que pudiera liberar a los hombres, las mujeres y los niños de las muchas victimizaciones que conlleva la *ciega causalidad económica*. Al liberar a la humanidad de la esclavitud hacia las cosas y de la búsqueda de la mercantilización de la ganancia, así como al elevarla por encima de la servidumbre del colectivismo soviético a la necesidad económica, el humanismo socialista buscó nuevos valores y perspectivas que pudieran hacer a los hombres, las mujeres y los niños, un todo. También fue, para Thompson, la única manera de detener la precipitada marcha de la Guerra Fría hacia el Armagedón nuclear. El humanismo socialista, proclamando la necesidad de unir a los disidentes de Oriente y Occidente en un movimiento de oposición a la burocracia, la brutalidad y la banalidad, se trata de la humanidad haciendo su propia historia, volviéndose un agente de su destino colectivo. Thompson defendió tales ideas, no sólo en las páginas del *New Reasoner*, sino también en la construcción de la Nueva

Izquierda, una parte de la cual incluía extensos eventos y conferencias, llegando a foros públicos en Sheffield y charlas en Londres, en el club de la *Universities and Left Review*.[3]

Fueron precisamente estas formulaciones de las ideas políticas y las campañas paralelas a ellas que enmarcaron *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Sin lugar a dudas, su publicación se extendió unos pocos años en el futuro, pero los comienzos del libro pueden distinguirse en la labor docente del autor en la educación para adultos, las investigaciones basadas en Yorkshire y en sus artículos políticos de 1957 a 1960.[4] A la par de éstos, el trabajo de edición de Thompson en las revistas de la Nueva Izquierda británica fue un punto de partida para todos sus futuros esfuerzos, una práctica política que recordó cariñosamente en 1988 como una inmersión entre "bellos e inútiles utópicos y facciosos vociferadores".[5] Así como Thompson agradeció y aprendió de la clase obrera que inmortalizó en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, nosotros también podemos agradecerle por habernos provisto de tanto: tan utópicos como pudieran ser sus artículos políticos de 1957 a 1960, son todo menos inútiles. Y, gracias a la publicación de esta colección, ahora son menos desconocidos. Dichos textos constituyen un yacimiento importante del pensamiento alternativo, hacia el cual nuestra Internacional dispersa puede atraer sus diversas iniciativas antagónicas.

3. Para una discusión reciente relacionada con esto, véase Wade Matthews, *The New Left, National Identity and the Break-up of Britain* (Leiden y Boston: Brill, 2013).
4. Para una discusión reciente de esto, véanse los ensayos en Roger Fieldhouse y Richard Taylor, eds., *The Legacies of E. P. Thompson* (Manchester: Manchester University Press, 2014).
5. E. P. Thompson, "Wordsworth's Crisis", *London Review of Books* (8 de diciembre de 1988), 3-6, reimpreso en Thompson, *The Romantics. England in a Revolutionary Age* (New York: New Press, 1997), 80.

ESTUDIO INTRODUCTORIO

ALEJANDRO ESTRELLA

E. P. THOMPSON Y LA REBELIÓN PLEBEYA

Ningún pájaro se eleva demasiado alto,
si vuela con sus propias alas.
WILLIAM BLAKE

Esta selección de textos tiene para el lector en lengua hispana el carácter de primicia. La razón que explica la larga ausencia de una traducción apunta al hecho de que han sido considerados como obras menores dentro del canon thompsoniano. Esta valoración puede hacerse extensible, en parte, al ámbito de la lengua inglesa, donde hubo que esperar hasta 2014 para que se editara un libro donde se recogían ensayos de Thompson publicados entre 1955 y 1963 (Winslow, 2014). Flanqueados por la extensa biografía de William Morris (*William Morris. From Romantic to Revolutionary*) –primer libro que Thompson publica en 1953– y la monumental *The Making of the English Working Class* (editada en 1963), los textos que escribe entre 1957 y 1962 han quedado opacados ante la relevancia de dos obras que han pasado a formar parte, especialmente la segunda, del canon de la historiografía contemporánea.

Pero quizás pueda esgrimirse otro motivo que ayude a explicar este hecho: se trata de textos eminentemente políticos, lo que habría podido entorpecer su traducción, al menos desde un tipo de recepción que se esforzó por defender una lectura exclusivamente historiográfica de la obra thompsoniana. Bien es cierto que no toda su obra ha corrido con la misma suerte. Como es bien sabido, durante la década de los 80, Thompson dio un giro a su trayectoria volcándose nuevamente hacia la militancia, en esta

ocasión, desde una intensa implicación en el movimiento por la paz y el desarme nuclear. Sólo a comienzos de la década de los 90 volvía al terreno de la historiografía con dos auténticas joyas: *Customs in Commons* de 1991 y *Witness Against the Beast: William Blake and the Moral Law*, publicado un año después de su muerte en 1994.

Buena parte de los escritos políticos que publicó a lo largo de esa década de militancia de los años 80 fue traducida por editoriales españolas (fundamentalmente por la Editorial Crítica). No obstante, cabe recordar que esto se llevó a cabo en un contexto muy concreto: España se encontraba inmersa en el debate de la pertenencia al Tratado Atlántico, lo que hacía sumamente interesante dar a conocer algunas de las propuestas críticas de Thompson. Además se trataba ya de una figura consagrada y sobradamente reconocida a nivel internacional, no solamente como historiador sino como intelectual y persona pública (en pleno auge de la Campaña por la Paz, los sondeos en Gran Bretaña lo situaban como la cuarta persona más conocida y relevante por detrás de tres mujeres: Margaret Thatcher, la reina Isabel y la Reina Madre).

Los textos que Thompson escribió entre 1957 y 1962 no parecen, sin embargo, haber contado en España o en otro país de lengua hispana con un contexto favorable como para merecer la atención de una traducción. A pesar de ello, se trata de textos muy relevantes por varios motivos. En primer lugar, constituyen un parteaguas en la trayectoria de Thompson. En términos políticos suponen una exposición de motivos de su ruptura con el Partido Comunista en 1956 y la defensa del nuevo proyecto político en el que se embarca (la *New Left*). En términos intelectuales conforman el terreno en el que se terminan de afinar algunas de las herramientas teóricas que articularían *The Making of the English Working Class*, tales como el concepto de *agency* (el agente consciente y moral que interviene en el proceso histórico) o la noción de clase social, concebida más

allá de los constreñimientos de la definición del marxismo oficial. Finalmente, se trata de unos escritos en los que puede apreciarse en pleno fragor el pensamiento político de Thompson, entendido no tanto como una arquitectura conceptual sistemática, sino como un conjunto de nociones y de convicciones morales que lo acompañarán el resto de su trayectoria, orientando sus posteriores apuestas políticas y –de manera indirecta– sus proyectos historiográficos.

En este sentido, la lectura de los textos seleccionados provocará un interés muy variado en el lector. Por un lado, puede ayudar a comprender la propia trayectoria de Thompson y aspectos relevantes para su obra posterior. En segundo lugar, el lector puede interesarse, por medio de una lectura interna del texto, en el pensamiento político del autor, en la trama conceptual y los argumentos que ofrece, evaluando su consistencia y adecuación. En tercer lugar, puede realizar una lectura histórica de los textos, entendidos como un testimonio de la cultura política de la Guerra Fría, de la ruptura en el seno del comunismo internacional, de la activación de nuevos movimientos sociales o de los problemas que ocupaban a la intelectualidad marxista del momento. Finalmente –y a esto dedicaré el último apartado de la introducción–, cabe interpretar los textos en clave normativa, suponiendo la posibilidad de encontrar indicaciones para los desafíos del mundo actual partiendo de la hipótesis de que existen ciertos paralelismos entre el contexto en el Thompson escribe y la situación en la que hoy nos encontramos.

La selección presente recoge el grueso de los artículos escritos por Thompson entre 1957 y 1962, publicados originalmente en tres revistas: *The New Reasoner*, *Universities and Left Review* y *The New Left Review*. Estos textos son de carácter eminentemente político. Si bien toda la producción del autor tiene en mayor o menor medida implicaciones políticas, hemos descartado artículos en los que domina una temática literaria ("William Morris") o histórica ("God & King & Law source", "The free born Englishman"), dedicados a

las discusiones específicas entre Thompson y otros miembros de la *New Left* ("Commitment in Politics source", "The Long Revolution") o sobre el movimiento pacifista ("NATO, Neutralism and Survival" y "Countermarching to Armageddon").[6] En los textos que hemos seleccionado se aprecian las dotes polémicas de Thompson y deben leerse siempre en relación con las disputas en las que nuestro autor se encontraba implicado. De hecho, tres de los artículos son contrarréplicas a las críticas que habían suscitado algunas de sus intervenciones anteriores: "El socialismo y los intelectuales. Una respuesta", "Acción y elección" y "Revolución de nuevo").

Como apunte metodológico quizás quepa señalar que los textos seleccionados en esta edición siguen una secuencia cronológica, por lo que lo más recomendable es leerlos de manera continuada. No obstante, he creído oportuno considerar a un tipo de lector que, respondiendo a otras necesidades u objetivos, siga otra secuencia de lectura o incluso seleccione sólo alguno de los textos. Para contribuir a esta lectura interactiva he llevado a cabo una pequeña nota introductoria de cada artículo y –lo que es más importante– un sistema de citas cruzadas que remite a las notas de otros artículos que puedan ser de interés para la comprensión del texto en cuestión. De esta forma, si el lector lo desea, puede alterar el orden cronológico en función de otro criterio o seleccionar alguno de ellos sin necesidad de leer toda la secuencia para captar el sentido del texto. La mayor parte de estas citas ayudan a entender unos textos cuyo sentido está profundamente marcado por la referencia al contexto político y están pensadas

6. Por su larga extensión y porque ya fue traducido al español, tampoco se incluye en esta selección el texto "Outside the Whale", publicado por Thompson en 1960 como capítulo del libro *Out of Apathy*, y editado por miembros de la *New Left* como Raphael Samuel, Stuart Hall o Alasdair MacIntrey. La traducción española se encuentra en *Dentro y fuera de la ballena*, Editorial Revolución, 1984, en el cual se incluye, junto al texto de Thompson que fue escrito como réplica, el de George Orwell, "Inside the Whale". Un análisis sobre ambos puede consultarse en Estrella, 2011: 192-202.

para un público no especialista. Otras remiten a la obra y a nociones fundamentales de la propuesta de Thompson. Estas son las más teóricas y de mayor extensión pero, a mi juicio, contribuyen a entender con más detalle la propuesta del historiador inglés y a situar los textos que recoge esta edición en el marco de su trayectoria posterior.

Para el estudio introductorio general, partiré de la tesis de que una obra puede considerarse como el resultado de un triple encuentro: la trayectoria social e intelectual del autor, la coyuntura específica en la que se escribe la obra y la lógica específica del campo al que se dirige el autor. A lo largo de los siguientes apartados, intentaré mostrar cómo estos tres elementos constituyen condiciones de posibilidad de los textos seleccionados y contribuyen, por tanto, a explicarlos. Finalizaré discutiendo sobre su posible actualidad en relación con el contexto político que estamos viviendo.

¿QUIÉN ERA E. P. THOMPSON?

Al leer los textos que componen este libro, el lector posiblemente tendrá la impresión de que para comprenderlos es necesario entender la vocación política de Thompson, el por qué y el cómo de su militancia. Para desentrañar este aspecto clave en la biografía thompsoniana debemos situarnos en el espacio de confluencia entre las influencias familiares y el contexto histórico en el que nuestro autor se forja como intelectual y comunista.

En 1973, en una entrevista para la *Radical History Review,* Thompson afirmaba:

> Mi padre –ambos, mi madre y mi padre, pero sobre todo mi padre– fue un liberal duro. Fue un crítico tenaz del imperialismo inglés, amigo de Nehru y de otros dirigentes nacionales. Por eso yo me crié esperando que los gobiernos fueran mendaces e imperialistas y creyendo que la propia posición debía ser hostil al gobierno (Thompson, 1989:302).

E. J. Thompson había sido misionero metodista en la India y había ejercido como docente y vicerrector en un Bankura College, en una de las zonas más deprimidas de Bengala. El *college,* sin embargo, se nutría fundamentalmente de las clases medias bengalíes que aspiraban a que sus hijos accedieran a una carrera administrativa dentro de la estructura imperial. Los conflictos sociales y el incremento de la tensión con la metrópolis fueron de la mano de una inmersión de E. J. Thompson en el estudio de la cultura y la literatura bengalí, lo que contribuyó a que comenzara a poner en cuestión algunas de las categorías y comportamientos incorporados como parte del personal administrativo de la metrópolis. Empezaría así a realizar diversos gestos en contra del sistema colonial y de apoyo a ciertos grupos hindúes contestatarios. Las convicciones religiosas –poco asentadas o, en todo caso, críticas– pasaron a ser objeto de una mirada aún más inquisitiva.

A dos años de haber estallado la Primera Guerra Mundial, E. J. Thompson partió a realizar su servicio en el ejército británico como capellán castrense, primero en los hospitales de Bombay y luego en el frente de Oriente Medio. Tras la experiencia de la guerra, se alejó definitivamente de cualquier sentido tradicional de la misión metodista y comenzó un proceso sin vuelta atrás que culminaría en 1924 con la renuncia a su magisterio. Por otro lado, la guerra le llevó a un abierto cuestionamiento del papel colonial del Imperio Británico, junto con el enaltecimiento de la camaradería en el frente, incluyendo a aquellos soldados que provenían de las colonias (Palmer, 2004: 37).

Al instalarse definitivamente en Gran Bretaña como profesor de cultura bengalí en Oxford, su implicación en la cuestión hindú y la crítica al imperialismo británico continuó. En una línea de corte liberal, Thompson sostenía que la solución al conflicto hindú requería de un esfuerzo por parte de ambos litigantes que permitiera superar el resentimiento y la desconfianza mutua. Esta

reconciliación de culturas –inspirada en su propia experiencia de intercambio con la elite intelectual de Bengala– suponía un rechazo del imperialismo, pero también un distanciamiento de las posturas de Gandhi, del Congreso Nacional Indio e incluso, durante los años 30, de Nehru. Sin embargo, a partir de 1939, al declarar Gran Bretaña a la India como país beligerante, Thompson radicalizó su postura. Ante la cerrazón del gobierno británico y la campaña de desobediencia civil en la India, se comprometió ahora de forma pública y destacada con la causa del Congreso: asistió a mítines –a los que llevó a un jovencísimo E. P.–, hizo declaraciones públicas y editó *Enlist India for Freedom!* El giro en su postura ante el conflicto quedaba refrendado por la respuesta de las autoridades británicas: tras haberlo enviado en 1939 a la India como mediador, ahora se le prohibía viajar al subcontinente y toda su correspondencia quedaba interceptada.

Esta suerte de figura paterna y las redes políticas en las que se movía –E. P. Thompson recuerda que, de joven, Nehru le enseñó a batear al cricket– organizan el horizonte de experiencias y de expectativas a partir de un vocabulario y unas prácticas de orden político. Un vocabulario y unas prácticas que adquieren un contenido claramente liberal –en el sentido anglosajón del término–, antiimperialista y radical. Todos estos elementos pueden apreciarse en los textos seleccionados.

Ahora bien, en la entrevista mencionada antes, E. P. Thompson también recuerda:

> Pero entrar en el Partido Comunista fue realmente motivo de conflicto familiar para mi hermano mayor. Él abrió el camino y cuando yo hice lo mismo hubo menos conflictos. Éste es otro ejemplo de la ambigüedad del momento en la guerra antifascista, especialmente de 1942 a 1946 (Thompson, 1989: 302-303).

El pasaje es indicativo de un cambio de contexto que explicaría la forma en que las energías reivindicativas de los jóvenes Thompson se iban a canalizar por nuevas vías, diferentes al liberalismo de su padre. El mundo y la Inglaterra de Entreguerras en la que se produce la politización de Frank y de Edward se alejaban vertiginosamente de aquel contexto decimonónico vinculado a los problemas relativos a las relaciones entre metrópolis y colonia. Democracia, fascismo, comunismo, lucha de clases, acción de masas, etcétera, entran a formar parte del universo de la nueva generación nacida tras la Primera Guerra Mundial. Bryan Palmer concluye: "Frank, tres años y medio mayor que Edward, constituía el puente entre las limitaciones liberales de su padre y las posibilidades del comunismo" (Palmer, 2004: 58). Frank se afiliaría al Partido Comunista de Gran Bretaña (PCGB) en 1939; Edward lo haría en 1942, a la edad de 18 años.

Pero los agentes históricos no viven los procesos en tercera persona. Inmersos en la realidad cotidiana, la vivencia de los contextos se filtra a través de determinados microcosmos dotados de una lógica semiautónoma. En este caso resulta fundamental centrar la atención, por un lado, en la propia relación entre Edward y Frank; por otro, en el politizado ambiente universitario de Cambridge y Oxford de los años 30 y 40.

Frank Thompson entró en contacto con las redes comunistas cursando sus estudios universitarios en Oxford. El caso de Edward es similar, si bien él estudió en un Cambridge aún más radicalizado –que llegó a conocerse como el *Cambridge rojo* y contando ya con el referente de su hermano mayor. Pero ¿qué hacía atractivo al PCGB para estos vástagos de la aristocracia intelectual de *Oxbridge*?

Fundado en 1920, el PCGB hubo de enfrentarse en el mercado político con un Partido Laborista que capitalizaba la ola de izquierdismo que siguió al final de la Gran Guerra. Al finalizar la década, el PCGB continuaba siendo una formación muy minoritaria, con

una influencia prácticamente nula en la vida política británica.[7] Sería hasta la década de los 30 cuando la situación comenzaría a cambiar, produciéndose un progresivo aumento de la afiliación que hasta finales de la Segunda Guerra Mundial: de 7,700 miembros en 1935, pasó a 45,00 en 1945, y dos diputados en la Cámara de los Comunes (Benítez 1996: 30).

En este contexto, la aprobación en 1935 por parte de Moscú de la política de Frentes Populares contra el fascismo, en alianza con otras fuerzas democráticas, resultó decisiva. En medio de una ola de politización creciente, ante la política de apaciguamiento del gobierno liberal de Neville Chamberlain y la Guerra de España –a la que partieron como voluntarios y en la que murieron compañeros de Frank en Oxford–, el Partido Comunista se presentó a ojos de muchos jóvenes radicales como una organización universal de resistencia, disciplinada y capacitada para la lucha antifascista (Thompson, 1997: 57).

7. Asociado a la evolución de la historia social y política de Gran Bretaña, el comunismo británico adquiere particularidades que lo distinguen del europeo. El PCGB no surgió de una escisión del Partido Laborista, sino de fusión de diferentes grupos marxistas ingleses, escoceses y galeses. Se ha insistido, por otra parte, en la presencia de dos tendencias coetáneas dentro del PCGB, desde sus orígenes hasta los años 50. Por un lado, una tendencia que, dada la debilidad del marxismo en Gran Bretaña antes de la década de los 20, cabe vincular a la tradición radical-liberal que hunde sus raíces en Owen, Paine, y la disidencia del siglo XVII. Por otro lado, una tendencia caracterizada por su bolchevización y permeabilidad a las directrices soviéticas. La presencia de esta doble tradición -que no debe confundirse exactamente con dos opciones completamente excluyentes, como demuestra, por ejemplo, la identificación que realizaban algunos militantes entre la doctrina soviética y el libre pensamiento (Samuel, 1980: 74)- se refleja en la ambigüedad que mostraba el PCGB en diversos frentes: la política a seguir en relación con el laborismo y el *tradeunionismo*, el grado de autonomía del partido frente a la Internacional, el problema del parlamentarismo y la estrategia revolucionaria en suelo británico o la relación del partido con los intelectuales.

Esta apertura en la estrategia comunista vino acompañada de una decidida ofensiva en el mundo intelectual, especialmente entre escritores, artistas y gente de letras (Orwell & Thompson, 1984: 96). Publicaciones, clubes de lectura y discusión, y grupos de trabajo de carácter parcial o totalmente comunista se extendían rápidamente en los medios académicos. En un clima de efervescencia política en aumento, el PCGB iba adquiriendo notoriedad en el mercado universitario frente a otras fuerzas políticas de izquierda como los laboristas.

Por otro lado, a los ojos de estos jóvenes aspirantes, el PCGB significaba la posibilidad de combinar la más eficiente militancia con la distinción intelectual. Precisamente por esta razón, los grupos laboristas (demasiado tibios políticamente) o los minoritarios sectores troskistas y anarquistas (cuya clientela apuntaba más hacia *outsiders* del microcosmos universitario) constituían opciones menos atractivas para estos jóvenes militantes con prometedoras carreras académicas. A partir de aquí, las energías volcadas en los rituales del partido (mítines, propaganda, encuentros, eventos culturales, etcétera) no harían sino fortalecer la cohesión del grupo y proyectarlo hacia el exterior; proceso de retroalimentación que finalmente culminaría con el dominio por parte de los comunistas de las sociedades socialistas universitarias (Dworkin, 1997:12).

Ésta era la cultura política en la que los Thompson se forjaron y que introdujo esa distancia generacional entre las formas liberales del padre y las comunistas de los hijos. Formas comunistas que adquieren un perfil específico a partir de ese contexto de excepción que supuso la época de los Frentes Populares. Cuando E. P. Thompson marcha a la guerra en 1944 –Frank lo haría en 1941–, siente este espíritu de camaradería y de empresa colectiva de liberación que reinaba entre los diferentes grupos socialistas. Lo mismo cabe decir de los años inmediatamente posteriores a la guerra, cuando participa en las labores de reconstrucción en Yugoslavia junto a otras brigadas de comunistas y socialistas

(Thompson, 1997). El comunismo de Thompson estaba imbuido, por tanto, en esta experiencia frente-populista y adquirió un sentido democrático y emancipador.

Ahora bien, creo que es legítimo preguntarse si esta toma de posición política dependía de algo más que no fueran las energías y las convicciones radicales heredadas vía familiar y la coyuntura histórica en la que se desplegaron. En otras palabras: ¿hubo otros elementos más profundos y previos que permiten entender su toma de posición política en la estela de este comunismo frente-populista? Para responder a esta pregunta, debemos centrarnos en dos esferas fundamentales: el ámbito religioso y el escolar.

La familia Thompson –tanto por parte del padre como de la madre– era depositaria de una larga tradición metodista. Pero, desde el comienzo de su andadura en el siglo XVIII, el metodismo se había visto sometido a fuerzas que lo fragmentaban y se traducían en diferentes "formas de ser metodista" (concepción de la misión salvadora, forma de obtener la gracia y conservarla, tipos de organización institucional y papel de los fieles, etcétera), que iban desde las más ortodoxas y sacerdotales (o burocráticas) a las más heterodoxas y proféticas. Debemos situar al padre y a la madre de Thompson en alguna de las ramas proféticas de la Conexión Metodista: su concepción del cristianismo se movía en el terreno de un humanismo religioso que veía en la figura de Cristo, no un padre severo y lejano, sino un abogado misericordioso de los desfavorecidos. En este sentido, la religiosidad de los Thompson se situaría en la estela de las llamadas religiones de salvación: aquéllas cuyo mensaje y magisterio responde, no a las demandas de legitimación del orden establecido, sino a las de compensación de los fieles socialmente desfavorecidos, cuya justificación de la existencia no puede reposar sino en una promesa de redención del sufrimiento (Bourdieu, 2005: 51). El hecho de que E. J. Thompson padeciera una crisis de fe no trastoca el contenido moral de esta concepción religiosa: el apoyo que brinda a

la causa de la independencia de la India, su liberalismo progresista y su humanismo radical deben interpretarse precisamente como una traslación de las disposiciones morales de origen religioso, en este caso, a un escenario político. Esta estructura moral profunda sería transmitida a los jóvenes Thompson y reforzada, en el caso de Edward, por su paso por la escuela metodista de Kingswood.

Por otro lado, autores como Stephen Woodhams o Rapahel Samuel han advertido sobre los paralelismos entre la *cultura política* del Partido Comunista y la tradición religiosa inconformista de la que provienen los Thompson y, como ellos, buena parte de la intelectualidad del Partido. Woodhams señala que el comunismo pudo presentarse en Gran Bretaña como una organización política de nuevo cuño, basada en la eficacia y la organización y donde el sentido de dignidad, respetabilidad, decoro y civismo constituía moneda de cambio entre los militantes de los años 30. En un contexto de radicalización política, estas virtudes fueron apreciadas favorablemente entre jóvenes intelectuales como los Thompson, formados en una cultura disidente en la que se cultivaban valores similares. Otra noción clave es la idea de *elección* o *predestinación*, y su correlato político en el concepto de *vanguardia* (Woodhams, 2001: 104). La noción de elección supone no sólo una distinción sobre el resto como representante de una forma de vida más alta, sino el hecho de dar testimonio por medio del ejemplo. Cuando este sentido de la elección se superpone, no ya a la necesidad de una transformación individual, sino de toda la sociedad, el Partido Comunista puede aparecer como espacio privilegiado donde aplicar ese sentido de llamada. Finalmente, la ética puritana del trabajo duro y de la formación autodidacta como manera de purificar la creencia religiosa y arrojar nueva luz sobre el mundo tendría su refrendo en la frenética producción intelectual, en la constitución de sociedades, prensa, clubes, etcétera, y en el esfuerzo por dominar, al margen de los circuitos académicos, los *misterios* de una literatura marxista que permitiría atisbar la dirección del proceso histórico.

Creo que lejos de tratarse de una tesis baladí, estas homologías contribuyen a explicar la concepción política de Thompson durante estos años. Este sustrato religioso –debidamente secularizado y canalizado en ese comunismo de tinte humanista, profético y antiburocrático– puede encontrarlo el lector en los textos seleccionados, donde se despliega todo un campo semántico en el que tienen cabida términos como heterodoxia, ortodoxia o herejía, y una serie de metáforas asociadas a pasajes bíblicos, así como cierta preocupación histórica por el tema de la disidencia religiosa. Estos ítems nos remiten a la estructura profunda de la subjetividad thompsoniana, a partir de la cual ordenaba y experimentaba la realidad política.

Junto a estas disposiciones de origen religioso, E. P. Thompson incorporó desde su infancia otras que provenían del ámbito escolar. El espacio doméstico resultó también aquí fundamental. Como orientalista y profesor de cultura bengalí en Oxford, su padre contribuyó a que sus dos hijos adquirieran, por medio de canales informales, un pronto interés por los juegos intelectuales y un deseo de implicarse en sus lances. Las reuniones de intelectuales en casa de los Thompson, donde se discutía todo tipo de temáticas culturales y se leía poesía en grupo, constituían algo familiar para Frank y Edward.[8] Esta pronta y aparente naturalidad con la que

8. Thompson pertenece a lo que Pierre Bourdieu denomina un "llamado por nacimiento" a la excelencia intelectual, tanto objetivamente (por la posición social que ocupa en el espacio de clases y el tipo de recursos culturales asociados a esa posición) como subjetivamente (porque las disposiciones heredadas vía familiar contribuyen a forjar unos gustos volcados hacia la cultura –especialmente literaria– y hacia sus objetos más excelsos). La adecuación entre ambas esferas dota de una pronta naturalidad al comercio del joven Thompson con los campos de producción cultural, como si todo fuera de suyo y sin necesidad de elevar a problema de conciencia las tomas de posición que van conformando la propia trayectoria (por ejemplo, cuando afirma en una entrevista que "nunca tomé la decisión de hacerme historiador") (Thompson, 1989: 304). Ahora bien, aunque Thompson se sitúa en una posición dominante en la estructura social en calidad de heredero de una aristocracia escolar, no ocurriría lo mismo en el ámbito

Thompson se introduce en el mundo intelectual adquirió, además, un perfil de tipo artístico-poético. Frente a la percepción científica del mundo como un objeto a desencantar, susceptible de racionalización, esta pronta formación poética determinaba una inclinación a concebir el mundo como un lugar habitado por pasiones irreductibles a la mirada del intelecto, pero no por ello menos eficientes a la hora de dar forma a la existencia. Este fondo poético constituye uno de los motores de producción de la obra thompsoniana y se encuentra detrás de muchas de sus elecciones intelectuales, dotando de un contenido romántico e historicista su adscripción al marxismo.

LA COYUNTURA HISTÓRICA: LOS ACONTECIMIENTOS DE 1956

A principios de la década de los 50, Thompson era un destacado militante comunista en la región de Yorkshire, que se ganaba la vida impartiendo clases de historia social y literatura inglesa para adultos en un departamento externo a la Universidad de Leeds. A lo largo de esta etapa, Thompson no sólo mantuvo un exhaustivo seguimiento de sus clases, sino que preparó su primera gran obra historiográfica –*William Morris. From Romantic to Revolutionary*, verdadero despliegue de laboriosidad a sus 31 años de edad–,

doméstico. Frente a su hermano Frank, paradigma de la excelencia académica, Thompson se consideraría desde muy pronto como el *zoquete* de la familia (Thompson, 1997: 50-51). Esta fractura se vería reforzada por la decisión de los padres de enviar al mayor de los Thompson a Winchester, mientras que Edward fue enviado al Kingswood. Si bien ambas instituciones eran *public schools* -es decir, centros privados de prestigio-, el primero era uno de los más exclusivos y rigurosos en la enseñanza de la cultura clásica de Inglaterra, mientras que el segundo -una escuela menor sin pretensiones elitistas ni ambiciones clásicas (Thompson, 1997: 50-53)- impartía una educación de sesgo metodista, según el propio Thompson, de carácter práctico, moral y popular; elementos todos ellos que el lector podrá apreciar a lo largo de los textos seleccionados. Sobre la trayectoria académica de Thompson y su relación con la trayectoria política, véase (Fontana, 2005: 80-83).

participó en la edición de diferentes revistas y colaboró con el Grupo de Historiadores del Partido Comunista. Sin embargo, este despliegue de energía intelectual no debe hacernos perder de vista que la prioridad de Thompson se mantuvo en el ámbito de la arena política. La terrible –pero necesaria, según entendía– experiencia de la guerra, su participación en la reconstrucción de Yugoslavia y la militancia comunista orientan esta preeminencia de lo político a lo largo de este periodo. Así, Thompson fue elegido integrante del Comité del Partido del Distrito de Yorkshire, dirigió el Comité por la Paz de Halifax –promovida por el PCGB para denunciar la Guerra de Corea– y fue editor de un periódico pacifista regional, amén de su participación en numerosas manifestaciones y mítines (Palmer, 2004: 73).

Pero estas tomas de posición se sitúan ahora en una coyuntura histórica distinta a aquélla en la que se forjó la cultura política de Thompson. El periodo de Entreguerras y de lucha popular antifascista da paso al nuevo ciclo que emerge con el fin del conflicto mundial: la Guerra Fría. Gran Bretaña constituye un escenario sensible a estos cambios de Posguerra, en tanto que expresan el definitivo ocaso de su hegemonía mundial –con la consiguiente pérdida del Imperio y el proceso de descolonización– y la adaptación al nuevo contexto de la economía de Posguerra, con el fin del capitalismo *laissez-faire*.

El PCGB, tras conocer un periodo de apogeo al finalizar el conflicto bélico, debía encarar uno de los retos más decisivos desde su fundación: el comunismo había dejado de constituir una fuerza de resistencia –en muchos casos clandestina– para convertirse en un agente de gobierno y en uno de los polos que sustentaba la lógica de la Guerra Fría. ¿Cómo resolver las contradicciones que continuamente se presentaban en una organización revolucionaria (en Inglaterra) obligada a defender las líneas de un partido (en Moscú), defensor del *status quo*? Esta disyuntiva derivada de la

nueva función que debía desempeñar el movimiento comunista internacional en el contexto de Posguerra quedaría definitivamente plasmada en la gran crisis de 1956. La muerte de Stalin puso fin a la jefatura monolítica del movimiento. La desestalinización abrió la posibilidad a que voces críticas se manifestaran dentro del PCUS y de los diferentes partidos nacionales, donde algunos miembros relevantes disentían sobre las directrices que Moscú había impuesto desde 1947 y que, a su juicio, parecían claramente perjudiciales (Hobsbawm, 2003: 192). Si bien es cierto que las direcciones no pensaron en ningún momento que la desestalinización supusiera una revisión a fondo de los objetivos y la estructura de los partidos, el informe Kuschev turbó a la militancia internacional, puesto que era el propio PCUS y no la prensa capitalista quien revelaba unos hechos que superaban las sospechas de los militantes más críticos. Las fisuras que abrió el XX Congreso en las estructuras bajo control soviético explotaron de forma dramática en Polonia y Hungría.

En Inglaterra, la crisis supuso un verdadero varapalo para el PCGB, una auténtica sangría de militantes, especialmente entre los sectores intelectuales. El Partido había logrado su récord de militancia en la década de los 40, con unos 65 mil afiliados y dos representantes en los Comunes. En 1953 ya había perdido la mitad de los afiliados y la representación en el Parlamento. Las voces que clamaban por un giro en la política del partido, con el fin de que ésta se adecuara a la realidad británica, aumentaron entre los intelectuales y los cuadros medios. Fue este sector el que activó la protesta como consecuencia de los acontecimientos de 1956. La reivindicación iba en varias direcciones: abrir un debate sin cortapisas en la prensa del partido sobre la naturaleza del estalinismo, llevar a cabo una protesta oficial por la invasión de Hungría, poner en marcha un proceso de descentralización en la toma de decisiones del partido y dar mayor libertad intelectual a la hora de interpretar determinados hechos

de la historia contemporánea británica e internacional (Hobsbawm, 2003: 195). Por ejemplo, Christopher Hill dirigió una comisión dentro de los canales oficiales para investigar la salud democrática de la organización cuyo resultado fue tachado de *revisionista* por la dirección del Partido, que finalmente prohibió su discusión formal en el Congreso Nacional de mayo de 1957. Hill y quienes integraban la comisión pronto dimitirían (Dworking, 1997: 46-47). Integrantes del Grupo de Historiadores del Partido –como Kiernan, Dobb, Hobsbawm o Hilton– también intentaron dar salida dentro de la prensa comunista a su condena, no sólo de la invasión de Hungría, sino de la postura filosoviética adoptada por la cúpula del Partido, lo que suponía una "falsa representación de los hechos". Una vez que el *Daily Worker* rehusó publicar el escrito, el grupo acudió al *Tribune* y al *New Statesman,* lo que fue interpretado por la dirección como un acto de traición.[9]

Otra línea de acción sería protagonizada, entre otros, por Thompson y Saville. Antes de la invasión de Hungría, ambos ya habían publicado en *World News*, el órgano de debate del partido, artículos críticos con la política de la dirección en dos puntos fundamentales: la rusificación de los cuadros dirigentes –su negativa a

9. Hobsbawm sostiene que el hecho de que el Grupo de Historiadores del Partido Comunista –la asociación de intelectuales comunistas mejor considerada desde la dirección del Partido– se pusiera a la vanguardia de la protesta fue motivado porque el problema poseía una indudable dimensión histórica (revisión del estalinismo, la historia reciente del PCGB, la utilidad de las diferentes estrategias diseñadas por Moscú desde 1939, etcétera), lo cual les afectaba como profesionales y no sólo como individuos y militantes (Hobsbawm, 2003: 195). El propio Hobsbawm realiza una reflexión sobre la práctica de la historia y el compromiso del historiador en general, y sobre la historia marxista y el comunismo en particular (Hosbawm, 1996: 30-33). Sobre el Grupo de Historiadores del Partido Comunista y su presencia en publicaciones de izquierda como *Our history* y *Marxism Today,* puede consultarse en español el capítulo 3 de *La historia de los hombres* de Josep Fontana (pp. 75-76).

adaptar la teoría y la práctica comunista a la realidad británica– y el estalinismo. Respecto al primer punto, se requería un cambio en la estrategia, de forma que se integrara el pasado revolucionario inglés, no como una mera apelación retórica, sino como una realidad que imponía su propia lógica de lucha. Respecto al segundo punto, se reivindicaba la necesidad de reconocer los errores del pasado de forma abierta e incorporar la forma de enmendarlos en la futura estrategia política. En ambos casos se buscaba recuperar el diálogo y la credibilidad entre el movimiento obrero británico y el partido, así como una profunda reforma de la estructura interna que acabara con el *centralismo democrático* (Dworking, 1997:47-48, Hobsbawm, 2003: 195 y Kenny, 1995: 17). Ambas intervenciones obtuvieron respuestas afines a la línea oficial en figuras como G. Matthews, quien acusó a Thompson de ofrecer una caricatura antimarxista y de sembrar la división sin otro fin ulterior. El intento de contrarréplica de ambos historiadores fue frustrado por la prensa del partido. Para evitar ser acusados de traición por editar las contrarréplicas en la prensa *burguesa*, decidieron crear una revista (*The Reasoner*) en calidad de militantes. El primer número apareció en junio. En éste colaboraron, además del matrimonio Thompson y Saville, otros intelectuales comunistas como Hilton, Meek o Levi. Quizá uno de los aspectos más destacados de esta edición era que, para los editores de la revista, el seguidismo de la política soviética por parte de la dirección del PCGB se debía al abandono del método histórico y crítico de Marx (Dworking, 1997: 49).

En otras palabras, el demandado giro político pasaba por un ejercicio de higiene intelectual mediante el que se abandonara el sectarismo y el dogmatismo que imponía la disciplina de partido. La dirección de King Street intentó infructuosamente parar la publicación de más números de la revista. Ante esta tesitura, amenazaron con expulsar a Thompson y Saville. Ambos historiadores creían aún posible reformar la línea del partido desde dentro,

por lo que anunciaron que, tras la distribución del tercer número de la revista, cesaría la edición. Mientras, eran suspendidos de sus cargos en el comité del Yorkshire. Sin embargo, en octubre, el levantamiento húngaro llega a su punto de máxima tensión: se conforma un nuevo gobierno de coalición de Imre Nagy –en el que tienen cabida diferentes partidos socialistas–, que el 1 de noviembre declara la neutralidad de Hungría y su salida del Pacto de Varsovia. La respuesta del Ejército Rojo no se hizo esperar: la insurrección fue aplastada y sus líderes, detenidos o fusilados. Desde la dirección del partido en Londres no llegan noticias de condena de la represión soviética; todo lo contrario, el movimiento es acusado de cripto-fascista. Para Thompson y Saville, esta actitud resulta definitiva: el partido ha quedado política y moralmente desacreditado. Ambos historiadores, tras exigir infructuosamente la celebración de un Congreso Nacional, hacen un llamamiento a las bases para que se disocien de la línea adoptada por la dirección y luchen por el socialismo por medio de una vía alternativa. Antes de acabar el año, ambos habían dimitido de su cargo. Con ellos, la mayoría de los intelectuales (Hill, Hilton, Kiernan, Rudé, D. Thompson, Meek, Lessing, etcétera) y buena parte de las bases abandonan la disciplina del partido: en total, según Thompson, un tercio de la militancia.

Para todos los que abandonaron el partido se trató de una experiencia traumática. Los que finalmente lo hicieron continuaron siendo gentes de izquierda (Hobsbawm, 2003: 194). De hecho, Thompson no dejaría de volver sobre este acontecimiento una y otra vez a lo largo de su trayectoria, insistiendo no sólo en las consecuencias colectivas y personales, sino en ciertas taras adquiridas por la militancia comunista en el cambio de coyuntura histórica y el fin de la cultura política frente-populista. Así, por ejemplo, la experiencia de reconstrucción en Yugoslavia constituye para Thompson un episodio que corresponde a la fase de los Frentes Populares dado

que, al igual que la guerra antifascista, se trataba de una empresa colectiva en la que izquierdistas de diferente signo y nacionalidad "formaban una alianza y hablaban abiertamente de sus diferencias" (Thompson, 1989: 304). Pero este proyecto popular y colectivo comenzó a truncarse a finales de 1947 y principios de 1948, en el contexto de clausura que inaugura la política de la Guerra Fría. Es muy posible que Thompson ya incubara serias contradicciones entre las expectativas creadas durante el quinquenio 1942-1947 y el rumbo que adquirían los acontecimientos, pero la reflexión crítica no se haría pública hasta 1956 (Thompson, 1989: 302).

No es éste el lugar para discutir sobre los motivos que llevaron a Thompson a diferir su crítica hasta la crisis de 1956.[10] Sin embargo, puede resultar interesante abrir un pequeño paréntesis para hablar sobre la muerte de su hermano y cómo por medio del relato que Edward reconstruye se aprecia la manera en la que entendía el cambio de contexto histórico y el inicio de la Guerra Fría. Como nos recuerda el propio Thompson, las actividades comunistas de Frank en suelo británico fueron breves. El mismo año en que se afilió al PCGB, Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania. En septiembre de 1939 –a la edad de 19 años– el mayor de los Thompson se alistó como voluntario en la *Royal Artillery,* y en marzo de 1941 partía hacia el frente del Oriente Medio, donde serviría durante tres años en Egipto, Irán, Irak, Jordania, Siria, el Líbano, Palestina y, finalmente, Sicilia. A finales de 1943, en El Cairo, debido a sus conocimientos lingüísticos de serbo-croata, búlgaro y ruso, pasó a formar parte de la sección balcánica de la SOE, una agencia de inteligencia militar encargada de operaciones especiales. Al año siguiente fue lanzado en paracaídas tras las líneas enemigas en Serbia, con el objetivo de cruzar la frontera, contactar con los partisanos búlgaros y establecer un enlace entre éstos y el mando

10. Al respecto, puede consultarse (Estrella, 2011: 123-125).

aliado en Egipto. Pero la operación Mulligatawny fue un fracaso: después de la muerte del oficial superior Mostyn Davis, Thompson tomó el mando de la operación y, tras luchar codo con codo con los partisanos, fue detenido, interrogado, torturado y fusilado por las fuerzas estatales búlgaras junto a otros camaradas.

Thompson interpretaría la muerte de su hermano desde un punto de vista político e histórico. La clave reside en insertar este episodio –hasta cierto punto marginal y anecdótico– en el contexto de los albores de la Guerra Fría. Thompson considera que el fracaso de la operación Mulligatawny se debió a la inoperancia de los mandos militares destacados en El Cairo y a las intrigas entre las diversas agencias estatales, pero, especialmente, a la convergencia entre los intereses aliados y soviéticos frente a la lucha partisana en los Balcanes. Los británicos consideraban a los partisanos como un movimiento de resistencia en contra del gobierno proalemán de Sofía. Sin embargo, el objetivo último era restaurar el régimen monárquico anterior a la guerra, lo que resultaba incompatible con las aspiraciones de la guerrilla partisana. De esta forma, a medida que el Ejército Rojo avanzaba por el sureste de Europa, se fue extendiendo la tesis de que estos grupos actuaban como parte de la estrategia soviética en la zona (Thompson, 1997: 95-96). No obstante, los soviéticos también estaban interesados en controlar los movimientos partisanos y, de hecho, fue una de las primeras acciones llevadas a cabo por el Ejército Rojo al cruzar la frontera búlgara en septiembre de 1944. Es más, Thompson sugiere algún tipo de contacto encubierto entre el gobierno títere de Sofía –también interesado en el fin de la guerrilla– y lo que denomina el *brazo derecho* de los gobiernos británico y soviético. La orden de fusilar a un oficial británico de uniforme sólo se pudo tomar en las altas instancias de las autoridades búlgaras. A estas alturas de la guerra, algún gesto por parte de los británicos probablemente habría inhibido el curso de dicha orden. Pero Thompson, al igual

que todo el movimiento partisano, se había convertido en prescindible (Thompson, 1997: 97-98).

La posterior recepción e interpretación de los hechos, ya completamente inmersos en la lógica de la Guerra Fría, tampoco dejarían de plegarse a los intereses de la razón de estado. Dentro del campo de la inteligencia militar, el gobierno británico jamás ha reconocido la existencia de la operación Mulligatawny. Según la versión oficial, el mayor Thompson no obedecía órdenes del mando aliado y actuaba por iniciativa propia. Como comunista, la figura de Thompson queda así constreñida entre el agente del Komitern que conspiraba dentro de la estructura militar aliada y la del romántico idealista que, al igual que muchos voluntarios, dio la vida por sus convicciones. En el bloque del Este, la valoración del mayor Thompson varió según soplaban los aires de la Guerra Fría y se dirimían las disputas entre las diferentes facciones dentro del PCUS y del gobierno comunista búlgaro (Thompson, 1997: 37-38). Al acabar la guerra, Frank Thompson fue declarado héroe nacional, y una estación de ferrocarril próxima a Sofía fue bautizada con su nombre. Posteriormente, cuando las relaciones entre el Este y el Oeste comenzaron a tensarse, el tratamiento de Thompson permaneció ambiguo, pasando de su condición de héroe a la de un joven bienintencionado que había sido utilizado por las potencias occidentales. Mientras Mostyn Davis, del que no era posible presentar credenciales comunistas, fue considerado sin paliativos como un agente del imperialismo. A partir de la era Khrushchev, se procedió a una rehabilitación de la mayoría de la viejos partisanos, quienes pasaron a formar parte desde entonces de la mitología del comunismo búlgaro. Como consecuencia, la figura de Frank Thompson –no así la de Mostyn Davies– volvió a emerger a finales de los años 70. Pero los archivos en los que se guardaba la información referente a Mulligatawny permanecieron cerrados. Lo mismo cabe decir de

los archivos británicos. El uso mítico e ideológico de la historia, el secretismo de las operaciones especiales y, ante todo, los intereses de la razón de estado, imponen un halo de silencio, de condescendencia o condena sobre los hechos protagonizados por Frank Thompson en Bulgaria.

Frank Thompson constituye para Edward el paradigma de una concepción de la política en términos de entrega y heroicidad, el símbolo de una época de lucha popular y de *history in making*. Su muerte, consentida por las burocracias del Estado Soviético y del Imperio Británico, representa el fin de la era del *profeta* y el triunfo de la de los *sacerdotes*.

EL CAMPO POLÍTICO Y EL CAMPO INTELECTUAL

La Posguerra y el nuevo equilibrio que emerge de las ruinas de la Segunda Guerra Mundial diluyeron las viejas relaciones de fuerzas y dejaron obsoletas las categorías que habían organizado el espacio simbólico de Entreguerras. El nuevo orden internacional se articuló en torno a la oposición entre capitalismo y comunismo y su posterior deriva militar OTAN-Pacto de Varsovia. El comunismo, como ideología y proyecto político, asumía el poder por primera vez en su historia en toda una gama de países europeos y asiáticos, trasvasando las fronteras de un solo país para convertirse en una fuerza de dimensiones planetarias: de la resistencia y la clandestinidad al gobierno y a la gestión.

En el mundo occidental, un nuevo capitalismo alejado de la doctrina liberal, admitió una mayor intervención estatal, lo que lo dotó de un contenido social desconocido hasta la fecha. Evitar las perturbaciones del capitalismo *laissez-faire* y estabilizar un sistema que además contaba con el *handicap* de la amenaza soviética y de los movimientos obreros domésticos, se convirtió en objetivo prioritario de las élites políticas y económicas de Occidente. El pacto entre las fuerzas del trabajo y del capital dotó de una coloración especial

a un sistema que, con altos y bajos, demostraría su estabilidad hasta la década de los 70. La *affluent society* (sociedad de la opulencia) y el capitalismo de consumo, animado por una elevación generalizada de la renta y la capacidad adquisitiva, reforzaron la lógica de este pacto de Posguerra (Hobswbam 1982: 251). Pacto que, por otro lado, produjo una profunda transformación en la composición de la estructura de clases –hasta el punto de que comenzó a hablarse de sociedad sin clases–, lo que se tradujo en una disminución de la fisura entre las clases medias y ciertos sectores de la clase obrera, y dio entrada en la clase dominante a nuevos estratos de la burguesía, como ejecutivos de grandes corporaciones, técnicos y expertos en nuevas tecnologías o gestores de la administración estatal. El correlato político de este fenómeno supuso la desestructuración de la lucha de clases en términos clásicos y la reorganización de la acción colectiva a partir de nuevas aspiraciones: movimientos pacifistas, ecologistas, feministas, estudiantiles, etcétera. En este contexto global, las viejas categorías simbólicas operativas durante el periodo de Entreguerras y su epígono bélico (fascismo-democracia, burguesía-proletariado, resistencia-colaboración, etcétera) quedaron desplazadas por nuevas oposiciones (capitalismo-comunismo, estado-individuo, estabilidad- anomia, etcétera).

En Gran Bretaña, el pacto entre laboristas y *tories* –dando cabida a reivindicaciones tradicionales del mundo *labour* como la intervención estatal en la economía, mayor redistribución de la riqueza nacional, sistemas de seguridad social, etcétera– permitió la incorporación de la mayor parte de la clase obrera al *status quo,* no sólo por medio de un incremento de los ingresos y de su capacidad de consumo, sino mediante un proceso simbólico y cultural que concierne, antes que a los niveles de renta, a los estilos de vida. Esta reestructuración del universo británico asociada al nuevo contexto político de la Guerra Fría y a los efectos materiales y simbólicos de la *affluent society* obligó a una readaptación de las tomas de posición

tradicionales de las fuerzas que competían en el escenario político. Si por el arco de la derecha el *torysmo* hubo de encarar el desafío de una Gran Bretaña que había pasado a ocupar una posición subalterna en el concierto internacional –lo que, en función de la respuesta más o menos conservadora o adaptativa, permitió distinguir entre el *old* y el *new Torysim* respectivamente (Hall, 1957: 21)–, por la izquierda, el partido laborista se vio sometido a la tensión que suponía conciliar ciertos principios programáticos con las responsabilidades de gobierno en un país capitalista y aliado de la OTAN.[11]

En la izquierda radical, el momento clave es la crisis de 1956 que hemos descrito más arriba. Entre el descontento y el desconcierto, el espectro de la izquierda revolucionaria europea iba a ampliarse a ambos lados del Telón de Acero, dando lugar a un conjunto de iniciativas y movimientos; algunos de carácter político, otros, intelectual, que serían etiquetados bajo la denominación de la Nueva Izquierda. Este grupo representó un esfuerzo por abrir un espacio alternativo para articular una nueva forma de política revolucionaria, popular, democrática e internacional (normalmente asociada a la idea de una Europa unida). En consonancia con este movimiento, en las filas de la izquierda de Gran Bretaña se iba a abrir un espacio entre el Partido Laborista y el PCGB. En ese espacio iba a situarse la Nueva Izquierda Británica (*The New Left*).

Hay ciertos elementos característicos de esta *New Left* en el marco de las nuevas izquierdas europeas. Por ejemplo, mientras en

11. Esta tensión se hizo especialmente manifiesta tras perder el gobierno en 1951, lo que dio paso a una década de gobierno *tory*. Con el objetivo de acceder nuevamente al poder, se puso en marcha un proceso revisionista de la Cláusula Cuatro del programa del partido, referente a la nacionalización y socialización de los medios de producción (Kenny, 1995: 126-132). En la misma línea, las divisiones dentro del partido también respondieron a la posibilidad o no de desarrollar un desarme nuclear unilateral por parte de Gran Bretaña. Esta línea, apoyada sobre todo por los militantes de base, sería finalmente revisada en 1961 en la Conferencia de Blackpool.

éstas abundaron los casos en que adquirió mayor peso el objetivo de la renovación intelectual (Francia, Yugoslavia), en aquélla es posible apreciar una concepción más marcada de la misión estrictamente política (Kenny, 1995: 198, McCann, 1997: 52 y Soper, 1990: 206). La *New Left* en Gran Bretaña se vería marcada por un fuerte acento de activismo político, tanto en su relación con los nuevos movimientos sociales –v.g. la *Nuclear Disarmament Campaign* (CND)–, como por su ambigua relación con las diferentes ramas del mundo *labour* (el *Labour Party*, las *Trade Unions* o instituciones como, por ejemplo, los clubs de lectura o la educación de adultos). De este carácter peculiar cabe deducir una secuencia cronológica particular. La *New Left* comienza formalmente su andadura en 1956, asociada a la crisis del PCGB por un lado y la intervención británica en Egipto por otro. Desde este momento hasta 1959, conoce un proceso de expansión que culmina con la fundación de la *New Left Review* (*NLR*). A partir de aquí, comienza un periodo de declive que finaliza en 1962 con la entrada de un nuevo consejo directivo al mando de la revista, comandado por Perry Anderson: la llamada segunda *New Left*.

Tradicionalmente, se ha considerado que la primera *New Left* (1956-1962) se encontraba compuesta por dos grandes grupos aglutinados en torno a las dos grandes revistas de cuya fusión nacería en 1959 la mítica *NLR*: *The Reasoner* (posteriormente rebautizada como *The New Reasoner: A Journal of Socialist Humanism*) y *Universities and Left Review* (ULR). El primer grupo, en el que se encuentra Thompson, nace con la crisis del PCGB. Los contenidos de la revista se agrupaban en cuatro grandes líneas temáticas: el internacionalismo, la ciencia social al servicio de la transformación social, la creatividad de la cultura y la necesidad de organización a nivel político (Palmer, 2002).[12] Para Thompson y Saville, se trataba de

12. http://www.historycooperative.org/journals/llt/50/palmer.html

desarrollar una línea de pensamiento marxista que pudiera entroncar con la tradición socialista británica. Esta tradición, que ya habían comenzado a rescatar los historiadores marxistas, permitiría desarrollar líneas de acción política de carácter comunista adecuadas a la realidad británica, si bien la propuesta contaba con una clara inspiración en los principios del humanismo socialista de los intelectuales disidentes del este de Europa, con los que no se dejará de entablar fluidos contactos. La revista tenía su centro en el Yorkshire, y en Thompson y Saville sus figuras más destacadas. Cuando la publicación comenzó a crecer, pareció necesario establecer una base en Londres, donde se implicaron figuras de la izquierda laborista como R. Miliband o excomunistas como D. Lessing, M. MacEwn o K. Alexander, entre otros. Un conjunto que, pese a la relativa heterogeneidad biográfica e intelectual, contaba con la capacidad de producir una cultura distintiva y cohesionada (Kenny, 1995: 19).[13]

El grupo de la *ULR* poseía un carácter aún más heterogéneo que el de los *reasoners*. Tuvo su origen en un grupo de jóvenes profesores universitarios y estudiantes de Oxford que habían comenzado a reunirse en el *Socialist Club* hacia 1954, con el fin de estudiar la reactivación de una izquierda británica alternativa al laborismo y al PCGB (Dworking, 1997: 54-55). En 1956 se habían publicado algunos trabajos, pero fue la intervención militar auspiciada por el gobierno *tory* en Suez lo que desencadenó la definitiva organización del grupo en torno a la *ULR*. La idea era aprovechar el clamor que había despertado esta intervención entre diferentes sectores

13. En las páginas del *New Reasoner* es posible encontrar, además de historiadores como Thompson y Saville, a literatos como D. Lessing, economistas como K. Alexander o R. Meek, politólogos como R. Miliband, críticos del arte como J. Berger o filósofos como A. MacIntrey, e incluso al propio Hobsbawm, quien pese a no haber abandonado la disciplina del PCGB, colabora en la primera edición. En total, en los 10 números de la revista, Palmer contabiliza 165 colaboradores.

estudiantiles como punto de partida para activar un proyecto de renovación izquierdista cuyo foco principal, aunque no el único, sería la revista. S. Hall, G. Pearson, R. Samuel y C. Taylor fueron elegidos como miembros del consejo editor (Dworking, 1997: 56). Desde ese momento, esta experiencia se caracterizó por intentar evitar la formación de una jerarquía o burocracia que centralizara la toma de decisiones (Kenny, 1995: 22). Pronto, la *ULR* se desplazó de Oxford al West End de Londres, zona de la capital que bullía de vida política, intelectual y artística. Con la intención de implicarse en el día a día de esta atmósfera, el grupo de la *ULR* promovió dos experiencias: la *Partisan coffeehouse* y el *ULR Club*, posteriormente denominado, *New Left Club*. Ambos eran espacios de encuentro donde se organizaban eventos, lecturas, discusiones, etcétera, con el objetivo de promover nuevas direcciones en el análisis y la estrategia socialista, desde un consciente eclecticismo de enfoques y campos de estudios (Dworkin, 1997: 56, Hobsbawm, 2003: 200 y Kenny, 1995: 19 y 20).

Ahora bien, el uso del término socialista adquiere en el entorno de la *ULR* ciertos matices. Ya desde el primer número se insistió en que no se iba a ofrecer una línea política a los lectores (Dworkin, 1997: 56-57). Lo que se pretendía, en primer lugar, era recobrar lo que la tradición socialista tenía de libre, abierta y de debate crítico. A continuación, se trataba de ir definiendo, en un proceso abierto, nuevas vías frente al laborismo y al marxismo ortodoxo; ambos –se entendía– incapaces de comprender los principales problemas de la sociedad de Posguerra, e irrelevantes para las nuevas generaciones en tanto que proyectos políticos. En todo caso, las referencias explícitas al socialismo político se alinean o simpatizan críticamente con el humanismo socialista que se desarrollaba en el este de Europa y al que se adscribían los disidentes comunistas del *New Reasoner* (Dworkin, 1997: 60 y Soper, 1990: 205). Este carácter abierto en relación con el alineamiento político se complementaba con el eclecticismo que

caracterizaba los análisis de los nuevos izquierdistas asociados a la *ULR*. Dichos análisis apuntaban a los complejos procesos que estaba experimentando la sociedad británica del momento –nuevo papel de la educación y la cultura, vida en la urbe, juventud, sociedad de consumo, medios de comunicación, etcétera–, desde una concepción íntegra de la antropología y la vida social: se consideraba que la dimensión cultural y artística resulta tan determinante en el análisis social como la explícitamente política (Dworkin, 1997: 58 y Kenny, 1995: 20). La acogida entre el público joven de Londres fue relativamente favorable, dado el carácter novel y poco convencional de esta experiencia (Kenny, 1995: 22).

Desde comienzos de 1958 comenzó a circular la idea de fusionar las dos publicaciones más representativas de la *New Left*. Varias son las razones que llevaron a entablar las negociaciones de las que emergió la *NLR*. Por un lado, el creciente éxito del nuevo movimiento por la paz y el desarme nuclear (CND), en el que participaban miembros de ambas revistas, animó a aunar esfuerzos bajo la idea de que un nuevo tipo de movimiento popular estaba emergiendo al margen de los partidos tradicionales. Por otro lado, las dificultades económicas y organizativas de diferente signo pero igualmente peligrosas para la continuidad de ambas revistas también aconsejaban sumar esfuerzos. Finalmente, la fusión podría transmitir un mensaje de fuerza y unión del proyecto *New Left* en Gran Bretaña. Pese a la oposición de algunos miembros de ambos consejos editoriales –Thompson se mostró entusiastamente partidario de la fusión–, ésta se llevó a cabo oficialmente el 19 de diciembre de 1959, en un acto público en St. Pancras Town Hall, en Londres.

La *New Left* surgió entonces como un intento por abrir el arco de la izquierda británica construyendo una opción que escapaba a la lógica de las burocracias de los partidos laborista y comunista. Se entendía que al haberse apropiado la burocracia de ambos partidos la autoridad de la izquierda, habían sustraído este papel a las

comunidades de trabajadores, a la sociedad civil, al pueblo. La *New Left* partía de la necesidad de abrir el espacio de discusión y la toma de decisiones más allá de las estructuras de los partidos sin que esto supusiera un alegato para su desaparición: aún constituían formas válidas de canalizar las energías políticas, siempre y cuando se transformaran desde sus bases en instituciones abiertas y plenamente democráticas. En otras palabras, la *New Left* constituyó un intento por eliminar la mediación que ejercían las burocracias de los partidos entre la consecución de objetivos socialistas y la acción popular, contribuyendo a generar un espacio de politización y empoderamiento por parte de esta misma iniciativa popular.

Por otro lado, uno de los objetivos políticos fundamentales de la *New Left* fue influir en las bases del Partido Laborista, en las *Trade Unions*, en la Campaña por el Desarme Nuclear y en las diferentes expresiones de los movimientos estudiantiles, tanto de jóvenes como de adultos. Sin embargo, en sus años de actividad, la *New Left* en ningún momento llegó a ocupar una posición de dominio sobre sus competidores, ni en el campo intelectual ni en el político. En el ámbito político, no llegó a construir una alternativa de izquierdas sólida que recabara un firme apoyo de la clase obrera y de sectores progresistas de las clases medias. Ciertamente, su posición de fuerza le permitió desafiar el cuasimonopolio del PCGB sobre la izquierda revolucionaria, a la vez que se constituyó como un grupo de presión sobre la política interna del *Labour Party,* y aglutinando a los disidentes de la izquierda del partido. Sin embargo, la *New Left* nunca dejó de ocupar una posición subordinada respecto al laborismo, cuya dinámica siempre determinó de forma más decisiva su trayectoria. La incapacidad para orientar la Campaña por el Desarme General hacia posiciones políticas más explícitas también constituye una muestra de la posición de debilidad desde la que actuaba la *New Left*.

En definitiva, la *New Left* constituyó un referente de la contracultura británica de finales de los años 50, así como el único ejercicio de renovación teórica de la izquierda que no supuso abandonar las aspiraciones revolucionarias, al menos para buena parte del grupo. Sin embargo, su capacidad para intervenir en la política de la izquierda fue limitada. Por otro lado, la heterogeneidad del grupo –generacional, de cultura política, de origen social y de intereses intelectuales– tampoco jugó a su favor cuando las circunstancias se pusieron difíciles, tanto a causa de la pésima gestión de la revista como del deterioro de las relaciones entre el consejo editorial –afincado en Londres– y los delegados de los clubes de provincias, quienes demandaban mayor atención del centro.

Pero los textos seleccionados no sólo constituyen una intervención política. También toman como interlocutores a los propios intelectuales, especialmente a aquéllos que habían renunciado a sus antiguos compromisos políticos apostando, bien por una retirada de la vida pública, bien por una acomodación al *status quo* de Posguerra. Se trata, entiende Thompson, no sólo de una capitulación, sino de un ritual público de expiación de los antiguos pecados militantes. La manera en la que operaba este ejercicio de renuncia era por medio de una descontextualización y una psicologización de los motivos e intenciones de los socialistas de los años 30. De esta forma, las decisiones que éstos tomaron –a veces difíciles y erróneas– parecen resultado de un "clima puro de elección" cuando, en realidad, se encontraban limitadas por la urgencia del momento histórico (Thompson llega a hablar de la participación de su generación en el "asesinato necesario" de la Segunda Guerra Mundial) (Thompson, 1978a: 21). Además, como es el caso de Orwell, no se indica ninguna otra motivación que aquéllas que se denuncian. Sin embargo, el sadismo, la corrupción y la estafa convivieron, recuerda Thompson, con la entrega y el sacrificio, el heroísmo y otras cualidades generosas que

constituían una afirmación sin la cual el resultado de la historia hubiera sido otro (Thompson, 1978a: 21).[14]

Al intelectual desencantado, entiende nuestro autor, se le abren nuevas posibilidades como empleado de nuevas instituciones y agencias. Y en función de su respuesta es promovido u olvidado. Pero raramente es silenciado por la fuerza. La lógica del proceso, la trayectoria propia y las necesidades e intereses personales coadyuvan, de forma que el intelectual tiende a la conformidad con las presiones a las que se ve sometido. Dos ejemplos claros. La entrega "de buen grado y con ánimo de confesión", señala Thompson, al McCarthysmo –al igual que en la generación anterior los intelectuales comunistas habían hecho penitencia ante Zhdanov–, y la expulsión de la academia de todo vocabulario marxista, bajo la acusación de que las ideas revolucionarias no eran sino construcciones de intelectuales desajustados y que jamás nacerían espontáneamente en las comunidades de las clases trabajadoras.

Thompson advierte que este proceso de psicologización y deshistorización al que se adecuó gran parte de la intelectualidad de Posguerra se vio reforzado por una lógica similar en el ámbito estrictamente académico, donde en las diferentes disciplinas de Letras –pero especialmente de las Ciencias Sociales– proliferaban propuestas que desembocaban en un punto similar: la negación de la historia y la aspiración a la trasformación social revolucionaria. El auge de la psicología en múltiples disciplinas –médicas, literarias, sociológicas– venía de la mano de un esfuerzo por mostrar cómo el comunismo y el radicalismo no eran sino proyecciones de intelectuales neuróticos e inadaptados. Junto a esta psicologización

14. Es importante constatar que Thompson no interpreta la convergencia de la ideología de Posguerra con los intelectuales desencantados en términos de una suerte de cinismo: "sus argumentos son los más persuasivos, puesto que no nacen del propio interés, sino de la desesperación […]. *No escogieron* su *función*, ni fueron conscientemente elegidos" [las cursivas son mías] (Thompson, 1978a: 21).

de la conducta se desarrolló una *sociología del ajuste* por la que las relaciones sociales y personales eran susceptibles de fijarse en patrones de conducta dentro de las instituciones establecidas (Thompson, 1978a: 12-29). Por otro lado, Thompson no dejaría de situarse frente a las diferentes variantes del estructural-funcionalismo que conocieron un auge durante los años 50 y 60. Rechazaba la concepción de la naturaleza humana implícita en estas propuestas, el vocabulario a partir del cual se pretendía explicar la acción social (anomia, función, control social, estructura de valores dominante, etcétera) y las explicaciones de procesos históricos que eran tomados exclusivamente como ejemplos que daban conformidad a los modelos teóricos previos.

No vamos a valorar aquí hasta qué punto estas apreciaciones de Thompson eran justas. Lo que nos interesa es comprender cómo el nuevo contexto intelectual, la irrupción de nuevos paradigmas y el auge de nuevas disciplinas fueron interpretados por él como parte de ese proceso de retraimiento intelectual que, en el marco de la ideología de la Guerra Fría, implicaba una negación de la historia, de la capacidad del ser humano para tomar parte en su curso dotándolo de dirección y sentido y de la relevancia del trabajo historiográfico para recuperar esa experiencia como testimonio de lucha.

Estas críticas eran extensibles al marxismo ortodoxo. Si bien es claro que la disciplina de partido hizo que el desacuerdo teórico no aflorara hasta 1956, es posible apreciar ya en el *William Morris* de 1955 ciertas divergencias con algunas de las líneas esenciales de la ortodoxia marxista (la misma elección del objeto de estudio, un poeta romántico próximo a las líneas más libertarias del marxismo inglés de fines del siglo XIX resulta, ya de por sí, sintomática).[15] Los textos que hemos seleccionado son una buena muestra de la toma

15. Sobre las dos ediciones del *William Morris* y su relación con el contexto político y la trayectoria de Thompson, ver (Estrella, 2007).

de posición intelectual de Thompson frente al discurso oficial del marxismo. Esta crítica lo llevaría a situarse en el terreno del *socialist humanism* (el humanismo socialista).

Éste puede considerarse como un programa de renovación del socialismo contra el burocratismo y el anquilosamiento de la ortodoxia marxista (Kenny, 1995: 69-85; McCann, 1997: 40-71; Ruiz, 2009: 53-91; Soper, 1990: 205-232). Aunque oriundo de los países del Este, se extendió entre la disidencia comunista europea después de 1956 y constituyó una de las líneas que convergió en la formación de la Nueva Izquierda. En el caso de la *New Left* británica, fue la apuesta de los excomunistas del *New Reasoner,* quienes como Thompson, intentaron constituirlo en seña de identidad del movimiento.

Thompson ofrece una definición muy general del programa del humanismo socialista: se trata de un movimiento de rebeldía afirmativa que reivindica que el único criterio válido que debe orientar la organización social, económica e institucional del socialismo son las necesidades humanas –con toda la dificultad, reconoce, que este término implica–. Se trata, *grosso modo*, de reubicar la vida humana en el centro del programa socialista. Ahora bien, ¿qué es lo característico de esta vida? Thompson sostiene que el elemento diferenciador del ser humano es la acción (*agency*) intelectual y moral consciente sobre las circunstancias a las que se enfrenta. Esto constituye la esfera de la creatividad humana, la forma en que el hombre participa activa y conscientemente en la construcción de la historia (*the region of conscious human agency in the making of history*). Esta definición de carácter general –que delimita las discusiones pertinentes– va concretándose por oposición a los diferentes elementos que, a ojos de Thompson, constituyen la ideología estalinista: por un lado, el dogmatismo (o antiintelectualismo); por otro, el inmoralismo. Como consecuencia de ambos: una negación de la capacidad de *agency* del ser humano.

Como puede apreciar el lector, la conclusión es similar a la que llegaba Thompson a la hora de cuestionar la deriva de los intelectuales en Occidente y de los nuevos paradigmas que florecían en las ciencias sociales de los años 50. Una doble pinza a nivel intelectual que guarda una homología estructural con las aparentes oposiciones de la Guerra Fría. En este caso, al igual que la *New Left* en el campo político, el humanismo socialista estaría llamado a crear un espacio intelectual que permitiera romper con la legitimación teórica que desde diferentes agencias intelectuales y académicas se realizaba de la Gran Apatía, del quietismo social que aseguraba el *status quo* de Posguerra.

Sin duda, todo esto no significaba para Thompson abandonar el ideario marxista (al igual que no dejaba de considerarse un comunista por el hecho haber abandonado la disciplina del partido). En los textos, el lector podrá apreciar cómo el humanismo socialista supone para Thompson una renovación crítica del vocabulario marxista. De hecho, parte de la crítica que hace a determinadas propuestas de los compañeros de la ULR están relacionadas con lo que considera una descontextualización y una despolitización de sus análisis culturales frente a los cuales sostiene un enfoque materialista que implica el conflicto de poder de clases y la puesta en marcha de un proceso revolucionario, si bien indeterminado y abierto a la contingencia.

En esta toma de posición es posible apreciar el eco de esas disposiciones adquiridas por Thompson por medio del entorno familiar y de la escuela, que tratamos en el primer apartado (disposiciones proféticas, poéticas, heterodoxas). Disposiciones que habrían sido reforzadas y disciplinadas en el marco de experiencias como la militancia comunista, los estudios de historia y las redes marxistas, la guerra y la cultura frente-populista. Un comunismo romántico, de inspiración humanista e internacionalista que le llevaría a rescatar la figura de William Morris como parte irrenunciable de la

tradición marxista británica. A partir de este fondo de experiencias, el nuevo contexto de la Guerra Fría y la crisis de 1956 actuaron como el detonante que permitió a Thompson hacer explícita la toma de posición política e intelectual plasmada en los textos seleccionados. Sus posiciones teóricas y políticas no dejan de guardar un grado de homología e incluso se superponen. Por lo demás, como recuerda Bryan Palmer en el prefacio de esta edición, los textos que escribió entre 1957 y 1960 constituyen –junto con su experiencia como profesor de la clase obrera en el Departamento Externo a la Universidad de Leeds de Educación para Adultos– la base a partir de la cual diseñaría la que sería su obra más renombrada y por la que alcanzaría fama internacional: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*.

¿Y HOY? E. P. THOMPSON CONTRA EL NEOLIBERALISMO

Una somera comparación entre el contexto en el que Thompson escribió los artículos seleccionados y en el que ahora nos encontramos arroja diferencias considerables. En primer lugar, él escribía una década después de que un nuevo periodo histórico se inaugurara. Más allá de los matices que siempre podremos esgrimir, las sociedades de la Europa occidental –a excepción de esa triste anomalía que fue España– abrían un etapa de consenso en la que el capital hubo de llegar a un acuerdo con las fuerzas del trabajo. Si la crisis del 29 ya había puesto al liberalismo económico contra las cuerdas, la derrota del fascismo a manos de los frentes democráticos y del movimiento obrero, así como la nueva presencia de la Unión Soviética en el mapa europeo, terminaron por dar carta de naturaleza a ese pacto sobre el que se erigiría el Estado Social. Y es que no sólo se iba a considerar que el Estado debía convertirse en el principal agente del desarrollo económico y de la redistribución de la renta nacional, sino que todo un conjunto de esferas relativas a los servicios sociales (especialmente,

sanidad y educación) iban a pasar a formar parte de su competencia. La posibilidad de implementar esta profunda transformación fue favorecida por un ciclo económico ascendente que, a grandes rasgos, no se interrumpiría hasta la crisis de los años 70. Y, es necesario insistir en ello, la amenaza real o virtual de un estado soviético que podía constituirse en referente de los movimientos obreros en Occidente contribuyó de manera decisiva a implementar esta nueva economía política intervencionista y de contenido social. Un mundo bipolar, finalmente, que a primera vista parecía implicar el más que probable enfrentamiento nuclear, pero que paradójicamente dotó a Europa del periodo más largo de paz en su historia.

Estos vectores constituyen tendencias históricas presentes en mayor o menor medida en los diferentes países, en función de las circunstancias específicas de cada caso. México, por ejemplo –que no conoció el azote del fascismo–, tras la etapa militar de la revolución, puso en marcha un proceso de reconstrucción estatal que, con sus luces y sombras, introdujo al país por la vía de un desarrollo económico, estabilizando de esta manera al régimen priista al menos hasta la gran crisis del 68. España, aun dentro de su anomalía y a raíz de su progresiva inclusión en el concierto internacional, dio paso al gobierno tecnócrata del Opus Dei que introdujo al país por la senda de un desarrollismo económico que, sin embargo –dado el domino de clase sobre el que se asentaba la dictadura–, no se tradujo en un robusto Estado de Bienestar al estilo de sus vecinos europeos.

Hoy día nos situamos en una fase histórica distinta. En cierta medida, ésta puede considerarse como el cierre de la etapa que se abría en 1945. La crisis económica de 1973 puso fin al ciclo económico ascendente de Posguerra, lo que abrió la puerta a que comenzaran a llevarse a cabo experimentos sociales que rompían con el pacto inaugural de 1945. Chile fue la cobaya en la que los *Chicago*

Boys ensayaron los modelos neoliberales que habían formalizado en los departamentos de la Universidad. En plena intensificación de la Guerra Fría y ante el manifiesto agotamiento del bloque soviético, las recetas neoliberales se extendieron a Estados Unidos y Gran Bretaña por obra de los gobiernos neoconservadores de Reagan y Thatcher. El sindicalismo británico sufrió, una tras otra, sucesivas derrotas frente a una dama de hierro que hablaba de una sociedad sin clases compuesta por propietarios. El definitivo colapso de la URSS trajo consigo una aceleración y expansión del proyecto europeo bajo la égida del neoliberalismo, lo que se plasmó en el Tratado de Maastricht de 1992 y en la creación del euro. Por otra parte, el mismo año en que moría E. P. Thompson, Estados Unidos, Canadá y México firmaban el Tratado de Libre Comercio. En la década de los 90, fuimos testigos también de cómo los países del Cono Sur adoptaban, uno tras otro, gobiernos de signo neoliberal. En este marco global, la desregulación de la economía, la privatización de servicios e infraestructuras, así como el desequilibrio en el reparto de la renta nacional entre capital y trabajo, no hicieron sino incrementarse. Dependiendo de los niveles de riqueza de la región y de su posición en la división internacional del trabajo, este proceso se tradujo bien en una verdadera tragedia social (América Latina), bien en un consumo sostenido por medio del crédito (Europa).

Durante la primera década del nuevo siglo esta tendencia conoció una disyuntiva. Por un lado, a nivel político tuvo lugar una respuesta organizada de movimientos sociales y políticos en diferentes países de América Latina que auparon a gobiernos que desarrollaron proyectos alternativos al neoliberalismo. Ya fueran éstas más pactistas con los intereses de los mercados, ya más reguladoras y dirigistas, obtuvieron logros sociales que al menos frenaron la sangría provocada por los gobiernos anteriores.

Por otro lado, la crisis económica que estalló en 2008 en el epicentro del capitalismo se cebó especialmente en Europa

en los países del sur, los menos industrializados, los más dependientes del crédito y de actividades especulativas, y con un Estado de Bienestar más débil. La intervención económica de estos países (formal o de facto), por parte de los grandes organismos económicos internacionales –con la connivencia de los gobiernos conservadores y socialdemócratas–, ha supuesto la intensificación de las políticas neoliberales, encaminadas a adelgazar las funciones sociales del Estado y a implementar reformas estructurales para adecuar el mercado de trabajo a los intereses de los grandes capitales.

En la coyuntura en la que Thompson escribe, los movimientos populares –especialmente el obrero– se encontraban en una posición de fuerza que les permitía imponer ciertas condiciones en un marco geopolítico y una coyuntura económica por lo demás favorables. En la Posguerra Fría, esa relación se ha invertido. Con un movimiento obrero desarticulado y con el horizonte conceptual del marxismo en retirada, el neoliberalismo ha encontrado expedito el camino para orientar la política económica y naturalizar sus principios, disfrazándolos de un aséptico tecnicismo: los conservadores –valga el oximorón– se han convertido en revolucionarios. Todo esto nos pone en la senda de la distancia que separa un contexto de otro y hace difícil pensar en qué términos puede contribuir la lectura de Thompson a entender y resolver algunos de los problemas a los que hoy nos enfrentamos. Pero bajo esta aparente distancia existen ciertas similitudes fundamentales. Podemos identificar al menos cuatro.

Primero, debemos recordar que uno de los motivos que animan a Thompson a escribir estos textos está relacionado con la reactivación de la acción popular y el fin de lo que denominaba como la ideología del quietismo o la apatía, inaugurada precisamente en el consenso de Posguerra. Para él, esta reactivación estaba vinculada, por un lado, a la crisis institucional y moral de la

izquierda tradicional y, por otro, a la amenaza de la guerra nuclear y la destrucción masiva (véanse, por ejemplo, los artículos en esta edición de "El socialismo y los intelectuales", "El humanismo socialista" y "La Nueva Izquierda").

A lo largo de la primera y la segunda década del siglo XXI –especialmente en América Latina y actualmente en el sur de Europa–, hemos sido testigos del nacimiento de nuevos movimientos sociales y políticos que responden a una doble crisis con cierto paralelismo con la que activó la respuesta popular de 1956. Por un lado, hemos asistido a una crisis que ha afectado al ámbito de la izquierda tradicional e institucional, ya en su vertiente soviética, ya en la de una socialdemocracia que ha encontrado en la tercera vía una adaptación a las exigencias de los mercados. La crítica que Thompson hizo a estos dos referentes de la izquierda (tanto en su aspecto ideológico como organizacional) y, como contrapartida, la exploración de un espacio político alternativo en la izquierda resultan en este sentido oportunas y vigentes. Por otro lado, la crisis que activó la movilización popular estuvo vinculada a la aplicación sistemática de políticas neoliberales. Esta crisis –de manera similar a lo que ocurría en los años 50 con la amenaza nuclear– ha sido percibida por amplios sectores de la población como un problema de supervivencia, un peligro que amenaza las condiciones de vida básicas de la población: destrucción de empleo, intensificación de la explotación, depauperización, pérdida de coberturas sociales, truncamiento de proyectos de vida, desgarro del entramado social y familiar, emigración forzada y, en última instancia, disminución de la esperanza de vida, aumento de la violencia e incremento de los suicidios.

En este contexto, no deja de ser pertinente una voz como la de Thompson cuya concepción de la naturaleza humana contribuye a combatir la desidia y la apatía. El ser humano se caracteriza frente a otras especies por su capacidad para intervenir de manera consciente en el curso de historia. Es cierto que la dirección de

este acto no está predeterminada y puede bascular entre el gesto acomodaticio y la rebeldía. Pero quizás hoy, como a finales de la década de los 50, resulta oportuno la lectura de un E. P. Thompson que nos recuerda que romper con el sentido común del poder y con la naturalización de la fatalidad es una potencia inscrita en la naturaleza humana. No quiere decir esto que el lector actual vaya a encontrar en esta colección de textos una oda al optimismo de la voluntad. Es cierto que el tono polémico y pasional del discurso de este autor ha llevado a algunos de sus críticos a advertir contra ese exceso de voluntarismo político que impregna su concepción de la agencia humana, pero una lectura pausada debe matizar este juicio. Thompson no deja de recordar la necesidad de identificar las relaciones de fuerzas, los equilibrios en los cuales se abren los posibles cursos de acción, así como las presiones acomodaticias y disruptivas. Por ejemplo, el lector verá cómo hace depender la suerte de los movimientos políticos del este y del oeste de Europa de las posibles evoluciones del contexto internacional y de la manera en que podría desarrollarse la Guerra Fría.

Un segundo punto en el que convergen ambos contextos tiene que ver con la composición social de esos movimientos populares y la dificultad de identificarlos con una expresión de la clase obrera tradicional (véase por ejemplo: "La Nueva Izquierda", "En el punto de producción" y "Revolución"). El debate sobre las causas de las transformaciones del movimiento obrero y sus efectos sobre la acción política de la izquierda ocupó a buena parte de los intelectuales de la *New Left*. Como sabemos, Thompson se alejó tanto de una postura marxista clásica como de aquellas posiciones que negaban la vigencia del análisis y del conflicto de clases. Éstos continuaban siendo válidos, si bien se habían reconfigurado bajo nuevos términos, dando lugar a una protesta que comprendía pero que iba más allá del conflicto en torno a la redistribución de la plusvalía y de la renta nacional. Una protesta que estaba protagonizada no sólo por el

obrero industrial, sino por jóvenes, mujeres, pacifistas, trabajadores relacionados con la producción cultural, disidentes políticos, etcétera. La reestructuración de las relaciones y los conflictos de clase constituyen hoy también un tema fundamental. Se trata de un proceso complejo vinculado con la recolocación del tejido industrial y la reconversión en economías de servicios. Dependiendo de la intensidad con la que este proceso haya afectado a cada región, asistimos a una proletarización creciente vinculada a nuevos sectores económicos y un incremento del trabajo por cuenta propia. Lo primero ha supuesto la desarticulación de las formas de asociación clásicas de los trabajadores –como la afiliación a los sindicatos– y la segunda está vinculada con el reciclaje de antiguos obreros afectados por la reconversión industrial y con el éxito de la ideología empresarial y de la ética de la competitividad. Esta nueva fisonomía del obrerismo viene de la mano de nuevas formas de explotación. Se trata de un fenómeno conocido sobre el que no vamos a discutir ahora. Nuestro interés radica en mostrar el posible paralelismo entre el proceso de reconfiguración de la estructura de clases y de intensificación y complejización de la lucha de clases que preocupaba a Thompson y el que estamos viviendo hoy día.

Una tercera analogía apunta hacia cómo el descontento se canaliza por medio de vías alternativas a las tradicionales organizaciones de izquierda. Una constante a lo largo de los escritos de Thompson es la preocupación del nuevo activismo por encontrar unos modelos de organización y de tomas de decisiones alternativas al burocratrismo de las organizaciones laboristas o el centralismo democrático del PC (véase, por ejemplo, "La Nueva Izquierda", "El humanismo socialista", "Acción y elección" y "¡Revolución otra vez!"). El problema de la democracia constituye para el autor un asunto de primer orden. Su defensa de la capacidad humana para intervenir de forma racional y moral en el curso de la historia no sólo está vinculada a su crítica al estalinismo y a la fundamentación del

programa del humanismo socialista, sino que está indisociablemente unida a la convicción de que, en asuntos políticos, todos somos competentes. El antiintelectualismo constituye para Thompson esa postura política que reclama la exclusividad de una determinada élite para tomar las decisiones que nos afectan todos, a partir de la hipótesis de la incapacidad o la alienación de quienes se dice representar. La implementación efectiva de una representación y una toma de decisiones democrática constituye hoy en día un problema clave al que se enfrentan los nuevos movimientos sociales y las viejas organizaciones de izquierda, quienes han incluido en el orden del día cuestiones como la rotación de cargos, la revocación durante el ejercicio de funciones, la discusión sobre las virtudes y límites de las prácticas asamblearias, la inclusión de nuevos canales de deliberación que amplíen la participación (por ejemplo, los medios digitales), la proporcionalidad y la pluralidad en la representación e incluso la recuperación de viejas prácticas democráticas como el sorteo. Evidentemente no se trata sólo de una cuestión de política interna y organizativa. Para el descontento popular, la crisis de legitimidad por la que atraviesa el *status quo* está estrechamente vinculada con la brecha que separa la democracia formal de la real. Desde este contexto, los escritos de Thompson pueden leerse como expresión de una suerte de oposición entre una vieja y una nueva política.

Quizás quepa insistir en la manera en que el autor entiende esta nueva política y cómo la hace explícita a lo largo de los textos que componen esta edición. En primer lugar, cabría decir que su apuesta supone una moralización de la política. Si, como decíamos más arriba, para Thompson la capacidad de agencia del ser humano se sitúa en un equilibrio de relaciones de fuerzas, éstas se encaran a partir de valores y fines que no deben entrar en contradicción con los medios que se ponen en liza. Frente al brutal pragmatismo que encapsula lo posible en lo existente, el *realismo utópico* de Thompson constituye una proyección de expectativas a partir de lo existente, con el fin de

idear la forma que puede adquirir una sociedad organizada a partir de relaciones, valores y normas alternativos a los del capitalismo. En segundo lugar, se trata de una manera de hacer política que, si bien no elimina aparatos institucionales a nivel estatal (como, por ejemplo, los partidos o los sindicatos), se articula de abajo hacia arriba y redimensiona el nivel local y la lógica asamblearia. Para el autor, esta apuesta constituye la forma en que la vida política puede dejar de girar en torno a abstracciones y categorías –como el Partido o el interés de la clase obrera– para hacerlo sobre el individuo concreto y sus necesidades. Finalmente, no encontraremos en Thompson una confianza ingenua en que esta redefinición de la política se traduzca inmediatamente en un plus democrático. Así parece recordárnoslo en "¡Revolución otra vez!", en un excelente pasaje de carácter casi etnográfico donde denuncia en tono irónico el comportamiento purista de los leninistas en las asambleas de los clubes locales. Si algo caracteriza la concepción democrática de Thompson, insistamos en ello, es su antiaristocratismo, tenga el origen que tenga y sirva a la causa que sirva. La democracia thompsoniana es una democracia plebeya.

Cuarto paralelismo. La reflexión thompsoniana sobre la sociedad futura fue tematizada en términos de la utopía socialista ("El socialismo y los intelectuales", "El humanismo socialista", "Acción y elección" y "Revolución"). Esta reflexión puede enlazar con algunas de las preocupaciones de los nuevos movimientos políticos. En primer lugar, ¿es posible contener el capitalismo en el marco de un supuesto desarrollo de las formas democráticas o es necesaria una ruptura crítica? En el segundo caso, ¿cómo llevar a cabo esta ruptura?, ¿en qué consistiría y dónde tendría lugar? La posición de Thompson resulta interesante por dos razones: primero, porque huye de un determinismo histórico que cree posible importar viejos modelos revolucionarios a procesos situados en contextos históricos distintos. Este contextualismo hace de esa posible ruptura un escenario abierto que depende no sólo de las fuerzas en juego,

sino de las decisiones contingentes de los seres humanos. Segundo, porque pese a esta dosis de indeterminación, Thompson se esfuerza por pensar un modelo abierto de transición al socialismo que huya tanto del paradigma evolutivo de la antigua socialdemocracia como del cataclísmico de la ortodoxia leninista.

Por otro lado, la propia concepción thompsoniana del socialismo, precisamente por su generalidad y apertura, y fundamentalmente por su herencia utópica y romántica, merece rescatarse hoy día. La redefinición del socialismo en términos humanistas sobre la que Thompson discute a lo largo de estos textos supone situar en el centro de su estrategia a la vida humana. Se trata de universalizar aquellos bienes materiales y culturales que han supuesto un logro de la humanidad. Estemos de acuerdo o no con la deriva humanista del autor, lo cierto es que es posible apreciar cierta resonancia entre esta concepción de la finalidad del socialismo y algunos planteamientos generales de los nuevos movimientos políticos. Por ejemplo, la denuncia de la brecha entre democracia formal y democracia real remite a la reivindicación de una universalización efectiva de los derechos políticos. En un sentido similar, cabe hablar de la defensa o la extensión de los derechos sociales conculcados por la ofensiva neoliberal, la inclusión en la agenda de unas demandas sobre el medio y la ecología o las formas de acción predominantemente no violentas. Independientemente del contenido específico que adquieren estos movimientos, parecen compartir con el humanismo thompsoniano una preocupación por la efectiva universalización de los bienes y las conquistas que aseguren las condiciones necesarias para el desarrollo de proyectos de vida dignos.

Para finalizar, cabe recordar esa bella caracterización que Thompson hizo del socialismo, al que en algún momento definió como una manera de producir naturaleza humana. No se trata, sin embargo, de una humanidad cualquiera, sino de aquélla que nace

a partir de una moral cooperativa, opuesta a la ética adquisitiva del capitalismo. Valga hoy, tanto o más que ayer, este alegato por la cooperación humana como forma de combatir las pulsiones egoístas inherentes a este último estadio del capitalismo. Pero también cabe recordar que no es necesario esperar a instaurar un nuevo estadio social y político para construir este tipo de humanidad. Nuestro autor invitaba a los propios socialistas a que estuvieran atentos a todos aquellos espacios y encuentros donde en ese mismo momento se estaba generando ya energía socialista. Tras este llamado late la convicción del potencial rebelde de cada ser humano concreto. El socialismo de Thompson es indisociable del humanismo y se entrelaza con el mito de Prometeo: la utopía de una humanidad que no se resigna a la fatalidad de las circunstancias o de lo intolerable y que lucha de manera colectiva por hacerse dueña de su destino.

EL SOCIALISMO Y LOS INTELECTUALES (1957)

PRESENTACIÓN

En este texto, publicado en 1957 en el número 1 de la revista *Universities and Left Review*, Thompson analiza de forma crítica el papel de los intelectuales de izquierda tras los acontecimientos de 1956. El autor evalúa algunas de las respuestas que los intelectuales británicos y europeos han dado a esta crisis e intenta hacer explícita una propuesta que, sin hacer tabla rasa de la herencia comunista, se adecue a la necesidad de combinar el principio liberal de la autonomía intelectual con el principio socialista del compromiso con los movimientos populares y las transformaciones sociales. Thompson considera que ese compromiso se ha roto debido a dos factores: la retirada de muchos intelectuales de izquierda y las burocracias del movimiento obrero. Ambos convergen en la negación del humanismo. El primero, considerando la intervención de los seres humanos en la política y en el curso de la historia como resultado de emociones irracionales, eliminando la posibilidad de entenderla como una decisión moral y consciente. El segundo, intentando ajustar la acción popular a los dogmas previamente establecidos o a la ingeniería social ideada desde las burocracias de los partidos. Thompson reivindica una revitalización del compromiso del intelectual que apunta hacia una labor de análisis y crítica encaminada a mostrar a los movimientos populares las potencialidades revolucionarias y cómo están siendo obstaculizadas por el capitalismo, con el fin de contribuir a que hagan elecciones en la búsqueda de la *buena vida*. El autor explica por qué esta misión es imposible dentro de las estructuras del Partido Laborista y el Partido Comunista. Finalmente, adelanta algunos elementos característicos del humanismo socialista.

Uno de los motivos inmediatos que explican el texto es la polémica que tuvo lugar a partir de la publicación por parte de

Kingsley Amis (ver nota 31) del libro *Socialism and Intellectuals*, editado por la Fabian Society (ver nota 32) en 1957. El libro reeditó el intenso debate que ya había tenido lugar en los años 30 sobre la relación entre el intelectual de izquierdas y las organizaciones políticas. Amis era crítico con las antiguas formas de militancia del intelectual comprometido, realizaba una defensa de la autonomía intelectual y demostraba cierta incredulidad a que sus ideas y valores específicos tuvieran influencia política.

Alejandro Estrella

Este artículo se publicó originalmente en inglés con el título "Socialism and the intellectuals", en *Universities and Left Review*, nº 1, 1957.

El periodo posterior a la renuncia al Partido Comunista no es el mejor momento para escribir artículos.[1] El silencio sería más

1. Thompson trata en este pasaje la experiencia clave de 1956 y la renuncia –la suya y la de otros intelectuales y militantes de base– a seguir integrando las filas del PCGB. Esta ruptura está relacionada con la crisis en el mundo comunista provocada por la nueva posición que pasa a ocupar la URSS como fuerza de orden en el *status quo* de la Guerra Fría, así como por la falta de democracia interna en los partidos comunistas. La crisis estalla abiertamente a partir del informe Kruschev y la invasión de Hungría por parte de las tropas soviéticas (sobre la crisis de 1956 y la ruptura con el PCGB por parte de Thompson y otros intelectuales del partido, véase la introducción; sobre Kruschev, la nota 24 de "El humanismo socialista"). Difícilmente puede entenderse la trayectoria intelectual y política de Thompson sin este acontecimiento clave. Resulta fundamental entender esta ruptura no sólo en términos políticos sino existenciales y en lo que a expectativas de vida se refiere. El Partido Comunista, durante el periodo de militancia thompsoniana de los años 40 y 50, responde a lo que Pierre Bourdieu le denomina como instituciones totalistas; es decir, aquéllas a las que sus integrantes les deben el ser quienes son, por medio de un proceso de socialización que marca en extremo la frontera que separa el interior y el exterior de la institución. Al igual que, por ejemplo, la Iglesia Católica, el PCGB forjaba, a través de los ritos que tenían lugar en torno a sus siglas, la identidad de sus jóvenes militantes, quienes establecían en su marco lazos emocionales fundamentales y daban dirección y sentido a su vida. A cambio, éstos ponían esa vida al servicio del partido, subordinando las pulsiones individuales a la disciplina de la organización. Eric Hobsbawm hace eco del control que ejercía el Partido en todos los aspectos de la vida privada de sus integrantes en su autobiografía *Años interesantes*. *Una vida en el siglo xx*, donde al hablar de esta relación entre la institución y sus miembros, recuerda que incluso las relaciones de pareja se buscaban dentro de ella, y "si el Partido te ordenaba dejar una relación, simplemente la dejabas". Sin ir más lejos, el propio Thompson encuentra a la que sería su esposa y compañera intelectual a lo largo de toda su vida en la sociabilidad universitaria vinculada a las redes del Partido. Se entiende que la ruptura con una institución de estas características, que requiere la absoluta entrega del militante, adquiera los tintes de una excomunión, de un ostracismo o expulsión de la comunidad y de una pérdida irreparable de vínculos afectivos y simbólicos. Si bien Thompson provoca en parte esta ruptura, no deja de ser una cuestión a la que vuelve de manera obsesiva una y otra vez a lo largo de su obra; al menos hasta *The Poverty of Theory* (1978), donde aseguró que no volvería a tratar este punto. Nuestro autor parece confirmar esta interpretación de las instituciones totalistas cuando más adelante afirma: "Ellos [los intelectuales] ya no pueden perder el tiempo y la energía en las redes de una burocracia que demanda todo de ellos".

cómodo. Durante casi un año he estado atrapado en el fuego cruzado de un mundo dividido. En los últimos y poco agradables, meses de mi adherencia al partido, las posiciones que yo defendía (y que otros todavía defienden dentro del Partido Comunista) eran tachadas de liberales, idealistas, abstractas y más. El fuego que cualquier intelectual comunista sortea del bando contrario es bien conocido. Y es justo por este predicamento, cuya importancia es más que personal, que escribo este artículo.

Primero, debo liberarme de algunos de los clichés asociados a la renuncia del Partido. Alejarse de la extrema izquierda ha sido un tema central en nuestra cultura desde que la Revolución Francesa dejó a los Solitarios meditando sobre un credo:

> Eso, a la luz de la falsa filosofía,
> Se propagó como un halo alrededor de una luna nublada,
> Ampliando sus círculos como el avance de una tormenta.[2]

Desde la década de 1930, el tema central se ha repetido con monótona insistencia. La negación del comunismo o del marxismo, o de la creencia en el progreso, ya es un asunto trivial y rutinario.

2. Los versos son un fragmento del poema *The Excursión*, de William Wordsworth, en concreto del libro II. El poema fue publicado en 1814 y está organizado en nueve libros. Entre los personajes que lo pueblan se encuentra El Solitario, quien vive retirado en el campo, sin conexión con el mundo debido al dolor de la pérdida de su mujer y sus hijos, y su decepción ante el curso de los acontecimientos revolucionarios franceses. Wordsworth, una de las cumbres del romanticismo inglés, visitó Francia en 1791 y apoyó el movimiento revolucionario. Ahí se enamoró de Annette Vallone, con quien tuvo una hija. El gobierno jacobino y el terror atemperaron sus simpatías revolucionarias, y la guerra entre Inglaterra y Francia lo separó durante varios años de su esposa y su hija. En este sentido, El Solitario constituye el alter ego de Wordsworth. Thompson utiliza el fragmento como una metáfora de quienes se alejan en determinado momento de la causa que habían apoyado hasta la fecha, experimentando esta vivencia en términos de asilamiento.

Aquél que ha renunciado ahora tiene un desgastado papel sin diálogo en el elenco del teatro contemporáneo. Se esperaría que tuviera preparadas ciertas expresiones ya estilizadas: pérdida de la fe, angustiadas autocríticas, desilusión de la acción política. Las rutinas son bien conocidas, aunque las posturas finales son variadas: como un habitante del limbo político atrapado en un conflicto entre la culpa y el disgusto; como el estridente anticomunista que toma venganza de su propia juventud, haciendo el bien como un culto policía antinarcóticos, un miembro del Parlamento Laborista o un converso a la Santa Iglesia. Para los espectadores (si se me permite cambiar la imagen), la renuncia pública al Partido hace las funciones de un sacrificio ritual en tributo a los dioses liberales. Y el *Manchester Guardian*[3] inscribe la sangre en sus lápidas sacerdotales.

Los dioses liberales como la justicia, la tolerancia y, sobre todo, la libertad intelectual, como los dioses humanistas de la libertad social, la equidad, la fraternidad, difícilmente permanecen del lado comunista. Es por eso que, aunque haya renunciado al Partido Comunista, sigo siendo un comunista.[4]

3. Periódico inglés fundado en 1821 por miembros de grupos religiosos inconformistas situados en el espectro de un liberalismo radical, tanto en el ámbito económico, como en el religioso y el político. Desde esa fecha, su postura ante diferentes eventos relevantes de la historia británica ha basculado hacia la izquierda, dirigiéndose a un espectro de lectores próximos al laborismo. No obstante, en las elecciones británicas de 2010, el periódico apoyó al partido liberal que finalmente pactaría con los conservadores de David Cameron. En 1959 eliminó de su nombre la referencia a Manchester, pasando a ser conocido como *The Guardian*. Thompson, con tono irónico y mediante una metáfora de tintes bíblicos, hace referencia a este proceso de derechización, en tanto que el periódico se presenta como tribuna y altavoz de quienes hacen renuncia pública del comunismo.

4. Thompson realiza hasta aquí una descripción de las posibles salidas personales frente a la ruptura con el comunismo. Fundamentalmente, critica el ritual que se impone al disidente, quien lo incorpora desembocando en la desilusión política o en un ferviente anticomunismo. Resulta importante insistir en el lenguaje cargado de contenido religioso que utiliza el autor a lo largo del pasaje lo que nos pone en la senda, no sólo de su formación inconformista y metodista, sino de

LA LÓGICA DEL ANTICOMUNISMO

El anticomunismo dogmático que comienza por rechazar ciertas ideas o reacciona en contra de determinados eventos, y que termina rechazando o condenando a cientos de millones de personas, está destinado a terminar en la desesperanza. Los análisis deben iniciar con realidades históricas; primero con las multitudes de seres humanos cuyas aspiraciones se expresan en términos del pensamiento comunista y la organización política. Aquéllos que muestran repulsión a las formas intolerantes y autoritarias del comunismo ortodoxo, con el fin de controlar su propia opinión, terminan frecuentemente por bloquear para sí mismos la profunda y viva simpatía por esas epopeyas de las hazañas humanas logradas por los comunistas de nuestros tiempos: La Gran Marcha del Ejército de la 8ª Ruta,[5] la Guerra de la

los paralelismos estructurales entre instituciones totalistas. Aunque Thompson es guiado por una intención metafórica, esta homología estructural es la que posibilita la trasposición del lenguaje religioso al político. El tema y el lenguaje serían tratados posteriormente por Thompson con profusión en *Outside the Whale* (1960), donde advierte cómo la crítica al marxismo de los intelectuales desencantados converge con la ideología dominante en Occidente (la otanopolitana, la denomina), produciéndose un ritual de renovación del fracaso socialista que nuestro autor compara con el ritual cristiano y la necesidad de renovar cada año la crucifixión: "Las demoliciones rituales del marxismo cumplen una función teológica necesaria; constituirían aún una necesidad para Otanópolis en el papel de Idea Satánica, incluso si la Unión Soviética se desvaneciera del planeta. Los intelectuales supervivientes dedicados a la apología del estalinismo son tan necesarios para el funcionamiento de la vida cultural del Mundo Libre como lo eran el ateo, la bruja o el sarraceno del cristianismo medieval" (Thompson, 1984: 138). Sería interesante preguntarse por la vigencia de este ritual tras la caída del muro de Berlín y la desorientación de la izquierda socialdemócrata. Como puede observarse al final del fragmento, Thompson cuestiona el sentido común del ritual que desvincula cualquier suerte de valores positivos del comunismo. Por esta razón, en protesta contra esta ideología, afirma, sigue siendo comunista aunque haya renunciado a la militancia en el partido.

5. Fue una formación del Ejército Nacional Revolucionario de China bajo control del Partido Comunista Chino. Desempeñó un papel fundamental en la guerra chino-japonesa de 1937 a 1945. Desde sus filas también se llevaron a cabo labores de propaganda e ideologización sobre el resto del ejército chino y la población

Resistencia Yugoslava, las repetidas hazañas de la resistencia social consciente y los trabajadores constructivos, la embestida real contra el analfabetismo y la superstición, los primeros pasos en la regeneración de los pueblos oprimidos y negados durante siglos.

Los conflictos que maduraron dentro del Comunismo mundial en 1956 son los responsables de haber deshecho esa vieja imagen simplificada. Ya no hay nada bueno, nada en absoluto, para catalogar los fenómenos contradictorios de las sociedades comunistas como *cosas buenas* y *cosas malas*. Sin embargo, me parece que los intelectuales en este país han comprendido muy lentamente el profundo significado de estos eventos. La generación de Posguerra está paralizada ante la carnicería y la confusión de las dos décadas pasadas, ésta sólo ve "los sacrificados de los grandes torrentes de la historia, de las transformaciones destructivas", e ignora el carácter de la transición misma. Muchos están atrapados en ese movimiento de pensamiento y susceptibilidad, el cual –comenzando con la negación abstracta del comunismo– los lleva a retractarse del humanismo.[6]

Este alejamiento del humanismo es quizás la característica más dramática de nuestra vida intelectual actual. De entrada, está

campesina. Constituyó un pilar del ejército comunista chino durante la Revolución.

6. Thompson hace aquí una crítica de los análisis que condenan al comunismo en abstracto y olvidan que las ideologías y los movimientos políticos están encarnados en realidades históricas e individuos concretos. Él advierte la necesidad de retomar este tipo de análisis concreto para no desembocar en una imagen sesgada del movimiento comunista, de los acontecimientos de 1956 y de la valoración moral de los individuos que intervinieron, entiende, de manera consciente en estos procesos históricos. Por esta última razón, el autor considera que la abstracción conlleva una negación del humanismo, de la capacidad del ser humano de intervenir de manera consciente en su entorno con el fin de dotarlo de dirección y sentido y –como señalará más adelante– sustituye el análisis concreto de estas intervenciones por una reflexión especulativa sobre el problema del Hombre en abstracto. Esta postura constituye una constante en los análisis históricos y políticos de Thompson a lo largo de su trayectoria. Véase al respecto la nota 17 sobre el problema del contexto.

debilitando nuestro movimiento obrero en sus energías vitales, intelectuales y culturales. Esto puede encaminarnos a consecuencias más serias, que a su vez pueden provocar una fuerte corriente antiintelectual entre nuestra clase trabajadora.[7] El anticomunismo ha exacerbado por mucho tiempo las relaciones internacionales, pero todavía no nos hemos dado cuenta del daño que ha hecho a nuestra propia vida política y cultural. Y, por otro lado, la negación de los valores liberales por los estalinistas ha llevado al movimiento comunista mundial a la crisis.

LA NEGACIÓN DEL HUMANISMO

El alejamiento del humanismo tiene muchas formas: en algunas es una mezcla renuente pero también de arrepentimiento; en otras, un juego de ida y vuelta; en algunas más, una huída desvergonzada y engreída ("otras personas son el problema"). El ritmo de ambas

7. El antiintelectualismo constituye para Thompson uno de los pilares del antihumanismo. Puede adquirir dos dimensiones. En la dimensión intelectual supone una evaluación de la naturaleza humana a partir de sus contenidos irracionales, eliminando como meras distorsiones ideológicas las motivaciones que los individuos dan y se dan a sí mismos para intervenir en las circunstancias históricas en las que se ven envueltos. Esto no quiere decir que Thompson abogue por la reificación de un sujeto racional. Lo que defenderá será que, si bien los seres humanos se encuentran situados en contextos que no han elegido y que los determinan, poseen la capacidad de aprender de su experiencia de vida y, por medio de este aprendizaje práctico –que supone una ampliación de la conciencia–, intervenir en el curso de los acontecimientos dando razones y argumentos (el lector puede consultar al respecto la nota 17 sobre el problema del contexto, la nota 28 sobre el concepto de experiencia en "El humanismo socialista" y las notas 20 y 37 sobre el concepto de determinación en "El humanismo socialista" y "La Nueva Izquierda", respectivamente). En segundo lugar, el término antiintelectualismo adquiere una dimensión política cuando Thompson lo utiliza para dar cuenta del elitismo de las burocracias del Partido Comunista y del Partido Laborista que desemboca en la negación de las competencias y las capacidades políticas de la clase obrera o de las clases populares que dicen representar. Esto justifica una política de sustitución que frena toda participación popular en las organizaciones políticas. Como veremos, el autor considera el humanismo como un remedio frente a esta posición.

situaciones, a mi parecer, se ha acelerado significativamente después de los eventos en Hungría.

El fundamento de este tema es mencionado en un pasaje de una carta enviada al *New Statesman*[8] en junio pasado, que elijo no por su sutileza, sino por la revelación misma:

> El ejemplo de Suecia, con sus problemas de alcoholismo excesivo y su alta tasa de suicidio, ha demostrado que la introducción de las formas más avanzadas de bienestar no necesariamente hacen al hombre más feliz o mejor portado. Esto no debe usarse, por supuesto, como un argumento para abolir todas las formas de bienestar, pero parecería indicar que el bienestar y la igualdad por sí mismos no son suficientes.
>
> Las experiencias de la última década han demostrado que muchos de entre la clase rica, los artesanos y la clase trabajadora dan todo por obtener lo que se pueda, ya sea en la forma de dividendos, de más salarios o de subsidios… Las víctimas han sido, por supuesto, los guardianes tradicionales de la moralidad y el desinterés, los grupos con un ingreso fijo que siguen viviendo sus vidas de manera apretada y presos de la pobreza, en comparación con sus compañeros que se enriquecen con las ganancias del capital, con grandes dividendos, salarios inflados y ganancias por horas extra.

QUÉ TIPO DE VIDA

Algunas líneas de la melodía se encontrarán en una carta de un amigo que recibí recientemente:

> ¿Qué tipo de vida se producirá cuando la fuerza socialista científica haya 'resuelto el problema de los medios de producción'? No creo que los líderes socialistas y comunistas tengan una mejor respuesta que los de la Central de Sindicatos, si se les preguntara: '¿qué es la buena

8. Revista británica de temática política, fundada en 1913 y vinculada a la Sociedad Fabiana (ver nota 15).

vida?', 'cuando ya tienes tus industrias automatizadas, energía atómica, una buena tubería, coche para todos y tus siete horas de descanso al día, *¿qué es lo que haces con tu tiempo*?' (en Suecia, donde tienen todas las comodidades, la tasa de mortalidad por suicidio es más alta que la tasa de mortalidad por accidentes).[9]

Es difícil saber cómo escalar esta cuesta lodosa cuyo pasto ha sido borrado por el tráfico de cientos de años. Cuando Blake[10] se topó

9. *Trade Union Congress* (TUC). Es la federación de sindicatos de Inglaterra y Gales y conforma la central sindical más importante del Reino Unido. Su origen se remonta a la década de los 60 del siglo XIX. El tono irónico de Thompson apunta hacia una crítica a los líderes de los grandes sindicatos británicos, a los que considera parte del establishment de Posguerra, en este caso como parte de la burocracia del laborismo y, por tanto, objeto de una crítica que recuerda las necesidades cualitativas y no meramente cuantitativas de la clase obrera.

10. Poeta y pintor inglés nacido en 1757 cuya obra se sitúa en la transición entre el clasicismo y el romanticismo. Su obra literaria y pictórica está plagada de metáforas y de visiones de tintes proféticos y referencias bíblicas. Otra temática constante en la obra de Blake es la denuncia de la opresión y la crítica política. El escritor apoyó, desde un radicalismo republicano universalista, causas como las de las Trece Colonias, la Revolución Francesa y el antiesclavismo. Pero quizás uno de los aspectos más destacados de su toma de posición política es la adopción de un enfoque clasista, en tanto que identificaba en las diferencias económicas y de propiedad uno de los conflictos fundamentales de la sociedad de su época. Para comprender este hecho, debemos remitirnos a la herencia religiosa de Blake. Él pertenecía a una familia de artesanos fervientemente religiosa, situada en la tradición de las sectas puritanas que durante el siglo XVI y la Revolución inglesa habían liderado la oposición frente a la Iglesia anglicana y el absolutismo monárquico. Conocidos como disidentes o inconformistas, los puritanos provenían generalmente de las clases medias de artesanos y pequeños comerciantes. No obstante, es cierto que, desde el periodo revolucionario, estas sectas diferían en cuanto al grado de radicalidad política. Los padres de Blake entroncaban con las tradiciones socialmente más progresistas del inconformismo, y se especula que la madre de Blake perteneció a la Iglesia de Moravia. Ésta provenía del movimiento husita iniciado en el siglo XV por Juan Hus en Centroeuropa, considerado como precursor del luteranismo (en el caso de los taboristas –quienes realizaron un lectura más radical de las enseñanzas de Hus–, el husismo adquiría un contenido fuertemente igualitarista y milenarista). Hay autores que han advertido en la obra de Blake influencias de la Iglesia morava. Por otro lado, según

con la frase (en la *Apología* del Obispo Watson): "La Sabiduría y la Bondad de Dios, al haber hecho a los Ricos y a los Pobres", a un costado, hizo la siguiente anotación: "Dios hizo al Hombre feliz y rico, pero el ingenioso hizo a los inocentes, pobres. Éste debe ser un libro muy perverso y blasfemo".[11]

Es complicado discutir sobre los valores, pues éstos son una de dos: afirmados o negados. Uno podría cuestionar la validez de las conclusiones basadas en la experiencia de una década, aunque justo

señala el propio Thompson, es posible establecer un contacto entre Blake y los muggletonianos. Esta secta disidente surgida en el siglo XVI en Inglaterra habría influido en la cosmovisión del poeta *a)* dotándola de una concepción de la religión, no en términos de disciplina y castigo frente al pecado, sino de amor y generosidad, *b)* impregnándola de igualitarismo, materialismo o sensualismo filosófico, y *c)* dándole un contenido milenarista que dotaba de centralidad al Libro de las Revelaciones dentro de las Escrituras, por poner sólo algunos ejemplos. Por otro lado, el radicalismo de Blake y su denuncia de las desigualdades sociales deben vincularse con su origen de clase y con el contexto económico. Hijo de artesanos, Blake era sensible a las transformaciones que estaban sufriendo el artesanado, los hombres de oficio y la población trabajadora de Inglaterra como consecuencia de los efectos de la Revolución Industrial. Cabe recordar en este punto que Blake siempre se consideró un artesano, antes que un artista. Este conjunto de elementos lo convierten desde muy pronto en un referente para Thompson y lo acompañan a lo largo de su trayectoria. De hecho, su última obra, publicada de forma póstuma, trata sobre la figura del poeta romántico.

11. Richard Watson fue un obispo anglicano nacido en 1737. Formó parte del debate que ocupó a la sociedad y a los intelectuales británicos en torno a los sucesos revolucionarios de Francia. Se situó en la línea de E. Burke denunciando los efectos de la Revolución y adoptando una postura tradicionalista en defensa de la religión, las costumbres y la Constitución del Reino Unido. Una de sus obras más famosas fue *An Apology for the Bible*, en la que advertía de los peligros de la extensión de la irreligiosidad a consecuencia de los panfletos de los ideólogos ingleses que defendían los principios revolucionarios. En concreto, hacía blanco de sus críticas a Thomas Paine y su celebrada *Age of Reason*, donde el autor cuestionaba que los principios religiosos pudieran desempeñar papel alguno en la organización política. Paine oponía el uso de la razón –entendida como facultad natural e innata en el hombre que lo proveía de derechos inalienables– a las diferentes formas de revelación e interpretación literal de la Biblia. El éxito del libro entre las clases medias y los trabajadores manuales cultos provocó la

ahora esto se esté haciendo por todas partes, desde las predicciones sobre la estabilidad del capitalismo, hasta las conclusiones sobre la pecaminosidad del hombre.

O uno puede indagar de manera más cercana en la mentalidad del *guardián tradicional de la moralidad y el desinterés*, quien no puede ocultar su envidia frente a la mejoría del estatus material de la clase trabajadora, y que encuentra difícil abstenerse de abogar por la abolición de todas las formas de asistencia social. Y ¿cuál es el significado de la palabra *guardián*? Éste sugiere que el sujeto está *cuidando* la moralidad y el desinterés, más que practicando estas virtudes en cualquier sentido práctico. Y si es así, ¿de quién los está cuidando?, ¿de la clase trabajadora?, ¿o del materialismo? Y si es del materialismo, ¿por qué el guardián debería esperar una considerable recompensa material por sus servicios? Quizás, después de todo, ¿sólo es el guardián de la renta fija y el salario diferencial de las preguerras?

LA TASA DE SUICIDIO EN SUECIA

Entonces, vayamos al punto crucial del problema, que parece ser la tasa de suicidio en Suecia. No sé por cuánto tiempo este dato colosal ha estado en circulación, pero recientemente me lo he topado en los lugares más inesperados.

¿Acaso necesitamos examinar las credenciales de un dato sospechoso y poco estudiado como éste?, ¿quién comete suicidio en Suecia?, ¿por qué?, ¿es la tasa de suicidio un índice real de algo?, ¿qué tensiones particulares existen al interior de la vida social y cultural sueca?, ¿cómo sabemos que la tasa de suicidio tiene que ver más con el bienestar material que con el hecho obvio de que los servicios de asistencia social disminuyen la presión económica sobre los pobres infelices para que puedan continuar con la

respuesta de Watson, quien oponía razón y revelación, y la confianza en las capacidades del hombre a la minoría de edad que lo supedita a la verdad revelada.

rutina de ganarse el pan?, ¿acaso no pudiera estar relacionado con algo del cansancio espiritual al interior de la cultura sueca, de la vergüenza, del parasitario bienestar comprado mientras ardía la mitad de Europa, una cultura que no tiene una tierra heroica en donde echar raíz?

Yo no tengo la respuesta, y tampoco aquéllos que arrojaron este *dato* en la balanza antihumanista. Y hasta que esta información no pase por algún escrutinio, no es un dato real, es un rumor. Y el rumor suena a algo así: el Estado de Bienestar en Suecia, la pudiente clase trabajadora, la democracia social = ginebra y suicidio. Asistencia social = suicidio. Clase trabajadora pudiente = suicidio. La bomba de hidrógeno.[12]

LA CONDICIÓN HUMANA

La cuestión de seres humanos específicos quitándose la vida en circunstancias particulares en Suecia no tiene nada que ver con

12. Thompson hace aquí referencia al papel determinante que a su juicio desempeña la amenaza nuclear en el contexto de la Guerra Fría. Lejos de constituir una variable del periodo entre otras, conforma un problema de supervivencia que afecta por primera vez a toda la especie humana al abrir la posibilidad de una completa extinción. La amenaza nuclear no sólo tiene para Thompson una dimensión internacional y geopolítica. Se trata también de una dinámica que afecta al desarrollo de los dos modelos vencedores de la Segunda Guerra Mundial, funcionando como técnica de gobierno sobre las poblaciones y obstaculizando la regeneración democrática de las élites a ambos lados del Telón de Acero. Sin embargo, al menos en Gran Bretaña, los acuerdos de defensa mutua con el gobierno norteamericano y las primeras pruebas con armamento nuclear en 1952 contribuyen a activar una protesta que quedará aglutinada en el movimiento pacifista de la Campaña por el Desarme Nuclear (al respecto puede consultarse la nota 11 sobre la base militar de Aldermaston en "La Nueva Izquierda"). La irrupción de la bomba de hidrógeno representa también para el autor un hecho inasimilable por la ideología de la Guerra Fría, lo que habría removido la conciencia intelectual durante estos años. Sobre este papel de la bomba de hidrógeno como elemento de erosión ideológico, puede consultarse el texto de 1960 *Outside the Whale* (Thompson, 1984). Sobre el activismo pacifista de Thompson, véanse (Shaw, 1990), y (Solomon, 1983). En español puede encontrarse

el título del apartado. Es un rumor elaborado por la gente que está adoptando ciertas actitudes inapropiadas que contraponen la *vida* a la *política*, como si ésta fuera distinta de aquélla; gente que contrapone la *buena vida*, que es algo interior y pasivo, a la vida superficial de las relaciones sociales; gente que de manera genuina, pero al mismo tiempo confusa, rechaza la corrupción del espíritu humano por el comercio de las mercancías producidas en masa, pero que no ve una fuerza social lo suficientemente sólida para cortar de raíz esta corrupción. La preocupación sobre la tasa de suicidio en Suecia está generalmente asociada con una disposición al discurso sobre la condición humana, pero no considera las condiciones de este conjunto en particular de seres humanos. Al hablar sobre el Problema del Hombre, los problemas de los pequeños individuos en la historia, terminan siendo irrelevantes. Así como la pendiente se vuelve más escarpada, vamos encontrando un completo rechazo de muchos de los tejemanejes humanos desde el Renacimiento. Al fondo, encontramos a Colin Wilson sentado a un lado del obispo Watson, sumidos en un embrollo metafísico:

> Entonces, así como la percepción de un profano que se hace más profunda, que ya no ve a los hombres como un millón de millones de individuos, sino que en su lugar ve la voluntad universal que los maneja como hormigas en un hormiguero, y que él sabe que éstos nunca escaparán a su estupidez ni a sus desilusiones, que no hay lógica y conocimiento suficiente que haga a estos hombres algo más que unos insectos, pero donde el parásito humano más irritante es el humanista con su fe ciega en la Razón y su ignorancia respecto a su propia estupidez.[13]

un excelente análisis sobre la militancia pacifista de Thompson y su contribución al pensamiento pacifista en los trabajos de Ruiz Jiménez (2008 y 2009).

13. Colin Wilson fue un escritor británico nacido en 1931, miembro del movimiento conocido como los *Angry Young Men* (autores como Kingsley Amis –ver nota

LAS INHIBICIONES DE KINGSLEY AMIS

No voy a discutir con Wilson: mía es la necedad de buscar el sentido de la vida del hombre en los términos de los fines y valores humanos descubiertos por éste en su propia historia, pero es muy suya la estupidez de entretenerse con el eco de su propio ego mientras atraviesa una biblioteca. Sin embargo, lo que sí me preocupa es encontrar a los socialistas "apoyándose cautelosamente en las pendientes más escabrosas", y uno de ésos es Amis. Me refiero al panfletario; el novelista es otro tema.[14]

Hay fragmentos del más reciente panfleto de Amis que invitan a abstenerse de actuar en contra de la reafirmación positiva de los valores humanistas. Cuando usa las palabras "esperanzas y aspiraciones", se le puede caracterizar con una tonada (parafraseando una): "brincan, saltan, se esconden las pantuflas raídas, cuando del fuego huyen". A pesar de esto, siento que es una combinación

14– y John Osborne –ver nota 22 en "La Nueva Izquierda"–, también pertenecen a este grupo). Ellos estuvieron activos como colectivo a mediados del siglo pasado y su obra se caracterizó por una temática de profunda crítica social y cultural de los valores dominantes de la sociedad británica, adoptando posturas irónicas, individualistas, existencialistas o religiosas. Este último era el caso de Colin Watson, cuya obra que lo catapultó a la fama –*The Outsider* (publicada en 1956)– abordaba la figura de intelectuales situados fuera de los circuitos oficiales y académicos, principalmente existencialistas franceses. Apostando por una revalorización de la religión, su obra se desarrolló posteriormente por la vía del misticismo, el ocultismo y la ciencia ficción.

14. Nacido en Londres en 1922, Kingsley Amis fue un prolífico escritor y crítico literario que tocó una gran variedad de géneros. Como se mencionó en la nota anterior, Amis perteneció a los *Angry Young Men*. Durante su estancia en Oxford como estudiante, ingresó en las filas del Partido Comunista. En los años 50, Amis había abandonado el PCGB y declaró su afinidad con el Partido Laborista. Posteriormente, sus posiciones políticas fueron derechizándose, como puede apreciarse en el ensayo de 1967 *Why Lucky Jim Turned Right* (1967) o en la novela *Russian Hide and Seek* (1980). Fue nombrado Sir por la reina Isabel. Su presencia en este texto está justificada por la publicación de su obra *Socialism and intellectuals* en 1957, lo que abrió un debate entre diferentes intelectuales de izquierda. Es éste el panfleto al que se refiere Thompson.

indecisa al mismo tiempo. A Amis le gustaría regresar y calentar sus manos o, al menos, el trasero de sus pantalones.

Creo que soy un testigo prejuiciado, todavía soy un hombre de Partido, lo suficiente para que me saque de quicio la imagen de Amis diciéndole a una escuela dominical fabiana que es "muy sencillo reírse" de los intelectuales que fueron a pelear a España.[15] Pareciera que fueron motivados por un romanticismo inmoral, "embrujados por un tipo de locura" (véase la sección, "Marxismo y lo que significa"). Esto lo sustenta con una línea de Auden y una glosa de Orwell.[16] La línea está fuera de contexto y la glosa

15. El fabianismo es una tendencia política que surge en el marco del socialismo británico del siglo XIX. La Fabian Society se había constituido en 1883 y contaría entre sus líderes con figuras como B. Shaw, gran amigo de Morris (véase, la nota 1 en "El socialismo y los intelectuales. Una réplica"), S. Webb o B. Webb, aunque las diferencias entre éstos y de Morris no se harían explícitas hasta 1886. Si bien los fabianos no surgen como grupo en torno a una teoría explícita, va haciéndose cada vez más evidente su apuesta por una transición progresiva hacia el socialismo. Como veremos en el siguiente apartado, los fabianos van deshaciéndose de elementos marxistas como la teoría del valor y la lucha de clases, señalando al *laissez faire* como el único causante de los males sociales (Thompson, 1996: 537-538). De aquí que el objetivo fuera promover una intervención a nivel sindical y estatal que permitiera introducir una legislación socializante que erosionara la vieja doctrina económica. De esta forma, se progresaría al socialismo sin necesidad de una ruptura revolucionaria. El socialismo fabiano apuntaba, por tanto, a la formación de una suerte de socialismo de Estado orientado a un reparto equitativo de la renta nacional. En este sentido puede considerarse el antecedente de la socialdemocracia y del partido laborista británico al que ha estado estrechamente unido hasta el día de hoy. Éste es el sentido en el que debe entenderse la referencia de Thompson, quien sitúa a los herederos de esta tradición dentro del establishment político de la Gran Bretaña de Posguerra, junto con conservadores y liberales.

16. La relación de Thompson con Orwell resulta, hasta cierto punto, contradictoria. No deja de reconocer en el escritor inglés un referente intelectual de la izquierda revolucionaria de los años 30, cuyo compromiso y honestidad política le llevan a denunciar, antes incluso que su propia generación, la barbarie del estalisnismo. Sin embargo, Thompson cuestiona la manera en que Orwell resuelve este conflicto, mediante la resignación o el retraimiento hacia la vida íntima. Se trata de la actitud de toda una generación de intelectuales que Thompson caracterizaría

viene de la melancolía de Orwell y no de un poema. De ninguna manera Auden fue marxista. Y como Amis lo apunta, él no peleó en España. Así como el "gusto por la violencia" de los marxistas, ¿no estamos olvidando que la violencia, la guerra y el terror fueron una condición de vida, no sólo para los marxistas, sino para todos aquellos que se opusieron al fascismo en gran parte de Europa hace veinte años? Mi recuerdo es por los que fueron a España y por los que los apoyaron en Gran Bretaña y que emplearon mucho de su tiempo en advertir de los peligros de una ola de violencia si la lección española era ignorada.

Además, si vamos a hablar más ampliamente del romanticismo y el irracionalismo en los años 30, vale la pena recordar que en España, sacudida por el asesinato de Lorca, la libertad intelectual fue uno de los primeros asuntos que los intelectuales consideraron en riesgo.

Quisiera que pudiéramos hablar de las cosas en el contexto correcto y usar los términos adecuados.[17] La Guerra Española fue

como constitutiva de la Gran Apatía (véase al respecto la nota 13 en "La Nueva Izquierda"), la ideología dominante de la Guerra Fría. Este periplo que realizaron muchos intelectuales de la generación de Orwell (como Elliot o Auden) es analizado por Thompson en *Outside the Whale* (1960), donde polemiza con el *Inside the Whale* (1940) de aquél. Hay traducción de ambos al español: *Dentro y fuera de la ballena*, Editorial Revolución, 1984.

17. En este fragmento, Thompson aboga por la necesidad de operar una radical contextualización de los análisis históricos. Esta apuesta constituirá una de las señas de identidad de la empresa thompsoniana, que llegaría a definir a la historia como ciencia del contexto. Este enfoque reclama la necesidad de situar el objeto histórico en el marco de la densa red de relaciones en las que se sitúa, con el fin de interpretarlo ajustado a sus propios términos y no a partir de los prejuicios del presente (por ejemplo, como expresión en el pasado de un proceso que culmina en la actualidad y que debe ser evaluado a partir del valor que a ésta se le imputa). Sus implicaciones no son sólo de orden epistemológico. Para Thompson, también poseen un carácter ético y político, como es el caso del pasaje que ahora nos ocupa. En su polémica con autores como Orwell, Auden o, en este caso, Amis –quienes condenan de manera general y en abstracto la militancia izquierdista y el comunismo de los años 30–, Thompson se esfuerza

una *guerra* y es un evento en la historia. Hubo una rebelión por parte de una junta militar. El país fue invadido por soldados moros, tropas italianas y alemanas y armamento de guerra. La mayoría de los españoles tomó las armas y pidió ayuda al mundo entero. Nuestro gobierno estaba a favor de la No Intervención, pero varios cientos de personas se propusieron para ir. Sin duda, había razones para ofrecerse, pero la mayoría de ellas creían, o pensaban que creían, que si Franco era detenido, eso disminuiría considerablemente el peligro de la guerra mundial. Unas pocas horas antes de que Ralph Fox fuera asesinado, no habló de su "gusto por la violencia" o de su viejo guía.[18] Él dijo: "Si alguno de ustedes regresa,

por recordar que el celo político-doctrinario y la perversidad convivieron con actitudes nobles y desinteresadas, en una coyuntura –y esto es lo importante– no de elección pura y descontextualizada, sino sometida a urgencias históricas y políticas. Por otro lado, recordemos cómo parte de la crítica de la intelectualidad del PCGB a la dirección apuntaba hacia la rusificación en el análisis de la realidad británica y la estrategia a seguir. En otras palabras, Thompson consideraba que la aplicación mecánica de las fórmulas marxistas y bolcheviques, más allá de la condiciones que imponía la realidad y la historia británica, conducían al purismo y a la exclusión política. Este diálogo entre teoría y realidad empírica, entre voluntad y condiciones contextuales constituye una constante en la obra de Thompson y supone un antídoto contra el utopismo romántico o el voluntarismo subjetivista del que se le acusa en numerosas ocasiones. Al comienzo del siguiente apartado, "España: el acto de elegir", Thompson hace explícita esta propuesta contextualista hablando sobre tres planos: el de la acción y las consecuencias de la acción humana, el de las motivaciones y el que conecta a ambos. El lector puede completar esta reflexión con la lectura de la nota 6, relativa a la crítica de las valoraciones abstractas, y la nota 37, sobre el problema de la determinación en la historia en "La Nueva Izquierda". Sobre la concepción de Thompson de la historia como ciencia del contexto, véase (McClellan, 1982).

18. Ralph Fox fue uno de los fundadores del PCGB. Fue estudiante en Oxford y visitó la URSS antes de fundar el Partido. En 1936 se alistó en las Brigadas Internacionales y murió ese mismo año en combate en Andalucía. Fox representa para Thompson a todo un conjunto de estudiantes e intelectuales de izquierdas que partieron para defender la República en España y que posteriormente se convirtieron en auténticos referentes y héroes de la joven militancia de las universidades de Oxford y Cambridge.

dígale a la gente de Inglaterra que la lucha en España no es sólo una lucha de España, sino también de Inglaterra". Creo que esto era verdad y que Fox no habló como un romántico, sino como un realista político.

Es natural que Amis, el novelista, debiera estar interesado en las cuestiones de motivación. También es verdad que España fue un símbolo literario y político de diversas connotaciones. Y de igual manera, creo que la teoría política debería interesarse en las motivaciones personales, y que la ceguera del marxismo ortodoxo al respecto lo ha llevado al borde de la bancarrota. En los últimos meses he estado hasta el hastío de la palabra *objetivo*, ahora explotada por la vieja guardia estalinista para defender el *status quo* contra cualquier cosa que sea nueva y tenga potencial.

ESPAÑA: EL ACTO DE ELEGIR[19]

Sin embargo, todavía me parece que hay una zona donde es apropiado considerar eventos, acciones y las consecuencias de éstas; otra zona donde es apropiado considerar motivaciones, y una más donde debemos considerar la interconexión de las dos anteriores. No sólo Amis, sino muchos otros de la izquierda, la derecha y el centro continuamente van y vienen entre estas regiones, sin dar explicación alguna al respecto y, probablemente, sin saberlo ellos mismos. Esto resulta no sólo en una confusión, sino que lleva a la negación o a la desconfianza de la validez de las motivaciones intelectuales, a la erradicación de la frontera entre la elección racional, de un lado, y el determinismo psicológico o económico, del otro. Con respecto a los hombres que fueron a España creyendo que ciertos eventos se estaban dando y que ciertas circunstancias se darían a instancias de sus acciones, me parece que

19. A lo largo de este apartado, Thompson reivindica la necesidad de que el intelectual atienda en su análisis a los motivos que los protagonistas esgrimen para justificar sus acciones, de manera que se establezca una frontera entre las

somos poco justos y que disminuimos su entereza humana si ignoramos el acto consciente de la elección. Un puñado de hombres en los años 30 se rebelaron en contra de la autoridad y tenían un gusto por la violencia o por la aventura; a pesar de eso, no fueron a España, pero se volvieron pilotos de carreras o acróbatas o agentes del servicio secreto. Dichas especulaciones nos pueden llevar, de alguna manera, a entender la predisposición temperamental para tomar ciertas elecciones, pero nada que ver con el acto mismo de elegir. Es bien sabido que la razón y la consciencia humana todavía son instrumentos imperfectos. Sobresalen entre la porquería apilada alrededor que amenaza en todo momento con sobrepasarlas y extinguir su luz con egoísmo y autoestima, indigestión, culpa, condición de clase, viejas supersticiones, suerte. No obstante, continuamos nuestro trabajo intelectual porque creemos que, en el

condiciones que determinan la conciencia y la autonomía de ésta, entre las disposiciones que orientan la acción y el acto mismo de elegir, entre el contexto causal y los motivos de la acción. Esta frontera es la que funda la capacidad racional del ser humano para elaborar su propia experiencia. Se trata de una operación fundamental que caracterizará al proyecto thompsoniano. Constituye uno de los pilares sobre los que, como veremos, Thompson se apoya para cuestionar la validez de la metáfora base-superestructura: los contenidos de la conciencia como reflejo mecánico y respuesta a los estímulos de la economía. En la misma línea cabe referirse al enfoque desde el que elabora su propuesta del proceso de formación de clase en *The Making of the English Working Class*. Al respecto, pueden consultarse tres textos de Thompson: el Prólogo de dicha obra, *La política de la Teoría* (Thompson, 1984) y *Algunas observaciones sobre clase y falsa conciencia* (Thompson, 1991). Una síntesis puede consultarse en (Estrella, 2011: 263-310). Cabe añadir que esta perspectiva no sólo posee implicaciones teóricas y políticas, sino también epistemológicas, ya que supone el análisis de dos niveles o puntos de vista: el de las condiciones que posibilitan y limitan la acción más allá de la voluntad del protagonista y el de la experiencia, la forma en la que éste elabora su vivencia y justifica de manera racional –es decir, en sus propios términos y en relación con el contexto en el que se sitúa– la elección y los motivos de sus actos. Pueden consultarse las notas 23 y 28 en "El humanismo socialista", relativas a la relación base-superestructura y el concepto de experiencia para explicar la acción humana.

último análisis, las ideas importan; es algo que interesa al hombre, que no sea sólo la víctima de los reflejos involuntarios o de un flujo histórico predeterminado, que luche por entenderse a sí mismo, a su tiempo y a hacer elecciones razonables y correctas.

Amis nos lleva a la deriva en un miasma de motivación involuntaria. "Amar lo que está establecido y lo habitual te lleva a lo correcto, odiarlo te lleva a la izquierda". Me parece justo. Pero la Razón no dejará entrar a la pasión moral, es una cuestión de respuestas involuntarias a los estímulos externos; el amor y el odio son cuestiones "sólo de temperamento". "Y detrás de eso, residen quizás las relaciones con tus padres". Los intelectuales fueron a España porque discutieron con sus papis, ahora sus propios hijos están discutiendo con ellos. De esta manera, nuestra definición de romanticismo político es: "una capacidad irracional para exacerbarse por los intereses y las causas que no son propias, que son ajenas a uno". Oh, diablos. Es momento de abrir algunas ventanas. La bruma en nuestro interior se está volviendo lo suficientemente densa para ser cortada.

LOS INTELECTUALES SIN COMPROMISO

No sé por qué estoy discutiendo con el señor Amis; no es ni mi pariente ni un viejo asistente mío. Hay otros lugares en su panfleto donde, con un tipo de honestidad apologética, defiende las viejas posiciones humanistas. Pero en los pasajes que he citado, me parece que casi refleja el dilema de muchos de los intelectuales británicos. Por un lado, están unidos en torno a un artículo de fe: la defensa de la libertad intelectual. Por el otro, hay una falta total de convicción así como ideas con el poder de influir tanto en eventos políticos como en el desarrollo social. A lo largo de medio planeta, el intelectual es visto como un elemento explosivo, sedicioso, inestable. En Gran Bretaña, los intelectuales se sienten impotentes. A nadie le preocupa que sus pensamientos sean peligrosos o no.

Hoy día, me parece que el circuito por el cual las ideas son transformadas en energías sociales efectivas se ha roto; por un lado, con la retirada de los intelectuales, y por el otro, debido a la estructura burocrática del movimiento obrero. Justificar la visión de que la clase trabajadora es la que sostiene la llave maestra que puede abrir las puertas del cambio humano (yo diría del *progreso*, si la palabra no hubiera perdido credibilidad) ameritaría discutir sobre el caso del socialismo desde sus principios más tempranos. Pero si esta visión se da por sentada, entonces, tenemos una pista para entender por qué los intelectuales británicos de hoy se sienten impotentes, atesorando la libertad intelectual pero sin valor social.

En los años treinta (a pesar de las locuras y las ilusiones) este circuito estaba abierto. Los puntos de contacto existían en los Clubes de lectura de la izquierda,[20] el Partido Comunista, la Unión de Teatros,[21] la Brigada Internacional y los periódicos como

20. Es una experiencia que se remonta a los años 30 y las políticas frente-populistas que permitieron una convergencia entre laboristas y comunistas. En plena ola de activismo, surgen diversas iniciativas culturales como las revistas *Modern Quarterly* –en el campo de las ciencias naturales– o *Left Review* –en el de la literatura–, editoriales como la prestigiosa *The Left Book News*, comandada por V. Gollancz –editor de *The Making of the English Working Class*–, y la experiencia a la que se refiere Thompson de los *Left Book Club*, que llegó a contar para estas fechas con más de 58 mil miembros.

21. Es una experiencia teatral que comienza en Londres en 1936 y a la que se unen grupos y compañías de otras ciudades del Reino Unido. La experiencia tiene su origen en el teatro callejero dirigido a la clase obrera y estaba dotado de un intenso contenido político y de crítica social. La mayor parte de sus integrantes eran miembros del PC, si bien la organización tenía una vida independiente de éste. En julio de 1937 se representó en Trafalgar Square *On Guard for Spain* de Jack Lindsay, en apoyo a las Brigadas Internacionales. Las obras de teatro que conmemoraban a los brigadistas y a los combatientes republicanos en España continuaron incluso después de la guerra; por ejemplo, la representación en 1946 de la obra de George Leeson *This Trampled Earth* por parte del *Manchester Unity Theatre*. Los Teatros Unidos se mantuvieron activos al menos hasta la década de los 70 del siglo pasado.

New Writing y *Left Review*, que hicieron posible una estimulante corriente de intercambio de ideas y experiencias entre un significativo grupo de intelectuales y la sección políticamente más activa del movimiento obrero.

Actualmente, un número creciente de jóvenes intelectuales se siente en rebeldía en contra del *establishment*; la esclavitud del alma humana hacia la banalidad material; el tedio y la hipocresía de la vida política; la degradación de los estándares de esos monstruosos, explosivos e impersonales medios para hacer dinero; la nauseabunda aceptación de las masacres masivas en los discursos de los *estadistas* y que contribuye a apuntalar nuestra economía; la inútil extinción de aspiraciones generosas o dignificadas en la montaña de oportunidades; los burocráticos bloques de poder compitiendo por sus propios intereses. Pero desde que ellos pueden ver que no hay una fuerza social capaz de hacer frente a esta situación, su *revuelta* consiste en imaginarse a sí mismos fuera de esta cosa, haciendo poses y gesticulando a través de la ventana. De hecho, ellos están fuera, nada más y nada menos, que de la tradición humanista.

¿Por qué –preguntaba Engels hace más de cien años– los trabajadores hacen huelgas en contra de las reducciones salariales, aun cuando la inutilidad de las huelgas es evidente? "Pues, sencillamente, porque deben protestar contra la reducción de salarios e incluso contra la necesidad de la reducción, porque deben explicar que ellos, como hombres, no tienen que plegarse a las circunstancias, sino que muy al contrario, las circunstancias deben plegarse a ellos, que son seres humanos".[22]

22. Por medio de esta cita de Engels en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Thompson subordina la acción política a un imperativo moral, el cual está relacionado con su concepción de la naturaleza humana. El ser humano no sólo es capaz de intervenir de manera consciente en el curso de los acontecimientos, sino que debe hacerlo para desarrollar el potencial inscrito en su naturaleza: la capacidad de no doblegarse a las circunstancias e imponerse a ellas imprimiéndoles dirección y sentido.

Me parece que algunos de nuestros intelectuales más jóvenes están empezando a hacer huelgas, pero hasta ahora sólo están *posando*. Para hacer más que esto, deben evitar el abismo que divide las ideas de las energías sociales. Esto quiere decir abrir nuevos circuitos entre los intelectuales y la gente, en particular la gente de la clase trabajadora.

NI SOFISTAS NI OPORTUNISTAS

Entonces, ¿cómo van a saltar este precipicio? Yo ya no creo que esto se logre uniéndose a algo. He ganado enormemente de las amistades que he hecho en el Partido Comunista y de las experiencias de la vida política activa. Pero creo que el punto final de la crisis ha llegado cuando los intelectuales comunistas, si desean continuar con el trabajo creativo intelectual, deben dejar el partido. Así será en este país, si el siguiente Congreso deja de hacer cambios mayores; en otros países la opción se presentará de manera diferente. Ellos deben hacer esto, no simplemente porque el partido es sectario y tan asilado de la gente que su efecto se ha neutralizado. Tampoco porque no es popular ser comunista (nosotros hemos lidiado con eso por muchos años), sino por dos razones más convincentes. Primera, mientras el partido persista en su aprobación total oficialista del liderazgo soviético, y todas las expresiones públicas de desacuerdo sean vistas como ofensas en contra de la disciplina, ellos son culpables de quebrantar la solidaridad con aquellos que están luchando por la libertad intelectual en la Unión Soviética y Europa Oriental. Es verdad, éste no es un problema nuevo, pero sí se presenta con renovada urgencia: los intelectuales comunistas, por encima de todo, deben hacer escuchar sus voces en protesta en contra del exilio de Lukács y el arresto de Harich.[23] Segunda,

23. Sobre Lucáks, ver nota 11 en "El Socialismo y los intelectuales. Una respuesta". El fragmento, al igual que en la nota anterior, se refiere al exilio forzado de Lucáks. Por su parte, Wolfgang Harich fue un escritor y periodista alemán, amigo

en un periodo como éste, de tal importancia para el socialismo, ya no se puede perder el tiempo y las energías en las redes de una burocracia que demanda todo de ellos: desde colocar estampillas hasta vender el *Daily Worker,*[24] todo menos un trabajo intelectual honesto, que encubre las ideas con anatemas dogmáticos e inhibe su expresión con medidas disciplinarias.

Tampoco creo que el problema esté cerca de resolverse con la adhesión al Partido Laborista. Demasiados intelectuales que se han unido a éste parecen haberse sumergido en mares de conveniencias. Ellos no se preocupan por lo que tiene potencial, sino por lo que en el corto plazo es políticamente practicable. ¿Acaso lo usarán los votantes?, ¿será que lo van a excluir? La lógica de dicho *realismo* es en torno a lo que empiezan a *repensar,* que frecuentemente se refiere a pensar las formas de recomponer la sociedad capitalista, hacerla trabajar de manera más eficiente y con menos dolor para la gente. Ellos dejan de pensar como socialistas y rechazan una gran parte del trabajo de sus intelectuales, que, según entiendo, puede ser ayudar a la gente a darse cuenta de la vastedad de las potencialidades humanas –económicas, intelectuales, espirituales–, negadas o frustradas por la sociedad capitalista, ayudándoles a cambiar sus ideas y valores *dentro* de dicha sociedad, hasta que la vean y la sientan como un sistema intolerable e ineficiente, que a pesar de sus precarias modificaciones en la presente década, sigue siendo lo

de Ernst Bloch, Lukács y Bertolt Brecht. En 1956 fue condenado en la República Democrática Alemana a ocho años de cárcel por conspiración, al intentar introducir las reformas democráticas que inspiraban al gobierno de Imre Nagy (ver nota 30).

24. Periódico editado en Nueva York por miembros del Partido Comunista de Estados Unidos. Comenzó a editarse en 1924, alcanzando una gran difusión en años posteriores, hasta que los problemas financieros y la campaña contra actividades comunistas dirigida por el senador MacCarthy supuso un serio revés para su circulación. Durante la invasión de Hungría por parte de los soviéticos, publicó varios artículos a favor de los sublevados.

mismo. Pero a menos que el entendimiento del carácter agresivo del imperialismo –las fuerzas autodestructivas dentro de la sociedad capitalista– se reavive continuamente, a menos que este sentido de antagonismo al *ethos* capitalista sea continuamente incitado, entonces me parece que los logros pasados y las potencialidades futuras del movimiento laborista están continuamente en peligro de perecer en las arenas del tiempo.[25]

Los logros reales y substanciales del gobierno laborista de 1945-1947 fueron producto, no de la mentalidad actual de *la-futura-sociedad-capitalista-está-bien-no-te-entrometas*, sino de la comprensión y el espíritu de antagonismo que en gran parte se nutrió del movimiento de ideas de los años 30 y que ahora está de moda catalogar como romántico. No estoy sugiriendo que es inevitable que el intelectual que trabaje activamente en el Partido Laborista olvide para qué lo está haciendo, que deje de ser un intelectual socialista y se convierta en un trabajador social o un leñador o uno de los muchachos. Quizás hay corrientes nuevas y estimulantes, lo cual modificará la posición. No quiero fomentar actitudes particulares hacia la política. Todos nosotros tenemos responsabilidades políticas y la experiencia de la actividad política desde la base nos enriquece y mantiene nuestras ideas con los pies en la tierra. Estoy sugiriendo que nuestra responsabilidad como intelectuales socialistas no se resuelve uniéndonos a las organizaciones. Y, en este momento en particular, ni el Partido Comunista ni el Partido Laborista proveen de una atmósfera propicia para sentar las bases de un movimiento cuyos principios se centren en las ideas socialistas.

25. En este fragmento hay un cuestionamiento implícito de una idea de progreso moral irreversible. Los valores –como se verá en el texto de "El humanismo socialista"– constituyen conquistas históricas que requieren de un continuo esfuerzo político de conservación y renovación. Las posibilidades del futuro no conforman un escenario seguro sino probable y dependiente de la acción humana y de la contingencia histórica.

Nosotros no podemos servir a la clase trabajadora o a ninguna otra de manera honesta como intelectuales, si estamos sometidos a presiones que nos conviertan en sofistas o en oportunistas.

•

Creo que la más grande necesidad del momento es la de un movimiento de ideas socialistas nuevo, vital y con principios; un flujo de ideas y experiencias, en ambos sentidos, entre la generación más joven de trabajadores técnicos, profesionales y, en particular, industriales. Después del agotamiento espiritual de la década pasada, pienso que la estrella de la imaginación será la ascendente una vez más y que, por el tiempo que lo sea, será para beneficio de cualquier movimiento si éste se realiza enteramente independiente de la maquinaria organizacional, ya sea de Transport House o de King Street.[26] Específicamente, estoy pensando en libros, panfletos y periódicos; grupos de discusión y foros; poemas y novelas; un movimiento estudiantil reavivado y con actividades culturales (como el viejo movimiento de teatros sindicales), que no se desanime ante la degradación de los estándares, sino que empiece a contraatacarlos. Si ponemos en marcha un movimiento de ideas con el ímpetu de los años 30 pero con más madurez, podríamos darnos cuenta de que los medios masivos de consumo son algo así como un dragón de papel. Los movimientos de ideas raramente atraen a millones, pero hay miles de personas, dentro y fuera del movimiento de la clase trabajadora organizada, más sofisticados que en el pasado (en buen y mal sentido), que están buscando nuevas ideas, que por sí mismos están ayudando a darles forma y que nos recibirán con los brazos abiertos. Si encontramos las ideas

26. Transport House era la sede del Partido Laborista; King Street, del PCGB; ambas en Londres.

y tocamos las fibras correctas, creo que los intelectuales podemos convertirnos en agentes peligrosos para la sociedad capitalista, aún en Gran Bretaña. El movimiento parece tocar sólo a unos miles, pero éstos pueden ser la levadura que haga que un movimiento de masas crezca. Y en ese caso, el problema de a qué nos unimos se resolverá a sí mismo.

El intelectual debe caminar sobre un puente muy estrecho, por un lado, entre la *arrogancia* académica o el dogmatismo abstracto, y por otro lado, con la falsa humildad, con la degradación del intelecto antes que con la experiencia de la clase trabajadora, que compromete no sólo nuestra propia integridad intelectual, sino también nuestras propias ideas. Sin la referencia constante a la experiencia real de aquellos que diariamente están comprometidos con cambiar a la sociedad, nuestras ideas no tienen validez alguna; sin embargo, mientras nosotros debemos aprender la humildad personal, al final no podemos ser modestos con las propias ideas. Hablar de *lealtad a la clase trabajadora* es un mero sentimentalismo, a menos que esté claro que en lo que debemos ser leales es en la comunicación honesta del mejor trabajo intelectual del que seamos capaces, y eso presupone también lealtad a nuestras propias conciencias y disciplinas intelectuales. Por un lado, está la colina del obispo Watson, pero por el otro, está la pendiente al estalinismo: la adecuación de las ideas a un criterio utilitario, la sumisión de las facultades morales e imaginativas a la autoridad política.

•

Y además, el intento de regular las ideas para fines utilitarios resulta en lo opuesto: la promulgación de dogmas, el pensamiento académico que no comienza con la observación de la realidad cambiante, sino con las ideas que los reguladores ya poseen o que desean que las personas posean. Como el *Poem for Adults* de Adam

Wazyk,[27] que fue predecesor de la Revolución de Octubre Polaca,[28] lo expresaba:

Ellos se alimentaron del
amanecer. Pero propagaron
oscuridad a su alrededor. Se
alimentaron de ideas,
pero perdieron contacto con
los humanos.
Vivieron
de
sueños,
pero las mentiras se volvieron su pan
de cada día.

27. Poeta polaco nacido en Varsovia en 1905. Se afilió al partido comunista antes de la Segunda Guerra Mundial y tuvo que huir a Rusia tras la invasión alemana de 1939. Wazyk participó como voluntario en el Ejército Rojo y participó en la liberación de Rusia y Polonia. Es conocido por su pieza "Un poema para adultos", publicado en la revista *Nowa Kultura* unos meses antes de que estallara el levantamiento polaco de octubre de 1956 (ver nota 28). El poema hacía una profunda crítica a la realidad del estalinismo y a los dogmas del Partido Comunista. Tanto los miembros de la dirección de la revista como el propio Wazyk fueron represaliados. Pese a ello, el poema tuvo gran éxito y se convirtió en el símbolo de la Revolución de Octubre. El autor apoyó el gobierno reformista de Wladislaw Gomulka, aunque luego, desencantado con el rumbo excesivamente cauteloso de las reformas, abandonó el Partido Comunista en 1957. Para Thompson, constituye un referente de la intelectualidad comunista del bloque oriental cuya critica del estalinismo se realiza desde los principios del humanismo socialista.

28. La Revolución de Octubre Polaca se sitúa en el marco de la ola de protestas que tambaleó los pilares del comunismo en Europa tras la muerte de Stalin. Junto con el informe Kruschev y la desestalinización, el caso polaco se vio afectado por la muerte del primer ministro polaco –fiel a la línea soviética estalinista–, por las protestas de los trabajadores de Poznan –que fueron represaliadas por las fuerzas de seguridad polacas bajo mando de un general ruso– y por las reivindicaciones de autonomía nacional frente a Moscú –lo que enraizaba con el secular nacionalismo polaco antirruso–. Durante la 8ª reunión plenaria del Comité

"El hombre avanza como un hombre íntegro o no lo hace", escribió Marx. La prueba la encontramos en la Unión Soviética, donde la inhibición de los procesos intelectuales y morales libres está desembocando en una crisis política.

En la catastrófica 8ª Plenaria del Comité Central del Partido Polaco de los Trabajadores que restauró a Gomulka en el poder, un miembro, León Wudski,[29] lanzó un repentino ataque sobre el *culto del Partido*:

> El Camarada Minc dijo que 'la gente puede irse pero el Partido se queda y continúa, a pesar de los oportunistas y los desviacionistas. Ésa es la lógica de acero de los presentes procesos…'. Es triste que sea necesario explicar a los miembros del Buró político que el Partido no puede existir sin la gente y que nosotros no estamos por el Partido, sino que al contrario, el Partido está por nosotros, por la gente… Un sistema en el cual hemos creado el patrón de: el Partido, luego las credenciales del Partido y finalmente el miembro del Partido; un sistema que nos ha llevado a resultados atroces y que dejó de tomar en cuenta a los seres humanos. Cada miembro del partido tiene que aceptar este sistema, en caso contrario, no contaría; éste tiene que vaciarse de sentimientos humanos, o al menos, no se le permite mostrarlos externamente. Éste tampoco podía protestar cuando los crímenes más monstruosos se cometían en nombre de este patrón.

Central del Partido Comunista, fue elegido Wladislaw Gomulka como Secretario del Partido, quien representaba al ala moderada. Entre tensiones y negociaciones con Moscú se llegó a un principio de acuerdo que suponía alejar, en cierto sentido, la administración directa de Rusia sobre Polonia a cambio de que el gobierno de Gomulka se mantuviera dentro de las directrices del comunismo soviético. La protesta social fue finalmente absorbida por el régimen.

29. Era miembro del Comité Central del Partido Comunista Polaco en su 8° Congreso plenario.

Hasta que este patrón sea fracturado, hasta que el poder del liderazgo del partido en su papel de cuartel general del conocimiento humano sea quebrantado, el pueblo soviético no puede salvarse a sí mismo.

En ese sentido, 1956 fue un año de buena cosecha para el humanismo en el mundo comunista y para el mundo en su conjunto.

Me parece que muchos han olvidado el significado real de este año porque sus presuposiciones los han llevado a ver los eventos como una revuelta ciega en contra del *comunismo sin esencia*, y no como un conflicto profundo dentro del movimiento comunista, una revuelta del humanismo social en contra del burocratismo desalmado; una lucha, si así lo desea, para que el comunismo recupere su esencia. No puedo pensar en un movimiento en la historia que haya tenido en su interior tal cantidad de reservas de humanismo como el movimiento comunista de este siglo. No me refiero tanto a las ideas influyentes y a las aspiraciones del movimiento, sino a los hombres y mujeres sobresalientes asociados a éste, y a los millones de personas cuyos esfuerzos conscientes le dieron forma, ya fueran fanáticos o creyentes en la otra vida, quienes por elección consciente y razonable dieron sus vidas por un horizonte humano más amplio; los cientos de miles que padecieron la victimización o la prisión o las carencias cotidianas en la deliberada persecución de la *buena vida*.

En la sociedad socialista, como en la capitalista, el intelectual puede dar su lealtad política a un partido. Él puede encontrar ahí las rutas de comunicación, la crítica, las oportunidades para el trabajo intelectual colectivo que necesita; pero finalmente su responsabilidad debe estar con la gente en su conjunto y con la verdad de su propia experiencia. En la Unión Soviética la cuestión de la libertad intelectual no puede ser pospuesta por mucho más tiempo. Si ésta gana, como un interruptor gigante, abrirá nuevos circuitos entre las personas y sus tradiciones humanistas, entre las actuales y las potenciales. Las energías liberadas pueden arrasar, como lo hicieron

en Polonia, con muchos de los corruptos y los oportunistas, y ésta es una de las razones por las que la burocracia está sentada en el interruptor. Pero ellos no se desharán del socialismo. Al contrario, el socialismo emergerá de su edad de hierro a una era humana.

Yo no sé si estos procesos se llevarán a cabo en cinco o en quince años, pero todavía creo que es un mal momento en el devenir humano para que el intelectual pierda los nervios o para especulaciones sobre la tasa de suicidio en Suecia.

Entiendo que George Lukács –el prominente académico húngaro, sobreviviente del gobierno de Bela Kun, un comandante del ministerio internacional del gobierno de Nagy–,[30] en su exilio en Rumania, ha comenzado a escribir un trabajo sobre la ética socialista. Me parece que este viejo hombre tiene algo que enseñarnos sobre el coraje intelectual.

Mientras la tradición comunista albergue a hombres como éste, yo quiero seguir asociado a ella. No voy a pasar años paralizado por el remordimiento porque fui engañado con los juicios de Rajk y Kostov, porque fui un racionalista aquí y quizás un cómplice allá.[31] Fuimos comunistas porque tuvimos fe en el conte-

30. Bela Kun fue un comunista húngaro que dirigió el gobierno revolucionario de la República tras la derrota de Austro-Hungría en la Primera Guerra Mundial. Ante el colapso del régimen austríaco y la movilización de los trabajadores, se proclamó la República Soviética de Hungría, que duraría de marzo de 1919 a agosto de ese mismo año, con la invasión de Hungría por parte del ejército rumano, apoyado por británicos y franceses. Imre Nagy fue presidente de Hungría entre 1953 y 1955. Propició reformas económicas y políticas que fueron apoyadas por un amplio movimiento social pero interpretadas por la Unión Soviética como un peligro para el *status quo*; entre otras, la proclamación de un gobierno revolucionario provisional, la neutralidad de Hungría y la salida del Pacto de Varsovia. A comienzos de noviembre, el Ejército Rojo entraba en Budapest y derrocaba al gobierno y aplastaba la rebelión. Nagy fue detenido tras refugiarse en la embajada de Yugoslavia y fue fusilado dos años después.

31. Los juicios de Rajk y Kostov se sitúan en la estela de las purgas estalinistas contra líderes el comunismo europeo tras la Segunda Guerra Mundial. László Rajk fue un comunista húngaro que llegó a ser ministro del interior del régimen soviético

nido humanista fundamental del comunismo, y durante los años más oscuros de la Guerra Fría, fue nuestro deber hablar por éste. No me arrepiento de esto, aunque hubiera querido haber hablado más sabiamente y haber tenido más efecto. Ahora que el conflicto dentro del mundo comunista ha salido a flote, es nuestro deber tomar un bando.

Y no permitamos pretender que ha habido una solución fácil a los conflictos políticos y morales de nuestro tiempo. El conflicto entre los valores *liberal* y *humanista* no fue inventado por la socialdemocracia o por los teóricos marxistas. Fue una realidad histórica. Existió en el mapa del mundo y dentro de una sociedad en ambos lados de la línea de división. No sólo el mundo, el hombre mismo fue dividido por la mitad. Así como la negación de la libertad intelectual trajo su venganza dentro del movimiento comunista, así la negación del comunismo y de su potencial humanista ha traído su propia enfermedad a nuestra vida política y cultural. Las esperanzas se han corroído o se han vuelto ácidos dogmas mecánicamente defendidos a pesar de la evidencia. Los impulsos generosos han sido

húngaro de Posguerra. En 1949 fue acusado de espionaje y sabotaje, por lo que fue fusilado en octubre de ese mismo año. Tras el juicio a Rajk, otros miembros del Partido Comunista Húngaro fueron depurados. El objetivo en realidad era fortalecer al sector estalinista del partido. Por su parte, Kostov fue presidente del Consejo de Ministros y secretario general del Comité Central del Partido Comunista Búlgaro. En 1949 fue acusado junto con otros 10 miembros del partido de llevar a cabo actividades antisoviéticas y de querer romper la unidad del partido mediante la creación de facciones internas. Fue fusilado sólo dos días después de comenzar el juicio. También el juicio contra Kostov abrió nuevos procesos contra miembros del partido considerados disidentes. Thompson contrapone la figura de Lukács a estos dramáticos acontecimientos para justificar la vigencia de su adhesión al comunismo. Se ve, sin embargo, en la obligación de justificar su pertenencia al partido durante el periodo en el que se llevaron a cabo estos juicios. En "El humanismo socialista", Thompson lleva a cabo un análisis más pormenorizado de la lógica de éstos. Por otro lado, nuestro autor no dejará de cuestionarse sobre su grado de complicidad en tanto que militante comunista durante el periodo en que ocurrieron estas purgas.

negados como *romanticismo*, las aspiraciones justas como *ilusiones*. Los intelectuales han perdido la confianza en las potencialidades de la clase trabajadora, y ésta ha perdido de vista su amplia perspectiva cultural. En ambos lados, los horizontes humanos se han cerrado.

Es por todo esto que pienso que éste es un momento no sólo para repensar, sino sobre todo para reafirmar. Debemos llamar a un alto a esta retirada en torno al humanismo y abrir los horizontes una vez más. Debemos confirmar que la política va más allá de engrasar y dar mantenimiento a la maquinaria económica –ajustando y neutralizando la competencia de intereses propios aquí y allá– que nadie puede controlar. Debemos afirmar el pensamiento central del socialismo –el cual, sobre todo, debe unir a los intelectuales y a la clase trabajadora en una causa común–, que el hombre es capaz no sólo de cambiar sus condiciones, sino también de transformarse a sí mismo, que hay una condición real en la cual es cierto que los hombres pueden manejar su propia historia.[32]

32. Resuena en esta última frase el eco del Marx de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*: Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y transmite el pasado. En la empresa por restituir lo que entendía era la genuina tradición marxista, Thompson cuestiona la deriva naturalista, economicista y cientificista del Marx de la Economía Política y los *Grundisse*, e identifica aquélla con las obras anteriores, como el *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, los *Manuscritos de Filosofía y Economía*, *La Miseria de la Filosofía* o *La Ideología Alemana*. Se trata, como puede observarse, de la etapa de la obra de Marx que Louis Althusser calificaría como precientífica, previa al corte epistemológico que introduciría precisamente *El Capital* y los *Grundisse*. De hecho, Thompson defiende este corpus de la obra en *The Poverty of Theory*, donde el historiador inglés polemiza intensamente con Althusser. La apelación de Thompson a una restitución de la auténtica tradición marxista y a la esencia del comunismo frente a la perversión que suponen estalinistas y althuserianos puede entenderse a partir de las disposiciones proféticas que, como vimos en la introducción, Thompson incorporaba vía religiosa. Frente al sacerdote guardián de la lectura sagrada el profeta reivindica una vuelta a los orígenes y la pureza originaria de los primeros textos. Sobre este paralelismo puede

EL HUMANISMO SOCIALISTA[33]

La emergencia del humanismo socialista como una fuerza intelectual y política efectiva en el mundo comunista, me parece, crea las condiciones para el reavivamiento de la pasión moral e intelectual también en nuestro movimiento obrero. Éste puede, en lo principal, encontrar primero su expresión entre los intelectuales. Pero el movimiento obrero no tardará en dar la bienvenida a un movimiento de ideas que trata no sólo con manipulaciones de crédito e impuestos de sucesión, sino que convoca a las iniciativas y energías de la propia gente en la transformación de su entorno y de ellos mismos.

Un amigo, que se describe a sí mismo como un demócrata social de izquierda, me dice que todo esto es materia visionaria. Él piensa que soy todavía víctima de la locura mesiánica del marxismo, de la ilusión de la perfectibilidad del hombre. La fuerza del trabajo organizado, las técnicas económicas mejoradas, han asegurado entre ellas una perspectiva justa de estabilidad para la sociedad del *capitalismo tardío*. Después de un tiempo, el sector socialista de la economía puede extenderse. Mientras tanto, no hay atajos. Los socialistas deben ser realistas y lidiar con el trabajo que yace en todos lados: mejorar esto y aquello, sobre todo restringiendo el imperialismo, ya sea en Chipre o en Suez, y trabajar para prevenir una guerra mundial.[34]

consultarse la *Sociología de la religiones* de Max Weber, y la relectura que de la misma realiza Pierre Bourdieu para entender la lógica de los intercambios intelectuales (Bourdieu, 2005: 43-63).

33. Thompson adelanta aquí algunas características del humanismo socialista. La manera de finalizar el texto anuncia su siguiente paso: el desarrollo de esta propuesta. Antes, media la contrarréplica que ofrece al debate que generó el texto de Kignsley Amis y el suyo propio en los medios de la izquierda.

34. En el primer caso, se refiere a la crisis de 1956, relacionada con la presión de movimientos sociales chipriotas por acabar con el dominio británico sobre la isla y, defendido por algunos, la integración en el estado griego. El endurecimiento de la postura de la autoridad colonial lleva a un sector de estos movimientos a organizarse de manera clandestina e incluso al uso de la violencia mediante

Asumidas ciertas premisas, ésta es una posición razonable y no deja de ser humanista. Sin embargo, no es la posición del humanismo *socialista*. Surge del realismo del sociólogo pero no del realismo del poeta, y el humanismo socialista busca unir a ambos.

Aunque los hegelianos recalcitrantes persistieron en sus pensamientos, ni Marx ni Engels cayeron en la vieja y utópica trampa de la fe en la perfectibilidad humana. Creer en la virtud original del hombre es tan incompatible con la teoría socialista madura como creer en el pecado original. Lo que ellos dos afirman, y lo que nosotros debemos reafirmar, son las potencialidades *revolucionarias* del hombre. Debemos recuperar esta comprensión del humanismo para que, a menos que lo tengamos, nunca convoquemos al coraje para hacer efectivo el potencial.

Cuando vemos hacia atrás, a través del cristal de nuestro propio tiempo, hacia el hombre asirio, el ateniense, el azteca, adelantamos un juicio, no del tedio humano, sino de la imprevisibilidad humana. La sociedad puede estancarse por siglos y asumir formas monstruosas en el patrón de los mitos mentales, pero los hombres pueden y hacen pequeños cortes casi sin advertirlo. ¿Podemos estar seguros de que el hombre-televisor-del-siglo-XX está aquí para quedarse?

atentados terroristas. En 1958, con el Acuerdo de Zúrich se pusieron las bases para un tratado de independencia. La crisis de Suez, por otra parte, tuvo lugar en 1956, como consecuencia de la nacionalización del Canal de Suez por parte del gobierno nacionalista de Nasser. Esto provocó la intervención conjunta de Francia y Gran Bretaña junto con Israel, interesado en debilitar la influencia egipcia en Oriente Próximo. Finalmente, bajo la presión de la Unión Soviética y Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña tuvieron que retirarse y aceptar la nacionalización del canal. Estados Unidos lograba de esta manera reafirmar su liderazgo sobre las potencias europeas y constituirse en pieza clave en la futura política de Oriente Medio. Francia y Gran Bretaña tuvieron que asumir, a partir de esta crisis, una posición subordinada a Estados Unidos en lo referente a los conflictos coloniales y los futuros procesos de descolonización. En Gran Bretaña, la protesta contra la intervención en el Canal y el imperialismo británico fue una de las causas que contribuyó a que comenzara a editarse la *Universities and Left Review*.

Yo sostengo la idea de que los hombres están en el margen donde termina la prehistoria y comienza la historia consciente. Necesitamos de toda nuestra cordura si estamos por cruzar ese umbral. No creo que eso suponga los mitos utópicos de la perfectibilidad humana. Una sociedad sin clases sociales opuestas no será una sociedad sin fricción social de muchos tipos; cada vicio, así como cada virtud –bien sabido por Shakespeare–, todavía atormentarán el alma humana. Ésta no quitará la responsabilidad de los hombros de los hombres, colectivamente y como individuos, para tomar acciones y hacer elecciones en la búsqueda de la *buena vida*. No obstante, el acto de elección estará libre del dictado de la necesidad, libre de la herencia histórica de la ciega opresión involuntaria y de las derrochadoras competencias por el interés económico dentro del cual se han hecho todas las elecciones pasadas. Entonces, si los hombres eligen sabiamente, abrirán nuevas visiones de enriquecimiento comunitario, trazando acuerdos sociales que fomentarán la influencia de la *virtud* y limitarán el caos que el *vicio* puede provocar. Y si actualmente el peso de la evidencia parece negar esta esperanza, entonces todavía podemos protestar, rechazando ser víctimas tanto de las circunstancias como de nosotros mismos, puesto que es por lo que hay en esta rebelión contra los hechos por lo que nuestra humanidad se ha formado.

EL SOCIALISMO Y LOS INTELECTUALES. UNA RÉPLICA (1957)

PRESENTACIÓN

Los textos de Kingsley Amis y de Thompson provocaron algunas respuestas entre la izquierda británica. En la propia *Universities and Left Review* intervinieron Mervyn Jones, Harold Silver, Charles Taylor y Rodney Hilton. La contrarréplica de Thompson se centró en las intervenciones de Jones y de Taylor. El primero consideraba que los intelectuales se definen por su posición social y deben intervenir en política contribuyendo con los valores que le son propios, los cuales nacen de sus especiales actividades y habilidades. Estos provienen de dos fuentes: emocionales y racionales. En contra de la crítica de Thompson a Amis, se recuerda la relevancia de la primera. Por otro lado, considera que la función del intelectual socialista puede desempeñarse en el Partido Laborista mejor que en las filas del Comunista, ya que no sólo es más abierto, sino que, respondiendo a Thompson, provee de canales para vincular las ideas con la sociedad. En "El socialismo y los intelectuales. Una réplica" –publicado en 1957 en el número 2 de *Universities and Left Review*–, Thompson responde reafirmando su concepción de la empresa intelectual como conocimiento y comunicación, y señala cómo ésta se ve afectada en el ámbito de un partido que, como el laborista, ha gobernado y aspira a gobernar dentro del actual *status quo*. De hecho, cuestiona la división del trabajo que descubre en la propuesta de Jones (labor intelectual y labor política), así como el escaso grado de compromiso que denota el tipo de intelectual que reclama para el Partido Laborista. Lo importante para el intelectual, concluye Thompson, no es a qué partido pertenecer, sino cómo promover el socialismo en Gran Bretaña.

Por su parte, Charles Taylor destaca el fracaso de los intelectuales comunistas debido a que han supeditado la búsqueda de la verdad a la necesidad política, lo cual, como demostraban las revueltas en el bloque del Este, había dado pobres resultados entre la clase obrera. Taylor recuerda que el comunismo aún no ha aceptado el hecho de que ese conflicto entre valores liberales y socialistas del que hablaba Thompson había tenido lugar en sus propias filas. Es por esto que reprueba la celeridad con la que éste se apresura a pasar página y afirmar los valores del comunismo. Es necesario –en pos del humanismo– extender la crítica del estalinismo al leninismo e incluso a las fuentes originales del marxismo. Nuestro autor afirma que es necesaria dicha crítica, pero advierte que Taylor está preso de una definición abstracta del comunismo, lo que le impide ampliar y enriquecer el concepto. En este sentido, Thompson acepta que es necesario extender la crítica a ciertos contenidos propios de Marx –el lector puede comprobarlo en *La miseria de la teoría* y en la reedición del *William Morris* de 1976, así como en el artículo de esta colección "Acción y elección"–, pero también recuerda a Taylor la excepcional determinación del contexto estalinista en la perversión del marxismo y la presencia de otras interpretaciones y tradiciones que convivían con el propio estalinismo como, sin ir más lejos, se observa en las revueltas que estaban teniendo lugar en la Europa del Este. Es necesario, concluye, afinar mejor las diferencias dentro de la tradición marxista y no valorar exclusivamente a partir de categorías abstractas descontextualizadas.

Alejandro Estrella

Este artículo se publicó originalmente en inglés con el título "Socialism and the intellectuals: a replay", en *Universities and Left Review*, n° 2, 1957.

Un intelectual socialista puede ser tanto un minero como un oficial sindicalista o un catedrático. Pero la elaboración de ideas coherentes, el entendimiento de los complejos fenómenos de la vida económica, social y política contemporánea, demanda acceso a libros, tiempo libre y sometimiento a las disciplinas intelectuales o culturales, lo cual es extraordinariamente difícil para los trabajadores industriales, e incluso para los profesores saturados de trabajo o un médico general promedio. Además, como lo señalan Charles Taylor y Harold Silver, el clima social y político es tal, que el hecho de que un obrero estudie teoría política, asista a clases de Economía, estudie poesía o dirija una animada propaganda de ideas socialistas, es actualmente menos común de lo que había sido hace algunos años. No vale la pena recriminar a nadie por esto. Éste es el contexto político en el cual trabajamos, y las cosas son muy duras tanto para los secretarios sindicales como para los actores políticos. Sin embargo, es un contexto político que realza el contraste entre el trabajador especializado y el político práctico: uno supuestamente viviría lejos de la acción en un mundo de abstracciones, mientras que el otro pondría manos a la obra.

A pesar de ello, el hecho de que muchas ramas de la teoría socialista se hayan visto forzadas a retroceder hacia rincones especializados durante los pasados diez años no debe llevarnos a la etiqueta de Mervyn Jones del intelectual entendido como el especialista que asume un carácter público: "lo que define a un intelectual es su posición pública". Una maestría escénica es, por supuesto, importante para ese pequeño segmento de socialistas que puede ser invitado a un Consejo Consultivo estatal o cuyos talentos lo llevan a ser el centro de atención. Pero el resto de nosotros, profesores o mineros, amas de casa o estudiantes, que tenemos habilidades y educación especializada y que estamos profundamente interesados en la teoría socialista, también queremos el trabajo rutinario de promover una corriente de ideas, de información, etcétera, dentro

de las organizaciones de masas del movimiento obrero, y entre la gente con la que trabajamos y vivimos. El mismo Mervyn Jones hace su trabajo de manera excelente como escritor y periodista, y no entiendo cómo llegó a esa definición tan engañosa.

Puede ser que haya perdido la confianza –como muchos lo han hecho en el presente clima social– en la importancia de las ideas, en la teoría, en el movimiento en general. De un lado (parece insinuar), tenemos a los políticos profesionales, quienes se están haciendo cargo del trabajo de cambiar el mundo; y del otro, a los intelectuales, para quienes "el pensamiento del momento muestra que (su) función… reside en su individualidad, por no decir, su independencia". He reflexionado al respecto más de una vez, y aún no estoy de acuerdo. Su función reside en esforzarse por entender una parte del mundo y comunicar su conocimiento para formar ideas o para tomar parte en los procesos de propaganda intelectuales y culturales (en el viejo sentido de William Morris,[1] una propagación

1. Morris (1834-1896) fue un pintor, decorador, poeta, impresor y militante socialista. Constituye, junto con Marx, una de las mayores influencias de Thompson, el cual siempre consideró que Morris podía contribuir a *llenar los silencios de Marx* respecto a la esfera de la moralidad y los valores, sin abandonar un punto de vista materialista. En una entrevista concedida en 1976 a *Radical History Review,* Thompson reconocería, no obstante, que se sentía más morrisiano que marxista. El autor publicó una extensa biografía de Morris en 1955. La obra fue reeditada en 1976, eliminando lo que aquél consideraba veleidades estalinistas de la primera edición y añadiendo varias secciones centradas en el utopismo morrisiano y en los debates historiográficos en torno a su figura. La postura de Thompson varía entre una edición y otra. Si en la primera defendía, frente a quienes lo negaban, que era posible situar a Morris en la estela del marxismo, en la segunda, mediada la crisis de 1956, matizaba que en algún sentido hay un aspecto de éste relacionado con su crítica de valores y el realismo moral que lo hace irreductible al marxismo, a no ser que la propia tradición marxista ejerciera una autocrítica que la pusiera en disposición de converger con Morris. Sobre las condiciones que contribuyen a explicar el hiato entre las dos ediciones del *William Morris*, ver (Estrella, 2007). En cualquier caso, el encuentro de Thompson con Morris determina la trayectoria posterior de nuestro autor. Por un lado, el estudio de la obra de Morris le obliga a poner en discusión algunas de las concepciones

de ideas sincera y entusiasta) que comunican ideas y ayudan en la traducción de éstas a la acción social efectiva. Las ideas no son la expresión de individualidad o independencia: esto sugiere que meramente son voces personales, formas de asertividades o autoexhibición. Es cierto que el intelectual va a producir un trabajo de

del marxismo y le dota de ciertas herramientas que se encuentran presentes en toda su producción posterior. Por otro lado, la reconstrucción de la trayectoria política de Morris le servirá a Thompson como criterio de orientación por los senderos de la Guerra Fría y de la izquierda británica. Nuestro autor reconstruye un Morris que, nacido en una de las familias más ricas de Inglaterra, no encaja en la cultura académica y, dadas sus inquietudes artísticas y literarias, bascula hacia los *outsiders* románticos de los prerrafaelistas (sobre las influencias de éstos en Morris, véase más adelante la nota 8). Allí entra en contacto con John Ruskin, Dante Gabriel Rossetti, Edward Burne-Jones, Ford Madox Brown y Philip Webb. El grupo intentará poner en marcha una revuelta de los valores morales y estéticos de la sociedad victoriana, especialmente mediante una crítica del industrialismo y de sus productos culturales. Thompson destaca el carácter autista y el contenido exclusivamente romántico de esta revuelta para explicar su fracaso. Morris entra, entonces, en un periodo de crisis y apatía en el que escribe los poemas que, según Thompson, son mejor valorados por el *establishment* académico y por quienes intentan edulcorar el peso del compromiso político en su trayectoria vital. Para Thompson, estos poemas y los protagonistas que los pueblan carecen de la tensión que habría logrado Morris si hubiera situado en el conflicto y la superación el móvil de la acción. Por el contrario, lo que ofrece éste a ojos de Thompson es una imagen apacible, una sensación de quietismo que refleja, de alguna manera, el propio estado de ánimo del autor. Morris saldrá de esta etapa de crisis mediante una serie de experiencias prácticas que finalmente lo situarán en disposición de converger con el marxismo y con la militancia socialista. Estos eventos son: su periplo por Islandia, su participación en la Asociación para la Cuestión Oriental (*Eastern Question Association*) y la campaña del *Anti-Scrape* o la Sociedad Protectora de Edificios Antiguos. Desde los años 60, Morris se había familiarizado con el estudio de las sagas islandesas medievales y, a comienzos de la década de los 70, realizaría varios viajes a la isla, donde entraría en contacto con una sociedad cuyas relaciones y valores culturales parecen la antítesis de la sociedad victoriana británica: una sociedad *rústica*, aislada y descolgada del progreso pero insuflada de vigor y coraje ante la adversidad. Descubre así, un nuevo tipo de héroe que contrasta con el de sus últimas obras; uno que no se define por estados de ánimo o talantes, sino que se manifiesta en sus acciones. Un héroe, en definitiva, que no se confunde con el aristócrata feudal tan caro al romanticismo, pues el igualitarismo de la sociedad islandesa

mala calidad o deshonesto si abandona los estándares frente a presiones impropias, interiores o exteriores, partidistas o de interés propio, pero también es cierto que el artista debe seguir su propia

hace que la virtud heroica se identifique con el trabajo práctico y manual. La experiencia islandesa le dio a Morris la esperanza con la que combatir la aflicción y la autocomplacencia en la que se había sumergido durante este periodo de su vida. En relación con la Asociación para la Cuestión Oriental (ver nota 9 más adelante), entra en contacto por primera vez con una organización obrera: la Liga de la Representación del Trabajo (*Labour Representation League*). Por otro lado, la *Anti-Scrape* le llevaría a profundizar en sus estudios sobre la organización del trabajo, el arte y la sociedad –en concreto en relación con la figura del artesano medieval–, llegando a conclusiones sorprendentemente similares a las de un Marx del que aún no había leído nada. Ambas campañas supondrán una progresiva politización de Morris, hasta el punto de que, entre 1878 y 1883, éste se sitúa definitivamente ante la posibilidad de la militancia socialista.

La manera en que tiene lugar la convergencia intelectual de Morris con el marxismo resulta clave. En su origen se encuentra el poeta romántico y su crítica a la civilización burguesa. El estudio de las formas de organización social bajo las que es posible el trabajo artesanal dota de un contenido materialista a su crítica de los valores dominantes. Llegados a este punto, la lectura de Marx abre la puerta a una interpretación de la marcha de la historia en términos de lucha de clases y la posibilidad de una transformación revolucionaria de la sociedad dirigida por la clase obrera. Ahora bien, Morris no abandona del todo la tradición romántica de la que provenía; de hecho, ésta es una de las críticas que le hacía Engels, quien lo tachaba de utópico. Esta convergencia entre la crítica romántica y el materialismo histórico es producto de una visión particular dentro del marxismo que Thompson acertaría a denominar como realismo utópico (ver nota 35 en el texto "La Nueva Izquierda"). En relación con la dimensión política, cabe recordar que Morris comenzó su andar en el campo del marxismo ingresando en la Federación Socialista Democrática (FSD) en 1883. Ésta reunía diferentes sensibilidades y tipos sociales de carácter más o menos marxista. Las desavenencias dentro de la Federación, especialmente con la dirección de Hyndman, provocaron una serie de rupturas, de donde se desgaja la Liga Socialista, en la que concurre el círculo próximo a Engels (Aveling, Eleanor Marx, Bax, etcétera). Morris militará en la Liga como uno de los dirigentes destacados –escribirá el programa del partido– hasta 1890. Las sucesivas crisis, el control que comienzan a ejercer los nihilistas anarquistas y la emergencia del nuevo sindicalismo deciden finalmente su salida de la Liga. Tras dar su apoyo a diferentes organizaciones socialistas pero sin militar en ningún partido, acabará, ya al final de sus días, volviendo a aproximarse a la FSD y a Hyndman, al calor del empuje que conocía

experiencia individual. Sin embargo, ésta no es una definición de función pública o privada.

Mervyn Jones parece haber sido muy influenciado por esa figura romántica hollywoodense del intelectual como un marginado utópico, como el individuo que no encaja, como una voz en el desierto. Piensa que este adorable excéntrico, que encarna esperanzas e ideales, tiene las actitudes que se necesitan para humanizar Transport House.[2] Lo que los políticos piden a cambio (lo dice muy seriamente) "es que el intelectual debe ocasionalmente… tener interés en los problemas que vendrán antes del siguiente Gabinete Laborista".[3]

el sindicalismo inglés a finales de siglo. La postura de Morris fue calificada por Thompson como *socialismo práctico* y *comunismo utópico*. Nuevamente se trata de una posición no dogmática marcada por la prioridad de la praxis. Para Morris, la estrategia revolucionaria pasaba fundamentalmente por una labor de educación en el deseo por medio de la propaganda con el fin de *crear socialistas*. Una labor de construcción de la subjetividad que estaba encaminada a potenciar las energías revolucionarias de la clase obrera. Por otro lado, entendía el cambio revolucionario en términos culturales, como una transformación completa de la civilización occidental y una reorganización de la jerarquía de valores en torno a un principio básico: la vida humana. Los pasos que encaminaban hacia este logro constituían el verdadero progreso de la historia. Según Thompson, esta concepción diferencia a Morris dentro del campo socialista. Tanto la teoría fabiana como el marxismo de la FSD parecían olvidar, a ojos de Morris, que el fin supremo al que debía orientarse el socialismo no era únicamente la abolición de las divisiones económicas de clase, sino la transformación profunda del modo de vida. Cabe aventurar que Thompson estructuró de manera homóloga el campo político al que se enfrentaba Morris y que él mismo encara a partir de 1956: frente al economicismo, el mecanicismo o el dogmatismo de los fabianos (véase el Partido Laborista), de la FSD (el Partico Comunista) y los anarquistas (los grupos minoritarios de ultraizquierda), respectivamente, Morris representa una posición particular e irreductible que cabría considerar análoga a la que el mismo Thompson aspira a ocupar e intenta construir desde la filas de la Nueva Izquierda, a partir de los principios del humanismo socialista.

2. Transport House era la sede del Partido Laborista en Londres.
3. Thompson está criticando aquí el papel que Mervyn Jones parece querer atribuir a los intelectuales socialistas: adelantarse y tratar los posibles problemas a los que habría de enfrentarse un hipotético gobierno laborista. El problema. según Thompson, es que ese hipotético gabinete no está interesado en resolver

Muy bien: yo, como muchos de los socialistas, ya sean intelectuales o no, estoy muy interesado en los problemas que surgen antes de los Gabinetes. Por ejemplo, en el campo de las relaciones internacionales, estoy interesado en detener las Pruebas H, prohibir la bomba, así como cortar a la mitad el presupuesto para la guerra (por comenzar por algo), desmantelar la OTAN, enviar a casa al ejército norteamericano, liberar Kenyatta y a decenas de miles de otros kenianos, y cosas por el estilo.[4] Sé, así como lo sabe también Mervyn Jones, que el Gabinete Laborista no hará nada antes para evitar estos problemas, excepto bajo una tremenda presión popular. Esto es, en parte, porque muchos de sus miembros estarán preocupados por sus conveniencias políticas y su autoestima (capital político) y no por la gente (política socialista), y en parte, porque conocieron las circunstancias del poder mientras ascendían y no están guiados en sus acciones por los principios de la teoría socialista. Aún más, ni siquiera tienen idea o han engullido las ideas y las posturas capitalistas. En dicho contexto, ¿qué debe hacer el intelectual socialista? Sin duda, pienso que esta pregunta (¿qué es lo que harás?) es de crucial importancia hoy en día. Creo que lo que se debe hacer es aquello para lo que se está mejor preparado: combatir las ideas corruptas y ebrias de poder, analizar honesta y meticulosamente la escena internacional y los problemas del imperialismo británico, buscar las maneras de difundir entre la gente la comprensión del carácter del imperialismo y de reavivar un sentido de internacionalismo. Pero ésta es la última cosa que desea

las cuestiones realmente importantes, a no ser que sea objeto de una gran presión popular. La lógica y los tiempos del Partido Laborista, parece cuestionar Thompson, están marcados por el calendario electoral.

4. Jomo Kenyattan (1892-1978) era un líder nacionalista keniata. En 1953 fue condenado por la autoridad colonial británica a siete años de prisión y trabajos forzados, acusado de pertenecer a un grupo guerrillero keniata. Posteriormente se descubrió que la acusación era infundada. No obstante, permaneció en la cárcel hasta 1959 y posteriormente fue enviado al exilio. En 1964, Kenyattan fue proclamado Jefe de Estado de la República de Kenya.

la mayoría de los políticos laboristas de carrera. A ellos les gustaría tener figuras públicas, especialistas reconocidos, que dieran un vago apoyo al Partido Laborista, y quizá ayudar a impulsar a los Miembros del Parlamento para llegar a la meta en las siguientes elecciones generales. Pero hacer propaganda a las ideas socialistas o ejercer presión por medios extraparlamentarios sería una blasfemia para ellos.

Mervyn Jones, con su *Guilty Men*, y en *Tribune*,[5] con su más reciente exposición de las condiciones en Chipre,[6] está haciendo lo que se necesita hacer. Pero en su artículo, su tipo de pensamiento cae en afirmaciones que parecen partidistas, constitucionalistas y hasta oportunistas, y estas ideas en los últimos diez años han corrompido mucho el pensamiento socialista en este país, todavía más que el Zhdanovismo.[7] Él urge a los intelectuales a que se unan al Partido Laborista, pero descarta el trabajo de "llevar a los intelectuales a firmar declaraciones, aparecer en tribunas, asistir a

5. Publicación semanal vinculada al Partido Laborista desde su fundación en 1937. Su línea editorial ha variado al ritmo de los vaivenes del laborismo. Así, por ejemplo, si en el periodo de Entreguerras apoyó la estrategia de Frentes Populares y la alianza entre laboristas y comunistas, a partir de la segunda década de los 40 se mostró claramente anticomunista y a favor de la OTAN. En los años 50, en cambio, pasó a apoyar a la oposición a la directiva del Partido comandada por Hugh Gaitskell (ver más adelante nota 15). En estos años se opuso tanto a la Guerra y a la intervención británica en el Canal de Suez como a la invasión de Hungría por parte de los soviéticos. Se convirtió, por otro lado, en la tribuna de la Campaña por el Desarme Nuclear (ver nota 12 en el artículo anterior "El socialismo y los intelectuales" y la nota 11 en "La nueva Izquierda"). Por esos años, Mervyn Jones era un colaborador asiduo de la revista.

6. Ver nota 34 del artículo "El socialismo y los intelectuales".

7. Andréi Zhdanov (1896-1948) fue un destacado líder soviético conocido por su acción en el campo de la cultura, donde defendió los principios del realismo socialista contra las vanguardias artísticas. Su posición derivó en la persecución de escritores y artistas considerados disidentes. Las directrices de Zhdanov y el férreo control sobre la producción cultural con el fin de que ésta sirviera a los intereses de clase y del Partido Comunista fueron características del estalinismo de Posguerra, incluso después de la muerte de Stalin, y sólo se relajaron con la apertura que supuso la desestalinización.

congresos y aún a unirse a las Ligas y organizaciones", como "un eterno, sangriento y tonto juego, pero no sólo tonto, sino también fraudulento". No niego que alguno de estos medios de ejercer presión pueda ser en ocasiones excesivo o agobiante. Sin embargo, ¿acaso Mervyn Jones, en su reacción contra el Zhdanovismo, se ha replegado a la visión de *fin de siècle* en la cual los intelectuales prominentes son a tal grado caprichosos que se despojan de sus deberes de ciudadanía? ¿Acaso Carlyle, Ruskin, Burne-Jones, Browning,[8] Morris y los tantos historiadores, obispos y científicos

8. Thomas Carlyle (1795-1881), John Ruskin (1819-1900), Edward Burne-Jones (1833-1898) y Robert Browning (1812-1889). Todos ellos influyen –los dos primeros– o son compañeros –los dos segundos– de Morris en la empresa romántica y prerrafaelista en la que participó. En relación con el primero, cabe señalar cómo Morris –ya interesado por el medievo a través de John Keats (véase la nota 34 en el texto "La Nueva Izquierda")– iba a encontrar en la concepción medieval de Carlyle, no la puerta hacia un mundo lejano y exótico, sino una sociedad orgánica con valores y un arte opuestos a los de la Inglaterra victoriana. Es cierto que en Carlyle confluyen algunos de los elementos conservadores que han pasado a conformar la imagen dominante del romanticismo. Su crítica a la moral del capitalismo industrial y su reivindicación de un socialismo de corte feudal son completamente reaccionarias y paternalistas. Sin embargo, dos elementos de la crítica de Carlyle a la sociedad contemporánea van a calar hondamente en el programa morrisiano: la denuncia de la reducción de todos los valores humanos a valores monetarios y la dignidad del trabajo. Por su parte, Ruskin, donde se dan cita cierto hegelianismo y cierto vitalismo nutrido de conceptos biologicistas (íntegro, orgánico, función, etcétera), apela a la existencia de un orden universal radicado en la idea de Belleza, comprendida como la forma de Dios. Ruskin distingue a continuación entre Belleza Típica, esencia universal de todo lo existente y objeto de aprehensión por parte del artista, y la Belleza Vital, en tanto que desempeño gozoso de la función de las cosas vivientes, lo que en el caso del hombre se traduce en el ejercicio de la vida perfecta. Sin embargo, esta misma concepción íntegra de la Belleza le lleva a contemplar que la corrupción de una sociedad, el no cumplimiento de su perfección, dificulta al artista su labor de revelar la Belleza Típica. En otras palabras, Ruskin reconoce en el arte una expresión de los valores morales tanto del artista como de la sociedad en la que éste crea. En su crítica social, apelará, por tanto, a una sociedad orgánica que permita recuperar la Belleza Vital, una sociedad que permita al hombre perfeccionarse con el cumplimiento integral de su función última como seres

que apoyaron la agitación en torno a la *Eastern Question* (Cuestión Oriental)[9] fueron parte de un "tonto juego"? ¿Y aquéllos que

humanos. En este punto, el valor del trabajo constituye una pieza clave. Para Ruskin, la riqueza reside en la posesión de cosas útiles. Pero la utilidad de las cosas viene determinada por su Valor Intrínseco, es decir, en la medida que beneficia a la vida, a la Belleza Vital. Tanto el trabajo como las mercancías son medios para la consecución de esta Belleza, para cumplir *el ejercicio gozoso y correcto de la vida perfecta en el hombre*. Esta definición evidentemente se opone a un sistema productivo basado en la acumulación de valor de cambio: el capitalismo impide la consecución de ese orden que beneficia la vida, al producir bienes y clases de trabajo en función de sus propias necesidades, definidas por el imperativo del valor de cambio y no del Valor Intrínseco. Este ser moral del capitalismo corrompe el trabajo como medio de acceso del hombre a su propia humanidad, al imponer la división del trabajo y al convertir al trabajador en un apéndice de la máquina (Thompson, 1996: 36-37). Por un lado, esta división del trabajo divide al hombre mismo, convertido en una fase de la cadena productiva; por otro, el trabajador convertido en máquina no desarrolla su creatividad, no libera sus poderes morales e intelectuales. En ambos casos, el trabajo no es fuente de gozo, sino todo lo contrario, de degradación. Según Thompson, Morris heredaría de Ruskin elementos clave que podemos organizar de la siguiente manera: un legado teórico, referente al vínculo moral que existe entre el arte y la sociedad; un legado crítico, que se identifica con la ruptura histórica del vínculo entre el arte y el trabajo; y, finalmente, un legado programático condensado en la sentencia de Ruskin: la cuestión vital, tanto para individuos como para las naciones, nunca es cuánto producen, sino para qué propósito gastan. Este poner en el centro de las preocupaciones el valor de la vida humana, que sería incorporado por Morris, no deja de resonar en la concepción thompsoniana del humanismo socialista.

9. La Cuestión Oriental es un término acuñado para designar todo un conjunto de problemáticas de índole geopolítico que afectaba a los territorios del Imperio Otomano, Austro-Húngaro y Ruso a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. Los intereses de estos imperios se superponían a reivindicaciones nacionales. El papel de Gran Bretaña resultó siempre decisivo en la resolución y en la creación de nuevos conflictos en la región. En el caso que nos ocupa, la agitación de la que formó parte Morris se corresponde con una intensa campaña contra el apoyo del gobierno británico al Imperio Turco para frenar las reivindicaciones nacionales en las tierras bajo su jurisdicción en los Balcanes. Y es que pese a la represión, Gran Bretaña apoya al Imperio Turco con el fin de frenar la expansión de la influencia rusa en el Mediterráneo Oriental y su secular búsqueda de una salida al mar, lo cual podría desequilibrar el *status quo* marítimo sobre el que se sostenía la hegemonía británica. Queda claro que Thompson está estableciendo de nuevo un analogía entre el Imperialismo Inglés de la época de Morris y la

apoyaron la petición de Paul Robeson,[10] aquéllos que aparecieron en una tribuna por Lukács,[11] aquéllos que promovieron el Movimiento para la Libertad de las Colonias? ¿Acaso todas las cuestiones prácticas deben ser enviadas a través de la Cámara de los Comunes? ¿Cómo es que los intelectuales van a predicar el valor de la paz, si no son capaces de firmar peticiones, de hablar en mítines, de acudir a congresos internacionales o de promover organizaciones pacifistas? De hecho, creo que esta pregunta más bien debería ser un criterio. La bomba H[12] está hoy sobre los hombros de cada intelectual y éstos no pueden simplemente deshacerse de ella y pasarla al Partido Laborista antes del cambio del próximo Gabinete. Al momento de escribir a propósito de una reunión del Consejo Mundial de la Paz, ésta se está llevando a cabo en Ceylán. Sé de ciertos movimientos pacifistas que en ocasiones han servido como foros de propaganda para las interpretaciones comunistas de la Guerra Fría. Pero ¿es éste

suya, y contrasta la protesta y agitación de los intelectuales decimonónicos frente al modelo que parece proponer Mervyn Jones.

10. Fue actor, cantante, escritor y activista por los derechos civiles en Estados Unidos, siendo uno de sus primeros promotores. Participó en la Guerra Civil Española en la Brigada Abraham Lincoln y fue represaliado por el Comité de Actividades Antiamericanas. Fue un ardiente defensor del compromiso político de artistas e intelectuales. La petición de Paul Robeson se refiere precisamente a la defensa de los derechos civiles.

11. Georg Lukács fue uno de los filósofos marxistas más importantes del siglo XX. Nacido en Hungría, se formó filosóficamente en la Alemania de principios de siglo, donde desarrolló parte de su obra sobre estética y abrazó el marxismo en su vertiente historicista y hegeliana. Se afiiló al Partido Comunista Húngaro y formó parte del gobierno revolucionario de 1918 que se instauró tras la derrota de Austro-Hungría en la Primera Guerra Mundial. Tras la caída de la efímera República Socialista Húngara, emigró a Alemania y de ahí a la URSS cuando los nazis subieron al poder. Tras la guerra volvería a Hungría, donde en 1956 apoyaría al gobierno de Imre Nagy (ver nota 30 en "El socialismo y los intelectuales"), lo que le llevaría de nuevo al exilio, en esta ocasión en Rumania. Éste es el acontecimiento al que Thompson se refiere en el fragmento.

12. Consultar nota 12 en el artículo anterior sobre la postura de Thompson frente a la amenaza nuclear.

el momento para ser tan fastidioso y tan puntual sobre el hecho de que ningún prominente intelectual independiente está deseando viajar a Ceylán para siquiera dar un discurso discordante? Ya que las nuevas voces se han escuchado en la Europa del Este y en Rusia, ya que Fadeyev ha llevado a cabo la autocrítica por medio del suicidio,[13] ya que Sartre y Nenni[14] han hecho sus contribuciones a estas discusiones internacionales, ¿no hay un miembro del Parlamento Laborista que esté deseando arriesgarse a la desaprobación de Gaitskell[15] o de Bevan[16] en un intento por acrecentar el área del entendimiento humano?

13. Alexander Fadeyev fue un escritor ruso que se suicidó en 1956 como consecuencia de la depresión en la que había caído a causa de la censura a la que le había sometido el gobierno de Nikita Kruschev (sobre Kruschev puede consultarse la nota 24 de "El humanismo socialista"). Irónicamente había sido protegido de Stalin y defensor del zhdanovismo.

14. Pietro Nenni fue un líder del Partido Socialista Italiano durante la primera mitad del siglo XX. Combatió el fascismo en Italia y en España, donde participó en la Brigada Internacional Garibaldi. Entre las diversas tendencias del Partido Socialista se situó en el ala más izquierdista, aproximándose a los comunistas, con los que rompió como consecuencia de su rechazo a la invasión de Hungría.

15. Hugh Gaitskell fue líder del Partido Laborista y de la oposición al gobierno conservador entre 1955 y 1963. Desempeñó diferentes cargos ministeriales en los gobiernos laboristas de Posguerra de 1945 a 1951. A lo largo de *la larga década de torysmo*, el Partido Laborista entró en una etapa de revisionismo y de luchas intestinas relativas a tres puntos claves: la eliminación o no de la Cláusula Cuatro del programa del partido –referente a la nacionalización y socialización de los medios de producción–, el desarme unilateral de Gran Bretaña al margen de la OTAN –aunque Gran Bretaña había pasado a formar parte de la Alianza Atlántica en 1949 bajo un gobierno laborista, al pasar a la oposición, la corriente de opinión favorable al unilateralismo había ido creciendo entre las bases del partido– y las relaciones con la Comunidad Económica Europea. Hugh Gaitskell aglutina al ala derecha del partido que sostiene la eliminación de la Cláusula, la oposición al desarme unilateral y al ingreso de Gran Bretaña en la Comunidad Europea. Sobre el origen del Partido Laborista puede consultarse la nota 27 en "Revolución".

16. Aneurin Bevan fue miembro del Partido Laborista y ministro de Salud en el gobierno de Clement Attlee, entre 1945 y 1951. Bajo su administración

Todo esto afecta grandemente la posición de los intelectuales socialistas. En mi artículo original, sugería que "el circuito por el que las ideas se transformaban en energías sociales efectivas se ha roto, por un lado, debido a la retirada de los intelectuales, y por el otro, por las estructuras burocráticas del movimiento laborista". Nadie ha retomado esta cuestión de la estructura burocrática, y ¿aún es éste el punto central? En mi artículo, hice la valiosa declaración por la que desde entonces me he estado dando de topes en la pared, puesto que ya no creo que la brecha entre ideas y energías sociales se cierre "por unirse a cualquier cosa". Mi punto no era decir que los intelectuales socialistas no debieran unirse a organizaciones políticas, sino que el adherirse a esas organizaciones los aleja de sus responsabilidades primarias de desarrollar y propagar las ideas socialistas, ya que ninguno, sea el Partido Laborista o el Partido Comunista, "proveen una agradable atmósfera para sentar las bases de un movimiento ejemplar de ideas socialistas". Si algunas personas eligen trabajar dentro de una organización antipática, ya sea por la experiencia o los contactos ganados, eso está bien; sin embargo, la cuestión relevante no es a cuál partido debo unirme, sino qué más puedo hacer para avivar las tradiciones socialistas latentes de este país.

La situación política actual no es sana. Puede haber nuevas corrientes incluyendo una minoría de socialistas, pero no hay evidencia de que éstas se estén mezclando entre la gente. Dentro de este contexto, sería un grave error que los propios intelectuales socialistas encierren sus energías en las pugnas internas de las fac-

se creó el Sistema Nacional de Salud. Las discrepancias con Gaitskell surgieron a raíz de los presupuestos que éste diseñó como ministro de Hacienda, donde recortó partidas del Sistema Nacional de Salud para financiar los costes de la Guerra de Corea. Posteriormente, durante la dirección del partido de Gaitskell (1955-1963), Bevan dirigió una tendencia dentro del laborismo crítica con la estrategia más derechista de su oponente.

ciones del Partido Laborista. Debemos romper con los conceptos constitucionales y cerrados del partido sobre la agitación política y tratar de reestablecer las tradiciones abiertas del siglo XIX (las mejores), donde ningún partido, sino más bien las personas en su conjunto eran vistas como el campo de lucha; los grupos de presión y los programas se hicieron en torno a temas particulares y urgentes; la propaganda se extendió masivamente entre la gente, y la presión directa e implacable se cargó hacia el Parlamento. Si el especialista se une al Partido Laborista, ¿debe hacerlo con una previa reserva, franca y llana, de su derecho a hablar en las tribunas, de participar en los congresos, de dirigir comisiones sobre problemas que son de su interés? Si el físico no está para hablar de la Bomba y el experto colonialista no está para promover los movimientos por la justicia en Kenia, entonces, ¿quién diablos lo va a hacer? ¿Debemos dejarlo todo a esos espantajos parlamentarios, cuyo sentido de principios se ha extinguido entre las instrucciones del jefe del grupo parlamentario, las intrigas de la bancada y los intereses electoreros?

Sobre todo, los intelectuales socialistas, cualesquiera que sean las ataduras políticas que acepten como ciudadanos, deben mantener la mirada en el asunto principal: la formación y la circulación de las ideas. Primero, como especialistas que trabajan honestamente y con sus mejores habilidades dentro de su especialidad. Aquí hay oportunidades para la cooperación, el trabajo colectivo, la colaboración conjunta de distintos campos especializados, dentro de una teoría socialista coherente que ninguno de nosotros ha empezado a discutir. Segundo, no necesariamente hacerlo por las mismas personas, ya que los especialistas que escriben buenas novelas o hacen contribuciones originales en sus propios campos son pocos, así como uno que comunique y propague ideas por medio de los periódicos, actividades educativas, foros y grupos de discusión, como a través de la prensa de organizaciones políticas, grupos de presión, tribunas y campañas. Tercero, con actividades educativas

y culturales asociadas al movimiento socialista. De nueva cuenta nos topamos con un tremendo campo para la discusión. Nuestro enorme y organizado movimiento obrero ha hecho un papel lamentable frente a los logros vigentes del siglo XIX, con sus sedes sindicales, las cooperativas, las sociedades educativas, los periódicos locales, las marchas y las coloridas manifestaciones. No tenemos archivos decentes de la historia laboral, los fondos de los sindicatos apenas son considerados para promover películas, murales, obras de teatro, intercambios internacionales, escenificaciones.

La sobreviviente Unión de Teatros[17] y la Asociación de Trabajadores de la Música[18] luchan con desastrosos obstáculos financieros. Sin embargo, hay una sed creciente entre los jóvenes por este *indirecto* acercamiento humano a la política. Hemos sido alimentados con la esperanza de la llegada del milenio, en donde el gobierno laborista se vea forzado a tomar cartas en el asunto, incluyendo al socialismo en su gabinete, pero para eso no vale la pena esperar tanto. La gente quiere desarrollar una conciencia socialista, un sentido de camaradería, y satisfacer las necesidades humanas y culturales, pero ya dentro de la sociedad actual. Independientemente de las cuestiones tácticas del partido, ¿acaso hay un campo abierto que sea pequeño pero prometedor? No se requiere de una decisión del Comité Laborista para iniciar un grupo de discusión, un grupo teatral o un coro. Sin embargo, si nuestra conciencia socialista humana se desarrolla en estos ámbitos, el "aislamiento de los intelectuales de los trabajadores" al cual se refiere Charles Taylor deberá terminar, para dirigirse hacia donde se necesita: los espacios de las ideas y de las artes. Y si hacemos más de esto (aunque sin duda se ha hecho más en los años treinta), se considerará

17. Ver la nota 21 en el artículo anterior.

18. Se trata de una organización conformada el 1 de marzo de 1936 por músicos de izquierdas. Su objetivo no era meramente sindical, sino que buscaba contribuir a la difusión de la cultura musical entre la clase obrera.

como un acto político de primera importancia y generará energías que pueden traer resultados políticos sorprendentes.

He dejado poco espacio para tratar el otro tema central, el del comunismo. Así como entiendo muchos de los puntos de Charles Taylor, también pienso que su acercamiento al extraordinario y contradictorio fenómeno de la teoría comunista, los movimientos dirigidos por los comunistas, los Partidos Comunistas dentro y fuera del poder en diferentes países y la tradición comunista, es ahistórico y una insignificancia académica. ¿Quién soy yo para hacer la afirmación de que "el Comunismo… nunca admitiría que el conflicto existió también en su propio territorio"? Si los conflictos existieron, son parte de la misma tradición histórica. Un entendimiento del fenómeno histórico dentro de la tradición comunista demanda seguramente una respuesta más compleja que la indicada en la referencia de Taylor respecto a "los tratados, artículos, obras de teatro, novelas, poemas, sinfonías, todos al estilo del modo oficial, evitando a toda costa las herejías y siendo apropiadamente didácticos". ¿Acaso él trata de incluir todas estas distintas expresiones, como los libros de Christopher Caudwell, Christopher Hill, Maurice Dobb, las obras de teatro de Sean O'Cassey, las novelas de Doris Lessing, la música de Rutland Boughton, Alan Bush o Bernard Stevens? ¿O sólo las manifestaciones internacionales como la poesía de Mayakovsky, Eluard, Neruda y Hikmet, la pintura de Picasso y Guttuso? ¿O sólo el trabajo que ha salido de Rusia y de Europa Oriental, por ejemplo, la música de Shostakovitch, los poemas de Wazyk o Laszlo Benjamin, o las novelas de Tibor Dery, líderes de la oposición comunista al estalinismo?[19]

19. Se trata de una lista de intelectuales de izquierdas, vinculados en alguna medida al Partido Comunista. Thompson los organiza en tres apartados: británicos, occidentales y provenientes de la Europa oriental. En todo caso se trata de autores que no pueden ser considerados como comunistas dogmáticos o cuya obra haya sido una mera expresión de la línea oficial del PCUS. La idea de Thompson

La conciencia política de la generación de Charles Taylor ha madurado durante un periodo en el cual el movimiento comunista internacional estaba dominado por un viejo enfermo que usaba los poderes del Estado para destruir la iniciativa intelectual dentro de su imperio, y era endiosado por la ortodoxia comunista. Si eso fue el fin de todo, si todo culminó con Zhdanov y los juicios de Rajk y Kostov,[20] estaría justificado identificar todo esto de una manera tan simplificada con el comunismo. Sin embargo, pareciera que todo termina de manera muy distinta. Y la gente que escribirá las nuevas conclusiones se llamará a sí misma comunista.

Pienso que Charles Taylor entenderá mi idea acerca del *contenido humanista fundamental* del comunismo, considerado como una tradición histórica, si deja a un lado las definiciones filosóficas por un momento y regresa a los eventos de los años treinta y cuarenta en China o Yugoslavia, Checoslovaquia o Grecia. ¿Qué correspondencia hay, por ejemplo, entre *Notes from the Gallows* (*Reportaje al pie de la horca*, en español) de Fučik, y el actual régimen checo; de qué manera el montaje de Clementis *surgió* del heroísmo de Fučik?[21] Sólo en un sentido de lo más complejo, ciertamente no como una secuencia directa. El Partido Comunista Checo estaba completamente diezmado por los nazis, todos los estratos de liderazgo fueron aniquilados. El Partido post-1945 no fue reinventado

es señalar, frente a lectura reduccionista de Taylor, que en el campo del comunismo internacional existían intelectuales críticos en todas las áreas de la cultura.

20. Sobre los juicios de László Rajk y Traycho Kostov, ver la nota 31 del artículo anterior.

21. Julius Fučík fue un escritor comunista checoslovaco apresado por la Gestapo tras la invasión de Checoslovaquia por los nazis. En 1942 formaba parte de la dirección del partido, cuando fue arrestado y trasladado a Berlín. Fue asesinado ese mismo año. Su obra *Notes from Gallows* (*Reportaje al pie de la horca*) fue escrita durante su estancia en la cárcel y publicada de manera póstuma. En el libro narra su experiencia, las torturas, el salvaje trato a los prisioneros y las delaciones. La obra tuvo gran repercusión internacional a partir de 1945. Por su parte, Vladimír Clementis fue un periodista eslovaco que perteneció al Partido

por muchos Fučiks, sino por unos pocos exiliados y veteranos de los campos de concentración, así como por conversos recientes que incluían oportunistas y hasta agentes nazis que trataban de cubrir así sus antecedentes. Aun así, este partido era objeto de constante presión y dictado de los generales, políticos y policía rusos. Frente a tal contexto histórico, ¿es correcto decir que el estalinismo checo *surgió del comunismo*?, ¿no es más cierto decir que la filosofía comunista degeneró bajo estas presiones sociales y políticas?

Tales consideraciones históricas nos permiten regresar a las definiciones filosóficas con mayor claridad. Estoy totalmente de acuerdo con Taylor en que, al examinar al comunismo "como la filosofía de la práctica", debemos examinarlo todo, descartando lo que se pueda calificar como leninista y cuestionando más a los escritos de Marx (mucho de lo cual ha sobrevivido, a pesar de todo, por su relevancia). No obstante, si vamos a abandonar y condenar las tendencias autoritarias degeneradas dentro de la tradición comunista, debemos usar algunos términos descriptivos, y el estalinismo no es sólo un término apropiado, es también históricamente correcto, en el sentido de que –mientras (como lo he argumentado en otro momento) las tendencias estalinistas están presentes dentro de la tradición comunista antes que Stalin– fue durante la era de dominio de éste que se sistematizó y corrompió gran parte de la teoría comunista. Y no podemos entender el mundo actual de

Comunista y desempeñó el cargo de ministro de exteriores de la Checoslovaquia de Posguerra. Sin embargo, fue arrestado en 1950, juzgado y condenado a muerte en 1952, acusado de traición y conspiración trostkista. Su posición crítica frente a Moscú se había puesto ya de manifiesto en 1939 cuando denunció el tratado germano-soviético. La intención de Thompson al vincular ambos nombres es mostrar a Taylor que no puede considerar el comunismo como una categoría abstracta en la que no se distinguen tradiciones tan dispares como la humanista de los frentes populares y la estalinista. De ahí que Thompson pregunte a Taylor por la relación causal que cabría hacer entre la lucha de Fučík y el juicio contra Clementis.

Polonia y de Hungría, y no entenderemos mañana el de Rusia, a menos que veamos que la revuelta contra el estalinismo representa, al mismo tiempo, la reafirmación de los valores y las tendencias presentes dentro de la tradición comunista desde su fundación. Esta tradición, la de Morris y Mann,[22] Fox[23] y Caudwell,[24] también es parte de nuestra propia tradición socialista. Este hecho nos promete

22. Tom Mann (1856-1941) fue un sindicalista y socialista británico. Thompson lo considera una rareza entre los líderes socialistas británicos, dado que tenía escasa formación escolar y había sido minero desde niño. Llevó a cabo una inmensa labor de organización del movimiento obrero conocida como el auge del nuevo sindicalismo, a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Fue un pacifista convencido y defendió la no participación de Gran Bretaña en la Gran Guerra. Sin embargo, se mostró a favor de defender la República española. Una unidad de las Brigadas Internacionales adoptó su nombre en su honor. La figura de Tom Mann fue estudiada por los historiadores del PCGB, tanto por la generación de Thompson como por la anterior. Por ejemplo, Donna Torr –quien podemos decir que amadrinó al grupo– publicó la que quizás pueda considerarse su obra más importante, bajo el título *Tom Mann and His Time,* donde rescata la tradición de lucha en la que se insertaba el sindicalista inglés, a caballo entre dos siglos. Fragmentos de lo que hubiera constituido el segundo volumen de esta obra fueron editados por E. P. Thompson bajo el título "Tom Mann and His Times, 1890-1892" en *Our History* en 1962.

23. Ver nota 18 del artículo "El Socialismo y los intelectuales".

24. Christopher Caudwell (1907-1937) fue un escritor y filósofo marxista británico. En 1934 ingresó en las filas del Partido Comunista y dos años más tarde partía como voluntario hacia la Guerra Civil española. Murió en la batalla del Jarama. Fue un intelectual autodidacta que elaboró un sistema de pensamiento que abarcaba epistemología, ontología, ciencias sociales, lingüística, etcétera, y una crítica de los valores de la sociedad burguesa a partir del marxismo. De hecho, según el propio Thompson, es a través de Caudwell como comienza a familiarizarse con el pensamiento marxista. Thompson se sintió atraído por varias ideas de Caudwell, como su esfuerzo teórico por sustituir la metáfora base (economía)-superestructura (ideología) por una dialéctica de la praxis o su visión relacional, por medio de un enfoque dialéctico de los procesos históricos y naturales (sobre la metáfora base-superestructura en Thompson, véase la nota 26 en "El humanismo socialista"). Por tanto, para nuestro autor se trata de una primera incursión heterodoxa en las fuentes de la tradición marxista. En 1977, dedicaría un largo artículo a la figura de Caudwell donde discutiría la vigencia de su pensamiento.

que pronto podremos sanar nuestras diferencias y que los intelectuales socialistas en Gran Bretaña deben ser muy cautos para evitar caer en las viejas frases emotivas del repertorio del anticomunismo, deben tratar de entender tanto el tipo como la calidad del conflicto dentro de los movimientos comunistas contemporáneos, deben ser más agudos en sus diferenciaciones y en sus definiciones. Es verdad, deberíamos hacer mucho más de lo que estamos haciendo para construir puentes desde nuestro lado, establecer lazos intelectuales y culturales con nuestros colegas en Polonia y China, y promover debates entre nosotros y los intelectuales en todos los países comunistas, aun en donde éstos sólo pueden ser formales y donde los liderazgos estalinistas nos tienen odio. Porque si no hacemos esto, no sólo reavivamos las relaciones internacionales y alimentamos al estalinismo, sino que también abastecemos a los antihumanistas –los irracionalistas, los desilusionados autómatas, los detractores del progreso–, y lo hacemos en nuestro propio entorno.

EL HUMANISMO SOCIALISTA. UNA EPÍSTOLA A LOS FILISTEOS (1957)[1]

PRESENTACIÓN

En este texto –publicado en 1957 en el número 1 del *New Reasoner*– Thompson lleva a cabo un análisis crítico de la ideología estalinista, a la que contrapone una exposición y defensa del humanismo socialista (sobre el concepto de ideología en Thompson, ver la nota 4 más abajo). Nuestro autor definirá el estalinismo como la ideología de la élite revolucionaria convertida en burocracia. La definición invita a discutir sobre las condiciones históricas que generaron un suelo fértil para que dicha ideología echara raíces. Si bien Thompson reconoce que su artículo no se trata de un análisis histórico riguroso, presenta algunas de las circunstancias particulares –como la lucha clandestina, la guerra civil, la industrialización de un país atrasado, etcétera– que explican el proceso por el cual la Revolución Rusa dio lugar a la creación de intereses ajenos, que entiende como parasitarios del movimiento comunista. Pero en segundo lugar, Thompson va a considerar que el proceso ideológico posee cierta lógica interna, lo que permite considerarlo en

1. El término *filisteo* hace referencia aquí a una persona con ideas banales, triviales, de escasa formación y de poco aprecio por la cultura o el saber. Thompson lo utiliza para referirse a quienes cuestionan las capacidades intelectuales del ser humano, situándose, a su juicio, en las filas del antihumanismo. En este texto en concreto, el interlocutor es el comunista estalinista. No obstante, como aclara al comienzo de "Acción y elección" –texto en el que replica a los críticos de "El humanismo socialista"–, el filisteísmo constituye una actitud extendida en el ambiente ideológico y cultural de la Guerra Fría. Más allá del contenido del término, el lector puede apreciar el tono bíblico de la expresión. A lo largo de este texto, abundan las expresiones de este tipo, a partir, podríamos decir, de una dicotomía básica que opone ortodoxia y herejía. Como vimos anteriormente, resulta difícil no vincular el uso de este lenguaje con la formación religiosa metodista de la familia Thompson. Al respecto puede consultarse la introducción.

sus propios términos, al margen del contexto social que explica su emergencia y desarrollo. En este sentido, nuestro autor se centra en las características particulares de la ideología estalinista, entre otras, el antiintelectualismo y el dogmatismo, una antropología economicista y mecanicista y el nihilismo moral. Thompson discute en profundidad la metáfora base-superestructura, pues constituye un dogma sumamente extendido en el que se condensan estos elementos característicos de la ideología mencionada. Pero el autor no sólo está interesado en una crítica teórica, sino principalmente en una crítica moral del estalinismo, por lo que explora los vínculos entre estas ideas y la perversión moral que, de acuerdo con su punto de vista, manifiestan. Para ilustrar esto, Thompson expone el caso del juicio contra Kostov, disidente comunista búlgaro. El análisis de los juicios y de la dimensión moral (inmoral, no amoral, recuerda en algún momento) le lleva a discutir sobre la relación entre moralidad y socialismo. Problemas como el de la universalidad o el clasismo de los valores del socialismo, o la relación entre política y moral, son abordados en uno de los pasajes más agudos y relevantes del artículo ("Cuestiones de moral"). No se escabulle Thompson de la cuestión de la genealogía intelectual del estalinismo, y discute sobre el papel que en ella desempeñan la obra de Marx –aquejada de determinados silencios y ambigüedades– y la de Lenin –con la recaída en una serie de falacias a partir de esos silencios de Marx–. Bajo circunstancias favorables, esta genealogía desembocó, entiende Thompson, en el marco conceptual falso y en el nihilismo de la ideología estalinista. A lo largo de todo el texto, el lector podrá apreciar cómo el autor opone este complejo ideológico al programa del humanismo socialista y a las revueltas que en los países socialistas, sostiene, se apoyan en este ideario. Es importante hacer notar que Thompson no considera el humanismo socialista como otra ideología u otra deformación ideológica de la realidad, sino como una conquista y una apertura hacia una mayor

autoconciencia. El contenido genuinamente humanista del marxismo también es explorado por él, quien concluye la necesidad del triunfo de estas revueltas contra la casta burocrática, con el fin de eliminar el principal obstáculo para el desarrollo del potencial de liberación inherente al comunismo. El triunfo de esta revuelta con su *retorno al hombre* es fundamental no sólo en el bloque del Este, sino también para los socialistas y comunistas de Occidente y para reconstruir el vínculo entre el socialismo y el movimiento obrero. Tras esta defensa que lleva a cabo Thompson del humanismo socialista, se aprecia una antropología de la *agency* (ver más abajo la nota 28 sobre el concepto de experiencia), que es la antítesis del hombre-máquina del estalinismo. A lo largo del texto, el lector observará cómo en la exposición de las características de este *agency* se encuentra ya implícita la concepción teórica de la subjetividad que se desplegará a lo largo de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*.

Alejandro Estrella

Este artículo se publicó originalmente en inglés con el título "Socialist Humanism", en *The New Reasoner*, n° 1, 1957.

El enfoque del viejo materialismo es "la sociedad civil";
el enfoque del nuevo es la sociedad humana
o la humanidad socializada.
KARL MARX. 10ª. *TESIS SOBRE FEUERBACH*

El poeta le dijo al burócrata: el hombre crea
por las leyes de la belleza. El artista crea la cara del corazón:
una imagen de todo lo que es humano. Pero él dijo: No tengo
tiempo de discutir –aunque esto suene como una
desviación–, indaga en la lucha de clases en el piso dieciocho,
yo estoy haciendo la revolución.
TOM MCGRATH[2]

Nuestra isla es una de las escasas provincias de Europa que en este siglo no ha sufrido una guerra civil o internacional en su propio suelo, y que ha escapado de las secuelas –cámaras de gas, regímenes colaboracionistas, movimientos campesinos, terror y contraterror– que han cambiado la perspectiva de todas las naciones, tanto de

2. Thomas Matthew McGrath (1916-1990) fue un poeta, guionista y profesor de literatura inglesa norteamericano. Descendiente de una familia humilde de granjeros irlandeses, McGrath pudo, sin embargo, costearse una educación universitaria e incluso estudiar como becario en el Oxford College. Combatió en la Segunda Guerra Mundial y, al volver de su servicio, impartió clases en la Universidad de Los Ángeles. Hombre de izquierdas, vinculado con las redes intelectuales del Partido Comunista, su literatura comprometida le hizo objeto de persecución por parte del Comité de Actividades Antiamericanas. Su negativa a colaborar con éste le valió ser represaliado y perder su empleo en la Universidad. McGrath fue crítico con la actitud complaciente del Partido Comunista frente al informe Kruschev (sobre el informe Kruschev, ver nota 24 posterior). Sus poemas, además de un claro contenido político, describen de manera magistral el paisaje de la vida rural norteamericana. Se trata de un intelectual que sigue una trayectoria similar a la de otros escritores que han sido citados por Thompson a lo largo de estos artículos como ejemplos, no sólo de compromiso político e intelectual a lo largo del periodo de Entreguerras, sino de reafirmación de ese compromiso durante la Guerra Fría.

Oriente como de Occidente. Es muy fácil para nosotros caer en actitudes insulares parroquiales y por eso es necesario comenzar cualquier discusión sobre el futuro del socialismo recordándonos algunos de los acontecimientos más grandes de nuestro tiempo. Por doscientos años, el ritmo del cambio tecnológico y social se ha acelerado a un grado sin precedentes, al igual que la fisión nuclear y la promesa de automatización a una velocidad aún más rápida. En los últimos años, diversas regiones que –hace cincuenta años– estaban en la periferia de la civilización han entrado de lleno en la arena de la política internacional. En los pasados cincuenta años, más seres humanos han muerto en la guerra que en cualquier otro periodo anterior. El hecho de que, en los últimos diez años, estas guerras han destruido más en términos de extensión territorial que de intensidad (Corea, Indochina, Kenia, Argelia), indica no tanto un cambio de opinión, sino un temor mutuo hacia el apabullante poder aniquilador de las armas atómicas. La única deducción razonable de todos estos acontecimientos es que la humanidad está inmersa en los dolores de parto de una transición revolucionaria a una forma de sociedad completamente nueva –transición que efectivamente debe alcanzar su clímax durante este siglo–.

Esto se confirma por la emergencia de una nueva sociedad sobre un cuarto de la superficie de la Tierra, que posee una nueva estructura económica, nuevas relaciones sociales y nuevas instituciones políticas. El hecho de que a los socialistas británicos no les gusten todos los rasgos de esta sociedad no tiene relevancia alguna sobre la realidad de su existencia. Obviamente no sólo fue falta de visión lo que llevó a los socialistas a concebir una nueva sociedad pujante, pura e iluminada, de las llamas de la antigua. ¿Quién se sorprendería, cuando recapitulamos la atormentada historia de los últimos cincuenta años, de que la nueva sociedad haya surgido del fuego, y sus rasgos estén oscurecidos y distorsionados por el dolor y la opresión?

Sin embargo, el futuro del socialismo británico puede verse muy afectado por la incomprensión y los sentimientos de sus partidarios hacia una nueva sociedad, ya que siempre han tenido la esperanza de un socialismo que no sólo sea económicamente practicable, sino deseable intensamente, esto es, que la sociedad socialista revolucione las relaciones humanas, que reemplace el respeto a la propiedad por el respeto al hombre, y la sociedad adquisitiva por el bien común. Se ha asumido que todas las formas de opresión humana estaban arraigadas finalmente en la opresión económica surgida de la propiedad privada de los medios de producción, y que, una vez que éstos fueran socializados, el fin de las otras opresiones se sucedería rápidamente.[3] "Así de fácil sería agenciar el sustento", escribió Moro, "si ese dichoso dinero que, por cierto, fue gloriosamente inventado para franquear el acceso al sustento, no fuera lo único que nos cerrara el camino a este sustento… Ésta es la serpiente del averno que deslizándose en los pechos de los mortales les retiene y les demora, cual rémora, para que no tomen el camino de una vida mejor".

3. Thompson advierte aquí sobre la falacia economicista que atenaza al marxismo y de la cual el propio Marx es, en cierto sentido, responsable. Se trata, en último término, de la adopción de la antropología de corte economicista que supone definir las necesidades y relaciones humanas primarias en clave económica, y su comportamiento como la maximización de beneficios. Según Thompson, en su combate contra Economía Política, Marx quedaría atrapado por este entramado conceptual y asumiría, aun de forma invertida, esta absorción economicista de la antropología (Thompson, 1978b: 336-337). El reduccionismo economicista del marxismo quedaría sellado con la substantivación de la metáfora base-superestructura (ver nota 23 posterior) y el mecanicismo que dominaría la cosmovisión de la primera generación marxista posterior a Marx. La conclusión estratégica que se deriva de esta operación intelectual en la que se combina la antropología economicista, la metáfora base-superestructura y el mecanicismo es que la socialización de la propiedad privada de los medios de producción trae consigo, más o menos tarde, la superación de las contradicciones humanas. Contra esta deriva del marxismo, Thompson recomienda retomar al joven Marx y al Marx historiador, así como la obra de William Moris y su realismo moral (véase al respecto, la nota 1 en "El Socialismo y los intelectuales).

Entonces, si los socialistas británicos encuentran rasgos repugnantes en la nueva sociedad de Oriente, y hallan en ella evidencia de que las nuevas formas de opresión –económica, física y sicológica– pueden perfectamente enraizar en una sociedad socialista, habrá un sinnúmero de consecuencias. Algunos dejarán de ser socialistas, o de desear ser parte activa en la labor por una nueva sociedad. Otros perderán confianza en las perspectivas revolucionarias del socialismo, adoptarán una visión más limitada y monótona de las potencialidades humanas, de tal manera que dejarán de luchar por esa transformación de los valores y la expectativa del hombre que alguna vez los socialistas creyeron posible. Si es cierto que estamos en un periodo de transición revolucionaria, entonces, es probable que esas reacciones fortalezcan a la sociedad capitalista y prolonguen el periodo transitorio, que los movimientos de la clase trabajadora en el Occidente se alineen al sistema en agonía y, por consiguiente, enardezcan los desacuerdos internacionales, y endurezcan y perpetúen los rasgos opresivos de la nueva sociedad. Además, es evidente que los socialistas británicos que ven a los hombres que claman al marxismo como su guía, estandarte y *ciencia*, perpetrando crímenes viles en contra de sus propios camaradas y gigantescas injusticias en contra de muchos miles de sus seguidores, asumirán –y han asumido– que las ideas de Marx y Engels son inútiles y hasta peligrosas, que no toman en cuenta aspectos esenciales, que dan una idea falsa de la naturaleza humana y que, aunque el marxismo pudo haber conferido un fervor fanático a los comunistas rusos y chinos, un sentido de su acción como los instrumentos del destino, las ideas de Marx y Engels dan como falsa una visión de la realidad" por "dan una falsa visión de la realidad". Pero si esta conjetura natural es incorrecta, entonces, el socialismo británico se ha debilitado a su punto más bajo. El pragmatismo puede robarle al movimiento obrero algunos años más y no demuestra que sea el método adecuado para tratar con los problemas cada vez más complejos de este periodo de transición.

Sostengo que la revuelta dentro del movimiento comunista internacional en contra del estalinismo, si es que triunfa, confirmará la confianza revolucionaria de los fundadores del movimiento socialista. Y si esto sucede, deberá de ser trascendental para los socialistas británicos, ya que esto restauraría la confianza en nuestras propias expectativas revolucionarias.

EL ESTALINISMO COMO UNA IDEOLOGÍA[4]

El estalinismo es, en un sentido verdadero, una ideología, esto es, una forma de falsa conciencia, derivada de una visión de la realidad parcial, partisana y que, en una cierta etapa, establece un sistema de conceptos falsos o parcialmente falsos con un modo de pensamiento que –en el sentido marxista– es idealista. "En lugar de comenzar con los hechos, es decir, la realidad social, la teoría

4. Thompson identifica el estalinismo con una ideología, entendiendo por ésta una deformación de la realidad que produce falsa conciencia. Se trata de una definición clásica en términos marxistas. Thompson le daría al concepto un uso similar años después para analizar en "Fuera de la Ballena" la ideología *otanapolitana*: el complejo ideológico de Occidente bajo la Guerra Fría y su relación con la cultura intelectual. Es interesante traer a colación la crítica que realizaría años después del concepto de falsa conciencia, en un artículo publicado en *Quaderni Storici* en 1977 (hay traducción al castellano: "Algunas observaciones sobre clase y falsa conciencia" en Historia Social nº 10, 1991a). Aquí, nuestro autor considera que el término *conciencia* aplicado a una clase social debe considerarse en términos de cultura, lo cual impide evaluarlo a partir de un principio de verdad o falsedad: "No puede ser ni verdadera ni falsa, es simplemente la que es". Más adelante, sin embargo, considera que el término *conciencia* se puede usar de manera más restringida para referirse a la política o a la estrategia a seguir respecto a otras clases que llevan a cabo los líderes, partidos o instituciones de estas entidades o clases. Ésta, en cambio, sí puede considerarse como ideología en términos de falsa conciencia. Citando a Engels, Thompson considera que la ideología es un proceso por el cual estos individuos desarrollan una conciencia errónea de la realidad y desconocen los motivos que le llevan a ello. Es necesario, por tanto, distinguir ambas nociones e identificar el estalinismo con la segunda, asociándola –como hará explícito un poco más abajo– con la ideología de la élite revolucionaria que, bajo determinadas circunstancias históricas, *degeneró* en burocracia. Junto con la operación de generalización de un punto de vista

estalinista comienza con la idea, el texto, el axioma; los hechos, las instituciones, la gente son presentados para ajustarse a la idea".

Hay otro acercamiento al estalinismo que no lo ve como una ideología, sino como una hipocresía,[5] como lo son los discursos en gran medida hipócritas y las contrastantes prácticas de una casta burocrática en Rusia, preocupada por la conservación y la extensión de sus privilegios e intereses; y los discursos similares y las acciones de sus *títeres*, sus *incautos* y demás en el extranjero.

Ésta es una visión equivocada. Primero, subestima la fuerza, la lógica interna y la consistencia del estalinismo, una característica común en todas las ideologías maduras. Al hacer esto, se equivoca al no presentar una confrontación teórica seria y, en su lugar (como suele hacerlo la hipocresía), se vuelca sobre las personalidades o el abuso de la personalidad.

particular como el único legítimo de la realidad, otras cuatro características que podemos apreciar en esta noción de ideología con la que trabaja Thompson serían: *a)* el hecho de que no han sido concebidas por una mente conspirativa –más abajo insistirá en que el estalinismo no puede considerarse como una hipocresía–; *b)* posee y está sometida a su propia lógica interna, que limita a la vez que presiona en una determinada dirección; *c)* pese a sostenerse por fuerzas y dinámicas internas, éstas sólo se confirman dentro de un contexto particular de poder y de relaciones sociales –es decir, a partir de fuerzas y dinámicas externas–, y *d)* una ideología está sometida a los embates de la historia y esto hace que se erosione; no tanto porque la realidad la impugne o la refute, como por la propia lógica de la ideología que, si tiende a reproducirse sin cambio –como es el caso de la ortodoxia estalinista– pierde eficiencia, y si se renueva o actualiza para mantener cierto grado de conformidad con la realidad, abre grietas en sus muros de contención (esta síntesis del fenómeno de la ideología puede consultarse de manera más extensa en Orwell & Thompson, 1984: 119-176). Cabe añadir que Thompson caracteriza al estalinismo como una ideología idealista: parte del dogma y ajusta la realidad a sus preceptos. El vínculo entre la ortodoxia, el dogmatismo y el burócrata constituye una triada constante en el discurso thompsoniano, que de nuevo nos remite a una interpretación *sui generis* del universo de las sectas disidentes como opuesto al del catolicismo romano.

5. Nota de E. P. Thompson: Ésta es la visión general de la mayoría de los trotskistas, también pareciera ser la visión de Kruschev en sus famosas revelaciones.

Segundo, se omite el hecho de que muchas características del estalinismo anteceden a J. V. Stalin por muchos años, incluso son anteriores a la Revolución Rusa y a la emergencia de la burocracia rusa. Por ejemplo, el dogmatismo que en la Unión Soviética ha tomado una forma institucional está emparentado con aquello con lo que Engels discrepaba de los movimientos obreros británico y norteamericano en la década de 1880;[6] el antiintelectualismo encuentra a su predecesor en el *ouvrierisme* francés.[7] Tercero, no se logra explicar la manera en que las prácticas y los conceptos estalinistas han echado raíz en países donde –hasta cierto punto, alimentándose de los privilegios de la burocracia– los comunistas que los han apoyado han tenido que enfrentarse a la exclusión, las privaciones, la prisión o la muerte por sus acciones. Y esto se confirma no sólo por el patrón de la ortodoxia, sino también por las similitudes marcadas en las formas de la revuelta en contra de esa ortodoxia, y en la propia Unión Soviética. Cuarto –y de gran importancia–, dicho acercamiento tiende a ser infectado por una de las falacias centrales del estalinismo: el intento de derivar todos los análisis de las manifestaciones políticas directamente, y de una manera sobresimplificada, de las causas económicas, así como la denigración de la parte correspondiente a las ideas y actitudes morales del hombre como artífices de la historia.

Por consiguiente, debemos ver al estalinismo como una ideología: una constelación de actitudes partidarias e ideas falsas o parcialmente falsas; y hoy día, si el estalinista actúa o escribe de cierta

6. Nota de E. P. Thompson: e.g. "La gente que se hace pasar como marxista ortodoxa ha convertido nuestras ideas del movimiento en un dogma arreglado para ser aprendido de memoria… y parecer como sectas puras" (1891).

7. En este pasaje, Thompson se refiere al populismo y el mecanicismo del obrerismo francés del siglo XIX. Como puede apreciarse, no se trata de un fenómeno exclusivamente francés. La esclerotización y dogmatización de las fórmulas de Marx y Engels por parte de la primera generación de jóvenes marxistas constituyen una constante que éstos no dejaron de denunciar.

manera, no es porque sea un tonto o un hipócrita, sino porque es el prisionero de esas ideas falsas. Sin embargo, esto no es para insinuar que el estalinismo surgió sólo porque Stalin y sus asociados tenían algunas ideas equivocadas. Es la ideología de una élite revolucionaria, la cual, dentro de un contexto histórico en particular degeneró en una burocracia.[8] Para entender la posición central de la burocracia rusa, que primero desarrolló y luego perpetuó su ideología, tenemos mucho que aprender de los análisis de Trotsky y, aún más, de la perspectiva crítica y abierta de Isaac Deutscher[9] y otros. El estalinismo echó raíces dentro de un particular contexto social, nutriéndose de las actitudes e ideas prevalecientes entre la clase trabajadora y el campesinado –clases sociales explotadas y culturalmente corrompidas culturalmente–; se fortaleció por el atraso ruso, la hostilidad y la activa agresión de los poderes capitalistas. De estas condiciones surgió la burocracia, la cual adaptó la ideología a sus propios propósitos y se propuso perpetuarla; y es lo suficientemente claro para la mayoría de la gente que el avance del socialismo mundial está siendo bloqueado por esta burocracia, que controla los medios a través de los cuales está tratando de evitar, no una nueva ideología, sino la emergencia de una conciencia verdadera. En Rusia, la lucha contra el estalinismo es hacia éste y, al mismo tiempo, contra la burocracia, pues esta última encuentra su expresión en las diversas presiones para evitar la descentralización, la democracia económica, la libertad política, que se están volviendo

8. Sobre la contextualización en los análisis históricos de Thompson, véase la nota 17 en "El Socialismo y los intelectuales".
9. Fue un escritor polaco que desarrolló la mayor parte de su obra en Inglaterra, a donde emigró antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Es conocido por haber escrito dos de las más importantes biografías de Trostky y de Stalin. La tesis que articula estos estudios apunta hacia el proceso de deterioro y manipulación del marxismo por parte de Stalin. En Gran Bretaña fue reconocido como una de las grandes autoridades intelectuales de la historia de la Revolución Rusa.

cada vez más evidentes. No obstante, es de vital importancia que no permitamos que las formas particulares que esta revuelta está tomando en Rusia y en la Europa Oriental oscurezcan el carácter general de la confrontación teórica, la cual está teniendo lugar justo ahora en torno al movimiento comunista mundial. El estalinismo no se desarrolló sólo porque existieron ciertas condiciones económicas y sociales, sino porque éstas proveyeron un clima fértil dentro del cual las falsas ideas echaron raíces y, a su tiempo, se volvieron parte de las condiciones sociales. El estalinismo ahora ha sobrepasado al contexto social dentro del cual surgió y esto nos ayuda a entender el carácter de la revuelta actual en su contra.

Esto es –de manera muy simple– una revuelta en contra de la ideología, de la falsa conciencia de la *élite-dentro-de-la-burocracia*[10] y una lucha para alcanzar una autoconciencia verdadera (honesta), como se expresa en la revuelta en contra del dogmatismo y el anti-intelectualismo que alimenta dicha ideología. Segundo, es una revuelta en contra de la *inhumanidad* –el equivalente al dogmatismo en las relaciones humanas y en la conducta moral–, en contra de las actitudes administrativas, burocráticas y perversas hacia los seres humanos. En ambos sentidos, esto representa un *retorno al hombre*: de las abstracciones y las formulaciones académicas a los hombres reales, de las decepciones y los mitos a la historia sincera, de manera que el sentido positivo de esta revuelta puede ser descrito como *humanismo socialista*. Es *humanista* porque ubica una vez más a los hombres y a las mujeres reales en el centro de la teoría y la aspiración socialista, en lugar de hacerlo en las estridentes abstracciones –el Partido, el marxismo-leninismo-estalinismo, la doctrina de los Dos Campos,[11]

10. Nota del traductor: Se respetó el término original de Thompson que es *elite-into-bureaucracy*.

11. La idea de los dos campos está vinculada a la doctrina del Zhdanovismo (véase la nota 7 en "El socialismo y los intelectuales. Una réplica"), que sostenía que el mundo estaba dividido en dos grandes áreas: la imperialista (dominada por los

la Vanguardia de la Clase Trabajadora– tan estimadas por el estalinismo. Es *socialista* porque reafirma las perspectivas revolucionarias del comunismo y la fe en las potencialidades revolucionarias no sólo de la humanidad o de la dictadura del proletariado, sino de los hombres y las mujeres reales.[12]

LA ENFERMEDAD DE LA ORTODOXIA

La revuelta apareció primero como una revuelta en contra del dogmatismo. "Reuniones cotidianas y acción política de estudiantes y trabajadores fueron los hechos más sobresalientes en los días de Octubre en Polonia",[13] como registra Oskar Lange:[14]

Estados Unidos) y la democrática (dirigida por la URSS), y que esta oposición se refractaba en términos culturales y científicos. Sobre esta extensión de la lógica política y de los conflictos de clases al ámbito de la cultura y la ciencia, puede consultarse la nota 3 relativa a la *Proletkult* en "El punto de producción".

12. A lo largo de todo este fragmento, Thompson expone de manera concreta y clara su concepción del humanismo socialista. Se debe insistir en dos aspectos que serán una constante a lo largo del texto. Uno: situar en el centro de las aspiraciones políticas al ser humano, entendido no como un concepto abstracto, sino como el hombre y la mujer empíricos. Dos: reafirmar el potencial revolucionario de éstos, que son quienes se enfrentan a las situaciones reales, reflexiona sobre ellas y toma decisiones morales. Thompson considera más adelante que este programa está enraizado genuinamente en el marxismo y el comunismo, lo cual no significa que sean su única expresión (aunque para Thompson el comunismo es la circunstancia que posibilita de manera más completa y definitiva el desarrollo de las potencialidades humanas). Por otro lado, conforma la revuelta contra el estalinismo en los países del Este, y su expresión cultural, intelectual y política no podría entenderse sin esta oposición hacia la ideología dominante, profundamente antihumanista del estalinismo. Finalmente, cabe recordar que nuestro autor confiaba en que este programa se exportaría a Occidente y echaría raíces entre socialistas y comunistas desencantados con el Partido Laborista y el PCGB. De hecho, si bien no debe confundirse con la Nueva Izquierda (véase la página X), no cabe duda de que Thompson veía un vínculo natural entre el humanismo socialista y el nuevo movimiento social.

13. Sobre la Revolución de Octubre Polaca, véase nota 28 de "El socialismo y los intelectuales".

14. Fue un economista polaco formado en Reino Unido y Estados Unidos. Defensor de la economía socialista y uno de los principales promotores del socialismo de

> Los estudiantes han leído los trabajos clásicos de la teoría socialista, los trabajos de Marx, Engels y Lenin. Los reformistas en el siglo XVI compararon la realidad de la Iglesia Papal con la enseñanza de la Biblia; de la misma manera, nuestros estudiantes compararon la realidad de la versión estalinista del socialismo con las enseñanzas del marxismo y del leninismo… Esa crítica fue bastante devastadora, la conclusión obtenida fue la necesidad de una nueva forma de construir el socialismo en nuestro país" (*Monthly Review*, enero, 1957).[15]

Buscando las raíces del dogmatismo –la imposición de un sistema de preconcepciones autorizadas *por encima* de la realidad, antes que la derivación de ideas provenientes del estudio de ésta–, la revuelta (especialmente entre los intelectuales) se volvió en contra del Zhdanovismo institucional. Los reclamos que llegaron a su cenit en el periodo del ascenso de Zhdanov pueden ser recordados en las

mercado: la conjunción de una economía planificada donde se mantendría la propiedad colectiva de los medios de producción junto con una lógica de mercado que orientaría las decisiones a nivel local. Los casos históricos en los que se han llevado a cabo ensayos de alguna variante de socialismo de mercado son múltiples. En todo caso, las aportaciones de Lange en los años 30 le valieron ser un interlocutor reconocido por economistas liberales, keynesianos y socialistas. Su prestigio y su formación anglosajona lo llevaron a ser nombrado embajador polaco en Estados Unidos y, posteriormente, en 1957, vicepresidente del Consejo de Estado de Polonia. En el fragmento se observa la postura heterodoxa de Lange que Thompson aprecia.

15. *Monthly Review* es una revista norteamericana de signo marxista que fue editada por primera vez en 1949 bajo la dirección de Paul Sweezy, quien fue uno de los más importantes economistas marxistas de la segunda mitad del siglo XX. Fue perseguido durante la caza de brujas, y *Monthly Review* fue acusada de ser una revista prosoviética. Sin embargo, se convirtió en uno de los referentes de la cultura marxista en lengua anglosajona. Sweezy dedicó la mayor parte de su obra al estudio del desarrollo del capitalismo, especialmente al caso de los Estados Unidos. Mantuvo estrecho contacto con los historiadores marxistas británicos. Que Oskar Lange publicara en *Monthly Review* parece algo lógico teniendo en cuenta su formación de economista, su posición marxista y su estancia en Estados Unidos.

palabras de *Modern Quarterly* (1947):[16] "Zhdanov… habla como un filósofo marxista que tiene una visión del mundo que abarca, no sólo la política y la economía, sino también la ética, el arte, la filosofía y toda fase de la actividad humana". Desde que los miembros del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética –o más exactamente Stalin y Zhdanov– fueron los maestros acreditados de esta *visión del mundo*, recayó en ellos el ejercicio de una autoridad despótica hacia la vida intelectual y cultural de la nación. El control de la vida intelectual reproduce la ortodoxia dogmática de manera natural e inevitable. "El establecimiento de un control férreo no sólo sobre las obras de arte, sino sobre el proceso mismo de creación significa la pérdida de confianza en su 'inteligencia' artística", así escribieron dos filósofos soviéticos en *Voprosy Filosofi* en noviembre de 1956:[17]

> Aún ahora… la confianza no se ha restaurado por completo. Como en el pasado, son solamente los oficiales de los departamentos gubernamentales, entre quienes hay muchos oportunistas, quienes disfrutan de total confianza. Es verdad que a la larga ha habido un ligero cambio –a los teatros se les ha dado el derecho de redactar sus propios programas de repertorio… pero desafortunadamente esto aplica sólo para los clásicos y no para los trabajos sobre sujetos contemporáneos.

16. *The Modern Quarterly* fue una revista vinculada al PCGB. Fundada en 1938 en plena efervescencia militante entre la intelectualidad británica, se volcó hacia las ciencias naturales: más de la mitad de sus editores eran científicos. Tras la guerra, bajo la dirección de John Lewis, se convirtió en la revista teórica del Partido. En 1972, Lewis polemizó en *Marxism Today* –otra revista vinculada al PCGB– con Louis Althusser. Éste respondió en la misma revista con "Replay to John Lewis". Thompson se refiere en varias ocasiones a esta polémica en *The Poverty of Theory* (*La miseria de la teoría*), adoptando una postura crítica con ambos contendientes.

17. *Voprosy Filosofi* fue una revista soviética de filosofía fundada en 1947 siguiendo las directrices del ministro de cultura Zhdanov. Editada por el Instituto de Filosofía

Es claro que una sociedad que en su andar inhibe el afloramiento de ideas debe encontrarse con crecientes dificultades, económicas, políticas, internacionales. Cómo es posible que después de cuarenta años de *poder soviético*, las sedes del conocimiento (excepto ciencias tecnológicas y relacionadas) deban ser ocupadas por hombres de confianza, académicos y "el payaso noble y servil, / quien con astucia usurpadora, limita el aprendizaje."[18]

El antiintelectualismo tiene profundas raíces dentro de todos los movimientos de la clase trabajadora. Surge, primero, desde esa intensa lealtad al partido o a la organización (y la consecuente desconfianza del individuo o el no-conformista),[19] que es una cualidad necesaria si la clase trabajadora se va a consolidar en una fuerza política efectiva. Segundo, de la hostilidad de los revolucionarios a las ideas prevalecientes en la clase gobernante, y a aquellos intelectuales

de la Academia de las Ciencias, se convirtió en una de las principales revistas de filosofía en lengua rusa.

18. Se trata de un fragmento del poema *Hero and Lender* (*Hero y Leandro*) de Cristopher Marlowe, quien fue un poeta y dramaturgo inglés, gran innovador del teatro isabelino, y quien influyó en la obra de Shakespeare, de quien fue contemporáneo. Tuvo una vida agitada y oscura y aún se especula sobre su posible servicio como espía de la reina, sus coqueteos con el catolicismo y las sucesivas acusaciones por traición, así como su implicación en varios homicidios. En una de estas reyertas resultó muerto. Sin embargo, esta versión oficial ha sido cuestionada por varios críticos literarios que sostienen que en realidad todo fue un montaje para ocultar a Marlow de la justicia. Lo importante de esta teoría es que sostiene que algunas obras de Shakespeare fueron escritas en realidad por Marlowe en la clandestinidad, pero firmadas por aquél con el fin de que pudieran ver la luz. El poema *Hero and Lender* está basado en el mito griego del amor prohibido de Hero y Leandro. En el fragmento que reproduce Thompson, Marlowe condena la situación de exclusión a la que se ve sometido el poeta (el hombre culto en general) en el ámbito terrenal (en la sociedad, podríamos decir), al no ser reconocida su virtud por los poderosos.

19. Nuevamente, asistimos aquí a un desplazamiento de un lenguaje de origen religioso (el no-conformismo, como término con el que eran denominadas las sectas disidentes desde el siglo XVI) al terreno político, pasando a denotar la cualidad de protesta y oposición que puede (y debe) adquirir en este caso la clase obrera.

que comparten su perspectiva y sus privilegios y proveen sus ideas. Además, en cualquier revolución socialista es necesario que exista una tensión; y en un país atrasado como Rusia, con una tensión excepcionalmente aguda entre los valores de la colectividad y el individualismo –donde la posibilidad de la libre expresión de la personalidad creativa ha existido sólo para los menos, y ha coexistido con la explotación salvaje de los más–, es inevitable que el periodo de transición hacia una vida creativa completa para la mayoría limitará, al mismo tiempo, las posibilidades de vida para la minoría. Estas tensiones entre el individualismo y los valores sociales, entre la disciplina colectiva y esa iniciativa intelectual que al final siempre debe surgir del individuo, son intrínsecas al conflicto entre la burguesía moribunda y la sociedad socialista emergente. También debe esperarse que en cualquier periodo de cambio revolucionario, la magnitud de los problemas, la inspiración ferviente de los tiempos, llevará al desaliento del pensamiento especulativo, a una literatura de compromiso, a una ciencia con un tono práctico utilitario –dichas demandas ahogarán al intelectual socialista desde el exterior, y, de igual manera, él sentirá las mismas incitaciones desde su interior–.

Entonces, estas tendencias se esperan en la fase de la transición, aunque hay otras bastante contrarias, ambas dentro de la vida de la clase trabajadora y dentro de la tradición socialista. Pero las tendencias están presentes, pueden ser exacerbadas dentro de ciertos contextos históricos y sociales y, por lo tanto, pueden expresarse más fácilmente en las etapas iniciales de la construcción de la sociedad socialista, tanto en la forma institucional como en la ideológica.[20] El estalinismo encontró la forma institucional al

20. En este pasaje, Thompson presenta la idea de contexto que se encuentra de manera implícita vinculada a la idea de determinación. Se aprecia en este sentido una concepción abierta y no mecánica de esta última: la subjetividad (en este caso, la clase trabajadora o las ideas que constituyen la tradición socialista) está conformada por tendencias -y parece insistir en este punto- de carácter

eliminar a la oposición, imponiendo el control burocrático sobre todas las actividades intelectuales y destruyendo –tanto al interior como al exterior de Rusia– la democracia dentro del Partido Comunista, bajo la estructura rígida del *centralismo democrático*.[21] Al mismo tiempo, el estalinismo consolidó en una forma ideológica rígida aquellos conceptos partidarios o fragmentarios que expresan la visión de una élite revolucionaria guiando a las clases sociales terriblemente explotadas, así como despojadas culturalmente. Lenin, en el periodo de Posguerra, vislumbró los peligros:

> La gente se cuelga muy fácilmente y a la ligera de la "cultura proletaria".[22] Nosotros estaríamos satisfechos con la cultura burguesa real para comenzar, y estaríamos felices, en principio, de ser capaces de despachar con los tipos más pobres de la cultura pre-burguesa, por ejemplo, la cultura burocrática o servil. En materia de cultura, apresurar y extender las medidas son las peores situaciones posibles.

contradictorio. Los contextos contribuyen a intensificar unas tendencias y a limitar otras (la determinación como imposición de límites y ejercicio de presiones, que en la década de los 70 Thompson hace explícita y retoma de la obra de Raymond Williams, parece encontrarse ya aquí). De este punto se deduce una concepción abierta del proceso histórico que, sin embargo, no es aleatoria o indeterminada: no viene marcada por una esencia subjetiva, ni por un imperativo objetivo; por el contrario, las tendencias subjetivas se activan según su relación contingente con el contexto. Sobre el concepto de determinación en Thompson, consultar la nota 37 de "La Nueva Izquierda".

21. Modelo de organización marxista-leninista de partidos que combina elementos democráticos con una férrea disciplina de partido. Supuestamente, la elección de cargos y la rendición de cuentas se harían de abajo hacia arriba. Acatar las decisiones de los órganos superiores por parte de las bases y supeditar la voluntad minoritaria a la mayoritaria con el objetivo de perseguir la eficacia y la unidad de acción constituirían las bases de la disciplina de partido. Esta lógica está vinculada a la idea de una vanguardia revolucionaria que dirige y organiza el asalto al poder. Al respecto, puede consultarse la nota 38 en "La Nueva Izquierda".

22. Sobre cultura proletaria o *Proletkultur*, ver la nota 3 en "El punto de producción".

Pero en el proceso de transformar al campesinado atrasado de Rusia en una sociedad industrial avanzada, la advertencia de Lenin fue hecha a un lado. El estalinismo alaba el partidismo y prefiere la ideología y la falsa conciencia a la verdadera, a la cual Marx y Engels dedicaron sus vidas con el fin de liberarse de ellas. La lucha para alcanzar un entendimiento objetivo de la realidad social fue denunciada como *objetivismo*, una traición al compromiso con la clase revolucionaria. Como podemos ver, el estalinismo convirtió los conceptos de *reflejo* y de *superestructura* en operaciones mecánicas de un modelo semiautomático.[23]

23. A lo largo del pasaje, el lector encontrará una crítica al modelo base-superestructura que, por otro lado, constituye una constante a lo largo de la trayectoria de Thompson. Cabe recordar que el propio Hobsbawm señala que la formación literaria de muchos de los historiadores que formaban el grupo del Partido Comunista les llevó a preocuparse, quizás más que los propios economistas marxistas, por el problema de la relación entre la base y la superestructura. En todo caso, la crítica de Thompson al modelo se alimenta de fuentes específicas. En primer lugar, podemos destacar la figura de Christopher Caudwell (sobre Caudwell puede consultarse la nota 24 en "El socialismo y los intelectuales. Una réplica"), cuya crítica a la ideología burguesa viene acompañada de un denodado esfuerzo teórico por sustituir la metáfora base (economía)-superestructura (ideología) por una dialéctica de la praxis (Thompson, 2000). En segundo lugar, la influencia de algunos marxistas británicos que pertenecían a una generación anterior a la suya y estaban preocupados por problemas culturales, políticos e ideológicos, alejándose del uso dogmático de la metáfora (v. g. Maurice Dobb, Donna Torr o Christopher Hill). En tercer lugar, el estudio que llevó a cabo de William Morris y su crítica al materialismo economicista; lo que va a apuntalar el rechazo de Thompson al mecanicismo del modelo base-superestructura. Posteriormente, el autor incorporaría algunos argumentos de la crítica que realiza Raymond Williams en *Marxismo y Literatura*. Thompson afirma que algunos de los problemas que acarrean el uso de esta metáfora pueden rastrearse ya en Marx y Engels. También sostendrá en diversas ocasiones que la contribución fundamental de Marx a la ciencia social fue señalar que la forma en la que los hombres producen sus medios de vida resulta determinante en la dinámica de todo el proceso social: sin conocer cómo una sociedad produce sus bienes de vida, resulta imposible determinar cómo se comporta en el resto de las esferas sociales (cómo piensa, cómo se organiza políticamente, cómo distribuye los recursos, etcétera). Este programa de investigación constituía el trasunto filosófi-

Los procesos conscientes del conflicto individual eran vistos no como agentes en la creación de la historia, sino como una irritante penumbra de ilusiones o reflexiones imperfectas, perdiéndose detrás de las fuerzas económicas. Las ideas de los críticos o de

co de la tesis materialista que, –invirtiendo el idealismo hegeliano– estipulaba que el ser determina la conciencia. Para dar cuenta de la manera en que una sociedad producía sus medios de vida, Marx elaboró el concepto de *modo de producción*. Entre el modo de producción de una sociedad y la dinámica de una formación social, Marx advertía una correspondencia en la que el primer término resultaba determinante. Ahora bien, si podía postularse y demostrarse que hay una correspondencia entre el modo de producción y el proceso histórico, la cuestión que quedaba por resolver es cómo y por qué caminos se establece. Marx y Engels usaron diversas analogías para dar cuenta de este fenómeno. La que alcanzó mayor éxito y fue definitivamente incorporada por el canon de la ortodoxia marxista fue la metáfora base-superestructura. Si Thompson acepta el papel determinante que ejerce el modo de producción, rechazará, sin embargo, la explicación de este fenómeno a partir de dicha metáfora. Su crítica apuntará a dos reduccionismos implícitos. En primer lugar al reduccionismo mecanicista. La interpretación clásica de la metáfora base-superestructura –cuya forma más acabada es presentada por Marx en el Prólogo a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*– establece una distinción entre la esfera productiva de la sociedad (con sus correspondientes relaciones de producción) y el complejo ideológico que se corresponde con aquélla (articulación política y legal, cultura, arte o formas religiosas, entre otras). La relación entre ambas se establecía bajo una suerte de lógica del reflejo: cuando se producía un cambio en la base material, todo el complejo de superestructuras cambiaba adecuándose a la nueva situación definida por la estructura productiva. Los cambios en la conciencia social podían explicarse por los cambios en la estructura del modo de producción, ya que aquéllos reflejan –"sin gasto alguno", en palabras de Raymond Williams– la determinación que éstos ejercen. Es aquí donde se aprecia el mecanicismo implícito: la aplicación ritualizada de una fórmula dogmática sustituye el análisis empírico de la manera concreta por medio de la cual se establecen esos vínculos determinantes. Para ilustrar este problema, Thompson rememora en *La miseria de la teoría* la analogía que hizo Engels entre Darwin y Marx, aduciendo que resulta aún más exacta de lo que el mismo Engels pretendía. Al igual que Darwin habría elaborado una teoría que explicaba la transformación de las especies, pero en la que quedaban ocultos los medios genéticos reales por los que operaba esta transformación, "análogamente, el materialismo histórico como hipótesis quedó desprovisto de su propia genética" (Thompson, 1978b: 356). Lo que Thompson advierte es la falta de un filtro para explicar cómo el proceso histórico

los opositores eran y son vistas como síntomas de conspiración o penetración burguesa, sujetos de abuso, temor o sospecha. Por lo tanto, era más sencillo abolir la categoría económica de la cual surgían las ideas –la vieja inteligencia, la minoría nacional– que cambiar sus mentes y su forma de vida. Así que, en el Occidente se da la intensa desconfianza del propio intelectual comunista

y la conciencia social gozan de autonomía, a la par que se encuentran determinados por el modo de producción (Thompson, 1978b: 81). El autor considera que fue en el combate que Marx libró contra la economía política cuando este reduccionismo mecanicista se enquistó en el marxismo. En su polémica, Marx se vio obligado a aislar la esfera de la producción del resto de actividades humanas y abstraerla del proceso social con el fin de mostrar cómo quedaba subordinada a la lógica del capital. Este proyecto, en el que el siguiente paso hubiera sido averiguar cómo se relacionan en el proceso social las diferentes actividades entre sí, nunca fue completado. El segundo reduccionismo es el economicismo. El problema radica en que, una vez aislada la base productiva de la sociedad, es fácil pasar a identificar estas relaciones sociales de producción con otras de tipo exclusivamente económico, y de aquí, toda la superestructura ideológica y el proceso histórico de una formación social como una derivada mecánica del movimiento y las necesidades económicas. Contra este reduccionismo, Thompson argumenta de dos maneras. En primer lugar, prescribir la prioridad causal de la esfera económica poseería, en todo caso, un valor histórico, no teórico. Thompson nos recuerda cómo la propia categoría de economía y la idea de que era posible aislar las actividades económicas de las no económicas fue el producto de una fase particular de la evolución capitalista (Thompson, 1978b: 83). En el momento en que dirigimos nuestra mirada a otras sociedades, caemos en la cuenta de que los imperativos religiosos, morales o sociales se encontraban "inextricablemente unidos con las necesidades económicas" (Thompson, 2002: 160-161). Lo que Bourdieu denominaría la *autonomía del campo económico* es algo que, en el caso de Inglaterra, comienza a ocurrir hasta el siglo XVIII, aún de forma conflictiva. De hecho, uno de los estudios más celebrados de Thompson sobre esta época, "The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century" ("La economía moral de la multitud"), puede entenderse como un estudio del conflicto entre dos formas de interpretar el problema de la distribución de grano en época de escasez: un modelo tradicional que pretendía regular esa distribución según criterios y normas morales, y el modelo de la economía política que, apoyándose en el argumento de la libertad del mercado, pretendía que la distribución respondiera exclusivamente a criterios económicos naturales. El triunfo de los *economistas* en ésta y en el resto de áreas de la producción

de clase media, la degradación ante la corrección *instintiva* de las actitudes de la clase trabajadora, la cual (comenzando por una válida autocorrección de las actitudes surgidas de la experiencia burguesa limitada y partisana) se balancea hacia su opuesto y

y distribución de recursos instituyó la esfera económica como campo autónomo regulado por sus propios criterios. En definitiva, la prioridad de lo económico no puede sostenerse como un principio teórico general: es del resultado de las luchas sociales, de las que depende que una determinada formación social dé prioridad a unos recursos sobre otros o dote de autonomía a ciertas regulaciones. Este contraargumento nos abre la puerta del siguiente: aun en el caso del modo de producción capitalista, donde es posible distinguir por primera vez en la historia una esfera económica autónoma, ésta no puede situarse al margen de la intromisión de la lógica de otros campos. Lo que Thompson cuestiona no es que se discrimine y abstraigan determinadas relaciones sociales en función del acceso a los recursos materiales –es decir, que en un momento analítico se consideren las relaciones de producción como relaciones meramente económicas–, sino que en el momento en que consideramos la producción como una actividad humana –y, como tal, como un proceso que implica al ser humano concreto que al producir, imagina, valora o piensa–, no podemos describirla exclusivamente en términos económicos, dejando a un lado, como elementos secundarios, los esquemas culturales y cognitivos en torno a los cuales se organiza (Thompson, 2002: 158 y 162). Nuevamente, cabe retrotraer al propio Marx y su combate contra la economía política, el origen de este reduccionismo secular en la tradición del materialismo histórico. La economía política partía de la premisa de que era posible, no sólo identificar como económicas ciertas actividades humanas particulares, sino aislarlas y evitar encabalgamientos de unas con otras (Thompson, 1978b: 252). Marx asumiría este supuesto e identificaría la base productiva de la sociedad con la esfera económica, deslindada del resto. Al terminar dotando a este modelo de substantividad, se acabó por asumir implícitamente lo que Thompson entiende como una absorción economicista de la antropología (Thompson, 1978b: 336-337), es decir, la definición de las necesidades y relaciones humanas primarias en clave económica, lo que suponía introducir de tapado, aun de forma invertida, al *homo economicus* de la Economía Política. En definitiva, cabe resumir el rechazo por parte de Thompson de la metáfora base-superestructura en los siguientes términos: dicha analogía posee un carácter mecánico que le impide dar cuenta de la lógica del proceso histórico (Thompson, 1978b: 80); tiende a substantivar las categorías abstractas del modelo analítico a través de las cuales ha separado la vida humana en áreas diferenciadas (Thompson, 1978b: 302); acaba considerando unas áreas (la base económica) como más reales que otras (superestructuras culturales), que

cuelga como una bomba humeante de inhibiciones para evitar el crecimiento intelectual robusto y confiable. De ahí que también las formas más extremas y casi patológicas del antiintelectualismo se encuentren no entre los proletarios militantes, sino entre los intelectuales de clase media que se han convertido en apologistas estalinistas. Stalin al menos creía en su propia ideología. El estalinismo, en la era de Kruschev,[24] había perdido toda confianza en

en todo caso sólo responden a un reflejo o función de aquélla (Thompson, 2000: 39 y 40); finalmente, olvida que estas áreas no son en realidad ni instancias ni niveles, sino actividades humanas (Thompson, 1978b: 289). Por tanto, se trata de una mala metáfora para dar cuenta de cómo el modo de producción –y sus relaciones concomitantes– determina el proceso histórico y cómo estas determinaciones encuentran expresión en todas las esferas de la vida social (Thompson, 1978b: 83-84). En manos de Stalin –insiste Thompson a lo largo de este artículo–, de una metáfora desafortunada se convirtió en un artefacto peligroso". Cómo veíamos en la primera nota del texto, el modelo base-superestructura anuda bajo la ideología estalinista, el mecanicismo y el economicismo con el antiintelectualismo y el nihilismo moral. La metáfora parece justificar que a partir de la posición que un agente ocupa en la estructura de relaciones de producción sea posible derivar y explicar la conciencia correspondiente y el subsiguiente curso de acción, pues éstos se consideran un reflejo pasivo de la infraestructura, una respuesta involuntaria al mecanismo impersonal de la base. Al identificar la producción con una serie de dinámicas impersonales y necesidades puramente económicas, al eliminar del horizonte intelectual y moral la creatividad y la iniciativa del ser humano concreto, se recae en una suerte de dogmatismo de las categorías del modelo –que desemboca en una suerte de fetichismo de la industria pesada– y en un utilitarismo que ve en los hombres un mero instrumento de la producción. Si se sustituye al *hombre creativo* por una cosa pasiva, resulta más fácil, al pasar al plano político, ver al enemigo o al intelectual disidente como una cosa. Sobre el marxismo thompsoniano, el modelo base-superestructura y la relación economía-cultura en la obra de Thompson, hay una bibliografía notable. Puede consultarse: Anderson, 1967 y 1980; Clarke, 1979; Eley, 1990; Gray, 1990; Johnson, 1978 y 1979; Kaye, 1984; McCann, 1997; Palmer, 1981 y 1993; Rosaldo, 1990; Steingberg, 1996; Stevenson, 1995; Ward, 1982; Wood, 1990.

24. Fue secretario del Comité Central del Partido Comunista de la URSS entre 1953 y 1964. Aunque su ascenso dentro de la jerarquía del partido no puede entenderse sin su filiación estalinista, en 1956, durante el XX Congreso del PCUS, llevó a cabo una crítica de los excesos del estalinismo, que pasó a ser conocida como el informe Kruschev. Éste insistía en los errores teóricos y políticos de Stalin y

sí mismo. De modo que, como lo señala *Pravda* (26 de diciembre de 1956):[25]

> Sería un error pensar que la propaganda burguesa no influye en las mentes del pueblo soviético, notablemente en aquéllas de la juventud. Algunos camaradas han malinterpretado los cambios recientes en la línea del Partido… La reacción imperialista moviliza todo su arsenal de mentiras y calumnias hacia una reciente cruzada en contra de la visión mundial del marxismo-leninismo. La prensa reaccionaria está llena de frases mentirosas acerca del llamado comunismo nacional, con la única pretensión de desorientar a las masas obreras. Bajo la influencia de esta propaganda, y de una negativa o incapacidad para analizar correctamente los eventos recientes, algunos elementos indecisos están abandonando el marxismo-leninismo o están tratando de revisarlo.

Pero el estalinismo ya no se conoce a sí mismo. Qué sencillo sería si la gente no tuviera mentes, si la superestructura fuera cortada y la sociedad fuera toda base. Entonces, todo este absurdo proceso de reflejo podría haberse eliminado. Las ideas ya no son vistas como el medio por el cual los hombres aprehenden el mundo, razonan,

denunciaba la represión indiscriminada y el culto a la personalidad en los que derivó el régimen. Las expectativas de apertura que se expresaron a la muerte de Stalin en 1953 en diferentes países del bloque del Este se vieron reforzadas con la difusión del informe. No obstante, la autocrítica estaba limitada por la *realpolitik* de la Guerra Fría, y ante el desafío aperturista, el PCUS cerró filas y aplastó a la disidencia. El caso más significativo fue el de Hungría (ver nota 30 en "El Socialismo y los intelectuales"). La difusión del informe y la posterior invasión de dicho país fueron la causa de uno de los mayores cismas en la historia del comunismo internacional. Sobre el caso británico y la renuncia de Thompson y otros intelectuales al PCGB, pueden consultarse la Introducción y la nota 1 de "El Socialismo y los intelectuales".

25. *Pravda* (*verdad* en ruso) fue el periódico oficial del Partido Comunista de la Unión Soviética. Constituía uno de los principales medios de difusión de las líneas ideológicas del partido. Actualmente todavía se publica.

argumentan, debaten y eligen; éstas son como demonios, como los aromas cautivantes que se desprenden de la cocina imperialista y proletaria. Uno se pregunta si acaso los editores de *Pravda* alguna vez especularon sobre lo que había hecho Marx durante toda su vida, en este esfuerzo gigantesco para dar a sus conceptos un orden racional.

Este automatismo económico ciertamente no es marxista.[26] A través de los años, algunos marxistas occidentales han desarrollado un tipo de mentalidad dividida. Por un lado, han tratado de desarrollar creativamente las *ideas del movimiento* adaptables de Marx y Engels; por el otro, han enfrentado de manera incorrecta el hecho de que el estalinismo habló en un lenguaje distinto. También han estado al tanto, por ejemplo, de que la Enciclopedia Soviética está plagada de distorsiones de la historia sumamente obvias y de

26. Hay que leer esta frase con cuidado porque anuncia la posición de Thompson respecto al debate sobre la responsabilidad teórica y moral del marxismo en el estalinismo. Nuestro autor intenta establecer una línea divisoria entre Marx, Lenin y Stalin, sin ocultar que existe una genealogía en ciertos aspectos que merece la pena discutir. En la nota 23 ya nos hemos referido a este problema al hablar de la metáfora base-superestructura. Adelantándonos al argumento de Thompson, cabe señalar que, al menos en este momento –en la contrarréplica al "Humanismo socialista" (en "Acción y elección") matiza su postura–, el autor considera que la tradición marxista no tiene un origen puro, y esta ambigüedad justifica desarrollos posteriores alternativos. Es cierto que Marx y Engels eran contrarios a una interpretación mecanicista del materialismo histórico, pero también lo es que la brecha entre la realidad social y la conciencia o la cultura no fue desarrollada por ellos mediante estudios empíricos, de modo que la tesis materialista de que la realidad material determina la conciencia pudo ser leída en clave de un reflejo de las relaciones de producción sobre la esfera cultural. Hemos discutido sobre esto en la nota anterior. Lenin parte de esta tesis materialista y desarrolla, a lo largo de *Materialismo y empiriocriticismo*, una serie de falacias que Thompson va a discutir más adelante. Estas falacias fueron sistematizadas y convertidas en dogma por Stalin, convirtiéndose en la ideología oficial de esa élite revolucionaria transformada en burocracia. En esta ideología, cualquier sentido de los hombres y mujeres concretos, víctimas y protagonistas de su propia historia, ha desaparecido por completo.

reducciones vulgares de las ideas de destacados pensadores y escritores del pasado en términos de su origen de clase, entre otras. No obstante, tampoco han considerado esto como la vulgarización de ideas fragmentadas, y rechazaron aceptar que esto había derivado del carácter esencial de la ideología dominante en la sociedad soviética. Debemos reflexionar en torno a que las ideas son manejadas crudamente por los partidos, las instituciones, los procesos sociales. La ideología de *laisser faire* de los molineros victorianos no fue la misma cosa que el pensamiento de Adam Smith y Bentham; la clase media sujeta sólo a determinadas ideas –y que frecuentemente eran entendidas incorrectamente– adaptó éstas a sus propios intereses. Casi el mismo proceso se ha dado con el marxismo en la sociedad soviética. El gerente industrial soviético ya no es más el discípulo de Marx, así como lo fue Bounderby de Adam Smith.[27]

Sin embargo, ésta no es sólo una cuestión de vulgarización de ideas. El automatismo económico encontró una manifestación creciente en los escritos de Stalin y llegó a revelarse por completo en "El Marxismo y los problemas de la lingüística". Marx derivó del estudio de la historia la observación de que "el ser social determina la conciencia social". En la sociedad de clases, la conciencia de los hombres en torno a la realidad social, cuando es vista desde la posición de la efectividad histórica, toma su forma de la estructura de clases de dicha sociedad. Es decir, las personas crecen dentro de

27. Bounderby es un personaje de la novela *Hard Times* de Charles Dickens. Bounderby representa al capitalista sin escrúpulos, que no deja de recordar que se trata de un hombre hecho a sí mismo por medio del trabajo duro y el sentido de la oportunidad. El pasaje debe leerse en relación con la nota anterior y con el proceso de vulgarización e ideologización de ciertos principios intelectuales. La comparación de lo que proponían Adam Smith o Jeremy Bentahm con la ideología de los molineros que defendían en el *laissez faire* –que Thompson estudia de manera pormenorizada en "La Economía Moral de la Multitud"– o con el personaje de Bounderby es análoga a la que podría establecerse entre el materialismo histórico de Marx y la ideología estalinista.

un ambiente social y cultural que no es el de todos los hombres, sino el de determinados individuos con intereses opuestos a los de otros; ellos experimentan la vida como miembros de una clase, una nación, una familia. Pero ésta no es una reacción automática en la mente del individuo. Al mismo tiempo, él experimenta y –dentro de las limitaciones del modelo cultural de su clase social (tradiciones, prejuicios, etcétera)– reflexiona acerca de su propia experiencia. Obviamente, los hombres con experiencias similares piensan de manera diferente; todo tipo de ideas raras, locas, excepcionales son ideadas; los individuos sobresalientes, como Shakespeare o Marx, ciertamente no reflejan su experiencia de clase solamente. *Reflejo* (en este contexto) es un término que describe procesos sociales (y uno con connotaciones desafortunadas). Se puede observar en la historia que los hombres con los mismos intereses económicos y experiencias de clase tamizan y aceptan estas ideas que justifican sus intereses de clase, formando a partir de ellas un sistema de ideas partisanas, parcialmente falsas: una ideología. Dichas ideas, que no se adaptan a los intereses de cualquier grupo social efectivo, están mortinatas o (como en la *Utopía* de Moro) permanecen suspendidas, sin efectividad social, hasta que nuevas fuerzas sociales emerjan. Pero es de primera importancia que los hombres reflejen la experiencia no sólo de manera pasiva; ellos también piensan en torno a esa experiencia, y su pensamiento afecta la manera en que actúan. El pensamiento es la parte creativa del hombre, la cual, aun en la sociedad de clases, lo hace parcialmente un agente en la historia, así como también es parcialmente víctima de este ambiente. Si esto no fuera así, su conciencia dejaría un rastro pasivo detrás de su existencia cambiante, o dejaría de cambiar:

> La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación modificada, olvida que son los hombres, precisamente, los que hacen que

cambien las circunstancias, y que el propio educador necesita ser educado (Marx, *Tercera Tesis sobre Feuerbach*).[28]

28. Podríamos considerar el pasaje anterior como la propuesta que Thompson contrapone a su crítica del modelo base-superestructura. Resulta un pasaje realmente relevante, pues en él apreciamos elementos fundamentales que constituirán el armazón teórico de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* y, en general, la concepción de la subjetividad que atraviesa el resto de la obra thompsoniana. El concepto clave del pasaje y del entramado teórico de *La formación de la clase obrera es el de experiencia*. Thompson no pretende aquí o en otro lado una fundamentación filosófica del concepto; su uso busca más bien ayudar a la comprensión de la acción humana en la historia como creación condicionada. La tesis materialista afirma que los cambios en las condiciones sociales y la estructura de clases determina la conciencia social. Pero el efecto de este cambio en la respuesta del agente, nos recuerda Thompson, no se produce de manera mecánica por varias razones. Una de ellas –que es la que ahora nos interesa– es porque entre el cambio en las condiciones y la respuesta del agente, transcurre tiempo, una dilación temporal que media entre ambos momentos y que es donde se sitúa el proceso experiencial. Ahora bien, la experiencia no sólo conecta sino que refracta el mundo de las determinaciones que imponen las condiciones de clase en la conciencia y en la acción. Esto ocurre porque la experiencia supone para el agente tanto la vivencia del cambio –el hecho de que éste acaezca, de forma objetiva podríamos decir, en su horizonte de vida– como la apropiación del mismo –es decir, su incorporación a la dimensión subjetiva–. Esta doble dimensión de la experiencia es lo que lleva a Thompson a realizar una distinción que ya se anuncia en este pasaje, pero que no desarrolló ni en *The Making* ni en *The Poverty*. Para responder a las críticas que Stuart Hall y Richard Johnson hicieron en 1981 al concepto de experiencia, nuestro autor distinguió de forma explícita dos momentos o niveles: la experiencia vivida (EI) y la experiencia percibida (EII) (Thompson, 1984: 314). Los cambios acaecidos en las condiciones sociales dan lugar a una experiencia vivida (EI) que, sin embargo, no penetra instantáneamente como reflejos en la conciencia del agente. Para que estos cambios tengan acceso a la conciencia y produzcan efectos sobre la práctica, deben haber sido articulados en primer lugar por la EII. De forma que la EI constituye un *a priori* vital derivado, podríamos decir, de la simple presencia del agente en el mundo. Conforma el horizonte de vivencia más allá de su propia voluntad, intención o dotación de sentido. Esta EI es determinante, puesto que impone al agente unas urgencias, unas cuestiones o unos materiales, en definitiva, configura los límites y las presiones a los que se ve sometida la articulación de la vivencia en el campo de la EII. De esta manera, Thompson afirma que la experiencia "comprende la respuesta mental y emocional, bien de un individuo o de un grupo social, a muchas situaciones interrelacio-

En todos sus análisis históricos, Marx y Engels siempre tomaron en cuenta esta interacción dialéctica entre la conciencia (tanto activa como pasiva) y el ser social. No obstante, al tratar de explicar sus ideas, lo hicieron a través de un modelo de fantasía: la base de las relaciones sociales (en la producción) y la superestructura de varias ramas del pensamiento, las instituciones, etcétera, partiendo de la primera e impactando sobre la segunda. De hecho, dicha base y superestructura nunca existieron; es una metáfora para ayudarnos a entender qué es lo que sí existe: los hombres que actúan, experimentan, reflexionan y actúan otra vez. Éste resulta ser un modelo malo y peligroso, ya que Stalin lo usó no como una imagen de los hombres cambiando en la sociedad, sino como un modelo mecánico, operando semiautomáticamente, independientemente de la acción humana consciente. Por consiguiente, Stalin declaró que la superestructura:

nadas o a numerosas repeticiones del mismo tipo de situaciones" (Thompson, 1978b: 199). Es importante notar que el agente puede dar dos tipos de respuestas que no se presentan como excluyentes: a través del sentimiento (en forma de emociones) y a través del pensamiento (en forma de ideas). Cada una de estas vías se corresponde con un tipo de conciencia: la afectiva o moral y la racional, respectivamente. Existen, por tanto, dos maneras posibles de articular la experiencia vivida. Cuando el cambio en las condiciones de existencia se percibe bajo la forma de emociones, la conciencia afectiva articula esos sentimientos en el marco de la cultura en la que se ha forjado, por medio de determinados valores, normas, miedos, tabúes, etcétera. Cuando la vivencia del cambio se percibe a través del pensamiento, es la conciencia racional la que, a partir de los recursos intelectuales del agente, articula dicha vivencia en términos de ideas (Thompson, 1978b: 356 y 363). De aquí se deriva un importante corolario: el agente no se enfrenta a las condiciones sociales como una subjetividad abstracta, sino como un sujeto cultural e intelectualmente ya constituido. La determinación de dichas condiciones no se ejerce sobre *materia prima humana*, sino sobre individuos concretos que cuentan con un determinado utillaje cultural y cognitivo (Sewell Jr., 1994: 91). De aquí que la articulación de esos cambios vividos por el individuo se produzca a través de un diálogo entre dicha vivencia y una conciencia afectiva e intelectual ya formada –la cual, evidentemente, es producto de experiencias anteriores (v. g. el artesano que vive la Revolución Industrial y dota

> está conectada con la producción sólo de manera indirecta, a través de la economía, a través de la base. De esta manera, la superestructura refleja los cambios en el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas no inmediatamente y no directamente, pero sólo después de los cambios en la base, a través del prisma de los cambios provocados en la base por los cambios en la producción.

Por supuesto, esto es absurdo: de ninguna manera es aplicable a los seres humanos. Una idea no es un reflejo de un gasómetro, no importa a través de qué prisma se vea. Esto rebaja a la conciencia humana como si se tratase de una forma de respuesta errática e involuntaria a las fábricas de acero y de ladrillos, que están en un proceso espontáneo de acercamiento y convergencia. Sin embargo,

de significado a este cambio desde su conciencia de *inglés libre* por *nacimiento*, categoría que implica una serie de emociones, valores y recursos intelectuales)–. Ahora bien, que el diálogo se establezca con una conciencia ya constituida no significa que lo esté de una vez para siempre. Es aquí donde entra todo el proceso de aprendizaje práctico o experimental que constituye un rasgo definitorio de la subjetividad thompsoniana (al respecto se puede consultar la nota 22 en "El punto de producción"). El autor sustituye una concepción de la *conciencia como entidad* por otra de la *conciencia como potencia*: la conciencia afectiva y racional del agente constituye un *fondo de recursos diversos* que pueden ser movilizados en función de las determinaciones y posibilidades inscritas en la vivencia. Si una serie de cambios en las condiciones sociales impone una nueva vivencia, ésta puede ser movilizada por recursos asociados a una conciencia forjada bajo condiciones anteriores, de forma que las respuestas que ofrece ante la nueva situación no resultan satisfactorias: la percepción de los cambios (EII) no parece corresponderse con lo que está viviendo (EI), lo que supone una contradicción o conflicto que reclama su superación. Ésta sólo llega por medio de un trabajo que implica la reflexión sobre la experiencia vivida y la incorporación de nuevos recursos que abran la posibilidad a una articulación alternativa. A lo largo de este proceso, la nueva conciencia emerge a partir de un trabajo que supone la superación de la vieja conciencia y su adecuación a las nuevas circunstancias (Thompson, 1984: 315). Esta adquisición de nuevos recursos sólo se logra con el concurso activo del agente, de manera que en la formación de la nueva conciencia, el *alumno* participa de forma activa el sujeto interviene de forma activa en el curso de los acontecimientos. Es a partir de estos elementos

los hombres son conscientes de sí mismos: esta base económica está construida con acciones humanas –trabajo, distribución, venta–, y si por sus acciones cambian sus relaciones con algún otro individuo (algunos se vuelven dueños, otros servidumbre), están obligados a experimentar esto de igual forma, y afectará de sobremanera sus ideas. No obstante, porque Marx redujo su concepto de *proceso* a un burdo modelo estático, el estalinismo desarrolló esta mística en donde estas fuerzas materiales ciegas no humanas están dotadas con voluntad –y aún con conciencia– propia. El hombre creativo se ha transformado en una *cosa pasiva*, y las cosas, trabajando a través de prismas, están dotadas con una herencia creativa. El papel del hombre es servir a estas cosas para traer más y más fuerzas productivas a la vida: "La superestructura es creada por la base precisamente en orden de servirla, para ayudarla activamente a tomar forma y consolidarse, para luchar por la eliminación de la vieja consigna de base, junto con su superestructura."

¡Qué lejos estamos de los hombres y las mujeres reales, de los educadores y los educandos! De ahí el argumento de Stalin de que la ciencia histórica "puede volverse tan precisa como una ciencia, permítannos decir, como la biología". Esto no tiene sentido. Las técnicas científicas pueden ser usadas en el estudio de la historia, podemos hablar de emplear un método científico, pero jamás conseguiremos una ciencia de la historia *precisa*, como una ciencia natural, debido a la acción creativa del hombre. Ninguna base

que el sujeto interviene de forma activa en el curso de los acontecimientos. En definitiva, el concepto de experiencia resulta una de las piezas claves de la *agency* thompsoniana. La experiencia está determinada por las condiciones sociales y en las sociedades de clase adquiere una naturaleza clasista. Pero la experiencia también es construida por el agente de forma creativa a partir de un conjunto de recursos intelectuales y morales. De esta articulación de la experiencia emerge la conciencia social que, por otro lado, está sujeta a los cambios que introduce el agente en el proceso de aprendizaje y de confrontación con el mundo. Este marco interpretativo que ya se anuncia en el pasaje será el que articule el relato de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*.

jamás inventó una máquina de vapor, o se sentó en el Consejo Nacional de la Industria del Carbón.[29]

Es, entonces, un pobre modelo que en manos de Stalin derivó en abstracciones peligrosas. Las ideas hostiles al socialismo o al estalinismo eran vistas como la última carrera desesperada de una vieja superestructura; es mucho más sencillo ser inhumano si uno toma un modelo no-humano. Este gran temor del pensamiento no-ortodoxo denunciando a una burocracia con los medios a su disposición para manipular la opinión y eliminar la disidencia ha llevado a algunos socialistas al punto de la desesperanza. Parecía posible que el potencial humano de la sociedad socialista pudiera ser restringido a algunas formas burocráticas militares monstruosas cuando los hombres estaban en el umbral mismo para entrar en una sociedad sin clases; una constricción que puede retrasar la realización del socialismo por siglos o, aún peor, llevarlo a su propia destrucción. La interacción dialéctica entre los hombres y su entorno social, la cual Marx vio como la fuerza dinámica de la historia, pareció haberse congelado. Sin embargo (advertencia de Blake):[30] "Espera veneno del agua estancada". "Nuestra visión demuestra que las circunstancias hacen a los hombres *en la misma medida en que los hombres* hacen a las circunstancias" (*La ideología alemana*). El acto creativo por el cual los hombres, ellos mismos como producto

29. Thompson insistirá en más ocasiones en que la historia no es una ciencia. En todo caso, se refiere al hecho de que la historia no puede considerarse bajo el paradigma de las ciencias naturales (entendidas en un sentido galileano), no a que no constituya un conjunto de prácticas disciplinadas que generan conocimiento. La razón es obvia. No sólo se trata del hecho de que la creatividad humana y la forma de elaborar la experiencia introducen un grado de indeterminación que impide convertirla en una ciencia precisa. También el tipo de determinación que se despliega en la historia (como ejercicio de presiones y fijación de límites) y la irrupción de la contingencia la sitúan en un terreno que se aleja de las explicaciones y las predicciones que pueden realizar las ciencias galileanas.

30. Sobre William Blake, ver la nota 10 del artículo "El socialismo y los intelectuales".

de sus circunstancias, cambian éstas en su tiempo, y, por consiguiente, a ellos mismos, fue impedido por una falsa conciencia apuntalada por los organismos de Estado, e implicó una falsificación de evidencia histórica en una gigantesca escala. Las ideas fueron *justificadas,* no tenían una base real, excepto como *hechos sintomáticos* (reflejos pasivos en el espejo) del ente de clase: por un lado, las *armas* del proletariado; por el otro, las evidencias de la penetración burguesa. Si aparecían ideas no ortodoxas, era la labor de la policía secreta (OGPU)[31] aportar evidencia de la conspiración que ellos debían reflexionar. Nosotros aprendimos por cuenta propia que las ideas son de hecho fuerzas reales y materiales dentro de la sociedad; que las ideas falsas, retorcidas, fragmentarias pueden dejar su evidencia en los cuerpos apilados, los campamentos cercados, la dislocación económica y el conflicto internacional. Nosotros reaprendimos (algo que Marx seguramente entendió) que el hombre es humano por la virtud de su cultura, la transmisión de la experiencia de generación en generación; que la historia es el registro de su lucha verdadera por aprehender su propia existencia social, y que Marx y Engels, por medio de sus descubrimientos, esperaban contribuir a la liberación de los hombres de la conciencia falsa, parcial y clasista, liberándolos de la victimización de la ciega causación económica y extendiendo de la manera más amplia la región de su elección y de su acción consciente. Por consiguiente, el concepto de la humanidad *dirigiendo* su propia historia, del socialismo llevando a la prehistoria a su fin y –permitiendo a la humanidad aproximarse más cerca que nunca a una verdadera autoconciencia– entronando por vez primera la razón y la conciencia humana al hombre "igualitario, sin clase social, sin

31. OGPU o Directorio Político Unificado del Estado: constituía las fuerzas de seguridad de la policía secreta de la Unión Soviética durante el periodo de 1922 a 1934, cuando fue incorporada al NKVD, antecedente de la KGB.

tribu, ni nacionalidad alguna, exento del asombro, el culto, el título, el rey, sobre él mismo".[32]

El propio marxismo no es (como lo describió Stalin) "la expresión científica de los intereses fundamentales de la clase trabajadora", sino que (en la naturaleza) "significa ya no más concebir la naturaleza simplemente justo como ésta existe, sin ninguna mezcla externa" (Engels); y (en la realidad social) la lucha para alcanzar una autoconciencia objetiva similar (sin la mezcla externa de la ideología de clase) por hombres que mutan a partir de sus cambiantes condiciones de existencia. Los Enciclopedistas soviéticos han olvidado la continuidad de la cultura humana, que el verdadero conocimiento y autoconocimiento del hombre ha avanzado a través del zig-zag de la distorsión y el partisanismo. Lo que ha avanzado no ha sido un arma o una nueva ideología dialéctica o de clase, sino la suma del conocimiento del hombre.

¿QUÉ ES UN ERROR?

La primera característica del estalinismo es, entonces, el antiintelectualismo, el desdén por la acción humana consciente en el quehacer de la historia. Y la revuelta en su contra no es la revuelta de una

32. Todo el fragmento anterior relativo a la escatología marxista del fin de la prehistoria humana que Marx anunciara en el Prólogo de la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* revela la faceta más romántica de Thompson y del marxismo. No es casualidad que los versos que reproduce sean un fragmento del poema *Prometeo liberado* del poeta romántico inglés Percy Bysshe Shelley, contemporáneo de John Keats (ver nota 34 en el texto de la "Nueva Izquierda") y de Lord Byron. Prometeo era la figura de la mitología griega preferida de Marx, por simbolizar precisamente el humanismo y la confianza en el potencial liberador del hombre. Sobre el humanismo de Marx como una nueva forma de humanismo que se expresa de forma privilegiada en los *Manuscritos económico-filosóficos*, puede consultarse un hermoso ensayo del filósofo español Juan David García Bacca, titulado *Humanismo teórico, práctico y positivo según Marx* (FCE, 1964). La tradición antihumanista del marxismo encuentra en Althusser su forma más acabada, especialmente en *Para leer el Capital* y *Por Marx*.

nueva ideología, sino la de la razón en contra del irracionalismo. Una segunda característica de esta revuelta, igualmente retadora, igualmente esperanzadora, es la revuelta en contra de la *inhumanidad*, en contra del dogmatismo y las abstracciones del corazón, y la emergencia de una moral socialista cálida, personal y humana –actitudes morales siempre presentes en las masas del movimiento comunista y dentro de la sociedad soviética, pero tergiversadas por la ideología, las instituciones y las prácticas burocráticas estalinistas–.

A lo largo del mundo, en Oriente y Occidente, la gente se está preguntando las mismas cuestiones. ¿Por qué vil alquimia algunos comunistas, que provienen de la gente común, luchan, se sacrifican y pasan por increíbles penurias por el bien de la gente, justo antes de transformarse en monstruos de inequidad como Beria y Rakosi[33] –mintiendo, calumniando y perjudicando, destruyendo a sus

33. Se trata de dos figuras estrechamente vinculadas al estalinismo. Lavrenti Beria fue el jefe del NKVD (ver más arriba) durante el periodo 1938 y 1953. Ascendió a la dirección del NKVD en la última fase de la Gran Purga de Stalin, cuando éste refrendó la orden de Beria de ejecutar a su predecesor Nikolái Yezhov. Uno de los mejores estudios sobre la Gran Purga fue el que publicaron en 2001 J. Arch Getty y Oleg V. Naumov (*La lógica del terror, Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques*. 1932-1939, Editorial Crítica), donde, sobre la base de una ingente documentación, señalan que una de las características principales de la Gran Purga fue que no se centró en enemigos externos, sino en los propios miembros del Partido Comunista (sobre la guerra al enemigo externo, puede consultarse la nota 17, relativa al Kulak y el Skirmish en "Acción y elección"). En segundo lugar, no se trató de un plan perfectamente delineado, sino lleno de improvisaciones y cambios de rumbo. En tercer lugar, Getty y Naumov analizan la creación de unos intereses y un consenso dentro de la élite del partido y de los dirigentes locales que les llevó a colaborar con la decisión de Stalin de desencadenar la represión. Tras la Gran Purga, Beria estuvo al frente del NKVD durante la Segunda Guerra Mundial y pasó a convertirse en una pieza clave en la sucesión del poder a la muerte de Stalin. Tras la elección de Kruschev como Primer Secretario del Comité Central del PCUS, Beria fue arrestado, juzgado por traición y fusilado. Por su parte, Mátyás Rákosi, fue secretario general del Partido Comunista Húngaro en 1945. Tras exiliarse a la Unión Soviética, había logrado el apoyo de Stalin, lo que le permitió situarse en una posición inmejorable en las filas del Partido Comunista Húngaro al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Siguió una política represiva

propios camaradas–, encarcelando a cientos de miles, deportando a naciones enteras? Los comunistas están cuestionando a sus propios líderes, la gente está preguntando a los Partidos Comunistas: ¿también actuarían de esta manera si estuvieran en el poder? ¿Son estos *errores* menores que estamos presenciando –eliminación del carácter, diseminación de la información incorrecta, mala fe– señales de que ustedes también seguirán el mismo patrón? Como el viejo Lear en la tormenta, la humanidad observa a los líderes del mundo comunista y clama a gritos: ¿hay razón alguna en la naturaleza que engendre a estos corazones duros?

El estalinismo es incapaz de dar respuesta alguna a estas cuestiones. El apologista estalinista simplemente se tapará los ojos con las manos y se negará a reconocer su existencia. De este modo, George Matthews dice que: "Para los marxistas, toda decisión política es buena o mala de acuerdo a cuáles sean los intereses a los que sirva, ya sea de la gente trabajadora y la causa del socialismo" (*World News*, 30 de junio de 1956).

Así también para John Gollan: "Si tú no estás de acuerdo con la línea política de su oponente, es sencillo llamarlo 'inmoral'. Pero ¿qué tiene esto que ver con el marxismo y la determinación de una posición de clase ante las circunstancias? La estimación moral emana de, y no puede ser separada de, la estimación política" (*World News*, 9 de marzo de 1957).[34]

dentro del propio partido. Tras la muerte de Stalin fue separado progresivamente de sus cargos (Imre Nagy, ver nota 30 en "El Socialismo y los intelectuales", lo sustituyó como primer ministro de Hungría en 1953) hasta que finalmente volvió a la Unión Soviética.

34. Thompson se refiere a George Matthews y John Gollan como apologistas del estalinismo en suelo británico. Matthews desempeñó diversos cargos en las filas del PCGB. En 1956, durante la invasión de Hungría por los soviéticos era editor del *Daily Worker* (sobre el *Daily Worker*, véase la nota 25 también en "El Socialismo y los intelectuales") y, por tanto, portavoz de la línea oficial del partido. Por su parte, John Gollan había sido nombrado secretario general del Partido en 1956, teniendo que hacer frente a la difícil coyuntura de los sucesos de Hungría

¡Cuan incontables, parece, han sido las *estimaciones políticas* incorrectas en los pasados treinta años! Y, ¿cómo podemos estar seguros de esto? Sólo por la evidencia *práctica*, la cual Rakosi procuró –a lo largo y ancho y después de mucha diligencia–, ¿a qué punto la gente está atormentada y furiosa tras el endurecimiento, para estallar en revuelta? Permítasenos traer a estas abstracciones la crítica de la realidad; por ejemplo, el juicio de Traicho Kostov.[35]

Kostov nació en 1897, fue asesinado en 1949 y rehabilitado en 1956. Secretario del Partido Comunista Búlgaro durante la temprana lucha clandestina en la guerra, en los tres años después de la liberación fue condenado a muerte, acusado de traidor, saboteador, destructor y agente de la inteligencia británica. Su juicio difiere del formato general. En él, Kostov se negó a declararse culpable ante la Corte. Una viñeta del juicio expone el tono. En 1942, los miembros líderes del Comité Central clandestino en Sofía fueron arrestados y condenados a muerte. La sentencia de Kostov fue subsecuentemente conmutada a prisión de por vida, mientras muchos de sus camaradas eran ejecutados. Este hecho fue presentado como prueba de haber sido sometido con los métodos policiacos y haberse vuelto un agente. Interrogado por el presidente de la Corte, Kostov explicó que Mladenov, la autoridad que le había anunciado la conmutación de su sentencia, había hecho eso por órdenes superiores:

> **Kostov**: Mladenov estableció… que el Ministro de Guerra… le preguntó '¿cuántas sentencias de muerte se han dado en el juicio?'. Él respondió que cerca de 9 o 10, no de manera definitiva, apenas se

y a la salida de buena parte de la militancia del partido como consecuencia de la postura oficial (sobre la crisis de 1956 y la ruptura con el PCGB por parte de Thompson y otros intelectuales del partido, se puede consultar el estudio introductorio páginas: 30-39). Gollan fue secretario general del PCGB hasta 1976.

35. Sobre el juicio a Traycho Kostov, puede consultarse la nota 31 de "El socialismo y los intelectuales".

estaban informando. El Ministro de Guerra le preguntó: '¿Sobre quiénes?'. Él empezó mencionando sus nombres y habiendo pronunciado los primeros seis nombres, empezando con el séptimo, en este caso mi nombre, el Ministro de Guerra ha dicho que seis eran suficientes, que del séptimo en adelante ya no, es decir que desde Traicho Kostov en adelante…

El presidente: Un momento por favor. Usted sabe quién pudiera estar tras el Ministro de Guerra…

Kostov: El Ministro de Guerra ha sostenido que esto fue hecho… bajo orden del Rey.

El presidente: ¿Usted sabe a qué pudiera deberse esta atención por parte del entonces Rey?

Kostov: No pregunté, camarada presidente (risas en la sala). No pregunté a nadie sobre este evento. No hice ninguna investigación.

El presidente: Pero ¿usted sostiene ahora que su conducta entonces fue la conducta de un comunista?

Kostov: Sí, sí fue.

El presidente: ¿Por qué el Rey, entonces, mostró esta preocupación particular por usted, pero no mostró consideración por los amigos de usted, quienes, como usted ha dicho, eran mucho menos activos? ¿Tienen los fiscales alguna pregunta?

Para el desarrollo del juicio, todos son fiscales: el presidente, los coacusados, los abogados fiscales y los de la defensa. Cada hecho aleatorio, un encuentro fortuito con Tito en Moscú en 1933, una visita accidental a la casa del cabecilla de la misión británica, antiguas decisiones del Partido, todo es hilado en la trama de una monstruosa calumnia.[36] Antes de la guerra, "él se volvió hostil, sectario de izquierda

36. Tito fue presidente de la República Socialista de Yugoslavia entre 1945 y 1980, año de su muerte. Fue el principal organizador de la resistencia yugoslava al nazismo y de las milicias partisanas. A diferencia de otros países de Europa, Yugoslavia fue liberada gracias al esfuerzo de estas milicias y no por un ejército aliado.

con ideas trotskistas en relación a los campesinos… y ayudó al poder monárquico-fascista". Después de la guerra, como miembro de la Comisión de Planeación Económica, él era responsable por cada descalabro económico –el cierre de una fábrica de limonada aquí y la escasez de pan allá– que pudo haber generado descontento entre la gente. El hombre que es despojado de su honor y acusado de traicionar el trabajo de su propia vida es excluido del cuadro de testigos y

La organización de la resistencia vino acompañada por una organización civil en forma de Consejos Populares, lo que le dio ventaja a los comunistas sobre el gobierno yugoslavo en el exilio, de orientación anticomunista. Tito logró el apoyo de Stalin al finalizar la guerra, por lo que el país quedó bajo la esfera del bloque del Este. No obstante, la forma característica en la que había sido liberado el país, su complejidad geopolítica y la habilidad política de Tito, permitieron practicar una vía particular hacia el socialismo, que escapaba a las directrices soviéticas. De hecho, la ruptura entre Tito y Stalin se escenificó en 1948 con un intercambio de acusaciones mutuas y la expulsión de Yugoslavia del Komimfor (la organización heredera de la Komintern o la Internacional Comunista que aglutinaba a los partidos comunista del este de Europa –más el Partido Comunista Francés y el Italiano– tras la Segunda Guerra Mundial). Tito puso en marcha un plan de desarrollo económico que contemplaba cierto grado de autogestión y de participación en la gestión de las unidades productivas por parte de los trabajadores. Por otra parte, fue el primer secretario general del Movimiento de los Países No-alineados: organización de países cuya política exterior no se situaba bajo las directrices de Estados Unidos o de la Unión Soviética. Las relaciones con esta última se relajaron tras la muerte de Stalin y el ascenso al poder de Kruschev. En el fragmento, Thompson saca a colación la figura de Tito para poner de manifiesto las acusaciones infundadas de los juicios estalinistas, donde cualquier contacto previo con el actual enemigo podía ser utilizado como prueba en contra del acusado. Durante la Gran Purga, este recurso había sido utilizado profusamente. Por otro lado, la relación de Thompson con Yugoslavia posee fuertes vínculos afectivos. Thompson participó como voluntario en una brigada para la reconstrucción de la vía férrea yugoslava y rememora esta experiencia de cooperación entre comunistas, socialistas, partisanos, etcétera, como una continuación del espíritu de los frentes populares. Por otro lado, Thompson viajaría junto con su madre a los Balcanes para realizar el recorrido de la ruta que siguió su hermano Frank durante la operación Mulligatawny, antes de ser asesinado por los fascistas búlgaros. Sobre este episodio, puede consultarse la introducción. Sobre la experiencia yugoslava y la reconstrucción de la muerte de Frank Thompson, véase Thompson, 1997.

su defensa, llevada ante el Consejo, que comienza disculpándose por defender a tal criminal y concluye:

> Camaradas jueces, es mi deber declarar ante ustedes de acuerdo a mi conciencia, como un abogado, como un ciudadano de nuestra República y como su verdadero asistente, evaluando toda esta información… Admito que en realidad los hechos de la acusación están probados… Ésta es la verdad revelada.

Los acusados tienen permitida una última declaración. Uno por uno van pasando: "Ciudadanos jueces, me declaro culpable… Me arrepiento profundamente." Una vez más, Kostov rompe el esquema:

> **Kostov**: Considero el deber de mi conciencia declarar a la Corte, y a través de ella a la opinión pública búlgara, que yo nunca he estado al servicio de la Inteligencia británica, que nunca he sido parte de los planes criminales de conspiración de Tito y su camarilla…
> **El presidente**: ¿Qué quiere usted de la Corte?
> **Kostov**: … que yo siempre he tenido una actitud…
> **El presidente**: ¿Qué quiere usted de la Corte?
> **Kostov**: … de respeto y estima por la Unión Soviética.

Un acusado se levanta al frente para denunciar a Kostov una vez más como "el principal organizador y líder de la conspiración antiestatal… cobarde… traidor". Esta vez, el presidente no interviene.

Y ¿qué era lo que Kostov "quería de la Corte"? Justicia habría sido demasiado pedir. Qué igualdad hay ahí para la amarga ironía con la que este hombre, que pidió dos veces por su vida ante una Corte donde no había justicia que encontrar, responde al Juez: "No hice ninguna investigación". Pero nosotros, ¿no debemos hacer alguna investigación sobre la conducta moral de

sus acusadores? ¿Qué piedra de toque moral incitó a Kostov a defender, ante una Corte de comunistas injustos, el honor de su conducta como comunista? ¿Por qué sintió que era "el deber de mi conciencia" defender su honor, cuando todo a su alrededor no tenía conciencia alguna?

Éste no es un caso de una injusticia casual cometida al calor del fermento revolucionario. Los excesos de violencia en los tiempos de la confrontación de clases, la venganza del enojo popular en contra de traidores y colaboracionistas: dichas acciones pueden ser entendidas o justificadas como la cruda justicia del pueblo. Pero el caso Kostov –que es sintomático de miles de otras acciones– es un acto de injusticia deliberado y cuidadosamente concebido. No es, en ningún sentido, un accidente pasional. Su intención es simple. La eliminación de un oponente político es sólo un objetivo menor. Es importante despojarlo de su honor, así como de su vida. El propósito, primero, es *desanimar a la gente*. Como tal, la acción corrompe no sólo a todos aquéllos que fueron parte de la derrota y la decepción, también da lugar a tendencias que corrompen a la sociedad. Su propósito más profundo es crear un clima de miedo y sospecha, dentro del cual los manipuladores del poder pueden intimidar a la oposición, especialmente a la oposición dentro de las filas del Partido Comunista, donde se encontrarían muchos de los más antiguos y valientes socialistas.

Confrontado con hechos como éstos, el argumento estalinista, así como la identidad de la *estimación* moral y política, se caen a pedazos. Sin duda, Rakosi o Beria pudieron haber estimado que dichas acciones estaban "en los intereses de la clase trabajadora": así, temporalmente fortalecieron el poder del Estado, etiquetaron al pueblo en una *unidad monolítica*, llenaron de terror el corazón de sus oponentes, entre otras más. Pero no estamos preocupados por las estimaciones de los iniciadores de estas acciones, sino por la degeneración moral que éstas revelan. Las teorías equivocadas

no elaboran montajes, difaman y matan a viejos camaradas; son los hombres incorrectos quienes tienen actitudes equivocadas hacia sus compañeros. Que Kruschev nos diga que Stalin creía que estaba defendiendo los intereses de la clase trabajadora esta fuera de lugar. Los flagelos de la humanidad, de Genghis Khan a los agentes de la Inquisición, se consideraban a sí mismos como instrumentos de algún bien superior; la historia puede otorgar un diezmo de su compasión sobre ellos, pero el resto está reservado para sus víctimas.[37]

37. Hasta donde sabemos, es la primera vez que este término aparece en la obra de Thompson. No es extraño que aparezca precisamente en esta reconstrucción del juicio contra Kostov y su condena. No es necesario insistir en el vínculo entre moral y política en la obra de nuestro autor; sí,quizás, resaltar la relación entre esta crítica moral y su programa historiográfico. En uno de los pasajes más famosos de *The Making*, afirmaba: "Trato de rescatar al pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al *obsoleto* tejedor de telar manual, al artesano *utópico*, e incluso al iluso seguidor de Joanna Southcott, de la enorme prepotencia de la posteridad. Es posible que sus oficios artesanales y sus tradiciones estuviesen muriendo. Es posible que su hostilidad hacia el nuevo industrialismo fuese retrógrada. Es posible que sus ideales comunitarios fuesen fantasías. Es posible que sus conspiraciones insurreccionales fuesen temerarias. Pero ellos vivieron en aquellos tiempos de agudos trastornos sociales, y nosotros no. Sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia; y si fueron víctimas de la historia, al condenarse sus propias vidas siguen siéndolo". En este fragmento, Thompson presenta un compromiso ético como forma de vincular, dicho con palabras de Marc Bloch, "la vida de los muertos con la vida de los vivos". El compromiso moral con las víctimas del proceso histórico –y, por tanto, con los que carecen de voz para relatar su propia experiencia– define un punto de vista desde el cual se procede posteriormente a la construcción del objeto histórico. Éste es el sentido en el que creo debe entenderse la noción de víctima. No se trata de una categoría con contenido epistémico, sino ético y político. De esta manera, es posible afirmar que la llamada *historia desde abajo* –término que la historiografía ha acuñado para denominar el programa thompsoniano que contiene el fragmento anterior– no se constituye como una historia de las víctimas, sino de los conflictos sociales desde el punto de vista o la experiencia de los de abajo. Esta distinción resulta fundamental para evitar interpretar este programa en clave esencialista, populista y mesiánica. Sobre esta distinción entre el plano ético-político y el epistemológico, véase (Estrella, 2009).

Nosotros sentimos que estas acciones son incorrectas, porque nuestros juicios morales no dependen de abstracciones o remotas contingencias históricas, sino que surgen de respuestas concretas a acciones, relaciones y actitudes particulares de seres humanos. Ninguna especulación es suficiente, ni intención o efecto puede mitigar el horror de la escena. Aquellos valores morales que la gente ha creado en su historia, que los escritores han acompasado en sus obras y poemas, se convierten en juicios durante los procesos. Al ver al consejero de la defensa ser un hipócrita, nuestro asco crece y todos esos arquetipos de la traición en la literatura y los mitos populares, de Judas a Iago, desfilan ante nuestros ojos. El trovador del siglo XIV habría sabido que esta situación estaba mal. El estudiante de Shakespeare sabe que está mal. El campesino búlgaro, que recuerda que Kostov y Chervenkov[38] habían comido juntos el pan y la sal de la camaradería, sabe que eso está mal. Sólo el marxista-leninista-estalinista piensa que esto fue un error.

CUESTIONES DE MORAL

Después de cometer –y aprobar– *errores* como éstos, ¿el marxismo está condenado al escarnio o a la repulsión de la historia?

38. Fue un comunista búlgaro que ejerció entre 1950 y 1956 como Primer Ministro de Bulgaria. Vinculado al sector estalinista del comunismo búlgaro, apoyó una política represiva contra los opositores dentro de la filas del partido, llegando a ganarse el apodo de "El pequeño Stalin". A partir de 1956 y del proceso de desestalinización abierto por Kruschev, fue apartado de su cargo y, progresivamente, de cualquier influencia dentro del partido. Thompson se refiere en el fragmento al hecho de que Chervenkov y Kostov habían combatido en el mismo bando contra el fascismo y por el socialismo, lo cual no impediría posteriormente que Kostov fuera sometido a la farsa del juicio que acabó en su ejecución, de la cual Chervenkov no dejaría de ser responsable. La perversión del ideario y la práctica comunista que Thompson acierta a ver en el estalinismo adopta aquí nombres propios.

El profesor G. D. H. Cole[39] ha preparado, una vez más, esta conclusión: "La estructura completa de la ideología comunista descansa" con la convicción de que "en el mundo real no hay moral, excepto la moral de clase":

> Por lo tanto, era justificado y necesario para el proletariado usar cualquier método y realizar cualquier acción que le ayudara a alcanzar la victoria sobre sus enemigos de clase… Si los comunistas se abstuvieron de cierto tipo de acciones tratadas de "inmorales" por los moralistas burgueses… lo hicieron solamente porque consideraron que éstas causarían más daño que promoción de la causa revolucionaria (*New Statesman*, 20 de abril, 1957).[40]

Eventos como el juicio de Kostov y la represión de la revolución húngara, revelan "los fundamentos de la filosofía comunista expuestas al desnudo en plena acción". Los *verdaderos* comunistas pueden objetar la conveniencia táctica –o política– de dichas acciones, pero no tienen la base para una repugnancia moral.

39. George Douglas Howard Cole (1889-1959) fue un intelectual, historiador, economista y politólogo inglés vinculado con la Sociedad Fabiana (ver nota 15 de "El socialismo y los intelectuales"). Estudió y dio clases en la Universidad de Oxford. Vinculado desde joven a Sydney Webb, desarrolló una idea de democracia de tinte libertario, con un aparato del estado descentralizado donde las comunidades locales y de trabajadores adquirirían un papel primordial en la gestión política y económica. Cole era bastante crítico con la deriva dictatorial del socialismo soviético y acabó militando en el Partido Laborista. Buena parte de su obra fue publicada por Victor Gollancz y el *Left Book Club* (ver nota 20 en "El socialismo y los intelectuales"), mismo que encargaría a Thompson la publicación de la *Formación de la clase obrera*. Otro factor que vincula a nuestro autor con Cole es el interés de ambos por la figura de William Morris y su concepción del socialismo, si bien las lecturas divergen. A lo largo de este capítulo, Thompson polemiza con Cole en torno a la posibilidad de una moral universal en el comunismo o su delimitación a una moral de clase.

40. El *New Statesman* es una revista británica de temática política, fundada en 1913 y vinculada a la Sociedad Fabiana.

Aquéllos que sienten alguna repugnancia no son comunistas verdaderos, sino demócratas socialistas de izquierda que, en el fondo, no aceptan las ideas de Marx.

Al expresar este argumento de esta manera, pienso que el profesor Cole expone erróneamente la naturaleza del conflicto, que ahora está tomando parte dentro del movimiento mundial comunista. La premisa que él adelanta (moral de clase) desde luego puede derivarse de diversos escritos de Marx y Engels, y más específicamente de Lenin, pero definitivamente no es la *totalidad* de su significado, implícito y explícito. Y las conclusiones derivadas de éste son –a mi parecer– una síntesis precisa, no para el verdadero comunismo, sino para la ideología partidaria del estalinismo, que emergió en condiciones particulares y que nunca ha sido contiguo al movimiento comunista en su conjunto. Por lo tanto, puede decirse de igual manera que este conflicto es la revuelta en contra de la ideología del estalinismo, y una lucha por hacer explícito el contenido auténtico y humanista del comunismo verdadero.

Esta distorsión de los valores morales también encuentra su origen en las condiciones de la lucha revolucionaria. Es sencillo, en nuestra isla provinciana, olvidar estas condiciones: la represión de la Comuna, 1905, la guerra civil y la hambruna, la masacre de Shanghái, el terror fascista. Evoco las experiencias de algunos de esos partisanos búlgaros con quienes mi hermano peleó[41]. A uno –un joven partisano– le habían arrancado todo el cabello de la cabeza cuando lo golpearon en la estación de policía fascista; un amigo había sido lanzado vivo a las calderas de la policía en Sofía; otro había desaparecido sin dejar rastro, hasta que su anillo grabado y su diente de oro fueron encontrados en la gaveta de un agente de policía. Este colaborador había vertido ácido en las heridas de los par-

41. Sobre la figura de Frank Thompson puede consultarse el apartado "¿Quién era E. P. Thompson" de la "Introducción".

tisanos. Ese hombre había sido sometido a indescriptibles torturas y había sido forzado a ingresar al servicio de la policía. El movimiento fue penetrado por los agentes. Los hombres vivieron en el exilio, clandestinamente, con el terror cotidiano a ser arrestados.

Estos hechos enfatizan el crisol dentro del cual el estalinismo –con su énfasis en las cualidades de dureza, completamente egoísta, inquebrantable– fue lanzado. Stalin, sobre el féretro de Lenin, cautivaba, tanto retórica como hipócritamente: "Nosotros, los comunistas, somos gente de una peculiar hechura. Nosotros estamos sacados de una materia peculiar". Los hombres fueron asesinados, traicionados, desertaban; sólo el Partido continuó. Los propios camaradas podían ser anónimos, desconocidos para el otro. En la tormenta y en la derrota, en el campo de concentración y en el destacamento partisano, ahí creció esa intensidad de la autoabnegación, ese sentido de actuar como el instrumento de la necesidad histórica y, sobre todo, esa profunda lealtad al Partido, como la suma de las aspiraciones personales y sociales. En España, en China, en Grecia, en Yugoslavia, estas virtudes comunistas marcaron la historia humana con la nobleza. Dichas virtudes definen la *conducta de un comunista*.

Pero el estalinismo, que a su vez había abrevado de dicha tormenta, convirtió estas virtudes en instrumentos de destrucción. El centro de la autoridad moral fue removido de la comunidad o de la conciencia del individuo y fue encomendado al Partido. La lealtad a éste llevó hostilidad a todas las facciones de los no-conformistas. Una ideología tendenciosa era apuntalada por actitudes morales sesgadas: la lealtad al Partido y a la Causa desplazó a la lealtad a seres humanos particulares. De ahí el fenómeno de las grandes purgas cuando el estalinismo encontró enemigos en cada calle, y –en nombre del Partido– el amigo denunció al amigo, el esposo denunció a la esposa. Aquellas víctimas fueron a la muerte autoinculpándose –aun, en algunos casos, convencidos de su propia traición objetiva– en el nombre de la lealtad al Partido. De ahí la

desmoralización de las víctimas del comunismo, quienes encontraron la fuerza para soportar las torturas fascistas, pero ingresaron a las cárceles de la policía secreta (OGPU) divididos contra sí mismos. Y toda esta opresión humana tuvo lugar bajo las consignas del comunismo. Las víctimas fueron forzadas a confesar por traición de los principios y de la conducta comunista. Por esta alquimia, las cualidades humanas fueron transformadas en sus opuestos: la lealtad trajo traición, el autosacrificio se volvió autoacusación, la devoción a la gente se convirtió en violencia abstracta, administrativa.[42]

Éste es, entonces, el caldo de cultivo de la realidad social que fomentó el crecimiento de esos rasgos inmorales que se han consolidado en la ideología estalinista. Junto con el antiintelectualismo, han materializado, de una forma institucional, las formas rígidas del centralismo democrático de los partidos comunistas. Éstos sacan el centro de la autoridad moral de la conciencia individual y la confieren al liderazgo del Partido. En Inglaterra, los extremos de la lealtad, la identificación del Partido con las aspiraciones sociales y personales, revelan su verdadera esencia en una actitud de odio

42. Thompson resume aquí algunos de los valores o virtudes que formaron a los militantes comunistas forjados durante la clandestinidad y la guerra antifascista: disciplina, autoabnegación, sentido de la necesidad histórica y profunda lealtad al partido. El argumento del autor apunta a que estas virtudes pueden ennoblecer en determinados contextos históricos (España, Grecia, Yugoslavia), pero también pueden convertirse en fuente de perversión moral bajo otros contextos, como el del estalinismo. Éste ha introducido una fisura dentro del movimiento comunista e incluso en la psicología de los mismos militantes, sometidos a la presión de ambos contextos. Cabe insistir en la lealtad al partido como uno de los factores principales que explican esta deriva. Especialmente interesante resulta la idea de Thompson de que "el centro de autoridad moral fue removido de la comunidad o de la conciencia del individuo y fue encomendado al Partido". Se trata de la dimensión moral de la política de sustitución que, según nuestro autor, llevaron a cabo los líderes del Partido Comunista: el pueblo es sustituido por la clase obrera, la clase obrera por el partido, y el partido por el aparato o, en el peor de los casos, por el líder (al respecto puede consultarse la nota 38 en "La Nueva Izquierda" al tratar la cuestión del centralismo democrático).

intenso hacia la crítica que amenaza con romper su unidad, lo cual, por el contrario, es escasamente mostrado hacia el enemigo declarado: el capitalista. Por supuesto que dichas actitudes se encontrarán en todas las riñas entre la facciones de las sectas religiosas, así como políticas, donde –como en China o Italia– los partidos tienen membresías masivas, al grado que están moralizados o humanizados por las actitudes prevalecientes entre las masas de gente. Pero la cuestión más relevante es que estos valores humanistas –que por lo general y en cada país informan sobre el sentir de la mayoría de las filas comunistas– no encuentran expresión en la ortodoxia comunista, mientras que las actitudes destructivas, partidarias, antihumanistas y abstractas han encontrado aprobación, perpetuación y aun glorificación en la ideología estalinista.

El profesor Cole ha descrito esta ideología en un resumen, aunque pienso que no es a tal grado una amoralidad (el fin justifica los medios), sino una inmoralidad (una predisposición hacia los medios moralmente repugnantes, una actitud abstracta en lugar de concreta hacia los hombres) lo que encuentra expresión en el estalinismo. Su forma ideológica surge, una vez más, de la expresión mecánica de la relación base-superestructura, porque, de acuerdo con Engels, "el movimiento económico finalmente se reivindica a sí mismo como necesario". El estalinismo intenta crear un cortocircuito en los procesos de la vida social divulgando la necesidad económica, reafirmando, por ejemplo, las clases y los intereses económicos como las únicas fuentes reales de motivación humana.[43] Esto se equivoca por completo con la naturaleza humana,

43. Nota de E. P. Thompson: Una comparación de la prensa comunista europea de hace treinta años con la prensa estalinista, que alcanzó su apoteosis en el increíble *Por una paz duradera, por una democracia del pueblo*, muestra la pérdida de las energías morales y emocionales, el reemplazo del hombre por sustantivos abstractos resonantes. Compare también nuestro *Daily Worker* con *The Chartists* o la temprana prensa socialista. Si se gasta millones en armamento, debe mostrarse a la gente que eso eleva el precio de la cerveza y los cigarrillos, un llamado

como bien se revela en la historia desplegada. El estalinismo está obsesionado con los perros de Pavlov: si una campana sonaba, ellos salivaban. Si llega una crisis económica, el pueblo salivará bien. Una fe marxista–leninista. Pero *Roundhead*, *Leveller* y *Cavalier*, *Chartist* y *Anti-Corn Law Leaguer* no eran perros. Ellos no salivaban sus creencias en respuesta a un estímulo económico; ellos amaban y odiaban, discutían, pensaban y tomaban elecciones morales.[44] Los

a su conciencia moral es idealista o, si se le intenta, falsa e irónica. Por consiguiente, se da un atractivo menguante del comunismo hacia los jóvenes, cuyo idealismo moral e intelectual no está comprometido.

44. Se trata de diferentes agentes de la historia de Inglaterra que Thompson moviliza como ejemplos para ilustrar su tesis de que la *agency* no constituye una subjetividad vacía o un mero efecto mecánico de las circunstancias, sino que se trata de un sujeto cultural e intelectualmente constituido por medio de la experiencia, como ya pusimos de manifiesto en la nota 28 al tratar dicho concepto junto con el de experiencia. Los tres primeros remiten al contexto de la Revolución en Inglaterra y la Primera Guerra Civil (1642-1651) (un estudio clásico desde una posición historiográfica similar a la de Thompson es *La Revolución inglesa, 1640* de Cristopher Hill). *Roundhead* era la denominación con la que se conocía a los defensores del Parlamento frente a las tendencias absolutistas de Carlos I Estuardo. El apodo provenía de la forma del casco con el que combatían. Los *Levellers* (niveladores), aunque también apoyaban al bando parlamentario, constituían un sector más radicalizado políticamente. Defendían la tolerancia religiosa y la limitación del poder de los notables mediantes determinadas demandas orientadas a dotar de un contenido más democrático a las instituciones parlamentarias. Su influencia en las filas del ejército al acabar la guerra era enorme, por lo que lograron que algunas de sus propuestas fueran recogidas en la Constitución republicana tras la ejecución de Carlos I. No obstante, el contenido social de su programa político fue considerado una amenaza para los intereses de propietarios y comerciantes representados en el Parlamento. Progresivamente, sus líderes fueron eliminados y su influencia sobre el ejército, contenida. *Cavaliers* (caballeros) fue el nombre que los defensores del Parlamento usaban para denominar a los integrantes del partido realista. Tiene un contenido peyorativo, pues se refiere a las actitudes aristocráticas de la corte y a su frivolidad. Tras la Restauración de Carlos II, el partido de los caballeros pasaría a ser popularmente conocido como *tory*. Hoy día, este término se utiliza para denominar al Partido Conservador y a sus miembros. *Chartist* (cartistas) constituyen uno de los movimientos sociales más importantes de la historia moderna inglesa. Vinculados al radicalismo político y con base obrera, los cartistas reivindicaron entre 1846 y

cambios económicos incitan cambios en las relaciones sociales entre los hombres y mujeres reales. Éstos son aprehendidos y sentidos, revelándose en sentimientos de injusticia, frustración, aspiraciones por el cambio social. La batalla se revela en la conciencia humana, incluyendo la conciencia moral. Si esto no fuera así, los hombres serían no perros, sino hormigas, ajustando su sociedad a las inclemencias del terrero. Pero los hombres hacen su propia historia, son en parte agentes, en parte víctimas; es precisamente el elemento de acción lo que los distingue de las bestias, que es la parte *humana* del hombre y que es el aspecto a crecer en nuestras conciencias.

En ninguna parte esta deformación del pensamiento es vista más claramente que en la actitud estalinista hacia las artes. En el fondo, el estalinista simplemente no entiende de lo que se trata el arte: él puede ver *buenas* o *malas* ideas políticas (el contenido) expresadas de forma artística, pero no termina de entender por qué es necesario disfrazarlas de esta manera –excepto como un tipo de aderezo de ensalada para hacer a la teoría política un poco más

1847 el sufragio universal masculino. Hay un largo debate historiográfico sobre el posible contenido socialista del cartismo. Recientemente se ha impuesto la tesis de que se trataba más bien de una reclamación contra los impuestos y la corrupción, acompañada por una defensa de la universalidad de los derechos políticos y civiles (asociación, manifestación, etcétera). Si bien existía un malestar contra la gran propiedad y la especulación, no parece que el programa cartista conllevara un cuestionamiento de la propiedad privada. Aunque el cartismo no logró sus objetivos explícitos, supuso la primera experiencia de la clase obrera como movimiento de masas organizado a nivel nacional. Además, contribuyó a crear conciencia de clase y a ampliar la reivindicación obrera del terreno laboral a la esfera política. El movimiento cartista fue una de las líneas de investigación en las que se especializó Dorothy Thompson. *Anti-Corn Law League* fue una asociación creada en Inglaterra en 1838 que defendía la abolición de la Ley del Grano, la cual imponía tasas e impuestos a la importación de grano extranjero, con el fin de favorecer a los grandes productores de Inglaterra. El efecto era subidas periódicas del precio del pan. Los integrantes de la Liga abogaban, no sólo por abolir la ley, sino por instaurar el libre comercio. Cuando la ley fue finalmente derogada en 1846, la Liga se disolvió.

agradable, o también como formas de entretenimiento, diversión, relajación–. De esto modo, el estalinista puede elaborar discursos sobre las amenidades culturales bajo el socialismo; habrá más conciertos espectaculares, más ediciones de los clásicos, esto *enriquecerá* el esparcimiento del pueblo. Pero comprender las artes como la expresión suprema de la conciencia imaginativa y moral del hombre, como un medio a través del cual lucha para aprehender la realidad, ordenar sus respuestas, cambiar sus propias actitudes y, por lo tanto, cambiarse a sí mismo, escapa a las categorías del pensamiento mecánico estalinista. Por consiguiente, se da la humillación forzada de las facultades morales e imaginativas ante la amenaza latente del juicio político, dado que éste no es concebido como la –inalcanzable pero aproximada– totalidad de esos *procesos* morales, imaginativos, intelectuales, que son seguidos en una sociedad, si no como el ajuste de los seres humanos al dictado de la experiencia o de la necesidad económica. Si su conciencia puede ser ajustada de igual manera, es mucho mejor, y ésta es la labor asignada a las artes.

Ésa es la segunda característica decisiva de la ideología estalinista: como todas las ideologías, es una forma de enajenación; el hombre se olvida de sí mismo en las abstracciones, es entregado al Estado, al Partido, a la santidad de la propiedad pública.[45] ¿Está en lo correcto el profesor Cole al decir que ésta es la teoría comunista real y que puede lógicamente derivarse de Marx? Hay una verdad en esta visión que en primer lugar se encuentra en el error de Marx y Engels al hacer explícitos sus conceptos morales, y en la

45. Retomando aquí la noción de enajenación de la filosofía alemana, Thompson la presenta, no en términos metafísicos (Hegel), religiosos (Feuberbach) o económicos (Marx), sino políticos. La intención del autor no es abrir un debate filosófico. Se trata más bien de una adaptación al vocabulario marxista de esa lógica de sustitución que veíamos antes. El término *enajenación* cumple, no obstante, su cometido al intentar expresar esa delegación de las facultades intelectuales y morales del ser humano concreto en esos objetos abstractos de índole política que, en último término, han sido creados por él.

connotación pasiva que en ocasiones ellos daban al concepto de *reflejo* (en oposición al de *cognición*). Segundo, en el tono que adoptaron dentro de las particulares –y ahora fácilmente olvidadas– condiciones históricas en sus polémicas en contra de diversas formas de teorías utópicas e idealistas. Pero implícito en su método histórico, explícito en sus propias evaluaciones morales, hay una negación total de dicho escepticismo moral.[46]

Mucha de la confusión ha iniciado con el argumento de Engels en el *Anti-Dühring*:

> Y como la sociedad se ha movido hasta ahora en contraposiciones de clase, la moral fue siempre una moral de clase; o bien justificaba el dominio y los intereses de la clase dominante, o bien, en cuanto que la clase oprimida se hizo lo suficientemente fuerte, representó la irritación de los oprimidos contra aquel dominio y los intereses de dichos oprimidos, orientados al futuro. Todo esto no nos hace dudar de que, al igual que en las demás ramas del conocimiento humano, también en la moral se ha producido, a grandes rasgos, un progreso. Pero todavía no hemos rebasado la moral de clase. Una moral realmente humana que esté por encima de las contraposiciones de clase, y por encima del recuerdo de ellas, no será posible sino en un estadio social que no sólo haya superado la contraposición de clases, sino que la haya, además, olvidado para la práctica de la vida.

Es importante darse cuenta de que este argumento comienza con una observación derivada del estudio de la historia: no es un argumento sobre qué es o qué debe ser la moral. Las morales pasadas no

46. Como señalábamos, Thompson reconoce en este fragmento la ambigua herencia del marxismo, relativa al problema moral. Por un lado, adolece de errores relacionados con la idea de reflejo y el contexto polémico en el que se construye como propuesta; por otro, ha demostrado una profunda sensibilidad derivada de una preocupación moral.

han sido *la misma cosa* que intereses de clase; ellas han justificado o retado estos intereses. Es obvio que si los conceptos morales que dominan en una sociedad desafían los intereses de la clase dominante, bien no ejercen efecto sobre la conducta (y se expresan en el misticismo, alejados de la acción) o bien son revolucionarios a la hora de su aplicación. Es ésta una afirmación sobre la conducta moral que realmente puede observarse en los hombres a través de la historia, aunque esto demanda una valoración para apreciar cómo esa conciencia moral puede afectar profundamente la forma en que se expresan los antagonismos sociales, cómo puede mitigar o exacerbar sus conflictos, de la misma manera en que el grado de aproximación a la realidad de sus conceptos intelectuales afectará al curso de la historia. "La vida de Timón de Atenas" no tambaleó al capitalismo de su curso, pero ayudó a encender la mente de Marx; las "Canciones" de Blake no terminaron con la explotación humana, pero pudieron haber influido en el trato de los niños en la industria. Además, sólo los casuistas pueden discutir que Shakespeare o Blake estaban *reflejando* los futuros intereses de la clase trabajadora. Ellos fueron las lenguas que –dentro de las limitaciones de su tiempo– hablaron por la humanidad.

Ésta es la fuente del humanismo de Marx y Engels, que irradia a lo largo de todos sus escritos y se prolongan a su heroica disciplina intelectual. Ésta salta de la angustia de una historia del hombre dividida y vencida. "Todo lo que la civilización trae hacia adelante es un arma de doble filo, de doble cara, dividida por sí misma, contradictoria" (Engels). Pero a lo largo de la historia, el hombre, el agente de la conciencia íntegra, es incipiente. No es el mismo hombre en cualquier punto de la historia, aunque hay elementos de la experiencia humana –antes de la muerte y la vejez, el nacimiento, la experiencia sexual– poco influenciados por el ambiente de clase; es en este suelo donde el acto creativo echa raíces. Pero no hay una quintaesencia de la naturaleza humana, "no hay

abstracción inherente en cada individuo por separado" en todos los tiempos y en todas las sociedades. Más bien, así como se despliega la historia, así como los hombres hacen su propia naturaleza, hay un *potencial humano* constantemente en desarrollo, al cual la falsa conciencia y las relaciones distorsionadas de la sociedad de clase le niegan una completa realización.[47] De ahí, la referencia constante de Marx y Engels a los poderes "que duermen dentro" de los hombres; sabemos que éstos están presentes, a partir de individuos sobresalientes, de periodos de la historia en los cuales las energías creativas o las aptitudes especiales surgen vigorosamente casi sin aviso. De modo que este repetido pronóstico de una "moral realmente humana", "de sentimientos puramente humanos", relaciona a los hombres en oposición a las relaciones entre las cosas. Así surge su confianza en que el socialismo –la abolición de las clases

47. Es importante insistir en que Thompson concibe la naturaleza humana en términos de potencia y no como una entidad ya constituida. Cuando define la *agency* como la característica esencial del ser humano, la capacidad de intervenir sobre las circunstancias como un agente moral e intelectualmente consciente queda abierta sin estipular una dirección o fin predeterminados. Es cierto que el autor habla sobre la posibilidad de volcar esta intervención en la consecución del socialismo y que considera este estadio –que define como la abolición de las clases sociales y, más adelante, en términos de humanidad socializada– como la forma de organización social más adecuada para el completo desarrollo de esas capacidades. Pero esto denota, en todo caso, una posibilidad, no un destino inevitable inscrito en la naturaleza humana. Sin duda, es posible atacar desde diferentes argumentos filosóficos esta concepción antropológica de la subjetividad thompsoniana. Se trata de un debate complejo y profundo que ha ocupado secularmente a la filosofía y que posee su propia genealogía. No es la intención de Thompson discutir a este nivel y creo que tampoco disponía de herramientas filosóficas adecuadas. No obstante, se trata de una petición de principio razonable en el marco de la polémica contra el estalinismo en la que se encontraba inmerso. Se trata de una posición que parte de un imperativo ético y político y que, sin embargo, quiere resistirse a recaer en una antropología esencialista, pues la subjetividad thompsoniana se define, bien en términos de capacidades y potencias cuando se proyecta hacia el futuro, bien en términos de experiencias y disposiciones cuando lo hace hacia el pasado.

sociales– haga posible la reivindicación de la *humanidad del hombre*, de su naturaleza potencial, de lo que es específicamente humano en él, y no sólo una víctima de la naturaleza o de sí mismo, sino un agente moral consciente. "El hombre es el único animal capaz de lograr salir del estado meramente salvaje; su estado normal es uno apropiado a su conciencia, *uno que sea creado por él mismo*" (*Dialéctica de la naturaleza*, Engels).

Es el axioma de alguna filosofía actual, uno no puede inferir un *debe* de un *es*, un imperativo moral de una declaración de hecho. Pero, ¿de dónde más derivan los conceptos morales que no sean del *es* del hombre? Las acciones de éste emergen desde el tipo de hombre que ellos son como resultado de su entorno y de sus ideas, incluyendo sus ideas morales; los juicios hechos sobre sus acciones son formulados por otros, por gente diferente. Pero los hombres en la sociedad de clases están divididos contra sí mismos. Les gustaría tener paz, pero van a la guerra, y así sucesivamente. La discrepancia entre el potencial del hombre y su actual existencia social expresa por sí misma las frustraciones, las neurosis, la corrupción moral, que se han sufrido pasivamente. "El que desea, pero no actúa, emana pestilencia", escribió Blake. En su juventud, él se imagina a sí mismo como un hombre de aventuras, heroico, un amante apasionado; finalmente termina leyendo *News of the World* y viendo Liberace en la televisión.[48] Pero si se le conoce activamente, de forma rebelde, esta disputa se ve expresada en el idealismo

48. *News of the World* era un periódico sensacionalista británico que fue fundado en 1843 y dejó de editarse en 2011. Su contenido amarillista no fue óbice para convertirse en uno de los periódicos con mayores ventas en el Reino Unido. Por su parte, Wladziu Valentino Liberace fue un pianista y cantante norteamericano. Fue un auténtico showman que llevaba a cabo presentaciones ataviado con un vestuario estrafalario logrando gran popularidad en los Estados Unidos. Los contratos televisivos le permitieron ser conocido en Gran Bretaña. Thompson se refiere, por tanto, a *News of the World* y a Liberace como símbolos de la apatía de Posguerra.

moral, en las aspiraciones por una existencia social distinta que dé lugar a una acción social propositiva,[49] así como –de nuevo, Marx y Engels repetidamente afirmaron– los juicios morales no pueden ser extraídos de preceptos y mandamientos abstractos, sino sólo de hombres y mujeres reales, de su sufrimiento o su bienestar, sus frustraciones o sus aspiraciones. Tales juicios están obligados a convertirse en preceptos, algunos de validez limitada, y alcanzar una validez universal en una sociedad sin clases. No obstante, el principio "Amaos los unos a los otros" no evitó la guerra mundial entre las naciones cristianas; y el principio "Los intereses de la clase trabajadora" tampoco evitó que decenas de miles de trabajadores fueran capturados en la Gran Purga. Lo que es importante en la sociedad de clases, es juzgar *a los hombres detrás de los preceptos*, y el efecto de su conducta hacia otros hombres. ¿*Con qué* los juzga uno? Uno juzga como un ser moral: uno responde con la conciencia moral propia, ésta misma que es producto del entorno, de la cultura y de la acción. Los juicios morales nunca son sencillos porque no son abstracciones, sino que están relacionados con hombres y mujeres de verdad, y son tan difíciles como la vida misma. Tampoco es relativismo; la conciencia moral del hombre se ha desarrollado en un sentido real, tanto como su conciencia intelectual.

Esta conciencia se expresa, sobre todo, en la percepción directa y concreta del artista, quien reacciona a los atributos reales de la vida que le rodea, los evalúa en relación con la cultura pasada, ofrece respuestas que operan sobre los hombres, quienes a su vez cambian sus actitudes y su ser moral. Así, las intuiciones de William Morris, sus descubrimientos sobre la capacidad de la naturaleza moral del hombre, no estaban adornando el pastel marxista, sino complementando los descubrimientos de Marx. Por consiguiente,

49. Nota de E. P. Thompson: He argumentado esto ampliamente en mi *William Morris*, esp. pp. 827-841.

la ideología estalinista, que reduce la conciencia moral a un relativismo de clase o a un comportamiento de Pavlov, olvida la chispa creativa sin la cual el hombre no sería hombre. Con la represión de la conciencia moral en todos los niveles de la sociedad, el estalinismo llevó a los hombres a la negación de su propia naturaleza. El fin del comunismo no es un fin político, sino un fin humano, o más aún, el fin de la transición del hombre: su origen animal, el principio de su humanidad y la reivindicación de ésta.[50] Como tal tiene un fin económico, intelectual y moral: la pelea consciente por los principios morales debe entrar en toda decisión política; un fin moral sólo puede ser alcanzado por medios morales. Pero esto no puede concebirse como si tuviera lugar exclusivamente dentro de la estructura del Partido monolítico. El líder político puede no tener los dones del artista; el artista haría las de un pobre estratega político. Debemos pensar menos en términos de principios que en términos de *procesos* sociales. El estalinismo no será recordado por elegir poetas para el Comité Central del PCUS. El poeta (permítasenos decir) debe responder al sentir de la gente, escribir poemas que le hagan estar consciente de sus aspiraciones para cambiarlas y así transformar su conducta política. Procesos como éstos, codo con codo con las instituciones y los códigos legales, son garantes de las libertades y de la salud moral de un pueblo. No es algo sin importancia el hecho de que los peores locos de la Purga vinieran después de las muertes de Gorki y Mayakovsky.[51] No es un accidente que

50. Sobre el fin del Comunismo como un fin humano puede consultarse la nota 8 de "El socialismo y los intelectuales. Una réplica", relativa a la influencia de la idea del valor de la vida humana que los románticos ingleses legan a Thompson a través de Morris. Creo que esta secuencia facilita esta lectura romántica y escatológica que Thompson realiza del marxismo.

51. Máximo Gorki (1868-1936) es una de las cumbres de la literatura rusa del siglo XX. Estuvo estrechamente vinculado al movimiento socialista y apoyó desde sus comienzos el proceso revolucionario. Aunque mantenía relaciones estrechas con grandes figuras consagradas como Tolstoi o Chejov, sufrió la represión zarista

el estalinismo reservara su odio especialmente para el artista. Una Constitución como la de Kruschev indicará el fin del estalinismo tanto como una Constitución estalinista. Un Dudintsev y la respuesta de la gente a su trabajo es una señal mucho más potente.

El ser moral del hombre no puede ser esclavizado a conveniencia política. La revuelta en contra del estalinismo es una revuelta de la conciencia humana en contra de este filisteísmo torcido y militante. Se espera que sea a través de la conciencia del artista que primero éste encuentre expresión. De este modo, Tibor Dery[52] agrega:

> Como escritor, mi principal preocupación es el hombre. Mi crítica inicia cuando veo al hombre infeliz, especialmente cuando veo a los hombres y mujeres sufrir de manera innecesaria. Ellos [los líderes del Partido Comunista húngaro] erigen y trabajan en la sospecha y la desconfianza. Subestiman el sentido de honor y la fuerza moral del pueblo, su capacidad para pensar y crear.

y fue encarcelado. Su fama comenzó a crecer a partir del triunfo de la Revolución y alcanzó reconocimiento oficial, llegando a presidir la Unión de escritores soviéticos en 1934. No obstante, Gorki no puede considerarse como un apologeta del estalinismo. Su obra está influenciada por los grandes maestros rusos del siglo XIX, combinando en su obra un claro contenido social y crítica política. Vladimir Mayakovski (1893-1930): al igual que Gorki, su trayectoria como poeta y dramaturgo está marcada por la militancia en las filas revolucionarias y por la represión zarista. Fue uno de los padres del futurismo ruso. Thompson vincula la muerte de ambos autores con el inicio de la Purga.

52. Tibor Dery (1894-1977) fue un escritor húngaro vinculado en su primera etapa al dadaísmo y al surrealismo. Fue militante comunista y apoyó la República Socialista Húngara de Bela Kun (ver nota 30 en "El Socialismo y los intelectuales"), por lo que tuvo que exiliarse en diferentes países de Europa. Volvió a Hungría en 1935, aunque fue encarcelado en varias ocasiones por el gobierno conservador de Miklós Horthy. Sus críticas al sistema comunista y al realismo socialista desde posturas humanistas le valieron la expulsión del partido en 1953 y en 1957, y tras la represión de la Revolución en Hungría, una condena a prisión.

De mil maneras, la vida real contradice los vacíos exhortos de *Pravda*: *elementos corruptos* son considerados los hombres de integridad y valentía, *enemigos de la clase trabajadora* serían los estudiantes honestos y la gente trabajadora, el funcionario paternal del Partido sería un mojigato ambicioso y egoísta. Estas presiones hacia la conformidad en una sociedad ancestralmente campesina, exhausta, posrevolucionaria –simbolizada en el abominable declive de la obra de Makarenko, desde ese primer y vibrante *Camino de la vida* a su posterior *Libro para los padres* victoriano– y que se manifiestan en las tendencias reaccionarias en torno a la educación, la vida social y la moral sexual, están empezando a mostrarse.[53] La conciencia moral fundamental del pueblo está intacta, las aspiraciones desde donde el movimiento socialista surgió crecieron y se hicieron más fuertes, no más débiles. Las relaciones de los hombres en la producción se han tergiversado por la burocracia, pero ellos no pueden ocultar las potencialidades de la democracia socialista. En Moscú y Leningrado, los estudiantes y los jóvenes han descubierto a sus dirigentes. Se les ha atascado de cultura, de atracón en atracón de los clásicos, pero todo se ha vuelto cenizas en sus bocas. Pueden citar a Esquilo y a Tolstoi en sus críticas hacía Kruschev, el payaso que se sienta sobre la torre de la historia. Están volteando a ver a sus propios escritores vivos, y los escritores voltean hacia ellos, buscando conformar una relación que ya no se vea obstaculizada por el Partido monolítico. Las líneas directas de

53. Antón Makarenko (1888-1939) pertenece a la misma generación de intelectuales rusos que Gorki y Mayakovski. Su obra se centra fundamentalmente en la pedagogía, tanto a nivel teórico como práctico. Dirigió varias colonias para huérfanos de la Guerra Civil Rusa y escribió novelas, informes y poemas que trataban sobre la vida en estas comunidades y las aspiraciones pedagógicas de Mayakovski. Thompson se refiere aquí a Makarenko como representante de un proceso de endurecimiento y de control social a través de esas reflexiones sobre la evolución de las necesidades pedagógicas en la Unión Soviética.

comunicación se están extendiendo. Así, Vasek Kana, el escritor checo, declaró:[54]

> Los trabajadores fabriles son mis amigos más cercanos, yo nací entre ellos, me mantengo leal a ellos, y por sobre todo, es frente a ellos que deseo aliviar mi conciencia. ¿Los ayudé cuando necesitaron de mi ayuda?, ¿los protegí en contra de esos burócratas que se sentaron alrededor de una mesa verde y les ordenaron producir bajo normas absurdas?, ¿los defendí cuando sus críticos ejercieron represalias morales y materiales sobre ellos?... ¿Acaso condené al sistema de liderazgo basado en la falta de confianza hacia el pueblo?... ¿Condené públicamente a los autodenominados "cuadros dirigentes" que se comportaban como Lores?, ¿acaso me levanté en contra de aquellos llamados "planeadores" que organizaron nuestra vida de manera que uno no pudiera vivir más?

El pueblo está empezando a sanarse por sí mismo, y no hay demagogia ni revisionismo suficientes que puedan detener el proceso que se hará palpable en actitudes distintas, en el cambio de las relaciones, en las diversas respuestas, pero sobre todo en los hombres diferentes.

La ideología estalinista –esta conciencia tendenciosa de una élite revolucionaria que nació en condiciones de una indescriptible adversidad, agobiada por los errores mecánicos a los cuales contribuyó Lenin– surge de y perpetúa las actitudes clasistas de desprecio, y trae a cambio más odio y sospechas a su propio medio. Engels tiene confianza en "esa moral que posee el elemento más duradero... la única que hoy puede derrocar al presente, que representa el futuro, es la proletaria." (*Anti-Dühring*). Las mejores características del movimiento obrero en su tiempo, con sus perspectivas internacionales,

54. Vasek Kana (1905-1985) fue un periodista y dramaturgo checoslovaco y militante comunista. El fragmento adquiere sentido si recordamos que, además de su actividad intelectual, trabajó como obrero en una fábrica.

su reivindicación de la hermandad del hombre, su énfasis en la dignidad del trabajo, su búsqueda del conocimiento y de la cultura, justificaban su confianza. "Se ha acelerado y dado vida al sentir de una amplia solidaridad y una confianza hermanada, ha crecido la inteligencia, elevado el tono de la moral, e iluminado la vida de todos aquéllos que cuidan de sí mismos y tienen cariño por sus compañeros… se han lanzado a la suerte, en la batalla del trabajo en contra del capital" (*Consigna de los trabajadores del gas*, 1889). Una moral tan alta, enraizada en los fuertes lazos sociales de la cantera, el sindicato, las luchas industriales en común, debería llevar a una perspectiva de una *humanidad socializada*.[55] Sin embargo, tal moral alberga también las actitudes de odio al enemigo, de repudio absoluto de la fraternidad humana hacia los esquiroles o rompehuelgas, una vigilancia sobre el agente o el colaboracionista. El estalinismo rechazó al primer grupo de posturas, y exaltó al segundo. De tal manera, George Hardy, un veterano británico de muchas amargas batallas, registra en sus memorias un discurso dado en Shanghai en 1951:[56]

> Como un viejo me tomé la libertad… de recordar a mis oyentes que el precio de la libertad es una vigilancia eterna. 'Los enemigos', dije, 'no se han rendido. Todavía existen en Shanghai y deben ser erradicados'. Esto puso a la audiencia de pie, gritando consignas y elevando sus puños derechos.

La vigilancia es necesaria, desde luego, en China, con Chiang-Kai-Shek y la flota norteamericana desembarcando en tierra

55. Sobre el socialismo como *humanidad socializada*, recordar nota 50.

56. Hardy fue un destacado miembro del PCGB, al que se afilió en 1921. Como señala Thompson, se trata de un auténtico veterano. Fue también líder sindical de la *Transport and General Workers' Union* y activo miembro de la *British-Soviet Friendship Society*. Su presencia en Shanghai está relacionada con los sucesos de la Revolución China.

firme.[57] No obstante, el constante énfasis exacerbado en la vigilancia, tras "el aplastamiento sin compasión", "el aniquilamiento", etcétera, de toda oposición puede –sin salvaguardas institucionales efectivas y libertades– ser usada como un instrumento peligroso de poder para silenciar la crítica, como ahora lo admiten los líderes chinos.

Tom Mann,[58] en sus muchas misiones internacionales, no usó este lenguaje de *erradicar*, *aplastar* y *sin compasión*. Él confiaba en que los trabajadores mostrarían una moral superior a aquella de sus opresores. Él –y otros de su generación– no tenía miedo de hablar, no sólo de las virtudes de la militancia, sino también del compañerismo, la hermandad, y aun del amor. Después de medio siglo de matanzas, el fascismo, las traiciones de 1926 y 1931,[59] esta

57. Chiang-Kai-Shek fue presidente de China antes del estallido revolucionario. Al comenzar la guerra civil, fue el líder del Kuomintang o Partido Nacionalista Chino. Una vez que la fuerzas nacionalistas fueron derrotadas por las comunistas en 1949, se retiró a la isla de Taiwán, donde dirigió dictatorialmente el gobierno de la República, contando para ello con el apoyo norteamericano.

58. Ver la nota 22 de "El socialismo y los intelectuales. Una réplica".

59. La traición de 1926 se sitúa en el escenario de la gran huelga general convocada por la *Trade Union Congress* (ver nota 9 en "El socialismo y los intelectuales"). La huelga general fue convocada por el TUC en solidaridad con los mineros que se enfrentaban a reducciones salariales y más horas de trabajo, y fue apoyada por la mayor parte de los trabajadores de los diferentes sectores industriales. El conflicto debe situarse en un contexto más amplio: había llegado el momento de una prueba de fuerzas entre el TUC –que contaba con casi 5 millones de afiliados– y el gobierno. No obstante, el Consejo General del TUC estaba dividido entre un ala derecha que pedía que continuaran las negociaciones y un ala izquierda partidaria de la huelga, que conectaba mejor con el sentimiento de las bases. De hecho, el 1 de mayo, en una conferencia extraordinaria se votó a favor de comenzar la huelga, que dio inicio el 3 de ese mismo mes y duró nueve días. Si bien nunca se llegó a un escenario de violencia, la situación fue perciba como la antesala de una posible ruptura del marco constitucional, ya que el conflicto social se agravó ante la movilización por parte del gobierno de grupos de esquiroles y rompehuelgas, lo que por otro lado contaba con el apoyo de las clases medias temerosas de un colapso del sistema. El gobierno y los dirigentes del ala derecha del movimiento obrero querían conseguir que la huelga terminara lo

última palabra todavía levanta una reacción inmediata y cínica en Inglaterra; pero los hombres también han hecho esta palabra en su historia, y no hay otra que podamos usar. El socialismo es la expresión de la necesidad del hombre por sus compañeros, su ser social íntegro. Por lo tanto, éste debe encontrar su expresión en el amor, aun cuando se consiga sólo a través de la agonía del odio clasista y el conflicto. En el humanismo de los escritos del propio Marx hay una última compasión, dentro de la cual las pasiones partisanas se integran. Como manifestó en su *Prefacio* en *El Capital*:

> Mi punto de vista, que enfoca el desarrollo de la formación económica de la sociedad como un proceso histórico-natural, puede menos que

antes posible. Así, a pesar de la muestra de solidaridad que evolucionaba hacia una situación revolucionaria, la huelga fue desconvocada incondicionalmente por el Consejo General del TUC. Temiendo el potencial revolucionario de la huelga, los dirigentes estaban dispuestos a dar marcha atrás. El desenlace fue fatal para los sindicalistas, y las represiones por parte de los empresarios fueron fulminantes. Por otro lado, el movimiento sindical se vio negativamente afectado y la huelga pasó al imaginario colectivo, bien como un evento que no debería volver a repetirse –puede decirse que de aquí parten las tradicionales reservas de amplios sectores del sociedad británica hacia la huelga general–, bien como un episodio heroico traicionado por los dirigentes sindicales. El papel que cumplió el Partido Comunista merece una mención aparte. Si bien apoyó la línea izquierdista dentro del Consejo General del TUC, se volcó en los conflictos entre los líderes y dejó de lado la posible autoorganización del sindicalismo y la militancia de base. Esto debilitó a las fuerzas sindicales. Las erráticas directrices de Moscú tampoco contribuyeron a dotar al PCGB de una estrategia clara. La traición de 1931 está relacionada en cierto sentido con la de 1926. Tras la derrota en la arena laboral de 1926, la clase obrera británica apostó de manera más decidida por la vía política. De esta forma, en mayo de 1929 llegaba al gobierno un gabinete laborista con el moderado Ramsay MacDonald como primer ministro. Pronto, el nuevo gobierno tuvo que enfrentarse a las terribles secuelas de la Gran Depresión, especialmente en relación con el problema del desempleo. Esta situación generó disensiones dentro del partido y del gobierno sobre la forma más adecuada de atajar el problema. Finalmente, el 23 de agosto de 1931, MacDonald dimitió. Sin embargo, a la mañana siguiente aceptó el encargo del rey de formar un nuevo gobierno con liberales y conservadores. MacDonald y los líderes del

> ningún otro hacer responsable al individuo de unas relaciones de las cuales socialmente es producto, aunque subjetivamente pueda estar muy por encima de ellas.

Esto no significa negar todo criterio moral –de todas formas (de cualquier forma), para los hombres tiene que haber una esfera de acción moral– ni que la compasión que resulta del entendimiento pueda tener mucha influencia sobre la acción en ciertas contingencias históricas –en la guerra, confrontada con el fascismo, en el conflicto industrial extremo– cuando los hombres *deben* tomar partido. Sin embargo, los métodos de la violencia inevitables en dichas contingencias nunca deben de ser glorificados; el precepto cristiano: "Perdónalos, ellos no saben lo que hacen", debe reiterarse a sí mismo cuando sea necesario y al grado que las circunstancias lo permitan. Y el juicio sobre dichas *contingencias* no es un juicio apolítico, sino que también es un juicio moral. El criminal político (el rufián fascista, el agente, el torturador de la AVO)[60] debe ser enjuiciado por sus crímenes, no por su origen de clase o su afiliación política. Aquél cuya conducta antisocial constituya un peligro para sus compañeros debe ser reeducado, no echado a la podredumbre en los campos. Las ideas inapropiadas deben ser combatidas con ideas justas, no con la exterminación de los hombres que las profesan. Tales actitudes de compasión tuvieron lugar en los primeros años de la Revolución Rusa, y tienen lugar en China actualmente.

Esta visión de que los socialistas trabajan para liberar a la humanidad de los obstáculos y antagonismos de clase nunca abandonó las mentes de Marx y Engels. Nunca. Tengo ante mí el borrador inédito de los principios de la Federación Socialista del Norte de Inglaterra, comentado por la mano de Engels. El original (de J. L.

laborismo que lo apoyaron fueron expulsados del partido. El suceso quedó grabado en la memoria colectiva como una nueva traición a la clase obrera.

60. La AVO era la policía secreta del régimen comunista húngaro.

Mahon) dice: la Federación "pretende abolir la clase capitalista y de los terratenientes, y constituir a los trabajadores de la sociedad en una comunidad autónoma cooperativa". Pero Engels la modifica como sigue: "pretende abolir la clase capitalista y de los terratenientes, así como la clase trabajadora asalariada, y constituir a *todos* los miembros de la sociedad en una comunidad autónoma cooperativa" (el énfasis es mío).[61] ¡Un cambio mínimo, pero tan significativo hoy día! El humanismo socialista ubica al verdadero pueblo una vez más en el centro de sus aspiraciones. Esto evoca el precepto de Timón: "Los

61. La Federación Socialista del Norte de Inglaterra fue un proyecto liderado por John Lincoln Mahon (1865-1933) para crear una plataforma política socialista independiente en el norte de Inglaterra, donde el descontento de los mineros y de los trabajadores del metal iba en aumento. Esta empresa no puede entenderse al margen de las disputas en el seno del socialismo y el marxismo británico, en concreto en las filas de la Federación Socialdemócrata dirigida por Henry Hyndman –puede consultarse al respecto la nota 1 sobre William Morris en "El socialismo y los intelectuales. Una réplica" o, de forma un poco más extendida, Estrella, 2011: 166-169–. Uno de los grupos que rompieron con la Federación fue el aglutinado en torno a Eleonor Marx y en el que se encontraba William Morris. De aquí partió la fundación de la Liga Socialista. Mahon apoyó la ruptura de Morris pero siguió su propio camino. Engels fue crítico no sólo con la Federación Socialdemócrata, sino también con la Liga Socialista. En cambio, parece que fue más receptivo a la propuesta de Mahon. De hecho, el texto al que se refiere Thompson fue enviado por aquél a Engels, quien lo anotó y se lo volvió a enviar. Según Thompson, Mahon conservó el documento hasta 1930, cuando lo donó a la colección del Instituto Marx-Engels de Moscú. Una reproducción del mismo llegó a manos de Thompson por medio del hijo de John Mahon. Nuestro autor llevó a cabo un estudio filológico en *Labour History Review* Vol. 6 de 1963. Sobre la historia de la Federación Socialista del Norte de Inglaterra, pueden consultarse las *Memorias* de Tom Mann, la obra de Dona Torr (*Tom Mann and his Times*), y el *William Morris* del propio Thompson. En esta última, el autor considera a Mahon como el primer socialista inglés que concibió –en la teoría y la práctica– el movimiento obrero y el socialismo como un todo: el segundo no era sino el estadio más avanzado del primero; era llevar a su expresión más consciente la lucha de clases que ya se daba de forma espontánea. Para Mahon, tanto la Liga Socialista como la FSD ignoraban la importancia de la nueva actitud militante que se estaba produciendo en el seno de los sindicatos, sobre todo en el norte de Inglaterra, desde finales de la década de los 80.

hombres han nacido para hacer el bien". Y ¿cuál es la base económica del socialismo sino los hombres haciendo el bien el uno al otro, enriqueciéndose a sí mismos? El estalinismo busca solidificar la dialéctica contra un colectivismo forzoso, ortodoxo. Pero la existencia social en la Unión Soviética, el sentir renovado y las aspiraciones del pueblo chocan con esta ortodoxia. Los nuevos hombres y mujeres se están levantando y buscan crear una sociedad, no en letargo, sino donde la dialéctica falsa de clase sea reemplazada por el forcejeo humano entre lo actual y lo potencial, entre las aspiraciones ilimitadas de la vida y las limitaciones necesarias de lo particular, lo concreto, lo personal. Tratan de hacer de los hombres un todo.

DESPRECIO POR EL PUEBLO

La vida siempre es más inesperada, arbitraria y contradictoria que los pensamientos del filósofo que abstrae y hace patrones conceptuales, o del arte del poeta que responde y organiza sus letanías. Pero en la medida en que el hombre es un agente, un *educador*, se cambia a sí mismo de acuerdo con sus pensamientos y sus valores; él trata de hacer su propia historia en concordancia con las leyes de la lógica y las de la belleza. Si sus conceptos son falsos, no corresponden a la realidad social, se sufrirá a sí mismo; por eso la insistencia de Marx en que la teoría encuentra su prueba final en la acción (un precepto que demuestra incontestablemente la corrupción total de la ideología estalinista). Pero también, si no logra fabricar conceptos del todo coherentes, abandona su propia acción creativa, se vuelve un simple pragmático que reacciona confusamente a una contingencia social tras otra. Y esto también probablemente le traerá sufrimiento.

Esta elaboración de conceptos, esta disposición a actuar bajo sus leyes, no es algo que aparezca en la sociedad sólo a través de los pensadores y poetas, no es algo que los intelectuales hayan hecho para el resto de la sociedad. Nosotros tomamos ejemplos de dicha gente

porque es en sus actividades –las disciplinas culturales sistematizadas en las cuales ellos están comprometidos– que estos procesos humanos (ser-pensar y responder-transformar) encuentran su punto más claro de expresión. Pero todo hombre es un ser intelectual y moral. Y aquí llegamos a una tercera característica distintiva de la ideología estalinista. Los hombres, sostiene Marx, desarrollan su propia naturaleza en su trabajo y en sus relaciones con otros en el acto social del trabajo:

> El trabajo es, en primer lugar, un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en el que el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza. El hombre se enfrenta a la materia natural misma como un poder natural. Pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, brazos y piernas, cabeza y manos, a fin de apoderarse de los materiales de la naturaleza bajo una forma útil para su propia vida. Al operar por medio de ese movimiento sobre la naturaleza exterior a él y transformarla, transforma a la vez su propia naturaleza. Desarrolla las potencias que dormitaban en ella y sujeta a su señorío el juego de fuerzas de la misma.

La iniciación, regulación y control demandan una acción intelectual y moral. Los hombres deben comprender las estaciones, planear sus cultivos, almacenar sus semillas, establecer relaciones entre sí en la siembra y en la cosecha. Las acciones del hombre son acciones humanas; sus propios deseos no son puramente animales, sino necesidades humanas, físicas, morales e intelectuales.[62] Necesita ropas para calentarse y también para adornarse; necesita refugio, pero también "un espacio al cual regresar", privacidad, etcétera. En esto reside la dignidad del trabajo humano, el cual Marx diferenció

62. Cabe leer este fragmento no tanto como una proclama antirreduccionista (que lo es), sino como un recordatorio de que si bien podemos diferenciar esferas a

explícitamente de "esas formas instintivas y primitivas del trabajo que nos recuerdan a los animales mismos":

> Concebimos el trabajo bajo una forma en la cual pertenece exclusivamente al hombre. Una araña ejecuta operaciones que recuerdan las del tejedor, y una abeja avergonzaría, por la construcción de las celdillas de su panal, a más de un maestro albañil. Pero lo que distingue ventajosamente al peor maestro albañil de la mejor abeja es que el primero ha moldeado la celdilla en su cabeza antes de construirla en la cera (*El Capital*, I, III, VII, p. 216).

Pero este reconocimiento poco entusiasta de la acción –en un sentido tecnológico–, del "elemento más importante de las fuerzas productivas", es calificado rigurosamente:

> El surgimiento de las nuevas fuerzas productivas… se da no como un resultado de la actividad deliberada y consciente del hombre, sino espontánea, inconsciente e independientemente de la voluntad del hombre (*Materialismo dialéctico y materialismo histórico*).

Stalin ha llegado a esta ridícula conclusión confundiendo el desarrollo de las nuevas fuerzas productivas (que de hecho son el resultado de una acción consciente y decidida) con las compulsivas relaciones sociales que surgen involuntariamente de su desarrollo. Esto es, que Crompton y Watt y diez mil más se enfrascan en una actividad deliberada y consciente, pero no prevén o anticipan conscientemente la guía

la hora de estudiar la práctica humana, esta distinción es de carácter analítico y persigue un fin heurístico, por lo que carece de sustantividad ontológica. En *The Poverty in Theory*, Thompson recordará con tono materialista la necesidad de evitar lo que podríamos denominar como una suerte de holismo invertido que subsume todo bajo la esfera ideológica o cultural: necesitamos, advierte Thompson, mantener la distinción entre lo que es cultura y lo que no lo es.

de consecuencias sociales que resultará de los cambios que efectúen.[63] El estalinista olvida que la base económica es una ficción descriptiva no sólo de las actividades físico-económicas de los hombres, sino también de su ser moral e intelectual. La producción, distribución y consumo no es sólo excavar, tomar y comer, sino también planear, organizar y disfrutar. Las facultades creativas e intelectuales no están confinadas a una superestructura y erigidas sobre una base de cosas (incluyendo los hombres-objeto), sino que están implícitas en el acto creativo del trabajo que hace hombre al hombre.

De esto deriva esa característica de la ideología estalinista que puede ser mejor descrita como antidemocrática, inherentemente burocrática, alternadamente paternalista o déspota hacia el pueblo. Para entender el ambiente social dentro del cual esta idea falsa echó raíz, debemos dirigirnos a los expertos de la sociedad soviética posrevolucionaria. Ésta surge, en parte, por la actitud de una élite revolucionaria, terriblemente consciente de su misión histórica y de sus tareas casi imposibles, operando dentro de una sociedad sin tradiciones democráticas duraderas o experiencias de instituciones democráticas, y con una gran parte de su población indiferente o activamente hostil a sus ideas.

En este contexto, vemos la identificación de la élite con la superestructura operando sobre una base material de necesidades o insatisfacciones económicas (pero no morales ni intelectuales). De esta manera, el fetichismo de la industria pesada y el abandono de las necesidades del consumidor, así como la administración burocrática de la industria y la planeación central de la vida económica,

63. Samuel Crompton (1753-1827) y James Watt (1763-1819) fueron dos figuras clave de la innovación técnica de la Revolución Industrial británica. El primero, en el terreno de las máquinas de hilado; el segundo, en la invención de la máquina de vapor. Thompson los trae a colación porque la referencia a individuos concretos le permite lograr de manera más eficaz su objetivo: distinguir la actividad consciente de los agentes y los efectos no deseados de sus actos, que escapan a su voluntad.

son tan minuciosas que en Polonia, por ejemplo, hasta el número de pepinos que serían cosechados fue incluido en el Plan Quinquenal.[64] El apremiante retraso de Rusia y la imperante necesidad de forzar el ritmo de la industrialización crearon el clima en el cual estas prácticas e ideas crecieron; pero ellos se encaminaron a la contradicción definitiva de una economía socialista que, en lugar de impulsar las iniciativas económicas y creativas de los hombres, los inhibe y los coarta, de manera que aletarga su propio crecimiento económico, a tal grado que el tejido completo de la burocracia se puso al descubierto dramáticamente en la 8ª Plenaria polaca:

> La clase trabajadora no era dueña de sus talleres, en su nombre el control era ejercido por los representantes del Estado, una burocracia frecuentemente indiferente a las necesidades de las masas. Las necesidades de las masas, su patrón de vida, no determinaba nuestra planeación

64. Dentro de la economía planificada de la Unión Soviética, los planes quinquenales señalaban los objetivos económicos a lograr en cinco años. Eran diseñados por técnicos designados por el Consejo de Ministros (con anterioridad a 1946, el Consejo de Comisarios del Pueblo) y bajo sus directrices políticas. El primero de los planes quinquenales se ejecutó entre 1928 y 1932, y el último sólo estuvo vigente en 1990. El mismo método de planificación también fue adoptado por la mayor parte de los otros estados comunistas. Si bien es indudable que los planes quinquenales contribuyeron a la profunda transformación de la Unión Soviética en una potencia industrializada, Thompson cuestiona la lógica determinista que lo inspira –el desarrollo de las fuerzas productivas como motor de la historia y factor determinante del progreso humano–, así como el secuestro de las tomas de decisiones de la economía real a las comunidades de trabajadores y consumidores. Es éste un factor importante, ya que vincula la consecución de un socialismo humanista y democrático no sólo al desmantelamiento político de la burocracia del partido, sino a una redefinición de la gestión económica, concibiéndola en términos de un control directo por parte de las comunidades del proceso de producción y distribución. La apertura de un proceso democrático en su dimensión económica supondría una suerte de economía socialista descentralizada. Esta postura tiene ya algunos antecedentes en el socialismo británico. Sin ir más lejos, el propio William Morris era bastante reticente frente a las ambiciones estatistas de sus colegas socialistas alemanes.

económica, sino que al contrario, ellos estaban determinados por los planes que, a menudo, a expensas de las masas, se basaban en supuestos equivocados. Ésta es la razón por la que a pesar de los grandes logros en la construcción, la clase trabajadora está tan exasperada y desilusionada (Arthur Starewicz, *The Polish Road*, p. 36).[65]

Así también se dio una constelación completa de actitudes políticas, elitistas, paternales y antidemocráticas en la ideología estalinista. De ahí el tono de la propaganda estalinista a lo largo del mundo: orientar las demandas políticas exclusivamente hacia los agravios económicos, el desprecio del sentido común, del idealismo moral y del juicio político de los trabajadores. Por consiguiente, la ridícula estructura y la estrategia del Partido Comunista Británico que en el corazón de una democracia política avanzada –donde por encima de todo están las mentes y las conciencias de la gente que deben ser ganadas para el socialismo– no puede ayudar pero sí fomentar en su interior una visión elitista. A pesar de todas las resoluciones por construir un *partido de masas*, las masas se rehúsan a ser convencidas políticamente sólo a través de las acciones económicas más sacrificadas. La mente del pueblo permanece abierta, pero el comunista se adhiere obstinadamente a la base económica. El trabajador pregunta por las cuestiones morales: el comunista sólo le acerca una petición de renta. A pesar de toda la palabrería de la fe en el pueblo, a pesar de toda la exaltación de los *instintos* de la clase trabajadora (como hombres-objeto, base económica), el estalinismo encubre un menosprecio colosal, una actitud vasta de clientelismo

65. Arthur Starewicz fue un escritor y periodista que militó en las filas del Partido Comunista Polaco. También ostentó el cargo de embajador de Polonia en el Reino Unido entre 1971 y 1978. Apoyó la revuelta polaca y el gobierno de Gomulka (ver la nota 28 sobre la Revolución de Octubre Polaca en "El socialismo y los intelectuales"), defendiendo la liberalización y la autonomía del socialismo polaco frente a la Unión Soviética.

acaparadora, hacia los hombres y las mujeres trabajadoras. Ésta es la expresión *política* del estalinismo: su velada hostilidad a las iniciativas democráticas en cualquiera de sus formas. El hombre es un apéndice de los instrumentos de producción: el hombre creativo en el corazón del trabajo, de quien emanan todos los instrumentos de producción, la política, las instituciones, ha escapado de las categorías de la ideología estalinista.

CUESTIONES DE LA TEORÍA

La ideología del estalinismo tiene, entonces, tres características distintivas: el antiintelectualismo, el nihilismo moral y la negación de la acción creativa del trabajo humano y, por ende, del valor del individuo como un agente en la sociedad. Esto no es el equivalente a decir que el estalinismo es un *marxismo con tres errores*. Hasta cierto punto –que tiene que ver con el crecimiento de la burocracia rusa, la Tercera Internacional y la influencia del propio Stalin–, los dogmas y las actitudes partidarias de las clases sociales que han estado presentes en distintas proporciones en el movimiento de la clase trabajadora, cristalizado en una ideología sistematizada, se mantienen juntos en un marco conceptual falso. Aunque proclamado materialista, tomó algunas de las características de la religión. Su símbolo es el mausoleo de Lenin. Su ideólogo supremo fue Stalin en persona, y encontró su materialización institucional en el PCUS y en las prácticas del centralismo democrático en otros Partidos Comunistas. Su exposición más sistemática se puede encontrar, quizás, en *Materialismo dialéctico y materialismo histórico* (1938) de Stalin, y su justificación institucional fue dada por la *Historia breve del PCUS*.

Pero la ideología del estalinismo no se le puede adjudicar solamente a Stalin.[66] Algunas de sus características pueden rastrearse

66. Todo el pasaje hasta el final del capítulo discute sobre la responsabilidad de la tradición marxista en el desarrollo de la ideología estalinista: desde los silencios y las ambigüedades de Marx, pasando por las falacias de Lenin, hasta desembocar

en las ambigüedades del pensamiento de Marx y, aún más, en las falacias de los escritos de Lenin. Marx usó el término *reflejo* en dos contextos muy diferentes. Primero, como testimonio de la postura materialista: las sensaciones reflejan la realidad material externa que existe independientemente de la conciencia humana. Segundo, como una observación sobre la manera en que las ideas e instituciones de los hombres han estado determinadas por su *ser social* en la historia. Pero la segunda observación no resulta de la primera, sino del estudio de la sociedad cambiante, cuyas premisas "son los hombres, no en un aislamiento fantástico o definición cualquiera, sino en su actual, empíricamente perceptible proceso de desarrollo bajo condiciones definidas". Porque una sensación puede ser descrita (metafóricamente) como un reflejo de la realidad material, y por ningún motivo de esto resulta que la cultura humana es un pasivo reflejo en el espejo de la realidad social. Cada vez que Marx y Engels discutían sobre los procesos del cambio social, dejaban en claro que éstos no eran así. Pero (dado que la investigación científica apenas ha comenzado a abrirse a dichas cuestiones) ellos solían saltar la brecha entre uno y otro, y apenas indagaron el problema de cómo se formaron las ideas de los hombres y de qué manera se extiende su campo de acción. La interacción entre el entorno social y la acción consciente (ser-pensar-transformar) fue central en su pensamiento, y era la negación de la acción lo que Marx veía como la debilidad del materialismo mecánico:

> El defecto fundamental de todo el materialismo anterior… es que sólo concibe las cosas, la realidad, la sensorialidad, bajo la forma de *objeto o de contemplación*, pero no como *actividad sensorial humana, no como práctica*, no de un modo subjetivo (*Primera Tesis sobre Feuerbach*).

en el dogma estalinista. Los comentarios sobre este pasaje se adelantaron en la nota 23 relativa al concepto de base-superestructura y, en menor medida, en la nota 28 sobre el concepto de experiencia.

Esta brecha entre el material bruto de la experiencia y los procesos de la cultura humana se ha ido cubriendo de manera creciente durante los últimos cien años, por la investigación en psicología, lenguaje, semántica, la sociología de la cultura, la naturaleza del arte, etcétera. Mientras que Engels estableció que "el materialismo debe adoptar un nuevo aspecto con cada nuevo gran descubrimiento", el marxismo en general ha dejado de tomar en cuenta estos avances, y –desde tiempos de Lenin– ha degenerado en una ideología. Por esto, la aceptación acrítica del *Materialismo y empiriocriticismo* de Lenin debe asumir su parte de responsabilidad. El genio político inspirado por éste no estaba dotado de una genialidad comparable en el campo de la filosofía. En su trabajo (hoy santificado por el estalinismo como un texto básico), su interés en la primera premisa del materialismo lo lleva a cometer sinnúmero de falacias, entre éstas:

1) La repetida aglomeración de ideas, toma de consciencia, pensamientos y sensaciones como reflejos de la realidad material (sin embargo, una sensación, que los animales comparten con los hombres, no es la misma cosa que una idea, que es el producto de los procesos culturales exageradamente complejos y específicos de los hombres).
2) La reiterativa declaración emotiva, de que la realidad material es *primaria* y que "la conciencia, el pensamiento, la sensación" son *secundarias*, *derivadas* (una verdad parcial, pero debemos evitar los trasfondos emocionales que nos llevan a creer que el pensamiento es menos importante que la realidad material; el hombre es un ser consciente, no un ente animal con una conciencia derivada).
3) Lenin se deplazó, de la observación de Marx, "el ser social determina la conciencia social", a una muy distinta (e irreal) afirmación de que "la conciencia social refleja al ser social".
4) De esto, derivó a la grotesca conclusión de que "el ser social es independiente de la conciencia social de la humanidad" (¿Cómo pueden los

seres humanos conscientes, cuya conciencia es empleada en cada acto de trabajo, existir independientemente de su conciencia?).

5) De esta posición sólo había que dar un pequeño paso para concebir a la conciencia como un burdo proceso de adaptación al ser social independientemente existente. "La necesidad de la naturaleza es primaria, y la voluntad y mente humanas, secundarias. Las últimas deben necesaria e inevitablemente adaptarse a la primera" (Stalin, Obras, II, p. 248). "La tarea más importante de la humanidad es comprender la lógica objetiva de la evolución económica… de tal manera que sea posible adaptarla a la conciencia social propia… en una elaboración tan definitiva, clara y crítica como sea posible" (p. 376).

De ahí que el concepto de *acción* humana, de los educadores y los educandos, se haya perdido en un determinismo donde el papel de la conciencia era el de adaptarse a "la lógica objetiva de la evolución económica". La conciencia humana puede ser descrita como un patrón de comportamiento innato puesto en movimiento por el estímulo económico, y con una capacidad muy limitada a hacer a los hombres conscientes de su propia adaptabilidad innata. Tal patrón puede ser construido en un cerebro electrónico. Las referencias de Stalin a un "papel organizativo, militante y transformador" de ideas están siempre enmarcadas en un contexto de respuestas al estímulo más o menos eficientes. De ahí que la visión de sentido común de Marx, de que la libertad del hombre se ha incrementado con cada ampliación del conocimiento ("La libertad… consiste en el control sobre nosotros mismos y sobre la naturaleza externa que está fundamentado en el conocimiento de la necesidad natural", Engels) se haya transformado en la mística de la libertad del hombre consistente en su útil y reconocida "lógica objetiva de la evolución económica": su *libertad* se vuelve una esclavitud en torno a la *necesidad*. Así, de una falacia pasamos a otra: un reflejo pasivo no puede iniciar, planear, hacer revoluciones. Lenin, absorto

en matices filosóficos, olvidó que Marx y Engels sostenían que el ser social era determinado por la conciencia social, no a causa de un *reflejo* automático, sino porque en la sociedad de clases la naturaleza compulsiva de las relaciones sociales da lugar a un conflicto de voluntades, dando pie en cambio a las transformaciones sociales que nadie desea. Al olvidar esto, desplazó la causa del cambio social desde la acción de los hombres a la acción de la necesidad económica. Sin embargo, esto desembocó (en Stalin) simplemente en una nueva forma de dualismo, en la cual la conciencia del hombre no es más que la proyección de un *alma* dentro de la materia, una *dialéctica* dentro de los instrumentos de producción, la fuente de todo cambio.

En un ambiente socialista sano, estas falacias habrían sido eliminadas rápidamente de la rica cosecha del pensamiento político de Lenin. Pero, de hecho, fueron ensalzadas por Stalin, sistematizadas e incorporadas a la estructura de su pensamiento. En el *Materialismo dialéctico y materialismo histórico*, todo sentido de la acción humana, todo entendimiento de los educadores y los educandos ha desaparecido.

> Si la naturaleza, el ser, el mundo material, es primario, y la mente, el pensamiento, son secundarios, derivados; si el mundo material representa la realidad objetiva existente independientemente de la mente de los hombres, mientras que la mente es un reflejo de esta realidad objetiva, lo que sigue es que la vida material de la sociedad, su ser, sea también primario, y su vida espiritual sea secundaria, derivada, y que la vida material de la sociedad sea una realidad objetiva existente independientemente de la *voluntad* de los hombres, mientras que la vida espiritual de la sociedad sea un reflejo de esta realidad objetiva…

El modo preciso de pensamiento es idealista y mecanicista. El materialismo histórico es "la extensión de los principios del

materialismo dialéctico al estudio de la vida social" (en lugar del estudio de la realidad que se está creando, etcétera); es la "aplicación de los principios del materialismo dialéctico a los fenómenos de la vida de la sociedad" (esto es, los principios son impuestos a los fenómenos). El entendimiento del proceso ("nuestras ideas del movimiento") es reducido a un automatismo físico-económico: "De ahí que la actividad práctica del partido de los proletarios no deba basarse en los buenos deseos de los 'individuos sobresalientes' ni en los dictados de 'la razón', la 'moral universal', etcétera, sino en las leyes del desarrollo de la sociedad y en el estudio de esas leyes", como si éstas" existieran independientemente del ser moral y racional del hombre. Pero la estructura del pensamiento en su conjunto está corrompida. Stalin, entrenado en un seminario ortodoxo griego, fue conocido como un *marxista fuerte* y tenía una inexorable lógica para alcanzar, a partir de falsas premisas, conclusiones falsas. El estalinista honesto no repudia a Stalin; abre sus obras, se enreda en su lógica, la cree y entonces observa y no puede entender el mundo. Seguramente, las ideas de Stalin son correctas, ¿pudiera haber deslices, *errores* en su práctica? Permítase al lector volver a su trabajo, y cuando en medio del automatismo ciego de las fuerzas productivas, repentinamente se pregunte: Sí, pero ¿dónde están los *hombres*?, ¿dónde está el hombre que Marx describió, usando su cabeza y sus manos en su trabajo?

> Tal es la dependencia del desarrollo de las relaciones de producción en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad y, primariamente, en el desarrollo de los instrumentos de producción: la dependencia por virtud de la cual los cambios y el desarrollo de las fuerzas productivas tarde o temprano llevarán a los cambios y desarrollo correspondientes de las relaciones de producción.

LA ERA KRUSCHEV

La forma institucional –el centralismo democrático– ya ha sido muy discutida y bien analizada.[67] Independientemente de los argumentos sobre la validez de esto o del tipo de organización para contextos particulares, debemos ver al PCUS y, en grados variables, a otros Partidos Comunistas, como instituciones adaptadas a las necesidades de una ortodoxia ideológica. Está en la naturaleza de una ortodoxia que inhiba la emergencia de ideas no ortodoxas, que deba tener una fuente de certeza, de un dogma revelado, como la Iglesia católica tiene a su Papa.[68] Esto es, que alguien debe dar una señal de cambio, alguien debe avanzar, o la institución dejará de responder de una vez por todas a las circunstancias cambiantes. Si hay un cambio precipitado, o alguien de los rangos inferiores se mueve al principal, todo puede desembocar en desorden, como después del discurso de Kruschev (Togliatti, Thorez,[69] etcétera).

67. Nota de E. P. Thompson: Véase Ken Alexander en *The Reasoner*, no. 1: *G.D.H. Cole y otros*.

68. Nuevamente, la cultura metodista y disidente de Thompson –en concreto el antirromanismo que las caracteriza– explica el uso de esta metáfora religiosa para describir una situación política. Sobre el *ethos* religioso en Thompson, puede consultarse la introducción. Véase página 27 y siguientes.

69. Palmiro Togliatti fue el líder del Partido Comunista Italiano entre 1927 y 1964. Su política al frente del partido varió entre una supeditación a las directrices de Stalin y la búsqueda de una postura particular adecuada al contexto político italiano. Tras la muerte de Stalin y al calor del proceso de desestalinización, no dudó en cuestionar los excesos del régimen. Sin embargo, no condenó la invasión de Hungría por los soviéticos. Este apego a la línea oficial del partido contrasta con los vínculos amistosos que entabló con el régimen de Tito, la condena de la invasión de Checoslovaquia en 1968 o su propuesta de la vía italiana hacia el socialismo. Por su parte, Maurice Thorez fue secretario general del Partido Comunista Francés entre 1930 y 1964. Se había opuesto a la desestalinización puesta en marcha por Kruschev, lo que le alejó de Togliatti, quien, como hemos visto, mantenía una postura opuesta. Esto tuvo consecuencias en las relaciones entre los dos principales partidos comunistas de Europa Occidental. Thompson se refiere a estos desórdenes, si bien cabe recordar que, al igual que Togliatti, Thorez apoyó la invasión de Hungría por los soviéticos.

De esta manera, el culto a la personalidad surge de la ideología del estalinismo y no viceversa. Así, las funciones del Partido, los Congresos, etcétera, asumieron la forma de ejercicios de devoción, alcanzando su vertiginoso cenit en la respuesta de Stalin al debate del 17º Congreso (1934):

> Camaradas, el debate en este Congreso ha revelado la completa unidad de opinión entre nuestros líderes de Partido sobre las cuestiones de la política de Partido, se puede decir. Como todos sabemos, ninguna objeción, cualquiera que sea, se ha levantado en contra del informe. De esta manera, se ha demostrado que hay una extraordinaria solidaridad ideológico-política y organizacional en las filas de nuestro Partido. (Aplausos) Surge la pregunta: ¿hay necesidad alguna, después de esto, de un discurso en respuesta al debate? Yo creo que no es necesario. Permítaseme entonces abstenerme de dar un discurso en respuesta. (Ovación. *Todos los delegados se ponen de pie. Porras estridentes. El coro de una porra: '¡Larga vida a Stalin!'. Los delegados, todos de pie, cantan La Internacional, después de lo cual la ovación continúa. Gritos de '¡Vivas para Stalin!', '¡Larga vida a Stalin!', '¡Larga vida al Comité Central!').*

Es muy triste que, a pesar de dicha unidad, esto fue justificación suficiente para que muchos de estos delegados fueran eliminados. Pero fue por medio de la negación del papel de los individuos como agentes de la historia, como precursores del Partido, que el papel de este se convirtió en el papel de un individuo.

No obstante, el falso pensamiento a esta escala falla repetidamente en dar resultados. Los *social-fascistas* terminan, después de todo, por ser antifascistas;[70] Inglaterra no se unió a Alemania

70. En 1928, el VI Congreso de la Internacional Comunista concluyó la inminencia de la revolución proletaria en los países occidentales, de manera que pasó a identificar a los partidos socialdemócratas como el principal obstáculo para la consecución del escenario revolucionario. Estas directrices fueron transmitidas a

en una cruzada anticomunista. Tampoco los constantes cambios abruptos se sucedieron. Stalin no sólo era un ideólogo, también era un planificador extremadamente capaz y un hombre de acción, como lo probó su liderazgo en la guerra. De hecho, en la guerra total en contra de la más vil expresión del capitalismo en la *historia*, la ideología y la realidad fueron llevadas a una unidad falaz. Pero con el fin de la guerra, la ideología ya no se conectó más con la vida real. El estalinista oscila entre el axioma y la *realpolitik*: el dogma y el oportunismo. Cuando los axiomas dejan de producir resultados, un error suele reconocerse. Pero el cuerno de la abundancia del cual salen los errores en torbellino nunca se reconoce. Con la muerte de Stalin, la ideología recibió un tremendo puñetazo. Todavía está intacta, dado que está unida a una institución y no a un hombre: la cúspide de la ortodoxia es ahora el Comité Central del PCUS. Pero desde la muerte de Stalin hemos visto una oscilación casi desenfrenada, entre los intentos de apuntalar el dogma y las concesiones a la realidad. Kruschev no es un pragmático animado que hace lo que considera mejor para enaltecer su propia suerte; es el lado oportunista de la luna estalinista. El mundo está cambiando a su alrededor y él no entiende por qué. Vocifera frente a Gomulka en el aeropuerto y lo considera en Moscú.[71] Denuncia a Stalin, pero él mismo se declara estalinista. Redacta una declaración sobre

los diferentes partidos comunistas de Europa, advirtiendo sobre la necesidad de combatir lo que se denominó como socialfascismo (recordemos que en Italia ya gobernaba Mussolini y el partido nazi en Alemania comenzaba a recabar apoyo social al sustituir la vía insurreccional por la toma del poder a través de las urnas). Tradicionalmente se considera que esta estrategia fue desastrosa para el futuro de la clase obrera y de la democracia en Europa, ya que facilitó el ascenso del fascismo. De hecho, el propio Stalin adoptaría a partir de 1935, en el VII Congreso de la Internacional, la política del Frente Unido de la clase obrera contra el fascismo, comúnmente denominada como la política de Frentes Populares.

71. Thompson se refiere aquí de forma irónica a la ambigua postura de Kruschev frente a la Revolución Polaca, denunciada por un lado, pero tolerada dentro de los cauces moderados que sostenía Gomulka.

los *errores* en el pasado en las relaciones entre los países socialistas, y hace trizas el levantamiento húngaro antes de que la tinta se seque por completo. Dichas acciones preceden el fin de un dogma, pero un dogma en sus últimos días también es impredecible, malhumorado, peligroso. "No somos unos santos", declara Kruschev. El mundo ya lo sabe, pero eso indica un avance en su propia conciencia, para el Stalin que creía en su propia santidad. Él se veía a sí mismo como el sumo sacerdote de la necesidad histórica, mientras que Kruschev estaba muy ocupado en remendar los agujeros para pensar sustantivamente en eso.

El mundo está cambiando porque el pueblo socialista ha cambiado. Todo esto que he descrito –la locura del pensamiento y la corrupción de la práctica– fueron llevadas hacia adelante *en nombre del comunismo.* El estalinismo nunca ha sido la misma cosa que el movimiento mundial comunista. La corrupción ha enredado sólo a aquéllos en las filas más altas de la burocracia interna. El estalinismo ha asesinado a los pensadores comunistas, artistas, y a los líderes de los trabajadores, pero nunca ha negado al comunismo. Los preceptos de éste –en formas rígidas y fragmentarias– se les han enseñado a los niños en las escuelas, se han mencionado en novelas insípidas sin historia, se han repetido hasta la memoria a las masa del Partido. La falsa conciencia siempre fue transgresora, pero siempre ofreció resistencia a las tradiciones populares, sus experiencias de vida. En esos países donde la Gran Purga no pudo llegar, ha habido constantes conflictos dentro de los movimientos comunistas entre las fuerzas sanas y la corrupción. Sin las presiones de la policía secreta OGPU y los montajes, nada puede evitar que la experiencia práctica, las tradiciones humanistas del movimiento socialista, las ideas creativas de Marx y Engels, resistan a la apabullante ortodoxia; sólo las burocracias internas del Partido, nutridas de los textos estalinistas e involucradas en las redes de la decepción internacional, se han convertido en ideólogos verdaderos.

Pero incluso de entre estos, los herejes pragmáticos –Gomulka, Tito, etcétera– han sido expulsados. Y en la Unión Soviética, nuevos hombres y mujeres han entrado en escena. Donde la ideología y la falsa conciencia reinan, "el movimiento económico finalmente se reivindica como necesario". Los instrumentos de producción en la Unión Soviética son socializados. La burocracia no es una clase, sino un parásito de esa sociedad. A pesar de esto, la ola de energía humana desatada por la primera revolución socialista ha multiplicado la riqueza de la sociedad, y engrandecido vastamente los horizontes culturales del pueblo; escuelas, publicaciones, conciertos, institutos técnicos, galerías de arte, todos éstos se han multiplicado de igual manera. La falsa conciencia del estalinismo ahora hace a la burocracia –confrontada por estas gigantescas energías humanas– menos capaz, por mucho, de realizar su función en cuanto a la planeación y el desarrollo de la economía nacional. Por un lado, se desarrollan las frustraciones económicas y sociales; por el otro, los hombres y las mujeres luchan por una conciencia socialista verdadera y buscan materializarla políticamente.

A lo largo de la Unión Soviética, el pueblo –especialmente los jóvenes– están cansados al grado del hartazgo del parloteo de *Pravda* y del marxismo-leninismo-estalinismo. Las *fórmulas correctas* y las necedades ideológicas se ven en contradicción por su propia experiencia de vida, y esto da lugar a las demandas por el sentido común, la decencia y la humanidad, tal y como encuentran expresión en *No de sólo pan*, de Dudintsev.[72] En el movimiento comunista internacional, un fermento similar está en proceso. El resultado en la Unión Soviética no se puede predecir.

72. *No sólo de pan vive el hombre* es la primera obra de Vladimir Dudintsev, publicada precisamente en 1956. Se trata de una dura crítica a la deriva de la sociedad y el régimen soviético, especialmente a la burocracia del partido. Aunque Dudintsev fue represaliado por este trabajo, continuó publicando y manteniendo una actitud crítica.

Bajo ciertas circunstancias, la revuelta puede tomar la forma de una revolución política limitada. Ciertamente, ésta debe dar lugar a las instituciones cambiadas y a los patrones de una vida social. Esto, sin embargo, puede ser dicho con certeza. Sólo una cosa mantiene hoy al estalinismo en el poder en la Unión Soviética: el miedo a la guerra con Occidente. El relajamiento internacional que siguió a Génova trajo consigo una concesión interna, el regreso de más prisioneros de los campos;[73] el discurso de Kruschev, la Revolución de Octubre Polaca,[74] la Revolución Húngara.[75] El estalinismo, adelantándose a los hechos, identificó toda oposición hacia él como contrarrevolucionaria y extinguió la revuelta húngara, pero no pudo eliminar las contradicciones que ésta había provocado. La bomba de hidrógeno, el miedo –basado en dichos– a la agresión del imperialismo americano (que cada día anuncia nuevas bases de avanzada para los misiles atómicos) fortalece a la casta burocrática y militar, le da una razón de ser, da sentido a la ideología estalinista y, al mismo tiempo, debilita y confunde al fuego en contra de la ideología estalinista en la Unión Soviética como fuera de ella. El desmantelamiento del estalinismo no se llevará a cabo simplemente por el aumento de las voces en contra de sus abusos. Debemos entender –y explicar– su verdadero carácter, la nueva

73. La Conferencia de Génova de 1924 fue un encuentro convocado por la Sociedad de Naciones con el fin de estabilizar el sistema financiero internacional tras los efectos de la Gran Guerra, lo que ponía como trasfondo fundamental el problema de las reparaciones. Más allá de los acuerdos estrictamente económicos, la Conferencia fue relevante porque fue la primera en la que, tras la guerra, Alemania y la URSS tomaron parte. Esto supuso la antesala de la normalización de las relaciones internacionales, al menos hasta que los efectos del crack se hicieron presentes a partir de la década de los 30. Thompson relaciona esta primera ruptura del aislamiento internacional de la URSS con una relajación de la política represiva interna.

74. Ver nota 28 en "El socialismo y los intelectuales".

75. Ver la introducción y la nota 30 sobre Imre Nagy, en "El socialismo y los intelectuales".

cara de la sociedad soviética inseparable de éste. Debemos hacer lo que podamos para desmantelar la bomba de hidrógeno.[76]

LOS HOMBRES CONTRA LAS COSAS

De vuelta una vez más en nuestra isla parroquial. Si este análisis es verdadero, las opiniones cotidianas de los trabajadores ingleses frente a la Unión Soviética –que está yendo "por el camino correcto", pero que no tiene democracia, "no puedes decir lo que piensas", entre otras– han sido más sanas que la lealtad incondicional de los comunistas británicos. Pero ésta no es toda la verdad. El resto yace en esto. La Unión Soviética es un país socialista, aunque esto todavía no se manifieste en las instituciones, la conducta política o la moral pública. Fuera de la tormenta, fuera del error, de una revolución que saltó un abismo de desarrollo social y que incluyó a un pueblo sin tradiciones democráticas, ahí creció esta ideología que retorció los rasgos del hombre socialista. Pero esos rasgos eran rasgos humanos y también son rasgos de nosotros; vemos en ellos nuestro propio futuro. Como el estalinista británico que acepta estas distorsiones de buena manera y frunce el ceño al afirmar que: "No existe tal cosa del marxismo sin el Partido Comunista". Así también, un comunista empapado en la ideología estalinista que simplemente no quiere ver esos rasgos tal y como son, porque prefiere idealizarlos para no perder la esperanza en la humanidad. Existe una cierta desesperación espiritual, una parálisis de la voluntad, una falta de dirección, en el movimiento obrero británico, que ha visto la cabeza de Gorgona y ha perdido el deseo de continuar.[77]

76. Ver nota 12 en "El socialismo y los intelectuales".

77. Thompson utiliza este figura de la mitología griega de forma metafórica. Gorgona era un monstruo entre cuyos poderes estaba el de no poder mirarla directamente, pues el incauto se convertía en piedra. La idea de Thompson es precisamente incidir en la petrificación del movimiento obrero británico como consecuencia de su exposición a la ideología estalinista.

¿Acaso es inevitable que la nueva sociedad provenga de la vieja, con una ideología tendenciosa como el estalinismo? Se puede argumentar que los bolcheviques nunca habrían llegado al poder en Rusia en las circunstancias de inconcebible dificultad, si no hubieran fortalecido el espíritu de resistencia y convocado las energías emocionales con el desarrollo en su punto extremo de las actitudes partidarias de la élite proletaria. Sin embargo que el estalinismo sea la ideología de esa élite en dicho contexto, no necesariamente da como resultado que las perspectivas inevitablemente parciales y partidarias de otros movimientos de la clase trabajadora abran paso a nuevas ideologías. Las ideas falsas están obligadas a permanecer durante el periodo transitorio que Marx llamó *dictadura del proletariado*. Pero si aprendemos la lección del estalinismo, habrá que evitar que éstas crezcan en un sistema de falsedades que se autoperpetúa.

Debe haber algún peligro en ciertas condiciones y regiones –si la caída de la burocracia soviética se retrasa largamente– de que la ideología trotskista eche raíces y, si sale victoriosa, lleve a distorsiones y confusiones similares. El trotskismo es también una ideología autoconsistente, siendo en sus inicios un *antiestalinismo* (justo como lo fueron antes los antipapistas). Surgió del mismo contexto que el estalinismo, y se opuso a esa burocracia llevando a la oposición el mismo marco conceptual falso y las mismas actitudes: el mismo comportamiento económico, el culto a la élite, el nihilismo moral. De ahí que la temible expectativa ante la crisis económica, la delación de los movimientos tanto en las Colonias como en Occidente a través de alianzas con el sistema, debilitara la coexistencia del movimiento a nivel mundial. Las mejores ideas del trotskismo, las más fructíferas las que –enfatizan la democracia económica y las formas directas de la democracia política– se manifiestan de forma fetichista: "consejos de trabajadores" y "soviets" que deben ser impuestos como ortodoxia única. Pero Inglaterra está llena de soviets.

Tenemos un soviet general del TUC y de los sindicatos soviéticos en cada pueblo: los soviets de paz y los soviets nacionales de mujeres, distritos electorales, distritos urbanos y barriales. Se da por sentado que estas organizaciones deben transformarse, pero es el pueblo detrás, o dentro de las instituciones, a quien debemos cambiar.

La cosa más sorprendente sobre el movimiento obrero británico es que no se puede decir que posea una falsa o una verdadera conciencia: tiene una mezcolanza de ideas capitalistas, de aspiraciones humanitarias, de posturas de la clase trabajadora. Nosotros somos un pueblo protestante, desconfiado de la estructura del sistema, no hemos sufrido una ortodoxia ideológica respaldada por el poder del Estado por varios cientos de años. Nuestro movimiento obrero está guiado, en principio, por el pragmatismo: que no es una ideología, pero sí un tipo de conciencia fragmentaria, en pedazos, intermitente, real; ésta ve los problemas de manera clara, pero no la relación entre ellos. Por lo tanto, tiende a aceptar o medio aceptar un marco conceptual de ideas capitalistas (la santidad de la OTAN y la alianza norteamericana, la inevitabilidad de las espirales de precios, etcétera), pero para pelear duro por ciertos principios e intereses en su interior. Ocasionalmente puede ver algunos problemas de manera clara, pero no puede apreciar cómo surgen ni anticipar cómo cambiarán.

Este pragmatismo que –de manera irónica– Engels admiraba, ha servido grandemente al pueblo británico, más de lo que la mayoría de los marxistas están dispuestos a admitir. El pragmatismo combinado con la mentalidad provinciana ha servido bastante bien en las relaciones internacionales y, en su defecto, han servido más mal que bien en los pueblos coloniales. Incluso en las cuestiones internacionales, los marxistas tienden a exagerar el caso: no debemos olvidar que el pueblo británico ha jugado el rol que le corresponde –con la moral alta y consciente– para detener la ola de fascismo en Europa.

No estoy particularmente consternado, como algunos parecen estar, por negar que se está dando un desplome. Como socialistas nos debemos circunscribir al contexto y al pueblo que pertenecemos, y va siendo hora de deshacerse de la idea de que nuestras opiniones son las que prevalecerán, y que la clase trabajadora tomará el poder, por medio de una confrontación final cataclísmica entre las clases sociales, precedida por la ruina económica. Es verdad que Marx esperaba dicho resultado, pero, por otro lado, él saludaba el *10 Hour Bill* como "la primera vez que en plena luz del día la economía política de la clase media sucumbió a la economía política de la clase trabajadora" (diríjase a WMIA, 1864).[78] Engels también animó a los nuevos sindicatos a pelear por la legalización de la jornada laboral de ocho horas y emplear la maquinaria del Estado en favor de los intereses del pueblo; nosotros hemos seguido este camino hasta el día de hoy. El fermento de 1945 dio como resultado tantos logros en "la economía política de la clase trabajadora", que la clase capitalista fue llevada casi a la paralización y hecha prisionera dentro de su propia maquinaria estatal. Si la clase trabajadora británica se encuentra hoy día en esta posición no es porque nosotros tengamos la "más antigua e ingenua clase capitalista del mundo", sino porque dicha clase no lo pudo evitar. Y no ha llegado más lejos porque, siendo pragmática y hostil a la teoría, ésta no conoce ni siente su propia fuerza, y no tiene sentido de dirección o una perspectiva revolucionaria, tiende a caer en el letargo moral y acepta líderes con ideas capitalistas. En Inglaterra, la nueva sociedad no ha surgido –como en Rusia– prematuramente

78. La ley de las 10 horas es una legislación laboral aprobada por el Parlamento británico en 1848, que designa el número de horas de la jornada laboral en las industrias fabriles para mujeres y niños. La promulgación de esta ley tuvo lugar bajo la presión del movimiento cartista. Es interesante destacar que algunos de los líderes de esta propuesta provenían de sectas disidentes como evangélicos, metodistas y cuáqueros.

de la vieja, pero en muchos rasgos está formada dentro de ella. No quiero decir que vivimos en una sociedad a medias, alguna *mutación* de la sociedad capitalista, una fase *capitalista tardía*, que es casi socialismo. Vivimos en una sociedad capitalista, no es necesario verificarlo. El *ethos* del capitalismo es el mismo, el deseo por la ganancia es el mismo, la tendencia hacia la guerra en contra de los pueblos atrasados es la misma; la degradación de los valores culturales en mercancías, la elevación de la propiedad por encima de los hombres, el sobreponer las cosas (bases en Chipre, ganancias más altas, etcétera) a los seres humanos, todo sigue siendo lo mismo: pero entre los norteamericanos y la bomba H allá afuera, y la presión pragmática constante, tenaz, determinada del pueblo aquí en casa, nuestra clase capitalista dominante se ha doblegado y no puede actuar como quisiera. Aun doblegada, puede volverse peligrosa, así como lo es el agonizante dogmatismo: Suez fue un síntoma;[79] en los últimos años, el irracionalismo, la religiosidad, el antihumanismo y las ideologías viciadas han ganado terreno entre la clase media. Pero la clase capitalista británica no puede hacerlo como le gustaría, aunque ya no tiene mucho que perder, excepto las bases esenciales económicas y políticas de su poder. Los trabajadores de Inglaterra podrían terminar con el capitalismo el día de mañana, sólo si asumen el coraje suficiente y se hacen a la idea de lograrlo. Si hemos perdido la voluntad, no es porque haya empleo en todas partes, es también porque, por más de treinta años, las esperanzas –y las esperanzas de muchos en las clases profesionistas– puestas en Rusia se habían estado cayendo a pedazos. Los trabajadores en Inglaterra todavía sienten que las relaciones sociales de la sociedad capitalista son opresivas, pero no lo son al grado de arriesgarse a una alianza con una *vanguardia* que establezca una *dictadura del proletariado*. Están mejor situados así como están, pero dejarlos ahí

79. Sobre la crisis del Canal de Suez, ver la nota 34 de "El socialismo y los intelectuales".

es mantenerlos como proletarios con aspiraciones burguesas, explotados por los hombres pudientes.[80]

El filisteísmo militante del estalinismo se iguala con nuestro propio filisteísmo silenciado y estéril. Los nuevos pensadores tienen poco que ofrecer. El hombre es la víctima de la falta de dólares, de la espiral de precios; sus aspiraciones deben ajustarse a sus bolsillos. De manera inquietante, ellos sienten que algo se ha perdido. Como Crosland:[81]

> No *sólo* necesitamos exportaciones más altas y pensiones para los ancianos, sino más cafés al aire libre, calles más iluminadas y alegres en la

80. A lo largo de todo este fragmento, Thompson presenta la situación histórica de la clase obrera británica a partir de un análisis de los cambios en los equilibrios de clase. Se trata de uno de los principales vectores de los estudios históricos de nuestro autor, incluyendo *The Making*. Estos equilibrios responden a las relaciones de fuerzas entre los diferentes agentes del universo social, agrupados en términos de clase por intereses y valores antagónicos. Thompson hablará, en un memorable artículo que llevaría por título "La sociedad inglesa del siglo XVIII, lucha de clases sin clases", de un campo de fuerzas del que se deriva la reciprocidad y la polarización entre dominantes y dominados. Esta concepción relacional del conflicto social se encuentra, por lo demás, históricamente situada (véase la nota 17 en "El Socialismo y los intelectuales" relativo al análisis contextual en Thompson). Por otro lado, el pasaje aborda el debate sobre la tradicional moderación del proletariado británico y su preferencia por las conquistas puntuales sobre la apertura de un proceso revolucionario. El autor considera que esta disposición históricamente constituida tiene sus ventajas y sus limitaciones. Sobre cómo concibe Thompson la determinación histórica del proceso revolucionario, puede consultarse la nota 20 en "El humanismo socialista" y la nota 37 en "La Nueva Izquierda". Sobre la noción de clase, de lucha de clases y de cómo concibe Thompson el proceso revolucionario, remitimos a los artículos posteriores "Revolución" y "Revolución de nuevo".

81. Anthony Crosland fue un prominente político del Partido Laborista y llegó a ocupar diferentes ministerios a lo largo de su carrera política. Como escritor, publicó un libro en 1956 que tuvo gran resonancia entre los círculos de izquierda: *The Future of Socialism*, el cual, situado en el marco de la tradición fabiana reclamaba una renovación de la socialdemocracia británica para adaptarla a las nuevas realidades de la *Affluent Society* (la sociedad de la opulencia) de Posguerra.

> noche, cerrar más tarde las cantinas, más teatros locales de repertorio, más y mejores hoteleros, hospitaleros y restauranteros, comederos más limpios y vistosos, más cafés rivereños, más jardines de descanso a la usanza de Battersea,[82] más murales y pinturas en lugares públicos, mejores diseños en muebles, vajillas y ropa de mujer, estatuas en el centro de los nuevos fraccionamientos, lámparas de calle y cabinas telefónicas mejor diseñadas, y cosas por el estilo (*El futuro del socialismo*).

Sí, nosotros queremos algunas de esas cosas, pero permítasenos ver un poco más de cerca. Veamos primero la escritura mal hecha y la sensibilidad revelada: "cafés al aire libre… cantinas… hoteleros y restauranteros… comederos… cafés rivereños"; el sueño del turista norteamericano. Es agradable para un miembro del Parlamento escaparse de la Casa de los Comunes para una comida completa en un jardín de descanso, pero ¿estamos seguros que a esto se referían los socialistas con una *vida completa*? Esto tiene que ver más con la vida de la clase media; no tiene sentido para una comunidad socialista rediseñar las lámparas y las cabinas, pero no las fábricas y las ciudades. Hay una lista de cosas, no nos dice nada sobre las personas: los valores de los hombres y las mujeres consumiendo sus alimentos, caminando bajo las luces, usando la ropa, la calidad de las obras de teatro, los murales, las estatuas. Mientras tanto, somos advertidos desde varios puntos de la contaminación cultural y humana por los medios masivos de comercialización:

> Los procesos lógicos del comercio competitivo, inhibidos ahora para lograr la 'degradación' económica de las masas y favorecidos desde fuera por el clima en su conjunto del momento, y desde adentro asistidos por la falta de dirección, las dudas y, de manera incierta, por la propia libertad de los trabajadores… están asegurando que el pueblo trabajador

82. Se trata de un barrio obrero e industrial situado al sur de Londres.

> sea asaltado culturalmente… La presión constante… se convierte en una nueva y más fuerte forma de sujeción, esta sujeción promete ser más fuerte que la anterior porque las cadenas de la subordinación cultural son más fáciles de usar y más difíciles de romper que aquellas de la subordinación económica.

Así lo afirma Hoggart[83] (*Los usos de la literatura*, p. 200) y concluye, dirigiéndose al movimiento de la clase trabajadora: "Si la activa minoría continúa considerando el pensar sobre los objetivos inmediatos políticos y económicos de su exclusividad absoluta, el pase será vendido, culturalmente, a sus espaldas" (p. 264). ¿Qué podemos agregar con seguridad a esto? Los hombres no quieren sólo la lista de cosas que Crosland ofrece, también quieren cambiarse a sí mismos como los hombres que son. Sin embargo, de manera irregular e ineficaz desean otras cosas más grandes: quieren dejar de matarse entre ellos, quieren detener esta contaminación de la vida espiritual que corre a través de la sociedad como los ríos de aguas residuales e inunda nuestros pueblos industriales en el siglo XIX, y de la mano de sus intereses económicos, beneficiarse el uno al otro.

El humanismo socialista en Oriente y Occidente está buscando hacer aparentes estas aspiraciones y mostrar el camino para su realización. Kruschev también promete al pueblo más cosas: ellos piden justicia y razón, él les promete mayor automatización. Como Crosland, hablar de una vida completa le hace pensar en comida: está interesado en iluminar los comedores de las fábricas. Pero los hombres creativos, sus iniciativas liberadas de la esclavitud de la ganancia o de la burocracia, se verán muy pronto en sus cafés y cantinas. El filisteísmo en Oriente y Occidente ofrece cosas que no pueden satisfacer a los hombres porque son seres intelectuales y morales. Las ideologías del capitalismo y el estalinismo son, ambas,

83. Ver la nota 32 sobre este autor en "La Nueva Izquierda".

formas de *autoalienación*: los hombres se equivocan en sus mentes y se pierden en abstracciones; el capitalismo ve el trabajo humano como una mercancía y la satisfacción de sus necesidades como la producción y la distribución de mercancías; el estalinismo ve el trabajo como un acto económico-físico que satisface necesidades económico-físicas. El humanismo socialista declara: liberar a los hombres de su esclavitud a las cosas, de la persecución de la ganancia o de su servidumbre a la necesidad económica. Liberen al hombre, como un ser creativo, y él creará, no sólo nuevos valores, sino cosas en sobreabundancia.

Este caso ahora tiene un significado más importante, tanto terrible como esperanzador. El filisteísmo y los intereses ciegos de clase han desarrollado la Cosa más grande de todas, una que terminará con todas las cosas. El hombre de hoy y esta Cosa se enfrentan cara a cara. Ella está ahí porque tanto el capitalismo como el estalinismo han reducido a los seres humanos a cosas, mercancías o apéndices de las máquinas. Pero ahora los hombres deben buscar algo más, no una cosa en particular, sino la razón y la conciencia de sí mismos. Sin ese ser creativo y sus manos extendidas sobre la bomba, la humanidad habrá fracasado y la alternativa olvidada de Marx se habrá consumado: "La ruina mutua de las clases rivales".

A lo largo y ancho del mundo, los hombres y las mujeres incrementan su enojo por esta culminación de cuatro décadas de guerra, cámaras de gas, campos de concentración, napalm, hipocresía política y oportunismo; la amenaza de esta cosa final impide que el hombre se percate de esta nueva conciencia, el conocimiento de su propia humanidad íntegra. Así como gritaba Lisístrata: "¡Todos somos griegos!", ahora la humanidad proclama: "¡Todos somos humanos!". Y los bárbaros que arremeten contra nuestras fronteras son el ciego choque de intereses y las áridas abstracciones que nos alejan de nosotros mismos. La bomba debe ser desmantelada porque, al hacerlo, los hombres condensarán las energías que

abrirán el camino a su legado cultural. La bomba es como una imagen total del predicamento del hombre: yace entre la vida y la muerte, la destrucción total o el dominio humano sobre la historia del hombre. Sólo si los hombres por su propia acción pueden dominar esta Cosa, el optimismo de Marx se confirmará, y el "progreso humano dejará de parecerse a ese espantoso ídolo pagano, que no beberá el néctar que no sea el de los cráneos de los caídos".[84]

84. Se trata de un fragmento de un artículo de Marx y Engels de 1853 sobre la India. El párrafo completo dice: "Los hindúes no podrán recoger los frutos de la nueva sociedad que en su país han sido sembrados por la burguesía británica, mientras el proletariado industrial no haya abatido a las clases dominantes en la misma Inglaterra, o mientras los mismos hindúes no sean lo suficientemente fuertes como para liberarse del yugo de la dominación inglesa. (...) Cuando una gran revolución social se haya apoderado de las conquistas de la época burguesa –el mercado mundial y las fuerzas productivas modernas– y las haya sometido al control común de los pueblos más avanzados, solamente entonces el progreso humano dejará de parecerse a ese espantoso ídolo pagano que sólo bebía el néctar del cráneo de los que habían sido sacrificados". Thompson, por tanto, está haciendo un símil entre los hindúes en época de Marx y la humanidad en el momento en el que escribe, de manera que le corresponde a esta última apropiarse de su destino para encarar la senda del progreso y abandonar la de la destrucción mutua.

ACCIÓN Y ELECCIÓN. UNA RESPUESTA A LA CRÍTICA (1958)

PRESENTACIÓN

El artículo "El humanismo socialista" no pasó desapercibido. Obtuvo diferentes respuestas desde dentro del espectro de la izquierda británica. Desde un marxismo tradicional, Peter Fryer y Arnold Kettle atacaron el humanismo de Thompson como una desviación pequeñoburguesa, idealista y revisionista. La polémica también encontró espacio en las páginas del propio *New Reasoner*. Harry Hanson y Charles Taylor criticaron el intento de Thompson por vincular el marxismo y el comunismo a una ética humanista. Finalmente, en un número posterior, figuras como Jack Lindsay, John St. John y Tim Enright cuestionaron las conclusiones de Hanson y Taylor, adoptando una posición que no se identificaba exactamente con la de Thompson y que realzaba los logros de la sociedad soviética. En su contrarréplica, Thompson se centra especialmente en las aportaciones de Hanson y Taylor.

El primero, quien también había renunciado a la militancia en el Partido Comunista, recuerda que, al igual que Thompson, su renuncia fue provocada por una revulsión moral, si bien a diferencia del historiador inglés, él arribo finalmente a una suerte de escepticismo ideológico. La tesis principal de Hanson era que los argumentos de Thompson fallaban al intentar establecer un puente entre socialismo científico y humanismo socialista. Hanson consideraba que la esencia de la ética marxista era el *futurismo*; el hecho de que los valores humanos sólo podrían realizarse plenamente en el futuro. De esta manera, el marxismo no se trataba de una posición amoral o inmoral, sino de un relativismo moral. Hanson celebraba la crítica de Thompson a este relativismo, pero le recordaba que al adoptar su posición humanista y querer mantener su

compromiso ideológico con el comunismo, se enfrentaba a una contradicción irresoluble: la oposición entre medios y fines, y la necesidad de apostar por uno u otro. Para Hanson, Thompson intentaba conservar lo mejor de los dos mundos (*you are trying to have your cake and eat it*), cayendo en una contradicción irresoluble que el historiador disimulaba con frases grandilocuentes y una crítica romántica moralista.

Por su parte, Charles Taylor exploraba la responsabilidad del marxismo en el estalinismo. Admitía, con Thompson, que ambas cosas no eran lo mismo, pero rechazaba la tesis thompsoniana de que el segundo fuera una mera desviación del primero. Taylor matizaba a Thompson que el estalinismo como ideología no se reducía a un mero economicismo, sino que estaba íntimamente relacionado con un ejercicio totalizador, en tanto que negaba los límites humanos para juzgar objetivamente, como se demostró en el caso de los Juicios de Moscú. Taylor también reconocía que esta suerte de solipsismo histórico era posible gracias a que reducía las ideas y aspiraciones humanas a funciones sociales y que, como Thompson señalaba, la alienación ideológica que provocaba residía en un proceso de abstracción por el cual el centro de autoridad se desplazaba de las personas reales a conceptos e instituciones. Taylor entendía que era posible encontrar ya en Marx varias rutas que llevaban a este destino, especialmente en lo referente a su concepción del proletariado, de las clases sociales y de la lucha de clases. Taylor pasaba a continuación a señalar otros dos problemas que encontraba en el marxismo y que, a su juicio, Thompson no parecía resolver adecuadamente: primero, retomaba el dilema propuesto por Hanson entre medios y fines, y discutía la idea de moral de clase; segundo –y relacionado con lo anterior–, apuntaba hacia la contradicción inherente a los fines del comunismo, pues según Taylor, éste aspiraba no sólo a acabar con la alienación y liberar el potencial creativo del hombre, sino a recuperar la hermandad humana y lograr su reconci-

liación. Ahora bien, señalaba Taylor, puede que estos dos objetivos no fueran compatibles, y la pregunta que flotaba en el aire era, en caso de no serlo, cuál de ellos prevalecería. La experiencia de 1917 mostraba que se optó por lo primero. Taylor concluía afirmando que el marxismo era un humanismo incompleto y que una crítica humanista como la que pretendía Thompson debía llegar al corazón del marxismo.

A lo largo del artículo –que fue publicado en 1958 en el número 5 del *New Reasoner*–, Thompson responde a los críticos aclarando sintéticamente los principales aspectos de su propuesta en "El humanismo socialista", para pasar a discutir sobre el dilema medios-fines que había sido planteado por Hanson y Taylor, para concluir –en un tono que recuerda a la "ética de la responsabilidad" de Max Weber– que no hay una respuesta universal, una regla general para las obligaciones morales del individuo ante las circunstancias de la historia, sin que ello signifique caer en un brutal pragmatismo. Como se indica en el título del artículo "Acción y elección I", la idea de Thompson era desarrollar más la contrarréplica en una segunda parte de la que esboza el guion al final del texto. No obstante, este proyecto nunca se llevó a cabo.

Alejandro Estrella

Este artículo se publicó originalmente en inglés con el título "Agency and choice", en *The New Reasoner*, nº 5, 1958.

1. LA HEREJÍA EN CONTRA DEL HOMBRE[1]

Al llamar a mi primer artículo "Una epístola a los filisteos",[2] no usé el término particularmente por su connotación ofensiva, aunque quizá hubiera sido útil. Durante la mayor parte de nuestras vidas y en la mayoría de nuestros pensamientos, todos somos sujetos de las presiones filisteas, es decir, estamos enredados en un tejido de acciones y respuestas comunes y corrientes, caemos en los hábitos de pensamiento que aceptan estas apariencias comunes y recibimos opiniones no sólo como si fueran verdades, sino como si fueran absolutas e insuperables.

Hoy día, el filisteísmo ha infectado hasta lo más profundo, tanto de la ideología social-demócrata como de la comunista. Aunque las formas de contagio han sido muy diferentes, ésta produce en ambas un síntoma común: la negación de la acción creativa de los hombres, dado que son considerados como unidades políticas o económicas en una cadena de determinadas circunstancias, y no como seres morales e intelectuales, que participan en la formación de su propia historia; en otras palabras, se niega que los hombres pueden, en un acto voluntario de legado social, superar en forma trascendental las limitaciones impuestas por las circunstancias o la necesidad histórica. En el mundo comunista, esta herejía en contra del hombre toma la forma de una ideología que refuerza a la burocracia dominante, restringiendo las iniciativas de mil maneras, ya sea por represión externa o por inhibición interna. El pensamiento social-demócrata se muestra, así mismo, como una inercia

1. Thompson utiliza de nuevo un lenguaje de matriz religiosa asociado a las sectas disidentes. En este caso y a diferencia de otras ocasiones, el término *herejía* no se refiere a los movimientos sociales contra las ortodoxias socialista y comunista de Occidente y de Oriente, sino que se usa para calificar al estalinismo como una ruptura con la tradición humanista, que Thompson considera está presente en el marxismo y en el comunismo desde sus orígenes. Sobre el *ethos* religioso de la familia Thompson y su formación metodista, puede consultarse la introducción.
2. Sobre el término filisteo, ver la nota 1 de "El humanismo socialista".

de la voluntad y una miopía moral, una incapacidad de ver más allá de las formas comunes y de los soluciones improvisadas, para comprender el ritmo y la importancia del cambio en este siglo –el despertar colonial, el potencial humano en el tercer mundo socialista– o, de hecho, imaginar la precariedad de la propia civilización al enfrentar el riesgo nuclear.[3]

En cualquier lugar del mundo comunista es posible encontrar espacios de expresión para los pensamientos más recónditos, especialmente cuando hay un patrón común en las manifestaciones de la generación más joven: repugnancia de ver a los hombres como categorías administrativas e históricas abstractas, y una demanda para exigir menos probidad y más compasión en las relaciones políticas y sociales. En algunas ocasiones, esto toma la forma de una iconoclasia violenta, atacando no sólo a los ídolos del marxismo, sino a todo el sistema en su conjunto; ya sea en una creciente desconfianza de las generalizaciones y un énfasis renovado en lo particular, así como en los métodos empíricos de investigación. En su forma negativa, entre la generación más joven de algunos países comunistas, tenemos no sólo a esos marginados culturales, los *stilyagi*[4] o *hooligans*, sino también (para mostrar el otro lado de la moneda) los cada vez más numerosos arribistas y aventureros que mordisquean

3. Thompson define aquí el humanismo de forma negativa, en oposición a las ortodoxias de la socialdemocracia y del comunismo de ambos lados del Telón de Acero. Precisamente, el siguiente artículo del autor está dedicado a la respuesta articulada desde diferentes sectores de la izquierda británica contra ambas ortodoxias: la Nueva Izquierda. De esta manera, para Thompson existe un vínculo esencial entre el humanismo (socialista) y la Nueva Izquierda británica.
4. Es un término de origen ruso referido a una subcultura juvenil de los años 50 y 60. Los *stilyagi* se caracterizaban por un rechazo de los valores de la sociedad soviética y un consumo de productos culturales de Occidente (música, moda, etcétera). El estado soviético persiguió a este grupo, lo que contribuyó a desplazarlos aún más hacia un ámbito *underground* y marginal. En el artículo "La Nueva Izquierda", Thompson relaciona esta expresión contracultural con otros movimientos de Occidente como los *beats*. Ver nota 17 en "La Nueva Izquierda".

las formas muertas de las liturgias marxistas-leninistas, sólo como una ceremonia necesaria para facilitar su propio avance. En una forma más positiva, encontramos la simple reivindicación de los valores humanistas, independientemente de que éstos parezcan, o no, chocar con las necesidades históricas; en ocasiones, como un reto directo al determinismo marxista,[5] y en otras, como una reafirmación del concepto de acción humana,[6] que se ha endurecido dentro de la tradición marxista contemporánea. "Pero ustedes han confundido las cosas", Nadia le dice a Drozdov en *No sólo de pan*: "No son las cosas por sí mismas las que construyen la base material, sino las relaciones entre las personas en conexión con las cosas".[7]

Entre los socialistas occidentales hemos sido testigos de las primeras etapas de una revuelta que tiene ciertos rasgos en común con aquéllas del mundo comunista, aunque se están dando en un contexto algo diferente. Cantidad de factores han conspirado para inducir un sentimiento de impotencia de los individuos frente a los eventos históricos. Los hombres se sienten víctimas de los vastos cambios tecnológicos o de los accidentes internacionales en los que no pueden influir; impotentes ante las grandes instituciones burocratizadas, tanto en la maquinaria estatal como en el movimiento obrero, y ante los medios masivos de comercialización que manipulan las mentes de las personas y envilecen sus reacciones. En la sociedad occidental capitalista, el determinismo histórico no

5. Sobre el concepto de determinación en Thompson, pueden consultarse la nota 20 de "El humanismo socialista" y la nota 37 en "La Nueva Izquierda".
6. Sobre la noción de *agency* puede consultarse la nota 28 de "El humanismo socialista".
7. Nadia y Drozdov son personajes de la novela *No sólo de pan vive el hombre*, de Vladimir Dudintsev. Al respecto, puede consultarse la nota 72 de "El humanismo socialista". Por otro lado, a través de esta referencia literaria, Thompson se está refiriendo al problema de la relación entre la base y la superestructura, así como a los problemas morales y políticos que implican esta abstracción. Respecto a la metáfora base-superestructura puede consultarse la nota 23 de "El humanismo socialista".

toma la forma de una proclamada filosofía respaldada por los organismos del Estado; en su lugar, éste se disfraza de una esclavitud a conveniencia. Teóricamente, los hombres son libres de elegir y de cambiar sus acuerdos sociales, y para ello se proveen de varias instituciones, incluyendo dos partidos políticos que se asemejan a los extremos de un par de pesas, con las cuales pueden ejercitar sus músculos preferidos. Pero en realidad, los resultados de su elección están predeterminados por los límites reducidos por la *opinión experta*, las necesidades de la economía, las consideraciones prácticas y la presión de las circunstancias, entre otras.

Donde el disidente comunista es acusado de ignorar las leyes científicas *objetivas*, el ala izquierda socialista en Inglaterra es acusada de tener *sueños utópicos*, y se ha dicho que "los votantes no se los creerán". Pero en el último año, o dos atrás, bajo la influencia de los eventos en Oriente y frente a la amenaza nuclear, hay signos de que este fatalismo está bajo ataque. La señal más reciente es la Campaña para el Desarme Nuclear que se opone imperativamente a través de una moral categórica a todos los argumentos que busquen corromper la vida a cambio de un interés personal.[8]

Por consiguiente, la revuelta en contra del filisteísmo se está dando tanto en Oriente como en Occidente; en el primer caso, en contra de la necesidad; y en el segundo, en contra de la conveniencia. Además, estas revueltas hermanas parecen estar yendo hacia una posición positiva común, la del humanismo socialista. Éste afirma que las necesidades humanas (teniendo en mente todas las dificultades de este término) son el único criterio válido para valorar las instituciones

8. Thompson se refiere aquí al ciclo de protestas contra el socialismo ortodoxo y el dominio soviético que tuvieron a lugar en el bloque del Este a partir de la muerte de Stalin y que llegaron al clímax en 1956. Sobre la amenaza nuclear y la Campaña para el Desarme Nuclear, puede consultarse la nota 12 sobre la bomba de hidrógeno, en El socialismo y los intelectuales", y la nota 11 sobre la base militar de Aldermaston, en "La Nueva Izquierda".

y los acuerdos económicos y sociales: éstos deben hacerse para medir a las personas, no como en la cama de Procusto, para cortarlas o estirarlas a medida, sino midiendo sus circunstancias o su necesidad histórica.[9] De acuerdo con esta afirmación, una larga tendencia menospreciada dentro del movimiento socialista parece estar reviviendo al socialismo utópico (o *socrático*), que es la defensa del derecho de la imaginación moral a proyectar un ideal al cual es legítimo aspirar, y el derecho de la razón a indagar en las aspiraciones y los fines de los acuerdos sociales, independientemente de las cuestiones de viabilidad inmediata; en esencia, hacer las preguntas del orden, del *por qué* y no sólo del *cómo*.[10] Debe subrayarse que no es una tendencia en lo abstracto, sino dentro de los movimientos socialista y comunista; esto es, aceptando que la transición al socialismo, en una de sus muchas formas, es una precondición necesaria para construir una sociedad deseable y racional. Sin embargo, esta tendencia asevera que las elecciones pueden y deben ser hechas a lo largo del camino. De hecho, a menos que dichas elecciones hayan sido hechas conscientemente, el camino al socialismo puede terminar en confusión o en desastre y, ni siquiera lograremos enlistar las facultades creativas de aquéllos que nos precedieron.

Las coincidencias aparentes de estas revueltas hermanas pueden ser bastante accidentales, y ciertamente debemos tener claro

9. En la mitología griega, Procusto era un personaje que ofrecía posada a los viajeros solitarios. Cuando éstos estaban descansado en la cama, Procusto los ataba, y si su cuerpo era más largo que la cama, serraba los miembros que sobraban. Si, por el contrario, sobraba espacio, descoyuntaba los huesos hasta que el cuerpo coincidía con el largo de la cama. La expresión ha pasado a significar el acto de ignorar la realidad para ajustarla a determinadas preconcepciones.

10. El socialismo utópico para Thompson no tiene las connotaciones negativas que tenía para Marx y Engels. De hecho, como pusimos de manifiesto en varias ocasiones, la obra de Thompson y su concepción política no puede entenderse sin la influencia de Morris. Al respecto, pueden consultarse las notas 1 y 8 en "El socialismo y los intelectuales. Una réplica" y la nota 35 relativa al realismo utópico en "La Nueva Izquierda".

que, al dar esta breve descripción de algunas ideas y actitudes lanzadas hasta este momento, las he sacado de su propio contexto social. La totalidad de su significado sólo puede ser entendida dentro de su contexto, y éste, a su vez, únicamente puede comprenderse por medio de la más rigurosa investigación sociológica sobre las condiciones que hicieron posible su surgimiento como una significativa fuerza social.[11] Además, su éxito o fracaso no sólo dependerá de la validez o de la contundencia con las que se ha argumentado, sino de la manera en que estas condiciones maduraron.

Pero, de una vez por todas, debemos deshacernos de las suposiciones de que porque podemos rastrear el surgimiento de una fuerza social o de una idea en un contexto social definido, podemos justificarla, siendo que sólo es una traducción de ese contexto social que hemos puesto en términos del pensamiento. En este caso, las revueltas hermanas parecer converger en un problema en común: el de la consciente acción humana en la formación de la historia.

No es un coincidencia que el debate entre el deseo y la necesidad esté alcanzando gran envergadura en Polonia, en un pueblo cuya repulsión hacia los métodos del pasado (justificados en el nombre de la necesidad histórica) se ha combinado con una diversidad de opiniones, así como con las medidas políticas y sociales practicables y deseables. En un reciente ensayo sobre "La responsabilidad y la Historia", el filósofo comunista Leszek Kolakowski[12] ha descrito el debate entre "el realismo político extremo y el utopismo extremo":

11. En este fragmento se pone de manifiesto la apuesta de Thompson por un enfoque contextual de los análisis históricos y políticos. Sobre este punto, véase la nota 17 en "El Socialismo y los intelectuales".

12. Leszek Kolakowski (1927-2009) es probablemente el filósofo polaco más relevante del siglo XX. Fue un especialista en historia de las ideas, marxismo y filosofía de la religión. Perteneció al Partido Comunista Polaco durante su juventud para luego formar parte de la ola de protestas que se extendieron por el país a partir de 1956. Su crítica a la ortodoxia marxista en clave humanista guarda importantes paralelismos con la que Thompson y otros intelectuales que

Decimos que el realismo es extremo cuando un individuo está convencido de la inevitabilidad fundamental de los detalles del proceso histórico en el que debe vivir, y en consecuencia, de la desesperanza de cualquier esfuerzo que se oponga a la realidad contemporánea por medio de los postulados morales. Entendido de esta manera, el realismo marca toda predicación que incumba a la realidad existente como algo estéril y utópico, y lo señala a nombre de la historia que no puede tolerar moralistas. Por otro lado, el utopismo, en el sentido usado aquí, está basado en el supuesto de la crítica moral permanente de la realidad, la medida arbitraria de la realidad por el criterio absoluto del bien y el mal, y el juicio de éste exclusivamente desde ese punto de vista. La única protesta del utópico en contra de la realidad social es que ésta es moralmente incorrecta; su único instrumento para influir en el curso de la realidad social, es el de decir a la gente como debe lucir el mundo para satisfacer estos criterios absolutos del bien y el mal.

En este sentido, el visionario-utópico-reformista y el realista-fatalista debaten entre sí, y han estado debatiendo de esta manera desde que el hombre estableció en su conciencia la meta de mejorar su vida social, lo cual ha sido casi desde el principio de los tiempos. De hecho, la discusión pareciera asemejarse a esas voces llamando desde la otra orilla del río que es imposible de alcanzar. Entre la obediencia al mundo de la realidad y la obediencia al imperativo moral, yace un abismo en cuya orilla se han dado las tragedias históricas más terribles: las tragedias de insurrecciones conspirativas prediseñadas para el desastre, y el tipo contrario de tragedias, de colaboración con el crimen como

renunciaron a la militancia comunista a partir de esta fecha. En 1968, en el marco de una nueva ola de protestas contra el régimen comunista, Kolakowski es expulsado de la universidad, emigra a Inglaterra e imparte clases en las universidades de Oxford, Yale, Chicago y Berkeley. A partir de este momento, su crítica al socialismo se endurece. En 1976, publica *Main Currents of Marxism,* que supone una erudita pero devastadora crítica donde acusa al marxismo de contener implícitamente el desarrollo posterior del estalinismo. Kolakowski fue

resultado inevitable. En ambos bandos, se ha escenificado la historia moral del movimiento revolucionario de los años recientes.

¿Cuál es la visión correcta? ¿Podrían conciliarse estas dos visiones? ¿O nunca podrían reconciliarse, y es el debate entre ellas el centro de la disputa a la cual toda historia debe hacerse?

evolucionando a lo largo de su trayectoria hacia posiciones cada vez más liberales. En 1973, Thompson publicó un extenso texto titulado "An open letter to Leszek Kolakowski" en el *Socialist Register* –editada por antiguos compañeros en la *New Left*, como John Saville y Ralph Miliband– donde cuestionaba la deriva del pensamiento del filósofo polaco (posteriormente, el texto sería reeditado por Thompson en 1978, en *The Poverty of Theory and others essays*; en la edición española de 1981 sólo se tradujo la parte correspondiente a *The Poverty of Theory,* bajo el título *La miseria de la teoría*). Thompson reconoce que durante los años 50 estuvo influenciado por Kolakowski y considera que ambos formaban parte de esa ola de energía humanista que intentaba insuflar un nuevo brío al comunismo, rompiendo con la ortodoxia estalinista. El texto de Thompson reprocha a Kolakowski el haber roto con esta tradición y el cuestionar las credenciales del marxismo y del comunismo considerándolos como un todo. De alguna manera, la carta no deja de expresar un tono de decepción y desengaño con quien alguna vez fuera un compañero de viaje. En 1974, desde las mismas páginas del *Socialist Register*, Kolakowski respondió a Thompson con un texto titulado "My Correct View of Everything". Kolakowski recuerda a Thompson que ambos fueron cómplices ideológicos de un sistema de terror y que su confianza en el potencial liberador del comunismo reside en una confianza ciega de tipo religioso que le lleva a adoptar una actitud romántica pero errónea sobre la capacidad del triunfo del bien sobre el mal. Kolakowski concluía su ensayo precisamente con una crítica del pensamiento utópico y del humanismo prometeico. Aunque Thompson no escribió una contrarréplica –la reedición de "An Open Letter" en *The Poverty of Theory* es un indicativo de que, pese a la réplica, continuaba considerando válidos sus argumentos–, la respuesta de Kolakowski produjo cierto revuelo en el seno de los antiguos *nuevoizquierdistas*. El debate se ha reavivado en 2006 con la publicación por parte del historiador británico Tony Judt de "Goodbye to All That?", donde retoma el debate entre Thompson y Kolakowski para llevar a cabo una crítica durísima del primero, llegando a afirmar que "nadie que lea el ensayo de Kolakowski se volverá a tomar a E. P. Thompson en serio". El texto de Judt, cargado de argumentos *ad hominem*, ha recibido una multitud de críticas. En el momento que escribe "Acción y elección", Thompson todavía se considera próximo a Kolakowski. De hecho, apela a

2. EL HUMANISMO SOCIALISTA OTRA VEZ

La cuestión en torno a la acción, como la mayoría de mis críticos se dieron cuenta, estaba en el centro de mi artículo anterior.[13] En principio, es interesante notar no sólo los puntos de convergencia, sino también los puntos en los que la mayoría de los críticos coincidieron. Los marxistas ortodoxos –y me refiero con esto a aquéllos que veían el marxismo como un sistema cercano y congruente consigo mismo– reaccionaron con desdén y furia. Los comunistas, trotskistas y unos pocos marxistas independientes, que todavía ven al marxismo-leninismo como una reserva filosófica, revelaron rasgos similares de su pensamiento y de actitudes emotivas, rastreando en mis argumentos *revisionismo* y, sobre todo, *idealismo*. Mientras el Partido Comunista Británico oficialmente no tome conciencia de las discusiones socialistas en este país, uno puede suponer que sus ecos apenas y llamen la atención del Ejecutivo. A partir de un artículo reciente de Arnold Kettle en el cual refiere que la "gente de la clase media […] habla incansablemente de generalizaciones devotas sobre el humanismo socialista", un corresponsal libre marxista me acusa de "echar mano del atroz parloteo de sobremesa entre los 'intelectuales' laboristas y la escoria profesional del mundo occidental". Para

él y reproduce este fragmento en el que el filósofo polaco señala la dicotomía entre el brutal pragmatismo y el utopismo idealista como tipos morales que han dado forma a la historia de la humanidad. Para Thompson, el fragmento es útil, pues describe con claridad lo que considera una antinomia esencial que hay que superar. Como ya hemos adelantado, Thompson intenta pensar una acción moral que, si bien no se supedita al imperativo de las circunstancias o subordina los fines a los medios, tampoco se guía por unos principios morales universales y abstractos que podrían servir de guía en todo contexto y circunstancia.

13. Nota de E. P. Thompson: "El humanismo socialista" apareció en *New Reasoner 1*, y fue seguido por las contribuciones de Harry Hanson y Charles Taylor (*New Reasoner 2*), y Jack Lindsay, John St. John y Tim Enright (*New Reasoner 3*). Véase también Peter Fryer, *Lenin como filósofo* (*Labour Review*, Sept-Oct. 1957), y Arnold Kettle, *Rebeldes y causas* (*Marxism Today*, marzo 1958).

Tim Enright, estoy "rayando en el perímetro del idealismo", con un pie encaminado al clericalismo. Y para Peter Fryer, quien escribe en la trotskista *Labour Review*, estoy desatando "un asalto poderoso sobre la filosofía del materialismo dialéctico", y tomando un camino "que lleva inevitablemente al pantano del subjetivismo y el solipsismo". Pero desde un punto de vista totalmente diferente –una postura que tomo y que puede ser la de la investigación empírica social, combinada con una ética humana mejorada y derivada de la tradición liberal–, Harry Hanson llega a conclusiones que son marcadamente similares: soy culpable de "romanticismo", soy un "socialista utópico" que cree en el "poder de la palabra", y que anda predicando principios que son "devotos, académicos e irrelevantes".

Y además, ¿cuáles eran las fantasías idealistas en mi artículo? Ya que algunos de mis críticos parecen haber leído una cosa distinta, debo recapitular las líneas esenciales de mi argumento:

En principio, diré lo que mi artículo no era. No era un análisis histórico resumido del comunismo en este siglo. Sin embargo, hice diversas afirmaciones sobre estos desarrollos históricos, siendo los principales: *a)* que el movimiento comunista ha sido, en lo principal, la expresión de una ola de actividad revolucionaria con un profundo contenido humanista; esto es, que su dinámica social ha sido construida a partir de incontables actos de heroísmo, sacrificio voluntario, innumerables impulsos liberadores –materiales e intelectuales– que están lejos de haberse agotado; *b)* que la Revolución de Octubre, y sus repercusiones en la Europa del Este, y la Revolución China han efectuado una revolución fundamental en las relaciones de propiedad y han incrementado vastamente el potencial real del avance intelectual, cultural y democrático dentro de estas sociedades; *c)* que en circunstancias particulares, históricas y económicas de presión extrema, la élite revolucionaria degeneró en una burocracia cuya función era defender la propiedad socializada

en contra de la contrarrevolución interna, así como de la agresión externa, e impulsar la industrialización. La burocracia representa ahora un interés diferente dentro de estos países, y su aparato de Estado, instituciones e ideología están restringiendo su potencial humano. No estoy convencido del argumento de Djilas, de que su burocracia representa a una nueva clase; ni de los argumentos del *capitalismo de estado*, de la sección trotskista.[14] Por el contrario, concibo a esta burocracia como parasitaria de un movimiento enorme de la liberación humana, y ahora que su esterilidad

14. Milovan Djilas (1911-1995). Fue un escritor comunista yugoslavo que luchó en la Segunda Guerra Mundial como partisano, llegando a formar parte del gobierno de Tito (ver nota 36 en "El humanismo socialista"). Entre 1953 y 1954, Djilas escribió una serie de artículos en *Borbas,* el periódico oficial del Partido Comunista Yugoslavo, en los que ponía en duda que el régimen estuviera logrando construir una sociedad igualitaria en el país balcánico; más bien todo lo contrario: denunciaba que en Yugoslavia se estaba formando una nueva clase dirigente cuyo poder emanaba de los beneficios asociados a la burocracia del partido y altos mandos del ejército. La transmisión generacional de estos privilegios convertía a la burocracia, a ojos de Dijlas, en una nueva clase. Por este motivo fue expulsado del Comité Central del Partido Comunista Yugoslavo, al que pertenecía desde 1937. En 1954 ofreció una entrevista al *New York Times* en la que calificaba al régimen de Tito como totalitario y proponía la creación de otro partido socialista con el fin de abrir el régimen. Estas declaraciones le valieron una condena a prisión a su vuelta a Yugoslavia. Pese a que recibió nuevas condenas, no dejó de escribir textos críticos con la deriva del socialismo real, reivindicando la necesidad de una regeneración democrática del régimen. Por otro lado, dentro de la tradición marxista, el capitalismo de estado hace referencia a una etapa en la evolución del socialismo al comunismo en la cual el Estado se apropia de las empresas capitalistas y los medios de producción, con el fin de dirigir la transición hacia un modelo económico plenamente socialista, como paso previo a la abolición definitiva del propio Estado. A lo largo de este proceso, éste actúa como la principal agencia de producción y de distribución, a la par que explota a los trabajadores mediante la extracción de plusvalía en beneficio propio. Se trata, por tanto, de un paso transitorio pero necesario. La crítica trotskista considera, no obstante, que bajo el estalinismo, este estadio se ha convertido en permanente, de manera que la burocracia del partido dirige y diseña la economía, no con el objetivo de llevarla a una nueva fase, sino de extraer los beneficios económicos que contribuyen a perpetuarse en el poder.

ideológica y las instituciones restrictivas se están convirtiendo en cadenas de la expansión industrial, es probable que sus posiciones de poder se derrumben ante las innumerables presiones dentro de los países socialistas. No pienso que uno pueda dogmatizar en torno a esto: dada la relajación internacional, estas presiones pueden reivindicarse a sí mismas en algunos países, con mayor rapidez y sin mayor agitación: pero si la Guerra Fría se prolonga o se intensifica, la burocracia se va a fortalecer como una casta militar y administrativa, en cuyo caso permitirá atar nudos con la vida política de estos países, que al final sólo pueden ser desatados por el cuchillo de la violencia. Las dos maneras de interpretar este problema me parecen igualmente falsas: la primera es la imagen fatua de la burocracia que, por medio de la siempre sabia intervención del Partido Comunista, se borre a sí misma, pacíficamente y sin conflicto, de la historia. Esto es, suponiendo que, no la gente, pero sí los procesos sociales y los intereses admitan sus *errores* y pidan disculpas. La segunda es la visión de que la burocracia sólo puede ser expulsada por una lucha revolucionaria sin compasión, organizada por un nuevo liderazgo marxista: esto no sólo es errar el carácter de la burocracia, sino también imponer un patrón doctrinal revolucionario sobre los eventos, ignorando esos ejemplos innumerables en la historia, donde los intereses particulares, profundamente atrincherados, han sido forzados a retirarse ante las presiones populares o han sido expulsados por las agitaciones políticas limitadas; *d)* el desplazamiento o contención progresiva de la burocracia no disipará todos los problemas económicos y sociales, como si fuese el toque de una varita mágica, ni lo guiará hacia algún estado socialista de la naturaleza donde todos están de acuerdo, llamado *humanismo*

El concepto de capitalismo de estado se ha utilizado para definir otras prácticas económicas ajenas al socialismo en las que el estado interviene a través de empresas públicas en el mercado capitalista. Por ejemplo, en el caso del nacionalsocialismo o de la socialdemocracia.

socialista. Éste es un término que intenta caracterizar las actitudes y las perspectivas de aquéllos que se rebelan contra la burocracia, sus métodos y su ideología. Si éstos salen victoriosos, descubrirán de una vez por todas, como lo han hecho en la Polonia de Gomulka,[15] que los hechos están dificultando las cosas y que no pueden desaparecer. Pero si ellos tienen éxito en expulsar a la burocracia del centro del poder –esto es, en la Unión Soviética–, no veo una razón necesaria por la que un nuevo grupo de poder deba tomar el lugar del anterior, además confío en que los procesos sociales pueden ser engendrados y las instituciones construidas, a través de los cuales los intereses en conflicto se ajustarán no a una disputa del poder ciega o brutal, sino cada vez más a las crecientes elecciones deliberadas y voluntarias. También me siento con la confianza de que esto fructificará en un periodo de gran vitalidad y diversidad en la vida intelectual y cultural del pueblo.

Segundo, el tema principal de mi artículo era un intento de abstraer de su particular contexto social a la ideología estalinista, y analizar sus principales características y sus derivaciones. Harry Hanson apenas si tiene pretexto para ridiculizar este acercamiento, en los términos de que "los dilemas básicos [...] son parte de la materia de la historia, no solamente el producto artificial de la 'falsa ideología' de Stalin". Dejé claro desde el principio que, al describir al estalinismo como la ideología de la "élite-dentro-de-la-burocracia", yo la observaba en gran medida como un producto de los eventos, más que como su causa:

> El estalinismo echó raíces dentro de un particular contexto social, nutriéndose de las actitudes e ideas prevalecientes entre la clase trabajadora y el campesinado –clases sociales explotadas y corrompidas

15. Ver la nota 28 de "El socialismo y los intelectuales" sobre la Revolución de Octubre Polaca.

> culturalmente–; se fortaleció por el atraso ruso y por la hostilidad y activa agresión de los poderes capitalistas; de estas condiciones surgió la burocracia, la cual adaptó la ideología a sus propios propósitos y se propuso perpetuarla…

Al esbozar el contexto dentro del cual el estalinismo se consolidó, obvié definitivamente cientos de problemas históricos, y particularmente traté de manera superficial los problemas con los problemas más grandes de la industrialización en un país atrasado, que Hanson discute incisiva y astutamente. Pero cualquiera que sea el peso que le demos a las influencias formativas, el punto de mi ensayo fue dar una anatomía al propio estalinismo, cuyas ideas, actitudes y formas organizativas son, hoy día, de una influencia tremenda:

> El estalinismo no se desarrolló sólo porque existieron ciertas condiciones económicas y sociales, sino porque estas condiciones proveyeron un clima fértil dentro del cual las falsas ideas echaron raíces, y a su tiempo, estas ideas falsas se volvieron parte de las condiciones sociales.

La confrontación en el movimiento comunista de los años cincuenta es entre la burocracia –con sus dogmas e instituciones segregadas de conflictos pasados y nuevas emergencias– y la gente nueva, con nuevas necesidades, actitudes e ideas. El *hombre nuevo*, tan anunciado por los ideólogos comunistas, por fin está apareciendo en escena, pero está llegando en una forma y en un estado de ánimo completamente inesperados para los editores de *Pravda*,[16] quienes –habiendo frotado la lámpara y pedido un deseo– ahora se dan cuenta de que han conjurado una fuerza que no pueden con-

16. *Pravda* ("verdad" en ruso) fue el periódico oficial del Partido Comunista de la Unión Soviética. Constituía uno de los principales medios de difusión de las líneas ideológicas del partido. Actualmente todavía se publica.

trolar. Permítasenos ver la confrontación tal y como ahora aparece, y no se nos deje evadirla peleando una y otra vez la batalla de los *kulaks* o de los *skirmish* de 1923.[17]

Después de un año de turbulenta controversia, y frente a la crítica convincente, encuentro que todavía me adhiero a las líneas

17. El término *kulak,* en ruso, se refiere de manera general al campesinado enriquecido. Durante el zarismo, podía aplicarse igualmente a la nobleza o a los campesinos que habían prosperado con la introducción progresiva del capitalismo en el campo. Durante el periodo soviético, el proceso de colectivización de la tierra conoció avances y retrocesos. La aprobación de la Nueva Política Económica en 1921 permitió la entrada de la iniciativa privada en diversos sectores económicos, aunque el Estado se reservaba aún el papel principal. El campo fue el principal protagonista de la reforma. Esto se hizo, en parte, para impulsar la economía después del desastre de la Primera Guerra Mundial y de la Guerra Civil, pero también por la oposición que generó la colectivización del comunismo de guerra entre buena parte del campesinado. La NEP, aunque fue sostenida por Lenin, no encontró un apoyo unánime entre los líderes del partido. El propio Trotski se opuso a unas medidas que, consideraba, generarían intereses particulares entre el campesinado. Efectivamente, la apertura a la iniciativa privada incrementó la producción agrícola a niveles anteriores a la Revolución, pero también creó una nueva clase de campesinos ricos a los que se les conocería de nuevo como *kulaks*. La NEP finalizó con el Primer Plan Quinquenal (ver nota 64 en "El humanismo socialista") implementado por Stalin. La colectivización agrícola se retomó en 1929 y los *kulaks* fueron considerados como enemigos contrarrevolucionarios. La represión económica y política sobre los *kulaks* y la colectivización forzada fue especialmente dramática en Ucrania, donde fueron responsables en gran medida de la *Golodomor* –la "Gran hambre" o el genocidio ucraniano–. No hay acuerdo sobre el total de víctimas, pero se trataría de millones. Por otra parte, el término *skirmish* quiere decir "hostigador" y hace referencia a un cuerpo del ejército que estaba conformado por caballería o infantería ligera y cuya función era, precisamente, hostigar desde los flancos al enemigo. La referencia que hace Thompson a 1923 está relacionada con el final oficial de la Guerra Civil en Rusia y el triunfo del Ejército Rojo, tras derrotar al Ejército Blanco y expulsar a los invasores aliados. El autor se refiere, por tanto, a este tipo de tropas y al daño causado sobre la población soviética en el último año de la guerra. Al usar ambos términos, Thompson pretende señalar dos tipos sociales que habrían sido considerados por el régimen soviético como provocadores y desestabilizadores del proceso revolucionario. Lo que pretende Thompson es denunciar la posible interpretación de las revueltas que están teniendo lugar en ese momento en el bloque del Este, en clave similar a la forma en la que lo hizo la dirigencia soviética frente al caso de los *kulaks* y los *skirmish*.

esenciales de ese análisis: que el estalinismo, en el sentido marxista, es una ideología madura, "una constelación de actitudes partidarias, y de falsas, o parcialmente falsas, ideas", con su propia consistencia interna y formas institucionales cuasi-religiosas.[18] Como tales, éstas proveen de una justificación teórica a la visión de la historia realista-fatalista, que no reconoce a la acción humana, así como se ha expresado por medio de las iniciativas democráticas populares y que, como tal, no sólo es un *dogma*, sino también una fuente de donde los dogmas brotan infinitamente. Aunque Stalin ha sido condenado, esta ideología todavía es dominante en Rusia y tiene gran influencia a lo largo y ancho del movimiento de la clase trabajadora. Por lo tanto, no podemos sólo encogernos de hombros, sino que debemos eliminar cada uno de los errores y las inhumanidades incrustadas en la estructura misma de la teoría. Y con mayor razón, ya que ciertos rasgos que la caracterizan –como el antiintelectualismo y la desconfianza en los desacuerdos de las organizaciones– se han generado dentro de cada uno de los movimientos de la clase trabajadora, incluyendo el nuestro, y dentro de ciertos contextos puede volver a enardecerse con resultados similares. En más de un aspecto, el *deakinismo* y el estalinismo son parientes cercanos.

Tercero, al desarrollar una crítica al estalinismo, traté de distinguir entre diversas ideas falsas o ambiguas que Stalin tuvo en común con Marx o Lenin, y el estalinismo como una ideología:

> Esto no es el equivalente a decir que el estalinismo es un "Marxismo con tres errores"; hasta cierto punto –que tiene que ver con el crecimiento de la burocracia rusa, la Tercera Internacional y la influencia del propio Stalin–, los dogmas y las actitudes partidarias de las clases sociales que han estado presentes en distintas proporciones en el

18. Sobre el concepto de ideología en Thompson, ver la nota 4 en "El humanismo socialista".

movimiento de la clase trabajadora han cristalizado en una ideología *sistematizada*, se mantienen juntos en un marco conceptual falso.

Aquí, la frase que sobresale: "un marco conceptual falso"; se refiere no al estalinismo como dogma, sino modo idealista del pensamiento, situado fuera del dogma que lo engendra. Pero al distinguir este modo idealista de pensamiento del método de Marx y Engels, y sus flexibles *ideas del movimiento*, y al contrastar las actitudes partisanas al estalinismo con el enfoque humanista de Marx, a algunos lectores les di la impresión de que estaba esforzándome en reivindicar la pureza virginal e intocable del marxismo original, a la que el estalinismo no le debe afinidad, y sugiriendo que todos nuestros problemas pueden ser resueltos si sólo regresamos a la inmaculada fuente original del marxismo. De hecho, en diversas ocasiones, indiqué las ambigüedades de Marx, que se volvieron falacias en Lenin y en la ideología de Stalin, pero –porque yo en realidad creo que la raíz del problema está en Marx– mi tono sugería que el problema en su conjunto estaba ahí. Ahora puedo ver más claramente que si el estalinismo es una mutación de las ideas de Marx, el simple hecho de que sean capaces de experimentar una mutación de ese tipo, mientras permanecen en una línea directa de relación, indica una debilidad original que va más allá de la mera ambigüedad, especialmente en el punto donde la distinción crucial entre el determinismo y la acciones se van a encontrar. De esta manera, acepto una gran parte del argumento de Charles Taylor y su conclusión: "El comunismo marxista es, a lo más, un humanismo *incompleto*… Una crítica realmente consecuente del estalinismo no puede ser un simple retorno a la tradición original, también debe involucrar una crítica de los valores del comunismo marxista".[19]

19. Thompson encara el argumento de Charles Taylor para concederle un voto de favor y reconocer que, desde un punto de vista humanista, toda la tradición marxista -incluyendo al propio Marx- requeriría una revisión y una crítica de los

3. LA DIALÉCTICA DEL *DILEMA*

Hasta este punto, dos argumentos deben ser discutidos, lo cuales nos inhiben de hacer la crítica de la realidad que nos imponen. El primero no es tanto un argumento, sino más bien una evasión que busca refugio de un compromiso moral en las generalizaciones de más amplia envergadura y fieles a su tiempo. De esta manera, Tim Enright (que cae en argumentos similares a aquéllos popularizados por Anna Louise Strong)[20] describe las deformaciones del estalinismo –la policía secreta y los campos de concentración– como sus *marcas de nacimiento*, la necesaria d*esfiguración* de una sociedad socialista emergiendo de la *matriz* [de la] Rusia zarista. Esto no es nada cuando se le compara con "los millones de personas sacadas de la porquería de la pobreza y la ignorancia hacia una vida de horizontes en constante expansión". Jack Lindsay, con muchas

valores que la forman. Se aprecia aquí cierto matiz con respecto a la postura que defiende en "El humanismo socialista", donde sostiene que lo que había ocurrido era un proceso de degradación de los contenidos morales del marxismo, a través de las falacias de Lenin y el dogmatismo de Stalin. Es cierto que Thompson reconocía en este texto que el problema podía remontarse en cierto sentido hasta Marx, pero más por sus silencios y ambigüedades que por el hecho de que el marxismo careciera de un impulso moral. El argumento parecía sostener así la adecuación entre este comunismo o marxismo originario y el humanismo. Es este punto el que Thompson reconoce ahora, tras las notas de Taylor, que debe ser revisado. Esta matización debe relacionarse también con el hecho de que Thompson, sin negar su filiación marxista, prestaría cada vez mayor atención a la figura de Morris a lo largo de su trayectoria (sobre esta evolución puede consultarse la nota 1 sobre Morris en "El socialismo y los intelectuales. Una réplica").

20. Anna Louise Strong (1885-1970) fue una periodista, pedagoga, militante comunista y pacifista norteamericana. Thompson la saca a colación porque fue un personaje conocido y reputado entre las filas del marxismo internacional, que nunca dejó de confiar en las bondades y logros del régimen soviético, pese a la represión -quizás desconociendo el grado al que había llegado- que se estaba poniendo en práctica. Se trata, por tanto, de una actitud que Thompson cuestionará al referirse a las réplicas que Tim Enright y Jack Lindsay hicieron de los argumentos de Hanson y Taylor en contra de "El humanismo socialista" y Enright y Lindsay apuntan hacia una justificación histórica -no tanto moral- del proceso soviético, recordando los logros sociales que trajo consigo.

más cualidades, traiciona su propia autoconfianza en el juicio de la historia cuando declara que el estalinismo "representa el pasado, ha sido expuesto, sus bobinas endurecidas son los dolores de agonía de un sistema obsoleto".

Tal optimismo histórico arrasador puede ser de valor cuando se contrapone a esos estados traumáticos de la mente, en los cuales caen algunas personas desilusionadas (y muchos excomunistas) cuando se enfrentan a los hechos de la vida en el mundo comunista; y que los lleva, por medio de vías desgastadas, a una fijación anticomunista que sólo ve el parasitismo y no el movimiento popular libertador del cual se alimenta el parásito; las formas distorsionadas de la sociedad soviética y no el potencial humano en su interior. Sin embargo, debemos hacer tres advertencias. Primero, dichos juicios son prematuros: un régimen autoritario comandando un vasto poder estatal al cual el pueblo no tiene acceso democrático directo puede sobrevivir durante generaciones cuando se ha vuelvo *obsoleto*, y en realidad puede asumir formas aún más militarizadas. Segundo, tales juicios son pretensiosos si son capaces de reconfortar nuestra propia conciencia con vagas visiones optimistas, mientras que al mismo tiempo evaden una apreciación verídica de las realidades humanas inmediatas. La víctima de la opresión tiene el derecho de mantener su coraje al otorgar su confianza a un futuro resultado; el espectador no tiene derecho de eximirse de su compromiso tan fácilmente. Tercero, términos como *desfiguración* y *marca de nacimiento* son tan imprecisos que le permiten a uno pasar fácilmente del hecho de que la marca de nacimiento de la sociedad soviética no es un malestar histórico general que afectará igualmente a todos los ciudadanos, pero sí a la mayoría de las instituciones y a la ideología que emergieron como resultado de la revolución; para ser más preciso, sobretodo el PCUS y el marxismo-leninismo-estalinismo ortodoxo. Estas instituciones y su ideología no serán derrotadas sin una serie completa de conflictos en

los cuales, como en cada gran asunto histórico, es nuestro deber manifestar nuestro propio compromiso.

Y aquí llegamos a un segundo argumento, expuesto más convincentemente por Harry Hanson. Si es verdad que donde el comunismo ha triunfado, éste –con la destrucción de las relaciones de propiedad y las relaciones sociales feudales y capitalistas, con el incremento del nivel educativo y técnico de los pueblos atrasados, con la rápida industrialización y en cientos de maneras– ha "incrementado ampliamente el potencial real del avance intelectual, cultural y democrático" para incontables millones de personas, y si también es verdad que ante el atraso de la Rusia postrevolucionaria y frente a los riesgos internos y externos, la élite revolucionaria sólo puede mantener el poder por los métodos del autoritarismo extremo, ¿no seguiría que el estalinismo fuera tanto *necesario* como históricamente *progresivo*? ¿En qué territorios podemos desarrollar una crítica moral de un sistema que ha abierto dichas visiones para el avance humano? "Puedo no estar comprendiendo", escribe Hanson:

> Quizás ya he olvidado mi pasado marxista y quizás estoy argumentando más como un mecanicista que como un dialéctico; pero me parece que estás intentando conservar el pastel y comértelo.[21]

Y una gran parte de su crítica a mi argumento versa en torno a este dilema que, él cree, he subestimado inexplicablemente.

Ciertamente, sería extraordinario si yo hubiera subestimado el dilema que durante el pasado cuarto de siglo ha estado en el corazón de todo debate socialista, que cada uno de nosotros ha reflexionado cientos de veces, y que fue el punto de salida y la

21. La expresión en inglés *you are trying to have your cake and eat it* se refiere al hecho de intentar hacer dos cosas a la vez o beneficiarse de dos opciones en apariencia contradictorias o incompatibles.

conclusión de mi propio ensayo. Además, el dilema no es específico de estos años pasados, sino que, en un sentido verdadero, es el de toda la historia humana, y por esta razón encuentro la mofa de Hanson ("argumentando como un dialéctico") algo barata y sin importancia. Uno no necesita poner todos los puntos sobre las íes, o tachar cada *t* en los escritos de Marx, ni aceptar las categorías hegelianas de la lógica dialéctica para reconocer el hecho de que la grandeza de Marx reside en su negación a caer en un simple progresismo económico, por un lado, o en un igualmente simple absolutismo moral, por el otro.[22] Concluí mi ensayo resaltando la caracterización de Marx del progreso humano, asemejándose a "ese ídolo pagano espantoso, que no bebería el néctar que no fuera el de los cráneos de los caídos",[23] y éste es el error de ver la historia como un todo, y no comprender el carácter contradictorio de "doble filo, doble cara" del progreso humano en las sociedades divididas en clases (incluyendo el mundo comunista de hoy) que tanto corrompe la discusión contemporánea. Sin duda, la palabra *dialéctica*[24] se ha degradado tanto –como el término *marxismo*– por la verborrea y los dobles discursos que están fuera de tono; pero no conozco una mejor palabra para describir ese sentido de la historia (en la cual, por encima de todos, sobresalieron Marx y Engels) que abarque el

22. Recordemos que Hanson y Taylor plantean que en el comunismo existe un dilema intrínseco entre fines y medios, entre los innegables logros sociales y el progreso histórico y la manera de alcanzarlo, entre el dictado de la necesidad y el de la elección humana, entre moral y política, podríamos decir. Thompson reconoce que quizás no trató este tema en profundidad en "El humanismo socialista" y dedica el siguiente pasaje a discutirlo.

23. Sobre esta cita, ver la nota 84 en "El humanismo socialista".

24. Thompson afirmaba en la *La miseria de la teoría* que era legítimo hablar de dialéctica siempre y cuando se adoptara el compromiso de no hablar sobre Hegel. Constituye una forma irónica de reconocer otra parte, la utilidad que cree que puede rendir a la comprensión de la realidad histórica y social. Para Thompson, más que un concepto se trata de "una forma de ver", una disposición del historiador que lo capacita para captar simultáneamente el conflicto y el cambio.

camino contradictorio del progreso humano, que una y al mismo tiempo libere nuevas energías humanas y les niegue su expresión.

Entonces veamos más de cerca este *dilema*. Visto desde cierto aspecto, ya no es un dilema, sino que ahora forma parte de la historia; y estoy de acuerdo con Lindsay en que hay un sentido en el cual "uno debe aceptar la historia a menos que uno se vaya a aislar en la figura de un santurrón enfadado". Hay un detalle en reabrir el argumento sobre si los bolcheviques habrían intentado o no construir "el socialismo en un país". Nos preocupan las consecuencias de su decisión, como ellos mismos lo han revelado cuarenta años después.

Segundo, una vez que aceptamos que la decisión está tomada, también debemos aceptar el hecho de que el poder bolchevique, más la industrialización, supusieron la creación de un Estado centralizado y autoritario, y eso aunado a diversas presiones derivó en el estalinismo. Pero, de alguna manera, en este camino, cada paso dado no necesariamente hizo del estalinismo algo inevitable (k). Ésa es una cuestión que las futuras generaciones de historiadores debatirán, particularmente los historiadores rusos cuando se les permita superar de los campos de la ficción marxista-leninista. Ciertamente, esto tampoco considera los cambios ideológicos e institucionales del movimiento comunista en el resto del mundo como inevitables.

Tercero, aceptar que una regla autoritaria fue impuesta por las circunstancias no es lo mismo que justificar todas sus acciones como gratas o afines al progreso humano, y ciertamente no es la misma cosa que justificar la ideología que ha disfrazado o glorificado el uso del poder represivo del Estado. Tal conclusión sólo es sostenible si asumimos que el poder bolchevique más la industrialización son, en sí mismos, un fin que incluye a todos los demás fines humanos; o que el poder es su propia justificación y su propio estándar de *progreso*. Mi intención no es ofrecer una respuesta

fácil al problema de evaluar los criterios del progreso humano y las múltiples consideraciones a usar. Pero vale la pena recordar que cuando vemos la historia pasada, no esperamos encontrar una simple ecuación entre el avance productivo y el progreso humano. De tal manera que podríamos decir que el sistema de ferrocarriles inglés en India hizo posible la reducción de la incidencia del hambre, abrió áreas enteras al mercado mundial, desarrolló nuevas prácticas y contribuyó a la unión de los pueblos de ese país, estableciendo así las precondiciones para el despertar de un movimiento nacionalista lo suficientemente poderoso para expulsar a los británicos; pero no por eso asumimos que el mandato británico, los vínculos ferroviarios o los impuestos sobre la sal fueran todos aspectos de una tendencia histórica *progresiva* lineal. De igual manera podríamos observar que el cercamiento de la época de los Tudor mejoraron los métodos del cultivo a larga escala, y al estimular la industria de la lana, abrieron una ruta de salida para una miserable economía de subsistencia durante el letargo del país;[25] pero esto no

25. Los cercamientos (o *enclousers*) se refieren al proceso legal y económico que tuvo lugar en Inglaterra y por el cual la propiedad colectiva de la tierra pasó a manos privadas mediante el pago de una determinada cantidad de dinero. Fue una práctica llevada a cabo a lo largo de la era moderna, en diferentes etapas y con diferentes intensidades. Quizás la más conocida sea la que se dio en el siglo XVIII durante el reinado de los Hannover. Sin embargo, ya existían medidas similares en el siglo XVI, bajo el reinado de los Tudor. Aún hoy existe una discusión historiográfica sobre los efectos de los *enclosusers*. En líneas generales se encuentran aquellos que entienden que esta privatización del común supuso el desarrollo de un capitalismo agrario y de una clase terrateniente capitalista que contribuiría decisivamente al desarrollo económico posterior de Inglaterra. Por el otro lado, están quienes señalan los costes sociales del proceso, la destrucción de las bases económicas de las comunidades y el incremento de las desigualdades entre campesinos asalariados y grandes terratenientes. La bibliografía al respecto es considerable. Sólo señalaremos la interesante obra del historiador norteamericano Peter Linebaugh, quien fue alumno de E. P. Thompson y ha estudiado la llamada Carta del Bosque, documento que regulaba los derechos y los usos sobre los comunes, la propiedad comunitaria de la tierra que sería posteriormente sometida a cercamiento. En origen, los comunes eran

evita responder a las denuncias de sir Tomás Moro, de los métodos en los cuales las "ovejas comen hombres".[26] De la misma manera podríamos reconocer que la llegada del telar mecánico fue económicamente *progresiva* mientras, al mismo tiempo, admitimos que la revuelta de los tejedores manuales en contra de sus efectos y del sistema de manufactura y sus valores, los impulsó a ser parte de los grupos de choque del Cartismo del Norte, a los que seguramente no descartamos de inmediato como una fuerza política regresiva *reaccionaria*.[27]

No estoy interesado en discutir aquí el caso de una condición dual de *progreso*, una económica y otra humanista; ni una medición compleja, que alcance un balance entre lo inmediato y lo potencial. Mi punto es que el dilema del estalinismo, aunque agudo, no es nuevo. Estamos acostumbrados a los temas extremadamente complejos que se relacionan con la evaluación del progreso en el pasado, y sólo el supuesto de que una revolución socialista, al "abolir las clases", también suprimiría estos fenómenos de "doble filo o doble cara", y que de improviso ha llevado a algunos socialistas a verse atrapados por el dilema. De hecho, no hay bases históricas para suponer que puede haber una sencilla correlación entre el avance económico y moral, o que uno u otro estándar, abstraído de la

derechos consuetudinarios, no escritos, sobre los usos del agua, el bosque y las tierras. El rey Juan sin Tierra intentó quitar esos derechos a los campesinos ingleses y se produjo una rebelión que le obligó a ponerlos por escrito. La Carta Magna sería la homónima de la Carta del Bosque, en relación con los derechos civiles (Linebaugh, 2013).

26. Tomas Moro (1438-1535) fue un humanista, teólogo, escritor y abogado inglés. De su trayectoria destacaremos su obra *Utopía*, de 1516, y en concreto la crítica que, por medio de la descripción de la sociedad ideal, hace de las desigualdades sociales provocadas por el inequitativo reparto de la riqueza. En el marco de las ideas que inspiran esta crítica en *Utopía* y del problema de los cercamientos en los Tudor, cabe situar la frase de que las "ovejas –uno de los usos de las tierras cercadas en esta época era la explotación de ganado ovino– comen hombres".

27. Sobre el cartismo, ver la nota 44 en "El humanismo socialista".

realidad histórica, servirá como una regla de medir. Si decimos que el estalinismo ha incrementado enormemente el potencial humano de la sociedad soviética, no sólo otorgamos una aprobación moral a los métodos de Stalin, sino que también aprobamos la Reforma, el saqueo de los monasterios o el asesinato de Ana Bolena. En el momento en que podamos afirmar que cada avance económico es *ipso facto* e instantáneamente una medida de avance en el bienestar humano, entonces ciertamente habremos entrado a una nueva época histórica.

Cuarto, incluso si asumimos, por el bien del argumento, que los métodos estalinistas del poder, más la industrialización, eran inevitables y (cercano un estallido contrarrevolucionario) eran el *único* camino, y por lo tanto fueron históricamente *progresivos* (en el sentido de que la única manera de avanzar del punto A al punto C era por medio del punto B), ni aun así se debilita mi argumento de que un avance más a fondo sólo es posible por medio de una aversión moral y política en contra de los métodos y la ideología del periodo estalinista. Podemos tomar una fantástica ilustración y una paralela histórica. Supongamos que una tribu está aislada en una isla y se encuentran pasando hambruna en circunstancias donde ellos y sus hijos deben morir o hacer canibalismo. Se deciden por este último, con el interés de sobrevivir. Un moralista en la isla aprueba sus acciones, quizás no como *progresivas* pero al menos como necesarias. Después de un periodo, las rutas comerciales a tierra firme se restauran: la comida llega en abundancia. Pero para entonces, los caníbales adultos poseen un gusto por la carne humana, tienen un nuevo patrón cultural con ritos sagrados y tabúes que involucran el sacrificio humano; ahora ellos hacen a fuerza de práctica lo que alguna vez se impuso por necesidad. En dichas circunstancias, el patrón no puede ser roto hasta que sus hijos (que ya se han salvado de dichas prácticas) se rebelen contra éstas, en nombre de una moral más alta. Si este ejemplo es demasiado

inverosímil y extremo, podemos tomar cientos de ilustraciones de la historia, y sólo estaremos contentos con una. Nuestra propia revolución industrial fue presionada por las consignas de un avance humano escasamente menos optimista que el del estalinismo. Si los aldeanos se quejaban de los cercamientos, se les informaba del incremento de los campos de cultivo y de los beneficios para el conjunto de la economía. Si los trabajadores se rebelaban en contra de las condiciones de las fábricas, entonces, eran adoctrinados por moralistas (a quienes Popper[28] y Harry Hanson describirían como *futuristas*) sobre las recompensas que les esperaban a la vuelta de la esquina. De esta manera, el Dr. Ure, en *La filosofía de las manufacturas* (1835) escribió:

> Las reacciones violentas de esta naturaleza muestran al hombre de corta visión en el despreciable papel de un atormentador de sí mismo. ¡Qué gran diferencia habría si éste se moviera lenta pero incesantemente hacia el progreso diseñado por la providencia, para emancipar sus funciones animales del trabajo bruto y dejar esparcirse su principio de inteligencia, para pensar en sus intereses inmortales![29]

28. Karl Popper es sobradamente conocido, pero quizás no lo es tanto el hecho de que constituye un interlocutor de Thompson en diversas ocasiones, especialmente en *La miseria de la teoría*. Allí, este último ataca dos ideas fundamentales del programa popperiano: su concepción de la historia y su defensa del individualismo metodológico, que el austríaco expone en *La miseria del historicismo* –de hecho, el título de *La miseria de la teoría* no sólo remite a *La miseria de la filosofía* de Marx, como crítica a Althusser (el cual es equiparado a Proudhon en más de un capítulo, contra el que escribe Marx su *Miseria*), sino también a la obra de Popper– y la denuncia del socialismo que realiza en *La sociedad abierta y sus enemigos*.

29. Andrew Ure fue un intelectual escocés de finales del siglo XVIII que desarrolló su actividad en el campo de las ciencias naturales, pero también llevó a cabo estudios sobre el desarrollo industrial de Gran Bretaña, Francia y Bélgica por encargo del gobierno británico. En el fragmento que reproduce Thompson se aprecia la actitud conservadora de Ure, quien conmina a sustituir la oposición organizada de los trabajadores contra el industrialismo por la fe religiosa. Este

En una ocasión, me vino a la mente el Dr. Kettle y otros filósofos modernos de la industria pesada, quienes desaprobaban a los revolucionarios húngaros que "sincera, pero fatalmente, actúan en las manos de la contrarrevolución". Cuán mejor sería si ellos se hubieran "movido tranquilamente hacia el progreso diseñado por el Partido". Y la imprudente búsqueda de la industrialización por un Rakosi destruirá a los seres humanos,[30] como seguramente –aunque no tan seguro– la búsqueda de la ganancia por Arkwright y sus colegas molineros,[31] a menos que sean frenados por las necesidades humanas de la generación actual. Y así también como una parte de la revuelta en contra de nuestro propio industrialismo temprano; ésta apareció simplemente como una revuelta *en contra* de la *economía política* y en favor de una mayor humanidad (Cobbett, Oastler, Carlyle, el movimiento de las 10 horas).[32] Así la

conservadurismo, no obstante, se acompaña de una fe en el progreso (industrial) como tendencia natural.

30. Sobre Rakosi, ver nota 33 de "El humanismo socialista".

31. Richard Arkright fue un industrial británico que inventó la hilandera hidráulica. La referencia de Thompson a los molineros se explica porque la maquinaria, en principio, requería de la proximidad de un molino. En torno a éste se hacinaban las casas de los trabajadores.

32. Thompson se refiere aquí a hitos contra la economía política tal y de la forma en la que se estaba aplicando en Inglaterra durante el proceso de industrialización. William Cobbet fue un escritor y político vinculado a causas del radicalismo como la abolición de las *Corn-Law* (ver nota 44 en "El humanismo socialista") o la *Reform Bill* de 1832, que logró un mayor peso de la representación política de las grandes ciudades y un considerable incremento en el número de electores que benefició especialmente a las clases medias. Desde las páginas del *Political Register* continuó una labor crítica con la política británica, lo que lo convirtió en el periódico más leído por la clase trabajadora. Cobbet fue acusado en diversas ocasiones de sedición y libelo, siendo declarado culpable y enviado a prisión. No obstante, logró llegar al Parlamento en 1832, año en el que se aprobó la *Reform Bill*. Por su parte, Richard Oastler fue un activista en pro de la regulación del trabajo de los niños, así como un fervoroso defensor de la abolición de las Leyes de Pobres (*Poor Laws*). Éstas databan del siglo XVI y estaban destinadas a amortiguar la pobreza mediante la caridad de instituciones, especialmente eclesiásticas. Posteriormente, se desplazaron desde un paradigma asistencialista a

revuelta en contra del estalinismo, mientras esté íntimamente atada a demandas específicas de más bienes de consumo, descentralización y control de trabajadores, estará marcada por la revuelta en contra de la inhumanidad y de una economía política que puede reducir todo a expresiones estadísticas, excepto las necesidades humanas. De esta forma, aun si aceptamos que los métodos estalinistas eran necesarios para llevarnos al punto C, con este potencial humano enormemente acrecentado, es todavía perfectamente lógico argumentar que éste sólo puede ser liberado por medio del total repudio de los métodos económicos y las instituciones políticas que el estalinismo ha empleado. Una crítica moral intransigente con el estalinismo, sin ser consciente del reconocimiento de su papel histórico, es el siguiente paso del avance socialista que el estalinismo ha hecho necesario; el rebelde moral utópico es así el hijo de la necesidad histórica.

Quinto, y finalmente,[33] si por el *dilema* Harry Hanson se refiere no al movimiento histórico como un conjunto, sino al dilema del individuo dentro de la Unión Soviética, o del socialista fuera de ésta en el pasado cuarto de siglo, entonces estaré de acuerdo de una vez por todas con que los argumentos no históricos, cualesquiera que fueren, lo pueden hacer menos agudo de lo que ha sido o de lo

uno productivista, de manera que a quienes se les aplicaban las leyes podían ser recluidos en las casas de trabajo (*workhouse*) donde recibían techo y comida a cambio de un trabajo. Esta lógica se intensificó a partir del triunfo ideológico de la economía política y el desarrollo del industrialismo. De hecho, en 1834 hubo una reforma importante de la antigua norma de Leyes de Pobres que debe entenderse en esta clave. Las terribles condiciones de las *workhouses* siempre fueron un tema recurrente en Inglaterra. Las Leyes de Pobres no fueron abolidas hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Sobre Thomas Carlyle y su crítica a la sociedad industrial, puede consultarse la nota 8 de "El socialismo y los intelectuales. Una réplica". Sobre el movimiento de las 10 horas, la nota 78 de "El humanismo socialista".

33. Nota de E. P. Thompson: Espero regresar a otros puntos del artículo de Hanson en la segunda parte de este ensayo.

que sigue siendo. Es por esto que no puedo seguir a aquéllos cuya repugnancia por el estalinismo los ha llevado a la denuncia superficial de casi todo lo que ha sucedido en el mundo comunista desde 1922, y a la completa revisión de los cálculos políticos de cada evento, en el cual la Unión Soviética o los Partidos Comunistas se han visto implicados en los últimos treinta años. Por el contrario, creo que cada uno de estos eventos –ya sea la Revolución China o la Guerra Española o la situación de postguerra en Francia– tiene que ser evaluado, no por el incisivo escrutinio de textos ni por la evidencia parcial de los archivos de Trotsky, ni por la secundarización del Kremlin o las intrigas del Comintern, sino dentro de su contexto histórico como un todo. Y ese contexto incluye (para la mayor parte del periodo) el fascismo, la guerra o la amenaza de guerra por un lado, y por el otro, el gran movimiento de clase de los oprimidos, subrayando y hasta trascendiendo su distorsionada expresión ideológica. Dicha evaluación requiere una profundidad de conocimiento e investigación de la cual muchos de nosotros somos incapaces, y mientras debamos estudiar el trabajo de ésos que, como Isaac Deutscher,[34] están comenzando la labor, creo que estamos atados a reservar nuestras opiniones en torno a una amplia gama de problemas. Mientras tanto, debemos estar de acuerdo con Hanson en que el dilema moral de los revolucionarios en la Rusia de Stalin ha sido tan profundo como cualquier otro conocido en la historia, aunque ésta nos proveerá de numerosos ejemplos.

No hay una respuesta universal, una regla general, para las obligaciones morales del individuo en tal marea de circunstancias, y me parece que Hanson está alejándose del problema cuando caricaturiza toda la moral comunista como *futurista* (la moral del "Camino de la vida" de Rakosi en el poder y de Fučik en prisión,[35]

34. Ver nota 9 de "El humanismo socialista".

35. Sobre Fučik, ver nota 21 en "El socialismo y los intelectuales. Una réplica".

de los partisanos yugoslavos y del director de fábrica soviético, ¿pueden todos estos fenómenos ser caracterizados bajo una sola etiqueta?). El exilio a Siberia puede igualmente ser descrito como *futurista*, le parte de la postura del individuo, al negarse a denunciar a sus camaradas por crímenes míticos, está contribuyendo de alguna manera, aunque sea pequeña, al surgimiento de un clima moral más humano, cuando se presenten condiciones más favorables. Todos los materialistas que creen que por sus acciones pueden influir en futuros eventos son, en este grado, *futuristas*. No es el futurismo lo que constituye la marca distintiva de la práctica moral estalinista, sino la reducción de todo criterio moral a uno solo, que es el del poder más la industrialización, y la consecuente eliminación de la filosofía marxista contemporánea del concepto de la acción moral del hombre en la formación de la historia: la negación del derecho y la obligación de todo hombre de tener las consideraciones morales más amplias en cada acto de elección política. Para exponer este hecho, no hay manera de "disimular las preocupantes elecciones morales" de los individuos ubicados dentro de este contexto. Y un punto central de la polémica de Hanson en mi contra es que se trata simplemente de un malentendido, ya que no hay intención de mi parte de un conjunto ordenado de respuestas morales que (si acaso entendidas por los bolcheviques) habrían permitido la construcción del socialismo en un espacio de paz y armonía.

Mi intención era, primero, sugerir que la ideología estalinista intensificó, justificó y ahora perpetúa el problema; segundo, que el movimiento comunista como un todo no puede vencer el problema sin restaurar el papel de la imaginación moral[36] en la vida política, y sin el resurgimiento dentro del mundo comunista

36. Este término, junto con el de la dialéctica necesidad-deseo al que se refiere más abajo, está relacionado con el utopismo científico en la obra de William Morris. Sobre estos términos puede consultarse las notas 26 y 35 en el texto "La Nueva Izquierda".

de esos procesos morales por los que las necesidades humanas son evaluadas y las elecciones hechas; y tercero, sugerir determinadas actitudes humanistas a encontrar (aunque sea en una forma poco clara) en el pensamiento de Marx, y que se manifiestan repetidamente en la tradición de la clase trabajadora y la comunista. Cómo estas actitudes encontrarán expresión efectiva, al contemplar la sola búsqueda del poder más la industrialización, dependerá de su contexto histórico. Sin embargo, Hanson "gasta algunas páginas describiendo la manera en la que el contexto soviético impuso medidas draconianas", y procede a acusarme de hipocresía sugiriendo que estas actitudes positivas deben reafirmarse a sí mismas "cuando sea y en la medida en que las contingencias lo permitan". Estoy seguro de que mi frase es burda, y necesita un desarrollo más claro y definición. Pero ¿qué más vamos a decir? ¿Diremos que esas actitudes deben encontrar siempre una absoluta expresión, independientemente de las contingencias? Seguramente Hanson está de acuerdo en que hay circunstancias tales como la resistencia al nazismo, donde la única actitud humanista efectiva posible es una de odio hacia el opresor. ¿O vamos a decir que nuestras actitudes siempre deben ser completamente dependientes de la propia situación? Pero entonces abandonamos toda acción moral, y nuestras decisiones son determinadas por completo por las consideraciones de poder y experiencia. Mi frase burda está ahí, precisamente, porque el problema no admite una solución sencilla: cada situación, cada dilema, son diferentes. Pero pienso que podemos decir que el comunismo debe recuperar un lenguaje de acción moral. En la ausencia de dicho lenguaje y de procesos que aseguren que las decisiones políticas se logren como un resultado de la disputa entre la necesidad y el deseo, el poder y la experiencia imperarán. En el poema de Kirsanov, *Siete días de la semana*, el poeta ofrece a los burócratas nuevos corazones para el pueblo, y ellos, disgustados, responden:

Para consumo público esos corazones
no son necesarios.
Y en general, las novedades no se requieren
en nuestro mercado.
Necesitamos corazones útiles, como cerraduras de acero,
sin complicaciones, convenientes, capaces de ejecutar cualquier orden:
¿Mancillar? ¡A mancillar!
¿Valorar? ¡A valorar!
¿Aniquilar? ¡A aniquilar!
¿Alimentar? ¡A alimentar!
¿Gritar? ¡A gritar!
¿Quedarse callados?
¡A quedarse callados!
¿Destruir? ¡A destruir!
¿Amar? ¡A amar![37]

Y Kirsanov está en lo correcto al ver que la burocracia sólo será contenida cuando estas energías morales de la gente encuentren expresión a través de cientos de canales independientes y no sólo respondan a los dictados de la necesidad, como lo ha interpretado el más alto sacerdocio del Partido. Seguramente, Hanson estará de acuerdo con que, si la gente está enredada dentro de una filosofía que inhiba o reprima su acción moral, que niegue la validez de todas las cuestiones morales que no estén relacionadas con los hechos de producción y de poder, entonces esta filosofía (respaldada, como en la Unión Soviética, por el sistema educativo en su con-

37. Semion Kirsanov (1906-1972) fue un poeta, periodista y traductor ruso. Participó en la Revolución Rusa. Como poeta, fue impulsor de vanguardias literarias como el futurismo y el constructivismo. Como periodista, cubrió el trabajo de los obreros en fábricas, minas y canteras, lo que le puso en contacto con la realidad cotidiana de los trabajadores soviéticos. Como traductor, tradujo al ruso obras de Pablo Neruda, Paul Éluard y Bertolt Brecht, entre otros.

junto, los medios de información y las fuerzas del Estado) servirá como un refuerzo poderoso de aquéllos que ejercen el poder. En correspondencia, es probable que la humanidad –atormentada o reprimida– se levante en su contra, ya sea por cinismo absoluto o con reivindicaciones de un utopismo moral extremo. Y a esto no sólo sigue que la crítica de los elementos deterministas en el marxismo (y sus ramificaciones en la teoría de la Teoría del reflejo, base y superestructura, etcétera) sea una cuestión secundaria (como Hanson parece considerarlo), sino un lugar central del compromiso filosófico en los conflictos de nuestro tiempo.

4. EL CAMBIO MÁS ALLÁ DEL CAMBIO

El dilema de los socialistas y comunistas occidentales durante los últimos treinta años no ha sido menos real, y las respuestas de los comunistas clásicos y los liberales socialdemócratas a la Unión Soviética me parecen igualmente insatisfactorias. Sin duda, esto se explica en el contexto del fascismo, la guerra y la Guerra Fría, cuando tremendas presiones políticas y culturales han existido, arrastrando a la gente de un polo al otro. De un lado, la defensa necesaria del poder soviético en contra de la agresión externa y la manifestación razonable de confianza en los enormes logros sociales y en el resultado definitivo de la Revolución han lanzado por doquier justificaciones engañosas de sus instituciones y de sus políticas cotidianas, así como ideológicas, y en ocasiones formas aún más directas de complicidad en su criminalidad. Del otro, el repudio contra el estalinismo ha generado un verdadero patrón dentro de nuestra cultura, marcado por la desilusión, el rechazo del humanismo, un estéril anticomunismo, la crítica de la vida soviética con criterios democráticos abstractos que no tienen absolutamente nada que ver con su actualidad histórica y las opciones reales que ha abierto al pueblo soviético, y que se repite frecuentemente para hacerse cómplice de la reacción

capitalista. Pero hoy, el aspecto importante es que en estos últimos años las condiciones han madurado para permitir que, no sólo un individuo aquí y allá, sino que un grupo considerable, políticamente influyente e intelectual, surja tanto dentro del mundo comunista como en los movimientos socialistas de Occidente, y pueda liberarse a sí mismo de estos dos patrones compulsivos. El dilema ya no debe enfrentarse individualmente, siempre como una opción sin esperanza entre los distintos niveles de maldad. Ahora, es posible no sólo soñar con el *John Ball* de Morris,[38] con "el cambio más allá del cambio", sino verlo dentro del mundo comunista, para alinearse con él, para ser parte de sus batallas intelectuales y morales, y ayudar a asistir su venida. Podemos concordar con uno de los personajes de Pasternak, en *Dr. Zhivago*:

38. *The Dream of John Ball* es una obra de William Morris de 1888 que cuenta la historia del viaje onírico que lleva al protagonista –quizás alter ego de Morris– a las postrimerías de la Inglaterra medieval. Él evoca una Era de Oro del artesano y del campesino inglés, cuyas formas de vida comunitarias basadas en el cooperativismo e igualitarismo democrático comenzarían a verse erosionadas con la crisis del feudalismo, la irrupción del capitalismo y la formación de la sociedad de clases. Si bien el texto posee ciertas similitudes con *Noticias de ninguna parte*, escrita en 1890 (véase la nota 34 en "La Nueva Izquierda"), posee un carácter una tanto más pesimista que ésta. El texto se sitúa en el género de la novela utópica, pero puede relacionarse con textos de la época de otros socialistas británicos –H.M. Hyndamn (*The Historical Basis of the Socialism in England*) o E. Belfort Bax (*Socialisim, Its Growth and Outcome*, en colaboración con Morris)– en los que se recuperan antiguas experiencias de una lucha popular con contenido de clase. Al rescatar la experiencia de la lucha popular y la tradición contestataria, pudiera parecer que esta interpretación marxista tendía su mano a la de los historiadores liberales-radicales y socialistas no marxistas. Sin embargo, a diferencia de éstos, el contenido de la lucha de clases entre poseedores y desposeídos de los medios de producción desempeñaría el papel fundamental a la hora de rescatar los fundamentos de esas tradiciones contestatarias. Sobre las diferentes tradiciones dentro de la historiografía británica y de la historiografía marxista británica en particular, desde el último tercio del siglo XIX a mediados del XX, puede consultarse (Estrella, 2011a: 67-92).

> Todo lo que hacemos es cuidando de los trabajadores, la protección de la madre, nuestra era revolucionaria es una era de nuevos logros, duraderos, permanentes. Pero también es su interpretación de la vida, su filosofía de felicidad, su propaganda es como un fragmento cómico del pasado y es casi imposible de creer y de ser tomada en serio. Si tuviera el poder de revertir la historia, todas sus tonterías pretenciosas sobre líderes y pueblos nos situarían miles de años atrás, tendríamos que vivir en un tiempo bíblico de patriarcas y tribus pastoras. Pero afortunadamente eso es imposible.[39]

También podemos afirmar con Pasternak que "los resultados indirectos de la Revolución han empezado a hacerse sentir: los frutos de las frutas, las consecuencias de las consecuencias". Al hacer esto, no debemos limitar de ninguna manera nuestra crítica

39. Boris Pasternak fue un novelista y poeta ruso galardonado con el Premio Nobel de Literatura en 1958 tras publicar en Italia *Dr. Zhivago*, obra que le otorgó reconocimiento internacional. El hecho de que fuera publicada en ese país nos pone sobre la pista de la relación de Pasternak con el régimen soviético. Aunque en principio saludó a la Revolución y los primeros años del régimen, pronto se sintió defraudado. Nunca fue considerado como un intelectual adicto y durante la Gran Purga fue represaliado junto con otras grandes figuras literarias críticas como Bulgakov. No obstante, no acabó en prisión. Durante el mandato de Kruschev, las relaciones tampoco mejoraron. De hecho, su nombre salió a relucir en el pleno del Comité Central de la Unión de las Juventudes Comunistas en 1958, donde fue insultado y acusado de ser un infiltrado del imperialismo occidental. *Dr. Zhivago* había sido publicada en Italia un año antes, como consecuencia de la censura. La obra narra la vida de Yuri Andréyevich Zhivago, un doctor y poeta que se ve envuelto en los acontecimientos de la historia rusa entre 1905 y 1929. Una intensa historia de amor se desarrolla en el turbulento contexto histórico que describe el autor. La crítica a la élite revolucionaria contrasta con el idealismo del protagonista de la obra. En el fragmento que Thompson reproduce se aprecia la actitud crítica del autor frente al curso de los acontecimientos. No obstante, no creo que la novela pueda leerse como una condena total del proceso revolucionario, sino más bien como un drama histórico en el que las aspiraciones nobles se enfrentan a condiciones históricas extraordinarias. Conviene recordar que Pasternak fue también un relevante traductor. Parte de su formación

del estalinismo, que debe ser desmantelado de la realidad y de la mente humana: si la fruta está por madurar, no debemos caer tras esta larga caminata iniciada en los años treinta, cuando una romántica adopción del comunismo fue seguida por un retiro puritano de la vida.[40] En efecto, esto es sólo abandonar el paso al estalinismo o al anticomunismo, y fortalecer a los defensores del "no término medio". Creo que debemos ser aún más duros, y por esta razón (para desagrado de algunos lectores y quizás de los colegas editoriales), prefiero autodenominarme un comunista disidente, más que un converso tardío al socialismo democrático o a cualquier otro híbrido.[41] Creo que hay algo importante en algunos de nosotros en Occidente que reivindicamos nuestros

universitaria la había pasado en Alemania, donde trabajó con los neokantianos de Marburgo, Hermann Cohen y Nicolai Hartmann. Gracias a esta formación germanoparlante, tradujo al ruso a Goethe y a Schiller. La novela fue adaptada al cine en 1965 por David Leane.

40. Thompson se refiere aquí al repliegue político de muchos intelectuales comunistas como consecuencia de la deriva del régimen estalinista. Si aún no se conocía en Occidente el alcance de la represión, acontecimientos internacionales como los efectos de la estrategia socialfascista adoptada por el VI Congreso de la Internacional Socialista (ver nota 70 de "El humanismo socialista"), el resultado de la guerra de España o el Pacto Germano-Soviético de 1939 generaron un profundo desconcierto y desilusión entre muchos militantes comunistas de Europa. Esta nota puede completarse con la nota 16, otra relativa a la figura de Orwell y Auden, en "El socialismo y los intelectuales". Un análisis crítico del debate al respecto y de algunas de las aporías de Thompson puede consultarse en A. Estrella, (2011b).

41. Con el término *socialismo democrático*, Thompson se refiere a la socialdemocracia europea que iba a vivir durante la Guerra Fría su periodo de apogeo. El autor se considera, no obstante, en las filas del comunismo, lo que supone mantener la agenda revolucionaria, pero introduciendo una serie de cambios que alejan el proyecto de la empresa de la élite bolchevique. En este sentido, podemos decir que Thompson entiende la tradición a la que se adscribe como una recuperación de la agenda socialista y democrática, lo cual no debe confundirse con el programa de los partidos socialdemócratas del momento. Sobre la idea de revolución en Thompson, pueden consultarse los textos que incluimos en esta edición: "Revolución" y "¡Revolución otra vez!".

orígenes comunistas, en lugar de esperar que nuestro rastro sea cubierto por el polvo del tiempo. Podemos arrepentirnos de nuestra credulidad, argumentos y actitudes pasadas, pero no necesitamos arrepentirnos de nuestra decisión básica de permanecer del lado en el que lo hicimos cuando nos enfrentamos a este dilema histórico. Además, todavía tenemos un deber *comunista* que cumplir: expresar nuestra solidaridad a los compañeros disidentes en el mundo comunista, afirmar nuestra confianza en la vitalidad del aspecto humanista dentro de esa tradición, ayudar a los movimientos obreros occidentales para comprender el tipo de sociedad inmanente dentro de las formas estalinistas y, de esa manera, reavivar la comunión en las aspiraciones entre los trabajadores de Oriente y Occidente, que por sí solos pueden hacer posible la reunificación (no la pseudounidad de los pactos de los altos mando, sino una nueva versión del principio de unidad desde abajo) del movimiento socialista. Sobre todo, me parece que la contribución particular que algunos de nosotros podemos hacer a esta cuestión predominante de nuestro tiempo –la relajación de la tensión internacional– es fomentar entre nuestro propio pueblo un entendimiento de las presiones históricas que han dado vida al estalinismo, confianza en sus rasgos militares y autoritarios, en su acartonada ideología determinista, y que todo esto cederá ante las presiones internas, al grado de que se relaje la Guerra Fría. Y si podemos mantener esta posición de compromiso con el movimiento de clase y las "consecuencias de las consecuencias", junto con el repudio de muchos rasgos del pensamiento y la organización comunista, no veo cómo lo podemos hacer sin la *dialéctica*; esto es, sin el sentido de que los elementos más contradictorios pueden coexistir en el mismo evento histórico, y que estas tendencias y potencialidades opuestas pueden interpenetrarse dentro de la misma tradición. Me temo que Harry Hanson y algunos otros lectores encuentran este lenguaje autoconsciente y excesivo,

pero las contradicciones del progreso humano son parte de la materia de la historia y no de mi propia invención.

Mi caso debe quedarse aquí, pero espero regresar en el siguiente número (si el espacio lo permite) al problema del determinismo y la acción: el examen del criterio de necesidades humanas y la defensa de la necesidad de una nueva crítica socialista utópica. Espero incorporar, por cierto: *1)* Arnold Kettle y el maquiavelismo moderno; *2)* La teoría del conocimiento del Obispo Fryer; *3)* Harry Hanson y la defensa de Jericó; *4)* Un empujón a Popper; *5)* ¿Son humanos los seres humanos?[42]

42. Como señalábamos al principio, éste es el guion que Thompson pensaba seguir para desarrollar "Acción y elección II". El proyecto finalmente no se llevó a cabo.

LA NUEVA IZQUIERDA (1959)

PRESENTACIÓN

En este texto –publicado en 1959 en el número 9 del *New Reasoner*–, Thompson lleva a cabo un análisis del movimiento de la *New Left* en Gran Bretaña, oponiéndolo a las formas y valores de la Vieja Izquierda, y situándolo en el contexto de Posguerra que se había abierto a partir de la crisis de 1956. Nuestro autor comienza señalando el contenido generacional que caracteriza a esa reactivación de la movilización política tras la primera década de Posguerra, especialmente vinculada al recrudecimiento de la amenaza nuclear. Thompson define estos 10 años como la Gran Apatía y explora algunas de sus causas. Es esta apatía la que la sociedad británica se está empezando a sacudir, especialmente por medio de la movilización de los jóvenes. Este nuevo contexto no es exclusivamente británico ni occidental. Como hemos visto a lo largo de las páginas anteriores, no se comprende sin la convergencia entre un socialismo de izquierda, en el que se sitúa gran parte de este movimiento en Occidente y del comunismo disidente en el Este. La negación de las ortodoxias socialistas del Este y del Oeste es el punto de partida y emergencia de una Nueva Izquierda que proclama una nueva manera de entender la disidencia, y un internacionalismo que apunta hacia la disolución de los campos antagónicos. Thompson vincula así la esclerotización de la Vieja Izquierda a la consolidación de la lógica de la Guerra Fría, ligando el futuro de la primera al desenlace de la segunda. A lo largo del texto, el autor desarrolla los objetivos de la *New Left* relacionándolos con el proceso de una nueva perspectiva socialista, democrática e internacionalista (desde la posición de un pacifismo activo), capaz de establecer canales con el movimiento obrero y con las clases populares, con el fin de descubrir los conflictos potenciales y orientar estas energías rebeldes

hacia el socialismo. Thompson insiste en que la consecución de estos objetivos requiere de una estrategia revolucionaria, si bien ésta tiene poco que ver con la toma del poder por parte de una vanguardia a través de un golpe de mano. Thompson cuestiona esta concepción del proceso revolucionario vinculada a la estrategia de la Vieja Izquierda. En los dos artículos finales de esta colección trata con más detenimiento este asunto y profundiza en las posibles alternativas. En todo caso, la reactivación de este tipo de militancia es la característica fundamental de una Nueva Izquierda en la que el autor vuelca sus expectativas políticas y energías intelectuales. Las razones son varias y se tratan en la introducción. Pero quizás quepa insistir la oposición que articula el imaginario político de Thompson entre la era de los Frentes Populares y la de la Guerra Fría, entre un periodo de *History in making* y uno de Gran Apatía, entre la era del héroe y la del burócrata, entre el tiempo del profeta y el del sacerdote. Sin entender esta oposición arraigada en las profundidades del *ethos* thompsoniano resulta difícil entender las valoraciones y las esperanzas que deposita en este movimiento. No resulta extraño que Thompson concluya vinculando la suerte futura de esta reedición del frentepopulismo a la resolución de la coyuntura de la Guerra Fría.

Alejandro Estrella

Este artículo se publicó originalmente en inglés con el título "The New Left", en *The New Reasoner*, nº 9, 1959.

1

"Lamento mucho ver a mis compatriotas perturbados por los asuntos de lo que sucede en la política", escribió William Blake en 1810.[1] "La Cámara de los Comunes y la Cámara de los Lores me parecen un conjunto de tontos, actuando como si fuesen algo que está más allá de la vida humana". Y todavía en la página siguiente de su cuaderno denunciaba "el lastimero estado de la Ciencia Política, la que debería ser la Ciencia de las Ciencias".

Nosotros compartimos todavía este dilema hoy. Pues en contra del amplio telón de las expectativas y de las amenazas nucleares, las viejas rutinas políticas han perdido todo su significado. Porque ver el negocio montado por Mr. Macmillan,[2] con todas sus caravanas, haciendo compartir la misma tribuna a Mr. Gaitskell[3] en el día de la OTAN (el día después del primer domingo de mayo londinense, día de los trabajadores), con Mr. Spaak[4] y Mr. Selwyn Lloyd,[5] es un suceso que ya no suscita ni menosprecio, ni indignación, ni toma de partido de ningún tipo, sino solamente un gran aburrimiento. Pues todo eso se presenta nuevamente como "algo que está más allá de la vida humana". Frente a todo esto, el strontium-90 de las bombas

1. Ver la nota 10 sobre William Blake en "El socialismo y los intelectuales".
2. Primer ministro británico entre 1957 y 1963, perteneciente al Partido Conservador. Durante su mandato intentó reconstruir las relaciones de Gran Bretaña con los Estados Unidos, deterioradas a raíz de la crisis del Canal de Suez en 1956. Desde su primer mandato, apoyó con decisión el programa de armas nucleares británico por el que Gran Bretaña se dotó de su primera bomba de hidrógeno. La aproximación a Estados Unidos se tradujo en el despliegue de misiles balísticos norteamericanos en suelo británico desde 1957 y en el Tratado de Defensa Mutua de 1958, que regulaba la cooperación nuclear entre Estados Unidos y Gran Bretaña.
3. Ver nota 15 en "El socialismo y los intelectuales. Una réplica".
4. Primer ministro belga en tres ocasiones (1938-1939, 1946 y 1947-1949) y Secretario de la OTAN entre 1957 y 1961. Pertenecía al Partido Socialista de Bélgica.
5. Político británico perteneciente al Partido Conservador, ejerció como secretario de Relaciones Exteriores durante los gobiernos de Anthony Eden y Harold Macmillan.

nucleares se muestra como un crítico implacable, que corroe y penetra la más densa retórica sobre *la comunidad libre de naciones*, igual que los largos discursos románticos de un Imperialismo ya en retirada, o la serenidad flatulenta de la *ingeniería social* Fabiana,[6] o la franca incompetencia y la atrofia moral de los *políticos realistas*.

Lamentablemente, son todavía estos hombres quienes tienen bajo su control el curso real de la vida humana. Entonces, el esfuerzo de controlarlos *a ellos* es lo que realmente debería de ser esa Ciencia de las Ciencias antes mencionada.

Es al percatarse de este último hecho, que algunos miembros de la generación más joven están empezando a dedicarse a la actividad política. Y lo hacen, no tanto porque tengan ya objetivos políticos muy claramente formulados, sino porque consideran que es necesario vigilar a los políticos.

Así que ésta es una generación difícil de entender para la Vieja Izquierda. Pues es, para comenzar, la primera en la historia de la humanidad que experimenta la adolescencia dentro de una cultura donde la posibilidad de la aniquilación humana se ha vuelto un tema de conversación de la sobremesa nocturna. Por eso, Tommy Steele[7] se anticipó a Mr. Godfrey Liam varios años, al escribir lo que puede ser el himno apropiado para la OTAN:

> El primer día habrá rayos, el segundo habrá granizo,
> al tercer amanecer, habrá un gran terremoto.
> Así que, Hermano, circula mi mensaje.
> Rock and roll, ustedes, pecadores, deben cantar para salvar sus almas.
> Pues no hay espacio para los principiantes cuando el mundo es un
> Rock and Roll.

6. Ver nota 15 en "El socialismo y los intelectuales".

7. Músico británico, estrella del rock and roll durante los años 50 y 60.

Además, ésta es una generación que nunca vio a la Unión Soviética como un débil pero heroico Estado de los trabajadores, sino más bien como la nación de las Grandes Purgas y de Stalingrado, de esa bizantina ciudad que celebraba a Stalin, y la del Discurso Secreto de Kruschev;[8] como la nación de un vasto poder militar e industrial, que reprimió el levantamiento húngaro de 1956 y que lanzó los primeros Sputniks al espacio.[9]

Una generación que se enteró de Belsen y de Hiroshima cuando todavía estaba en la primaria, y que formó sus impresiones sobre la conducta cristiana del Occidente con los ejemplos de Kenia y Chipre, de Suez y de Argelia. Una generación alimentada con la lectura de las novelas de Orwell,[10] *1984* y *Rebelión en la Granja*, que ingresa a la política desde el punto de una desilusión extrema a la que los adultos están apenas llegando. Gente joven que marchó desde Aldermaston[11] y que está empezando, de muchas maneras, a

8. Ver nota 24 en "El humanismo socialista".

9. Para Thompson, el inicio de la Guerra Fría y la clausura de la política de los Frentes Populares supone el fin de la Unión Soviética como fuerza subversiva encaminada hacia la consecución del socialismo para convertirse en uno de los pilares del *status quo*. La Unión Soviética, como se demostró con la invasión de Hungría en 1956, se había convertido en una fuerza de orden y en un polo de poder que impedía cualquier evolución del socialismo en una dirección contraria a los dictados del Kremlin. En palabras de Eric Hobsbawm, quien se mantuvo fiel a la disciplina del PCGB: "Lo difícil no era ser comunista antes de 1956, lo difícil fue seguir siéndolo después". Al respecto, puede consultarse el estudio introductorio.

10. Ver nota 16 sobre Orwell y Auden en "El socialismo y los intelectuales".

11. Aldermaston es una base militar situada en Berkshire, al sureste de Inglaterra. En 1950, el Establecimiento para la Investigación de Armas Atómicas (AWRE) fue ubicado en la base de la RAF en Aldermaston. La Campaña por el Desarme Nuclear (CND) –movimiento social que inicia su andadura en 1957 abogando por el desarme nuclear unilateral del Reino Unido y por la adopción de una política exterior pacifista– llevó a cabo su primera demostración de fuerza en 1958 con una marcha a la base de Aldermaston. La influencia social y política de la CND fue en aumento a lo largo de la década de los 60, como demuestran los casos de la *New Left* –muchos de sus miembros pertenecían también a la CND– o incluso las

asociarse al movimiento socialista, con un entusiasmo desbordante y a flor de piel. Pero un entusiasmo que no es por el Partido o por el Movimiento, o por los líderes políticos establecidos, pues esos jóvenes no quieren regalar su entusiasmo a cualquier aparato o institución rutinarios. Porque ellos esperan ya que los políticos hagan todo lo que les sea posible para engañarlos o traicionarlos. De modo que en las manifestaciones escuchan atentamente, confirmando las mentiras de esos políticos y respondiendo más con los aplausos irónicos que con gritos de aclamación. Por eso, prefieren la organización *amateur* y las tribunas improvisadas de la Campaña por el Desarme Nuclear, al método y a las maneras de los políticos profesionales de izquierda. Son agudamente sensibles en contra de la menor falsedad y de los gestos histriónicos, frente al estilo de los debates tipo *partido político*, o frente a las tortuosas evasiones oportunistas, pues ellos juzgan con los ojos críticos de su condición de primera generación de la Era Nuclear.

Los poderes establecidos, que quieren ver controlada a la gente joven y que están alarmados ante los primeros síntomas de un movimiento socialista de jóvenes autogestionado, han tocado la

bases del Partido Laborista. Thompson, que ya había colaborado con el movimiento pacifista en relación con la Guerra de Corea, explicita su posición sobre la lógica de bloques de la Guerra Fría, la CND y el neutralismo activo como estrategia política de los no alineados, en un artículo publicado en el verano de 1958 en el mismo *New Reasoner*, titulado "NATO, Neutralism and Survival" ("La OTAN, el neutralismo y la supervivencia"). Como es sabido, Thompson se volcará, en los años 80, en el movimiento por la paz ante el recrudecimiento de las tensiones de la Guerra Fría. A lo largo de casi una década, ésta será su actividad principal y en ella pondrá casi todas sus energías. La literatura de esta época dedicada al problema armamentístico y los peligros de lo que denominaba como exterminismo es notable. Sólo a comienzos de la década de los 90, ya enfermo a raíz de su frenética actividad en el movimiento por la paz, retomaría algunos proyectos historiográficos como *Customs in Common* y *Witness Against the Beast: William Blake and the Moral Law*. Sobre la amenaza nuclear y el pacifismo activo de Thompson puede completarse la lectura de esta nota con la nota 32 en "El socialismo y los intelectuales".

alarma. El Comité Ejecutivo del Partido Laborista hasta ha nombrado un área que se encargue del asunto de *la juventud*. Pero la juventud ha hecho sus propias pesquisas y el Comité no ha salido muy bien librado de ellas.

Ante este problema, varios remedios se han propuesto. Se dice que los jóvenes son ingratos y que están mimados por el Estado de Bienestar. Lo que haría falta es que fuesen educados en los valores morales y espirituales de los pioneros del movimiento, o que el Partido Laborista compitiese con la Juventud Conservadora para proveerles de una vida *social* apropiada. O, tal vez, la solución sea simplemente asumir, como lo piensa la presidenta fabiana, Mrs. Eirene White, que ese "más efervescente grupo de juventud política", que circula en torno al Club de la ULR[12] y de la Campaña Nuclear, madurará por sí solo con el tiempo:

12. *Universities and Left Review* es una revista que tiene su origen en un grupo de jóvenes profesores universitarios y estudiantes de Oxford que habían comenzado a reunirse en el *Socialist Club* hacia 1954, con el fin de estudiar la reactivación de una izquierda británica alternativa al laborismo y al PCGB. En 1956 se habían publicado algunos trabajos, pero fue la intervención militar auspiciada por el gobierno conservador en Suez lo que desencadenó la definitiva organización del grupo en torno a la *ULR*. El objetivo era aprovechar el clamor que había despertado esta intervención entre diferentes sectores estudiantiles como punto de partida para activar un proyecto de renovación izquierdista cuyo foco principal, aunque no el único, sería la revista. S. Hall, G. Pearson, R. Samuel y C. Taylor fueron elegidos como miembros del consejo editor. Desde este momento, esta experiencia se caracterizó por intentar evitar la formación de una jerarquía o burocracia que centralizara la toma de decisiones. Pronto, la *ULR* se desplazó de Oxford al *West End* de Londres, zona de la capital que bullía de vida política, intelectual y artística. Con la intención de implicarse en el día a día de esta atmósfera, el grupo de la *ULR* impulsó dos experiencias: la *Partisan coffeehouse* y el *ULR Club*, posteriormente denominado *New Left Club*. Ambos eran espacios de encuentro donde se organizaban eventos, lecturas, discusiones, etcétera, con el objetivo de promover nuevas direcciones en el análisis y la estrategia socialista, desde un consciente eclecticismo de enfoques y campos de estudios. La fusión de la *ULR* con el *New Reasoner,* de donde provienen Thompson y parte de los antiguos comunistas que habían roto con el PCGB, dio lugar a la *New Left Review*, el órgano más representativo de la *New Left* británica. Pese a la oposición de

> Los Fabianos, en general, tienen sus emociones políticas bien controladas y por consiguiente la Sociedad nunca será… una organización de masas… Pero hay otras organizaciones en el ambiente actual que pueden tener más éxito para atraer a esos jóvenes. ¿Qué tanto debe preocuparnos esto? Considero que no mucho, dado que para el momento en que tengan ya 25 o 30 años, nosotros atraeremos dentro de ellos, a aquellas personas a quienes les interesa realmente la política seria (*Fabian News*, enero, 1959).

Lo que les falta reconocer a todos estos políticos que enjuician a la generación actual es que estos jóvenes que hoy están entrando en la actividad política están realmente "interesados en la política seria". Porque la verdadera política hoy en día, en cualquier escala válida de los valores humanos, tiene que comenzar con el tema del desarme nuclear. Aquéllos que no entienden esto, o son aún bastante tontos (en cuyo caso ellos podrían todavía ser esclarecidos y convencidos), o bien ya se han dejado cautivar por la política frívola y vulgar, o han enterrado ya tan profundamente sus emociones que confunden los aparatos y la maquinaria de la política con la política misma (en cuyo caso ya no están dentro de la Izquierda, sino que se han pasado del otro lado).

Los jóvenes huelguistas de Aldermaston, a pesar de su inmadurez y de algunas actitudes individualistas son, en esencia, más maduros que sus críticos de la Vieja Izquierda. Ellos han comprendido que la política se ha vuelto algo demasiado serio como para dejarlo en las manos y en las rutinas de los políticos.

algunos miembros de ambos consejos editoriales –Thompson se mostró como un entusiasta partidario de la fusión–, ésta se llevó a cabo oficialmente el 19 de diciembre de 1959, en un acto público en St. Pancras Town Hall, en Londres. Sobre el fracaso de la *New Left* y la sucesión generacional en el seno de la *New Left Review*, pueden consultarse las notas 18 y 20 en "El punto de producción".

Porque, después de todo, ¿qué valores morales y espirituales pueden ofrecerles la Vieja Izquierda o la Vieja Derecha?

El cuarto día habrá oscuridad,
y será la última vez que el sol brilló.
El quinto día te despertarás, y dirás que el mundo real se ha ido ya.
(Tommy Steele, *Doomsday Rock*)

2

En términos de la política tradicional, hemos estado viviendo en la década de la Gran Apatía.[13] Esto ha sido un fenómeno común a todas las naciones altamente industrializadas, que no respeta diferencias de ideología ni de estructura social. Este fenómeno puede ser atribuido, en parte, a causas económicas y sociales que han operado tanto en el Este como en el Occidente, tales como la búsqueda de la *normalidad* y de la seguridad en las condiciones posteriores a la segunda guerra, o la prosperidad económica creciente (en unos pocos países favorecidos industrialmente), que ha coincidido con las

13. Thompson denomina como la Gran Apatía (*Great Apathy*) a la ideología dominante durante la Guerra Fría, la cual apuntaba esencialmente a la desmovilización de los movimientos populares antifascistas y democráticos del periodo anterior. Según Thompson, esta desmovilización ha adquirido en el momento actual la forma de un "sentimiento de impotencia del individuo frente al aparato del Estado". El diagnostico retoma aquí cierta tradición antiestatista del socialismo británico. Ésta, junto con algunas implicaciones morales y políticas, es la línea de análisis que seguirá el texto. Thompson presenta una reflexión más detallada sobre la Gran Apatía en *Outside the Whale*, donde realiza un estudio de su formación, su lógica y las condiciones sociales y políticas que la hacen posible. Especialmente interesante resulta la dimensión intelectual del problema, la relación entre esta ideología y el desarrollo de todo un conjunto de disciplinas y paradigmas que apuntan hacia la negación de la historia y de la capacidad del ser humano de intervenir de manera moral y consciente en su curso. El humanismo socialista y la defensa de la *agency* que éste implica constituyen, entonces, una respuesta intelectual e ideológica a la Gran Apatía. Sobre la noción de ideología en Thompson puede consultarse la nota 4 en "El humanismo socialista".

grandes inmoralidades internacionales de la política de la Guerra Fría y de la represión colonial. Pero, por encima de todo, puede ser atribuido a la existencia misma de dicha guerra y a sus consecuencias militares, políticas, económicas e ideológicas.

Sin embargo, la forma de expresión más característica de esta *Gaitskell*, ha sido el sentimiento de impotencia del individuo frente al aparato del Estado. Éste se ha producido en los distintos países, por distintas causas: la élite del poder norteamericana, la burocracia rusa, el *establishment* británico; todos obtuvieron su fuerza de contextos sociales muy diferentes, y el intento de llevar demasiado lejos las semejanzas superficiales entre ellos puede conducirnos a conclusiones confusas. Pero si nos ocupamos de las influencias culturales que fueron formativas para las generaciones de la segunda Posguerra, entonces las similitudes adquieren otro significado. De modo que es importante evaluar cómo estas similitudes se hacen presentes en la conciencia colectiva de Posguerra:

1. *El establishment del poder.* El gran incremento de la medida, la complejidad y los saberes requeridos en todos los asuntos de la industria ha contribuido al sentido de anonimato de los individuos dentro de las grandes empresas, al mayor poder de los gerentes y al sentido de insignificancia del productor individual. La Guerra Mundial, seguida por la Guerra Fría y reforzada en la Unión Soviética por la economía altamente centralizada mediante la planificación, típica de la era de Stalin, intensificó aún más estos cambios y contribuyó al proceso de consolidación de los inmensos recursos ahora puestos a disposición del Estado. En Gran Bretaña, esto llevó a una confluencia atroz de la Federación de las Industrias Británicas, el Congreso de las *Tradeunions* o Sindicatos, y el Gobierno, para formar una superdirigencia que ha revestido a sus propios procesos con un aire de santidad *oficial*,

de manera que los inconformes o los grupos minoritarios (los huelguistas *ilegales*, las organizaciones *proscritas*, etcétera) sean presentados como ofensivos en contra de la Decencia, la Ley y el Orden. Un proceso que se ha hecho evidente en el tratamiento dado al Sindicato *azul*[14] en los muelles, en los eventos de la Briggs Motors y en la Corte de Investigación *oficial* de la BOAC.[15]

2. *El establishment de la ortodoxia*. Dos factores se han combinado para generar un clima de conformidad intelectual: primero, el control centralizado –ya sea por los grandes intereses comerciales o por el propio Estado– de comunicación masiva, de propaganda y de entretenimiento, con la consecuente eliminación de las opiniones de las minorías. Segundo, las ortodoxias ideológicas y la caza de brujas derivadas de la Guerra Fría. En Rusia, esta ortodoxia ha sido reforzada por la autoridad del Estado; pero en Estados Unidos y Gran Bretaña, donde las formas de la democracia se han conservado, los grandes partidos políticos –el Republicano y el Demócrata, o el Conservador y el Laborista– aprueban oficialmente las ortodoxias de la Guerra Fría, como el anticomunismo, la estrategia de la OTAN, la producción de armas nucleares y todo el resto, de tal manera que, en los temas cruciales de la supervivencia humana, el electorado se encuentra sin la capacidad real y efectiva de elegir.

14. También conocidas como *Blue-collar-Union*, el término hace referencia a los sindicatos formados por trabajadores manuales.

15. La *British Overseas Airways Corporation* fue una compañía aérea estatal del Reino Unido. Mantuvo el monopolio entre 1939 y 1946, y desde 1946 hasta 1974 fue la única que operaba vuelos de largo alcance. En 1956 estalló un escándalo político debido a que la BOAC pidió 15 aviones Boeing 707 en detrimento de las aeronaves Vickers VC-10 de fabricación británica, las cuales, sin embargo, tenían un mayor costo que los 707. Finalmente, ambos modelos entrarían en servicio.

3. *El establishment de las instituciones*. Aquí, la generación de Posguerra se topa con las instituciones que ya se han *osificado* en su liderazgo, su burocracia, sus procedimientos y sus políticas, desde los años de la guerra o de la inmediata Posguerra. Estas instituciones preservan y perpetúan actitudes que tienen origen en el contexto anterior a la guerra, de tal forma que se muestran, a los ojos de la generación de la Posguerra, como instituciones distantes que se ubican siempre lejos y por encima de ellos.

   Éste es notoriamente el caso del Partido Laborista Británico, el cual, aunque mantiene el apoyo electoral de grandes grupos de la generación de Posguerra, ha fallado en ganar la lealtad o la participación de los electores jóvenes, pues éstos no tienen ningún recuerdo de ese Partido Laborista como un movimiento de agitación y de protesta, un movimiento de hombres luchando y sacrificándose para liberarse a sí mismos y a sus compañeros de las condiciones opresivas y deshumanizadas en que vivían. Por el contrario, esos jóvenes nacieron en el mundo del voto en bloque y en el del Sindicato que les dice lo que pueden o no hacer. De modo que ellos ven sólo restricciones en donde sus padres vieron apoyo mutuo. Con lo cual, al joven socialista de hoy en día no sólo le corresponde cambiar la dirección de las políticas del Partido Laborista, puesto que también es hostil a la integración de ese partido dentro del *establishment* dominante, hostil a la burocracia partidista, hostil al propio *juego político* en general, y hostil al aparato en sí mismo.

Ésos son algunos de los ingredientes de la Gran Apatía. Pero *apatía* es un término engañoso, que confunde fenómenos contradictorios. Por una parte, hemos visto el descarado materialismo adquisitivo de los hombres de negocios, junto a los conformistas del

Estado, el Partido y la industria –en Estados Unidos, el espectáculo llamativo del consumo conspicuo y de la gran carrera de renegados; en la URSS, la conformidad complaciente de los *apparatchiks*–,[16] mientras que en Gran Bretaña asistíamos al engaño de Mr. Gaitskell, y al Estado de Coyuntura de Mr. Macmillian, junto a la moral de la Reunión en la Cumbre. Y como un complemento derivado de todo esto, una profunda inercia moral, el retiro del compromiso político, el fracaso en ser capaz de asumir el idealismo de la juventud, y la marcha cada vez más lenta de la dinámica del cambio social. Por otra parte, ha habido injusticias y desigualdades apenas disimuladas, el incremento de la criminalidad, la neurosis social y las frustraciones desarticuladas (drogadictos y *beats*, *stilyagi*, conflictos entre pandillas y tumultos raciales).[17] Quizá sólo una minoría reacciona de este modo, pero la posibilidad de que se activen estas agresiones latentes en una escala mucho mayor siempre está presente. En este sentido, Nothing Hill es una advertencia.[18] En ocasiones, la protesta es sólo *en contra*:

16. Es una palabra rusa para denominar al funcionario de grado medio del Partido Comunista o de la burocracia soviética. Con contenido peyorativo, el término hace referencia a un agente del aparato ineficaz y con escasa formación.

17. Hace referencia al movimiento literario y contracultural liderado por la denominada generación *beat* durante la década de los 50 en Estados Unidos, entre cuyas figuras más representativas se encuentran Allen Ginsberg, Jack Kerouac o William Seward Burroughs. Su propuesta rupturista combina una crítica de los valores tradicionales norteamericanos con una apuesta por nuevas formas de vida inspiradas en la liberación sexual, la autenticidad de las experiencias vitales, el uso de drogas o las filosofías orientales. En este sentido, se ha considerado como el antecedente del movimiento hippie. Para el término *stilyagi* puede consultarse la nota 4 de "Acción y elección". Thompson siempre mostró una gran reserva ante este tipo de expresiones contraculturales de la juventud de los años 50 y 60 a ambos lados del muro, ya que le parecían vacías de contenido político o, en todo caso, meras expresiones de descontento, fugaces y faltas de orientación.

18. En 1958 tuvo lugar en el barrio londinense de Nothing Hill una serie de disturbios raciales en el contexto de un considerable incremento de la inmigración caribeña tras la Segunda Guerra Mundial. Los disturbios duraron dos semanas y más de 100 personas de raza blanca y raza negra fueron detenidas portando armas.

en contra de nada, como en las manifestaciones tumultuosas del rock-and-roll. Pero a veces también nosotros vislumbramos allí el inmenso potencial de la energía y la simpatía humana desperdiciándose por la ausencia de canales adecuados de expresión; los anhelos desaprovechados por la ausencia de algo positivo con lo cual identificarse, y que ha encontrado su expresión en la pertenencia a las pandillas o en el deseo de encontrar un sentido a la vida, que excitó las emociones de las masas en las giras de Billy Graham.[19]

Para una multitud, ya sea del Este o del Occidente, la *apatía* no ha sido una expresión de capacidad o posibilidad, sino de impotencia. Y ella está generando sus propias formas de revuelta, en las cuales se articulan desilusiones políticas, combinadas con las posturas anarquistas del individuo aislado. En ocasiones, estas sensaciones se manifiestan en el frenesí del impotente asesino de manera puramente verbal:

> Quiero correr en la calle, gritando: ¡Recuerda a Vanzetti!
> Quiero verter gasolina en tu chimenea, y hacer estallar tus galerías.
> Quiero quemar tus oficinas editoriales,
> y abrir los vientres de tus mujeres frígidas.
> Quiero hundir tus botes y tus lanchas, y estrangular
> a tus niños pequeños.
> Quiero envenenar tus colchas y tus perros.
>
> (Kenneth Rexroth:[20] *Thou Shalt Not Kill*)

19. Predicador evangelista norteamericano que adquirió notoriedad en los años 50 y 60 por difundir su magisterio a través de medios de comunicación de masas como radio y televisión. Graham fue el primer evangelista de renombre en hablar tras el Telón de Acero, y se dirigió a grandes multitudes en países a lo largo y ancho de la Europa del Este y en la Unión Soviética.

20. Escritor y poeta norteamericano cuya obra se vincula a la contracultura de los años 20. Su autobiografía está plagada de personajes de esta bohemia artística europea y estadounidense, así como de otros vinculados al radicalismo político

Esta nota se encontró entre los escritores de la onda *beat*. Sin embargo, esta ruptura del antiguo caparazón también puede ser encontrada en Europa Oriental –en el culto a Hemingway, en la aceptación entusiasta de la novela *1984*, en las historias de Hlasko,[21] y está presente también en los estridentes pasajes de John Osborne.[22] En formas menos articuladas o menos histriónicas, se le encuentra en cada uno de los diversos niveles de la sociedad. La hallamos en la actual moda de la náusea antipolítica; una náusea que abarca todo el lenguaje y las rutinas de la ortodoxia, sea en los rituales de los ideólogos del marxismo-leninismo, sea también en las mentiras habituales de los telepolíticos del Occidente. Y se le encuentra en la resistencia obstinada a las campañas electorales: "No hay mucho de dónde escoger, porque ellos están en esto sólo para su propio beneficio, así que ¿cuál es el sentido de votar?". Esto se hace evidente en el voto burlón propuesto por los miembros de la AEU, cuando nos confrontaban a elegir entre tomar el aceite de ricino o sufrir con la vara del castigo. Pues ahora las viejas rutinas

de izquierdas y el anarquismo libertario, como es el caso de Sacco y Vanzetti.

21. Escritor polaco que adquirió notoriedad en los años 50 y 60 a ambos lados del Telón de Acero, tanto por su obra como por su agitada vida personal, ambas consideradas como una expresión del desencanto de la juventud de los años 50. Fue detenido en diversos países de Europa por altercados públicos, le fue retirado el pasaporte polaco, tuvo problemas con el alcohol y fue internado en un psiquiátrico en el cual intentó suicidarse en dos ocasiones. Su estilo de vida y la estética con la que se presentaba en público (era conocido como el "James Dean oriental") contribuyeron a construir una imagen de Hlasko como intelectual *outsider*, cuya obra estaba comprometida con el inconformismo y la denuncia de los valores establecidos.

22. Dramaturgo inglés iconoclasta y crítico implacable de la sociedad tradicional británica, de sus instituciones y estereotipos (como la monarquía o el Imperio). Alcanzó un gran éxito a partir de 1945 con su obra *Look Back in Anger*, considerada como una obra que introduce al teatro inglés de Posguerra en una nueva etapa. Cuando Thompson habla de "los estridentes pasajes" de John Osborne, se refiere a la defensa y el uso que hacía el dramaturgo de un lenguaje grosero y del mal gusto, como formas de erosionar los estereotipos establecidos.

han dejado de producir los viejos resultados. Y éstos, tal y como se han dado, en muy raras ocasiones pueden ser causa de celebración por parte de los socialistas.

3

Ubicamos nuestro problema en este contexto, no porque pensemos que dicho impresionismo fugaz puede ser un sustituto del duro trabajo del análisis político cuidadoso y detallado, ni tampoco porque compartamos las actitudes de Rexroth o de Hlasko, ni porque creamos que el industrialismo más desarrollado, por sí mismo, ha creado una *sociedad de masas* en la cual el antagonismo entre la élite del poder o la burocracia del Estado frente al individuo alienado ha sobrepasado en importancia los antagonismos de clase. Creemos que el parteaguas de la Revolución de Octubre no puede ser desdeñado, y que en una posible futura atmósfera relajada de las relaciones internacionales, la Unión Soviética y la Europa del Este demostrarían que pueden ser un espacio de expansión de la libertad y de realización humana, mientras que el Occidente, a menos que sea transformado por un fuerte movimiento socialista, democrático y revolucionario, se mostrará como el lugar de un enraizado autoritarismo.

Además –y esta reserva crítica es de gran importancia–, mientras que en las potencias capitalistas, especialmente en Estados Unidos, los grandes intereses privados encuentran todavía redituable el mantenimiento de la tensión internacional y la producción armamentística, en el Este, en cambio, no es posible encontrar nada comparable a este tipo de intereses durante el periodo de la Guerra Fría. Así, mientras que en las fronteras de los "Dos Campos" –Jordania o el Tíbet, Albania o Turquía–, las acciones de los estrategas militares y de los políticos, tanto del Este como del Occidente, pueden ser igualmente peligrosas en potencia, sigue siendo cierto que las presiones *naturales*, tanto económicas como sociales, en los países del Este, empujan a este último hacia políticas de distensión,

mientras que en el Occidente nos enfrentamos, en cambio y todo el tiempo, con la inercia de la *economía de guerra permanente*.

Pero la afirmación de la democracia en el área comunista no puede tener lugar sin una centena de luchas y combates en contra de la burocracia establecida, de sus instituciones y de su ideología. De igual manera, la regeneración del movimiento socialista de Occidente no puede darse sin una ruptura fundamental con las políticas y las ortodoxias de la década pasada. Y esta ofensiva de dos frentes (esto es cada vez más claro) está llevando al Socialismo de izquierda en Occidente, y al Comunismo disidente en el Este, hacia un objetivo común. Asistimos, entonces, a un redescubrimiento de objetivos y principios comunes que se ocultaron durante la etapa violenta de la Tercera Internacional. Y esto no significa una conversión de las acciones del movimiento obrero de Occidente hacia el comunismo ortodoxo, ni de los comunistas desilusionados hacia la socialdemocracia liberal. Representa, sobre todo, la negación de ambas ortodoxias y la emergencia de una Nueva Izquierda, la cual, mientras rescata mucho de ambas tradiciones, se mantiene también alejada de los estériles antagonismos del pasado, subrayando y proclamando lo que es inmanente dentro de ambas sociedades. Así, defiende un nuevo internacionalismo, que no es el del triunfo de un campo sobre el otro, sino la disolución de los campos y el triunfo del pueblo sencillo y común.[23]

23. Los comentaristas de la Nueva Izquierda británica coinciden a la hora de insertarla dentro de un movimiento de alcance internacional. Este "movimiento de movimientos" tiene en la heterogeneidad una de sus características más señaladas. Resulta difícil establecer un conjunto sistemático de elementos comunes, al margen de ciertos aspectos descritos con grueso trazo. Sólo a medida que se reduce la escala de observación es posible establecer características más precisas. Así, por ejemplo, al margen de algunos elementos muy generales –como el objetivo de fundar una nueva política de izquierdas, el intento de dotar al movimiento de una proyección internacional frente a las estructuras bipolares de la Guerra Fría o el apoyo sobre y desde movimientos sociales de diferentes signos–, pocas características comunes más pueden presentarse. Incluso el in-

Esto representa la bancarrota de las ortodoxias de la Vieja Izquierda, particularmente de su encasillamiento dentro del marco de la ideología y la estrategia de la Guerra Fría, la cual ha contribuido a la conciencia política característica de la generación de la Posguerra, centrada en el sentimiento de impotencia frente al *establishment*. Porque no ha existido durante la década pasada ningún agrupamiento efectivo y determinado que tuviese una clara perspectiva internacionalista y que desafiase abiertamente a esas ortodoxias, con lo cual la frustración ha dado paso a la desilusión, y ésta ha terminado conduciendo a la apatía. Pero ahora, dichas

tento de dotar de una cronología común al movimiento parece demasiado forzado, cuando no infructuoso. Por ejemplo, Michael Dening, ofrece la siguiente secuencia (Denning, 2004): una primera etapa de 1955-1956, hasta la ola general de insurgencia de 1968, caracterizada por la recuperación del "joven Marx" en una vertiente humanista y una variedad de radicalismo de tipo existencialista y fenomenológico; una segunda etapa, breve, que conoce el apogeo de los movimientos del 68 y su posterior derrota, viene marcada por un giro cultural en la forma, tanto de la denuncia de la cultura dominante, de los aparatos ideológicos de Estado, del imperialismo cultural o de la sociedad del espectáculo, como por las teorizaciones de la revolución cultural; finalmente, una tercera etapa que se extiende hasta los años 80, coincidiendo con el fin del *deshielo*, las dictaduras del Cono Sur Americano o el *fundamentalismo* de *free-market* Reagan-Thatcher. Esta última etapa sería testigo de la continuación del giro cultural, la reflexión crítica sobre el nacionalismo y la cultura popular o el generalizado revival de la obra de A. Gramsci. El problema de esta periodización reside, precisamente, en que su ambición de sistematización vacía la etiqueta de la Nueva Izquierda de toda referencia, aún vaga, a un movimiento intelectual y político concreto, para pasar a aglutinar bajo su rótulo dinámicas sociopolíticas y atmósferas culturales con personalidad propia. En definitiva, a medida que nuestra escala de observación espacial y cronológica disminuye, resulta más sencillo delinear con claridad rasgos comunes y, por supuesto, secuencias temporales operativas. Podemos restringir entonces la experiencia de la Nueva Izquierda a un contexto fundamentalmente europeo (a diferencia de los efectos mundiales del 68) en un periodo comprendido entre mediados de la década de los 50 y de los 60. Si la Nueva Izquierda representa en el campo político un esfuerzo por abrir un espacio alternativo desde el que articular una nueva forma de política popular, democrática e internacional –normalmente asociada a la idea de una Europa unida–, por lo que respecta al campo intelectual, aglutina todo un conjunto de

agrupaciones están apareciendo en distintas formas y en una docena de países, tanto del Este como del Occidente. Entonces, el *establishment* parece tener una base menos firme, la apatía parece ser un fenómeno menos fuerte y extendido, al mismo tiempo que se descubre una cierta identidad de objetivos.[24] En primer lugar,

propuestas que tienen en común, más allá de sus diferencias, una frontal oposición a lo que cabría denominar como paradigma naturalista (cientificismo, antihistoricismo, antihumanismo, determinismo, economicismo, etcétera). Frente a otras experiencias europeas de carácter más intelectual, la *New Left* en Gran Bretaña se verá marcada por un fuerte acento de activismo político, tanto en su relación con los nuevos movimientos sociales –v. g. la *Nuclear Disarmament Campaign* (CND)–, como en su ambigua relación con las diferentes ramas del laborismo (el *Labour Party*, las *Trade Unions* o diferentes instituciones tradicionales del entramado social *labour* como, por ejemplo, los clubs de lectura o la educación de adultos). De su carácter específico cabe deducir también una secuencia cronológica particular. La *New Left* comienza formalmente su andadura en 1956, asociada a la crisis del PCGB y a la intervención británica en Egipto. Desde este momento hasta 1959, conoce un proceso de expansión que culmina con la fundación de la *New Left Review* (*NLR*). A partir de aquí, comienza un periodo de declive que finaliza en 1962 con la entrada de un nuevo consejo directivo al mando de la revista, comandado por Perry Anderson: la llamada segunda generación de la *New Left*. Tradicionalmente, se ha considerado que la primera *New Left* (1956-1962) se encontraba compuesta por dos grandes grupos aglutinados en torno a las dos revistas de cuya fusión nacería en 1959 la mítica *NLR*: el grupo de *The Reasoner* (posteriormente rebautizado como *The New Reasoner*) y *Universities and Left Review* (*ULR*). Sobre el *Reasoner*, el *New Reasoner* y la *ULR* puede consultarse la introducción.

24. Thompson pone de manifiesto en este pasaje su adscripción a la validez del análisis y la política de clases. Es cierto que se trata de una realidad compleja que debe considerar nuevas dimensiones –por ejemplo, la oposición entre el individuo (masa) y el Estado–, pero que no por ello debe desecharse como parecen sostener posiciones próximas a ese espectro de la contracultura a la que se ha referido más arriba. El debate sobre la pertinencia o no del conflicto de clases forma parte de la historia intelectual de la *New Left* británica. De hecho, es posible advertir una tendencia a problematizarlo por parte de los miembros del ala de la *University and Left Review*, quienes sostenían sus limitaciones frente a análisis más complejos que consideraran las realidades culturales y etnográficas de la sociedad británica de Posguerra. En cambio, quienes como Thompson provenían del *New Reasoner* –miembros de una generación mayor y antiguos militantes comunistas– sostenían su vigencia, sin

porque estas agrupaciones encuentran un enemigo común, no sólo en las tensiones de la Guerra Fría, sino también en los postulados estratégicos y en la ideología favorable a la guerra. Por eso, la posición neutralista que se expresa en la diplomacia de las naciones no alineadas de Asia y África, de Yugoslavia, etcétera, es hoy una herejía que se propaga rápidamente tanto en el mundo comunista como en el occidental. Éste es el primer pecado del *revisionismo* que ahora es atacado, y es también el principal crimen de Nagy y

dejar de cuestionar el análisis de clase mecanicista del marxismo-leninismo, y daban entrada al estudio de factores culturales y de valores morales. Esta posición de Thompson respecto al análisis de clase se compadece con su apuesta por el socialismo, incluso una vez rota su militancia en el PCGB. Thompson considera que existe una relación consustancial entre la tensión de la Guerra Fría y la falta de democracia en los países socialistas, y se posiciona en favor de los logros de estos países y en contra del capitalismo en Occidente. Admite que el primero necesita de una transformación democrática que remueva los pilares de la burocracia soviética, pero también considera que en la Guerra Fría, el Este es el menos interesado en mantener esta permanente tensión, mientras que la lógica de guerra desempeña un papel clave en el desarrollo del capitalismo avanzado. Ahora bien, esta democratización del socialismo debe implicar también a los movimientos políticos de izquierda de Occidente, especialmente a los que hasta la década de los 50 estuvieron bajo la órbita del PCUS. Todo esto resulta relevante para entender la posición particular que ocupa Thompson y que supone una integración de los logros del socialismo con la práctica de una democracia directa. Este espacio constituye un lugar de convergencia entre la disidencia (la herejía) del Oeste y del Este. Resulta importante insistir en que esta disidencia no es resultado de la suma de la socialdemocracia de Occidente y el comunismo oriental (las ortodoxias). De hecho, este espacio común disidente que Thompson identifica con la Nueva Izquierda como movimiento internacional surge precisamente de la crítica a esas ortodoxias de la Vieja Izquierda. A continuación, Thompson desarrollará algunos de los objetivos comunes de esta herejía: la posición neutralista o no alineada frente a la lógica de la Guerra Fría, entendida en términos de neutralidad o pacifismo activo; la creación de un aparato cultural alternativo a los medios de comunicación de masas; el desarrollo de una nueva teoría socialista vinculadas a posiciones revisionistas del marxismo oficial (humanismo, moralismo, accionalismo, etcétera).

de Harich.[25] Y son igualmente las implicaciones neutralistas de la Campaña por el Desarme Nuclear las que provocan la hostilidad del *establishment* en Gran Bretaña. Puesto que, según ellos, en la medida en que crecen enormemente las presiones dentro de un *campo*, así debe de crecer también la respuesta ofensiva en el otro.

Por eso, la primera tarea de cualquier Nueva Izquierda en Gran Bretaña debe ser la de propagar y profundizar dentro del movimiento obrero y dentro de la Campaña por el Desarme Nuclear, no el simple sentimiento de neutralismo, sino la perspectiva internacionalista de la neutralidad activa. Debemos tratar de llevar a nuestra gente hacia una clara conciencia de su posición clave dentro de los asuntos mundiales, promoviendo una comprensión mucho más amplia, no sólo de la perspectiva de los pueblos coloniales y asiáticos, sino también de la energía potencial del revisionismo y de las fuerzas democráticas dentro del mundo comunista.

En segundo lugar, estas agrupaciones se topan con un problema común, que es el de lograr el acceso a los canales de comunicación con el pueblo, a pesar y más allá del control del aparato cultural por parte del Estado, el Partido o los intereses comerciales, y por parte de las burocracias de los Partidos sobre las organizaciones del movimiento obrero. Ese control tiende a mantener aisladas a las nuevas agrupaciones y a enfatizar su carácter *intelectual*. Pero su importancia como puntos de crecimiento latentes no debe ser para nada subestimada. Naturalmente, el problema difiere mucho de un país a otro. En Francia, nuestros camaradas se enfrentan

25. Ambos representan para Thompson los esfuerzos por dotar al socialismo real de un contenido humanista democrático. Sobre el humanismo socialista puede consultarse la nota 12 en "El humanismo socialista". Sobre Imre Nagy y la Revolución en Hungría, véase la nota 30 en "El socialismo y los intelectuales". Por su parte, Wolfgang Harich fue un escritor y periodista alemán amigo de Ernst Bloch, Lukács y Bertolt Brecht. En 1956 fue condenado en la República Democrática Alemana a ocho años de cárcel por conspiración, al intentar introducir las reformas democráticas que inspiraban al gobierno de Nagy.

a una censura errática y viciosa. Y se presentan como un partido distinto (la Unión de Izquierda Socialista) con poca influencia electoral, pero con publicaciones periódicas de una expansiva y creciente influencia (notablemente, el *France-Observateur*). En Italia, la tendencia de esa Nueva Izquierda se ubica entre elementos de los Partidos Socialista y Comunista, y se difunde en más de una revista teórica seria. En Rusia y en gran parte de Europa Oriental, nuestros camaradas luchan contra las barreras de la inercia editorial, y contienden contra la ortodoxia del Estado en cientos de complicadas formas; en China y en Vietnam están siendo *reeducados* en las comunas y pueblos –un proceso que puede no ser tan liso y simple como sus educadores lo creen–.

En Gran Bretaña, aunque las formas democráticas están aún intactas, el acceso a los medios de comunicación se vuelve cada vez más difícil cuando la televisión y la prensa han estado ampliamente en complicidad y sintonía con el *establishment*, y están cerrados a la difusión regular de las opiniones de la minoría. Los canales de comunicación dentro del movimiento obrero tradicional son lentos y están obstruidos por la burocracia. Por eso, el problema se presenta como el desafío de ser capaces de construir –aun cuando el proceso pueda parecer penosamente lento, algunos avances firmes ya se están dando– un aparato cultural *alternativo*, bajo el control firme de la Nueva Izquierda, un aparato que trascienda y supere a los medios de comunicación masivos y a la maquinaria de los partidos, para establecer vínculos directos entre las agrupaciones socialistas importantes dentro y fuera del movimiento obrero.

En tercer lugar, estamos viviendo un renacimiento de la teoría socialista al interior de estas agrupaciones,[26] aunque sería pre-

26. Todo este pasaje, hasta el comienzo del apartado 4, trata sobre las consecuencias intelectuales de 1956 sobre la teoría y la estrategia socialista. Thompson señala una serie de líneas en las que convergen la disidencia de las organizaciones de izquierdas de ambos lados del Muro. La idea de que existen una serie de

maturo intentar definir un cuerpo de ideas unificado y consistente, con el cual la Nueva Izquierda pueda ser identificada en cualquier país. El trabajo de elaboración está todavía en proceso, en los pe-

preocupaciones comunes le hace pensar en la construcción de un nuevo lenguaje internacional para la izquierda revolucionaria socialista, tanto en lo relativo a los problemas como a los objetivos. Thompson apunta hacia la generalización de una reflexión sobre la democratización del movimiento socialista, tanto en su dimensión política (frente a la gestión burocrática) como en la económica (en relación al control del proceso productivo por parte de los trabajadores). El impacto intelectual de 1956 sobre los objetivos del movimiento socialista tal y como es entendido por la Nueva Izquierda supone, a ojos del autor, la rehabilitación de figuras como William Morris (sobre Morris, ver la nota 1 en "El socialismo y los intelectuales. Una réplica") o el joven Marx, por lo que respecta a la constitución de una sociedad socialista sobre los principios de un realismo moral que Thompson identificará con el humanismo socialista. Esta situación que describe recuerda un poco al panorama intelectual de la izquierda británica de los años 30 en el que él mismo se formó y que sin duda influye en su interpretación de los hechos. McCann y Raphael Samuel (McCann, 1997 y Samuel, 1980) nos recuerdan que es posible distinguir en la tradición socialista británica dos grandes tendencias: una que cabe denominar como *utopismo científico*, en la que la tradición romántica y el análisis marxista se daban la mano en busca de una herencia socialista y de lucha popular que se remontaba al periodo medieval; y una segunda tradición que puede denominarse como *racionalismo científico*. Esta última tiene su origen en las obras de Marx y Engels caracterizadas por su aspiración a identificar las constantes macrohistóricas que rigen la dinámica histórica. Este socialismo científico viene marcado por una interpretación evolucionista de la historia en la que los diferentes estadios sociales se suceden mediante cambios de carácter necesario y progresivo. Ambas corrientes –utopismo científico y racionalismo científico– se encontraban presentes en el horizonte intelectual del marxismo británico en el momento de la fundación del PCGB en 1920. Ahora bien, con la aprobación en 1935 de la estrategia de los frentes populares en el VII Congreso de la Internacional Comunista, lo que a nivel político se iba a traducir en la apelación a una alianza internacional y popular contra el fascismo, a nivel teórico lo haría en un nuevo lenguaje por el que el término *pueblo* (alternativo al de *proletariado*) emergía como el agente del conflicto político contra el fascismo, y la lucha de clases quedaba redefinida en términos proactivos. Esta estrategia frentepopulista permitió la entrada en el vocabulario marxista de una retórica voluntarista, populista y humanista. En el campo de la historia, por ejemplo, el pasado revolucionario británico comenzó a entenderse en términos

riódicos y revistas, en los Clubes,[27] en los partidos disidentes, en las tesis sociológicas y en las novelas, en las discusiones de café, en las comunas, en los talleres, en las reuniones sindicales. Y es posible delinear un patrón recurrente en el *revisionismo* comunista post-1956 –la revuelta humanista, la negación del dogma en favor de los métodos empíricos de análisis, la oposición a las formas de organización autoritarias y paternalistas, la crítica del determinismo, etcétera–, pero esto nos diría más sobre la metamorfosis de las viejas ilusiones y la reevaluación de las viejas tradiciones, que de la afirmación de lo duradero y del descubrimiento de lo nuevo. No nos diría nada sobre la cuestión crucial: la confluencia del impulso disidente dentro de los países comunistas, con la tradición socialista de izquierda de Occidente, y con la generación de la Posguerra. Y es en este punto de confluencia que podemos encontrar a la Nueva Izquierda.

En este sentido, 1956 marca un parteaguas, pues desde ese año ha habido un movimiento mundial y continuo de los disidentes del comunismo que –si miramos, y debemos hacerlo, la obra

más amplios, el inicial anticristianismo se atemperó y se permitió esgrimir argumentos morales en contra del capitalismo, renovándose el interés por las luchas históricas llevadas a cabo en términos éticos de manera que *diggers*, *levellers* y anabaptistas pasaron nuevamente a ser reivindicados por los comunistas como parte del pasado revolucionario inglés. En este contexto intelectual y político es en el que un conjunto de historiadores afiliados al PCGB –Donna Torr, A.L. Morton o Maurice Dobb– comenzaron a producir sus primeras obras historiográficas, en las que es posible identificar, en diverso grado, la presencia de las tradición utópica, así como otros elementos de filiación no estrictamente marxista. Esta generación de historiadores marxistas puede considerarse como la antecesora del Grupo de Historiadores del Partido Comunista (Hill, Hilton, Hobsbawm, Thompson, etcétera).

27. Se refiere a los Clubes de Izquierda que se propagaron al calor de la *New Left*, siguiendo el ejemplo del Club de Londres creado por miembros de la *Universities and Left Review,* quienes a su vez se basaron en la experiencia de los clubes de lectura de izquierdas de los años 30. Sobre estos últimos, puede consultarse en este mismo artículo la nota 40; sobre los clubes creados en torno a la *New Left*, puede consultarse la nota 22 en "El punto de producción".

de Howard Fast–,[28] no obstante esa disidencia, no ha entrado en las sendas desgastadas del anticomunismo traumático, del fatalismo religioso o de la búsqueda a toda costa de terceras vías unificadoras, o de cosas similares a todo esto, sino que, por el contrario, ha buscado afirmar y desarrollar las posiciones humanistas y libertarias de la tradición comunista. La vitalidad y madurez de esta herejía, la cual –excluida de los Partidos Comunistas– ha rechazado ceder y morir, o pasarse al *otro bando*, y en cambio ha labrado caminos independientes para el movimiento obrero, interponiéndose entre el aparato comunista ortodoxo y la izquierda no comunista, ha despertado la furia particular de los ideólogos de la *World Marxist Review*. En efecto, en ciertos países sería posible identificar a la Nueva Izquierda diciendo que ésta permanece alejada de la contienda tradicional entre el bando de la socialdemocracia y el del comunismo ortodoxo, y que busca la reunificación socialista, no por medio de una alianza de elementos incompatibles, sino como resultado del desplazamiento de las burocracias dirigentes en ambos bandos mencionados.

Pero nosotros debemos ir más allá. Pues si no existe hasta ahora una teoría unificada de la Nueva Izquierda, sí existen, en cambio, muchas preocupaciones comunes. No existe un *camino al socialismo* ya prescrito, pero éste sigue siendo una teoría internacional con un lenguaje internacional. Confrontada con el autoritarismo y el antiintelectualismo de la perversión estalinista del marxismo, la disidencia comunista ha roto con su escolástico marco

28. Escritor norteamericano que militó en las filas del Partido Comunista de Estados Unidos desde 1944. Para Thompson, Fast constituye un claro ejemplo de esa disidencia comprometida. Colaborador del *Daily Worker,* fue represaliado por el Comité de Actividades Antiamericanas y encarcelado en 1950 por desacato al Congreso. En 1956 abandona la disciplina comunista en protesta por la política represiva de la Unión Soviética con Hungría. Su novela más conocida es *Espartaco*, en la cual se basaría el filme dirigido por Stanley Kubrick y protagonizado por Kirk Douglas.

académico anterior y está sometiendo a una crítica empírica todo su antiguo catecismo. Pero al mismo tiempo, confrontada con las torpezas de la Guerra Fría y las acciones del poder dentro de las *sociedades hiperdesarrolladas* de Occidente, un temperamento firme y radical se está creando en la generación de la Posguerra de los socialistas e intelectuales de Occidente. De modo que en el mutuo intercambio entre esos disidentes del Este y esos socialistas e intelectuales del Occidente, se ha descubierto un lenguaje común y se han vislumbrado los mismos problemas para su análisis: el poder político y la degeneración burocrática, el poder económico y el control de los trabajadores, la descentralización y la participación popular en el control social.

También hay un redescubrimiento de la noción de comunidad socialista: en Gran Bretaña, la receta fabiana de una competitiva *Igualdad de Oportunidades* está cediendo el paso entre los socialistas al redescubrimiento de la visión de William Morris de la búsqueda de una *Sociedad de Iguales*. En el mundo comunista, la falsa comunidad del colectivismo autoritario está siendo cuestionada a partir de la reivindicación alternativa de una comunidad voluntaria y orgánica de individuos libres, reivindicación que a pesar de todas las inhumanidades de las pasadas dos décadas, ha crecido lentamente dentro de ese mundo comunista. Y existe, tanto en el Este como en el Occidente, el mismo interés renovado por los trabajos del joven Marx, la misma atención hacia las propuestas humanistas, la misma reafirmación de la acción y el protagonismo moral y de la responsabilidad individual dentro del devenir de los acontecimientos históricos. Porque la Nueva Izquierda tiene poca confianza en la infalibilidad, ya sea de las instituciones o de los procesos históricos.

Así que piensa que una verdadera comunidad socialista no será edificada mediante alguna manipulación legislativa o a través de la planificación económica realizada desde la cumbre de la sociedad. Por el contrario, el socialismo debe comenzar con el

pueblo real, y debe ser construido por hombres y mujeres que se asocian para ello en forma voluntaria. Por eso, la tarea de cambiar los valores y las actitudes de la gente, y el impulso constante de las aspiraciones que promueven el cambio continuo mediante la crítica utópica de la sociedad existente, es un deber tan fundamental de los socialistas como lo es la conquista y la conservación del poder de la clase obrera. En cada etapa –antes, durante y después de la conquista del poder–, la participación voluntaria del pueblo perseguirse conscientemente, y los centros de poder, allí donde esto sea posible, deben de ser disueltos. La Nueva Izquierda está formada por revolucionarios socialistas, pero la revolución que ellos persiguen debe implicar no sólo la conquista del poder del Estado, sino también su claro desmantelamiento. Porque ellos son teóricos socialistas que hoy desconfían de ciertas seductoras simetrías de la teoría socialista con el pensamiento anterior, y revolucionarios que están en guardia frente a los excesos dogmáticos y las manipulaciones del poder de los *revolucionarios profesionales*.

4

Si la Nueva Izquierda en Gran Bretaña es apenas identificable en términos de organización –unas pocas publicaciones y periódicos, algunos Clubes de Izquierda exitosos, un creciente Programa de Conferencias y Trabajo educativo, iniciado por esta revista en asociación con *Universities and Left Review*–, es importante por tres razones. Primero, porque está dando expresión política a un estado de ánimo ampliamente difundido, tanto dentro del movimiento obrero tradicional como fuera de él, que se ha condensado en la Campaña por el Desarme Nuclear y que pronto puede llegar a expresarse en otras formas más específicamente socialistas. Segundo, porque va al encuentro de las respuestas actuales de la gente joven, y está dando expresión a sus frustraciones y necesidades en una forma que ya alarma a las viejas organizaciones burocráticas.

Tercero, porque está operando dentro de un contexto –en la Gran Bretaña– que es más favorable y presenta más posibilidades, quizá, que los otros países occidentales.

En Gran Bretaña, la disidencia de 1956 dentro del movimiento comunista coincidió con los acomodos de Mr. Bevan con Mr. Gaitskell, y con la desorientación de la izquierda obrera tradicional. En ambos bandos, el *culto a la personalidad* dio paso a la búsqueda de políticas socialistas basadas en los principios. Esta revisión de la teoría y de la política entre los elementos de la Vieja Izquierda coincidió con la irrupción, dentro de la ULR, de una voz auténtica de la generación crítica de Posguerra. Así, la confluencia de estas tres tendencias, que se está dando ahora, ofrece una combinación única de contactos reales con las generaciones socialistas más viejas y también con las más jóvenes.[29] Mientras que los recursos intelectuales y la experiencia política de nuestros camaradas en Francia e Italia son indudablemente mayores, nosotros tenemos, en cambio, la ventaja de actuar dentro de un país en donde los antagonismos entre comunistas y socialdemócratas jamás han causado estragos en el movimiento obrero tradicional, en un país cuya posición crítica dentro del complejo de la Guerra Fría se está volviendo más y más evidente.

La Nueva Izquierda es identificada a veces por sus observadores, por su preocupación ante las cuestiones *culturales*, en oposición a las elementales preocupaciones economicistas de la Vieja Izquierda. Pero esto sólo es verdadero si se comprende estas cuestiones culturales como relativas a la vida misma en su conjunto. La Nueva Izquierda quiere ciertos cambios políticos y económicos encami-

29. A diferencia de otras ocasiones en las que sólo se refiere a los disidentes comunistas y a la joven generación que han encontrado un canal de expresión en la *ULR*, Thompson introduce en esta ocasión al movimiento obrero *tradicional*, descontento por el giro a la derecha de la cúpula del laborismo en el contexto de la hegemonía conservadora de los años 50.

nados hacia algo, hacia el hecho de que el pueblo pueda, por sí mismo, hacer algo para cambiar sus vidas como un todo conjunto. Porque ya hemos visto suficiente de un socialismo pervertido hacia la sola acumulación de sacos de grano y toneladas de acero, con hombres identificados sólo como productores de valores materiales y poco más, en donde el *consumo* siempre tiene que esperar y la *cultura* se reduce a ser un medio de control social dirigido por el *establishment*.

Pero estas cuestiones *culturales* no son tan sólo asuntos de valores, también son, en sentido estricto, asuntos del poder político. Pues en la misma medida en que los gigantes de la publicidad desaparecen de la escena, como Hultons y Newnes dando paso a Odhams, se vuelve cada vez más claro que la disputa por controlar y destruir los medios masivos de comunicación, y por preservar y extender los de las minorías, es tan importante en la política actual como, por ejemplo, lo fue la lucha en contra de los impuestos a la cultura en 1830, dado que este combate es la última etapa de la larga lucha en pos de los derechos democráticos –una lucha que no sólo es por el derecho de la minoría a ser escuchada, sino también por el de la mayoría a *no* estar sometida a las influencias masivas de la desinformación y la desvalorización humana–.[30]

30. Como ya hemos señalado, la Nueva Izquierda se caracteriza por poner en primer plano los problemas de índole cultural, lo cual supone un cuestionamiento de la clásica tesis de la Vieja Izquierda de la prioridad de las condiciones económicas. Entra aquí todo un conjunto de nuevas problemáticas relativas, por ejemplo, al ámbito del consumo –al cual se le considera vital en la misma medida que al de la producción–, a las expresiones culturales particulares, a los valores morales y a las expectativas de vida o a los medios de comunicación y al derecho a la información. Problemas que, sin duda, están relacionados con la nueva sociedad que emerge de la Posguerra. Para Thompson, este giro culturalista debe entenderse de dos maneras: primero, como la necesidad de imprimir a los cambios políticos y económicos un fin humano que, al fin y al cabo, dependerá de los valores, lo cual no deja de ser una cuestión cultural; en segundo lugar, que esos mismos valores culturales se encuentran enraizados en contextos de poder político y

La diferencia real entre la Nueva y la Vieja Izquierda quizá puede ser apreciada en las distintas respuestas que dan al problema de la apatía política. Hay dos respuestas tradicionales de la Vieja Izquierda: demonización y economicismo; una solución organizativa que se propone es la de un ferviente fraccionalismo parasitario.

1. *La demonización*. Consiste en atribuir la apatía del movimiento obrero exclusivamente a la maquinaria de la burocracia (la de Transport House o la de King Street, o a ambas, según las preferencias)[31] y a la traición de los líderes actuales. Esta conveniente excusa permite a la Vieja Izquierda escudarse en el obsoleto repertorio de las consignas militantes, y evadir la

que, en consecuencia, un conflicto de valores implica un conflicto político y viceversa. En este sentido puede leerse la crítica que Thompson realiza de algunos colaboradores de la ULR, quienes tienden a despolitizar sus estudios culturales. Dos ejemplos claros de esta crítica se encuentran en el texto *Commitment in Politics*, que publica en la primavera de 1959 en *New Reasoner*, y la reseña que realiza para la *New Left Review* en 1961 del clásico de Raymond Williams, *The Long Revolution*. Sin dejar de reconocer el extraordinario valor de la aportación del galés, Thompson somete a una crítica histórica y política conceptos clave de la propuesta de Williams. Por ejemplo, invitaba a sustituir la noción de *whole way of life* –cuyo uso por Williams la convertía en una noción omniabarcante– por *way of conflict*, con el fin de mostrar las relaciones de desigualdad y explotación, y el contexto de poder de clase en el que se inserta una determinada cultura. En la misma línea se cuestionan las nociones de *long revolution* y *tradition*. En el caso de la primera, porque, según Thompson, incluso los grandes procesos colectivos que implican a una cultura como forma de vida orgánica debían situarse en la dinámica de los enfrentamientos de poder de clase; en el segundo, porque bajo la noción de *tradition*, nuevamente entendida como un todo, se oscurecían los logros intelectuales específicos de los trabajadores como clase dominada. En definitiva, la crítica de Thompson a los análisis culturalistas reside en que, si bien éstos habrían acertado a rehabilitar la eficacia de la esfera cultural en la dinámica de clases, olvidarían que dicha esfera se encuentra atravesada por relaciones de poder en las que concurren tanto conflictos de intereses como conflictos de valores.

31. *Transport House* era la sede del Partido Laborista en Londres, *King Street* del PCGB.

tarea de analizar las fuerzas sociales actuales que contribuyeron al ascenso de esa burocracia y que dejaron a esos líderes mantenerse en el poder. También le permite a esa Vieja Izquierda hipostasiar e idealizar a una mítica clase obrera militante que está sometida bajo la opresión de sus propios falsos líderes, pero que en cualquier momento habrá de estallar en acciones revolucionarias: una clase trabajadora que es más una construcción ideal a partir de los pasajes de Lenin y/o Trotsky, que una derivación de la observación actual de las tensiones y conflictos reales de la vida de la clase obrera contemporánea.

La Nueva Izquierda ha emprendido el esfuerzo arduo de analizar la situación actual, particularmente en el análisis de Ralph Miliband publicado en el *New Reasoner* ("La política del capitalismo contemporáneo" y "La transición a la transición", en *New Reasoner* 6 y 7), y en el análisis de las influencias culturales hoy operantes, en los trabajos de Raymond Williams, Richard Hoggart, Stuart Hall y otros colaboradores de la *ULR*.[32] Y los colaboradores de *Convicción*

32. *The Uses of Literacy* de R. Hoggart, publicada en 1957, supone un verdadero hito en los estudios de corte culturalista sobre la clase obrera. La obra lleva a cabo una radiografía de corte etnográfico de la población trabajadora del norte de Inglaterra y del impacto de los *mass media* en su forma de vida. Tanto frente a quienes sostienen la completa desaparición de la clase obrera en el mundo de Posguerra, como frente a los marxistas que interpretan el fenómeno de clase en los tradicionales términos de conciencia política proletaria, Hoggart pretende dar cuenta del proceso de cambio y continuidad por el que las viejas tradiciones han sido reconfiguradas bajo la nueva cultura de la sociedad de masas. La obra se divide en dos partes. En la primera, Hoggart analiza elementos característicos de las formas de vida tradicionales de la clase obrera –la solidaridad, el compromiso con la comunidad o el sentido del *nosotros* frente al *ellos*–, así como sus limitaciones – el provincialismo o el tradicionalismo–. En la segunda parte, analiza el impacto de la cultura de masas sobre la cultura tradicional de la clase obrera, concluyendo que ésta se encuentra amenazada por las profundas transformaciones de Posguerra, tendentes a la generalización y la uniformidad social.

han llevado a cabo un análisis que marcha por líneas paralelas. A partir de estos estudios, ya no es posible (¡y es todavía menos marxista!) explicar el vacío afán de brillar como el resultado del torcido arreglo de Mr. Gaitskell, pues él es la expresión auténtica de ciertos trazos de la sociedad contemporánea, y refleja la penetración de la ética adquisitiva en ciertos centros de la vida obrera, así como el debilitamiento de la ética comunitaria. Porque la corrupción evidente de las instituciones tradicionales del movimiento obrero sólo ha sido posible en un contexto de movilidad social marcado por un escalamiento ascendente hacia la cumbre a través del acceso y la promoción por medio de la educación, y de una adaptación tácita al Imperialismo que ha comprometido

Por otro lado, S. Hall publicó un relevante artículo en *Universities and Left Review* titulado "A Sense of Classlessness". Él sostenía que, a diferencia de la interpretación marxista clásica, no podía establecerse una relación causa-efecto directa entre la base material y las producciones simbólicas. Sin embargo, insistía en que "una forma de vida no puede sostenerse sin cierto modelos de relaciones y fuera de ciertas presiones físicas, económicas y ambientales". De manera que para analizar la conciencia de la clase (obrera) era necesario repensar la relación entre estos dos niveles; dicho de otro modo, había que analizar de forma no unívoca cómo los cambios en el capitalismo industrial se relacionaban con la transformación en la conciencia proletaria, cómo se habían producido respuestas particulares a situaciones particulares". Desde esta perspectiva, el análisis de Hall concluía –una vez identificados esos cambios en el impacto de la nueva sociedad de consumo– afirmando que la clase obrera de Posguerra parecía entenderse a sí misma en términos de consumidores más que de productores, lo que estaba generando la explosión de la cultura tradicional en múltiples estilos de vida. En otras palabras, los cambios en el capitalismo de Posguerra y las desigualdades de clase que estos cambios producían estaban siendo experimentados por la población trabajadora desde un sentido de desarraigo de clase (*a sense of classlessness*). Como vimos en el caso de Williams, Thompson no termina de estar de acuerdo con la tendencia culturalista que, según él, se encuentra huérfana de un enfoque histórico más decidido; si bien, como puede apreciarse en el texto, considera oportunas algunas de las conclusiones a las que llegan Hoggart y Hall sobre los efectos como la *Affluent Society* sobre la clase obrera británica.

al movimiento de la clase trabajadora en su conjunto. Ésta, sin duda, no es la historia completa de este proceso, pero si estamos buscando soluciones, debemos comenzar por un diagnóstico honesto.

2. *El economicismo.* Esta doctrina del hombre económico se considera el pecado original del marxismo. En realidad, es más evidente en la descarada promoción de los deseos adquisitivos y egoístas, derivada de las políticas tanto de los laboristas como de la derecha Tory. En la Vieja Izquierda, este economicismo se encuentra en las jerarquías establecidas por el Partido Laborista, que argumenta que lo que es incorrecto en la situación de la clase obrera actual es su prosperidad derivada del pleno empleo (usualmente atribuido a los gastos armamentistas) y que, por ende, no podemos esperar un nuevo avance socialista hasta la llegada *de la siguiente Gran Depresión*.

   Este pernicioso argumento es un insulto a la gente trabajadora (¿acaso ella puede pensar solamente con su estómago?), un insulto al socialismo (¿la gente sólo se dirigirá a él por hambre?) y una causa que también contribuye a la apatía, además de que se basa por completo en una mala comprensión de la historia. Pues la depresión económica no necesariamente engendra una militancia socialista acrecentada (de hecho, no lo hizo en la década de 1930), sino que puede igualmente originar el caldo de cultivo para el autoritarismo. Algunos de los períodos de más avance en nuestro movimiento se han dado en un contexto de recuperación económica (como en 1889, con el desarrollo del nuevo sindicalismo), o han sido producto de una conciencia política fortalecida a partir de causas no económicas (como la guerra antifascista y los resultados de 1945).

   A la Nueva Izquierda le corresponde, no esperar con optimismo que los viejos desastres y las represiones engendren las

antiguas respuestas defensivas, sino descubrir las nuevas frustraciones y los nuevos conflictos potenciales dentro de la vida contemporánea, los nuevos puntos latentes de su propia expansión futura.[33] Porque el camino hacia el Socialismo reposa no en asustar a los niños de 1950 con el ogro de 1930 (aunque, en la realidad, ese ogro todavía puede estar acechando), sino en señalar el camino hacia un enriquecimiento de la vida social desde las potencialidades que ya existen dentro de nuestra sociedad actual. La militancia duradera no se construye sobre las ansiedades negativas, sino sobre las aspiraciones positivas.

Feliz Inglaterra y *Noticias desde ninguna parte*[34] ayudaron a engendrar el entusiasmo y los deseos que llevaron a las más jóvenes generaciones de la década de 1890, lejos de la vida empobrecida y escasa de sus padres. Pero como ahora esas privaciones materiales básicas de la gente trabajadora están disminuyendo, ciertas demandas globales –que en el pasado habían aparecido como marginales– pasan al centro del

33. La cuestión de la labor del intelectual de la Nueva Izquierda en la línea de localizar frustraciones y nuevos conflictos potenciales es tratada por Thompson en "El punto de la producción", trabajo publicado en el primer número de la *New Left Review* en 1960.

34. *Feliz Inglaterra* (*Happy is England*) es un poema de John Keats (1795-1821), una de las cumbres de la poesía romántica en lengua inglesa. Es un canto del escritor a su patria, en el que describe la belleza de su sencillez y muestra de manera metafórica su insatisfacción respecto a ciertos aspectos de su cultura, comparándola en ocasiones con la italiana (por ejemplo, las mujeres, que en Italia se le presentan como profundas y capaces de discutir con los hombres frente a cierta sumisión de la mujer inglesa). *Noticias de ninguna parte* (*News from Nowhere*) es la gran obra utópica de William Morris. La novela relata la historia de un socialista de la era victoriana (*alter ego* de Morris) que tras una acalorada reunión del partido se ve transportado en el tiempo a la Inglaterra de 2102, momento en el que ha sido instaurado un sistema socialista que ha redefinido, no sólo la esfera económica, sino todas las dimensiones de la vida humana. Más allá de los textos programáticos o prospectivos, es donde mejor puede adquirirse una completa visión de cómo concebía Morris la futura sociedad socialista.

escenario, tales como la humanización de los servicios sociales y de las condiciones de trabajo, o la de la democracia dentro de la industria, o la de que el viejo *Smoke and Squalor* sea reconstruido como una nueva comunidad, o la del enriquecimiento cultural del descanso. Pero la tarea de la Izquierda es siempre la de fomentar la máxima aspiración compatible con la realidad existente, e incluso un poco más allá.[35] Pero si la Nueva Izquierda fomenta estas nuevas aspiraciones, ciertamente no lo hace en el espíritu reformista del gradualismo fabiano, porque las tácticas de la reforma deben ser desarrolladas siempre al interior de una estrategia revolucionaria. Y si la gente se mueve hacia objetivos que demuestran ser inalcanzables dentro del marco de la actual sociedad capitalista, esa misma experiencia debe justamente completar su educación política.

35. Esta fórmula representa para Thompson lo que ya desde la publicación de su *William Morris* denominaría como *realismo utópico* en el marco de la tradición socialista. El realismo utópico constituye la pieza clave de lo que Thompson define como el *utopismo científico de Morris*. Esta idea sería desarrollada posteriormente con mayor profundidad en la segunda edición del *William Morris* de 1976. Tanto en la edición de 1955 como en la segunda, el problema radica en resolver la relación de Morris (su formación romántica y utópica) con el marxismo. La ruptura de Thompson con el PCGB y la crítica al determinismo y el economicismo marxista que media entre ambas ediciones dotan a cada una de ellas de un énfasis particular: si bien en la primera se trataba de defender que Morris podía ser situado en el ámbito de la tradición marxista, en la segunda se trata más bien de señalar que, en cierta manera, dicho autor no podía ser reducido al marxismo y que éste debía incluso abrirse a ciertos planteamientos de Morris, como era el utopismo científico (un análisis detallado de este problema se encuentra en Estrella, 2007). Thompson polemiza, sin embargo, en esta segunda edición con otros autores como M. Abensour y J. Goode, quienes le reprochan que al aceptar la fórmula de utopismo científico, rechaza de alguna manera el utopismo en cuanto tal, puesto que sólo se acepta como válido por su capacidad para incorporar contenidos científicos. La noción de utopismo científico de Thompson define un espacio propio frente a esas dos interpretaciones unilaterales, pues hace referencia a la proyección de expectativas, con base en análisis

3. *Fraccionalismo parasitario*. La demonización y el economicismo han llevado a la Vieja Izquierda a una solución organizativa única. En ésta, la conquista del poder socialista se iguala con la captura de la maquinaria del movimiento obrero constituido. La facción de la izquierda organizada que enraizó en (o más bien, que se volvió parásita de) las instituciones del movimiento obrero se involucrará en una lucha mortal en contra de la burocracia establecida. Así, cuando ciertas posiciones clave del poder estén ganadas, la depresión económica estallará, y esa facción de vanguardia o élite guiará a esa militancia, marchando en el mismo sentido de la corriente dominante, hacia la conquista del poder.

Esta combinación de demonización, economicismo ("El tiempo de la lucha de clases se está acelerando. El sentido de la corriente

teóricos y empíricos, sobre la forma que puede adquirir una sociedad organizada a partir de relaciones, valores y normas alternativos a los del capitalismo industrial. En el utopismo científico de Morris se daría cita una suerte de ensoñación romántica sometida a la lógica del análisis histórico marxista. De esta forma, Morris rompe con la herencia romántica al proyectar esta utopía, no ya hacia un pasado idílico, sino hacia un futuro probable que es esbozado a partir de la voluntad y el deseo subjetivo de escapar al imperio de la necesidad, pero también en diálogo con los constreñimientos y posibilidades que ésta produce. Por otro lado, el utopismo científico constituye una salvaguarda frente a un utilitarismo marxista que niega la eficacia de la imaginación utópica, de la proyección de expectativas que no se ajustan a las necesidades que impone, en el presente, el curso de la historia. El utopismo científico de Morris posee para Thompson un doble carácter: normativo e indicativo. Por un lado, se trata de una metáfora, una fantasía que pretende encarnar valores alternativos esbozados a lo largo de una descripción de una forma de vida comunista. El peso de la herencia romántica se hace oír en relación con el valor fundamental al que debe orientarse este nuevo orden social: la vida humana, el pleno desarrollo de las capacidades creativas humanas como un fin en sí mismo. La forma de vida que Morris identifica como aquélla que realmente puede contribuir a promover una organización social cohesionada a partir de este objetivo fundamental es la sociedad comunista. Ésta no se constituye a partir de una suma de individuos moralmente admirables,

ya está cambiando") y fraccionalismo alcanzan su apoteosis en la nueva camada de esa Vieja Izquierda, en la Liga Obrera Trotskista Socialista. Y así leemos esta opinión editorial en la revista contemporánea *Labour Review*:

> Nuestra publicación tiene una parte indispensable que jugar. Y esa parte asignada a nosotros de la tarea es enorme: nada menos que la educación de una generación de luchadores y líderes de la clase traba-

suerte de idealismo moralista burgués, sino a partir del crecimiento de un "sistema comunal de valores convertido en habitual por la ausencia de propiedad privada de los medios de producción y la concomitante competencia por los medios de subsistencia". A partir de esta contraposición entre el presente del modo de producción capitalista asociado a los valores de la competencia –en tanto que sustentados y sustentadores de ese modo de producción– y el futuro del modo de producción socialista asociado a los valores y normas de la cooperación, Morris describe y desarrolla profusamente los diferentes hábitos y relaciones que conformarían esa nueva sociedad. En definitiva, la utopía morrisiana ofrece una alternativa construida desde la base de una oposición a la civilización del capitalismo industrial, tanto en el plano material como en el moral. Ahora bien, la descripción de esta forma de vida no es programática. Lo que distingue la empresa utópica de Morris es su cualidad abierta, especulativa y una relajación de la subordinación de las facultades imaginativas a las precisiones conceptuales. Al aplicar este recurso literario sobre la base de una concepción de la dinámica histórica en términos marxistas, la utopía de Morris adquiere, no sólo un carácter normativo, sino también indicativo. Al basar la proyección de la sociedad futura en las posibilidades que abre el texto de la necesidad, Morris no evoca un fin ya determinado, sino un objetivo probable, una elección entre inflexiones de dirección del curso de la historia. De esta forma, la utopía científica de Morris indica un posible curso de acción que se sitúa en el plano de una alternativa probable a la sociedad presente. Se trata, entonces, no tanto de promover por medio de la utopía una educación moral hacia un fin dado, como de abrir una puerta a un tipo de aspiración que cuestione el sentido común de la sociedad, a la vez que proyecta una alternativa hacia el futuro. El lector de *News from Nowhere* no deja de compartir con *El huésped* –protagonista de la novela– un extrañamiento al viajar a la futura sociedad comunista y encarar el sentido común de ese nuevo mundo. Este extrañamiento puede dar lugar a la crítica del presente y abrir una expectativa hacia el futuro: la utopía morrisiana formaría parte de la estrategia política de lo que Thompson denomina como la educación en el deseo (o "enseñar al deseo a desear").

jadora, a quienes les corresponderá la toma y la preservación del poder del Estado, para lograr la Revolución Británica.[36]

Por nuestra parte, no tenemos tanta confianza en las intenciones de la historia ni confiamos en que la Revolución Británica será un evento clásico y cataclísmico, pues la última Revolución Británica fue un evento confuso y desordenado. Y después de doscientos años de organización de la clase trabajadora, y de la evolución dentro del marco capitalista de un centenar de formas de asociación social y de control democrático, parece que la siguiente Revolución será igualmente desordenada y excéntrica a los ojos del historiador doctrinario. Si bien es cierto que la explicación en última instancia de las diversas formas del conflicto social y político debe seguir buscándose en la lucha de clases, eso no significa que la Revolución deba ser inevitablemente precedida por la separación total de la clase trabajadora respecto de la maquinaria del Estado capitalista, y por la cruda confrontación de las clases antagónicas. El detonante que inflame la conciencia política del pueblo, y que lo ilumine a través de ese profundo viraje de la historia, bien podría ser alcanzado por una vía inesperada; por ejemplo, como respuesta a la crisis internacional.[37]

36. Nota de E. P. Thompson: Si bien estamos en desacuerdo con muchas de las teorías y tácticas del liderazgo de la Liga Obrera Trotskista Socialista, consideramos condenable el intento del Comité Ejecutivo del Partido Laborista de suprimir sus ideas por medio de la tan deleznable proscripción administrativa. Una organización abiertamente trotskista tiene tanto derecho de reclamar un lugar dentro de la estructura federativa del Partido Laborista como, por ejemplo, la sociedad fabiana; y la preocupación expresada por la burocracia Laborista por la democracia y por la Constitución del Partido, se ve oscurecida por esos medios poco democráticos e inconstitucionales que se están adoptando (como en Leeds) para reforzar la prohibición de dicha Liga Obrera.

37. Thompson sostiene aquí una postura antideterminista del proceso histórico –específicamente de la posibilidad de un estallido revolucionario– que mantendrá y desarrollará a lo largo de su obra historiográfica. Sin este componente

Pero nos preocupan más las tácticas y las formas de organización (centralismo democrático)[38] adoptadas por la Liga Obrera Trotskista Socialista que sus objetivos, los cuales –si bien no son realistas–, son al menos consistentes con el idealismo socialista tradicional. Estas formas son las del vanguardismo, en toda su pureza leninista, pero pensamos que después del último cuarto de siglo transcurrido, es

–que surge, no sólo del tipo de formación marxista e historiográfica que recibe, sino de la ruptura con el PCGB en 1956 y la intensificación de su crítica a lo que considera ciertos dogmas (como el determinismo y el economicismo)– resulta difícil entender obras como *The Making of the English Working Class* o sus estudios sobre el siglo XVIII inglés. El desarrollo más pormenorizado de esta postura antideterminista en un lenguaje específicamente teórico se encuentra en "The Peculiarities of the English" ("Las peculiaridades de lo inglés"), el último capítulo de la edición de 1976 del *William Morris*; en *The Poverty of Theory* (*La miseria de la Teoría*) y en *The Politics of Theory* (*La política de la teoría*). En estos dos últimos sostiene un concepto de determinación y como fue postulada por Raymond Williams en *Marxism and Literature*; es decir, como imposición de límites y ejercicio de presiones, abiertos en todo caso a la contingencia histórica. Por otro lado, en "Las peculiaridades de lo inglés" y en la intervención que realizó en el seminario *Modos de dominación y revoluciones en Inglaterra* de la Escuela Normal Superior (1974-1975), bajo el título "Los modelos históricos: crisis revolucionarias y dominación de clases", Thompson cuestiona el uso de un determinado modelo revolucionario (que se corresponde con la secuencia francesa o con la rusa) como estándar de medición, de éxito o fracaso de otros procesos históricos revolucionarios, como el inglés en este caso. Sobre el concepto de determinación y su relación con el contextualismo thompsoniano, se puede consultar la nota 20 de "El humanismo socialista". A lo largo de los textos posteriores que recogemos en esta edición, Thompson abundará en el problema del proceso revolucionario y en concreto sobre el caso británico.

38. Sobre el centralismo democrático, se puede consultar la nota 21 de "El humanismo socialista". En relación con este pasaje, debemos recordar que Thompson considera que este modelo está vinculado con una lógica de guerra y con la clandestinidad del movimiento comunista y, por tanto, amén de las implicaciones morales, constituye un anacronismo en relación con la situación de Gran Bretaña y con las demandas de los nuevos movimientos sociales. Por otro lado, el centralismo democrático y la estrategia de vanguardia revolucionaria, nos recuerda Thompson en otras ocasiones, supone una lógica de sustitución perversa: el pueblo es sustituido por la clase obrera, la clase obrera por el partido y el partido por el aparato o, en el peor de los casos, por el líder. Esta lógica

difícil ver con entusiasmo y euforia la toma del poder estatal por parte de cualquier vanguardia, más allá de cuán dedicados y abnegados sean sus miembros. Porque no queremos la conquista del poder por parte de la vanguardia, sino la distribución de éste entre la gente. De manera que ciertamente debemos participar en la educación de una nueva generación de líderes socialistas dedicados, dentro de los movimientos obreros y sindicales, pero esos líderes deben reclutar a todo el pueblo para impulsar su participación, en todos los niveles posibles, dentro de la tarea del ejercicio del poder.

Dichas teorías de vanguardia son sólo la expresión extrema del fraccionalismo parasitario. Ésta es la tragedia de la Vieja Izquierda, que ha permitido por más de una década que las energías de muchos socialistas activos se dispersen en luchas fraccionales dentro del Partido. Los socialistas han pensado demasiado vagamente en el Movimiento Obrero como si éste fuera una *cosa* no humana, sin rostro, como algo propio de la Edad de Piedra, que permaneciendo en medio de la niebla de la vida británica, iría creciendo cada año a partir de la acumulación de la membresía sindical como una especie de depósito sedimentado de más y más arena. Y junto a esto, pensando que si uno está "enraizado en el movimiento obrero", puede estar seguro de que está ubicado en el lado correcto y triunfante de la historia en el largo plazo. De ahí que se ha vuelto costumbre que las agrupaciones de izquierda formen organizaciones que son, en esencia, parasitarias de las amplias instituciones del movimiento.

Pero dichas organizaciones no están construidas en función del público en general, sino de los ritmos de las contiendas electorales y de las Conferencias Anuales, así que se dirigen más al ala

de sustitución está vinculada al parasitismo del que habla en el pasaje. En este sentido, Thompson reivindica una implicación política popular a todos los niveles, aproximándose en este punto a la lógica asamblearia en detrimento del centralismo democrático de los partidos comunistas o del burocratismo de los socialdemócratas.

envejecida del partido y a la vacía Asamblea sindical, buscando cambiar las Constituciones pero no al pueblo, y siendo su principal objetivo la aprobación de ciertas resoluciones, no la preparación de la revolución social. Mientras tanto, el movimiento obrero ha estado perdiendo sus propias raíces, no sólo en la teoría socialista, sino también en la generación más joven de la clase obrera. Así, esa Vieja Izquierda se ha entrampado dentro de la maquinaria. Se ha envuelto en luchas de fracciones que han adquirido una intensidad que llega hasta el odio, pero un odio que no está dirigido contra el sistema capitalista o los preparativos de guerra, sino contra los antagonistas inmediatos dentro del Partido o el Sindicato. De este modo, esa Vieja Izquierda ha salido de una década de lucha para descubrir, no solamente que ha perdido muchas de sus batallas, sino que su propio campo de batalla se le ha estrechado enormemente. Y ha salido sin una política clara, sin ningún análisis fresco de la cambiante sociedad actual, sin una base socialista organizada. Así, el parásito está en peligro de morir junto con el huésped.

La Nueva Izquierda en Gran Bretaña no ofrece una nueva fracción, ni partido ni liderazgo, que sean alternativos a aquéllos que ahora se mantienen en el horizonte, y pensamos que durante el presente periodo de transición, debe continuar resistiéndose a la tentación de hacerlo. Porque una vez inserta en el curso de ese fraccionalismo, ella contribuiría no a la unificación del movimiento socialista, sino a su mayor fragmentación, y a una mayor alienación de la generación de Posguerra del movimiento, puesto que las burocracias establecidas, en cualquier caso, no pueden ser cambiadas de manera efectiva si uno adopta los mismos métodos que ellas, pues tienen de su lado todos los recursos de la propaganda y de la influencia sesgada, que les permiten neutralizar o aniquilar a todos los contendientes serios que confrontan su propio poder.

Pero tampoco la Nueva Izquierda puede permanecer aislada del Movimiento Obrero, de sus luchas y preocupaciones inmediatas,

desde un purismo honesto y antipolítico, puesto que la mayoría de aquéllos que se asocian activamente con ella desean de manera natural ser también miembros activos del Partido Laborista y del movimiento sindical. Existen muchas organizaciones y grupos de presión valiosos dentro, o en los límites, de ese movimiento obrero –la Campaña y Victoria por el Socialismo, el Movimiento por la Libertad de las Colonias, el Bureau Africano y muchos otros– que demandarán el apoyo de esos socialistas. Pero la Nueva Izquierda no se propone a sí misma como una organización alternativa a aquéllas que ya están en el horizonte, sino que ofrece dos cosas a los que están dentro y fuera de las organizaciones existentes: primero, una propaganda de ideas específicas, y segundo, ciertos servicios prácticos (como periódicos, clubes, escuelas, etcétera).

Lo que distinguirá, entonces, a la Nueva Izquierda será su ruptura con la tradición del fraccionalismo dentro del Partido, y la renovación de la tradición de la libre asociación, de la educación socialista y de la actividad dirigida hacia el pueblo como un todo. Dejará de engañar a la gente haciéndole creer que los problemas internacionales o internos serán resueltos por el Partido Laborista Parlamentario existente, o mediante una serie de contiendas electorales que elijan a candidatos un poco más a la izquierda. Romperá con los fetiches administrativos de la tradición fabiana, e insistirá en el hecho de que el socialismo sólo puede ser construido desde abajo, apelando al conjunto de las iniciativas de todo el pueblo. Insistirá en que el movimiento obrero no es una cosa, sino una asociación de hombres y mujeres, y en que los trabajadores no son los entes pasivos y solamente receptivos de los condicionamientos económicos y culturales, sino que son seres intelectuales y morales.

En la propia boca del lobo de las estructuras dominantes del poder, de la ortodoxia y de las instituciones, esa Nueva Izquierda convocará a la gente por medio de argumentos racionales y de claros desafíos morales. También entrará en contradicción abiertamente

con el materialismo ignorante y el antiintelectualismo de la Vieja Izquierda,[39] apelando a la totalidad de los intereses humanos y a sus potencialidades, y construyendo nuevos canales de comunicación entre los trabajadores industriales y los expertos en las ciencias y las artes. Dejará de posponer las satisfacciones del socialismo para un hipotético periodo del "después de la Revolución", buscando promover en el presente –en particular en los grandes centros vitales de la clase obrera–, un sentido más rico de comunidad, un movimiento de la juventud socialista (semiautónomo, si hace falta), amplios contactos internacionales, y distintas actividades sociales.

En las formas de organización de esa Nueva Izquierda se aplicará la experiencia del movimiento de los Clubes del Libro de izquierda.[40] Es decir, las publicaciones, los Clubes de Izquierda, los programas de educación y de conferencias mejorados, la propaganda llevada a cabo independientemente o en asociación con organizaciones ya existentes. Estas actividades generarán entusiasmo y darán un sentido de dirección y de objetivos comunes a los socialistas activos dentro del movimiento obrero, pero al mismo tiempo, esos grupos y centros de discusión serán lugares situados más allá del alcance de la interferencia de la burocracia, en donde la iniciativa permanecerá siempre en manos de las masas. Y si la burocracia reacciona con anatemas y proscripciones, los grupos y las publicaciones continuarán, dirigidos por los socialistas que no son miembros de ningún partido, pero que intentan proveer de un servicio al movimiento en su conjunto.

39. Sobre el antiintelectualismo, ver la nota 7 en "El socialismo y los intelectuales".

40. Es una experiencia que se remonta a los años 30 y a las políticas frente-populistas que permitieron una convergencia entre laboristas y comunistas. En plena ola de activismo surgen diversas iniciativas culturales como las revistas *Modern Quarterly* –del campo de las ciencias naturales– o *Left Review* –de la literatura–, editoriales como la prestigiosa *The Left Book News*, comandada por V. Gollancz –a la sazón, editor de *The Making of the English Working Class*– y la experiencia a la que se refiere Thompson de los *Left Book Club*, que llegó a contar para estas fechas con más de 58 mil miembros.

Ya que ellos no estarán involucrados en las maniobras de los políticos parlamentarios, no deberán tampoco detenerse por consideraciones políticas ni por secretas y absurdas cautelas. Puesto que no tienen posiciones en el aparato de poder, no atraerán la atención de las corrientes fraccionales. Y dado que sus organizadores no tendrán ambiciones políticas, no estarán sujetos a los medios habituales de la disciplina de partido. De este modo, su influencia penetrará en el movimiento obrero como la Campaña por el Desarme Nuclear penetra ahora mismo; pero como esa influencia se deriva principalmente de las ideas, podrá fácilmente eludir los controles administrativos. Así, la burocracia mantendrá el control de la maquinaria, pero la Nueva Izquierda controlará las correas de transmisión entre dicha maquinaria y la generación más joven.

Pero en todo esto estamos especulando, pues todo depende todavía del contexto de la Guerra Fría. Si éste se prolonga largamente bajo la forma de un estado de tensión permanente, entonces todas las perspectivas optimistas se cerrarán, y el revisionismo y la democratización de la Vieja y de la Nueva Izquierda perecerán frente al autoritarismo usurpador. Pero si la Campaña debe triunfar, y si Gran Bretaña debe apartarse del complejo hoy vigente de las estructuras de poder, entonces, aún más espléndidas perspectivas se abrirán de un renaciente internacionalismo y de un avance social renovado. En este caso, las ortodoxias de los políticos establecidos parecerán tan irrelevantes como las disputas de los contratistas que edificaron la Gran Pirámide; entonces, la Vieja Izquierda podrá por fin ceder el lugar a la Nueva Izquierda.[41]

20 de mayo de 1959

41. Frente al entusiasmo y al voluntarismo populista que cabría imputar a determinados pasajes del texto, Thompson finaliza con una clara dosis de realismo al situar la experiencia de la *New Left* en un contexto histórico específico: el de la Guerra Fría. El autor hace depender el futuro de la Nueva Izquierda, no sólo de sus energías intrínsecas, sino de la forma en la que evolucione este contexto y del papel que Gran Bretaña desempeñe a lo largo del mismo.

EL PUNTO DE PRODUCCIÓN (1960)

PRESENTACIÓN

Este texto –publicado en 1960 en el número 1 de la *New Left Review*– estaba impulsado por las urgencias prácticas relativas a la organización y el sustento de la revista. Sin embargo, Thompson también discute sobre la relevancia de la esfera cultural y el conflicto simbólico e intelectual en el marco de la lucha de clases. Cuestionando la idea de que es posible identificar la naturaleza de dicha lucha exclusivamente con la explotación, el autor recuerda que este conflicto se despliega por todo el tejido social, y si bien podemos encontrar puntos de ruptura privilegiados, se trata de una cuestión coyuntural, que depende en última instancia de contextos históricos concretos. La defensa que Thompson hace de la no subsidiariedad de las actividades culturales a las luchas específicamente políticas o económicas está relacionada con la solicitud de una suerte de *impuesto socialista* con el cual financiar la publicación de la *New Left Review*. Más allá de constituir un dato biográfico relevante, esta segunda parte del texto informa de algunas de las dificultades por las que atravesaban las publicaciones de signo socialista que intentaban mantener cierta independencia frente a los partidos. Ambos temas –el conflicto social en el ámbito cultural y simbólico, y la organización y sustento de un medio de difusión crítico y alternativo– constituyen, hoy, problemáticas políticas de primer orden.

Alejandro Estrella

Este artículo se publicó originalmente en inglés con el título "At the point of production", en *New Left Review*, nº 1, 1960.

"El peligro es," escribe nuestro colega Alasdair MacIntyre,[1] en un reproche a la *New Left* en el número más reciente de *Labour Review*, "que uno va a pelear una serie de compromisos aquí y allá en torno a cuestiones culturales que disiparán la energía socialista y no nos llevarán a ningún lado. Lo que uno espera es que el abrirse a estas cuestiones nos lleve a descubrir el antagonismo básico e nuestra sociedad *en el punto de producción*".[2]

Ésta es la doctrina de un buen socialista, y quizás necesitamos la reprimenda. Lo que es desalentador es la sugerencia de que estamos volviendo a una suerte de regresión ideológica que floreció en los días del *Proletkultk*.[3] Porque en la manera en que MacIntyre redacta su reproche, sobresale la sugerencia de que, ya que el *antagonismo básico* en nuestra sociedad se encuentra en la naturaleza de la explotación capitalista en el trabajo, entonces, éste es el único

1. Es un filósofo moral inglés nacido en 1929. Se trata de uno de los máximos representantes de la corriente comunitarista, opuesta a las éticas individualistas. Las obras de MacIntyre, en especial *Aftter Virtue* y *Whose Justice? Which Rationality?*, escritas en los años 80, son ampliamente reconocidas y discutidas a nivel internacional. Él fue militante comunista; posteriormente formó parte de la *New Left*, para aproximarse finalmente al trotskismo. Durante estos años, MacIntyre desarrolló su programa ético en el marco del marxismo. Su postura se matizó desde los años 80, cuando se aproximó a pensadores premodernos como Aristóteles y Tomás de Aquino, donde encontró nuevas fuentes para revitalizar el comunitarismo. También por estos años se convertiría al catolicismo. El debate con Thompson que abre este texto revela la diversidad que se daba cita en el seno de la *New Left*. Como veremos más adelante, esta diversidad se convirtió en un hándicap cuando comenzaron los problemas en la dirección, y entre ésta y los Clubes locales.
2. *Labour Review* fue una publicación marxista británica que comenzó su andadura en 1953 y que circuló durante una década. La revista era editada por New Park Publications, editorial de signo trotskista. Como hemos tenido ocasión de ver en artículos anteriores ("El humanismo socialista" o "La Nueva Izquierda"), Thompson adoptó siempre una actitud crítica hacia el trotskismo, su idea de vanguardia revolucionaria o su concepción del proceso revolucionario, en Inglaterra en particular y en el mundo en general.
3. Cultura Proletaria fue un movimiento cultural y artístico que surgió en la Rusia revolucionaria y que partía de la idea de que el proletariado debía producir un

antagonismo real o importante, y todos los demás compromisos intelectuales o políticos sólo son relevantes si derivan en el primero.[4]

Lamento que parezca que estoy dando una lección en teoría socialista elemental, pero esta reflexión es prácticamente como el ABC del socialismo, con la B y la C dejadas de lado. La B y la C, en este caso, son la lucha de clases, la cual (a lo que sea que la hayan reducido los *marxistas* contemporáneos) fue un concepto empleado por Marx

nuevo sistema de valores (morales, artísticos, políticos) opuestos a los hasta ahora dominantes. La formación de esta nueva conciencia proletaria se situaba en el marco de la lucha entre la burguesía y el proletariado, y debía concluir con la eliminación de la cultura burguesa y su sustitución por una plenamente proletaria. El objetivo de este movimiento era, pues, organizar esas energías del proletariado para completar el proceso revolucionario que estaba teniendo lugar en el ámbito político y económico. Liderado por Aleksandr Bogdanov, el movimiento contó con una amplia simpatía entre las filas bolcheviques. En cambio, el propio Lenin se mostró en desacuerdo con algunos de sus principios, llegando a afirmar que en un país atrasado y escasamente formado como era Rusia era necesario, ante todo y en primer lugar, elevar el nivel cultural y educativo. En "El humanismo socialista" el propio Thompson hace eco del fragmento en el que Lenin rechaza la tesis izquierdista y ultrarrevolucionaria de la *Proletkultk*. Ésta, aun al haber aglutinado a una gran cantidad de artistas e intelectuales, puede considerarse como la expresión de una vanguardia cultural altamente politizada en un contexto de efervescencia revolucionaria. Es cierto, no obstante, que este cuadro estaría incompleto sin reconocer la intensa producción artística e intelectual que se produjo en Rusia durante estos años, al abrigo de prolíficos debates como el que generó Cultura Proletaria. Este escenario poco tiene que ver con el que se desarrollaría después, durante el estalinismo, donde en una atmósfera de represión y censura se reedita desde el poder la tesis de la oposición irreconciliable entre ideología burguesa y proletaria. Ejemplos durante el estalinismo de esta superposición entre principios políticos y valores culturales y científicos se encuentran en figuras como Andréi Zhdanov y su teoría de los dos campos (pueden consultarse al respecto la nota 7 de "El socialismo y los intelectuales. Una réplica" y la nota 11 de "El humanismo socialista") o Trofim Lysenko y su concepción de la genética como ciencia burguesa.

4. A lo largo de este último fragmento se aprecia una crítica implícita al modelo base-superestructura que inspira la tesis de la prioridad de unas esferas o actividades sociales sobre otras. La crítica de Thompson a dicha metáfora puede consultarse en la nota 23 de "El humanismo socialista".

y Engels con la más cuidadosa sutileza.[5] Y la sutileza del intérprete histórico más agudo nunca podrá ser igual a la rica complejidad con la que los antagonismos de clase encuentran su expresión en la historia real.[6]

5. Sobre la noción de clase social y de lucha de clases en Thompson, puede consultarse la nota 35 en "Revolución".

6. En esta última frase, Thompson trata de forma implícita el problema de la relación entre los modelos teóricos y la realidad empírica. Si bien desde un punto de vista filosófico y epistemológico algunas de las reflexiones del autor son discutibles, no cabe duda del interés que suscitan para el oficio del historiador y para el análisis político de la realidad. Thompson habla sobre la validez, el uso y los abusos de los modelos en historia fundamentalmente en dos textos: "The Peculiarities of the English" –el texto original es de 1965; hay traducción al castellano como "Las peculiaridades de lo inglés" (Thompson, 1994)– y *The Poverty of Theory* –concretamente, las páginas 79 a 81–. Ambos son textos con un claro contenido polémico. El primero contra Perry Anderson, el segundo contra Louis Althusser. Ambos autores representan una nueva forma de entender el marxismo que se estaba extendiendo entre los jóvenes intelectuales de izquierdas de los años 60 y 70 en Gran Bretaña. El primero, en el contexto de la ruptura en el seno de la *New Left* y el giro hacia un marxismo continental, de mayores vuelos teóricos y más alejado de los problemas concretos de la realidad política británica; el segundo, en el marco de la difusión del althusserianismo entre jóvenes historiadores convencidos de la necesidad de una renovación teórica, filosóficamente fundamentada, del marxismo. Thompson considera que ambas propuestas representan una supeditación de la particularidad empírica a la generalidad del modelo. Para nuestro autor, el problema del abuso de los modelos teóricos reside en la disposición teoricista a interrumpir el diálogo o la tensión permanente que debe mantener con la realidad empírica, de modo que nos vemos abocados a un monólogo en el cual las categorías teóricas se reproducen a partir de su propia lógica interna. Por otro lado, el papel que desempeña el modelo como simplificador racional de la realidad empírica no puede hacer olvidar, entiende Thompson, la riqueza de ésta, pues de lo contrario se corre el peligro de reducir las particularidades a la medida estándar que impone el modelo teórico. De aquí, en parte, el sugerente título de su artículo: "Las particularidades de lo inglés", donde denuncia la tendencia a interpretar la secuencia de la historia inglesa, del movimiento obrero y sus conatos revolucionarios a partir de la secuencia francesa y rusa que dominan el imaginario marxista. Es importante señalar que el autor no rechaza el uso de modelos en los análisis históricos. De hecho, sostiene que el uso del modelo no sólo no supone un ejercicio de violencia sobre el registro histórico, sino que se trata de la única manera de acceder a

Cuando el número 45 del *North Briton* de Wilkes fue condenado a ser quemado en público como un *libelo sedicioso*, la multitud londinense demostró su molestia y puso un alto al fuego ejecutor con el simple método de orinar en masa.[7] Si seguimos acaso la ló-

eso que ocurrió y de organizarlo de manera coherente. Lo que resulta esencial para él es, como señalamos, que el modelo se vea confrontado con la realidad empírica con el fin de evaluar su alcance y sus límites. Finalmente, también resulta importante insistir en la dimensión política que para Thompson adquiere esta discusión epistemológica. Se trata de una cuestión que ya había tratado en "El humanismo socialista" al discutir sobre el estalinismo como ideología o sobre el papel de la metáfora base-superestructura en la doctrina marxista. Existe para nuestro autor un vínculo entre el uso dogmático de categorías abstractas sin conexión con la realidad empírica concreta y la reducción ética y política del ser humano a las categorías que lo definen sociológicamente. Esta lógica es la que lleva a Thompson, años después, a identificar el teoricismo de Althusser con el estalinismo.

7. John Wilkes (1725-1797) fue un parlamentario y periodista inglés popularmente considerado como un estandarte de la libertad de prensa en Inglaterra, en concreto por su defensa del derecho a informar y hacer públicas las discusiones en la Cámara de los Comunes. Dirigió una campaña con este fin, que encontró apoyo tanto entre sectores populares como ilustrados, hasta el punto de ganar la votación en el Parlamento y cambiar radicalmente la relación del poder con la sociedad civil. Wilkes, además, era conocido por sostener una postura política radical y ser un consumado polemista que empleaba la sátira de manera magistral. El *North Briton* era la publicación periódica que dirigía de forma anónima, aunque era sabido que estaba relacionada con él. El periódico tenía una gran circulación entre el radicalismo urbano. En el número 45 (de 1763) se llevó a cabo una crítica del discurso de Jorge III durante la firma del Tratado de París, que ponía fin a la Guerra de los Siete Años. El rey prohibió la publicación y ordenó la detención de Wilkes, lo que se convirtió en motivo de una intensa protesta popular. Wilkes y el número 45 de *North Briton* pasaron a convertirse en símbolo de la libertad frente al arbitrio de la autoridad política. Debido a la magnitud de la protesta, fue finalmente liberado y, aunque posteriormente sería nuevamente encarcelado y obligado a exiliarse a Francia, los acontecimientos pusieron sobre la mesa el poder de un radicalismo urbano en el que convergían desde artesanos a intelectuales, pasando por profesionistas liberales. En *The Making of the English Working Class*, Thompson se muestra atento a la advertencia de George Rudé –sobre Rudé, consultar nota 41 en "¡Revolución otra vez!"–, quien señalaba en *El rostro de la multitud* la necesidad de diferenciar lo que eran motivaciones políticas internas, propias de los movimientos populares, y las que

gica irrebatible de la aberrante regresión del marxismo, cada quien habría regresado a su propio punto de producción y actuado de la misma manera en contra de su jefe. Ciertamente, ésta debió ser una acción más con conciencia de clase. Pero no habría establecido (como lo hizo la lucha de Wilkes) la ilegalidad de los arrestos que no contaran con una orden de arresto. Y si esta orden hubiera estado disponible para los ministros locales en el siglo XIX, los sindicalistas habrían sido todos sujetos de arresto. Esto, a su vez, habría hecho de la lucha en el punto de producción, una situación mucho más severa.[8]

Sería interesante contemplar otros ejemplos (¿Acaso la cuestión sobre un nuevo modelo de ejército que contara con la autoridad de los obispos fue una distracción de las cuestiones culturales para disipar las energías socialistas?). Pero éstos no son sólo apuntes para una posible conferencia sobre la *lucha de clases*, sino una petición por dinero. Y éstos son mis puntos:

venían impuestas desde fuera que, como fue "el caso Wilkes", respondían a intereses ajenos, asociados a algún sector de la clase dominante en su conflicto con otros grupos dominantes (Thompson, 1991b: 67). Thompson recuerda que esta cultura subpolítica aún no había roto los límites de la hegemonía del siglo XVIII: no había desarrollado sus propias organizaciones, ni tenía líderes propios, ni argumentaba fuera del marco teórico de la clase dominante (Thompson, 1991b: 76). Se trataba, por tanto, de una multitud en un punto intermedio, en transición hacia una conciencia política popular propia.

8. La valoración que lleva a cabo Thompson en este último fragmento no invalida la conclusión a la que llega en *The Making* al considerar la participación popular en defensa de Wilkes producto de una cultura subpolítica, no plenamente autónoma. La relevancia de la acción de protesta de la multitud debe situarse más allá de que ésta se reprodujera o no en el ámbito de las relaciones laborales, donde la opresión clasista podría mostrarse de manera más clara y evidente para una conciencia de clase ya formada. El acto de rebeldía supone una expresión particular de ese conflicto de la lucha social concomitante. Es más, aun considerándola como una cultura limitada por la hegemonía de la cultura dominante, esta tradición del radicalismo plebeyo y las acciones que contribuyeron a darle forma constituyen para Thompson una de las fuentes que ayudaron a la posterior formación de la conciencia de clase.

1. Cualquier compromiso serio con la vida política o cultural no debe disiparse, sino generar energía socialista, porque:
2. Nosotros no tenemos un *antagonismo básico* en el lugar de trabajo, ni una serie de antagonismos remotos o mitigados en la *superestructura* social o ideológica, que son, de alguna manera, menos *reales*. Tenemos una sociedad dividida en clases, en la cual los conflictos de interés y los problemas entre ideas capitalistas e ideas socialistas, valores e instituciones se dan a lo largo de toda la línea. Se encuentran tanto en los servicios de salud, como en los espacios comunes, y aún –en raras ocasiones– en las pantallas televisivas o en el Parlamento, así como en los centros comerciales.[9]

MacIntyre está en lo correcto (y todos los demás están equivocados) si lo que trata es de recalcar que el poder de la clase capitalista yace en la apropiación privada de los medios de vida, y que no hay manera de ser una sociedad socialista excepto a través de la expropiación de la clase capitalista.

Pero la apropiación privada de los medios de producción no es un acto físico de robo que tiene lugar sólo en el punto de producción.[10] Es inherente a nuestras instituciones, en el código legal,

9. Sobre la clase y el conflicto de clases, puede consultarse la nota 35 en "Revolución".

10. Thompson apela en diferentes ocasiones a otra metáfora de Marx, alternativa a la de base-superestructura, de carácter más dinámico, y que recoge, hasta cierto punto, esta doble apuesta del historiador inglés: "En todas las formas de sociedad hay una producción determinada que asigna a todas las demás su rango e influencia, y cuyas circunstancias, a su vez, asignan las de las demás. Es una iluminación general en la que se sumergen todos los otros colores y que los modifica en su particularidad. Es un éter que determina el peso específico de todas las formas de existencia que destacan en él" (Thompson, 2002: 157). Es decir, Marx está hablando de un modo de producción cuyas características determinan el proceso social y todas las actividades humanas que en él tienen cabida. Ahora bien, de este fragmento cabe extraer otra idea que, como veremos, enlaza con las dos exigencias que acaba de proponer Thompson. Cuando Marx dice que

en las costumbres y en la moral posesiva. Cuando el joven Tom Mann[11] se unió a una sociedad de ingenieros en Londres en donde discutían a Shakespeare, se volvió un agitador.

No hay una ley de hierro de la historia, descubierta por Marx o por Trotsky, que establezca la prioridad de la *lucha industrial* sobre todas las otras formas de conflicto político o intelectual. Las prioridades cambian en diferentes contextos.[12] Por ejemplo, la más apremiante hoy en día –el punto crítico del compromiso entre el pueblo y el poder de la clase capitalista– es, para el pueblo británico, el salirse de la alianza nuclear de la OTAN.[13] Cualquier agrupación socialista que intente levantar un movimiento industrial *militante*, y que no fomente la comprensión de esta prioridad, es oportunista o regresiva, ya que pudiera estar *explotando* la lucha de clases, puesto que definitivamente no está conduciendo de manera responsable, la lucha del pueblo por su emancipación del gobierno de la clase. Ahí permanece la frase *el punto de producción*, que es más ambigua de lo que parece.

¿Qué es lo que producen los maestros y los trabajadores del sector de la salud? Si la proporción de aquéllos que trabajan en las operaciones productivas primarias está caminando en favor de quienes lo hacen en las operaciones secundarias, ¿significa que la *base* socialista se está debilitando? ¿Acaso las ideologías realmente se originan en *el punto de producción* o por procesos de acondicionamiento mucho más complejos dentro de una cultura de clase?

esa iluminación general modifica todos los colores "en su particularidad", está reconociendo que los colores gozan de un ámbito de autonomía relativa frente al contexto que lo condiciona: el *éter*.

11. Sobre Tom Mann, ver la nota 22 de "El socialismo y los intelectuales. Una réplica".

12. Sobre el papel del contexto en los análisis políticos e históricos de Thompson, puede consultarse la nota 17 en "El socialismo y los intelectuales".

13. Sobre el problema de la amenaza nuclear en Thompson y su defensa del pacifismo activo, puede consultarse la nota 12 en "El socialismo y los intelectuales" y la nota 11 sobre la base militar de Aldermaston en "La Nueva Izquierda".

No estoy haciendo estas preguntas porque sepa las respuestas. Estoy sugiriendo, sin embargo, que el movimiento obrero británico a lo largo de su historia ha tendido a negar un punto de producción de igual importancia, el punto en el cual las ideas socialistas y las políticas estatales se han producido. El Partido Laborista Británico todavía puede reunir 12 millones de votos en las elecciones, pero no posee ningún periódico que se publique diariamente, y (a pesar de toda su fuerza organizacional) no subsidia ni apoya una sola publicación semestral de teoría socialista que pueda considerarse seria.

Asumida la presente constitución de *Transport House*,[14] es probable que no haya una derrota inmediata. Pero ¿en qué magnitud es la propia estructura actual del liderazgo del Partido una consecuencia directa de la ausencia de estas cosas: discusión teórica, información internacional, investigación empírica, que finalmente es el trabajo que genera una publicación socialista?

Una consecuencia de esta diabólica tradición de una personalidad inflada, modulada por un pragmatismo industrial tenaz, es que miles de fieles miembros del movimiento obrero, así como la generación más joven de la juventud radical, encuentren difícil entender la diferencia entre las publicaciones socialistas y las capitalistas. Ellos suponen que su responsabilidad hacia una publicación socialista termina cuando han puesto su moneda y tomado su ejemplar.

De hecho, no hay una historia de las publicaciones en este país, sino dos. En la historia capitalista, hay cientos de presiones que empujan a la conformidad y a la adaptación dentro del *status quo*.[15]

14. Es la sede del Partido Laborista en Londres.

15. En esta frase, Thompson aplica de manera implícita la noción de determinación en términos muy similares a los que serían posteriormente definidos por Raymond Williams en la década de los 70 y aceptados por el propio Thompson. Sobre la noción de determinación en nuestro autor, puede consultarse la nota

Éstas van desde el Gobierno y la censura editorial, la influencia de los patrocinadores, los propietarios y los niveles de venta, hasta el deseo particular de los periodistas por reconocimiento, dinero, influencia o prestigio. La libertad y la independencia de las publicaciones capitalistas (incluyendo muchas de las intelectuales y académicas) coexisten –no de manera sencilla– y generalmente son negadas por la no-libertad prevaleciente del *ethos* comercial; no sólo los valores de venta y las presiones, sino también los valores-noticias, los valores-editoriales y las propiedades de clase.

Por otro lado, todas las tendencias van en la misma dirección. El periodismo socialista no es remunerado y está subvalorado; los anuncios son pocos; los distribuidores y vendedores son reacios u hostiles; el capital es escaso o está disponible pero en términos que son inaceptables. La publicación y la distribución de una publicación socialista es, por sí misma, una *acción* socialista que corre a través de los mismos caminos de la sociedad capitalista. Para su propia existencia, ésta debería depender del *ethos* voluntario y cooperativo del socialismo.[16] Debe haber una relación especial entre los editores

20 en "El humanismo socialista" y la nota 37 de "La Nueva Izquierda".

16. Thompson relaciona aquí una determinada organización social con cierto carácter o subjetividad en función de los valores que aquélla promueve. Una organización social es, según sus propias palabras, una forma de producir naturaleza humana a partir de una suerte de educación práctica y moral. Para nuestro autor, existe una oposición básica entre los valores socialistas (la moral cooperativa) y los capitalistas (la moral adquisitiva). Ambos conviven en la sociedad actual y entran en conflicto en un determinado equilibrio de poder de clase. Esta idea sólo es posible a partir de la concepción de la subjetividad que sostiene. Como vimos en "El humanismo socialista", ésta es entendida como una construcción que depende de la dialéctica entre el entorno y el propio agente, quien a su vez dialoga y se enfrenta a ese medio, no a partir de una razón abstracta, sino de una racionalidad y unas emociones vinculadas a un determinado fondo cultural. Las principales características de la subjetividad thompsoniana como *agency* han sido resumidas al tratar el concepto de experiencia en la nota 28 en "El humanismo socialista". Por otro lado, es importante traer a colación la discusión de Thompson sobre el problema del deseo, especialmente en la segunda edición

y los lectores, que también deberían actuar como promotores de ventas e inversionistas voluntarios. Gran parte de la historia de nuestro movimiento socialista puede ser escrita en relación con sus publicaciones, ya que éstas y el movimiento sostienen una relación de mutua interdependencia. Las publicaciones ayudan a dar forma y a promover el movimiento; si el movimiento decae, las publicaciones fracasan.

¡Con esto no quiero decir que todas las ideas socialistas y los valores creativos humanistas se deban originar en las páginas de dichas publicaciones! Ésas surgen en todas partes, en los lienzos y en los poemas, en los talleres y en la cantera, en la casa, la escuela y

del *William Morris*. El autor sitúa la acción humana en la dialéctica entre la necesidad y el deseo, el cual se entiende como un impulso humano que puede educarse y orientarse en una dirección utópica, aunque realista. Thompson hablará de enseñar al deseo a desear. Al estudiar la biografía de Morris, rescata lo que éste consideraba su labor militante principal: "hacer socialistas". Si bien en principio Morris tendía a cierto purismo e intelectualismo –según el propio Morris, "hacer socialistas, es decir, *convencer* a la gente de que el socialismo es bueno para ellos y es posible. Cuando tengamos bastantes *que piensen* así, ellos darán con la acción necesaria para poner en práctica sus principios" [las cursivas son mías]–, más tarde adoptaría una concepción más práctica de este aprendizaje: "tales medidas, con todo lo que implica su puesta en práctica, les *ejercitarán* en la organización y la administración. Pero esta educación por medio de la *acción política* y de la organización debe… complementarse imbuyendo en las mentes de la gente un conocimiento de los objetivos del socialismo y un *anhelo de implantar* el cambio completo que sustituirá a la civilización actual por el comunismo" [las cursivas son mías]. Las citas pueden consultarse en (Thompson, 1988: 531) y (Thompson, 1988: 565), respectivamente. Thompson aplaude esta concepción práctica de la educación en el deseo que propone Morris como la manera en la que se produce la relación entre determinadas condiciones sociales y los *ethos* que generan. Como señalará más abajo, la labor de los socialistas y de publicaciones de izquierda como la *New Left Review* debe ser la de crear las condiciones adecuadas para la constitución de un *ethos* socialista por parte de los propios agentes. Sobre este tema puede consultarse el último apartado de la segunda edición del *William Morris*, titulado "Necesidad y deseo". En esta edición pueden consultarse la nota 1 sobre William Morris en "El socialismo y los intelectuales. Una réplica" y la nota 35 sobre el realismo utópico en "La Nueva Izquierda".

la universidad. Pero nuestro tipo de publicación socialista debe ser un punto de intersección, donde se intercambien experiencias, se establezcan interconexiones y se dejen en claro las prioridades. De tal manera que sea tanto el producto del movimiento socialista, así como el punto en el que éste se reproduzca.

Si se quiere hacer esto de manera efectiva, ésta debe ser completamente independiente. Se debe autoexcluir del *ethos* comercial. No se debe volver semiparasitaria del clima capitalista de los valores-noticias y las modas culturales, reproduciendo con ímpetu sólo aquellas ideas y políticas que puedan ser absorbidas por la sociedad capitalista sin un ajuste fundamental.

Éste es un peligro constante. Por ejemplo, en el último momento de la elección, el Partido Laborista *recogió* de la *New Left* algunas loables ideas sobre los problemas, la cultura y el esparcimiento de la juventud, y los agregó a su programa. De alguna manera, esto representó una victoria, una respuesta a nuestra presión. Pero por otro lado, no fue más que un intento de incorporar a la juventud radical y a los trabajadores intelectuales a un programa que estaba envenenado desde el núcleo por las prioridades capitalistas: la estrategia nuclear de la OTAN y el *ethos* del Estado de Oportunidad.[17] Pero los valores de la comunidad que queremos promover

17. Con la expresión *Estado de Oportunidad*, Thompson se refiere de forma crítica al principio que imputa al Estado de Bienestar de Posguerra, que aspira a dotar de las mismas oportunidades a todos los individuos para que compitan en condiciones de igualdad. De este modo se conserva una ética de la competitividad y la ganancia que poco tiene que ver con el *ethos* cooperativo que advierte en el ideario socialista. Debe insistirse, como ya se ha puesto de manifiesto en diferentes pasajes de los textos que forman esta colección, que el autor no está en contra de los avances que el Estado de Bienestar supone para los trabajadores. Thompson no era un defensor de la estrategia de *cuánto peor, mejor*. Su postura era más bien la de considerar los paliativos o los logros del Estado social como una fase que podría contribuir a la consecución del socialismo, no como su meta. Como señala en "La Nueva Izquierda", cualquier táctica de reforma debe insertarse dentro de una estrategia revolucionaria. Por lo demás, la preservación

entre la juventud son antagónicos a éste, y los valores culturales que deseamos impulsar no pueden coexistir con la aceptación (aun en la imaginación) de la estrategia de la aniquilación humana.

El Comité Editorial de la *New Left Review* está determinado a propagar nuestras ideas, y buscar por todos los medios influir y cooperar con el actual movimiento obrero. Pero esto no es lo mismo que querer convertirse en algo que esté de moda, o ser *adoptado* dentro del clima prevaleciente de la comercialmente inducida opinión pública. Nos referimos a ejercer una influencia socialista en ésta. Si demasiados políticos laboristas están ahora mismo reduciendo su labor a simples meteorólogos tratando de pronosticar el *clima de opinión* en el periodo de los próximos cinco años, entonces, nuestra labor será la de hacer ese clima.

UN IMPUESTO SOCIALISTA

Ahora que ya no estoy en el consejo editorial, puedo escribir sobre esto con menos inhibiciones.[18] Editar una publicación socialista

de la ética de la adquisición y la competencia demostraba que la socialdemocracia no había llevado a su término la ruptura con la lógica del capitalismo. La esposa de Thompson, Dorothy, también se pronunció sobre este debate que implicó a las filas de la *New Left* (Kenny, 1995: 145-146). Para ella, el *Walfere State* constituía un verdadero logro hacia el socialismo (Thompson, D., 1958: 25-30). El Estado Social y sus diferentes líneas de actuación eran concebidos como un terreno de lucha en el que debía presionarse hacia una mejor redistribución de recursos y hacia una democratización que redundara en la erosión de las estructuras burocráticas, mediante la descentralización y el control de la sociedad civil a escala local. En líneas generales, ésta es la postura que adoptó la *New Left* frente al problema.

18. Thompson se refiere aquí al consejo editorial de la *New Left Review*, que había abandonado ese mismo año por desavenencias con la dirección que estaba tomando el proyecto. Como veremos más adelante, existían factores asociados a la trayectoria de los miembros y a la coyuntura del momento que dificultaban la convivencia entre el grupo que provenía del *New Reasoner* y el que lo hacía de la *University and Left Review* (sobre el origen de ambas revistas, puede consultarse la introducción; sobre la fusión que dio origen a la *New Left Review*, la nota 12 de "La Nueva Izquierda"). Pero también hubo factores personales. Por

durante los últimos tres años ha sido como trabajar doble turno en un semáforo manual en medio de la glorieta de Swindon.[19]

Las líneas de comunicación se estiran en todas direcciones. Los periódicos socialistas extranjeros se apilan en el piso. Los camaradas escriben de Europa Oriental, América, Francia. Es de vital

ejemplo, incluso antes de que comenzara la aventura de la *New Left Review*, en el *New Reasoner* las relaciones entre Thompson y Saville no fueron siempre tan cordiales como pudiera parecer, según se deduce de la correspondencia privada de ambos (Kenny, 1995: 34). Si bien a nivel intelectual parece que los dos historiadores se complementaban de forma fructífera y creativa, a nivel personal, el carácter de Thompson con sus continuos cambios de humor y su constante crítica a la debilidad del proyecto *reasoner* constituía una carga para Saville, quien, sin embargo, según parece, sabía manejarlo. El fuerte temperamento de Thompson se combinaba con una gran fuerza sugestiva, no sólo en la arena de la polémica intelectual, sino en el trato cara a cara. Tanto Dworkin como Kenny coinciden al señalar este carácter, su tendencia a la crítica polémica y su percepción excesivamente partisana como algunas de las causas fundamentales de las difíciles relaciones internas de la *New Left Review*, en concreto, en relación con la figura del editor jefe, S. Hall (Dworkin, 1997: 68 y Kenny, 1995: 34). Por otro lado, Palmer sostiene que si bien estas descripciones son ciertas, se estaría redimensionando la importancia de una documentación de carácter privado, olvidando la capacidad de negociación que tanto Thompson como sus compañeros solían desarrollar en la esfera pública e institucional. De hecho, los propios Dworkin y Kenny hacen mención al sentido de la disciplina colectiva que incorporó la militancia de los años 30 y 40, lo que explicaría ciertos episodios determinantes, como la forma en que Thompson y Saville rompieron con el partido, al demostrar, por ejemplo, sumo cuidado por encapsular el debate dentro de las filas comunistas y evitar publicar los desacuerdos fuera de la prensa del partido. En la misma línea puede consultarse la documentación epistolar que cita Kenny –donde Thompson crítica la línea seguida por la *NLR*– y compararla con las críticas públicas mucho más mesuradas que hace en las páginas de la revista. Como veremos más abajo, Thompson volvió al comité editorial de la *New Left Review* en 1961, dirigiéndola y apadrinando el proceso de transición a una generación más joven, en la que destacaba Perry Anderson, quien en 1962 pasó a dirigirla.

19. Es una glorieta situada en el pueblo de Swindon –que se encuentra entre Cardiff y Londres–, compuesta a su vez por otras rotondas en las que la circulación va en dirección contraria a la que sigue en la rotonda principal. La comparación de Thompson pretende trasmitir al lector la complejidad y el estrés que implicaban las labores de edición de una revista socialista.

importancia que las señales se cambien justo a tiempo para que la información pueda pasar hacia los lectores británicos. Uno está en un punto de cruce entre los trabajadores, lectores especializados y en la industria académica; cada uno tiene su escala de prioridades distinta y presiona en su propio nombre.

Poca gente tiene una idea real de la cantidad de trabajo que conlleva producir una publicación socialista. Lo que recibes por tu contribución monetaria es sólo la porción más visible de esa vasta labor de correspondencia, del trabajo conjunto del Comité, edición y corrección de pruebas, ejemplares rechazados o reposiciones, las relaciones con los lectores, colaboradores y el Consejo Editorial. Y además de todo esto, están las operaciones manuales de comercialización, promoción, las relaciones con los expendios, almacenaje y contabilidad y distribución en general.

La *New Left Review*, con un editor de tiempo completo y un gerente comercial, pero (hasta la fecha) sin bendición divina o instalaciones de oficina y equipo adecuados, está mejor posicionada para sobrellevar estos problemas, que la *ULR* o el *New Reasoner*. Pero el grueso de este trabajo continúa y es hecho por trabajadores voluntarios. Y, por supuesto, los problemas financieros se han agravado —no al contrario— por el establecimiento de una oficina central.[20]

20. Thompson se refiere aquí y en el fragmento posterior a los problemas económicos y organizacionales que comenzaba a lastrar la *New Left Review* y que finalmente darían al traste con el proyecto, al menos tal y como fue concebido por la primera generación. Este fracaso responde no sólo a dichos problemas de gestión, sino también a un conjunto de factores estructurales y al choque de personalidades al que nos referíamos más arriba. Es cierto que al principio se mantuvo una intensa correspondencia con el fin de mantener una relación fluida entre los dos grandes centros que se daban cita en la *NLR*. Sin embargo, pronto empezaron las desavenencias. Parece que en el entorno de los *reasoners* se veía con suspicacia la excesiva influencia del grupo de la *ULR* en la dirección de la nueva revista (Kenny, 1995: 27). Thompson se mostró descontento desde la edición del primer número: esperaba una publicación más seria y sólida. A su

Es por esto que sentimos que tenemos el derecho de instituir –y hacer campaña en el movimiento socialista– un *impuesto socialista*. Es la responsabilidad, no sólo del Comité Editorial, sino de todos los lectores, contribuir con el fin de asegurar que haya condiciones

juicio –algo en lo que se fue reafirmando a lo largo de los números siguientes–, la *NLR* estaba adoptando un carácter ecléctico y una línea demasiado atenta a las modas culturales y sociológicas (Dworkin, 1997: 68). Hacia mediados de 1960, la crítica se extendía a la dimensión político-organizativa de la *New Left* como movimiento, al que consideraba débilmente organizado y carente de una estrategia política claramente definida (Kenny, 1995: 39). Pese a que se intentó restablecer la normalidad –Hall viajará en diversas ocasiones al norte de Inglaterra con el objetivo de aplacar a Thompson, mientras que Saville hará de mediador entre ambos (Dworkin, 1997: 68)–, Thompson abandonaría definitivamente el consejo editorial ese mismo año. Mientras, Hall, de forma privada, afirmaba que al año siguiente lo haría como editor jefe. Las críticas de Thompson –y de un entorno descontento que tiene en la figura del historiador su punto de referencia– no pueden imputarse exclusivamente a su temperamento y afán de polémica. Ciertamente, y debe considerarse un factor importante, el autor había perdido peso e influencia en el consejo editorial de la nueva revista y, en general, en el movimiento de la *New Left* (Kenny, 1995: 27). Pero que las acusaciones giraran en torno a la falta de organización, al eclecticismo y al fugaz modernismo, tiene una explicación que no se reduce al capricho de un Thompson desencantado. Estas tres acusaciones se sustentan en las dicotomías generacionales, formativas y geográficas que separaban a los dos grandes grupos de la *New Left Review*. Por un lado, no debe resultar extraño que los excomunistas de la generación mayor tuvieran la expectativa de crear una organización con mayor consistencia, dotada de un programa mucho más definido que la *New Left;* en concreto, en relación con determinados sectores jóvenes de la *ULR*, a ojos de aquéllos, demasiado inconstantes y alejados de un compromiso político práctico. En la misma línea, una de las cartas en la que Hall responde a las críticas de Thompson recordándole que la revista carece de un cometido predeterminado pone de manifiesto la diferente actitud respecto a los contenidos de la misma (Kenny, 1995: 36). En este caso, un grupo compuesto en su mayoría por historiadores marxistas choca con un *set* híbrido de sociólogos, críticos culturales o artistas, que abogan explícitamente por el eclecticismo como *modus operandi*. Finalmente, la crítica a la excesiva atención a las modas esconde la secular dialéctica entre el centro (Londres) y la periferia (norte industrial), con la subsiguiente falta de confianza recíproca, bien hacia la *frivolidad* de la capital, bien hacia el *indigenismo* del norte. Como consecuencia de estos enfrentamientos faccionales, la situación a finales de 1960 amenazaba con hacerse insostenible. Los clubes

tolerables en el punto de producción. Nuestro equipo editorial no puede proporcionar al movimiento los servicios requeridos si ellos mismos son forzados a trabajar en una continua crisis, sin tiempo para una consulta editorial seria o para mantenerse informados de manera adecuada sobre las cuestiones industriales o internacionales,

(puede consultarse al respecto la nota 22 en "El punto de producción"), que conformaban la única agencia a nivel nacional que podía actuar como punto de contacto entre la población y la revista, se encontraban desatendidos; la situación económica era preocupante y la revista estaba perdiendo la confianza de sectores intelectuales simpatizantes (Dworkin, 1997: 75 y Kenny, 1995: 36). Una nueva oleada de críticas se produjo a mediados de 1961 en el encuentro en Lyme Hall, que reunió a la *New Left Review* y a los delegados de los clubes. Para Hall, esta nueva acometida resultó suficiente; presentó su renuncia como editor jefe y fue sustituido por Saville. Sin embargo, en agosto se decidió finalmente crear una nueva estructura para la revista con la que imprimir un giro a la caótica situación. Thompson sustituyó a Saville con el objetivo de conducir la transición. Finalmente se creó una troika formada por D. Butt, R. Samuel y un jovencísimo P. Anderson, quienes serían los encargados de dirigir la nueva edición y sanear la economía del colectivo. Sin embargo, en el encuentro del grupo editorial en marzo de 1962, afloraron las críticas a la gestión realizada, lo que provocó la dimisión de Butt y Samuel. Anderson, con el beneplácito de Thompson, quien ve en él a un capaz renovador del proyecto –incluso se ofrece en una carta privada a volver a formar parte del equipo editorial–, quedó definitivamente al mando de la revista. Los sucesos que acaecen desde este momento hasta la definitiva ruptura a finales de 1962 pertenecen ya a la historia del desencuentro entre la primera y segunda generación *New Left*. En conclusión, bien puede considerarse que el fracaso de la primera reside en su incapacidad para crear una identidad cohesionada, un agente eficiente a la hora de concurrir en el mercado intelectual y político británico de los años 50. El juicio externo de Hobsbawm es duro y rotundo: "En la práctica, esas 'Nuevas Izquierdas', aunque intelectualmente fecundas, fueron insignificantes. No reformaron al Partido Laborista (frente al cual se mostraron siempre ambiguas) ni al Partido Comunista (como ocurrió en Suecia). No dieron lugar ni a nuevos partidos de izquierda (como en Dinamarca) ni a nuevas organizaciones significativas mínimamente duraderas, ni siquiera líderes nacionales individuales" (Hobsbawm, 2003: 199). Las causas de este fracaso apuntan a la excesiva pluralidad y diversidad de los agentes que, como consecuencia del contexto histórico de la Posguerra, acabaron dándose cita en el proyecto. Una heterogeneidad que fue percibida, en principio, como un activo, pero que finalmente acabó imponiéndose como una dinámica destructiva. El exceso de entusiasmo terminaría convirtiéndose en desilusión.

con poco tiempo para planear los números y criticar los ejemplares, así como para conocer a los lectores y aprender de sus experiencias y críticas, y de las crecientes pilas de correspondencia sin contestar. Nosotros tratamos de comprometernos en el trabajo político e intelectual serio en beneficio del movimiento obrero, al menos con una recompensa que permita saldar los gastos como en una pequeña firma manufacturera de desodorantes o de llantas de bicicletas. En todas partes hay oportunidades para desarrollar y expandir nuestro trabajo. Una y otra vez, nos encontramos con la barrera de los problemas estrictamente organizacionales. Y no podemos sobrepasarlos hasta que nuestro déficit corriente no se convierta en un pequeño símbolo de más (+).

Por un impuesto socialista, entendemos un pago regular mensual o semestral en nuestra cuenta bancaria, preferentemente en una orden de pago, de manera que podamos presupuestar con tiempo. Si 1,000 lectores pagan un promedio de 5s por mes,[21] esto nos da un ingreso anual de £3,000 por año; o £2,000 cuando se deduce la porción de pago de las suscripciones de *NLR*. Un ingreso de esta magnitud nos permitirá respirar, servir a sus intereses de mejor manera, producir más panfletos, organizar más conferencias; ser *más* eficientes, menos burocráticos o *elitistas* (como nos catalogan algunos que no entienden el grado en que nos hemos enterrado en la suave rutina de la administración), más democráticos.

Creemos que, con tres años de dura labor y servicio honorario, les hemos dejado ver qué tipo de gente somos, lo que podemos hacer, y que así nos hemos ganado el derecho de pedirles esta ayuda. ¿Tasación sin representación? No, no tenemos esquema alguno en el cual aquéllos que den dinero participen en el control de la revista o en la elección del Comité Editorial. La conducta de una publicación

21. La "s" es la abreviatura del chelín. Éste equivalía a la vigésima parte de una libra esterlina y estuvo en circulación hasta 1970.

socialista no debe estar sujeta a procesos de negociación de influencia (las facciones impulsando nominaciones, representación regional, etcétera), que es adecuada a las organizaciones políticas. El control político sobre un escrito que es el *órgano* de un partido es una cosa, pero la mayoría de las técnicas de *control de lectores* de otras publicaciones son tanto ineficientes como falsas. La democracia en el periodismo socialista consiste en el acto de la publicación misma. Desde la oferta de las publicaciones, los lectores seleccionan la que les parece que representa más fielmente sus principios y aspiraciones; se identifican con ella, la apoyan, y el Consejo Editorial, a su vez, busca a los lectores y colaboradores por su crítica y consejo. Definitivamente debemos hacer esto, y si ustedes tienen ideas para mejorar el contacto con el lector, hágannosla saber.

La *New Left Review*, sin embargo, es más que una revista. Asociados con la publicación, habrá Clubes de Izquierda, grupos de discusión, conferencias, actividades educativas y de propaganda.[22] Es aquí, en los Clubes y sus comités, que las iniciativas

22. La *New Left Review* constituía el principal órgano visible de la *New Left*. Sin embargo, tras ella, se extendía por todo el país una red de clubes al estilo del exitoso *London New Left Club* (al respecto puede consultarse la introducción). Manchester, Sheffield, Leeds, Birmingham, Edimburgo y la mayoría de los grandes centros urbanos contaban con organizaciones de este tipo, hasta llegar, a mediados de 1960, a un total de unos 45 centros y unos tres mil miembros (Dworkin, 1997: 69). Los clubes llevaban una política autónoma adecuada a la realidad local en la que se ubicaban y nunca estuvo clara cuál era su función a nivel general. De forma muy vaga –y más allá de las actividades concretas de tipo cultural o político que eran publicitadas en la revista–, fueron definidas como lugares donde era posible llevar a cabo una práctica del socialismo basada en dos pilares básicos: la comunidad y la solidaridad. Lo cierto es que la vida de cada club venía determinada por su entorno inmediato. Por ejemplo, el club de Londres se encontraba formado en su mayor parte por intelectuales y artistas de la clase media, imbricados en la *moderna* vida cultural de la capital. Los clubs de Oxford y Cambridge estaban asociados a la universidad, y sus integrantes eran en su mayoría estudiantes izquierdistas. En el norte, en cambio, el peso de sectores obreros y de los viejos militantes comunistas era mayor. A mediados de 1959 se creyó conveniente llevar a cabo una conferencia nacional con el fin de

democráticas encontrarán realmente su expresión. Y estas actividades contribuirán a dar forma a las políticas de la publicación.

El antiguo movimiento del Club de lectura de izquierda de la década de 1930, en su publicidad y organización, dependía de dos cosas: la casa editorial de Gollancz y la influencia organizativa del Partido Comunista.[23] La *New Left Review* y los nuevos Clubes de Izquierda no tienen ni casa editorial ni partido, o algún grupo político de presión que promueva su trabajo. Dependemos de las iniciativas espontáneas y sencillas de los lectores.

dar cierta unidad y coherencia a la red de clubes. Pero la heterogeneidad de sus integrantes y las diferentes realidades locales a las que pretendían adaptarse obstaculizaron la puesta en práctica de un programa común y la elaboración de alguna maquinaria que permitiera una posterior integración. Sin embargo, los clubes siguieron creciendo a lo largo del año siguiente, sus actividades continuaban siendo publicitadas en las páginas de la revista y sus intervenciones no dejaron de ser significativas a nivel local. No sería hasta comienzos de 1961 cuando la vida de éstos comenzaría a menguar. El número de miembros había empezado a disminuir y muchos de los clubes pasaron a tener una vida exclusivamente nominal: en esta fecha, sólo la mitad continuaban plenamente activos (Dworkin, 1997: 75 y Kenny, 1995: 39). En julio de 1961, delegados de los clubes provinciales acudieron a Londres al encuentro del consejo editorial e hicieron una severa crítica de la dirección pues, afirmaban, se sentían ignorados por el *centro* y demandaban una revista que atendiera directamente el movimiento de los clubes. Kenny afirma que esto supuso el verdadero comienzo del declive de la *New Left* como movimiento político (Kenny, 1995: 28). Una solución para dar cohesión a la red de clubes hubiera pasado por que la dirección de la *New Left Review* hubiera ejercido un papel de dirección más decidido. El problema, sin embargo, no residía tanto en la oposición de los clubes como en la propia inhibición de la dirección. Tanto el ala de la ULR como la del *New Reasoner* eran, por diversas razones, sumamente reticentes a cualquier tipo de actuación que desembocara en la formación de una estructura jerarquizada y burocrática: los jóvenes fundadores de la ULR estaban sumamente interesados en abrir espacios de discusión desde donde pudieran emerger formas de organización popular alternativas a las tradicionales estructuras de los partidos políticos. Por su parte, los exmilitantes del *New Reasoner* venían de una amarga ruptura con el PCGB, entre otras razones, por los métodos centralistas y burocráticos del aparato.

23. Sobre Víctor Gollancz, puede consultarse la nota 20 de "El socialismo y los intelectuales".

Creo que hay un gran número de personas, artistas e intelectuales, que comulgan con las ideas socialistas, y que a través de estos espacios se permiten opinar al respecto. A muchas les gustaría tener las dos opciones. Hay una gran discusión en el aire sobre la integridad del artista y del trabajador intelectual, que bajo ninguna circunstancia deben permitirse estar sujetos a maquinaria política alguna. Y ¿qué sigue? ¿Debemos dejar la política en control de los políticos, quienes (se asume) no tienen intelecto ni integridad? O ¿acaso los *intelectuales* ofrecen proveer ideas e integridad, y esperan que los políticos organicen su distribución?, ¿o que encuentren las publicaciones, provean la inversión, organicen las conferencias, los clubes y las escuelas?

Demasiados intelectuales socialistas británicos han visto a la política desde la tradición de los caballeros amateurs. Esperaban que alguien más hiciera el trabajo duro de vivir por ellos. Y cuando se dieron cuenta que *King Street*[24] o *Transport House* habían explotado sus talentos para propósitos ajenos, se retiraron de sus actividades con indignación. Finalmente, para probar su integridad escriben para *Encounter*[25] y reciben un cheque de la Fundación Ford.

Quizás, la *New Left Review* es el intento más serio y prolongado en la historia del socialismo británico para aquéllos que están produciendo activamente las ideas, así como también para organizar su distribución y propagación. Tenemos todo el trabajo por hacer, desde el mecanógrafo y el vendedor, desde archivar a los suscriptores hasta la promoción de los nuevos clubes. No podemos hacer este trabajo sin ti. No lo podemos hacer sin un ingreso anual garantizado en donaciones y depósitos bancarios. No sólo necesitamos un

24. Era la sede del Partido Comunista de Gran Bretaña en Londres.

25. Es una revista literaria y cultural que se editó en Gran Bretaña de 1953 a 1991. En principio, estaba escorada ideológicamente hacia el laborismo y contó con financiación de la CIA, con el fin de promover una izquierda anticomunista favorable a la Alianza Atlántica.

impuesto socialista, sino que también entre nuestros lectores haya recolectores de impuestos socialistas. Toda persona que profese estos principios debe ser invitada a que exprese sus convicciones al hacer un pago de manera regular a la prensa socialista independiente. No sólo queremos tu dinero, queremos tus críticas y tu contribución activa de mil maneras distintas. Pero necesitamos urgentemente el dinero. Y para aquéllos que tienen dinero para compartir, lo necesitamos más que nada y justo ahora: en el punto de producción.

REVOLUCIÓN (1960)[1]

PRESENTACIÓN

Out of Apathy fue una colección de ensayos en los que participaron Raphael Samuel, Stuart Hall, Alasdair MacIntyre, Peter Worsley y Ken Alexander. Thompson participó con este artículo y con "Outside the Whale" (hay traducción al castellano: Orwell, G. & Thompson E.P, 1984; sobre este texto pueden consultarse las notas 4, 6 y 16 de "El socialismo y los intelectuales"). Esta colección formaba parte del proyecto editorial que la *New Left Review* pretendía comenzar a publicar. Fueron varias las obras que se propusieron pero finalmente la idea no llegó a buen puerto. Sobre el proyecto de *Out of Apathy* y la recepción que tuvo lugar entre el público de izquierdas, puede consultarse "¡Revolución otra vez!", en el cual Thompson responde a los críticos de "Revolución" y aclara algunos de los puntos que había desarrollado en este último.

En el presente artículo –publicado en 1960, en el número 3 de la *New Left Review*– el autor expone su visión de una posible transición del capitalismo al socialismo, discutiendo sobre la actualidad de la lucha de clases y la estrategia revolucionaria. El texto comienza con una crítica al Partido Laborista y al proyecto socialdemócrata, que en su versión más derechista sostenía la convivencia entre elementos propios del capitalismo con otros del socialismo; en términos de Thompson: la coexistencia entre la producción orientada a la ganancia y aquélla orientada al uso, entre la ética adquisitiva y la de la cooperación humana. Más adelante, también cuestiona el

1. Nota de E. P. Thompson: Éste es el capítulo final de *Out of Apathy*, una colección de New Left Essays, editado por E. P. Thompson, y el primero de una serie de libros a ser publicados por nosotros. *Out of Apathy* aparecerá a finales de mayo. El siguiente número de *NLR* traerá una serie de comentarios relacionados con este capítulo.

modelo de transición hacia el socialismo (el modelo evolutivo) que defienden los laboristas de izquierdas, quienes consideran que es posible una reforma gradual del capitalismo hasta llegar a un punto en el que el equilibrio o la convivencia entre ambos modelos bascule hacia el socialismo. En resumen, tanto en un caso como en otro, el laborismo olvida el antagonismo inherente al capitalismo que supone un obstáculo insalvable para la consecución de lo que denomina como *la sociedad de iguales*, lo cual no significa que determinadas experiencias socialistas puedan crecer, aun con dificultades, en el seno del capitalismo. Aquí cobra toda su importancia la restitución del análisis de la lucha de clases, sobre cuya concepción Thompson nos ofrece algunas claves. Por otro lado, el modelo evolutivo supone una comprensión mecánica e institucional del proceso de transición hacia el socialismo. El autor se decanta aquí por una concepción rupturista de esta transición –"una transferencia del poder de clase: el desplazamiento del poder del capital de los puestos de mando y la reivindicación del poder de la democracia socialista", afirma– que no supone, sin embargo, bascular hacia el modelo cataclísmico que puebla el imaginario de la vanguardia revolucionaria. En este sentido, critica un modelo que parte de una concepción abstracta del proceso revolucionario –normalmente basado en la secuencia francesa o rusa–, en el que la toma del poder tiene lugar por medio de la fuerza.

Lo que Thompson propone es la necesidad de leer la realidad histórica para descubrir los equilibrios precarios, las posibles líneas de ruptura y las probables tendencias de retroceso o progresivas. Plantea también que la transición entre dos formas de vida no puede llevarse a cabo exclusivamente mediante un decreto institucional o por la mera lucha parlamentaria. La conciencia y la voluntad popular constituyen la clave del asunto, y es esto lo que decide –en el marco de unos determinados equilibrios de poder de clase– la extensión y la profundidad del proceso revolucionario, no el grado de violencia que se ejerza en el punto de ruptura. El papel de los socialistas aquí

es saber leer esa realidad, y contribuir a que la conciencia popular defina la línea que separa el interés de los capitalistas y el de los del común. Es fomentar, finalmente, el contexto adecuado que rompa con el fetichismo de la política tradicional para que madure un movimiento de agitación que provenga desde abajo.

Es importante insistir en que Thompson interpreta esta posible transición como un proceso contingente que depende tanto de los equilibrios de fuerza –del contexto de poder de clase y del contexto internacional–, como de las decisiones que toman los individuos de forma agrupada. Las consecuencias de estas acciones no pueden preverse *a priori*, y la posibilidad de que el proceso se inhiba siempre está presente, a pesar de las potencialidades y las fortalezas que pueden animarlo.

Alejandro Estrella

Este artículo se publicó originalmente en inglés con el título "Revolution", en *New Left Review*", nº 3, 1960.

En todo momento, el camino para salir de la apatía[2] nos lleva más allá de las convenciones dentro de las cuales nuestra vida está confinada. Fuera de la OTAN. Fuera de la *economía mixta*.[3] Fuera del *ethos* adquisitivo.

Esto se debe a que las propias convenciones están siendo cuestionadas –y no las maniobras tácticas que están dándose al interior de ellas–, así como al profundo abismo que se está abriendo entre la joven generación socialista y los tradicionales políticos laboristas.[4]

Éste es un abismo tan profundo como el que se abrió en la década de 1880 entre los políticos liberales laboristas y los nuevos sindicalistas y socialistas. "Gaitskell,[5] si lo lee, no tendrá una idea clara de lo que, en detalle, se suponía, tendría que hacer", es el comentario de Anthony Crosland[6] al reseñar *The glittering coffin* de Dennis Potter[7] en el *Spectator*. Si Howell o Broadhurst[8] hubieran

2. Sobre la apatía como la ideología dominante durante la primera etapa de la Guerra Fría, puede consultarse la nota 13 en "La Nueva izquierda".
3. Thompson se refiere a la combinación entre capitalismo y economía social que caracterizó al Estado de bienestar y que se convirtió en bandera de la socialdemocracia europea de Posguerra. Sobre la economía mixta, su relación con los valores sociales que fomenta y la posición de Thompson al respecto, puede consultarse la nota 17 de "El punto de producción".
4. Sobre esta brecha y su expresión en la oposición entre Nueva y Vieja Izquierda puede consultarse el artículo "La Nueva Izquierda".
5. Ver nota 15 en "El socialismo y los intelectuales. Una réplica".
6. Ver nota 81 en "El humanismo socialista".
7. Dennis Potter fue un dramaturgo inglés que trabajó como guionista para la BBC. *The glittering coffin* fue su primera obra, publicada en 1960 por la editorial de Víctor Gollancz (ver la nota 20 en "El socialismo y los intelectuales"). La obra abordaba el influjo de la Sociedad de la Opulencia y, en concreto, de los *mass media* en la cultura de clase. Cabe señalar que Dennis Potter militó posteriormente en el Partido Laborista.
8. George Howell y Henry Broadhurst fueron dos *trade-unionistas* que lograron escaño en el Parlamento inglés en varias ocasiones a lo largo de las dos últimas décadas del siglo XIX. Ambos se sitúan en el contexto al que se refiere Thompson al comienzo del párrafo: la brecha entre los políticos liberales laboristas y los nuevos sindicalistas y socialistas. Howell y Broadhurst representan a esos políticos. A

tenido en sus manos un ejemplar de *Commonweal* o de *Justice*,[9] se habrían enfrentado a dificultades similares.[10]

Por supuesto que, en general, se está de acuerdo (como Crosland lo subraya en la misma reseña) en que "el Partido Laborista necesita urgentemente una dosis de iconoclasia en este preciso momento". Inclusive los sociólogos electorales pueden ver que el Partido necesita "un influjo de juventud", aun si es sólo "para presentarse a sí mismo ante el electorado en un disfraz que aparente ser de mediados del siglo XX". Y ya que no hay ninguna otra opción, los duendes de *Transport House*,[11] que han ganado las anteriores batallas honorablemente diezmando a la juventud, están ahora preparados

finales del siglo XIX, cuando el Partido Laborista aún no se había formado, se llegó a un acuerdo entre el Partido Liberal y algunos líderes del mundo *labour* para que éstos pudieran presentarse a las elecciones al Parlamento aprovechando la plataforma del Partido. El acuerdo pasó a denominarse popularmente como Li-Lab. El movimiento obrero británico del siglo XIX bebía fundamentalmente de las fuentes del liberalismo-radical de Paine y del obrerismo de Owen. Con la Gran Depresión de mediados de los 70 y el fin del monopolio económico británico, el movimiento obrero conoció una transformación cualitativa de la que emergió, ya en la década de los 80, un *nuevo sindicalismo* y nuevas organizaciones socialistas, algunas ya con cierta influencia marxista. En otras palabras, mientras el sindicalismo británico se reforzaba y radicalizaba, líderes laboristas entraron en la política electoralista de la mano del Partido Liberal. Éste es el abismo al que se refiere Thompson y que compara con la situación que estaba viviendo en ese momento entre las bases socialistas y los políticos del Partido Laborista. Sobre el origen del Partido Laborista, ver la nota 20 posterior.

9. *Commonweal* y *Justice* eran dos periódicos socialistas asociados a la Liga Socialista y a la Federación Socialista Democrática. Sobre ambas agrupaciones políticas, puede consultarse la nota 1 en "El socialismo y los intelectuales. Una réplica"; en concreto, la parte de la nota dedicada a la trayectoria política de Morris.

10. El sentido completo del párrafo es el siguiente. Thompson ilustra ese abismo que separa a los políticos laboristas de la realidad de la clase obrera y de la militancia socialista. Así, un libro como el de Potter (ver notas anteriores) sería incomprensible e inútil para un líder del partido como Gaitskell. Para ilustrar su tesis, Thompson compara esta distancia con la que separaba a Howell y Broadhurst de esos periódicos cuyas organizaciones socialistas que los editaban eran más sensibles a esa ola de nuevo sindicalismo.

11. Era la sede del Partido Laborista en Londres.

para fomentar los gritos de protesta en los clubes de jazz o en los bares de café en la periferia del movimiento.

Los íconos que está rompiendo la generación Aldermaston[12] son ésos ante los que se doblegaron Gaitskell y Crosland: la Guerra Fría permanente, la constante dependencia del trabajo frente al capitalismo *acaudalado*, la persistente ideología defensiva de la derrota y la reforma gradual.

¿Qué hay detrás de estas convenciones? ¿Dónde está el punto de partida? ¿Partida hacia dónde? Si la imagen del poder debe rehacerse desde la base, también debe hacerlo en la cúpula. El debate de la Cláusula 4 dentro del Partido Laborista[13] diariamente provee ejemplos recientes de la forma en que los conceptos del poder son entendidos dentro de las densas metáforas de la retórica que intentan la reconciliación verbal entre las lealtades socialistas tradicionales y la adaptación actual al capitalismo. "Una declaración clara de que el Partido sigue comprometido a tomar... los 'puestos de mando dominantes de la economía'... es la fórmula bajo la cual Gaitskell seguramente podría reunir al comité ejecutivo nacional" (editorial de *New Statesman,* 3 de marzo de 1960).[14]

No podemos pretender recetar una *fórmula* que unirá al Comité Ejecutivo Nacional. Pero se debe señalar que la imagen de los *puestos de mando* (sin una adjetivación exacta) aparenta más de lo que explica. Para algunos, esto puede indicar el poder del primer ministro laborista para influir en la tasa bancaria; para otros, el poder para introducir un Plan quinquenal cubriendo la producción de bacalao de Islandia, las manzanas de Somerset y el acero de Sunthorpe. Los *mandos* están separados entre Monte Cassino y en Hampstead Heath;

12. Ver la nota 11 en "La Nueva izquierda".

13. Ver las notas 15 y 16 en "El socialismo y los intelectuales. Una réplica".

14. El *New Statesman* es una revista británica de temática política, fundada en 1913 y vinculada a la Sociedad Fabiana (sobre el fabianismo, ver nota 15 en "El socialismo y los intelectuales").

el primero requería de cierto impulso para lanzarse, y este asalto fue un hito culminante de la campaña; el segundo puede ser alcanzado fácilmente desde Westminster.[15] Y ¿acaso nosotros, en una situación inesperada pero necesaria (la nacionalización del acero y de los químicos) nos veremos ocupando los puestos de mando de la economía, pero al mismo tiempo dejaremos en las manos irresponsables del oligopolio, el dominio de los medios de información?

El juego que hacen Gaitskell y Crosland con los términos *medios* y *fines* es, obviamente, engañoso. Es verdad, por supuesto, que el reemplazo de la producción con fines de lucro por una con fines de uso es sólo un medio para conformar una sociedad de iguales. También es verdad que es un medio entre muchos otros. Pero lo que está oculto en este argumento es que *sin* el reemplazo de la dinámica del motivo de la ganancia, se demostrará que todos los otros medios son ineficaces, y es la delimitación de éste como un medio *esencial* lo que distingue a la tradición socialista.

Esto no quiere decir que la nacionalización por el monopolio del Estado es la *única* alternativa a la propiedad privada; el debate sobre otras formas (municipal y cooperativa) es muy productivo. Tampoco quiere decir que haya algún tipo de relación *automática*

15. Monte Casino hace referencia a la crudísima batalla que tuvo lugar en el norte de Italia en 1944 y en la que participó el propio Thompson al frente de una columna de tanques. Su traumática experiencia está recogida en "Beyond the Fronteir, The Politicis of a Failed Mision: Bulgaria 1944". Hampstead Head es un famoso parque a las afueras de Londres que cuenta con una gran riqueza natural. Es una zona que cuenta tradicionalmente con una especial protección para preservar su conservación. En 1868 se logró que fuera considerado como tierras del común y por tanto libres de privatización (enclosure) Westminster se refiere al Palacio donde se reúnen ... " La idea que intenta trasmitir Thompson es que no está claro a qué se refiere esos mandos, que los procesos de cambio revolucionario afectan a todas las esferas humanas y que el control de los medios de producción posee una dimensión económica y otra cultural que no debe ignorarse. EL TERMINO ES ENGAÑOSO: se refiere al Palacio de Westminster en Londres, donde se reúnen la Cámara de los Lores y la Cámara de los Comunes; en otras palabras, el término se refiere al poder legislativo de Gran Bretaña.

entre la propiedad social y las instituciones socialistas o las disposiciones morales, o que la superestructura de una *buena sociedad deba* crecer de una cierta manera una vez que la base se haya establecido. De hecho, es una distinción entre la teoría socialista y la perspectiva del administrador fabiano, que la primera reconozca que la sociedad de iguales no puede hacerse sin una revolución en las actitudes morales y las prácticas sociales, más que intentar ser reducidas a una *fórmula* por un iluminado comité ejecutivo.

Pero aquí también debemos proteger a la moral en contra de la apariencia engañosa, la pose de los *valores* fuera del contexto del poder. El socialismo, nos dice Crosland:

> denota una creencia en la predominancia de ciertos valores, tales como la igualdad o la cooperación o el bienestar colectivo o el internacionalismo. Pero dichos valores no son absolutos. No pueden ser sostenidos rígidamente y sin compromiso, no más de lo que pueden los valores opuestos conservadores de la jerarquía o la competencia o el individualismo o el patriotismo ("El futuro de la izquierda", *Encounter*, marzo, 1960).[16]

Estamos de regreso en el juego de *Familias felices*: podemos emparejar *valores* opuestos (que no son absolutos) y buscar a la sociedad buena en algún lugar junto con el matrimonio tradicional. Sin embargo, si fuéramos a aparejar la explotación y la ayuda mutua, el estímulo de la cultura viviente y la producción masiva de la cultura comercial, la cuenta de gastos del empresario y el salario del ferrocarrilero, la publicidad y la educación, el desarme nuclear y el uso de fuerza disuasiva nuclear, habríamos alcanzado un resultado diferente. Las verdaderas contradicciones y antagonismos de nuestra sociedad se habrían vuelto aparentes, y Crosland y los

16. Sobre el *Encounter*, ver nota 25 en "El punto de producción".

valores capitalistas se encontrarían en un lado, y los valores socialistas en el otro. La contradicción que se expresa en valores opuestos está basada en la propiedad privada de los medios sociales de producción. El motivo de la ganancia permanece en el centro de nuestro orden social, engendrando nuevos conflictos que, por su naturaleza, pueden ser controlados o mitigados, pero no pueden ser resueltos. Tampoco ésta es la cuestión más importante. Un antagonismo controlado puede ser soportable: éstos existen aún dentro de las *Familias felices*. Podríamos conformarnos con el Estado de Oportunidad,[17] sabiendo que los servicios de bienestar proveen hasta el fondo de la sociedad una serie de espacios para aquéllos que no han escalado. Pero debemos tolerar el motor de la ganancia, sabiendo que los sindicatos todavía no son lo suficientemente fuertes para incrementar el salario del ferrocarrilero por encima de la línea de pobreza. No obstante los antagonismos controlados están transformándose constantemente en formas nuevas, ahora incontrolables; la compensación recibida por los burgueses propietarios del carbón en ganancias de la industria ligera, los esquemas de vivienda de las municipalidades bienintencionadas, se hunden bajo la tierra largamente acumulada de los pagos de intereses; continuamente, el dinero busca nuevas maneras de generar dinero. Al final de todo, tenemos una sociedad hundida en antagonismos. Por siempre, seguimos siendo excluidos de una sociedad de iguales.

ACUERDOS Y ANTAGONISMOS

Cuando Crosland nos ofrece, en el mismo ensayo, el Sermón de la Montaña (la evasión favorita de Philip Snowden),[18] y cita de

17. Sobre la noción de Estado de Oportunidad y el intento del proyecto socialdemócrata por hacer convivir los valores del socialismo y de la moral adquisitiva orientada a la ganancia, puede consultarse la nota 17 de "El punto de producción", anteriormente al hablar de economía mixta.

18. Philip Snowden fue un político del Partido Laborista que formó parte de los

manera aprobatoria –"puede ser más simple decir con William Morris que el socialismo es comunidad"–, se vuelve complicado saber en qué momento se puede llevar a cabo una discusión seria. Debemos iniciar con Morris, quien fue un socialista revolucionario. De alguna manera, en sus primeros años de propagandista, él pensaba ingenuamente en una revolución insurrecta, basado en el modelo de la Comuna de París. En 1893 había llegado a visualizar la conquista final del poder a través de los medios parlamentarios, pero su concepto de transición revolucionaria había cambiado muy poco:

> La primera victoria real de la Revolución Social no será, de hecho, el establecimiento en un día de un sistema completo de comunismo, lo cual es absurdo, sino de una administración revolucionaria cuyas tareas *definitivas y conscientes* serán las de preparar, de todas las maneras disponibles, la vida humana para tal sistema [cursivas de W. M.].

En el año anterior a su muerte, él todavía temía que la transición estuviera acompañada de violencia de todo tipo:

gobiernos de MacDonald (1924 y 1929-1935). Aunque comenzó su andadura política en el Partido Liberal –siguiendo en este punto los pasos de su padre–, posteriormente se sintió atraído por el socialismo y se afilió al Partido Laborista Independiente (ver nota 20). En parte, este giro hacia el socialismo vino animado por sus convicciones religiosas. Hijo de una familia metodista, Snowden fue autor de un escrito (*The Christ that is to Be*) en el que sostenía los paralelismos entre cristianismo y socialismo, a la vez que denunciaba al capitalismo por sus implicaciones éticas. No obstante, Snowden se situó en una posición moderada dentro del laborismo, dimitiendo del Partido, por lo que consideraba una aproximación de ciertos sectores del partido hacia la vía revolucionaria tras la Gran Depresión. Su especial relación con la religión y su postura moderada –que le llevaría a lo que podríamos denominar una socialdemocracia de corte ético– son lo que Thompson critica al referirse al Sermón de la Montaña como la evasión favorita del personaje en cuestión.

> Estamos viviendo en una época donde hay conflictos entre el comercialismo o el sistema de imprudente despilfarro y el comunismo o el sistema de sentido comunitario afable. ¿Puede ser dicho combate realizado... sin pérdidas ni sufrimiento? Hablando llanamente, sé que no.

Morris no estaba escribiendo sin conocer la alternativa fabiana que encontró su primera expresión madura en los *Ensayos* de 1889.[19] Sostuvo el argumento fabiano en conferencias, publicaciones, clubes y, por ello, mucha de nuestra historia obrera ha sido presentada en un sentido fabianos, por lo que vale la pena recalcar los términos en los que Morris disentía. Shaw propuso que podría haber una "transición gradual a la Social Democracia", efectuada en su momento por una firme intervención municipal sobre la empresa privada, "la extensión gradual de la franquicia, y la transferencia de la renta y del interés al Estado, no en una suma única, sino por plazos". Morris objetaba que esto ignoraba el antagonismo esencial en el corazón de la sociedad capitalista:

> La barrera que no serán capaces de pasar es el *reconocimiento de la lucha de clases*. Los "socialistas" de este tipo están ciegos a la esencia de la sociedad moderna. Ellos esperan una revolución, que no es *la* Revolución, sino una revolución que es para ignorar los hechos que la iniciaron y sobre lo que vendrá [cursivas de W. M.].

19. Los *Ensayos fabianos* de 1889 constituyen una colección de escritos con fin pedagógico en los que se presentaba el proyecto económico y político de la Sociedad Fabiana, fundada sólo cinco años antes. Entre los autores que se dan cita en el volumen se encuentran algunas de las figuras más destacadas del fabianismo, como George Bernard Shaw, Sidney Webb o William Clarke. Recordemos, por otro lado, que B. Bax y B. Shaw –el líder fabiano– son los iniciadores de una interpretación llamada a tener cierto éxito entre los biógrafos de Morris: éste habría abandonado su fase revolucionaria y adoptado una actitud reformista o de idealismo utópico (Thompson, 1996: 497-503). Para Thompson, esta interpretación constituye un error (Thompson, 1996: 771), y su obra sobre Morris puede considerarse, en cierto sentido, una reivindicación de su filiación revolucionaria.

LA MAQUINARIA CUASISOCIALISTA

No era la necesidad de una revolución *violenta* sobre lo que Morris insistía, sino la necesidad de un conflicto crítico en todas las áreas de la vida en el punto de transición. La transición del sistema de *imprudente despilfarro* a aquél de *afable sentido comunitario* no se puede llevar a cabo por algún *coup d'etat* administrativo o fiscal. Un partido socialista meramente parlamentario puede "caer en el error de mover cielo, mar y tierra para llenar las urnas con votos socialistas, los cuales no representarán a los *hombres* socialistas". Si se siguiera la estrategia evolutiva, repetidamente preguntaría: "¿qué tan lejos puede llegar la mejora de los trabajadores y detenerse tan cerca del comunismo, sin haber logrado algún progreso en *el hombre directamente*?".

> Dado que... la organización formidable de la sociedad civil y comercial no está jugando al gato y al ratón con nosotros, los socialistas. Si la Sociedad de Inequidad puede no aceptar la maquinaria cuasisocialista... trabajar con el propósito de mejorar esa sociedad que aunque de alguna forma está rota, permanece segura. Los trabajadores mejor tratados, mejor organizados, que ayudan a gobernarse a sí mismos, pero sin mayor pretensión que igualarse a los ricos... que lo que tienen ahora.

Con la fundación del Partido Laborista, parecía que los fabianos habían ganado la discusión.[20] Webble (como G. D. H.

20. El antecedente del Partido Laborista se encuentra en el *Labour Representation Committee*, el cual se constituye en 1900 a partir de un acuerdo entre diferentes *Trade Unions* y tres organizaciones políticas de izquierda: la Sociedad Fabiana, el Partido Laborista Independiente y la Federación Democrática Socialista. En 1901, esta última abandonaría el Comité, aunque continuaría apoyándolo en algunas medidas puntuales. Esta ruptura confirma la afirmación de Thompson de que el sector que provenía del fabianismo –y su concepción no rupturista o revolucionaria en la consecución del socialismo– fue la que ganó la discusión. En cualquier caso, a partir de ese momento, el LRC fue evolucionando rápidamente

Cole[21] lo comentó en 1913) "era capaz, por completo... de imponer su concepción de sociedad al movimiento obrero, de tal forma que parecía innecesario para cualquiera elaborar algún otro pensamiento". La teoría fabiana (como Strachey[22] agregó en 1938) "no era completamente falsa, pero casi absurdamente inadecuada... para cubrir el complejo, dinámico fenómeno social del siglo XX"; se había "convertido en la teoría del movimiento de la clase trabajadora británica". Del lado del crédito, el avance en la fuerza de los trabajadores organizados y la intervención del Estado de bienestar;

hasta la formación del Partido Laborista. En 1906, los miembros del grupo parlamentario vinculado al Comité se constituyeron como partido. A partir de este momento, surgió una tendencia ascendente que le llevó a lograr una victoria electoral en 1924, que aupó a Ramsay MacDonald a primer ministro. Este ascenso electoral fue propiciado por la capacidad para lograr acuerdos con los líderes sindicales, por un buen manejo de los conflictos internos –recordemos la secular presencia de un ala del partido más izquierdista vinculada a las bases, y la mayor radicalización del Partido Laborista Independiente, cuyos militantes bascularon entre mantener la coalición con los laboristas o unirse a agrupaciones de carácter marxista, como la FDS– y, por último, por lograr un cuerpo electoral que se nutría del descontento frente al Partido Liberal. No obstante, el partido atravesó una importante crisis en los años 30, vinculada a los efectos de la Depresión y la crisis que provocó la "traición de MacDonald" (ver la nota 59 en "El humanismo socialista"). Con la adopción del ideario keynesiano y la erosión del partido conservador y liberal, lograron nuevamente alzarse con el gobierno en 1945 hasta 1951, momento en el que la victoria de los *tories* desplazó al laborismo a la oposición a lo largo de una década.

21. Ver nota 39 en "El humanismo socialista".

22. Fue un político laborista que atravesó por diferentes etapas en su militancia. Al comienzo, fue miembro del Partido Laborista, llegando a ser representante en el Parlamento. Posteriormente, en 1931, abandonó el Partido en la coyuntura de crisis para integrarse en las filas del PCGB. Desde aquí, desarrolló una intensa labor intelectual y cuestionó el programa socialdemócrata y keynesiano desde posiciones marxistas. También colaboró en la fundación de la editorial de Víctor Gollancz. En plena guerra mundial volvió a las filas del Partido Laborista y fue elegido nuevamente como parlamentario. Finalmente, formó parte del gobierno laborista de Clement Attlee de 1950 (ver nota 24 más abajo) y apoyó al sector gaitskellita del partido. La cita que recoge Thompson de 1938 se corresponde, por tanto, con su etapa comunista y su crítica al laborismo y a la teoría fabiana.

del lado del débito, la división de África, la depresión y dos guerras mundiales. Para 1930, el debate se enardeció una vez más. "No es tan veraz hoy, como lo parecía en los 80, que Morris estaba equivocado", comentó Shaw en su prefacio a la edición de 1931 de los *Ensayos fabianos*. Sin embargo, en los siguientes quince años, los dos teóricos no-comunistas sobresalientes del socialismo británico –Harold Laski[23] y G. D. H. Cole– discutieron constructivamente la naturaleza de la *transición* en Gran Bretaña, y las formas de evadir la resistencia capitalista. Pero, después de 1945, no era la oposición capitalista la que era perseguida:

> La gente que habla demasiado pronto se ve a sí misma en contra de ello. Harold Laski, por ejemplo. Un tipo brillante... pero empezó a dar discursos los fines de semana. Me tuve que deshacer de él... G. D. H.

23. Harold Laski (1893-1950) fue militante del Partido Laborista, destacado intelectual del fabianismo y académico en la *London School Economic*, la cual había sido fundada en 1895 por miembros de la Sociedad Fabiana como Sidney y Beatrice Webb, Graham Wallas o George Bernard Shaw. Entre las diferentes familias del Partido se situó en una línea más izquierdista, llegando a sostener elementos del ideario marxista e intentando crear durante 1937 un Frente Popular que integrara al Partido Laborista con el PCGB y el Partido Laborista Independiente. Aunque había llegado a presidente del Partido en 1945, Clement Attlee no lo incluyó en su gobierno, pues lo consideraba excesivamente radical. De hecho, en vísperas de las elecciones, Laski participó en un mitin en el que amenazaba con la posibilidad de que el mundo *labour* adoptara una estrategia violenta y revolucionaria. Quizás, el fragmento que reproduce Thompson se refiera a estos hechos que causaron gran revuelo y que hacían peligrar –a ojos de los sectores más derechistas– la imagen responsable y de partido con vocación de gobierno que se había labrado el laborismo a lo largo de más de 50 años. Tras ser marginado por la cúpula del partido, Laski continuó colaborando con el laborismo desde una posición marginal, si bien cada vez más desencantado con el rumbo conservador que adquiría la política británica, incluyendo al gobierno de Attlee. Como puede apreciarse en esta pequeña nota, en el Partido Laborista se daban cita múltiples sensibilidades políticas, aunque del fragmento de Thompson parece deducirse la facilidad con la que determinados perfiles políticos –en este caso, militantes brillantes y radicalizados– fueron apartados por la lógica del aparato del partido.

> Cole fue otro tipo brillante. Una mente muy clara. Pero solía tener una nueva idea cada año, irrespetuoso de que los hombres ordinarios estuvieran interesados o no.

De este modo se expresaba Lord Attlee en "¿Qué tipo de hombre llega a la cumbre?" (*Observer*, 7 de febrero de 1960).[24] Con *ese* tipo de hombre en la cumbre, el afable sentido comunitario bien pudo ser inalcanzable.

Presentar el argumento de esta forma es menospreciarlo y, en etapas posteriores, es caricaturizarlo. Hemos omitido, entre otros problemas de fondo, las aportaciones constructivas de los sindicalistas y los socialistas corporativistas:[25] la inyección del ejemplo

24. Fue primer ministro de Inglaterra durante el periodo 1945-1951. Bajo su gobierno se sentaron las bases del Estado de Bienestar mediante la nacionalización de la banca y de diversas industrias estratégicas, así como mediante el desarrollo del *National Health Service* (Servicio Nacional de Salud) –puede consultarse al respecto la nota 16 de "El socialismo y los intelectuales. Una réplica" sobre Aneurin Bevan, ministro de Attlee encargado de implementar el proyecto–. En política internacional, el gobierno de Attlee vivió la independencia de la India y el ingreso de Gran Bretaña en la OTAN. Se le puede considerar como un laborista moderado, pragmático, anticomunista y proatlantista, especialmente una vez que alcanzó responsabilidades de gobierno. El desacuerdo de Thompson con esta expresión del laborismo y con Attlee en particular queda clara en el fragmento.

25. Se trata de un tipo de sindicalismo inspirado en los gremios medievales, donde los trabajadores se organizan de manera horizontal por medio de una corporación que controla el proceso industrial. Es una propuesta específicamente inglesa, que tiene su origen en algunas de las reflexiones de Ruskin y, especialmente, de Morris en torno a la organización del trabajo del artesanado medieval –al respecto pueden consultarse las notas 5 y 8 de "El socialismo y los intelectuales. Una réplica"; sobre la concepción del trabajo medieval en Morris y cómo estas reflexiones le situaron en disposición de converger con el marxismo, a la par que inspiraron su utopía socialista, ver Estrella, 2011: 172-178 y Morris, 2004–. Más tarde, el ideario del socialismo corporativo fue desarrollado fundamentalmente por ideólogos fabianos (como H. G. D. Cole o Harold Laskin), suspicaces del colectivismo de estado preconizado por el marxismo o el burocratismo centralista de las cúpulas sindicales y políticas del laborismo. El socialismo corporativo

ruso y del leninismo en el debate en su conjunto, las elaboraciones más sofisticadas de la teoría evolutiva postkeynesiana y el envilecimiento de la discusión en su conjunto por las terribles prácticas de la *dictadura del proletariado* en el modelo estalinista.

UNA TRANSICIÓN AL SOCIALISMO

Pero lo que queremos decir en referencia directa al extraordinario hito en el pensamiento obrero contemporáneo es el punto más crucial de todos: ¿cómo y por cuáles medios se dará una transición a la sociedad socialista? Para Gaitskell, el problema puede ser irrelevante. El vaivén político es su propia justificación. "Los británicos prefieren el sistema de dos Partidos", fundamentó en una conferencia (en Rhodes) dada en el Congreso por la Libertad Cultural en 1958: "Ellos entienden los juegos de equipo y saben que les da un gobierno fuerte, estable". Para Gordon Walker[26] la meta es clara:

> En la antesala exterior al Gabinete donde los Ministros se juntan antes de la reunión hay una hilera de perchas para abrigos. Bajo cada percha está el nombre de una Secretaría de Estado... Sólo los Ministros de Estado cuelgan ahí abrigos y sombreros –y sólo en el orden prescrito –.

Así informa a los lectores boquiabiertos de *Encounter* (abril, 1956), y no tenemos una razón especial para no creerle. Pero ahí yace una sutil diferencia entre la especulación de en *qué percha* puedes colgar tu abrigo y *en qué punto* se revelará el momento de la transición

apuesta por una forma de organización descentralizada que aspira a un control efectivo a nivel local del proceso de producción. Estas ideas no dejaron de ejercer cierta influencia entre algunos sectores obreros, aunque los ensayos que se intentaron llevar a la práctica no terminaron de cuajar.

26. Fue un parlamentario laborista que participó en los gobiernos de Attlee y de Harold Wilson, de 1964 a 1970.

revolucionaria. Dennis Healey[27] y Crosland están ansiosos por sacarnos del error de esta creencia: *el poder* (nos dicen) es todo; cuando los abrigos están en las perchas, se los podemos dejar a ellas:

> Se habla mucho (mucho más en Chelsea y Oxford que en Stepney o Nyasaland) de los peligros del principio de sacrificio; lo que se olvida es el sacrificio de los objetivos socialistas, por no mencionar la libertad y el bienestar humano, envuelto en un largo periodo de impotente oposición" (Crosland en *Encounter* de nueva cuenta).[28]

No está claro específicamente qué objetivos *socialistas* (otros distintos a los *valores* que no son absolutos) tiene Crosland en mente, ni qué otras perchas potenciales nos ofrecen más entendimiento. "Los movimientos liberal y obrero de Occidente", nos asegura R. H. S. Crossman,[29] "han falsificado de manera exitosa las predicciones de Karl Marx":

> Han usado las instituciones de la democracia para empezar el trabajo de resolver las contradicciones inherentes del capitalismo, ocultando las grandes desigualdades y transformando los privilegios de la burguesía en derechos de los ciudadanos (*Encounter*, junio 1956).

LAS CONVENCIONES DEL CAPITALISMO

Pero, ¿cómo se resuelve una contradicción inherente? Y si el trabajo se ha iniciado, ¿en qué punto termina? Y si la contradicción

27. Fue un parlamentario laborista que participó en los dos gobiernos de Harold Wilson (1964-1970 y 1974-1979).

28. Se trata de una oposición entre un barrio rico de Londres (Chelsea) de población oriunda, un barrio tradicionalmente obrero y popular (Stepney) y una colonia británica en África (Nyasland).

29. Fue un parlamentario laborista que, al igual que los dos anteriores, formó parte del gobierno de Wilson. Fue editor del *New Statesman* y sus publicaciones se distinguieron por una línea claramente anticomunista.

termina en una resolución socialista, ¿qué predicciones de Marx se demostrarían falsas?

La única aproximación sostenible a dichas preguntas está en *Contemporary Capitalism* de Strachey. "La última etapa del capitalismo será sucedida no sólo por una tercera versión del sistema, sino por algo que será, de manifiesto, un abuso del lenguajesi se llama capitalismo a todo" (p. 41).

Ciertamente, debemos ser reacios al abuso del lenguaje. Pero, mientras tanto, la *última etapa del capitalismo* abusa de nuestras vidas, y sería de interés aprender cuando la *sucesión* (o *trascendencia*, como dice en todas partes) esté por realizarse. "La democracia puede tener la esperanza de llegar a domesticar la última etapa del capitalismo, y entonces, transformarlo hasta un grado donde ya no sea más capitalismo" (p. 281). Parece que debemos esperar una contribución más audaz de Strachey antes de que podamos aprender lo que subyace en los términos *transformar*, *hasta* y *grado*. Pero quizás él mismo se ha apocado por los ecos del pasado.

> Es... imposible para las clases trabajadora y capitalista compartir el poder del Estado por un periodo muy prolongado de la evolución social... Los antagonismos de clase son mucho más violentos para dichas diarquías o condiciones del poder dividido, para que éstos sean posibles por más tiempo de periodos breves, y por esto siempre son precarios. Es una ilusión, particularmente, suponer que la clase capitalista de manera pasiva permitirá que el poder político de los trabajadores crezca y crezca, mientras que el movimiento obrero persigue una política firme de socialización y otras transgresiones hacia el capitalismo (John Strachey, *What are we to do*, 1938).

La ausencia de cualquier teoría de la transición al socialismo es la consecuencia de la actual capitulación a las convenciones de las políticas capitalistas. El acomodo político está completado por una

posición social y moral que se extiende en cada región de la vida. Úrsula, en *El arcoíris*, veía con horror el pueblo minero de Wigginton donde su tío Tom era administrador de una mina de carbón, con sus hileras de casas:

> cada una con su pequeña actividad hecha inmunda por la estéril cohesión con el resto de las pequeñas actividades.
>
> No había un espacio de encuentro, sin centro, sin arterias, sin una formación orgánica. Ahí yacía, como los cimientos iniciales de una confusión de bloques rojos que se extiende rápidamente, como una enfermedad de la piel.
>
> "Pero acaso ¿este lugar es tan feo como parece?", le preguntó a su tío. "Es tal y como se ve", contestó el tío Tom. "¿Por qué los hombres están tan tristes?", le preguntó.
>
> "No creo que lo estén. Sólo lo dan por sentado". "¿Por qué no lo cambian?", ella protestó apasionadamente. "Ellos creen que deben cambiarse a sí mismos para encajar y permanecer aquí, más que alterar la cantera y los espacios para hacerlos habitables. Es más fácil", le respondió.[30]

El diálogo nos recuerda la incomprensión de Crosland ante *The glittering coffin*: "Destruyendo cosas" fue el título de su reseña. Es verdad, los mineros han alterado su entorno en un grado mucho

30. D. H. Lawrence (1885-1930) fue un escritor inglés muy cuestionado en su época, ya que sus novelas abordaban determinados prejuicios sexuales característicos de la moral victoriana. No es este aspecto de la obra de Lawrence el que interesa a Thompson en este fragmento, quien reproduce un extracto de la novela *El arcoíris*, en la cual Lawrence trata algunos de los problemas sociales y morales vinculados a la industrialización y la urbanización del paisaje; en este caso, sobre la moral acomodaticia y la apatía de la clase obrera industrial, pese a las tristes circunstancias a las que se enfrentaba. Esta preocupación por los efectos del proceso industrial y la forma en la que afectó a los deseos y expectativas de los trabajadores constituye una de las características predominantes en toda la obra de Lawrence.

mayor que el resto de los trabajadores. Es verdad, la miseria ahumada de ladrillos rojos cede ante la miseria estridente de neón y blanco. Pero la adaptación continúa, no hay más *formación orgánica* ni una activa cohesión social liberadora como antes. El punto no es que concordemos del todo con la revolución emocional de Úrsula ("Nosotros podríamos hacerlo fácilmente sin las canteras"), sino que los políticos laboristas convencionales lo han limitado a una región de manipulación legislativa donde la protesta de Úrsula se encuentra con una vacía incomprensión. Sin embargo, las funciones ya se distribuyeron en el pasado gabinete laborista, uno siente que el saco del tío Tom cuelga de todas las perchas. Gaitskell ha escrito *hermandad* y *comunidad* en la Constitución laborista (aunque ya estaba ahí, sin estar escrito, en los días de Morris y Tom Mann).[31] Pero la protesta utópica, la visión de las nuevas posibilidades humanas, contenidas dentro de las viejas formas, que es una parte esencial de la dinámica socialista, se ha extinguido en el filisteísmo ególatra y el *realismo* miope del parlamentario capitalista.[32] Entre las apariciones de la televisión, la hermandad y la comunidad apenas pueden ser mostradas con el fin de tener un espacio en el Partido Laborista parlamentario o en el TUC.[33] En medio de la adaptación política y moral, nosotros permanecemos en calma.

MODELOS DE REVOLUCIÓN

Los dos modelos de la transición (si acaso podemos simplificar) están generalmente en oferta. El primero, el modelo evolutivo, de una reforma gradual paso a paso, en un *continuum* institucional,

31. Sobre Tom Mann, puede consultarse la nota 22 en "El socialismo y los intelectuales. Una réplica".

32. Sobre el utopismo en Thompson y la influencia de Morris al respecto, puede consultarse la nota 35 sobre el realismo utópico en "La Nueva izquierda" y la nota 16 sobre la educación en el deseo en "El punto de producción".

33. Ver la nota 9 en "El socialismo y los intelectuales".

hasta que *en algún punto indefinido* se tomará alguna medida (¿un poco de más nacionalización?, ¿más controles de Estado sobre el sector privado?), cuando la balanza se incline ligeramente en favor de la resolución socialista, y nosotros debamos aclamar este momento con un cambio en nuestra terminología. La principal participación que se le demanda al pueblo es cruzar la papeleta electoral 13 o 14 millones de veces. Este modelo debe ser rechazado si la evidencia y los argumentos presentados en la primera parte de este libro son válidos. Sin embargo, no debe asumirse que el modelo de revolución presentado por algunos fundamentalistas obreros es aceptable por esa razón.[34] No es sólo el hecho de que es muy pronto para cargar la atmósfera de barricadas y motines navales en la era de los lanzallamas. También es que el antagonismo de la sociedad capitalista se presenta en una falsa forma teórica, sin poner atención a los contradictorios procesos de cambio. Una línea imaginaria se dibuja a través de la sociedad, separando a los trabajadores de las industrias *básicas* del resto. La lucha de clases suele ser imaginada como una serie de encuentros frente a frente, brutales (aunque en algunas ocasiones efectivamente lo es); pero no como un conflicto de fuerzas, intereses, valores, prioridades, ideas, que se dan continuamente en todas las áreas de la vida. Su culminación es vista como si se tratara de un momento en el cual las clases opuestas permanecen completamente separadas una de la otra, confrontándose entre sí en un crudo antagonismo, como si fuera el clímax de un compromiso dentro de las instituciones y que nunca había estado tan cercano, demandando la más constructiva demostración de habilidades, así como de fuerzas. Es *su* Estado en contra de *nuestro* Estado (imaginario); *sus* instituciones, que deben ser aplastadas

34. Los dos modelos de transición al socialismo que Thompson critica se corresponden con la ortodoxia socialdemócrata laborista y el modelo de revolución cataclísmico de la ortodoxia comunista. La crítica a ambas se desarrolla en "La Nueva Izquierda".

antes de que las *nuestras* puedan ser construidas; su sociedad debe ser derribada antes que la nueva sociedad pueda ser hecha. Los comunistas y los fundamentalistas obreros del tipo *estatista* tienden a poner el énfasis en una hipotética mayoría parlamentaria, que en un periodo dramático de destrucción-y-construcción legislará un nuevo Estado que se construirá desde abajo. Los trotskistas tienden a enfatizar la militancia industrial, derribando las instituciones existentes desde abajo.[35]

35. A lo largo del apartado anterior pueden apreciarse de forma implícita algunas de las principales características de concepción thompsoniana de la clase y de la lucha de clases. A partir de este esbozo, puede entenderse mucho mejor el resto del texto. La posición de Thompson ante el problema de la clase social parte de una crítica al modelo mecanicista y economicista del marxismo –aunque en *The Making* extenderá sus críticas al funcionalismo y a la teoría del conflicto (para una reconstrucción del campo de posibles al que se enfrentaba Thompson y cómo construyó su concepto a partir de estas oposiciones, puede consultarse Estrella, 2013: 155-164). Como señalábamos en la nota 80 de "El humanismo socialista", Thompson entiende que la sociedad puede comprenderse como un campo de fuerzas que supone relaciones de reciprocidad entre dominantes y dominados (Thompson, 2002: 163). Este campo está determinado por el modo de producción y el tipo de relaciones sociales que implica. En función de la posición en éstas, se puede distribuir a los individuos y agruparlos en clases. Ése es el sentido que adquiere la expresión de que una sociedad se estructura de forma clasista. Ahora bien, la estructura de relaciones asociadas al modo de producción establecería para Thompson un régimen de *situaciones de clases* (Wood, 1990:122), pero no diría nada de cómo éstas se refractan en el plano histórico, es decir, cómo una posición de clase se convierte en un comportamiento y en una conciencia de clase. Para ello, debemos reintroducir la dimensión temporal (Thompson, 1978b: 85), el proceso experimental por el cual los individuos concretos viven y articulan su posición en la estructura productiva (sobre el concepto de experiencia y subjetividad como *agency,* puede consultarse la nota 28 en "El humanismo socialista"). Esto no significa que el momento de análisis estructural estático no sea tan valioso como esencial, pero nos ofrece una *lógica determinante* –de imposición de límites y ejercicio de presiones (sobre el concepto de determinación, puede consultarse la nota 20 en "El humanismo socialista" y la nota 37 en "La Nueva Izquierda")– y no la "conclusión a la ecuación histórica; es decir, que dadas estas relaciones de producción, se da este tipo de formación de clase" (Thompson, 1989: 35 y 38). Si la determinación de las estructuras se ejerce sobre los individuos reales por medio de la expe-

EL MODELO CATACLÍSMICO

El modelo cataclísmico de la Revolución se deriva de la tradición marxista, aunque le debe más a Lenin, Trosky y Stalin que a Marx. Sólo dos puntos pueden ser destacados aquí. Primero, la concesión de Marx de que Gran Bretaña y los Estados Unidos de América

riencia que éstos tienen de esas relaciones, es necesario apuntar precisamente a la manera en la que perciben esa situación, se clasifican en relación a los otros y actúan en consecuencia. De esta secuencia cabe deducir que, aunque las relaciones de producción impongan una vivencia de clase (EI), aún es necesario que los individuos la elaboren en términos clasistas (EII). Que la experiencia vivida sea de clase –es decir, que el modo de producción se estructure de forma clasista– no significa que los individuos actúen como clase o tengan conciencia de ella. Sin duda, se trata de un requisito ineludible y determinante que los dota de una "disposición a comportarse como clase" (Thompson, 1978b: 85), pero la manera concreta en que se comporten no tiene por qué coincidir con esa vivencia: es sólo una posibilidad que, en todo caso, debe efectuarse en el proceso histórico. Thompson trabaja, por tanto, con dos nociones de clase social: "clase como formación histórica" y "clase en sentido heurístico o analítico" (Thompson, 1989: 36-37 y Thompson, 2002: 169-170). Esta distinción permite vincular el uso moderno de esa categoría al marco de la sociedad capitalista del siglo XIX, contexto en el que vemos surgir partidos, instituciones, cultura, etcétera, de clases. Es decir, en su uso moderno, esta noción es accesible sólo para un determinado sistema de conocimiento, para una franja muy determinada del registro histórico. De aquí que "el concepto no sólo nos permita organizar y analizar la evidencia; está también, en un sentido distinto, *presente en la evidencia misma*" (Thompson, 1989: 36). Pero cuando se usa el concepto de clase para organizar la evidencia histórica de sociedades anteriores a la revolución industrial –u otras contemporáneas que no han atravesado por esa experiencia–, se debe ser extremadamente cauteloso. Si la clase no es un concepto asequible dentro del sistema cognoscitivo de los individuos de esa formación social en cuestión, si no se consideran a sí mismos ni actúan en términos de clase, debemos cuidarnos de cometer el anacronismo de trasplantar directamente el concepto a un plano ontológico; es decir, de usarlo en su primera acepción. Para entender cómo se materializa la disposición a comportarse en términos clasistas en un comportamiento efectivo de clase, es necesario desplazarse al análisis histórico. En la secuencia que estudia Thompson para el caso inglés, la introducción del capitalismo como modo de producción supuso una serie de cambios en la estructura productiva de la sociedad y en las normas que regulaban el acceso y uso de los recursos que permitían dotarse de los medios de vida: por ejemplo, la redefinición del estatus de propiedad de la tierra, la libertad de compra-venta de la

podían efectuar una transición pacífica al socialismo y que fue negada por Lenin en 1917 al grado de que en la época de la primera gran guerra imperialista, la libertad anglosajona se había sumergido en "un mar sangriento y obsceno de instituciones militares-burocráticas a las cuales todo está subordinado". De ahí que el

fuerza de trabajo, los adelantos asociados a las nuevas técnicas de producción agraria e industrial, etcétera. Estos cambios alteraron el equilibrio de fuerzas de la situación anterior y constituyeron una fuente de experiencia (vivencia) para los diferentes agentes implicados. La divergente articulación de esta vivencia estuvo determinada, en primer lugar, por la posición que los agentes ocupaban en un cambiante equilibrio de fuerzas que tendía a polarizarse: los propietarios de los medios de producción (dominantes) y los propietarios de la fuerza de trabajo (subordinados). A raíz de esta polarización, los dominados comenzaron a experimentar una contradicción entre las posibilidades que tenían de acceso a los recursos y la necesaria tarea de vivir o las expectativas de vida (v. g. la aspiración a la independencia del artesano sometido ahora a un proceso de proletarización). En determinado momento, los dominados interpretarían la vivencia de esa contradicción como algo innatural, impuesto e injusto, ya como explotación, ya como opresión, ya de ambas maneras. La experiencia desembocó en un cuestionamiento del *sentido común del poder*; mientras, desde el otro polo de la ecuación, los dominantes percibieron la necesidad de mantener el poder sobre los explotados y de adecuar esta dominación a las nuevas condiciones del capitalismo industrial (Thompson, 1989: 37). De forma que aquéllos que ocupaban una posición similar y se encontraban sometidos a vivencias similares pudieron identificar intereses y valores comunes –a la vez que, y esto es importante, opuestos a los de otros individuos–, y comenzaron a luchar en pos de los mismos por diferentes vías; es decir, se activó un proceso de lucha de clases. En el curso de esta lucha, los dominados –los diversos sectores de la población trabajadora– se descubrieron y autodenominaron como clase, y elaboraron una conciencia clasista de sí mismos enfrentada a otra clase. A partir de este evento, ya era posible apreciar un comportamiento clasista en el registro histórico, expresado en forma de instituciones y en una cultura de clase distintiva –diferentes versiones de esta secuencia, aunque siempre respetando los pasos que hemos señalado, pueden verse en Thompson, 1991b: 8-9, Thompson, 1989: 37 y 38 y Thompson, 2002: 165-166 y 170-171–. Dada esta secuencia, es necesario señalar al menos dos puntualizaciones que ayudan a entender el apartado anterior. En primer lugar, Thompson insiste en que "la conciencia y la clase son siempre las últimas, no las primeras fases del proceso real histórico" (Thompson, 1989: 37). Este hecho está relacionado con la prioridad, lógica e histórica que adquiere el concepto de lucha de clases. Con esta operación, nuestro autor pretende escapar

preámbulo necesario para "toda revolución popular real es la ruptura, la *destrucción* de la maquinaria de Estado existente". Stalin materializó este dictado en 1924, en la "inevitable ley de la revolución proletaria violenta".

Lo que sigue de esto es una asimilación completamente sin sentido crítico de *todas* las instituciones hacia lo militar-burocrático. De hecho, actualmente, ningún acercamiento al socialismo puede ser concebido sin irrumpir en las instituciones de la Guerra Fría, "a las cuales todo está subordinado": OTAN, el Centro de Investigación de Armas Aldermaston y sus diversas ramificaciones. Pero la cuestión aquí es lo que debemos discernir. Hay algo de

de una concepción estática de la clase y dotarse de un artefacto teórico desde el que sostener una noción relacional e histórica de la misma. De lo contrario, creeremos que ésta se encuentra "instantáneamente presente (derivada, como una proyección geométrica, de las relaciones de producción)", y que se enfrenta a otra clase enemiga, también ya presente, y de ahí la lucha de clases (Thompson, 1989: 37 y 38). Esta versión mecánica impide apreciar el "flujo de la relación" (Thompson, 1978b: 85) del que emergen las formaciones de clases históricas. En cambio, si adoptamos un enfoque dialéctico y anteponemos el conflicto, es posible detectar cómo se van conformando las clases en oposición a su antagonista, cómo se producen los realineamientos de clase, las alianzas o las fracturas, las ascendencias o los declives. En definitiva, se trataría de invertir el razonamiento y la secuencia histórica: no es que las clases luchen porque existen, sino que su existencia surge de la lucha (Thompson, 1989: 38). En segundo lugar, si, como hemos visto a lo largo de los textos que conforman esta edición, la producción constituye una actividad humana que implica relaciones y normas que no pueden calificarse exclusivamente como económicas –salvo por un ejercicio de abstracción–, no podemos definir la formación histórica de clase en términos exclusivamente económicos. Las relaciones de producción encuentran expresión en todas las esferas de la vida humana, puesto que afectan a hombres y mujeres reales situados en complejos nexos sociales (no sólo económicos) y que se mueven tanto por intereses –cognoscitivamente discriminados– como por creencias y expectativas –cultural y moralmente conformadas (Thompson, 1978b: 81)–. Son éstos los recursos que movilizan los individuos al interpretar su lugar y el de otros en el conflicto, al darle sentido a partir de una serie de expectativas. La clase constituye, entonces, un fenómeno tanto cultural cómo económico, al que se llega por medio de un aprendizaje práctico de lucha política (Thompson, 2002: 163).

cierto en la tesis de Strachey de contrapesar los poderes, anticipándose a nuestro deseo oculto de elevar la discusión hasta un punto en que ésta se vuelva difusa. Desde 1848, 1917 y, notablemente, 1945, muchas de nuestras instituciones han tomado forma sobre la marcha, debido a las presiones populares y por el ajuste de éstas de parte de los intereses capitalistas. Pero es en este punto que encontramos la segunda mentira del fundamentalista. Ya que todos los avances del siglo pasado se han contenido dentro del sistema capitalista, el fundamentalista tiende a argumentar que, de hecho, ningún avance *real* se ha llevado a cabo. La barrera conceptual deriva, en este caso, de la doctrina leninista, o sea de una falsa distinción entre la revolución burguesa y la proletaria. La primera (de acuerdo con esta historia) inicia cuando "las formas más o menos terminadas del orden capitalista" ya existen "en el seno de la sociedad feudal". El capitalismo fue capaz de crecer *dentro* del feudalismo y coexistir con él –en términos sencillos– hasta que estuvo preparado para encajar en el poder político. Pero la revolución proletaria "inicia cuando las formas terminadas del orden socialista están ausentes, o casi completamente ausentes". Esto es porque, con la excepción de las empresas cooperativas marginales, se suponía que las formas de la propiedad social o del control democrático sobre los medios de producción eran incompatibles con el poder del Estado capitalista. Los dos sistemas de ninguna manera podían coexistir, ya que el socialismo no podría crecer "en el seno" del capitalismo: "La revolución burguesa está usualmente consumada con la toma del poder, mientras que en la revolución proletaria la toma del poder es sólo el comienzo".[36]

36. Nota de E. P. Thompson: Los ejemplos aquí expuestos fueron tomados de *Sobre los problemas del Leninismo* (1926) de Stalin, pero la influencia de este concepto se encontrará fuera de la tradición comunista.

LOS OPUESTOS INTERPENETRADOS

De esta inhibición conceptual, surgieron muchas consecuencias. Entre éstas, la esterilidad del debate habitual fabiano-marxista entre *reformismo* y r*evolución*, que ha avanzado escasamente desde los días de Hyndman y Shaw.[37] Una más fue la caricaturización de los avances del bienestar social a manera de *sobornos* para comprar la revolución, y la atribución de una habilidad suprema al sistema capitalista, que por una soberbia lógica marxista es capaz de anticipar y rechazar todo asalto de la clase obrera. De igual manera, la actitud hipócrita que concede la necesidad de luchar por reformas, no por el beneficio de éstas, sino por el valor educativo de la lucha. Y así, finalmente, la alienación de muchos pueblos, que detectan en la doctrina revolucionaria una ausencia de respuesta cálida a las necesidades de los pueblos actuales y una disposición a anticipar la venida de una depresión o una adversidad con impaciencia.

Pero si descartamos este dogma (los fundamentalistas pueden meditar sobre la *interpenetración de los opuestos*), podemos leer la evidencia de manera distinta. No se trata de un caso en donde se señala esto *o* aquello. Debemos, en todo momento, ver *ambos*, el arranque hacia adelante *y* su contención, el sector público *y* su subordinación

37. Henry Hyndman fue un militante socialista inglés. Aunque comenzó su andadura política en las filas del Partido Liberal, la lectura de Marx le llevó al marxismo y al proyecto de crear una partido socialista en Inglaterra. En 1881 constituyó la Federación Socialista Democrática a la que se adhirieron figuras como William Morris y otras próximas a Engels (entre ellas, la hija de Marx, Eleonor). Engels, aunque apoyó el proyecto, no se integró al partido. Hyndam escribió varios libros que tuvieron cierto éxito, como *England for All* y *Socialism Made Plain*, donde expresaba algunas de las ideas que había hecho suya la FS; por ejemplo, el sufragio universal y la nacionalización de los medios de producción. La FSD no logró un apoyo masivo del proletariado inglés y además sufrió una importante fisura cuando miembros destacados –entre ellos, el propio Morris y Eleonor Marx– la abandonaron acusando a Hyndman de autoritarismo. Éstos crearon la Liga Socialista, la cual tampoco llegó a buen puerto. La FSD estaría presente en

al sector privado, la fuerza de los sindicatos *y* su parasitismo sobre el crecimiento capitalista, los servicios sociales *y* su estatus de relación empobrecida. Los poderes de contrapeso están ahí, y el equilibrio (que es un equilibrio *dentro del capitalismo*) es precario. Puede ser caracterizado en retroceso hacia el autoritarismo. Pero también puede ser impulsado *hacia adelante*, por las presiones populares de gran intensidad, al punto donde los poderes de la democracia dejan de ser un contrapeso y se convierten en el elemento dinámico de la sociedad en su propio derecho. Esto es la revolución.[38]

No hay una sola revolución abstracta que haya asumido la misma forma en 1889, 1919 y 1964.[39] El *tipo* de revolución que podemos hacer hoy en día es distinta a cualquiera imaginada por Marx o Morris. Es tan diferente del modelo de Lenin como la Guerra Civil Inglesa lo fue de la francesa de 1789. Nuestra próxima revolución podría ser la *consumación* de algunas cosas y el *comienzo* de otras. Tampoco existe sólo *un* tipo de revolución que se pueda hacer en cualquier contexto dado. Una revolución no sucede de

la constitución del *Labour Representation Committee* (ver notas anteriores, en relación con la formación del Partido Laborista), aunque finalmente Hyndman abandonaría el Comité para crear un nuevo partido: el Nacional Socialista. Para ampliar la información relativa al contexto político de la FSD, puede consultarse la nota 1 en "El socialismo y los intelectuales. Una réplica".

38. A lo largo de todo este párrafo, Thompson sostiene la necesidad de un enfoque dialéctico para comprender la posible dinámica del proceso revolucionario. No se trata de una aplicación estricta de la dialéctica hegeliana, sino –como el propio Thompson recuerda en *The Poverty of Theory*– de una manera de ver que permite apreciar las tensiones y oposiciones, los equilibrios de fuerza y las presiones a las que está sometido el proceso histórico, de manera que pueden identificarse varios decursos posibles. Este enfoque se encuentra también implícito en el análisis del conflicto y la formación de clases.

39. Thompson cuestiona aquí los análisis abstractos de los procesos históricos y la subsunción de la realidad histórica –en este caso, de la revolución– a un modelo preconcebido. Al respecto puede consultarse la nota 17 en "El socialismo y los intelectuales" y la nota 6 sobre el papel de los modelos en el análisis histórico y político en "El punto de producción". Por otro lado, la referencia a 1964, bien se trata de una errata, bien Thompson se refiere a una hipotética revolución en el

repente, debe *hacerse* con las acciones y las elecciones de los hombres. Durante un periodo de excepcional fluidez y una elevada conciencia política, las instituciones podrían ser construidas o remodeladas, lo cual las asentaría por muchos años. Una revolución que se ha estropeado o confundido traerá consigo consecuencias que se extenderán ampliamente en el futuro.

No es la violencia de una revolución lo que decide su extensión y sus consecuencias, sino la madurez y la acción del pueblo. La violencia no hace todo más *real*. Por ejemplo, 1789 no era más confiable por ser cataclísmico, y 1917 no fue más socialista porque los socialistas tomaron el poder por la fuerza. Es posible buscar una revolución pacífica en Inglaterra con una mayor continuidad en la vida social y en las formas institucionales que lo que hubiera parecido posible hace 20 años, no porque sea una semirrevolución, o porque el capitalismo esté *evolucionando* al socialismo, sino porque los avances de 1942-1948 fueron reales, porque el potencial socialista se ha incrementado y las formas socialistas, todavía imperfectas, han crecido dentro del capitalismo.

El punto de ruptura no es una casualidad más en el camino evolutivo, que repentinamente inclina la balanza hacia el lado socialista (51% en el sector público en lugar de 49%). Una transición histórica entre dos formas de vida no se puede dar por una simple entrada en el libro de contabilidad; esto implica el desplazamiento no sólo de ciertos intereses, sino de instituciones, costumbres, supersticiones y códigos morales arraigados. Tampoco es inconcebible, en la era de la automatización y de la energía nuclear, que el Estado capitalista pueda adquirir un papel directivo (hasta 51%) dentro de la economía en su conjunto, sin una subversión de la sociedad capitalista: la lucha de estatus, las reuniones de los

futuro -recordar que "Revolución" es de 1960- que tampoco respondería a un solo modelo abstracto.

directivos, el encuentro Eton-Harrow,[40] *News of the World*,[41] todo eso continuará.

REVOLUCIÓN DE FONDO

Ciertamente, la transición puede ser definida –en el más amplio sentido histórico– como una transferencia del poder de clase: el desplazamiento del poder del capital de los puestos de mando, y la reivindicación del poder de la democracia socialista. Ésta es la laguna histórica entre la última etapa del capitalismo y el socialismo dinámico, el punto en el cual el potencial socialista se ha liberado, el sector público asume el rol dominante, subordinando a su mando al privado, y sobre una enorme área de vida, las prioridades de la necesidad sobrepasan aquéllas de la ganancia. Pero este punto no puede ser definido en simples términos políticos (mucho menos parlamentarios), tampoco nosotros podemos estar seguros, por adelantado, de en qué contexto se dará la ruptura. Lo más importante en lo que se debe insistir es en que es necesario averiguar el punto de quiebre, no sólo por especulación teórica, sino también en la práctica, continuando implacablemente con las presiones de reforma en diversos ámbitos diseñados para alcanzar la culminación revolucionaria. El punto de ruptura no es un simple concepto político: va a encabezar una confrontación, a través de la sociedad, entre dos sistemas, dos formas de vida. En esta confrontación, la conciencia política

40. Se trata del encuentro de cricket entre el Eton College y Harrow School. Ambas son *public schools*, centros de enseñanza privada de prestigio. Sobre el papel de éstos en la formación escolar de la élite británica, en concreto de Eton, puede consultarse Orwell, 2006: 112 y 261-262. Sobre la relevancia de las actividades deportivas y el valor del *fair play* en esta educación elitista, ver Howarth, 1978: 160-161 y Hobsbawm, 2003: 109-110. Thompson se refiere, por tanto, al hecho de que ciertos valores y prácticas no son desterrados por el mero paso de una economía liberal a una de estado social; en este caso, valores y prácticas asociados al tradicionalismo británico y su reproducción en la clase dominante.

41. Ver la nota 48 en "El humanismo socialista".

se intensificará; toda influencia directa y dudosa será llevada a la defensa de los derechos de propiedad; el pueblo será forzado por los eventos a ejercer su fuerza política e industrial. Una confrontación de este orden no está confinada dentro de las páginas de Hansard;[42] ésta involucra la formación de la revolución simultáneamente en diversos campos de la vida. Implica el quiebre de algunas instituciones (la Cámara de los Lores, Sandhurst,[43] Aldermaston, la tasa de cambio, los monopolios de la prensa y la deuda nacional están entre esos que desde ya, atentan contra sí mismos), la transformación y modificación de otras (incluyendo la Cámara de los Comunes y los bienes nacionalizados), y la transferencia de las nuevas funciones a otras (consejos municipales, consejos de consumidores, cámaras de comercio y el resto). La *forma* de una revolución puede depender de las formas del poder; pero, en el análisis final, su *contenido* depende de la conciencia y la voluntad del pueblo.

LOS MONOPOLISTAS Y EL PUEBLO

Así como ha cambiado el tipo de revolución que es posible, así también lo ha hecho la situación potencial revolucionaria. No necesitamos pensar en el desastre como el preludio necesario para avanzar. En un sentido, ahora estamos viviendo de manera constante en el límite de una situación revolucionaria. Esto es porque no nos atrevemos a romper las convenciones entre nosotros y esa situación donde lo político decae y la apatía prevalece. Pero dicha revolución exige la ampliación máxima de las demandas positivas, el despliegue de las habilidades creativas dentro de una estrategia revolucionaria

42. Es el nombre con el que popularmente se conocen las transcripciones públicas de los debates del Parlamento británico. El nombre procede de Thomas Curson Hansard, quien fue el primer impresor que los editó en el siglo XVIII. Sobre la campaña de Wilkes para lograr que las discusiones en el Parlamento se hicieran públicas, puede consultarse la nota 7 de "El punto de producción".

43. Es la academia militar donde se forman los oficiales del ejército británico.

consciente, la reivindicación de los valores de los bienes comunes o, en palabras de William Morris, la "formación de los socialistas".[44] No se puede, y no se debe, confiar exclusivamente en las negativas explosivas del antagonismo de clase. Y esto es lo más sencillo de imaginar si dejamos de dibujar esa línea imaginaria entre los trabajadores industriales y el resto. El número de gente que está completa y firmemente interesada en la defensa del *status quo* es muy pequeño, a pesar de las advertencias de Ralph Samuel sobre el crecimiento de la comitiva de las corporaciones.[45] Paralelamente a los trabajadores de la industria, debemos ver a los maestros que quieren mejores escuelas, a los científicos que desean impulsar la investigación, a los trabajadores sociales que quieren hospitales, a los actores que desean un teatro nacional, a los técnicos impacientes que quieren mejorar la organización nacional. Dichas personas no quieren estas cosas sólo porque sí, ni en mayor grado que todos los trabajadores industriales, pero sí con conciencia de clase y lealtad a sus enormes valores de comunidad. Sin embargo, estas afirmaciones coexisten completa y parcialmente, al mismo tiempo, con el *ethos* del Estado de oportunidad. Es tarea de los socialistas dibujar la línea, no entre una incondicional pero decreciente minoría y una mayoría constante, sino entre los monopolistas y el pueblo, para fomentar los *instintos de la sociedad* e inhibir a la sociedad adquisitiva. Sobre estos aspectos positivos, y no sobre los escombros de una sociedad destruida, se debe construir la comunidad socialista.

44. Sobre la idea de Morris de "formar socialistas" y su relación con el utopismo y la educación en el deseo, puede consultarse "El punto de producción".

45. Raphael Samuel fue un historiador inglés vinculado al Partido Comunista, el cual –al igual que Thompson– renunció tras la invasión de Hungría. Formó parte del Grupo de Historiadores de dicho partido, sobre el cual escribió un extenso estudio que constituye, junto con el de Hobsbawm, una excelente puerta de entrada a este episodio clave en el desarrollo de la historia social en Gran Bretaña (Samuel, 1980). Fue cofundador de *Past and Present* y mantuvo, a través de esta revista y de otros proyectos colectivos, un estrecho contacto con Thompson.

CÓMO DEBE TRABAJAR EL NUEVO MODELO

¿Cómo es que se hará eso? En este punto se podría iniciar un nuevo volumen. La elaboración de una estrategia revolucionaria democrática, que va en una línea común en torno a las demandas salariales y las demandas éticas, el ataque sobre las finanzas capitalistas y el ataque a los medios masivos de comunicación, es una tarea inmediata. Esto demanda investigación y discusión, publicaciones, libros, Clubes de Izquierda. Demanda organización para educación y difusión. Demanda el intercambio de ideas entre los especialistas y aquéllos cuyas experiencias –en la industria nacionalizada o en el gobierno local– les permiten ver, más claramente que a un teórico, los límites del viejo sistema y los alcances del nuevo.

Esto también demanda la ruptura con el fetichismo parlamentario que supone que todo avance debe pasar por el cambio legislativo. Los beneficios más populares se han ganado, en primer lugar, por la acción directa para incrementar los salarios, mejorar las condiciones de trabajo, acortar la jornada laboral, construir cooperativas, fundar guarderías. No necesitamos una fórmula del comité ejecutivo nacional del Partido Laborista para que podamos formar asociaciones o clubes juveniles, escribir obras o presionar al Ministerio de Minería sobre nuevas formas de control para los trabajadores.

Tampoco debe verse esto como una alternativa al trabajo de las instituciones existentes del movimiento obrero. Los defensores de la Cláusula 4 están, en cierto sentido, permaneciendo leales al concepto de revolución socialista. Frecuentemente, este concepto es defendido con lealtad *religiosa*, como declaración de fe de que la Cláusula pueda quizás, en el tiempo de nuestros bisnietos, ser desempolvada y puesta a trabajar. Lo que se requiere es un nuevo sentido de inmediatez. Los socialistas deberían estar luchando, no una batalla defensiva por una cláusula ambigua, sino una campaña ofensiva para ubicar la transición a una nueva sociedad a la cabeza de la agenda. En esto, la

nueva protesta de la generación Aldermaston en contra de las convenciones de la política, y las lealtades tradicionales de los miembros en masa del Partido Laborista –aunque ellos no lo harían de manera automática–, vienen unidos en una agitación común.

Al final, debemos regresar al centro del poder político: el Parlamento. Es aquí donde el plan parece no tener futuro, porque las convenciones del capitalismo son más fuertes, la adaptación es más absoluta, pero necesitamos no perder la esperanza. Es la ilusión más grande de la ideología y la apatía, que los políticos se ocupen de algo. De hecho, ellos comúnmente legislan para tomar en cuenta los eventos que ya sucedieron (¿acaso Lord Attlee realmente liberó a la India?, ¿acaso Lord Morrison of Lambeth arrebató las canteras de los dueños de las minas?).[46]

Por supuesto, más socialistas deben ser enviados al Parlamento. Es por medio de un movimiento de agitación venido desde abajo que los nuevos líderes de genuino calibre madurarán. Pero, en el diagnóstico final, el contexto dictará a los políticos y no a la inversa. Y los socialistas deben construirlo.

Mientras tanto, nuestros problemas locales están contenidos dentro del más amplio contexto de la diplomacia nuclear y el tratado imperial. Y de esto surge una oportunidad y un reto. La oportunidad de una ruptura revolucionaria debe, en la medida de lo posible, surgir de la política internacional, así como de la política local en torno a causas industriales. La protesta debe ganar suficiente fuerza en Gran Bretaña para forzar a nuestro país a salir de la OTAN. Las consecuencias de esto se sucederán rápidamente. Los americanos pueden responder con sanciones económicas. Gran Bretaña debe enfrentarse con dos alternativas, ya sea de

46. Herbert Morrison fue un político laborista que ocupó diferentes ministerios durante el gobierno de Attlee. Era uno de los hombres fuertes del partido y se situaba en una línea más derechista, oponiéndose, por ejemplo, al proyecto del Servicio Nacional de Salud promovido por Aneurin Bevan.

complicidad o con una reorientación del comercio a largo plazo. El dilema podría agitar la conciencia del pueblo en su conjunto, no como una teoría abstracta de la revolución, pero sí como una elección política real e inmediata que sea debatida en las fábricas, las oficinas y las calles. La gente puede volverse consciente de la elección histórica que se presenta ante nuestro país, así como lo hicieron durante la Segunda Guerra Mundial. Los antagonismos ideológicos y políticos se endurecerán. La no-complicidad con Norteamérica llevará a ganar el apoyo activo e informado de la mayoría del pueblo, pero también generará políticas que traerían problemas y penurias. La dificultad planteará la justa distribución de los recursos. Los dogmas del área esterlina caerán. Controles más severos tendrán que imponerse a los bancos y a las casas de valores. Las intrigas de los miembros de la casta militar dominante serían caldo de cultivo para quebrantar las instituciones burocráticas militares. Una elección llevará a otra, y con cada decisión, una conclusión revolucionaria puede volverse más ineludible. Los propios eventos revelarán a la gente la posibilidad de la alternativa socialista; y si éstos fueran secundados por la agitación y las iniciativas de miles de socialistas convencidos en cada área de vida, la revolución socialista se llevaría a cabo.

No ofrecemos esto como una predicción, pero sí como la impresión de *una* posible manera en la cual una situación revolucionaria pudiera darse, resultando no del desastre, sino de una iniciativa popular activa. Y el reto es éste. De todos los países de Occidente, Inglaterra es quizás el mejor posicionado para efectuar dicha transición. El equilibrio aquí es el más precario, el movimiento obrero es el menos dividido, la tradición demócrata socialista es la más fuerte. Y es este evento lo que puede romper el bloqueo que la Guerra Fría ha representado, e iniciar una nueva ola mundial de progreso. El avance de Europa Occidental y, en formas menos directas, la democratización del Oriente, puede estar esperando por nosotros.

¿CUÁNTO PODEMOS ESPERAR?

¿Es inútil esperar? ¿Acaso Islandia o Italia estallarán primero? ¿Acaso Gran Bretaña se hundirá bajo viejos hábitos, instituciones enraizadas, con su casco astillado por la nostalgia, medio anegado, yéndose a la deriva hacia el siglo XXII, una España burguesa entre las naciones socialistas? Sería tonto ser demasiado optimista. Pero lo sería más si se subestimara la larga y tenaz tradición revolucionaria del ciudadano común británico. Es una tradición domesticada, de buen humor, responsable y pacífica, aunque al mismo tiempo es revolucionaria.

De los castigos a los *Levellers* lanzados por los hombres de Cromwell en Butford,[47] hasta los tejedores masacrados bajo sus estandartes en Peterloo,[48] las luchas por la democracia y por los derechos sociales siempre han estado entrelazadas. Del encuentro

47. Thompson se refiere al motín acaecido en 1649 en el seno del ejército liderado por Cromwell en la Guerra Civil Inglesa. Los amotinados formaban parte de los *levellers*, y la represión del motín sirvió para acabar con la influencia de este grupo en el seno del ejército. Sobre los *levellers*, puede consultarse la nota 44 en "El humanismo socialista".

48. La masacre de Peterloo tuvo lugar en Manchester en 1819. En el contexto de una grave crisis económica tras las guerras napoleónicas, grupos radicales y *Trade Unions* organizaron una manifestación multitudinaria de protesta, reivindicando la apertura de la representación política y el reconocimiento legal de reuniones públicas y organizaciones políticas. Los magistrados locales, en connivencia con los propietarios de las fábricas, solicitaron la presencia del ejército con el fin de disolver la manifestación y detener a los líderes. La carga de la caballería arrojó un saldo de 15 muertos y cientos de heridos. En *The Making*, Thompson dedica un apartado a este suceso, señalando que puso de manifiesto la debilidad del Antiguo Régimen en Inglaterra y preparó al país para la gran reforma de 1832, por la cual se extendió el sufragio a una parte de la clase media y a las ciudades industriales –aproximadamente uno de cada seis habitantes pudo votar tras la reforma–. Por otro lado, para Thompson, este episodio constituye no sólo un evento en la cadena ascendente de la apertura política del régimen inglés, sino una clara expresión del conflicto de clases que vivía el país, contribuyendo de manera decisiva a la emergencia de la conciencia de la clase obrera inglesa.

en el campamento cartista[49] a las patrullas en los muelles, se ha hecho presente de la manera más natural en el lenguaje de la revuelta moral. Sus debilidades, su escaso interés en torno a la teoría que conocemos muy bien; sus fortalezas, su resistencia y firme humanidad, que tan fácilmente olvidamos. Es una tradición que podría erigir el mundo socialista.

49. Sobre el cartismo, ver nota 44 en "El humanismo socialista".

¡REVOLUCIÓN OTRA VEZ! O TÁPATE LOS OÍDOS Y CORRE (1960)

PRESENTACIÓN

En este texto –publicado en 1960 en el número 6 de la *New Left Review*–, Thompson repasa algunas de las críticas de las que fue objeto su texto "Revolución", y el volumen *Out of Apathy* en el que fue publicado. Las críticas vinieron tanto de dentro como de fuera de la *New Left Review*. En el número 4 de 1960 se publicó "Change of Quality" de Charles Taylor, donde se cuestionaba la proyección que Thompson había realizado en "Revolución" de un posible escenario revolucionario en Gran Bretaña. En el número 5 se publicaron la mayor parte de los comentarios de Judith Hart, John Keenan, Eric Heffer, Harry Hanson y Wright Mills. La respuesta de Thompson apareció en el siguiente número y, si bien no discute con cada uno de los críticos, expone algunos puntos que ayudan a entender su propuesta inicial sobre el problema de la revolución. Como hemos señalado, Thompson discute también con los críticos de *Out of Apathy*, quienes provenían tanto de las filas del laborismo como de diferentes partidos comunistas –especialmente de grupos trotskistas–, pues éstos colaboraban en la Nueva Izquierda, tanto en la revista como en los Clubes provinciales. De los primeros, Thompson crítica el discurso que se estaba generalizando en torno a la *New Left Review*, de la cual se decía que un núcleo de gente joven, idealista y valiosa estaba siendo *corrompido* por la influencia de los viejos marxistas y excomunistas. Frente a esta lectura con amplia difusión en los medios afines al laborismo, Thompson esgrime una contrarréplica en la que señala que el disgusto de los críticos proviene en realidad de la profunda y radical politización de la *New Left* –de la cual, sostienen sus oponentes laboristas, habría que culpar en todo caso a los antiguos marxistas–. Frente a esta recepción de la obra se

encuentra la de la izquierda leninista, que echa de menos un enfoque marxista menos tibio y recuerda la necesidad de que esas ideas contribuyan a la toma del poder por parte de la clase trabajadora. La contrarréplica de Thompson no sólo es interesante como crítica al dogmatismo, sino que pone de manifiesto comportamientos característicos de esta izquierda radical en el día a día de las reuniones de los clubes y las asambleas; comportamientos que bajo la lógica del purismo político contribuyen a arruinar esos encuentros. En la segunda y tercera parte del artículo ("La vieja conciencia y la nueva" y "Un nuevo tipo de política"), Thompson retoma el debate abierto en "Revolución" sobre la clase y la conciencia de clase –apelando a diferentes experiencias históricas para argumentar en favor de una concepción dinámica e histórica de ambos conceptos–, y sobre el proceso revolucionario del socialismo como una coyuntura histórica abierta y no predeterminada que requiere de un tipo de política que rompa con las formas tradicionales de los partidos comunistas y la estrategia evolucionista del laborismo.

Alejandro Estrella

Este artículo se publicó originalmente en inglés con el título "Revolution again! Or shut your ears and run", en *New Left Review*, nº 6, 1960.

"¿Bajo cuál rey, pordiosero?" "¡Mi dios!", gimió Gudrun. "¿Acaso no sería maravilloso si Inglaterra de repente estallara como si se tratara de fuegos pirotécnicos?". "No se podría", dijo Úrsula. "Están muy apagados, la pólvora en ellos está muy mojada". "No estoy muy seguro de eso", dijo Gerald. "Tampoco yo", dijo Birkin. "Cuando los ingleses realmente empiecen a explotar, en masa, será momento de taparse los oídos y correr". "Nunca lo harán", dijo Úrsula. "Ya lo veremos", respondió él.

D. H. Lawrence. *Mujeres enamoradas*[1]

La palabra *revolución* es como una campana que hace a algunos babear de manera aprobatoria o desaprobatoria de acuerdo con su respuesta condicionada.[2] Después de ver el título del último capítulo de *Out of Apathy,*[3] algunos dijeron: "Revolución: apocalíptica, sueño marxista, opio de los intelectuales, nostalgia del cartismo,[4] retórica utópica, etcétera". Otros dijeron: "¿Revolución? ¡Yo estoy haciendo todo por que –abajo el destino, la Bomba,[5] el *establishment*, los medios masivos de comunicación, el Shell Building[6] y demás– llegue el día!".

1. Se trata de un fragmento de *Mujeres enamoradas*, obra que D. H. Lawrence escribió como secuela de *El arcoíris*. Sobre el autor y esta obra puede consultarse la nota 30 en "Revolución".
2. Thompson utiliza aquí un tono sarcástico para referirse a los críticos en términos del famoso experimento de Ivan Pavlov, quien es considerado el padre del conductismo. La crítica de Thompson al conductismo como esquema implícito de comprensión de la conducta humana puede apreciarse en su denuncia de la ideología estalinista en "El humanismo socialista".
3. Sobre el estatus del texto *Out of Apathy* y el proyecto de los *New Left Books* puede consultarse "Revolución".
4. Sobre el cartismo, ver nota 44 en "El humanismo socialista".
5. Sobre la Bomba, puede consultarse la nota 12 en "El socialismo y los intelectuales".
6. O *Shell Centre* son las oficinas centrales de la petrolera Shell en Londres. La Royal Dutch Shell es un consorcio anglo-holandés y una de las más grandes multinacionales del mundo. Thompson lo trae a colación como metáfora de uno de los poderes contra los que combate el purista revolucionario.

En la discusión publicada, así como en las cartas de los lectores y en las reuniones de los Clubes, se ha continuado con muchas líneas interesantes.[7] Pero para la mayoría de los lectores está claro que este concepto sugiere –en el mejor panorama– una contingencia muy remota, –en el peor– un ejercicio en el escolasticismo. Mi sugerencia de que "en un sentido, ahora estamos viviendo de manera constante en el límite de una situación revolucionaria" fue desairada o ridiculizada.

Me parece que éste todavía es el punto crucial del argumento. No quise decir que estamos viviendo en el límite de una situación que de repente se revelará de manera tan dramática que todos la identificarán como revolucionaria. Tampoco que estamos destinados a entrar en una crisis temprana que sólo admitirá una solución revolucionaria, como el argumento de Hanson sobre "el día del Juicio". Mientras que para Crossman éste es relevante en su actual posición, para mí resulta irrelevante a la luz de *Out of Apathy*. Podríamos fácilmente dejar pasar *nuestra* revolución tal y como lo hicimos en 1945.[8]

Acepto la crítica de Charles Taylor de que al final del ensayo sólo hago un boceto sobre las posibles consecuencias de una retirada británica de la OTAN, con tal brevedad que da pie a la noción de una crisis cataclísmica en una nueva forma; aunque mi intención

7. Sobre los Clubes de Izquierda y el papel que desempeñaron en el desarrollo de la *New Left*, puede consultarse la nota 20 "El socialismo y los intelectuales", nota 27 de "La Nueva Izquierda" y nota 22 de "El punto de producción".

8. Thompson recuerda aquí que él no está sosteniendo una visión cataclísmica del proceso revolucionario, tal y como describía Harry Hanson en "Socialismo y afluencia", advirtiendo éste, en tono bíblico, los peligros del Día del Juicio. No sin cierta ironía, Thompson señala que esta idea de la revolución como ruptura violenta y puntual, a quien quizás preocupa más es al *establishment,* e incluso a la dirección del Partido Laborista, a la que identifica con Richard Crossman, quien en ese mismo año (1960) había sido elegido como presidente de dicho partido. Sobre el modelo cataclísmico y evolucionista de revolución y la crítica de Thompson a ambos, puede consultarse "Revolución".

no era sugerir que si tenemos éxito al separar a Inglaterra de la OTAN, entonces habremos atrapado al pueblo británico en una situación imprevista con una inevitable salida revolucionaria. Dado que la Guerra Fría es la causa más efectiva de apatía[9] –inhibiendo o distorsionando todas las formas de crecimiento social–, y siendo la OTAN el respaldo del poder occidental capitalista, el pueblo británico no será capaz de abstraerse de este contexto sin gestar una lucha popular que al mismo tiempo generará presiones en cien direcciones más y despertará la conciencia política de la nación.

La primera etapa de esta lucha comenzó en Aldermaston[10] y culminó en la victoria de Scarborough.[11] La segunda ya ha comenzado. En el momento en el que escribo, los delegados están regresando a sus distritos y movilizando apoyo, así como los miembros del Parlamento Largo regresaron a sus provincias a levantar a sus tropas.[12] Este año, la lucha será más aguda que la que hemos visto en los últimos quince.

9. Sobre la Apatía como la ideología dominante durante la Guerra Fría, puede consultarse la nota 13 en "La Nueva Izquierda".

10. Sobre Aldermaston, puede consultarse la nota 11 en "La Nueva Izquierda".

11. Thompson se refiere a la conferencia del Partido Laborista de 1959 en Scarborough, donde el giro conservador que Gaitskell intentó imprimir al partido mediante la revisión de algunas de las cláusulas fundamentales del programa –ver la nota 15, "El socialismo y los intelectuales. Una Réplica". – fue frenado por las bases del partido, de orientación más izquierdista. Para integrantes de la *New Left* como Thompson, esto fue visto con gran esperanza, ya que este hecho parecía apuntar hacia un divorcio entre las bases y la dirección del laborismo y una posible convergencia entre las primeras y la *New Left*.

12. Durante el reinado de Carlos I de Inglaterra (1625-1649), el monarca convocó al Parlamento en dos ocasiones con la intención de lograr financiación para la guerra con Escocia. En la primera, la convocatoria duró sólo tres semanas, de ahí que fuera denominado como Parlamento Corto. La segunda ocasión supuso un giro en las relaciones entre el rey y la Cámara. Ésta logró afianzar su independencia y, entre otras reformas, aprobó que el Parlamento sólo podía ser disuelto por sus miembros, sustrayendo esta prerrogativa al rey. Por este motivo, sus sesiones

Como lo muestra Stuart Hall (este número, pp. 3-8), nos estamos embarcando en una lucha, no para *ganar* el movimiento obrero, sino para transformarlo.[13] Y ¿al final de esto? Quizás todavía no encontremos a los *tories* en el poder, al Partido Laborista *fragmentado* –palabra atemorizante (¿cómo está ahora?)– y al *electorado* consternado y confundido. Probablemente, éste será el resultado a corto plazo. Pero si esto fuera todo, ¿cómo explicamos la profunda ansiedad con la que el *establishment* ve el error de Gaitskell al no contener la rebelión dentro del partido laborista? Detrás de la discusión, en las publicaciones liberales y conservadoras, en torno a la *amenaza* de nuestro *sistema de dos partidos*, seguramente existe el temor de que las energías estén liberándose, ésas que habían sido contenidas de manera segura por quince años, dentro de los límites y las convenciones bipartidistas, y que pueden, en el largo plazo, poner en peligro al propio sistema. Los laboristas están dejando de ser la oferta de una forma alternativa de gobernar a la socie-

duraron de 1640 a 1649, año en el que -tras ser derrotado en la Guerra Civil- el rey fue ejecutado, acusado de traición por el propio Parlamento. Thompson se refiere a la labor que llevaron a cabo los parlamentarios para movilizar a las tropas y recabar apoyos en la Guerra Civil contra los realistas.

13. Stuart Hall fue uno de los integrantes de la Nueza Izquierda y uno de los editores de la *New Left Review* en su primera etapa. Provenía del ala de la *Universities and Left Review* y representaba una línea más culturalista -atenta a las nuevas expresiones simbólicas de las clases populares y de las nuevas generaciones- que la representada por el grupo que provenía del *New Reasoner*, cuyos miembros, como Thompson, se sentían más próximos a la herencia marxista y socialista. Estas diferencias fueron objeto de debate en no pocas ocasiones, tanto en privado como en las páginas de la revista. Al finalizar la aventura de la *New Left*, Stuart Hall fue uno de los fundadores del *Centre for Contemporary Cultural Studies* de Birmingham. El otro gran proyecto que nació tras el fracaso de la *New Left Review* fue el *Socialist Register*, dotado de un enfoque histórico y político que contrastaba con el culturalista y antropológico de los *Cultural Studies*. Sobre el origen del *New Reasoner* y de *Universities and Left Review,* puede consultarse la introducción; sobre la fusión de las dos que dio origen a la *New Left Review,* la nota 12 de "La Nueva Izquierda"; sobre el fracaso del proyecto colectivo, las notas 18 y 20 en "El punto de producción".

dad presente, y están empezando a buscar una sociedad alternativa. MacMillan[14] ya no se puede sentar de manera segura en una silla que amablemente le haya ofrecido Gaitskell. Él prefiere sentarse en la misma silla que fue usada por el ex primer ministro Kishi, de Japón.[15]

Primer punto en defensa propia: *Out of Apathy* fue concebido como un libro sobre la apatía. Así fue como llegamos: la Nueva Izquierda primero surgió como una revuelta *en contra* de la apatía dentro de un contexto social y político en particular.[16] Deseábamos mostrar las interconexiones entre diversos fenómenos de la apatía en la vida económica, social, intelectual y política, su territorio común en una sociedad capitalista *de la afluencia*, en el contexto de la Guerra Fría, y plantear que las tensiones y las tendencias positivas estaban presentes, lo que podría –pero no necesitaba forzosamente– sacar a la gente de esa apatía en dirección a una resolución socialista.

Pienso que *Out of Apathy,* de hecho, sí cumple con esto. Pero cuando llegamos a este punto, nuestro espacio ya estaba sobrepasado, y sólo apelando al buen temperamento de nuestro editor, fuimos capaces de obtener 5000 palabras adicionales para una conclusión. Todos los colaboradores sintieron que el libro quedaría

14. Harold MacMillan fue líder del Partido Conservador y primer ministro entre 1957 y 1963.

15. Thompson usa un tono sarcástico al traer a colación al que había sido, hasta ese mismo año, primer ministro de Japón, y compararlo con Harold MacMillan. Una de las razones de la renuncia de Kishi había sido la campaña de protesta popular que había suscitado en su país su acercamiento a Estados Unidos en materia militar y de seguridad. Por otro lado, MacMillan había seguido una política similar que se había materializado en el Tratado de Defensa Mutua de 1958, por el que se regulaba la cooperación nuclear entre Estados Unidos y Gran Bretaña, lo que contribuyó a fortalecer al movimiento británico por la paz y la Campaña por el Desarme Nuclear (CND). De esta manera, Thompson compara la situación precaria de ambos con los movimientos populares y su dependencia respecto al militarismo norteamericano.

16. Puede ampliarse información sobre la New Left en la nota 23 de Nueva Izquierda.

flotando en el espacio, pero en el último momento se hizo un intento por atar los cabos lanzando la cuestión de la transición a una sociedad socialista –que yace debajo de las convenciones de nuestra política externa bipartidista y de *economía mixta*–. ¿Cómo llegamos de una sociedad irresponsable a una sociedad humana y responsable, de una ética de dominación y de consumo a una de autogestión y comunal? Esto es lo que "Revolución" intentó hacer, y las fallas en la ejecución son mi propia responsabilidad.

Segundo punto, nosotros subestimamos el grado al que los lectores (y reseñistas) serían llevados por sus propias expectativas, así como por la publicidad, al esperar un tipo de libro muy distinto. Los externos, que tenían una vaga noción de la Nueva Izquierda como un grupo de presión más que peleaba por el poder dentro del Partido Laborista, esperaban del primero de nuestros libros una declaración definitiva de nuestra posición, algo de la naturaleza de un gran manifiesto junto con un programa inmediato de doce puntos para el movimiento obrero, el CND y el socialismo mundial. Los internos –lectores de la *NLR* y miembros de los Clubes de Izquierda– no estaban menos impacientes por encontrar algo cercano a lo primero –una vigorizante declaración de propósitos–, algo a lo cual adherirse, algo por lo que luchar, algo qué *hacer*.

Y de ahí los nubarrones de frustración que descendieron sobre nuestras cabezas. Una disculpa por el primer error. Este artículo es una penitencia por ello. Por el segundo, no hay mucho de qué disculparse, especialmente con los miembros de los Clubes de Izquierda. Si hubiéramos intentado elaborar una gran síntesis y un programa, habría sido una porquería a corto plazo, y ahora mismo estaría volando en los vientos post-Scarborough junto con una docena de otros programas de izquierda de los últimos cinco años.

La Nueva Izquierda no es el tipo de movimiento que deba conformarse con un falso Libro de Respuestas y tampoco es del tipo donde las masas esperan abajo por aquéllos que están arriba

para señalarles la única línea correcta. Una parte de nuestra perspectiva nunca podría ser reducida a un programa cualquiera de diez puntos. ¿Cuántos de los valores de igualdad sexual o de comunidad, o la aspiración a una cultura común, pueden ser capturados dentro de un conjunto de propuestas específicas? Pero la parte que sí se puede debe hacerse bien, y no moldeada en la forma de una resolución para una conferencia de emergencia. Esta labor está bien hecha siempre (por ejemplo, los artículos de John Hughes, Raymond Williams y Duncan Macbeth en *NLR* 4). Elaborar estas políticas será una de las funciones de los próximos *New Left Books*.

UN AROMA A MIEL

Sin embargo, la elaboración de políticas particulares implica una crítica general de la sociedad, y cuando reemplazamos el término pasivo de *crítica* por la noción de un nexo de cambios radicales en muchos campos interconectados, entonces regresamos, una vez más, al problema de la revolución. Es exactamente este punto crucial en la perspectiva de la Nueva Izquierda al que se ha llegado este verano, bajo un ataque incesante que se ha desarrollado de manera tan similar en distintos países que uno está casi tentado a ver en ello una mano que coordina una conspiración.[17] Por lo menos, está la infatigable mano de Julius Gould, quien, habiendo fracasado en su intento de exterminar *Out of Apathy* desde su publicación en el *Observer*,[18] ha perseguido las columnas de correspondencia

17. A lo largo de todo el párrafo siguiente, Thompson hace un recorrido por las críticas de intelectuales y políticos a la influencia marxista y comunista en la *New Left*. Ésta se presenta como un movimiento idealista y positivo que ha sido estropeado por la influencia negativa de los marxistas. Se pone de manifiesto el impacto de *Out of Apathy* en los medios, y la lectura condescendiente pero políticamente conservadora de los críticos.

18. El *Observer* es un periódico semanal que se publica desde finales del siglo XVIII. En la época en la que Thompson está escribiendo estaba situado en la órbita de un laborismo moderado. El autor parece querer decir que, desde que el

del *Times Literary Supplement*, donde denuncia su "crudo y *vocífero* marxismo": la responsabilidad de esto yace con el pequeño grupo de excomunistas que han mantenido tal poder sobre la Nueva Izquierda y la han usado hábilmente como un vehículo para revivir y publicitar su fe marxista (16 de septiembre de 1960).

La misma teoría conspirativa en la historia de la Nueva Izquierda (así como el mismo ataque y empleo peyorativo de *marxista*) es ofrecida por Bernard Crick en el *Political Quarterly* (julio-septiembre 1960): la "fuente de un idealismo incipiente" de *Universities and Left Review* "ha sido llevada a dar un paseo por unos cuantos viejos marxistas que saben lo que quieren"; y está incluido en *Socialist Commentary* (septiembre 1960) por John Gillard Watson, quien encuentra que los *viejos marxistas* están *distorsionando* la historia de la Nueva Izquierda, "tratando de dominar" el movimiento, y "saben cómo explotar la inocencia política y el entusiasmo de la ULR y sus lectores" (en el mismo artículo se me compara con Zhdanov y se me acusa de "peculiar deshonestidad" en el uso de las citas de D. H. Lawrence, está bien, todavía las estoy usando).[19] Pero aparte de dicho abuso –y con los críticos no se puede discutir, ya que ellos no ofrecen argumentos, sino sólo una exhibición de rencor–, algunos críticos más escrupulosos se concentran en la misma supuesta incompatibilidad de las tendencias *marxistas* e *idealistas* en la Nueva Izquierda. El profesor J. M. Cameron ha advertido a los escuchas del Tercer Programa[20] en contra de los *vestigios del bolchevismo* de la

volumen de *Out of Apathy* tuvo un espacio en el *Observer,* fue duramente criticado por Julius Gould, quien acudió para denunciar el contenido marxista del volumen al *Times Literary Supplement*, el suplemento cultural del *Times*, diario situado en un espectro más conservador.

19. Sobre Andréi Zhdanov, ver la nota 7 en "El socialismo y los intelectuales. Una réplica".

20. Era un programa de radio de la BBC de temática artística y cultural. Fue uno de los programas con mayor audiencia de la radio pública británica y un referente en el ámbito de las artes y las letras.

Nueva Izquierda, que él atribuye largamente a los *opiáceos* marxistas que se han escabullido en el grupo de *New Reasoner*. Ken Coates ha escrito al *Listener* (6 octubre 1960) ansiosamente, confirmando la tesis del profesor (aunque él la llevaría a una conclusión opuesta), ubicando a la Nueva Izquierda en una lucha por el dominio entre Prometeo y Adán, o (quizás de manera menos prosaica) entre Alasdair MacIntyre y Charles Taylor.[21]

Hay dos problemas aquí: uno de esclarecimiento filosófico y teórico a largo plazo, y otro de significado político inmediato. El primer problema –de la diferencia en el origen, énfasis y conjetura de algunos colaboradores, en particular del Comité Editorial de esta revista– demanda una discusión exacta y discriminatoria a la cual no me voy a referir aquí. No hay duda de que hay diferencias en el énfasis, y con el paso del tiempo se vuelven más aparentes y fructíferas. Siempre hemos tenido confianza en que la confluencia de diversas tradiciones en nuestro movimiento es una fuente de fuerza, no de división; y que no estamos esperanzados después de algunas conformidades ideológicas obligadas, de esa *formalidad rígida externa* que adoran todas las sectas, desde los tiempos de Milton hasta nuestros días,[22] y que lleva (en nuestras

21. La metáfora personaliza esa oposición entre los sectores comunistas que *corrompen* a la *New Left* (Alasdair MacIntyre –ver nota 1 en "El punto de producción"– como Prometeo), y la inocencia y el idealismo de los sectores *originales* no vinculados al comunismo (Charles Taylor como Adán).

22. John Milton (1608-1674) fue un escritor, ensayista y poeta inglés y una de las cumbres de la literatura inglesa. Thompson saca a colación la figura de Milton relacionándola con el contexto político y religioso en el que desarrolla su obra. La Guerra Civil en Inglaterra no fue sólo un conflicto político, estuvo impregnada de cuestiones religiosas que informaban los debates sobre la legitimidad del poder y la ley. En cierto sentido, puede considerarse como un episodio de las guerras de religión que vivió Europa durante los siglos XVI y XVII. Milton era protestante y republicano, por lo que apoyó a Cromwell y al Parlamento frente al monarca. Cuando acabó la guerra, desempeñó un papel muy importante como ideólogo del régimen de Cromwell (la *Commonwealth*), escribiendo múltiples ensayos en los que defendía el republicanismo y la soberanía de la asamblea

palabras) "a una gran estupidez conformista, a una mezcla escuálida y sin vida de madera y heno, toda rasurada, comprimida y congelada en conjunto" (*Labour Review, Marxism Today* y *Socialist Commentary* favor de tomar nota).[23] Preferimos discutir las diferencias teóricas abiertamente en estas páginas, y debo desilusionar a nuestros críticos al decirles que, cuando llegan al Comité las discusiones sobre la OTAN, Gaitskell e incluso Julius Gould, los Prometeos y los Adanistas se topan con que sus miembros están en total acuerdo.

Pero el segundo problema –sobre por qué este ataque particular debió montarse en contra de la Nueva Izquierda en este momento– debe ser confrontado de una vez por todas. El agobio de la crítica en la prensa respetable es que dos años atrás había un espléndido idealismo *radical* creciendo entre la juventud cercana a la *ULR*, el cual ahora se ha podrido con el marxismo. Los viejos del *New Reasoner* son la cuchara del jarabe victoriano que está estropeando el abundante barril de la miel partidista. Además, el aroma de esa miel ha provocado masivamente el antojo de muchos distritos. A muchos ojos duros y oportunistas se les vio sollozar envidiosamente cuando los manifestantes de Aldermaston marcharon durante la Pascua pasada. Es cierto que hace dos años, cuando la *ULR* estaba luchando con déficits, y su equipo de producción voluntario estaba a punto de quebrar, ni el *Political Quarterly* ni el *Socialist Commentary* o el Tercer Programa se percataron del espléndido *idealismo incipiente*

parlamentaria. En este contexto, los principios religiosos resultan decisivos en la organización de la comunidad política, como nos recuerda Christopher Hill en *La Revolución Inglesa* o, de manera más reciente, Quentin Skinner en *Los fundamentos del pensamiento político moderno*. La proliferación de sectas a raíz de la reforma luterana y el endurecimiento de las posturas religiosas en un contexto de crisis política como al que nos estamos refiriendo explican la referencia de Thompson a Milton.

23. Se trata de prensa vinculada a organizaciones de izquierda; la primera, a la Liga Obrera Trotskista Socialista; la segunda, al PCGB, y la tercera, al *Socialist Vanguard Group*, un sector minoritario del Partido Laborista al que pretendía encuadrar dentro de la ortodoxia socialista.

que se estaba desplegando. Pero hoy, a todos los políticos oportunistas de la *izquierda* –Gaitskell, Grimond y Gollan (por no mencionar a Gerryhealy)–[24] les gustaría hacer una oferta de compra por el *idealismo de la juventud*. "Aquí hay un conjunto de posturas listas para echarse a andar, hacer uso de y asistir", declara con envidia Crick, a propósito de las filas actuales de la Nueva Izquierda:

No se puede invocar un sentido del servicio, ni siquiera a través de la política. No dejemos duda de ello, *Out of Apathy* no representa a esta gente.[25] Más recientemente, Crosland ha hecho un gesto moderado en el sentido de:

> las cuestiones de educación, de esparcimiento, de cultura y de estética, y el telón de fondo general y los rasgos accesorios de la sociedad. Ésta es la función de los partidos contemporáneos de izquierda: promover y articular estas aspiraciones más imaginativas e idealistas (*Encounter*, octubre 1960).[26]

"Actitudes listas para echarse a andar, hacer uso de", "incluso directamente por la política", "telón de fondo y rasgos accesorios". ¿Son éstas las frases reveladoras? Estoy sugiriendo que no es el marxismo de algún miembro en particular de la Nueva Izquierda lo que provoca dicha ofensa, sino *la política* que informa nuestra crítica en su conjunto, y que une cada pieza separada de ésta. Éste es el

24. Por orden, eran en ese momento los líderes del Partido Laborista, del Partido Liberal y del Partido Comunista, y Gerry Healy era el líder de la IV Internacional trotskista en Gran Bretaña.

25. Bernard Crick (1929-2008) era un politólogo formado en la *London School of Economic*, simpatizante y colaborador del Partido Laborista. La valoración de Crick de la que hace eco Thompson se sitúa en la línea de ese discurso elaborado por la izquierda moderada que aprecia el aire fresco de la juventud de la *New Left,* pero condena el tipo de politización que le imprimen los remanentes del marxismo y el comunismo.

26. Sobre Crosland, ver la nota 81 en "El humanismo socialista"; sobre el *Encounter,* la nota 25 en "El punto de producción".

nudo que une las partes que nuestros críticos quisieran cortar, las conexiones entre la crítica de la publicidad de Raymond Williams y la exposición de John Hughes sobre la subordinación de lo público al sector privado; entre nuestros análisis de las "cuestiones de educación, de esparcimiento, de cultura" y el análisis de la sociedad empresarial; y entre nuestra polémica en contra de la estrategia de la Guerra Fría y nuestra crítica de los componentes intelectuales de la apatía. La preocupación sobre la Bomba o el *apartheid*, el énfasis en los *rasgos accesorios* culturales, nuestra inclinación a ir de un lado a otro con pancartas y discutir sobre la Vida Buena en las cafeterías –cualquiera de estas cosas, tomadas individualmente, podrían ser adoptadas con creces dentro de la actual organización política–. Pero lo que está provocando malestar es nuestra insistencia en que ninguna puede ser tomada por separado; que los socialistas deben confrontar al sistema capitalista, donde la Bomba es promocionada por los medios de comunicación que, a su vez, se apoyan en los patrocinadores que han surgido de las concentraciones privadas de poder, y que explotan al pueblo como productores y como consumidores, al crear un ambiente mental que fomenta el consumo y empobrece los valores de comunidad, de manera que la conciencia tradicional de la clase trabajadora parece estar mermando[27] con la ayuda de la capitulación de Gaitskell a la Bomba y a los argumentos electoreros de la adaptación. Ésta (cuando

27. Sobre la relación que Thompson entiende que vincula a una determinada organización social con la promoción de ciertos valores, puede consultarse la nota 17 en "El punto de producción". La erosión de las formas de vida y la conciencia tradicionales de la clase obrera en Inglaterra como consecuencia de la *opulencia* y los cambios en la sociedad de Posguerra fueron algunos de los grandes temas que preocuparon a los miembros de la *New Left*. Amén del propio Thompson, dos figuras que trataron el tema fueron Stuart Hall y Richard Hoggart. Sobre ambos autores, puede consultarse la nota 32 en "La Nueva Izquierda". Sobre el problema de la conciencia de clase en E. P. Thompson, puede consultarse la nota 35 en "Revolución".

hayamos recuperado el aliento) es la casa que la sociedad irresponsable está construyendo para Jack, y nosotros hemos afirmado que está *mal*, desde los cimientos hasta el techo.[28] Crick y Crosland habrían preferido que tomáramos la casa tal cual, y sólo nos preocupáramos por los muebles y la decoración. Es por esto que insistimos en las conexiones entre la estructura y los acabados, entre el arquitecto, el constructor y la gente que vive en su interior, en que nuestra crítica es revolucionaria y, por lo tanto, está calificando de imposibles a todos los intentos de emprender una política de reformas parciales sólo con un barniz de juventud.

"¡LEVÁNTESE Y ENTREGUE, CAMARADA!"

No creo que el intento de estafar a las filas de la Nueva Izquierda hubiera tenido oportunidad de triunfar. Los Clubes están creciendo en número, organización y madurez, gracias a su *política*. Pero eso me trae a la memoria algunos ojos *marxistas* (a su modo) que también sollozaron. Cuando Ken Coates critica la *ambivalencia* de la Nueva Izquierda es porque él no nos considera lo suficientemente marxistas.[29] Esta crítica merece una seria discusión, lo más específica y lo menos académica posible. La crítica opuesta –de que algunos de nosotros nos

28. La frase es metafórica y hace referencia a varias instituciones británicas. La intención de Thompson es criticar el tipo de país que se estaría construyendo desde arriba, desde los poderes instituidos. Jack es la manera de referirse a Gran Bretaña, al usar la referencia a la bandera del Reino Unido, también conocida como Union Jack. La palabra *Union* proviene de las sucesivas unificaciones de Inglaterra con Escocia y con Irlanda, amén de Gales. La palabra *Jack* es una forma antigua de referirse a una bandera; en concreto proviene de la enseña que ondeaba en la proa de los barcos. La palabra *casa* se refiere por un lado a la nación, al hogar de todos los británicos –de ahí la referencia a la decoración o la reconstrucción desde los cimientos–, pero también debe relacionarse con el poder legislativo inglés, pues las Cámaras que componen el Parlamento son denominadas como *House* (*House of Commons, House of Lords*).

29. Fue un escritor y militante comunista británico. Tras la invasión de Hungría por los soviéticos se vinculó a la IV Internacional trotskista. En el fragmento, Thompson denuncia el dogmatismo de esta facción marxista.

basamos en nociones marxistas *victorianas* que ya no tienen ninguna validez– es algo que no deseo pasar por alto. Pero también me estoy cansando de algunos de los miembros de las sectas marxistas que aparecen repentinamente en otras partes del país en las reuniones del Club de Izquierda, y en un tono de voz estilo la-bolsa-o-la-vida, cuestionan si el orador es un marxista, si cree en la lucha de clases, o si acaso está esperando adherirse a tal o cual versión del credo. En lo que discrepo no es en la seriedad con la que los sectarios abogan por sus doctrinas, sino en la buena disposición que presentan para denunciar a todos aquéllos que consideran en desacuerdo, como traidores a la causa socialista. El paso de una crítica entre camaradas a una censura total es muy rápido y alarmante. Michael Kidron, un editor de *International Socialism*,[30] concluye en una reseña de *Out of Apathy* –que contiene una crítica valiosa y pertinente– con el siguiente juicio: "Tiene ideas, pero a menos que éstas se vuelvan ideas de la clase trabajadora aspirando a su propio poder, seguirán siendo irrelevantes al movimiento socialista y sin poder para potenciarlo (Otoño 1960)".

El tono es inequívoco aunque es un poco menos intimidatorio que el de Gould. No estoy interesado en la distinción entre una *idea* y una *idea de la clase trabajadora*, distinción que, aunque he trabajado por algunos años como un historiador en la tradición marxista, todavía encuentro complicada. Pero sospecho que, en este pasaje, Michael Kidron tampoco está interesado en este tipo de discriminación. Lo que él trata de insinuar es que tiene una maldición lista para soltar al el conjunto de la Nueva Izquierda, como si se tratara de un grupo de literatos farsantes y aficionados, pero que a su vez está aguardando por unos cuantos minutos más en espera de que uno o dos de nosotros podamos, en esta última hora, decidir alinearnos con la clase trabaja-

30. El *International Socialism* era el periódico oficial del *Socialist Worker Party* (Partido Socialista de los Trabajadores) de tendencia trotskista. Michael Kidron fue su editor durante el periodo 1960 y 1965, contando con Alasdair MacIntyre como coeditor.

dora. Por *clase trabajadora* se refiere a *su* lado y *sus* doctrinas, ya que es la ilusión de todos los sectarios marxistas que su grupo o publicación sea el Arca en la cual la Alianza marxista será preservada. Él habría tenido el mismo efecto si simplemente hubiera tomado las líneas de la vieja epístola: "Bajo ¿cuál rey, pordiosero? Habla o muere".

El término *clase trabajadora* es casi el más peligroso en la retórica del movimiento obrero. Todos nosotros lo empleamos, y con sus asociaciones extraordinariamente ricas tiene el poder para movernos a todos. Por esta razón, la mayoría de las malas ideas que ganan aceptación en el movimiento obrero son fuertemente aclamadas por sus defensores como si se tratase de los intereses de la clase trabajadora (¡pon atención la próxima vez que veas a Sam Watson[31] o a John Gollan[32] usando la palabra!). Pero una mala idea no es mejor sólo por el hecho de ser de la clase trabajadora, y si uno se interesa sobre el avance del movimiento de esta última, se vuelve un tema mucho más dañino. De hecho, el ala derecha usualmente emplea el término de manera descriptiva, para elogiar aquellas actitudes y valores *capitalistas* con las que concuerdan algunos de los trabajadores mientras están leyendo el *Daily Mirror*;[33] mientras los sectarios lo emplean de forma platónica para indicar, no las ideas actualmente sostenidas por un importante número de miembros de la clase trabajadora, sino las que *deben* o podrían sostener de acuerdo con sus intereses, si se conformaran con un sistema doctrinario aprobado. En este caso, una idea de la clase trabajadora es una idea que Michael Kidron aprueba.[34]

31. Era un sindicalista de la minería del norte de Inglaterra, miembro del Partido Laborista, y su presidente entre 1949 y 1950.

32. Sobre John Gollan, ver la nota 34 en "El humanismo socialista".

33. Es un periódico sensacionalista británico. Thompson lo trae aquí a colación como objeto de consumo de masas que ejemplifica la actitud acomodaticia y apática que puede adoptar la clase trabajadora.

34. Al denominar como platónica la actitud de algunos líderes de las organizaciones de izquierda ante la conciencia política de los trabajadores, Thompson, de

Lamento que parezca que estoy eligiendo colaboradores para el *International Socialism*, que me parece la publicación más constructiva con una tendencia trotskista en este país, y cuya mayor parte del comité editorial son activos (y muy bienvenidos) miembros del movimiento del Club de Izquierda. Pero éstas son razones adicionales para hacer estas críticas: primera, porque un diálogo socialista es muy difícil cuando es conducido con gente que quiere descartar a la Nueva Izquierda como una distracción intelectual; segunda, porque este tono puede volverse perjudicial al movimiento de Clubes y puede desacreditar todo aquello que sea creativo en la tradición marxista. No puedo olvidar una desastrosa reunión del Club de Londres (para discutir *Out of Apathy*) en la cual la mitad de una docena de sectas con un pacto previo estaban presentes, y donde cada una había llegado por los medios de su *ciencia marxista* a conclusiones diametralmente opuestas. Un animado odio autoavasallante desplegado de una secta a otra evitó que se produjeran energías especiales en torno a la preocupación por el sistema capitalista o la guerra nuclear, y el aire se condensó con el *sniff-sniff-sniff* de los *teóricos*, quienes confundieron la búsqueda de la transparencia con la búsqueda de la herejía. La palabra *camarada* fue empleada con enormes comillas, como puntas mortales del rasero de la ironía leninista, engalanando las salidas devastadoras del tipo de "¿quizás el camarada Thompson nos dirá si él supone que el socialismo vendrá por mandato de la virgen María?".

LOS PROFETAS INTIMIDATORIOS

Todos nosotros estamos muy familiarizados con estas actitudes y con este tono; la mayoría de los Clubes han sufrido con uno o más de los profetas intimidatorios, heterodoxos u ortodoxos, del *misterialismo*

manera implícita, está trayendo a colación el problema de la falsa conciencia. Al respecto puede consultarse la nota 4 de "El humanismo socialista".

diabólico e histérico.[35] Las *conexiones* son visibles, pero pareciera que son el todo, y ese todo puede ser reducido a unos pocos textos básicos. Cuando alguien discute sobre la OTAN, es asediado por no mencionar una huelga de los trabajadores de la construcción, y cuando está discutiendo sobre la industria minera, es atacado por no traer un análisis completo de la burocracia soviética. Donde la crítica es contundente y válida –como, por ejemplo, en el fracaso de la Nueva Izquierda al desarrollar su trabajo en los sindicatos y en el campo de la industria–, no se expone de manera constructiva –¿cómo podemos mejorar esto juntos?–, pero sí como un tema de denuncia, como una prueba más del carácter aficionado de nuestro movimiento. El marxismo es concebido, no como una tradición viva, sino como una doctrina autocontenida, un medio de aplanamiento y simplificación de cualquiera que fuera el fenómeno que esté en investigación, de manera que ciertos hechos plausibles puedan ser seleccionados (y todos los demás descartados) en función del ornamento o prueba de las suposiciones preexistentes.

Mucho de lo que hoy es reconocido como marxismo no es más que lo que se piensa de este orden, ya sea que comience con la suposición de que los líderes soviéticos están libres de pecado o que lo saben todo. Esto explica el estilo académico en el cual muchos argumentos *marxistas* se han formulado –tesis y cursos–, tesis unidas de manera tan enredada en cada costura que en realidad no

35. En inglés, el término que usa Thompson es *Mysterialism*. Lo que pretende es, irónicamente, generar una cacofonía entre *misterialismo* diabólico e histérico (*Diabolical and Hysterical Mysterialism*) y materialismo dialéctico e histórico (*Dialectical and Historical Materialism*). Por otro lado, nuevamente encontramos aquí un uso del lenguaje religioso por parte de Thompson para calificar actitudes políticas. Como ya hemos sostenido en diversas ocasiones, este hecho está relacionado con la formación religiosa de la familia Thompson –si bien debidamente secularizada–, la cual ofrece un lenguaje y unos criterios de clasificación para otras esferas del universo social. Sobre la herencia religiosa de Thompson en el marco del metodismo y su poder configurador del *ethos* thompsoniano, puede consultarse la introducción.

pueden desgarrarse por ningún lado. Cuando escucho a alguien anunciar que su intención es aplicar el marxismo a un problema, no puedo evitar rememorar la imagen de un director de orquesta victoriano con una batuta que lo único que desea es hacer bailar los hechos al compás de su melodía, les guste o no.[36]

En el peor escenario, dicha gente (y ahora estoy pensando en nuestros camaradas del *International Socialism*) puede ser una molestia dentro del movimiento socialista, con su argot, su juego conspirativo, su diseminación de la sospecha, y su disposición –por cualquier motivo– a arruinar cualquier organización a la cual ellos no puedan estafar. Pero la mayor parte del tiempo, sólo son culpables de aislar su propia inmadurez política, lo cual les permite ver las conexiones pero no a la gente que debe estar conectada; y esto constantemente los lleva hacia una perspectiva elitista y a una estrategia en la cual, si todas las agrupaciones de izquierda son sospechosas excepto la suya propia, deben buscar apoyo de una hipotética clase trabajadora inmaculada que en alguna eventualidad hipotética se levantará amenazadora en los muelles y los molinos y seguirán su liderazgo.

He dado muchas vueltas para sugerir tres cosas simples. Primero, que debemos dejar de lanzar los términos *marxismo* y *clase trabajadora* en una manera indiscriminada y retórica. Segundo, que en la Nueva Izquierda, aquéllos que rechazan y aquéllos que están comprometidos con la tradición marxista deben dejar de considerarla como si se tratara de un examen de lealtad o una línea de demarcación de un círculo sanitario y –aceptando la buena fe

36. A lo largo de este párrafo, Thompson realiza una crítica del dogmatismo en el seno de la tradición marxista. Sobre el dogmatismo o el antiintelectualismo como características del estalinismo, puede consultarse la nota 7 en "El socialismo y los intelectuales" y la presentación del texto "El humanismo socialista"; sobre el uso de modelos en los análisis históricos, la nota 6 de "El punto de producción".

de los colegas socialistas– deben traer sus respectivas percepciones y disciplinas al análisis de los problemas particulares prácticos y teóricos. Tercero, que aceptemos el consejo de Wright Mills[37] y echemos un largo y fresco vistazo al problema en su conjunto de la conciencia actual de la clase trabajadora, resistiendo la tentación de gritar *traición* si en el proceso nos topamos con la crítica de nuestros prejuicios y conjeturas fuertemente enraizados.

LA VIEJA CONCIENCIA Y LA NUEVA

El fuego cruzado de todos los bandos converge en este punto.[38] ¿Cómo podemos suponer algo tan ridículo como una conciencia revolucionaria de la clase trabajadora dentro de una sociedad acaudalada? "¿Qué", pregunta Sol Encel (*NLR 4*) "nos dará el valor suficiente para la ruptura?".

¿Cómo es que voy a convencer "no a los seguidores de los rebeldes, sino al trabajador de la joven industria Coventry?", pregunta Peter Marris, quien ve a los trabajadores como a unos caza-estatus,

37. Fue uno de los sociólogos norteamericanos más importantes del siglo XX. Sus estudios sobre la sociedad de Posguerra marcaron época e influyeron poderosamente a toda la generación de la Nueva Izquierda, tanto norteamericana como británica. De hecho, Wright Mills colaboró con la *New Left Review*. Su obra más reconocida, *La imaginación sociológica,* de 1959, y, especialmente, *La élite del poder* de 1956, resuenan en los escritos de Thompson sobre la ideología y la estructura del poder de la Guerra Fría, por ejemplo, en "Outside the Wale" o en "La Nueva Izquierda".

38. En este apartado introductorio a la segunda parte del artículo, Thompson apunta la tesis de que, tanto los marxistas ortodoxos como los antimarxistas que se dan cita en la discusión sobre el papel de la clase obrera como agente de cambio revolucionario parten de una concepción estática de la clase, y por caminos distintos desembocan en un resultado parecido: negar la posibilidad de un cambio como resultado de los efectos disgregadores de la *opulencia* sobre la clase obrera tradicional. A partir de aquí y en los apartados posteriores, Thompson retoma la discusión sobre el fenómeno de clase, sobre el que había discutido en "Revolución". El lector puede consultar al respecto la nota 35, donde se comenta de manera pormenorizada la propuesta de nuestro autor.

atrapados "en una interminable búsqueda de autoafirmación por el miedo a ser despreciados". Michael Kidron me critica, porque al escribir sobre una confrontación revolucionaria entre dos sistemas, dos formas de vida, no doy una definición precisa del contexto social:

> ¿Confrontación entre quiénes?... La diminuta pelusa que rodea a esta pregunta se dispersa rápidamente: en el momento en que Thompson, tras bambalinas, dirige a la clase trabajadora en su confrontación social, el estado de la conciencia política y social de dicha clase se vuelve de nula importancia para él. Entonces se hace fácil para Thompson arreglar esa conciencia: de *darle* metas, de... ignorar los factores materiales de su desarrollo...

Crosland (*passim*) y Harry Hanson (*NLR 5*, "Socialismo y opulencia") fundamentaron sus posiciones en torno a conjeturas –y alguna que otra evidencia– sobre la conciencia de la clase trabajadora contemporánea, aunque llegaron a conclusiones muy distintas: Crosland adoptó una visión optimista del desarraigo de clase, Harry Hanson adoptó una posición pesimista de la influencia corruptora de la *opulencia*. Y el profesor Wright Mills nos pide salir de esta discusión completamente:

> Lo que no entiendo de algunos escritores de la Nueva Izquierda es por qué se aferran con todas sus fuerzas a la clase trabajadora de las sociedades capitalistas avanzadas, como *el* agente histórico, o como el actor más importante, a pesar de la evidencia histórica verdaderamente impresionante que surge ahora frente a este pronóstico. Tal trabajo metafísico, creo yo, es un legado del marxismo victoriano que es bastante idealista.

Y propone como una alternativa al "aparato cultural, los intelectuales, como un agente de cambio posible, inmediato y radical."

Debemos hacer notar la manera en que un tipo de reduccionismo económico invalida la discusión sobre clase, tanto entre antimarxistas como en sectarios marxistas. En realidad, las ideologías prevalecientes en Oriente y Occidente están dominadas por una burda caricatura del marxismo; aunque, en el primer caso, tenemos una imagen de los medios de producción como generadores espontáneos de la conciencia y la actividad revolucionaria, con la clase trabajadora vista no como el agente, sino como el intermediario de las leyes objetivas; mientras que en el segundo caso, la imagen es casi la misma, pero el motor de cambio es distinto, y vemos a todos los hombres (excepto a los *intelectuales*) como prisioneros de sus intereses económicos, su estructura social y su condición de estatus.

A mí parecer, tanto Crosland como Hanson son víctimas de esta falacia: ambos discuten desde una noción estática de la clase trabajadora y de su conciencia característica, la cual ha derivado de de la época victoriana y de 1930. A partir de ahí, ambos argumentan que el *próspero* capitalismo está tratando de eliminar los agravios de clase y está minando las formas tradicionales de la conciencia de la clase trabajadora. Ambos concluyen que la base del movimiento socialista ha sido debilitada. Ninguno de ellos puede deshacerse de las formas tradicionales de pensamiento para concebir el surgimiento de nuevas formas de conciencia de clase que estén más en consonancia con la cambiante realidad y, en consecuencia, sean más revolucionarias. Pero, ¿por qué debería una noción como esta parecer *utópica*?

LOS CONCEPTOS ESTÁTICOS DE CLASE

Sólo puede parecer utópico si tenemos un concepto estático de clase social: si asumimos que la clase trabajadora es una entidad dada con una conciencia característica *de manera* que puede crecer o empequeñecerse, pero sigue siendo esencialmente la misma cosa, una clase trabajadora que emergió como una fuerza social alrededor de

1780, con el vapor y el sistema industrial, y que a partir de ahí ha crecido en tamaño y en organización, pero que no ha cambiado significativamente en forma o en sus relaciones con otras clases sociales.

De hecho, ésta nunca ha existido; lo que es engañoso es el uso del término *clase trabajadora* para describir las manifestaciones del conflicto de clase tan discrepantes en contextos enormemente distintos. Desde luego, puede observarse la continuidad de ciertas tradiciones, pero cuando empleamos un término como *burgués,* o *clase trabajadora*, que alberga una época histórica en su totalidad, no debemos esperar que las formas específicas de la conciencia de clase en cualquier segmento particular de esta época tengan una relación inmediata con aquéllas en otro segmento temporal. En este sentido histórico, las formas de la conciencia de la clase trabajadora difieren tanto entre ellas como la conciencia de los *Roundheads* difieren de los algodoneros de Lancashire.[39]

La definición de clase social es notoriamente difícil, y es comúnmente sabido que el propio Marx nunca ofreció una definición extensa al respecto. Pero ésta presenta menos dificultad para un historiador que para un sociólogo o filósofo, ya que para aquél una clase social es *la que se define a sí misma* por su acción histórica. Para Marx, una clase se define a sí misma en términos históricos, no porque se haya integrado a partir de personas con una relación común con los medios de producción y una experiencia de vida en común, sino porque estas personas se *volvieron conscientes* de su interés común, y desarrollaron formas apropiadas de organización y acción. Discutiendo sobre el campesinado francés, Marx escribió (en *El 18 Brumario*):

39. Sobre los *Roundheads*, ver la nota 44 de "El humanismo socialista". Los algodoneros del Lancashire se refieren a los propietarios de fábricas de esta región de Inglaterra, donde se ubica Manchester.

> Los pequeños campesinos forman una masa enorme, los miembros de la cual viven en condiciones similares, pero sin entrar en relación entre ellos. Su modo de producción los aísla entre sí, en lugar de llevarlos a interrelacionarse... En tanto que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que dividen su modo de vida, sus intereses y su cultura, de aquéllos que pertenecen a otras clases sociales, y las coloca en un contraste hostil frente al resto, al grado que esas familias no necesariamente forman una clase social.

Así, el concepto marxista de clase (con el cual estoy personalmente comprometido) es un concepto *histórico* que considera la interacción de los factores tanto objetivos como subjetivos.

LA INTERACCIÓN DE LAS CLASES

Además, debemos considerar que el concepto histórico de clase social supone la noción de una *relación* con otra clase o clases sociales; con ello se vuelve aparente no sólo los intereses comunes *al interior* de una clase social, sino *en contra* de otra clase social. Y este proceso de definición no es sólo una serie de explosiones espontáneas en el punto de producción (aunque éstas también son una parte importante de éste último); es un proceso complejo, contradictorio, siempre cambiante, nunca estático en nuestra vida política y cultural, y en la cual la acción humana está involucrada en todos los niveles.

Quizás esto parezca menos abstracto si tomamos algunos ejemplos de nuestra propia historia. Las décadas de 1830 y 1840 usualmente son consideradas como el periodo *clásico* de la formación de la conciencia de la clase trabajadora, como la confrontación de las *dos naciones*. En 1808, un magistrado escribió: "En el instante en que nos acercamos a los márgenes de las industrias de Lancashire, nos encontramos a una raza joven de seres, tanto en sus maneras como en sus formas de empleo y la subordinación". Parecía, tanto

a conservadores como a radicales por igual, como si los nuevos instrumentos de producción hubieran *creado* un nuevo tipo de gente con un potencial revolucionario. La noción se encuentra repetidamente en la *Condición de la clase obrera* de Engels, donde se refiere al proletariado como si hubiese sido *engendrado* por la nueva manufactura, y habla de los *ensambladores* como "los hijos más pequeños de la revolución industrial", quienes "desde el principio hasta el día de hoy, han formado el núcleo del movimiento obrero". Así, una noción fija de la clase trabajadora penetró en la tradición socialista y todavía tiene influencia hoy en día: la idea de que el origen y el crecimiento de la conciencia de la clase trabajadora era una expresión del crecimiento de la producción industrial a gran escala, cuya tendencia inevitable debe ser la de engendrar una conciencia revolucionaria.

Pero si vemos al interior de la frase combinada de *clase trabajadora*, ésta recae en un gran número de partes constituyentes. Encontramos no sólo un proletariado industrial (él mismo dividido entre inspectores, trabajadores especializados, mujeres y jóvenes), sino también un gran número de artesanos y empleados, así como mineros, trabajadores agrícolas, marineros, trabajadores migrantes irlandeses, entre otros. Además, siempre encontramos (notablemente en tiempos de Los Cartistas)[40] que las *tropas de choque* más revolucionarias de la clase trabajadora, eran los trabajadores manuales deprimidos y no los proletarios industriales; ya que en muchas poblaciones, incluyendo las grandes ciudades, el núcleo real del movimiento obrero estaba conformado en su mayoría por artesanos (zapateros, herreros, albañiles, libreros, pequeños comerciantes y asimilados). Aunado a lo anterior lejos de ser elementos pequeño burgueses vacilantes, estaban (como George Rudé los presenta en su estudio de *La multitud en la revolución francesa*) entre los participantes

40. Sobre los cartistas, consultar la nota 44 de "El humanismo socialista".

más consistentes y más sacrificados del movimiento de la clase obrera.[41] A mediados del siglo XIX, una gran franja del Londres radical obtuvo su fuerza no de las grandes industrias pesadas (en ese siglo, los estibadores y los mecánicos sólo intervinieron más tarde), sino de la mano de los gremios pequeños y de los oficios: carreteros, constructores de carrozas, panaderos, sirvientes, vendedores ambulantes, cartistas, cantineros, encuadernadores, empapeladores, relojeros, atizadores, talabarteros, serigrafistas...[42]

LAS INDUSTRIAS NO EXPLICAN PETERLOO[43]

En lo que estoy insistiendo es que el surgimiento del sistema industrial, por sí solo, no explica la conciencia de la clase trabajadora en Gran Bretaña en el periodo entre Peterloo y el fin del Cartismo. El pueblo que creó esta conciencia no era innovador, pues muchas de las tradiciones de los Journeymen[44] y Laboristas, a quienes Cobbett[45] citó, pertenecían al siglo XVIII. Hubo diversas causas de división entre los diferentes miembros de esta clase, así como entre los viejos grupos ya consolidados, como los agricultores o los hiladores y los nuevos trabajadores de las fábricas o los migrantes irlandeses

41. George Rudé (1910-1993) fue un historiador marxista británico perteneciente a una generación anterior a la de Thompson, Hobsabwm, Hill, Hilton, y otros integrantes del Grupo de historiadores del Partido Comunista. Sus trabajos sobre la Revolución Francesa y las luchas populares, así como sus ideas sobre "la historia dese abajo" (*history from below*) y "la multitud" (*crowd*), ejercieron una fuerte influencia en en este grupo y, concretamente, en Thompson.

42. Uno de los objetivos de Thompson en *The Making of the English Working Class* era precisamente mostrar cómo, desde finales del siglo XVII hasta los años 20 del XIX, la experiencia diversa y fragmentaria de los trabajadores fue unificándose, dando lugar a un agente histórico que se identificaba a sí mismo y actuaba en términos de clase.

43. Sobre Peterloo, ver la nota 48 en "Revolución".

44. Es una palabra de origen francés que, en el contexto de la Inglaterra industrial, hace referencia a un trabajador cualificado cuyas habilidades pueden estar certificadas.

45. Sobre William Cobbet, ver nota 32 de "Acción y elección".

inexpertos, entre otros. Y los grupos más numerosos de obreros (especialmente los hiladores manuales y muchos de los artesanos) eran franca y activamente hostiles al nuevo sistema industrial, de tal manera que muchas de las características de la política de la clase trabajadora, entre 1780 y 1850, pueden ser entendidas no como una revuelta en busca de cualquier cosa que se asemeje al socialismo, sino en contra del industrialismo. El lamento que se levanta repetidamente en las agitaciones no es "a cada quien de acuerdo a sus necesidades", sino "con el sudor de su frente".

Cuando se considera todo esto, es más evidente que el periodo del cartismo exhibe las características clásicas de la conciencia de la clase trabajadora. ¿Por qué? A menos que cedamos al juego académico (e ignorante) de moda de relacionar todo con el ciclo económico, seguramente encontraremos que, mientras el movimiento fue alimentado por las reivindicaciones económicas, la forma y la dirección de éste fueron decididas por las influencias políticas y culturales.

Estos líderes obreros, frente a la aristocracia y la clase media, definieron, por medio del acuerdo de 1832,[46] y sin posibilidad de error, *su* noción de clase: en el punto crucial de las *relaciones* de clases, dibujaron una línea ambigua, definieron su interés común en torno a la demanda del voto, que se convirtió en el símbolo de la dignidad y el mérito de todo hombre, y lo hicieron con una habilidad extraordinaria. Pero esta conciencia –y sus formas apropiadas de organización– fueron *hechas,* no *generadas*:[47] y sólo es necesario

46. Sobre la reforma de 1832 (*Reform Bill*), puede consultarse la misma nota 32 sobre William Cobbet en "Acción y elección".

47. Al diferenciar entre *hechas* y *generadas*, Thompson quiere señalar la intervención de la clase obrera en su propio proceso de formación. Frente a una visión estática que considera la clase el efecto mecánico de los cambios en la estructura productiva, Thompson reivindica el papel de *agency* de los trabajadores, de los sujetos implicados en este proceso formativo. En *The Making*, Thompson afirmaba que: "La clase obrera no nació como el sol, a una hora determinada.

echar un vistazo al *Northern Star*[48] para ver que éste fue el trabajo constante de todos los días del líder y organizador cartista para conjuntar a los elementos más disparatados (al tejedor y al trabajador de la fábrica, al artesano y al irlandés), y disolver los intereses sectoriales divisorios en pro del interés común de la clase. Además, los factores materiales no dictaban que la conciencia cartista debiera ser de alguna manera en particular; las condiciones igualmente pudieron haber facilitado la convergencia con otras clases sociales de los sufragistas parciales, los reformadores educativos y los integrantes de la ley anti-maíz, que constantemente buscaban separar secciones de trabajadores del cartismo y acercarlos a la radical clase media libre comerciante.

LA SOCIEDAD DE LA OPULENCIA: 1848-88[49]

Así, esta primera gran fase de la conciencia de la clase trabajadora fue una creación de los elementos más diversos y aparentemente contradictorios, y resulta que sus bases fueron menos las del proletariado industrial que de los mineros, tejedores y artesanos. En los cuarenta años posteriores a 1848, esta conciencia parece disolverse y así tomar una forma nueva. Aquí, nos parece encontrar todos los problemas señalados por Crosland y Hanson sobre la "erosión que genera la opulencia". Aunque durante estos años vemos una mínima alteración en la relación objetiva de los trabajadores hacia la propiedad de los medios de producción, y aunque el proletariado industrial crece tanto en números absolutos como en promedio

Estuvo presente en su propia formación". Sobre la *agency* según Thompson, a partir del concepto de experiencia, ver la nota 28 en "El humanismo socialista".

48. *Northern Star* era un periódico cartista publicado entre 1837 y 1852.

49. *Sociedad de la opulencia* (*Affluent Society*) es un término que se utilizaba para denominar a la sociedad de Posguerra y los efectos disgregadores sobre la conciencia de clase obrera, del incremento de los ingresos y del acceso a los beneficios del *Welfare State* (Estado del Bienestar) por parte de los trabajadores. Aquí, Thompson extiende el uso del término a otro contexto histórico similar.

al resto, no vemos un fortalecimiento similar en relación con los componentes subjetivos de la clase, en tanto que la definición de 1832 de la relación *entre* las clases se ve desdibujada de distintas maneras. Lo que sucedió fue que una combinación entre la derrota política y la recuperación económica llevó a la desintegración de la conciencia cartista muchos elementos heterogéneos, que habían sido contenidos con destreza dentro de ella. Los trabajadores manuales estaban muy deprimidos, desalentados y envejeciendo como para continuar la lucha; los trabajadores especializados encontraron medios para avanzar por sí mismos dentro de la organización vigente; los trabajadores no especializados se sumieron en la apatía.[50] Aquellos trabajadores fabriles que tuvieron éxito en mejorar sus condiciones directamente a través de la organización irónicamente se dieron cuenta de que eso los alejó de las expresiones masivas de los movimientos de clase y los dirigió hacia las políticas de adaptación y de colaboración de clases. Su verdadero éxito en la acción militante (combinado con su reconciliación hacia la moral del trabajo capitalista y de la disciplina de trabajo, el deseo de triunfar y el deseo de seguridad) les proporcionó un interés creciente en la continuación del sistema. No sólo las políticas de revolución, sino también las de reformas parciales, encuentran su origen en los *oscuros molinos satánicos*.

Pero ésta es sólo una parte de la historia, ya que detrás de la conciencia política dominante de colaboración o *Lib-Laborismo*,[51] los procesos estaban teniendo lugar en las comunidades industriales que estaban preparando el terreno para un nuevo tipo de conciencia de la clase trabajadora. Sobre todo, éste fue el periodo de la creación de los valores de la comunidad de la clase obrera alrededor

50. Sobre la Gran Apatía como la ideología de la Guerra Fría, ver nota 13 en "La Nueva Izquierda".

51. Sobre el acuerdo Lib-Lab, véase la nota 8 acerca de George Howell y Henry Broadhurst en "Revolución".

de las minas, las fábricas y los muelles: la independencia de la mano de obra encontró expresión en resultados como las organizaciones de las clases sociales (sindicatos, religiosas, sociales, educativas, cooperativas, etcétera), las cuales precedieron al surgimiento real del Partido Laborista Independiente[52] y al nuevo sindicalismo.[53] El pueblo obrero habló, vistió, trabajó, compró, rindió culto y pensó de manera distinta de la gente de otras clases sociales. Por esta razón, Marx y Engels solían desacreditar la conciencia política del *Lib-Labismo*, como si se tratase de una fase temporal de aburguesamiento (su término, para nombrar así la corrupción de los trabajadores especializados a causa de la riqueza) que terminaría cuando la posición especialmente favorable de Gran Bretaña en el mercado mundial llegara a su fin. Engels vivió para verlo –en la huelga de los muelles de 1889 y los primeros éxitos del I. L. P–: una nueva conciencia política potencialmente más revolucionaria, la cual (él creyó) confirmaba sus predicciones.

RIQUEZA Y ADAPTACIÓN

Me interesa subrayar que los problemas de la riqueza no son para nada nuevos, y que las presiones que dividen, sectarizan y claman un cambio siempre han existido en la experiencia de la clase obrera, reafirmándose en diferentes contextos de acuerdo con las condiciones económicas y sociales, la habilidad o la torpeza de los líderes y coordinadores obreros, y la manera en la cual los políticos capitalistas han lidiado con las demandas de los trabajadores. Estas presiones encaminadas a la adaptación parecen haberse fortalecido enormemente en los últimos quince años, por razones que nos son familiares: la disminución de la pobreza primaria y el desempleo,

52. Sobre el Partido Laborista Independiente como antecedente del Partido Laborista, ver nota 20 en "Revolución".

53. Sobre el nuevo sindicalismo, ver la nota 8 sobre George Howell y Henry Broadhurst a la que nos referíamos antes.

el acceso a la educación y otros servicios, el fortalecimiento de los obreros organizados en su posición de *contrapeso*, la influencia de los medios de comunicación y la prevalencia de la ideología de la oportunidad,[54] los nuevos métodos de manipulación del trabajador en su papel de consumidor, entre otras cosas. Además, Crosland y otros han dado mayor importancia a factores que parecen estar contribuyendo a una reducción real de la misma clase trabajadora: el promedio constante de la cantidad de gente empleada en la industria y en los servicios, los cambios tecnológicos dentro de la propia industria que altera el promedio de los trabajadores productivos primarios y secundarios, y el crecimiento de la ideología de los *sin clase*, por medio de la cual, a través de un criterio subjetivo, un número cada vez mayor de personas (especialmente jóvenes) no se ven, o no desean verse a sí mismos, como parte de la clase trabajadora.

¿CAMBIANDO DE FORMA?

Creo que es inútil discutir sobre el peso general de esta evidencia. Lo que está en discusión es si realmente estamos pasando por un periodo en el cual la conciencia de la clase trabajadora está desintegrándose como tal, o si sólo está cambiando su forma: ya sea porque ciertos valores y formas de organización tradicionales estén desapareciendo, y entonces estamos –así como en 1848– al final de una fase particular de la historia de la clase obrera; no obstante, puede ser que no se esté desarrollando una nueva conciencia, por lo que es nuestra labor definirla y darle una nueva forma.[55] Si los

54. Para Thompson, la *ideología de la oportunidad* se corresponde con el intento del proyecto socialdemócrata por hacer convivir los valores del socialismo y de la moral adquisitiva. El autor relaciona esta noción con la de *Estado de Oportunidad*. Al respecto puede consultarse la nota 17 en "El punto de producción".

55. Thompson define de manera precisa el debate que estaba teniendo lugar en el seno de la Nueva Izquierda británica en relación al problema de la clase y la conciencia de clase. Puede considerarse que dicho debate comenzó a partir

trabajadores característicos de la década de 1830 eran los tejedores de telar o los artesanos, entonces, los obreros de 1930 pueden ser caracterizados por los mineros o los trabajadores de las industrias pesadas, y nosotros hemos venido a identificar a todas las tradiciones de la clase trabajadora con *sus* tradiciones, y ver la causa de su desaliento en el declive de su influencia. Pero no hay nada socialista *por naturaleza* en la producción de carbón o en las herramientas de la maquinaria que se oponga a los servicios o valores culturales, aparte de las ricas tradiciones de lucha que los trabajadores heredaron de las empresas anteriores. A medida que la automatización avanza, debemos esperar que el promedio de los trabajadores activos primarios a secundarios cambie; y los socialistas deberían dar la bienvenida a este cambio sólo si esto lleva a más y más gente a involucrarse en el intercambio de servicios de valor humano (bienestar, educación, entretenimiento y similares) y no (como en la actualidad) en la tarea de "armar, empacar y vender". Lo que este cambio destruirá (y que ya está empezando a hacerse añicos) no es a la clase trabajadora, sino a las nociones tradicionales de ésta como una categoría fija, inamovible, con una conciencia dada e inflexibles formas de expresión.[56]

Es cierto que las condiciones en las cuales se formó el movimiento obrero característico de la primera mitad de este siglo han cambiado. La ideología dominante de este movimiento ha consistido *no* en la expresión revolucionaria de la conciencia de clase, sino en empalmar las reivindicaciones de la clase a un programa liberal-radical. El reclamo característico del obrero no ha

del artículo publicado por Stuart Hall en *Universities and Left Review,* titulado "A Sense of Classlessness". Al respecto puede consultarse la nota 32 de "La Nueva Izquierda".

56. Thompson discute con detalle sobre esta transformación en la base productiva de la sociedad y sobre la extensión de la energía socialista a nuevas fracciones de clase vinculadas a la sociedad de servicios y a la producción cultural y de bienes simbólicos en "El punto de producción".

sido por un nuevo sistema sino por una participación justa dentro del sistema existente, un trato justo e igualdad de oportunidades. La definición de la relación de clase recae en menor medida en la línea de propiedad que en la línea de privilegio de clase: fue la exclusividad de los *tories*, sin corazón, y las ventajas sociales lo que provocó el más fiero ataque. Pero esta línea de relación se ha visto desdibujada por los recientes ajustes de la conciencia de la clase capitalista a la experiencia de la guerra y la derrota en 1945. La nueva imagen de los conservadores, con su acento en la humanización de las relaciones industriales –que suenan a administración pública y a Estado de Oportunidad– le han robado al obrerismo su tradicional reclamo. El llamado a la igualdad de oportunidades, tanto que desafió a los viejos privilegios de los conservadores, está hoy a mitad del camino hacia la nueva ideología de los *sin clase*, propagada por los medios de comunicación de la Sociedad Empresarial: "¡Manos a la obra, adelante, levántate!". Los obreros, lejos de oponerse, se encuentran profundamente inmersos en el sistema, ya que las demandas de educación y oportunidad tecnológica se han desinflado, el combustible tradicional de las reivindicaciones de clase se ha agotado.

Además, el político laborista tradicional, quien observa a lo lejos las reivindicaciones de los treintas, empieza a aparecer cada vez más falso y poco sincero; y puede ser presentado –así como los sindicatos aparecen en los medios de comunicación–, hablando no por todos o por los hombres comunes, sino por sus egoístas intereses personales. Y el llamado tradicional pierde su fuerza para los verdaderos desfavorecidos, pues si los laboristas hablan en favor de la oportunidad, entonces tienen menos que decir a los millones que fallan los exámenes de aptitudes o el 11+ y que no tienen éxito. El clamor por la igualdad de oportunidades se mezcla con el mito de los *sin clase* y provee –como lo hizo antes la autoayuda– de una legitimación ética para el sistema.

Todo esto es aparte de la corrupción *real* de las instituciones del movimiento obrero –y de la gente en su interior– de la cual todos los socialistas saben bastante pero apenas hablamos francamente. Debemos estar agradecidos con Crosland por forzarnos a ver ciertas realidades de la conciencia de la clase trabajadora actual, aun cuando veamos los hechos de manera diferente y lleguemos a conclusiones opuestas. Hay un peligro real –y quizás creciente– de la clase trabajadora (en su connotación histórica) escindiéndola desde su centro. De un lado, tendremos a la vieja clase trabajadora, agrupada alrededor de las canteras y las industrias pesadas del Norte y de Escocia, que se aferra a sus valores y formas de organización tradicionales. Del otro lado, la nueva población trabajadora –con la cual se identificarán los trabajadores más jóvenes–, que acepta la ideología de los *sin clase* y no está interesada o es hostil al movimiento obrero tradicional. Es verdad que el reclamo tradicional de la vieja clase no sólo tiene virtudes que nos conmueven profundamente, sino también características limitadas y empobrecidas, una actitud defensiva y elitista que molesta a muchos jóvenes de la clase trabajadora. También es verdad que si menos gente piensa o afirma ser parte de la clase trabajadora, esto expresa una realidad cultural que no puede ser desechada desplazándola hacia el concepto de *falsa conciencia*. Esto indica un hecho importante sobre la conciencia de la gente que, lejos de lo que indiquen los factores objetivos, siguen siendo trabajadores. Los socialistas pueden argumentar que los intereses comunes que unen la vieja y la nueva son mucho más importantes que aquéllos que los dividen; pero el hecho real es que muchos de los trabajadores apenas son conscientes de su identidad de clase y sí muy conscientes de su deseo de escapar de las condiciones limitantes. Si estas tendencias continúan, podremos ver un endurecimiento de las posturas en la vieja, conjuntando la defensa de sus intereses sectoriales con una

verdadera obstinación ludista;[57] mientras que entre la nueva, la ideología *sin clases* les proporcionará un poderoso afianzamiento en la sociedad adquisitiva.

HACIENDO UNA NUEVA CONCIENCIA

No puede darse por hecho que los elementos que se oponen deban adquirir esta forma. El hecho de que han empezado a hacerlo de esa manera indica el fracaso del movimiento obrero tradicional al adaptarse al cambio social y luchar de forma novedosa por el bien común. Éste ha sido incapaz de retar a la sociedad adquisitiva porque se ha adaptado a ella por tanto tiempo que su ideología la ha reproducido. Una parte importante de la lucha que ahora se desarrolla en el movimiento obrero es, en realidad, una lucha por la creación de una nueva conciencia de clase, en consonancia con la realidad contemporánea, con una línea redefinida en torno a la

57. El ludismo fue un movimiento obrero de comienzos de la Revolución Industrial que tuvo lugar en diferentes regiones de Inglaterra, especialmente en Yorkshire y Lancashire. Los luditas fueron conocidos por llevar a cabo acciones directas que consistían en cartas de amenaza a los empresarios industriales y en romper la maquinaría que, consideraban, erosionaba las condiciones laborales de los trabajadores. Tradicionalmente han sido descritos, tanto por la literatura conservadora como por la marxista clásica, como un movimiento reaccionario, premoderno y opuesto al progreso. Thompson lleva a cabo un largo y apasionante estudio de este movimiento en *The Making of the English Working Class*, en un capítulo titulado "Un ejército de reparadores". Éste tiene un gran valor metodológico, historiográfico y teórico. En relación con el primer punto, Thompson ofrece todo un conjunto de recetas del estudio de fuentes relativas a movimientos clandestinos, anónimos, atestados de espías y de agentes dobles y poblados por rituales secretos. Se trata de un auténtico ejercicio de lectura de las fuentes oficiales a contrapelo. En segundo lugar, el autor ofrece una interpretación historiográfica alternativa del ludismo, el cual, lejos de reducirse a una mera protesta antiindustrial adquiere gran complejidad y se convierte en una reivindicación organizada con objetivos y métodos conscientes. Por ejemplo, los empresarios que eran objetivo de las amenazas de los ludistas no eran todos aquéllos que introducían maquinaria, sino los que al hacerlo sustituían la mano de obra o contrataban trabajadores escasamente cualificados por un menor salario. Por otro lado, Thompson descubre

relación con el enemigo, con una nueva definición de la identidad de los intereses populares, con un nuevo lenguaje de la política y un nuevo temperamento moral, y con nuevas organizaciones y la transformación de las antiguas. ¿Acaso tendremos éxito, como los cartistas lo tuvieron momentáneamente, en unir tanto a los viejos y a los nuevos en un movimiento apabullante con la mayoría de la gente?

Me parece que gran parte del trabajo de la Nueva Izquierda[58] en los últimos tres años se ha dirigido hacia la definición y creación de esta conciencia. Una parte (por ejemplo, en *The Insiders, The Controllers* y en *Irresponsible Society,* de Titmuss)[59] ha sido revelar los verdaderos centros de poder económico y político en los sesenta, e indicar dónde debemos hacer una escisión en la conciencia entre las grandes oligarquías empresariales y el pueblo. Es esta definición de relación de clase que el ala conservadora laborista (con sus inclinaciones demagógicas hacia el *privilegio* y el *esnobismo*, y su uso del Parlamento como un Club Exclusivo) y la vieja izquierda[60] (con

cómo estas reivindicaciones enlazaban con viejas tradiciones comunitarias del artesanado preindustrial, descubriendo el complejo entramado cultural que daba justificación moral a las acciones del ludismo. Finalmente, y en términos teóricos, el autor rompe con una visión evolucionista del movimiento obrero; visión que en la literatura marxista clásica suponía rechazar estos movimientos como premodernos y como parte de una conciencia obrera aún no desarrollada plenamente. Thompson sitúa y juzga el ludismo en relación con su contexto histórico y, si bien considera las dificultades para calificarlo como un movimiento político en el sentido moderno, rescata su lógica específica y la necesidad de entender este episodio más allá de su contribución al resultado final de la formación madura de la clase obrera. Este ejercicio de contextualización contribuye a romper con un análisis histórico determinista que tiende a juzgar el pasado sólo en función del presente. Sobre la contextualización en Thompson, ver la nota 17 en "El socialismo y los intelectuales".

58. Sobre la Nueva Izquierda británica (*New Left*), ver nota 23 en "La Nueva Izquierda".

59. Se trata de obras que fueron publicadas por la editorial de la *New Left*.

60. Se refiere a la gama de los viejos Partidos Comunistas.

su nostalgia a cuestas y sus aires de sospecha hacia el asalariado, los trabajadores profesionales y todos aquéllos que no estén empleados en las industrias básicas) lamentablemente no han logrado establecer. Pero como nuestra definición del enemigo (y de los intereses comunes de la gente *en contra* de las oligarquías empresariales) apenas ha irrumpido en la conciencia pública, tenemos que encontrar formas más vívidas de impregnar con estas realidades a la gente, exponiendo, ejemplo por ejemplo, el poder poco democrático y el comportamiento irresponsable de aquéllos que hoy ocupan el mando central de la autoridad capitalista. Las atroces ganancias, las crisis de la industria automotriz, las corporaciones algodoneras, los prestamistas, los asesinatos; debemos asegurar que cada una de estas situaciones sea vista no como un escándalo aislado, sino como una expresión del poder clasista.

Otro aspecto ha sido nuestra redefinición del bien común en términos de una sociedad de iguales, más que en igualdad de oportunidades, con un énfasis renovado en los valores de la comunidad.[61] Y con éste se ha acentuado un punto basado en intereses comunes, en el cual la democracia social (la clase trabajadora vieja y nueva, los técnicos y los trabajadores comunes) puede unir fuerzas en contra de la oligarquía antisocial –demandas de paz, bienestar, prioridades sociales, educación, valores culturales, control sobre el poder irresponsable–. A su vez, también ha surgido la intención de encaminarnos hacia un nuevo lenguaje de la política socialista que

61. Al oponer una sociedad de iguales a una sociedad de oportunidades, Thompson está haciendo referencia, no tanto a una estructura social determinada, como a los valores que orientan las relaciones sociales. Así, mientras que una sociedad de oportunidades ofrece igualdad de condiciones pero promueve una ética competitiva y adquisitiva, una sociedad de iguales está basada en la cooperación y en la comunidad. La inspiración de Thompson al respecto proviene del socialismo utópico y, en concreto, de William Morris. Sobre William Morris y su relevancia en la trayectoria de Thompson pude consultarse la nota 1 en "El socialismo y los intelectuales. Una réplica".

englobe una ética y una postura hacia los obreros, que sea consecuente con una sociedad de iguales.

En la medida en que hemos avanzado en esta labor, nos hemos preocupado enormemente por "las ideas de la clase trabajadora, que aspiran al poder vía la clase trabajadora", como las nociones del bien común que repetidamente han encontrado expresión en la historia de la clase trabajadora. Sin embargo, la nueva conciencia que se está formado seguramente será más abierta y más generosa que aquélla dominante en los años treinta; menos obligación de clase en el viejo sentido, y mas hablar en el nombre del pueblo en su conjunto. Para forzarla a continuar en las viejas formas, sólo habría que aislar secciones de la clase trabajadora y llevarlas a la derrota. Al mismo tiempo, esta conciencia bien podría convertirse en una conciencia *revolucionaria*, ya que la noción del bien común (a diferencia de la noción de oportunidad) conlleva una crítica revolucionaria del sistema capitalista en su conjunto. Las demandas que se plantearán –por una propiedad común, o una planeación urbana, o bienestar, o acceso democrático al control de la industria o de los medios de comunicación– no pueden enfrentarse con una fase expansiva por aquí y luego una fase depresiva por acá. Y al luchar por estas demandas, el pueblo aprenderá, a través de la experiencia,[62] sobre la incompatibilidad entre la irresponsabilidad capitalista y el bienestar común, y la necesidad de un cambio revolucionario.

Es verdad (como sugiere Kidron) que estoy argumentando que podemos *construir* esta nueva conciencia de la clase trabajadora y darle sus propias metas. Más que eso, estoy diciendo que es el quehacer constante de los socialistas intentar construir esta conciencia, ya que –si nosotros no lo hacemos– los medios de comunicación capitalistas lo harán por nosotros. La conciencia política

62. Sobre el concepto de experiencia en Thompson y su papel fundamental en su relectura del marxismo, véase la nota 28 en "El humanismo socialista".

no se da por generación espontánea, es el producto de la acción y la habilidad política. Pero, por supuesto, esta construcción no puede hacerse sólo en el papel. Está sobre todas las funciones del Partido del trabajo, presentar –cada día y en cada aspecto de la vida– esta visión del bien común, para definir una y otra vez la línea de demarcación con el enemigo; para movilizar a la gente en la lucha por objetivos particulares, y para relacionar toda lucha –ya sea por salarios, por escuelas de enfermería o por ciudades decentes–, una con otra y con el movimiento en su conjunto. De esto trata esta lucha para transformar al movimiento obrero.

EL PODER COLECTIVO DE LA GENTE

Tom Mann[63] tuvo una visión del movimiento obrero como expresión constructiva del poder social de millones de individuos, de manera que cada trabajador pudiera sentir su organización como una multiplicación de su propia persona, como la personificación del poder colectivo de la gente común. Son muy pocos los trabajadores que hoy día ven a las organizaciones del movimiento obrero como el vivo reflejo, en términos de poder, de sus propias aspiraciones. Lo que ellos observan más frecuentemente es que éste se ha alejado de –y en ocasiones es hostil a– sus intereses –un Partido por el cual votar, un sindicato al que hay que unirse–, vías infinitas en las que sus energías se dispersan, se dividen, se contraponen o son transformadas en políticas y papeleo inútil. Si la conciencia de la nueva clase encuentra expresión en las instituciones existentes del movimiento obrero, entonces, esta relación entre las necesidades de la gente y sus organizaciones debe recrearse; y esto conllevará una transformación del liderazgo, de las políticas y de la estructura de dichas organizaciones, al menos tanto como lo hicieron los viejos sindicatos en 1890-1910. Si esto es posible, lo sabremos en el año por venir. Si no

63. Sobre Tom Mann, ver la nota 22 en "El socialismo y los intelectuales. Una réplica".

lo es, se tendrán que crear nuevas organizaciones. Pero si finalmente lo lograran, si este vasto poder organizado pudiera hacerse hablar, actuar y organizarse a favor de una nueva visión del bien común, entonces rápidamente nos daríamos cuenta de que estamos viviendo "al borde de una situación revolucionaria".

UN NUEVO TIPO DE POLÍTICA

Prefiero el concepto histórico de *revolución* al de *transición al socialismo*.[64] La segunda frase por lo regular señala que el objetivo ha sido fijado: que hay una sociedad *establecida* a la que se puede llegar por medio de la toma del poder, lo que implica no tanto un cambio en el sistema, sino en quien lo maneja; no un cambio en la propiedad sino en los propietarios. Además, el término sociológico que Wright Mills emplea ("un significativo cambio estructural") me parece inadecuado, ya que sugiere diversas medidas administrativas que provocan cambios en las instituciones, más que continuar los procesos que surgen de la actividad y la participación popular.

Sospecho que puede ser por causa de esta terminología sociológica inamovible, puede preguntarse si el *aparato cultural* sería capaz de convertir a la clase trabajadora al papel de agente de cambio. El peligro no es que *el aparato cultural* o los intelectuales sean incapaces de fomentar distintos cambios al respecto, sino que estos cambios, si se llevan a cabo, apenas valdrán la pena. Aunque esto puede ser ajeno a sus intenciones, será sencillo para la gente en Inglaterra reconocer en estas pretensiones a un fabiano[65] o a una táctica manipuladora, que desembocaría (en la mejor de las situaciones) en un socialismo *para* y no *por* la gente. Puede ser que cuando Mills ofrece a los intelectuales "como un posible, inmediato y radical agente de cambio", está pensando en ellos no como dirigentes de

64. El artículo previo –"Revolución"–, del que éste es contrarréplica, toca con profundidad esta problemática.

65. Sobre el fabianismo, ver la nota 15 en "El socialismo y los intelectuales".

la revolución, sino como una fuerza que puede impulsar una nueva conciencia y desatar procesos mucho más amplios. En este caso, estoy más de acuerdo con él, ya que me parece que una labor crucial de los intelectuales socialistas es llevar a cabo exactamente eso mismo, y de hecho, eso es lo que está sucediendo actualmente en todo el orbe. Pero mientras los intelectuales socialistas puedan *desencadenar* estos procesos, sólo serán derrotados y aislados si se consideran como los principales agentes, ya que el tipo de socialismo que queremos es imposible sin la participación de todo el pueblo en su conjunto.

Es más, el énfasis de Wright Mills (y el predominio actual de un determinado tipo de aislacionismo intelectual) es el producto de experiencias particulares de los últimos diez años –las cuales han resultado, a su vez, de situaciones transitorias (de las que Wright Mills ofrece un brillante análisis) – y una de ellas es el fracaso de la mayor parte de los intelectuales en América y Gran Bretaña para no actuar como agentes del *status quo*. Una generación de jóvenes intelectuales radicales está surgiendo justo ahora, y su experiencia de este periodo de inactividad los lleva a subestimar las *energías dormidas* de los trabajadores, la extraordinaria diversidad de talentos y de habilidades creativas a las que se ha negado expresión y que están buscando una válvula de salida; la manera en la cual la exposición diaria de los trabajadores a la explotación contradice las súplicas de los medios masivos de comunicación; la forma en que los valores comunitarios y las nociones del bien común sobreviven tenazmente en la industria, en la vida social y en las organizaciones de la clase trabajadora; la manera en la cual la apatía es frecuentemente una negativa irónica y activa, opuesta a la celebración de la opulencia. Lo que creo que los intelectuales socialistas británicos intentan olvidar es, sobre todo, lo que ha significado para nuestra gente haber estado tanto tiempo sin un liderazgo político real. Y no me refiero a los políticos itinerantes, sino al tipo de liderazgo que *está ahí con la gente*, en las fábricas,

las calles, las oficinas, tejiendo sus reivindicaciones, articulando sus aspiraciones, enlazando juntos una manifestación con otra en una estrategia popular conjunta. El único gran liderazgo de este tipo, disponible durante los últimos diez años –el del Partido Comunista–, se ha descalificado a sí mismo de tantas maneras que apenas puede ser usado como ejemplo; pero incluso eso, cualquier experiencia de este tipo de liderazgo dinámico comunista en un pueblo minero, o en los talleres de ingeniería de Sheffield, o entre los inquilinos de St. Pancras, revela la cantidad de energía en espera a ser despertada. Si tan sólo el Partido Laborista se transformara en uno capaz de proveer este tipo de liderazgo directo, sin la manipulación elitista o la sospechosa estrategia del Partido Comunista, entonces el problema del agente de cambio se resolvería.

El concepto histórico de revolución, entonces, ni es el de este cambio en la estructura o aquél del momento de transición, ni tampoco uno de crisis cataclísmica y de violencia. Es el concepto de un proceso histórico, a través del cual las presiones democráticas no pueden ser contenidas por más tiempo dentro del sistema capitalista. En algún momento, una crisis se precipita, lo que desencadena una serie de crisis interrelacionadas que dan como resultado cambios profundos en las clases sociales, en las relaciones sociales y en las instituciones –una transición del poder en el sentido histórico–. Ya que es un proceso cuya verdadera naturaleza ha derivado de una conciencia política fortalecida y de la participación popular, su resultado no puede predecirse con certeza, es un proceso no sólo de formación, sino también de *elección*, lo que hace mucho más trascendental que los socialistas deban saber a dónde quieren llegar antes de empezar.[66] Además, posiblemente no podemos prescribir

66. Thompson expone aquí una postura antideterminista del proceso revolucionario. Sobre el antideterminismo en la concepción thompsoniana de la historia puede consultarse la nota 20 de "El humanismo socialista" y la nota 37 en "La Nueva Izquierda". También puede consultarse la nota 23 en "El humanismo so-

por adelantado las condiciones exactas en las que vendrá este *avance*, en torno a qué temática, en qué contexto, con la ayuda de qué crisis externa. Tampoco podemos prescribir con certeza los cambios institucionales que serán necesarios, aunque creo que la crítica a mi artículo está enteramente justificada, de que yo y otros escritores de la Nueva Izquierda hemos errado al no discutir suficientemente la teoría del Estado, y que no sólo necesitamos pensar a detalle sobre los tipos de cambio institucional y de transformación democrática de la maquinaria del Estado que son deseables, sino empezar a presionar para que esos cambios se hagan desde ahora.

Pero repito el argumento de "Revolución": finalmente, sólo podemos *averiguar en la práctica* el punto de quiebre del sistema capitalista, a través de la constante presión constructiva al interior de la estrategia general por el bien común. Creo que la objeción de los sectarios a esto –que es simplemente *reformismo*– sólo es una necedad, y está al nivel de los argumentos de los estrafalarios anarquistas de la década de 1880, que caracterizaron al nuevo sindicalismo como un paliativo.[67] Los miembros de la Liga Obrera Socialista[68] y los demás que trataron de imponer consignas del tipo: "abajo los patrones" a las manifestaciones del CND,[69] están en un nivel de inmadurez igual al de aquéllos que denunciaron a Tom Mann y a John Burns[70] por no encabezar con una bandera roja las manifesta-

cialista" sobre la crítica de Thompson a la metáfora base-superestructura.

67. *Paliativo* era un término utilizado por los sectores más maximalistas del socialismo en el siglo XIX, que consideraban las conquistas laborales y sociales otorgadas por el Estado como una gracia encaminada a aburguesar la conciencia revolucionaria y a contener el proceso revolucionario.

68. Se trata del partido trotskista británico.

69. Sobre la Campaña del Desarme Nuclear (CND), ver la nota 11 sobre las protestas de Aldermaston en "La Nueva Izquierda".

70. John Burns (1858-1943) fue un sindicalista y político británico socialista. Al igual que Tom Mann, es uno de los protagonistas del nuevo sindicalismo de finales del siglo XIX. Estuvo vinculado al laborismo y, a comienzos del siglo XX, al partido liberal (cuando éste permite a miembros laboristas usar sus siglas para presen-

ciones de los estibadores de 1889. Aunque ellos vociferen sobre la lucha de clases, apenas están empezando a balbucear las primeras letras de su alfabeto. Pero, por otro lado, creo que aquéllos que se burlan de la posibilidad de nuestra gente de avanzar hacia una situación revolucionaria en la búsqueda de demandas ideales, en lugar de llegar a ésta arrastrados por el desastre económico, son víctimas de un reduccionismo económico igualmente empobrecido. No sé de dónde salió esta noción de la clase trabajadora tan irresponsable, a menos que fuese por alguna motivación económica directa; pero ciertamente no surgió de la historia de la clase trabajadora británica. La verdadera noción de la conciencia de clase supone el reconocimiento del individuo de valores mucho más grandes que los intereses personales, y los valores y el verdadero lenguaje de nuestro movimiento los ponen al descubierto una y otra vez.

EL AUMENTO DE LAS DEMANDAS

No es verdad que nuestra historia de la clase trabajadora muestre una serie de luchas en torno a las demandas de pan y mantequilla.[71] Esta historia es, de hecho, algo que se tiene que entender más como una constante *expansión* de las demandas populares, un concepto que se amplía en virtud de un ensanchamiento del bien común.

tarse a las elecciones). Fue ministro en el gabinete de H. H. Asquith, pero ese mismo año renunció en protesta a la participación de Gran Bretaña en la Primera Guerra Mundial.

71. La metáfora es una crítica de la concepción de la historia del movimiento obrero como una continua reivindicación de demandas económicas; historia que para Thompson parte de una concepción mecánica y economicista de la subjetividad en general y de las clases populares en particular. Frente a esta postura en la que se inspira especialmente la historia cuantitativa de la Revolución industrial, Thompson sostiene en *La formación de la clase obrera en Inglaterra* la complejidad de las demandas económicas, políticas e incluso culturales (por ejemplo, la defensa de los valores asociados al oficio o de las reglas morales comunitarias). Esta concepción de la clase obrera y en general de la protesta plebeya tiene su base teórica en la noción de *agency*.

De las revueltas por el pan a las manifestaciones por el voto, por el trato humano hacia los pobres, por las condiciones de trabajo y las condiciones de vida, por la educación, la salud y los servicios para el pueblo. Ahí me parece que no hay bases para conjeturas electoreras de que –en algún momento de 1950– toda esta tradición murió, y la clase trabajadora británica (considerada como las masas) se convirtió en una mustia máquina calculadora. Quizás, por una dialéctica paradójica, ¿sería posible que en *el propio mito de los sin clase* estuviera madurando una nueva y revolucionaria conciencia de clase? Los empresarios pueden fomentar posturas a las cuales podemos dar nuevas formas de expresión que impidan la continuidad de la sociedad adquisitiva. Los jóvenes trabajadores que parecen estar alejándose de las tradiciones de sus padres están, al mismo tiempo, virando hacia la noción de pertenencia a una clase social explotada, y están reivindicando (en primer lugar, quizás, sólo como consumidores, pero implícitamente como ciudadanos) el reclamo de la igualdad social plena. El hombre que no desea usar una gorra de la clase trabajadora, beber en un deprimente local obrero victoriano, y comprar en una tienda para la clase trabajadora, puede ver todo esto como insignia de la segregación clasista. Es difícil para el socialista no observarlo sin un sentimiento de nostalgia porque ha perdido los valores de su padre; pero al mismo tiempo, puede que esté más abierto al clamor por el bien común que por los intereses de la clase trabajadora; que sea más receptivo a la crítica del sistema como tal y que se preocupe menos por defender un interés sectorial dentro de éste. Además, de manera particular, la fuerza de esta crítica general del sistema se está volviendo cada vez más patente debido a sus prioridades falsas e irresponsables, el desorden en el transporte, el decaimiento de nuestras ciudades, la ineficacia de los servicios sociales y demás. Y en su experiencia de vida habrá muchas situaciones que lo lleven a cuestionarse, no sobre adaptaciones culturales y lujos extras, sino sobre la inmoralidad de la vida social y el hastío

del trabajo, y las credenciales de una sociedad que le ofrece una vida con años de cincuenta y cinco semanas laborales en un ambiente confinado para el beneficio de otras personas, y que le insiste en que "nunca le había ido tan bien". Finalmente, él llegará a esta crítica (y ya se está moviendo hacia esa dirección) porque está viviendo en un momento de mucho mayor peligro y oportunidades que lo que los hombres vivieron antes. Uno debe tener una visión curiosamente excéntrica y estropeada de la naturaleza humana para suponer que la defensa de la paz está más allá de la comprensión de –y es algo alejado de los intereses de– la clase trabajadora.

Si vamos a despertar esta conciencia democrática del pueblo en contra de las oligarquías y (eventualmente) del sistema, no podemos ignorar (como lo advierte Kidron) los factores materiales de la conciencia existente. Por el contrario, debemos estudiar de manera más próxima estos factores, y buscar en todo momento, ya sea en la teoría o en la acción, enfatizar los puntos de común interés entre el minero y el oficinista, el técnico y el hilador. Es por eso que debemos rechazar el consejo pesimista de Harry Hanson, de rendirse a la inevitable ruptura entre la riqueza y la tradición, y en su lugar trabajar activamente para unir las fuerzas de los viejos y de los nuevos, de tal manera que, si esta ruptura llega (y ahora parece muy probable), se dé en *nuestros* términos y no en los de Gaitskell.[72] En lugar de burlarse de la Vieja Izquierda sin hacer autocrítica (como han dado la impresión algunos miembros de la Nueva Izquierda), deberíamos estar trabajando duro, especialmente en los Clubes de Izquierda, para construir puentes de entendimiento. Debemos ayudar a la juventud del CND para entender las grandes tradiciones de los obreros, su poder y su capacidad de autorrenovación. Y al traer a la Vieja Izquierda para entrar en contacto con una

72. Sobre Hugh Gaitskell, ver la nota 15 en "El socialismo y los intelectuales. Una réplica".

tradición socialista más joven, le daremos fortaleza, lejos de una crítica autocomplaciente, lo que le ayudará a quitarse de encima posturas obsoletas. Al diseñar esta nueva conciencia popular, que podría desarrollarse tan rápidamente que podría dejar a Gaitskell y su camarilla parlamentaria como pez sobre tierra seca, pudiera darse que el movimiento de los Clubes de Izquierda[73] tenga un papel fundamental que desempeñar en este invierno.

Lo que necesitamos ahora, para dar forma y una definición práctica a la perspectiva de la Nueva Izquierda, son algunos ejemplos de las acciones socialistas que van más allá de las resoluciones estériles y de la estupidez parlamentaria en la que gran parte del movimiento obrero está atrapado. Hubo una inmensidad de programas para mejorar el conjunto del *Londres marginado* a comienzos de la década de 1880, pero fue hasta que los trabajadores de los muelles empezaron a *hacerlo*, que un movimiento real emergió. Fue la fuerza del ejemplo de grupos socialistas con determinación –Jowett en Bradford, Lansbury y Crooks en Poplar[74] – la que le dio propósito y fuerza a las nuevas políticas nacionales en torno al bienestar social. Podemos dar cientos de ejemplos. Y hoy podemos descubrir cómo derrumbar las convenciones políticas actuales, y ayudar a la gente a pensar en el socialismo como algo hecho *por* ella y no algo *para* o *hacia* ella, presionando en nuevas formas, *con los pies en la tierra*: un club juvenil socialista de un nuevo tipo, en el Este de Londres o

73. Sobre los Clubes de Izquierda, creados al calor de la experiencia de la *New Left*, puede consultarse la nota 22 en "El punto de producción" y nota 27 de "La Nueva Izquierda".

74. Jowett era una empresa de automoción radicada en Bradford, al norte de Inglaterra (Yorkshire) durante la primera mitad del siglo XX. William Crooks y Geoger Lansbury fueron dos sindicalistas asociados al fabianismo que contribuyeron a organizar a la población trabajadora del barrio londinense de Poplar y combatieron las Leyes de Pobres. Sobre las *Poor Laws* y Richard Oastler, puede consultarse la nota 32 en "Acción y elección".

Liverpool o Leeds; un consejo municipal determinado, probando la posibilidad de nuevas formas de propiedad municipal frente a la oposición del gobierno; una asociación de propietarios con una nueva dinámica vanguardista que por su propia cuenta fomente nuevos patrones de bienestar social (centros de juego, servicios de guardería, servicios comunitarios para y por las mujeres), que incluya a la gente en la discusión y solución de los problemas de la planeación territorial, de las relaciones interraciales, de las condiciones de descanso; una cantera, una fábrica, o un sector de la industria nacionalizada donde nuevas formas de control de los trabajadores puedan realmente ser llevadas a la práctica; un centro de calidad experimental con las directrices que Raymond Williams[75] ha propuesto. Una ruptura en cualquiera de estos puntos contribuiría de manera inmediata a transformar estas aspiraciones diseminadas en un movimiento positivo, y éste tendría muchas más expectativas para poder dirigir un apoyo público de grandes dimensiones que, ningún movimiento de publicaciones y libros ha siquiera imaginado hacer.

Nombrar dichas posibilidades es invocar un ejército de complicados inconvenientes. ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Qué tipo de Club? ¿Qué consejo municipal? ¿Cuánto durará? ¡La gente no lo apoyará! ¿Cómo será financiado?

Hay largas respuestas a todas estas preguntas. Pero la respuesta corta es que estas dificultades son esencialmente el tipo de dificultades a las cuales los socialistas se han enfrentado antes, y que en ocasiones han vencido. Además, son precisamente éstas las

75. Raymond Williams (1921-1988) fue un intelectual marxista galés que mantuvo un constante diálogo con E. P. Thompson. Como éste, Williams participó en la experiencia de la *New Left*, situándose próximo al grupo más culturalista de Hall y Hoggart (al respecto de la crítica de Thompson a esta interpretación culturalista, puede consultarse la nota 30 de "La Nueva Izquierda"). La principal influencia de Williams sobre Thompson recae en la redefinición que ensaya sobre el concepto de determinación, como fijación de límites y ejercicio de presiones.

que debemos vencer si queremos avanzar hacia el socialismo de autosuficiencia democrática que decimos que queremos. La apatía, como la riqueza, tiene una larga historia en relación con nuestro movimiento obrero. El problema no es el de la toma del poder, con el fin de crear una sociedad en donde la autosuficiencia sea posible, sino el de suscitar esta actividad justo ahora, al interior de una sociedad viciada.

BIBLIOGRAFÍA

Anderson, P. (1967): "The Miyths of Edward Thompson, or Socialism and Pseudo- Empiricism". *New Left Review*, nº 35, 2-42.

Anderson, P. (1980): *Arguments Within English Marxism*. London, Verso. [(1985): *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*. Madrid, Siglo XXI.]

Benítez, P. (1996): *E. P. Thompson y la Historia: un compromiso ético y político.* Madrid, Talasa.

Bourdieu, P. (2005): *Intelectuales, política y poder.* Buenos Aires. Eudeba.

Clarke, S. (1979): "Socialist-Humanism and the Critique of Economism". *History Workshop Journal*, nº 8, 137-156. [(1983): "El humanismo socialista y la crítica al economismo". En ARACIL, R. j GARCÍA M. (ed.): *Hacia una historia socialista*. Barcelona, Ediciones Serbal, 135-162.]

Denning, M. (2004): *Culture in the age of three worlds*. London, Verso.

Dworking, D. (1997): *Cultural Marxism in Postwar Britain*. Duke University Press, Durham and London.

Eley, G. (1990): "Edward Thompson, Social History and Political Culture: The Making of a Working-class Public, 1780-1850". En KAYE H.J. j McCLELLAND, K.: *E. P. Thompson: critical prespectives.* Cambridge, Polity Press, 12-49. [(1994): "E. P. Thompson, Historia social y cultura política: la formación de la clase obrera, 1780-1850". *Historia Social*, nº 18, 63-75.]

Estrella, A. (2007): "Política, teoría e historia: el William Morris de E. P. Thompson desde la sociología de los intelectuales*". Empiria. Revista de metodología de ciencias sociales*. Nº 13, enero-junio. Facultad de CC. Políticas y Sociología. Universidad Nacional de Educación a Distancia. España.

Estrella, A. (2011a): *Clío ante el espejo. Un socioanálisis de E. P. Thompson*. Universidad de Cádiz-Universidad Autónoma Metropolitana. Cuajimalpa.

Estrella A. (2011b): " La lectura de los textos y la autonomía de los campos intelectuales: E.P. Thompson, Henry Miller y Georges Orwell", *O Olho da historia*, nº 17, Salvador Bahía.

Estrella, A. (2013): "Cómo se hizo *The Making of the English Working Class*. Condiciones de posibilidad de un clásico de la historiografía", *Sociología histórica*, nº 3, España, Universidad de Murcia.

Fontana, J. (2005): *La historia de los hombres*, Barcelona, Crítica, 2005.

Gray, R. (1990): "History, Marxism and Theory". En Kay H.J. j McClelland, K.: *E. P. Thompson: critical perspectives*. Cambridge, Polity Press, 153-182.

Hall, S. (1957): "The New Conservative and the Old" *Universities and Left Review*, Vol 1.

Hobsbawm, E. (2003): *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*. Crítica, Barcelona.

Howarth, T. E. B. (1978): *Cambridge Between Two Wars*. Collins, London.

Johnson, R. (1978): "Thompson, Genovese, and Socialist-Humanist History". *History Workshop Journal*, nº 6, 79-100. [(1983): "Thompson, Genovese y la historia socialista-humanista". En Aracil, R. j García, M. (ed.): *Hacia una historia socialista*. Barcelona, Ediciones Serbal, 52-86.].

Johnson, R. (1979): "Socialist History". *History Workshop Journal*, nº 8.

Kaye, H.J. (1984): "Edward Palmer Thompson". En Kaye, H.J.: *The British Marxist Historians. An Introductory Analysis*. Cambridge, Polity Press. [(1989): "Edward Palmer Thompson". En Kaye, H.J.: *Los historiadores marxistas británicos.Un análisis introductorio*. Zaragoza, Prensas Universitarias, 153-198.]

Kenny, M. (1995): *The First New Left. British Intellectuals after Stalin*. Lawrence & Wishart, London.

Linebaugh (2013): *El Manifiesto de la Carta Magna. Comunes y libertades para el pueblo*, Madrid, Traficantes de Sueños.

McCann, G. (1997): *Theory & History: The Political Thought of E.P. Thompson*. Aldershot, Ashgate.

McClellan, G. (1982): "E. P. Thompson and the discipline of historical context". En Johnson R. j et al. (ed.): *Making Histories: Studies in History-Writing and Politics*. London, Hutchinson.

Morris, W. (2004): *William Morris*, La Rioja, Pepitas de Calabaza.

Orwell, G. j Thompson E.P. (1984): *Dentro y Fuera de la Ballena*. Madrid, Editorial Revolución.

Palmer, B. D. (1981): *The Making of E.P.Thompson: Marxism, Humanism & History.* Toronto, New Hogtown Press.

Palmer, B. D. (1993): "Critical Theory, Historical Materialism, and the Ostensible End of Marxism: The Poverty of Theory Revisited". Social History, vol. 38 (2). [(1994): "La teoría crítica, el materialismo histórico y el supuesto fin del marxismo: retorno a la miseria de la teoría". *Historia Social*, nº 18, 125-151.]

Palmer, B. D. (2004): *E. P. Thompson: objeciones y oposiciones*. Valencia, Universitat de Valencia Publicacions.

Rosaldo, R. (1990): "Celebrating Thompson´s Heroes: Social Analysis in History and Anthropology". En Kaye H.J. j McClelland, K.: *E. P. Thompson: critical perspectives*. Cambridge, Polity Press, 103-124.

Ruiz, J. A. (2008): "E. P. Thompson: de la historia social a la irenología", *Revista de Paz y Conflictos*, vol. 1, Universidad de Granada.

Ruiz, J. A. (2009): *Contra el reino de la Bestia: E. P. Thompson, la conciencia crítica de la Guerra Fría*, Universidad de Granada, Granada.

Samuel, R. (1980): "British Marxist Historians (1880-1980)". *New Left Review*, nº 120.

Shaw, M. (1990): "From Total War to Democratic Peace: Exterminism and Historical Pacifism". En Kaye H.J. j McClelland, K.: *EP Thompson: critical prespectives*. Cambridge, Polity Press, 233-251.

Solomon, M. (1983): *Death Waltz to Armageddon: E.P. Thompson & the Peace Movement* New York, US Peace Council.

Soper, K. (1990): "Socialist Humanism". En Kaye H. J. j McClelland, K.: *E. P. Thompson: critical perspectives*. Polity Press. Cambridge.

Stevenson, N. (1995): *Culture, Ideology & Socialism: Raymond Williams & E. P. Thompson*. Aldershot, Avebury.

Thompson, D. (1958): "Discussion". *New Reasoner*, nº 4.

Thompson, E. P. (1975): *Whigs and Hunters: The Origins of the Black Act*. London, Allen Lane / reimp. con nuevo postcriptum (1977): *Whigs and Hunters: The Origins of the Black Act*. Harmondworth, Penguin Books. [Edic. en español: (2010): *Los orígenes de la ley negra. Un episodio de historia criminal inglesa*, México, Siglo XXI]

Thompson, E. P. (1978a): "Outside the Whale" en *The Poverty of Theory and Others Essays*. London, Merlin Press. (Hay traducción al castellano

Thompson, E. P. (1978b): *The Poverty of Theory and Others Essays*. London, Merlin Press.

Thompson, E. P. (1984): "La política de la Teoría". En *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona, Crítica, 301-317.

Thompson, E. P. (1988): *William Morris*. Valencia. Edicions Alfons el Magnànim IVEI.

Thompson, E. P. (1989): *Tradición, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona, Crítica.

Thompson, E. P. (1991a): "Algunas observaciones sobre clase y falsa conciencia" en *Historia Social*, nº 10.

Thompson, E. P. (1991b): *The Making of the English Working Class*. Harmondsworth, Penguin Books, [E.O. (1963): *The Making of the English Working Class*. London, V. Gollancz. / (1991d): *The Making of the English Working Class*. Harmondsworth, Penguin Books. [(1977): *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona, Laia. / (1989b): *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona, Crítica.]

Thompson, E. P. (1994): "Las peculiaridades de lo inglés". *Historia Social*, nº18, 9-60. Edic. Orig. : (1965): "The Peculiarities of the English". *Socialist Register*, nº2 / Reimp. (1978): "The Peculiarities of the English". En Thompson, E.P.: *The Poverty of Theory and Others Essays*. Londres, Merlin Press, 35-91.

Thompson, E. P. (1997): *Beyond the Frontier: The Politics of a Failed Mission, Bulgaria 1944*. Stanford

Thompson, E. P. (2000): *Agenda para una historia radical*. Crítica, Barcelona.

Thompson, E. P. (2002): *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos*. Fundación Instituto de Historia Social, Valencia.

Winsolow, C. (ed). (2104): *E. P. Thompson and the Making of the New Left. Essays and polemics*, New York, Montly Review Press.

Wood, E. M. (1990): "Falling Through the Cracks: E. P. Thompson and the Debate on Base and Superestructure". En Kaye H.J. j McClelland, K.: *E. P. Thompson: critical prespectives*. Cambridge, Polity Press, 125-152.[(1994): "Entre las fisuras teóricas: E. P. Thompson y el debate sobre la base y la superestructura". *Historia Social*, nº 18, 103-124.

Woodhams, S. (2001): *History in the Making: Raymond Williams, Edward Thompson & Radical Intellectuals, 1936-1956*. London, Merlin Press

Este libro está bajo la licencia de Creative Commons, reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 internacional.

E. P. Thompson, democracia y socialismo, obra electrónica, se terminó de editar en octubre de 2017. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Ediciones Uache; la corrección de estilo, de Efrén Calleja Macedo; la formación, de Susana Vargas.

HUMANIDADES

Esta selección de textos tiene para el lector en lengua hispana el carácter de primicia. Los artículos de E. P. Thompson incluidos en este libro fueron editados originalmente por la *New Reasoner*, la *University and Left Review* y la *New Left Review* entre 1957 y 1960. Flanqueados por dos de sus grandes obras historiográficas (*William Morris. De romántico a revolucionario* y *La formación de la clase obrera en Inglaterra*), nunca fueron traducidos y responden a una temática eminentemente política. En el marco de la gran crisis del comunismo internacional de 1956 y tras la ruptura con el Partido Comunista, Thompson se embarca en el movimiento de la Nueva Izquierda; un lugar de confluencia (pacifistas, socialistas, jóvenes, sindicalistas, etc.) que pretendía articularse como un espacio político en la izquierda británica alternativo a los aparatos del Partido Laborista y del Partido Comunista. La crítica al estalinismo y la defensa de un humanismo socialista, la relación entre los intelectuales y la militancia política, el papel de la acción humana y su intervención en el curso de la historia como un acto de creación, el sentido de la Nueva Izquierda, la naturaleza de los procesos revolucionarios o la actualidad de la política de clase constituyen algunos de los grandes temas que Thompson aborda a lo largo de estos artículos. El lector cuenta con un extenso aparato crítico que permite situar los textos en sus contextos y conocer algunos de los conceptos fundamentales que articulan la propuesta política e historiográfica de E. P. Thompson.

CLACSO

9 786072 808058